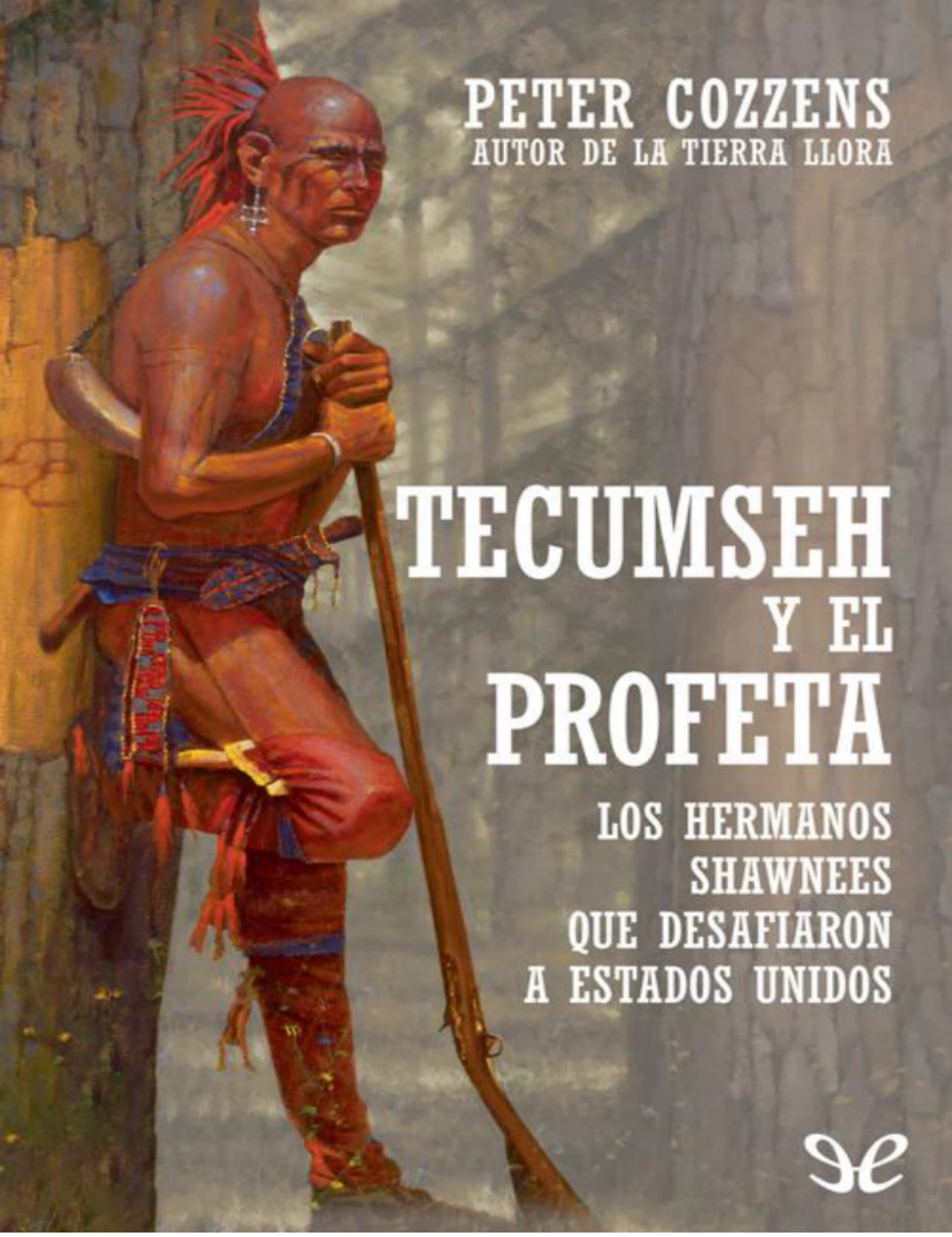


PETER COZZENS

AUTOR DE LA TIERRA LLORA

TECUMSEH Y EL PROFETA

LOS HERMANOS SHAWNEES QUE DESAFIARON A ESTADOS UNIDOS

De Peter Cozzens, autor del exitoso *La tierra llora. La amarga historia de las Guerras Indias por la conquista del Oeste*, llega la extraordinaria historia de dos hermanos de la tribu shawnee, Tecumseh y Tenskwatawa, artífices de la mayor confederación india de la historia de los Estados Unidos, capaz de poner en jaque a la recién nacida república. Con los colonos desbordando los Apalaches, en un frenesí por explotar las tierras ganadas a los británicos que obviaba cualquier tratado y cualquier derecho de sus moradores indios, Tecumseh y su hermano trataron de galvanizar a estos para resistir. Mientras que el primero fue un brillante diplomático y un bravo líder guerrero, admirado por sus oponentes, Tenskwatawa, el Profeta, pergeñó el renacimiento espiritual y moral de su gente, a través de una doctrina religiosa que trataba de unir a las desorganizadas tribus del noreste americano y revitalizar su cultura.

En *Tecumseh y el Profeta. Los hermanos shawnees que desafiaron a Estados Unidos*, Cozzens aúna su profunda investigación de la sociedad y costumbres indígenas con una prosa subyugante, para abrir una ventana a un mundo borrado de los libros de historia, pero que vuelve a vibrar en estas páginas. Una obra equilibrada y objetiva, que no idealiza al «buen salvaje» pero que empatiza con la resistencia de unas gentes cuyo universo desaparecía a pasos agigantados, decididos a mantener su independencia y su forma de vida ante el arrollador empuje de una joven nación, los Estados Unidos, que echaba los dientes de la modernidad. Un turbulento mundo de frontera, de tramperos y emboscadas en la espesura, de mosquetes, tomahawks y captura de cabelleras, al que Cozzens nos traslada en una narración con aliento de novela de aventuras, demostrando, otra vez, que escribir historia no está reñido con escribir bien.

Peter Cozzens

Tecumseh y el Profeta

Los hermanos shawnees que desafiaron a Estados Unidos

ePub r1.0
Watcher 25-04-2023

Título original: *Tecumseh and the Propeht. The Shawnee Brothers who defied a nation*
Peter Cozzens, 2020
Traducción: Javier Romero Muñoz

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1
Aa

Proyecto Scriptorium

"La lectura es para la mente
lo que el ejercicio es para el cuerpo"
—Joseph Addison

{ 10.º
Aniversario }

epublibre

"Más libros, más libres"

Para Eric

AGRADECIMIENTOS

Desearía expresar mi profunda gratitud a mis amigos y compañeros historiadores S. C. Gwyne, Bob Drury, y Colin G. Calloway por su cuidadosa lectura del original y por sus valiosas sugerencias para mejorarlo. Estoy en deuda con todos, pero en particular con el profesor Calloway, no solo por sus comentarios y críticas, sino también por sus muchos y excelentes libros sobre los indios de los bosques orientales y sus choques con la incipiente república estadounidense, que han sido el fundamento de muchas de mis investigaciones.

También deseo dar las gracias a John McLeod, especialista en recopilaciones de Parks Canada, por su amable ayuda durante mi visita al recinto histórico de Fort Malden de Amherstburg, Canadá.

También deseo darle las gracias a mi querido amigo, el artista Keith Rocco, de Tradition Studios, por permitirme reproducir su maravilloso retrato de Tecumseh, de cuyo original soy el orgulloso propietario, el cual me miraba desde lo alto –espero que con aprobación– mientras trabajaba en el manuscrito. Estoy profundamente agradecido al artista Doug Hall (Doug Hall's Log Cabin Art Gallery and Studio) por permitirme reproducir tres evocativas pinturas de shawnees. Una vez más, estoy sumamente agradecido a mi agente literaria, Deborah Grosvenor, por su constante apoyo a mi trabajo, por sus ideas y críticas, y por su amistad. He tenido la gran fortuna de poder volver a trabajar con Andrew J. Miller, mi editor en Knopf. Como ya ocurrió con *La tierra llora*, ha hecho que este libro sea mucho mejor de lo que de otro modo habría sido. Estoy agradecido a la correctora Janet Biehl por su diligente trabajo para mejorar el manuscrito. También debo expresar mi sincero agradecimiento a la asistente editorial Maris Dyer, a la editora de producción Kathleen Fridella, y a la diseñadora Maggie Hinders.

Mi mayor deuda es, y siempre será, con mi esposa Antonia. Ella me proporcionó el apoyo emocional y el aliento que necesité para continuar los tres años que pasé trabajando en este libro. Por último, no es posible exagerar la importancia de la contribución de mi

compañero canino, Jake, un labrador dorado como no hay otro. Día tras día permanecía tumbado a mi lado, sin dudar de mí un instante, y sin pedir otra cosa que algún paseo ocasional.

«Sopló sobre el [Atlántico] un viento que arrastró ante sí cierta espuma o escoria», reveló el Señor de la Vida. Arrostró esta espuma, que era maligna y sucia, hasta las costas del continente americano, donde esa espuma tomó forma. La forma que asumió es la del hombre blanco […] la de muchas gentes blancas, tanto hombres como mujeres. Allí donde la escoria se asentó en la costa del continente, asumió esta forma».

TENSKWATAWA, el Profeta Shawnee, a sus seguidores [§]

PREFACIO

William Henry Harrison, gobernador del Territorio de Indiana, estaba atónito. En la década que llevaba en la frontera aplicando la agresiva política gubernamental de adquisición de tierras, había tratado con decenas de jefes indios, algunos desafiantes, otros maleables. Pero nunca había encontrado a un líder nativo como el jefe shawnee Tecumseh, al que consideraba su principal adversario en la lucha por el Territorio del Noroeste, nombre que recibían en la época los estados actuales de Ohio, Illinois, Indiana, Míchigan y Wisconsin. En julio de 1811, tras un consejo particularmente disputado con Tecumseh, Harrison escribió un sentido homenaje al jefe indio. Se trata tal vez del elogio más entusiasta jamás hecho por un representante del gobierno a un jefe indio americano. Tecumseh había parado cada una de las estocadas verbales de Harrison, defendiendo con elocuencia su negativa a ceder un territorio que, en palabras de Harrison, era «uno de los más gratos rincones del globo [pero] guarida de un puñado de salvajes miserables».

Tecumseh no tenía nada de miserable. Según reportó Harrison al secretario de guerra, «la obediencia y el respeto que le profesan sus seguidores es en todo punto asombrosa, circunstancia que, más que ninguna otra, revela que se trata de uno de esos genios poco comunes que de vez en cuando surgen para obrar revoluciones y revertir el orden de las cosas. De no ser por la cercanía de los Estados Unidos, podría llegar a ser el fundador de un imperio cuya gloria rivalizase con los de México o el Perú». A Harrison le maravillaba el vigor con el que el jefe shawnee luchaba por su sueño de una unión india. «Ninguna dificultad le detiene. Su actividad e industria suple su falta de letras. Ha estado en constante movimiento durante cuatro años. Hoy le ves en el Wabash y al poco tiempo recibes la noticia de que está en las orillas del lago Erie o del lago Míchigan, o en las orillas del Misisipi y donde quiera que vaya obtiene un recibimiento favorable a sus propósitos».

El testimonio de Harrison resume el talento de Tecumseh, coarquitecto, junto a su hermano menor Tenskwatawa, de la mayor

confederación panindia a la que jamás se enfrentaría la república estadounidense durante su expansión hacia el oeste. Su movimiento abarcó casi la mitad de lo que entonces eran los Estados Unidos, desde los gélidos confines del alto Misisipi a las tierras calientes de la desembocadura del Alabama. Ningún otro líder indio gozó de apoyos tan amplios y ninguno plantearía una amenaza tan severa a la expansión estadounidense como la creada por Tecumseh y Tenskwatawa. En el punto culminante de su movimiento, los hermanos shawnees congregaron dos veces más guerreros que los reunidos tres generaciones más tarde por los jefes Toro Sentado y Caballo Loco en Little Bighorn.

Las fábulas florecen allí donde los hechos son escasos u olvidados. Los mitos perduran allí donde las personas quieren creerlos. Esto es lo que sucedió con los hermanos shawnees. Para los estadounidenses, Tecumseh pasaría a ser la personificación de todo cuanto había de grande y noble en el carácter indio, según el concepto de grandeza y nobleza de los no indios (o los blancos, en el habla de la época). El motivo es obvio. Tecumseh defendía una alianza político-militar para enfrentarse a la invasión estadounidense de las tierras indias. Este era un concepto que los blancos podían comprender. Tecumseh, quien era, básica y fundamentalmente, un líder político, actuó como ellos [los blancos] habrían actuado en circunstancias similares. Pero Tenskwatawa presentó contra la desposesión y disolución cultural de los indios una solución de inspiración divina basada en una tradición nativa que a los blancos les resultaba incomprensible. Además, Tenskwatawa les parecía repulsivo: un ex alcohólico desfigurado que, cuando era un muchacho, se había sacado un ojo con una flecha. Era, en palabras de un agente indio que conocía bien a los hermanos shawnees: «Un hombre desprovisto de talento o mérito, un demagogo indio, taimado y pendenciero». Este mismo funcionario admiraba a Tecumseh, al que consideraba el modelo de virilidad shawnee: un cazador experto, un jefe guerrero astuto, caritativo y un orador de una excepcional elocuencia. Así, la historia, las biografías y el folclore divinizaron a Tecumseh y demonizaron a su hermano.

El epítome de esta idea es el libro de 1961 *The Patriot Chiefs: A Chronicle of Indian Leadership* del historiador Alvin M. Josephy. Este trabajo, que se anticipó una década a la imprescindible obra de Dee Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee* [ed. en esp.: *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*], debe su considerable influencia a la reputación de Josephy de ser «el principal autor no-indio sobre los nativos americanos», idea cimentada por su cargo de asesor federal de política india de los presidentes Kennedy y Nixon. [1] Josephy ensalza

a Tecumseh, al que considera «el mayor de todos los líderes indios estadounidenses, un ser humano majestuoso que podría haber proporcionado una nación propia a todos los indios», al tiempo que desprecia a Tenskwatawa, al que califica de charlatán delirante, y repite la invención de que Tecumseh trató de asesinarle tras la batalla de Tippecanoe. También presenta la acusación, igualmente falaz, de que Tecumseh expulsó a su hermano de su aldea, el cual erró en solitario y cayó en el olvido pasado un tiempo. [2]

El infortunado proceso de ensalzamiento de Tecumseh a expensas de Tenskwatawa continuó en 1992 con la publicación de *A Sorrow in Our Heart: The Life of Tecumseh*, de Allan Eckert, extensísima obra que ha sido calificada como una «entretenida mezcla de hechos y ficción». [3] Este autor incorporó una técnica poco convencional de «diálogo oculto» [4] para recrear las conversaciones y los pensamientos del jefe indio. Según una reseña, *A Sorrow in Our Heart* es «una biografía que funciona mejor como ficción [y que] mejora los hechos históricos hasta el punto de resultar sospechosa». La obra de Eckart relega a Tenskwatawa al papel de «estafador plañidero que obtuvo fama sobre todo gracias a la generosidad de su hermano». [5]

Con su obra *Tecumseh: A Life*, publicada en 1997, el biógrafo británico John Sugden hizo grandes avances en la resurrección del Tecumseh histórico. Fruto de un prodigioso trabajo de investigación, la obra de Sugden ofrece una convincente reconstrucción de los primeros años del jefe indio, un periodo poco tratado por los biógrafos anteriores. La relativa escasez de fuentes sobre la vida de Tecumseh antes de 1805 obligó a Sugden a deducir algunas de sus actividades, como por ejemplo el tiempo que supone que pasó con la banda chickamauga de los indios cheroquis de Tennessee. Aun así, considero que la cronología de Sugden en lo bastante convincente como para incorporarla a mi obra. Mi deuda con este pionero estudio es inmensa, y la reconozco aquí de muy buen grado.

Si bien Sugden resucitó al Tecumseh de sus primeros años, no reconoció a Tenskwatawa el papel que desempeñó en la creación y mantenimiento de la confederación india de los hermanos shawnees. También dejó de lado el fervor religioso nativista que contribuyó al ascenso de Tenskwatawa, que este transformó en una doctrina coherente y atractiva. Sugden tampoco hace referencia a las sólidas pruebas de que Tecumseh creía sinceramente que su hermano era un profeta de inspiración divina capaz de entrar en comunión con el Señor de la Vida o Gran Espíritu, y que también abrazó su credo. En *Tecumseh y el Profeta* exploraré estos dos aspectos críticos de la relación entre los dos hermanos. La única biografía de Tenskwatawa,

el volumen de R. David Edmunds *The Shawnee Prophet*, de 1983, describe algunas de las bases religiosas de la alianza de los hermanos shawnees. Como espero poder demostrar, Edmunds se equivoca al postular que la influencia de Tenskwatawa desaparece tras la batalla de Tippecanoe de 1811.

❖

He tratado de corregir estos y otros fallos de la visión histórica de los hermanos shawnees. Dicho en pocas palabras: sin Tenskwatawa, no podría haber existido un Tecumseh. El programa del primero, que buscaba la purificación moral y el renacimiento espiritual de un pueblo indio unido, dio lugar a la alianza que Tecumseh forjaría para aspirar a objetivos políticos y militares. La relación entre hermanos que revela mi libro es de naturaleza simbiótica. Mientras vivió, Tecumseh llegó a dominar, pero nunca reemplazó por completo a Tenskwatawa en el liderazgo de la confederación panindia.

Aunque no crearon el concepto de panindianismo, los hermanos shawnees consiguieron logros prodigiosos. Antes de ellos, habían existido movimientos proféticos y alianzas intertribales contra franceses, británicos y estadounidenses. Los mismos hermanos shawnees reconocieron la deuda contraída con el jefe guerrero ottawa Pontiac y el místico delaware Neolin, que se unieron en la década de 1760 para oponerse al acoso británico contra las tribus de los bosques orientales. Las confederaciones improvisadas de Pontiac y Neolin, y más tarde las de los jefes Chaqueta Azul (Blue Jacket) y Pequeña Tortuga (Little Turtle) desgastaron la ola blanca pero se trató de movimientos bastante localizados, mientras que los hermanos shawnees fueron personajes de verdad transformadores, capaces de reunir seguidores de más de una docena de tribus para enfrentarse a la amenaza, tanto espiritual como física, que la joven república estadounidense planteaba contra el modo de vida indio. Su búsqueda de una gran alianza india nos proporciona una visión del marco histórico general, de los turbulentos comienzos de los Estados Unidos. De cuando los colonos estadounidenses cruzaron en masa los Apalaches, matando o intimidando indios con un completo desprecio de tratados y leyes para explotar las tierras recién ganadas a los británicos en la Guerra de Independencia. La violencia ejercida contra los indios y la anarquía rampante del viejo Noroeste presagió los excesos del oeste estadounidense de medio siglo más tarde. Tal es el puente sangriento que conduce hasta esa era, cuya historia debe ser narrada si queremos comprender la herencia del pasado en el corazón de nuestra nación.

Tecumseh y Tenskwatawa entraron en escena justo en el momento en que la joven república estadounidense comenzaba a expandirse. Es indiscutible que Tecumseh y Tenskwatawa fueron los hijos más importantes de la historia de los indios americanos. En reconocimiento a estos, no cabe sino concluir que los hermanos shawnees figuran entre los hermanos más influyentes de los anales de los Estados Unidos.

Presentamos aquí, por vez primera, las vidas entrelazadas de Tecumseh y el profeta shawnee. Este libro es su historia, pero he tratado de abarcar también los hechos, personalidades, y fuerzas culturales y físicas en acción en su mundo. Comencemos, pues, no con el nacimiento del hermano mayor Tecumseh, sino con la trágica muerte de su padre Puckeshinwau en batalla contra los colonos estadounidenses. Tecumseh solo tenía seis años de edad y Tenskwatawa estaba en el útero materno. La pérdida de su padre es epítome del caos y de la desintegración de miles de familias indias durante esta fase, trágica y olvidada, de la acometida hacia el oeste de los Estados Unidos de América.

PRÓLOGO

EL AMANECER DE LOS CUCHILLOS LARGOS

AMANECE el 10 de octubre de 1774. En un denso bosque, una columna de 700 guerreros shawnees y mingos avanza en una fila que se extiende kilómetro y medio. Pero, al contrario que otros años, esta vez los guerreros no acechan caza. Se disponen a atacar a los 1200 milicianos virginianos que acampan desprevenidos en Point Pleasant, un triángulo rocoso situado en la confluencia de los ríos Ohio y Gran Kanawha, a unos 240 kilómetros al sudoeste de la moderna ciudad de Wheeling, en Virginia occidental. Una alfombra de hojas rojas y ocres amortigua sus pisadas. Los guerreros vestían taparrabos, que son piezas de tela alrededor de las caderas, polainas de piel de ante y mocasines. Unos pocos llevaban blusas de caza de lino adquiridas a mercaderes blancos. La mayoría llevaba mosquetes de ánima lisa, *tomahawks*, cuchillos para arrancar cabelleras, además de arcos y flechas para cuando se agotase la munición. De sus narices pendían anillos de plata y enormes pendientes colgaban de los lóbulos estirados de sus orejas, que enmarcaban rostros pintados con feroces rojos y negros.

El líder de la partida guerrera, el caudillo shawnee Tallo de Maíz (Cornstalk), hubiera preferido estar en cualquier otro lugar. Aunque la provocación había sido inmensa, había hecho un llamamiento a la moderación. Los virginianos habían ignorado una proclama real que prohibía asentarse en tierras indias y habían cruzado en masa el río Kanawha, avanzando por el valle de ese río, que formaba parte del Territorio de Kentucky, el cual constituía el principal territorio de caza de los shawnees. Tallo de Maíz le había dicho a un funcionario británico: «Con grandes esfuerzos y problemas, he conseguido

imponerme a los necios para que se estén quietos y no causen daños hasta que veamos cuáles son las intenciones de la gente blanca que avanza hacia nosotros […] y así continuaré haciéndolo, con la esperanza de que se resuelva este asunto». Pero el gobernador real de Virginia, el conde de Dunmore, codiciaba las tierras indias para su beneficio personal, por lo que no esperaba una solución pacífica. Los súbditos de la frontera, escribió a la corona, desprecian los tratados firmados con los indios, «a los que consideran apenas distintos que los brutos». La aristocracia de Virginia lo veía de igual modo. Durante el deshielo de 1774, los agrimensores enviados por George Washington, Patrick Henry y otras élites de la región de Tidewater [*1] reclamaron grandes extensiones en el cauce del Ohio. Washington desdeñó el edicto real contra la ocupación de tierras, calificándolo de «medida temporal para tranquilizar a los indios» y le dijo a su agrimensor que no debía preocuparse. [1]

Con los agrimensores llegaron también colonos dispuestos a jugarse el cuero cabelludo por una parcela de tierra. Tallo de Maíz logró controlar cierto tiempo a sus jóvenes guerreros. Se limitaban a enviar de vuelta a los intrusos blancos con una severa advertencia, pero rara vez les hacían daño. No obstante, en abril de 1774 una banda de forajidos de la frontera masacró a una partida pequeña e inofensiva de hombres y mujeres mingos que habían cruzado el Ohio para comprar ron en una tienda de grog. Unos mingos trataron de ir a investigar lo ocurrido, pero fueron abatidos a tiros en sus canoas. Los muertos incluían a la hermana y al hermano menor del jefe mingo, «Capitán John», Logan, un viejo amigo de los blancos, que, según un pionero que le conocía bien, era «el mejor espécimen de la humanidad, ya fuera su piel blanca o roja» que jamás había conocido.

La masacre conmocionó a las colonias y a la Corona. El joven aristócrata virginiano Thomas Jefferson censuró a los supuestos criminales. Pero la respuesta blanca se limitó a gesticulaciones y palabras severas. Al ver que la justicia colonial no hacía nada, Logan buscó venganza al estilo indio: mató un número exacto de hombres de frontera, hasta igualar el tanteo, y puso buen cuidado de exculpar a los shawnees de sus sangrientos actos. Logan colgó una confesión sucinta en la puerta calcinada de una cabaña que habían destruido: «vosotros habéis matado a los míos […] por lo que creo que yo también debo matar. El indio [*sic*] no está furioso… solo yo». [2] Pero los colonos no lo veían igual. La milicia de Virginia consideró que la neutralidad del jefe Tallo de Maíz ocultaba intenciones hostiles y destruyó una gran aldea shawnee en el Territorio de Ohio. También arrasaron seis aldeas de los mingos.

La suerte estaba echada. Las partidas de guerra de los shawnees y mingos se vengaron. Los hombres de la frontera respondieron. Los bosques quedaron sumidos en el horror y el caos. Ante el desastre de la frontera, lord Dunmore movilizó a la milicia para infligir a los indios un doble castigo. Viéndose incapaz de mantener la paz, el jefe Tallo de Maíz asumió el cargo de jefe de guerra supremo de los shawnees. Trató de forjar una amplia alianza india, pero las amenazas y maniobras de los británicos hicieron que las demás tribus se mantuvieran al margen. Así pues, a finales de septiembre Tallo de Maíz marchó con una fuerza de guerreros shawnees y mingos para defender sus tierras. El jefe indio consideraba que su única oportunidad radicaba en derrotar a los ejércitos de Dunmore antes de que pudieran unirse, por lo que se dirigió primero contra las tropas al mando del general Andrew Lewis, que avanzaba a duras penas a través de las espesuras de Virginia occidental en dirección a Point Pleasant. Aunque en inferioridad numérica, Tallo de Maíz contaba con lugartenientes capaces, entre los que se contaban una estrella ascendente, Puckeshinwau, quien había sido honrado con mandos civiles y militares, un hecho raro entre los shawnees. [3]

Los indios odiaban a los milicianos, pero respetaban su capacidad combativa. Llamaban a los virginianos «cuchillos largos» debido a sus cuchillos de carnicero y espadas cortas, que manejaban con la misma habilidad que los indios usaban el *tomahawk*. Al igual que los guerreros indios, los virginianos formaban un grupo colorista pero indisciplinado. Unos pocos oficiales vestían uniformes regulares, pero la mayoría vestía igual que sus hombres: las mismas blusas de caza, calzones de cuero y polainas caseras, sombreros de ala ancha o gorros de piel, además de los mismos mocasines. Cada miliciano portaba un fusil de pedernal o un mosquete inglés, una bolsa de balas y un cuerno de pólvora tallado al gusto de cada uno. Además de los cuchillos, también llevaban un *tomahawk* al cinto. Expertos en guerra india y en incursiones por las tierras calientes de Kentucky, los virginianos estaban impacientes por entrar en liza. [4]

Sin embargo, aquella mañana dormían profundamente, ignorantes de los guerreros que venían contra ellos. La noche anterior, los indios habían cruzado el río Ohio en balsas improvisadas bajo un cielo color cobalto. Desembarcaron en la orilla virginiana, rocosa y cubierta de troncos, unos seis kilómetros al norte del campamento de los milicianos. Tallo de Maíz y sus lugartenientes revisaron los preparativos para la batalla, coreografiados con sumo cuidado. Sus guerreros durmieron unas pocas horas, apoyados contra árboles o contra postes entrecruzados, con las armas a mano. Los cazadores

mataron doce venados, que fueron abiertos ritualmente bajo la mirada atenta de los curanderos (sanadores naturales y espirituales) que confirmaban la pureza espiritual de las tiras asadas antes de entregar una porción a cada guerrero. Tras la comida, los hombres ocultaron bajo las hojas sus mantas y sus blusas. Se desplegaron en unidades de veinte, y cada hombre cargó cuatro balas en sus mosquetes para infligir el máximo castigo a corta distancia. Los supervivientes serían rematados con los *tomahawk*. Tallo de Maíz seleccionó a los mejores tiradores, que descenderían hasta la orilla del río para rematar a los virginianos que estuvieran lo bastante desesperados como para arrojarse a las aguas del ancho río Ohio una vez que los indios cerrasen su trampa. [5]

Pero su plan fue desbaratado. Al amanecer del 10 de octubre de 1774, dos virginianos madrugadores se adentraron en el bosque para cazar ciervos. Sin embargo, en lugar de ciervos, se toparon con los indios. Uno de los milicianos cayó acribillado a balazos, pero el otro pudo volver al campamento para dar la alarma. El timbal tocó generala. Los pioneros de la frontera se despojaron de sus mantas, aprestaron pedernales y pólvora, y esperaron órdenes.

El general Lewis, haciendo alarde de compostura, encendió su pipa. Echó unas pocas pipadas y ordenó a dos coroneles encabezar dobles columnas de ciento cincuenta hombres para descubrir la causa del alboroto. Ambos oficiales cayeron en la primera descarga india. Ocultos detrás de troncos de arce y de pino o en el espeso sotobosque de la orilla del río, los guerreros abatieron a docenas de milicianos, vociferando insultos como «hijos de perra» o «perros blancos» mientras disparaban. Lewis lanzó refuerzos a la batalla y los combatientes entablaron combate cuerpo a cuerpo en el bosque sofocado por el humo. «Me escondiera donde me escondiera –recordó un virginiano–, me apuntaba a la cara la bocacha de un fusil, y un salvaje de rostro bárbaro y convulso venía corriendo hacia mí, *tomahawk* en alto. El choque más parecía un circo de gladiadores que una batalla». [6]

Al cabo de seis horas de combate cuerpo a cuerpo, los bandos retrocedieron y comenzaron a intercambiar tiros desde detrás de los árboles y los troncos caídos. Puckeshinwau y el resto de jefes guerreros recorrían la línea india, exhortando a sus guerreros a «cerrar distancias», «tirar bien», y «pelear y ser fuertes». Hacia el atardecer, el general Lewis ocupó una elevación que Tallo de Maíz había descuidado guarecer. Los indios, hostigados por las balas que les llegaban por el flanco izquierdo, y escasos de munición, desaparecieron en el bosque y volvieron a cruzar el Ohio. Los

virginianos se contentaron con arrancar las cabelleras de los guerreros caídos y recoger recuerdos. [7]

Habían transcurrido doce sangrientas horas. Los indios mataron a setenta y cinco virginianos e hirieron a ciento cuarenta. Murieron tal vez unos cuarenta guerreros. Los indios, para tratar de ocultar sus pérdidas, arrojaron al río a algunos de sus muertos. Aun así, los virginianos recogieron treinta y dos cabelleras, que clavaron en un poste en Point Pleasant. [8]

En la batalla solo cayó un indio prominente, el jefe de guerra shawnee Puckeshinwau. Su hijo Cheeseekau, de trece años de edad y que todavía no era un guerrero, le había acompañado durante el combate. Cuando Puckeshinwau cayó herido de muerte, Cheeseekau le ayudó a cruzar el Ohio en una balsa de madera. Antes de morir, se cree que Puckeshinwau ordenó a su hijo que preservase el honor de su familia, que nunca se reconciliase con los cuchillos largos, y que «en el futuro comandase en la batalla a sus hermanos menores», contra estos. Cheeseekau juró obedecer. Los guerreros de Puckeshinwau enterraron a su jefe en lo más profundo del bosque.

Cheeseekau había aceptado una pesada carga. Tenía tres hermanos, y su madre, ahora viuda, estaba encinta de trillizos. De toda la familia, su favorito era un niño de seis años de edad, al cual dedicaría casi toda su atención. Este niño, que sería el que mejor cumpliría la última voluntad de su padre, respondía al nombre de Tecumseh, «Estrella Fugaz». [9]

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

EL GRAN DESPERTAR

EL padre de Tecumseh nunca había vivido en la tierra por la que había luchado y muerto. De hecho, ningún shawnee había residido en la región de Kentucky durante las dos décadas que precedieron a la batalla de Point Pleasant. En verdad, también era un recién llegado a la aldea del valle del Ohio que consideraba su hogar. Puckeshinwau, joven líder de una banda de shawnees itinerantes había alcanzado la madurez en el corazón de la confederación de los indios creek, 960 kilómetros al sur, en lo que hoy sería Alabama central. Pero, hacia 1759, parecía que había llegado el momento de marcharse. Los colonos blancos llegados del este presionaban contra el territorio de los creek, y los seguidores de Puckeshinwau se sentían cautivados por la idea de unificar a los shawnees. Aun así, Puckeshinwau era reticente a marcharse. Su primera esposa, ya fallecida, había sido creek, y este había adoptado, en consecuencia, algunas de sus costumbres. Methoataske, su segunda esposa, pertenecía a una respetable familia shawnee con vínculos con las bandas del Ohio, y estaba deseosa de ir al norte. [1]

Los shawnees meridionales viajaron hacia el valle del río Ohio, cosa que también hizo el puñado de shawnees que vivían en Pensilvania occidental. Todos creían que se dirigían a sus tierras ancestrales, seguramente una región de paz y unidad tribal fuera del alcance de los blancos. No obstante, su destino era la falla sísmica que dividía los intereses británicos y franceses, cuyo sino era convertirse en campo de batalla de imperios.

Los británicos habían animado a los shawnees a concentrarse en el valle del Ohio, «para volver al hogar, donde podrán volver a ser un pueblo, y no estar dispersos por el mundo». Los agentes británicos les decían que los franceses «os han engañado, y os han dispersado por los bosques, para así poder reteneros bajo su poder y manteneros pobres». Los otros algonquinos se burlaban de ellos: les llamaban «gente que no tiene donde encender un fuego». Con lo que los llamamientos británicos atizaron aún más el deseo de los shawnees de

regresar al hogar ancestral. [2]

Pero, entonces, se vieron envueltos en la conflagración. En su intento de evitar choques con los blancos, los shawnees, de forma involuntaria, contribuyeron al estallido de la guerra. Persuadieron a sus aliados, los indios miamis, a que se establecieran cerca de ellos, lo cual atrajo a mercaderes de Pensilvania poco escrupulosos que vinieron a competir con los comerciantes franceses. Los miamis veían la propuesta con buenos ojos: el valle del Ohio también había sido suyo en el pasado. Pero Francia consideraba a los miamis y a los shawnees peligrosos aliados británicos que amenazaban la ruta comercial entre el Canadá francés y Luisiana. Los franceses y sus aliados indios descendieron al valle del Ohio desde los Grandes Lagos y construyeron un fuerte en el lugar de la moderna Pittsburgh. En noviembre de 1755 masacraron un gran destacamento británico, comandado por el general Edward Braddock, que había venido a expulsarles. Los guerreros shawnees, ahora del bando francés, el dominante, arrasaron las fronteras de Pensilvania y Virginia, donde masacraron a cientos de colonos y convirtieron la palabra *shawnee* en sinónimo de salvajismo desatado. Un oficial francés, horrorizado por su crueldad, lamentó que los shawnees se hubieran convertido «en instrumento de odio entre dos poderosos rivales, pero también en el instrumento [de su] propia destrucción». [3]

Situación que estuvo a punto de suceder. En 1763, cuando los británicos conquistaron Canadá y derrotaron a los franceses, las tribus algonquinas como los shawnees pagaron muy cara su alianza con los franceses. Los indios esperaban que los victoriosos británicos abandonasen sus fuertes de la frontera, y, al igual que los franceses que les habían precedido, se convirtieran en un padre benevolente que colmaba de presentes a sus hijos pieles rojas. Pero, por desgracia para los indios, la reciente conflagración europea, la Guerra de los Siete Años, había agotado las arcas británicas, de modo que la Corona recortó gastos a sus expensas. Cesaron las donaciones de pólvora y plomo que los indios necesitaban para cazar. Dejemos que los nativos vuelvan a utilizar arcos y flechas, se dijeron los británicos. Pero los indios querían tener lo mejor de ambos mundos: los bienes europeos, pero sin blancos en sus tierras a excepción de los comerciantes.

Poco después de que los británicos impusieron su régimen de austeridad, una epidemia de viruela devastó las aldeas shawnees y miamis. Puckeshinwau y su familia escaparon incólumes, pero decenas sucumbieron. Para completar la desesperación de los indios, los británicos exigieron la liberación de centenares de cautivos blancos, muy pocos de los cuales querían ser repatriados. Las familias

adoptivas quedaron rotas. Mientras tanto, al tiempo que se iban los seres queridos, iban llegando blancos indeseables, un tránsito de doble dirección que los británicos no habían pretendido. Cientos de campesinos pobres ignoraron la prohibición de la Corona y cruzaron los montes Allegheny e instalaron sus rudimentarias moradas en el curso alto del Ohio.

Un misionero inglés calificó a la chusma que llegaba a la frontera de «salvajes blancos [que] subsisten gracias a la caza», juicio que compartían los militares británicos: estos bellacos, «de moral disoluta», aunque pobres, contaban con abundantes reservas de odio hacia los nativos americanos y amplios suministros de ron, con el que atiborraban a los indios y les robaban sus pieles. Los jefes protestaron en vano, y el efecto corrosivo del alcohol provocó inquietud entre sus guerreros. [4]

❖

La inestabilidad no afectó al Territorio de Ohio oriental, donde moraban los «abuelos» de los shawnees, los delawares. No obstante, algunos de estos delawares vieron peligros y presagios funestos que les hicieron reflexionar. Ninguno de ellos reflexionó con más profundidad sobre el destino de los delawares que un místico enigmático llamado Neolin, quien temía las enfermedades del hombre blanco, aborrecía a los mezquinos y arrogantes funcionarios británicos, que les trataban como si fueran niños, y se daba cuenta de que los colonos deseaban las tierras indias. Tal vez, especuló, la culpa de sus infortunios era de los propios indios, por haberse desviado de sus usos tradicionales. Una noche que se hallaba solo junto al fuego de su *wigwam* [vivienda con forma de cúpula de una sola estancia], Neolin contempló a un hombre materializarse de las llamas. Este le dijo que «todo lo que estaba pensando era cierto». [5]

El espectral visitante escoltó a Neolin hasta las puertas de la eternidad, donde el Gran Espíritu le reveló el camino hacia la rectitud. A partir de esa noche, este fue un profeta (o un impostor, según la fuente). Empuñando una piel de venado pintada de jeroglíficos y sollozando sin cesar, se dedicó a recorrer su aldea exhortando a todo el que pasase a escuchar y ver las enseñanzas del Gran Espíritu.

Neolin ofrecía un retorno selectivo a las antiguas costumbres, entrelazado con promesas de recompensas celestiales para los fieles y condenación para los escépticos. (En el Cielo, según aseguraba el profeta delaware a sus discípulos, solo había indios). En cuestión de meses su doctrina se difundió del valle del Ohio a los Grandes Lagos. Hacia comienzos de 1763, cada una de las tribus algonquinas contaba

con devotos, despertados por un movimiento religioso y cultural que suplantaba las lealtades tribales y locales.

Neolin enseñó a los indios que debían abandonar sus bolsas de medicina sagrada, pues estas eran los juguetes de los espíritus malignos, y en lugar de ello orar directamente al Gran Espíritu, más conocido entre los shawnees como el Señor de la Vida. Debían renunciar al ron y purificarse bebiendo y vomitando una infusión de hierbas. Los shawnees bebieron y expulsaron la poción con tal entusiasmo que su aldea de Wakatomica pasó a ser conocida por los mercaderes blancos como Vomit Town o «villa vómito». Pero regurgitar hierbas era una cosa y obedecer las demás enseñanzas de Neolin era otra bien distinta. Por ejemplo, abstenerse de tener relaciones sexuales con mucha más frecuencia de lo que dictaban las creencias indias en la contraposición de los dos poderes, el masculino y el femenino, o que el fuego creado con acero y pedernal era impuro, pues Neolin sostenía que las llamas debían encenderse únicamente con el roce de dos varillas. Más fácil de aceptar, ya que no suponía un sacrificio inmediato, fue el llamamiento de Neolin a que abandonasen de forma gradual los bienes comerciales europeos y las armas de fuego, en una transición de rifles a arcos y flechas que se prolongaría durante siete años.

A corto plazo, los indios necesitarían sus mosquetes pues el místico también predicaba que debían tomar las armas contra los blancos, profetizando que habría «dos o tres buenas conversaciones, y después guerra». Los blancos serían barridos del continente, volvería a haber abundancia de caza, la tierra se convertiría en un paraíso indio, y se reabriría la ruta directa al cielo. Gracias al movimiento de Neolin, el panindianismo había nacido en el viejo Noroeste. [6]

❖

En abril de 1763, cerca del fuerte británico de Detroit, Pontiac, jefe de guerra de los ottawas, presentó una versión algo diluida del código moral de Neolin a un consejo de aliados indios. Los indios podrían beber ron, aseguró Pontiac a su audiencia, pero sin excesos, y los hombres podrían gozar de relaciones sexuales, pero únicamente con su mujer, y solo tendrían una. En definitiva, solo los colonos británicos eran enemigos de los indios: el Gran Espíritu veía con buenos ojos a los franceses, que, al fin y al cabo, habían ofrecido su apoyo en la guerra contra los británicos. Pontiac transformó en actos el llamamiento de Neolin de tomar las armas y puso sitio a Fort Detroit. Remitió cinturones *wampum* [cinturones de conchas], símbolo del llamamiento a tomar las armas, a las tribus del valle del Ohio. Uno

tras otro, los puestos británicos fueron cayendo hasta que tan solo quedaron tres. Fue un conflicto de violencia desaforada. Los ottawas, ebrios, torturaban y devoraban de forma ritual a los cautivos, y los colonos rebeldes masacraron a indios inocentes. El jefe shawnee Tallo de Maíz, al mando de una enorme partida de guerra, se adentró en Virginia occidental, donde capturó y masacró civiles a diestro y siniestro. Durante los primeros meses de la guerra de Pontiac perecieron casi 2000 soldados y colonos británicos, pero los fuertes Fort Detroit, Fort Niagara y Fort Pitt resistieron, y la Corona envió refuerzos. Vino entonces una situación de tablas, que ningún bando podía deshacer. Los británicos, incapaces de derrotar a Pontiac, le nombraron jefe de todos los algonquinos, un cargo que era anatema para todos los indios con excepción de Pontiac. En 1766 hizo la paz con los británicos. El conflicto se fue apagando poco a poco, pero Pontiac había perdido su prestigio entre los indios. Marchó al exilio en la región de Illinois, y tres años más tarde un guerrero iracundo le asesinó en las pestilentes calles de una pequeña aldea comercial gala. Pontiac, al aceptar la proclama británica de liderazgo supremo sobre los ferozmente independientes algonquinos, había tratado de llegar demasiado alto. [7]

Las leyendas de Neolin y Pontiac, las profecías del delaware visionario y el talento marcial de su discípulo ottawa se narrarían en los campamentos indios durante los años venideros. Eran héroes que los muchachos podrían venerar, e incluso quizá emular en un futuro.

❖

Mas, aparte de historias edificantes, los shawnees no ganaron nada de la guerra de Pontiac. Los británicos les obligaron a renunciar a los miembros blancos adoptados de la tribu, mientras que los iroqueses, reforzados tras su alianza con los británicos, exigieron que los shawnees renunciasen a las tierras de caza al sur del río Ohio, un territorio que comprende la mayor parte de la actual Kentucky y Virginia Occidental. En noviembre de 1768, los iroqueses a su vez cedieron estas tierras a los británicos en el Tratado de Fort Stanwix. El territorio al oeste y al norte del Ohio, que los británicos englobaron en el denominado territorio indio, debería ser inviolable, y la frontera del río Ohio permanente. Los shawnees, a los que se había prohibido estar presentes en las negociaciones, calificaron este tratado de robo descarado. Dejaron de reconocer el liderazgo iroqués y trataron de construir una coalición independiente de estos, además de que dejaron de llamar «padre» a los británicos. Las partidas de exploradores de los shawnees patrullaban la región de Kentucky en busca de intrusos

blancos. [8]

Los intrusos llegaban por la brecha de Cumberland o a lo largo del curso del Ohio: granjeros desheredados en busca de mejores tierras, fugitivos de la justicia, gentes de natural inquieto y de fibra moral laxa. Desde la comodidad de sus fincas de Virginia, los especuladores enviaron agrimensores a reclamar la propiedad legal de las tierras indias. [9]

Entre los primeros invasores vinieron un norcarolino empobrecido llamado Daniel Boone y otros seis blancos pobres. A comienzos de 1769 cruzaron la brecha de Cumberland y se dedicaron a masacrar piezas de caza sin encontrar un solo indio hasta diciembre. Ese mes, un grupo de shawnees dirigidos por un jefe guerrero que hablaba inglés llamado Capitán Will se presentó en su campamento de invernada poco antes del amanecer. «Había llegado el momento de lamentarse», pensó Boone. Pero, en lugar de infligirles tortura y muerte, los shawnees se comportaron «de la forma más amistosa». Se limitaron a confiscar las pieles de los cazadores y les advirtieron que no debían regresar nunca. «Ahora, hermanos –declaró el Capitán Will–, volved a casa y permaneced allí. No volváis por aquí, pues este es el cazadero de los indios, y todos los animales, pellejos y pieles son nuestros. Y si sois lo bastante necios como para volver a aventuraros por aquí, tened por seguro que las avispas y los avispones os picarán con severidad».

Los shawnees habían hecho gala de considerable moderación, pero estaban equivocados si pensaban que sus rostros pintados, sus *tomahawk* y sus formidables mazas de guerra detendrían a Boone y sus compañeros. Tan pronto como llegaron a casa, volvieron a hacer planes para regresar. [10]

La traición iroquesa de Fort Stanwix y la primera oleada de inmigrantes blancos dejó a los shawnees del Ohio navegando por aguas tenebrosas pero familiares: asentarse en un lugar, para de inmediato verse amenazados. Los consejos tribales debatieron la posibilidad de que el valle del Ohio fuera su hogar permanente. Muchos eran partidarios de levantar el campamento y reubicarse al oeste del Misisipi. Los blancos no eran los únicos que estaban amenazando la periferia oriental del valle del Ohio. La región también se estaba repoblando con rapidez con otros indios, lo cual aumentaba aún más la presión sobre unos cazaderos ya agotados por la caza excesiva para el comercio de pieles y curtidos. En comparación con la población colonial británica de las costas orientales, las cifras de indios del valle de Ohio eran lastimosamente pequeñas. En el momento del Tratado de Fort Stanwix varias tribus consideraban ese

valle su hogar, pero las guerras y enfermedades le habían cobrado un pesado tributo a todas ellas. Los shawnees, ahora reducidos a unos 1500 individuos, reclamaban para sí la mayor parte de lo que ahora sería la mitad sur de Ohio. Los delawares, 3500 en total, ocupaban el este de Ohio y el norte de Pensilvania hasta casi el río Delaware. Al contrario que los shawnees, no tenían ningún interés en Kentucky.

Inmediatamente al norte de los shawnees se hallaban los wyandot. Los restos de la antaño poderosa Confederación Hurón, a los que las guerras y enfermedades habían reducido a 1250 miembros. Aunque su número era escaso y no todos eran algonquinos, su prestigio era tal que muchos algonquinos confiaban en su criterio en lo que respecta a límites y otras cuestiones intertribales. La frontera noroeste del territorio de los shawnees incluía terrenos que los ottawas reclamaban como propios. La mayoría de los cinco mil miembros de esta tribu residían en lo que hoy sería Míchigan occidental. Al oeste de los shawnees estaban los mil quinientos miamis. Los shawnees no habían tenido todavía mucho contacto con otras tribus de la región de los Grandes Lagos. En 1768, la población india total de los Grandes Lagos y del valle del Ohio era de alrededor de sesenta mil individuos. Las trece colonias británicas sumaban casi dos millones. Los indios estaban en gran inferioridad numérica, que no haría sino empeorar debido a la elevada tasa de natalidad de los blancos y la constante llegada de inmigrantes a las colonias. [11]

El padre de Tecumseh, Puckeshinwau, estaba del lado de los shawnees que se oponían a abandonar Ohio. Y, hacia 1768, sus palabras se tenían en cuenta. Había ganado considerable prestigio en la guerra de Pontiac y podría haber llegado a ser jefe supremo de los kispokos, una de las cinco divisiones tribales. Su esposa Methoataske pertenecía a la división de los pekowis. De estas y de las demás divisiones de los shawnees volveremos a hablar más adelante. Desde su llegada a Ohio, Methoataske había dado a luz a los tres primeros hijos de la pareja: un hijo, Cheeseekau, nacido hacia 1761, una hija, Tecumpease, que probablemente nació al año siguiente, y luego un segundo hijo, Sauwauseekau.

Mapa 1: Los Grandes Lagos inferiores y el alto valle del Ohio en 1768

Es probable que Puckeshinwau ayudase a fundar Villa Kispoko, una aldea satélite shawnee bastante al norte de la conflictiva frontera del río Ohio y a unos 110 kilómetros al sudeste de la actual Dayton. Además de los honores ganados en la guerra de Pontiac, Puckeshinwau había regresado del conflicto con un niño blanco de cuatro años de edad llamado Richard Sparks, capturado en Virginia Occidental. [12]

La adición de un nuevo varón a la familia era algo que, sin duda, complació a Puckeshinwau y a Methoataske. Los hijos varones eran fuente de orgullo y un muchacho blanco capturado lo bastante joven como para criarlo como un indio podría reforzar las diezmadas filas de los guerreros shawnees, que la guerra había reducido a no más de cuatrocientos. Sparks, además, tenía más o menos la misma edad que su hijo Sauwauseekau, con lo que era inevitable que se convirtieran en compañeros de juegos, una vez expurgada la identidad blanca de Richard.

Puckeshinwau llegó a sentir gran afecto por su hijo adoptivo. Le cambió el nombre a Shawtunte y rechazó las exigencias británicas de que lo repatriase. Sparks vivió entre los shawnees durante doce años antes de volver a la sociedad blanca. Su viuda, ya al final de su vida, dijo que sus padres adoptivos le habían criado «con inusual amabilidad e indulgencia». Tal vez esto explicaría por qué Shawtunte

se resistió a abandonar a Puckeshinwau y a Methoataske. «Recuerdo que me dijo que para él ser separado de los indios fue una gran calamidad –recordó su cuñada blanca–, y me explicó sus planes para escapar y regresar con ellos». [13]

❖

El año de la traición de Fort Stanwix, el año decisivo de 1768, fue también testigo de la llegada de un nuevo miembro a la familia de Puckeshinwau y Methoataske. La llegada de la primavera les sorprendió en Chillicothe, la aldea shawnee principal y centro de ceremonias tribales, situada a 70 kilómetros al sur de la moderna Columbus, en Ohio. Puckeshinwau había viajado a Chillicothe para asistir a uno más de los interminables consejos celebrados para debatir el futuro de la tribu. Mientras, Methoataske esperaba el nacimiento de su cuarto hijo. Las mujeres indias solían viajar con sus maridos en un estado muy avanzado de la gestación, pero la costumbre marcaba que dieran a luz solo en compañía de mujeres, familiares o amigas. Cuando la fecha del alumbramiento era inminente, Methoataske y sus compañeras se retiraron a un lugar discreto, «a dos tiros de flecha» al sudoeste de Chillicothe, cerca de la orilla del río Scioto. Una noche, mientras Methoataske esperaba en el interior de la cabaña, las demás mujeres vieron una estrella fugaz atravesar el cielo y perderse en el horizonte a poniente.

«Ha pasado una», explicaron las mujeres, emocionadas, a Methoataske. Casi de inmediato, Tecumseh vino al mundo. Tal fue su nacimiento, según la narración de su bisnieto, Thomas Wildcat Alford. Stephen D. Ruddell, un muchacho blanco adoptado y confidente de juventud de Tecumseh, explicó una historia similar. En la versión de Ruddell, que es probable que le explicase el propio Tecumseh, fue la propia Methoataske la que vio el cometa. Ambos relatos son plausibles en lo que refiere a las circunstancias, pero no al lugar del nacimiento de Tecumseh. [14] También transmite algo de la importancia del nombre de Tecumseh, cuyo significado solo puede traducirse al inglés de forma imperfecta. Incluso la pronunciación resulta difícil. Ruddell, quien hablaba inglés y shawnee con fluidez, lo pronunciaba «Tec-cum-ded».

Mientras Methoataske y su hijo recién nacido permanecían enclaustrados, Puckeshinwau invitó a dos familiares o amigos ancianos al *wigwam* de la familia para que celebrasen la ceremonia sagrada de imposición de nombre el décimo día después del alumbramiento de su hijo. Los oficiantes de la ceremonia debían ponderar y orar hasta adivinar dos nombres para que los padres

escogieran uno. En la mañana del décimo día, Methoataske lavó bien a su hijo y a sí misma. Salieron de la choza y regresaron al *wigwam* de la familia. Sus cuidadoras prepararon la celebración de imposición de nombre. Rodeado de su extensa familia, el neonato fue bañado con una esponja. A continuación, los oficiantes de la ceremonia declamaron los motivos por los que habían escogido los nombres que presentaban. Es de suponer que uno de estos motivos era la metáfora de la estrella fugaz. Invocaron al Señor de la Vida –el creador de los shawnees– para que protegiera al bebé y exhortaron a sus padres para que lo criasen bien. Tras escuchar a los oficiantes, Puckeshinwau y Methoataske hicieron su elección.

El nombre que escogieron, Tecumseh, deriva de *níla-ni-tkamáthka*, que significa «cruzo la senda o el rastro» de un ser vivo. Dado que Tecumseh había nacido en el seno del *umsoma* puma (un *umsoma* es un clan o nombre de grupo patrilineal) el animal cuyo rastro había cruzado era el de un puma, y no el de un puma cualquiera, sino una criatura milagrosa de existencia trascendental, que moraba en el agua pero que de forma periódica atravesaba los cielos en forma de estrella fugaz. [15] El puma, celestial o común, era una criatura formidable en el valle del Ohio del siglo XVIII. Un varón shawnee cuyo nombre incluyera el del puma inspiraría respeto, pues la habilidad cazadora de este animal era motivo de envidia. Los varones shawnees del clan del puma se consideraban a sí mismos pumas, y el nacimiento de un muchacho del clan bajo la encarnación celestial de la bestia presagiaba una inmensa pericia para la caza. [16]

❖

El pequeño Tecumseh observaba el mundo desde un *tkithoway*, o cuna-tabla, fijada a la espalda de su madre. Los shawnees creían que el *tkithoway* favorecía una buena postura. Para mantener recta la cabeza de Tecumseh, es probable que Methoataske agregase a la cuna-tabla una caperuza de madera ornamentada con adornos de plata y conchas. Mientras realizaba sus tareas cotidianas, tales como acarrear agua, recoger leña, cocinar, y plantar la cosecha primaveral de maíz (las mujeres shawnees no se permitían ningún reposo posparto), Tecumseh se mecía suavemente en la espalda de su madre. Methoataske atendía las necesidades terrenales de Tecumseh, mientras que Puckeshinwau se encargaba de su bienestar espiritual. Cuando se desprendió el cordón umbilical del pequeño, Puckeshinwau lo ató a su zurrón de caza. Lo llevó consigo hasta el otoño, y luego lo enterró junto con el cuerno de un venado joven. La conjunción en el seno de la tierra de cuerno y cordón umbilical, una vez bendecida por las preces

adecuadas, permitirían a Tecumseh convertirse en un poderoso cazador. [17]

Al cabo de un año, Tecumseh fue liberado de la cuna-tabla y sometido a una suave disciplina. Si se portaba mal, azotaban sus diminutas piernas con una vara, o le arrojaban a un arroyo poco profundo. Mas los shawnees, por lo general, adoraban a sus niños. Tecumseh pronto descubrió que sus padres preferían ensalzar la buena conducta a castigar el mal comportamiento. También aprendió a respetar a los ancianos, que ejercían una autoridad absoluta sobre los niños. [18]

Tecumseh, tan pronto como aprendió a caminar, se hizo uno con la naturaleza. Sus pies se deslizaban sobre la superficie de tierra fresca y lisa del *wigwam* familiar en primavera y verano, o se hundían en las blandas y cálidas alfombras de pieles que la cubrían los meses de otoño e invierno. En su naricita se entremezclaban el fragante aroma a gaulteria de las paredes de corteza de abedul y el olor penetrante del humo que emergía desde el hogar central. Cuando salía al aire libre, caminaba sobre una alfombra de hojas y pronto aprendió a evitar las flores candelillas y las piñas. Una sinfonía de sonidos familiares –la charla indolente de mujeres trabajando, las risas de guerreros que descansaban, los ladridos incesantes de perros innumerables– confortaban a los bebés shawnees como Tecumseh. Del suelo del bosque se alzaban mil aromas dispersados por el viento. Por la noche, los retazos de la luna tremolaban entre las copas cimbreantes de los árboles. En el interior del *wigwam*, Tecumseh pugnaba por un lugar entre sus padres, sus tres hermanos, su hermano blanco adoptado, y los inevitables visitantes nocturnos. Como pronto descubriría, la mayoría de los shawnees detestaban la soledad.

Cuando tenía dos años, Methoataske dio a luz a su quinto hijo, un varón llamado Nehaaseemo, del cual poco se sabe. En algún momento de su infancia, Tecumseh (es probable que cuando tenía ocho años) cayó enfermo de viruela. Superó los vómitos, la diarrea y los atroces dolores de cabeza, pero su rostro quedó marcado por leves marcas de viruela para siempre. [19]

Entonces llegó el amargo otoño de 1774, cuando Puckeshinwau cayó en combate contra los cuchillos largos en Point Pleasant. El hermano mayor de Tecumseh, Cheeseekau, de catorce años de edad, asumió el rol de padre sustituto. Su hermana Tecumpease, quien había desposado al joven guerrero Wahsikegaboe (a veces transcrito Wasabogoa), tenía un estatus considerable entre las mujeres de la aldea, con lo que ayudó a Methoataske a sobrellevar el embarazo. Pero nada podía haber preparado a esta para el parto que sufrió en la

primavera de 1775. Tuvo trillizos, un suceso inmensamente raro que los shawnees consideraban de mal augurio, y que dejó a Methoataske deshecha y avergonzada. Pero su angustia sería breve: uno de los bebés, una niña, murió poco después de nacer y los dos varones sobrevivieron. Tras la ceremonia de imposición de nombre, se les conoció como Kumskaukau, «gato que vuela», y Laloeshiga, el más débil de todos, cuyo nombre tal vez podría significar algo así como «puma de bella cola». [20] Además de la ayuda de Cheeseekau y de Tecumpease, también hizo de padre adoptivo Pez Negro (Blackfish), un afable jefe guerrero de la división de Chillicothe, que había sido un amigo fiel de Puckeshinwau. [21]

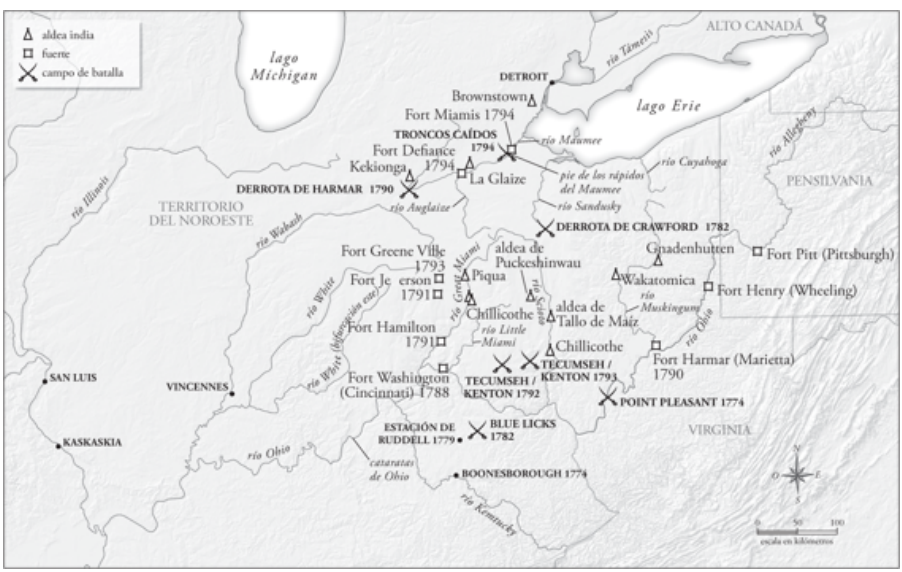
La guerra de lord Dunmore había concluido *de facto* con la batalla de Point Pleasant. El jefe Tallo de Maíz reconoció por fin la línea del río Ohio delimitada en el Tratado de Fort Stanwix. Algunos shawnees defendían la coexistencia pacífica, otros se distanciaron de los Cuchillos Largos. Varios centenares de shawnees, la división thawekila al completo, se establecieron entre los creek. Los residentes de Chillicothe, ciento setenta familias que incluían a las de Methoataske y Pez Negro, se retiraron del Scioto al río Little Miami, en el sudoeste de Ohio. [22]

Mas no había forma de saciar el hambre de tierra india de los blancos. El secretario de estado británico para Norteamérica urgió al gobierno de Su Majestad a abrogar todo tratado que prohibiera la explotación del valle del Ohio, pues, «las tierras son excelentes, el clima templado, [y] el territorio está bien regado por varios ríos navegables que se comunican entre sí». Grandes naves podían navegar el río Ohio durante todo el año, lo cual hacía que fuera más barato exportar mercancías a la Florida occidental británica y a las Indias Occidentales por vía fluvial (primero por el Ohio, luego siguiendo el curso del Misisipi) que por vía marítima desde Nueva York o Filadelfia. [23]

No resulta por tanto ninguna sorpresa que los especuladores de tierras hicieran pingües negocios con la compra de grandes extensiones. Por su parte, los menos acaudalados entraban en masa en la región de Kentucky, que acababa de quedar abierta, para ocupar pequeñas parcelas concentradas en torno a fuertes municipales que recibían el nombre de estaciones. Los más osados se aventuraron al norte del río Ohio. Las incursiones cada vez más profundas causaron la preocupación de un misionero destacado con los delawares. «Todo el territorio del río Ohio ha atraído la atención de muchas personas de

las colonias vecinas –escribió–. Estas suelen formar partidas, que deambulan por la región en busca de tierras, y algunos, de conducta irresponsable, carentes tanto de honor como de humanidad, se unen a una turba, la clase de gente que suele encontrarse en la frontera [...] estas afirman que matar a un indio era lo mismo que matar a un oso o un búfalo, y disparan a cualquier indio que se cruzase en su camino». [24] Hacia 1775, los únicos que hacían frente a estas turbas eran los indios. Las tensiones en las colonias americanas habían derivado en conflicto armado, circunstancia que obligó a Gran Bretaña a retirar sus tropas de todos los fuertes del país indio excepto Detroit y Niagara. El imperio colonial estaba desapareciendo.

Los shawnees no sabían qué pensar de los nuevos emisarios de paz que se hacían llamar estadounidenses. En julio de 1775, sus caudillos le dijeron a una delegación virginiana: «A menudo sospechamos que no habrá un lugar de reposo para nosotros, y que vuestras intenciones [son] privarnos por completo de todo nuestro territorio». Aquel mismo verano, un emisario del Congreso Continental halló a los shawnees «en constantes conciliábulos, las mujeres estaban muy inquietas ante la posibilidad de una guerra». Los consejos tribales de los shawnees se resentían cada vez más. Los representantes de las divisiones kispoko y mekoche defendían llegar a un acuerdo; las divisiones de los Chillicothe (entre los cuales vivía la familia de Methoataske) y los pekowis abogaban por ir a la guerra.



MAPA 2: LA REGIÓN DE LOS HERMANOS SHAWNEES 1774-1794

Tallo de Maíz hizo todo cuanto pudo por evitar el conflicto con los

estadounidenses. En octubre de 1775 encabezó la delegación shawnee que acudió a Fort Pitt, localizado en Pittsburgh. A cambio de que estos reconocieran el río Ohio como la frontera entre las tierras indias y las de los blancos, Tallo de Maíz y sus delegados firmaron un tratado de paz que al incipiente gobierno estadounidense le resultaría muy difícil hacer cumplir. Durante los dos años siguientes, Tallo de Maíz mantuvo la neutralidad shawnee en la Revolución estadounidense. Pero, a medida que aumentaba la presión estadounidense sobre la frontera shawnee, el venerable jefe iba perdiendo el control sobre todos los shawnees salvo los mekoches. Tallo de Maíz y su gente se dispusieron a retirarse de la frontera en dirección norte, hacia el lago Erie, pero otros jefes más jóvenes, de las divisiones chillicothe y pekowi, permanecieron en sus territorios y aceptaron el ofrecimiento británico de ir a la guerra contra los estadounidenses. Pequeñas partidas guerreras de los chillicothes y los pekowis, junto con los siempre inquietos mingos, comenzaron a hostigar las posiciones defensivas fronterizas.

En noviembre de 1777, Tallo de Maíz regresó a Fort Pitt para renovar sus votos de amistad y también para advertir de las intenciones agresivas de algunos shawnees. Su misión fue inútil. Los estadounidenses desconfiaban de todos los shawnees e hicieron oídos sordos a las palabras de Tallo de Maíz. Este, malhumorado, reflexionó: «Cuando era joven, y marchaba a la guerra, pensaba que cada expedición podría ser la última, y que ya nunca retornaría. Y ahora me hallo entre vosotros. Podéis matarme si así lo deseáis. Solo puedo morir una vez, y es lo mismo, ahora o en otro momento».

El consejo concluyó y los oficiales se dispersaron. Pero, de repente, una partida de milicianos enfurecidos irrumpió en la habitación de Tallo de Maíz. Portaban el cadáver sin cabellera de un camarada caído y gritaban: «¡Matemos a los indios del fuerte!». Tallo de Maíz respondió con toda calma: «Si algún cuchillo largo tiene algo contra mí, vénguese ahora». La respuesta fue una descarga de ocho balas que acribilló al jefe shawnee. «Si podíamos esperar algo [de los shawnees] –se lamentó el comandante estadounidense–, ahora se ha esfumado». **[25]**

❖

Tecumseh tenía nueve años cuando el jefe Tallo de Maíz fue asesinado. Residía en la nueva Chillicothe, junto al río Little Miami, en un paraje de gran belleza y en apariencia seguro. La aldea, formada por *wigwam* entremezclados con cabañas de troncos, se extendía a lo largo de un cerro elevado en la orilla este del río. Al nordeste del

centro de la localidad se encontraba la casa del consejo, de unos dieciocho metros y construida con troncos de nogal americano, fuertes y rugosos. En dirección sur se extendían campos de maíz, melones y calabacines; las verduras crecían abundantes en la tierra oscura y fértil. El Little Miami rebosaba de peces. La caza era abundante en las colinas boscosas del sudoeste de Ohio. Al menos 20 kilómetros al noroeste de la nueva aldea Chillicothe se ubicaba una comunidad shawnee más pequeña, la de los piqua (en la actual Springfield, Ohio). **[26]**

Tecumseh era un joven muy atareado, que dedicaba sus días a ejercicios extenuantes. «Correr, nadar y saltar eran lo habitual en nosotros –recuerda un shawnee–. Los mayores nos animaban a practicar todo aquello que nos hiciera más fuertes. También nos enseñaban a disparar arcos y flechas con gran precisión y pericia». Tecumseh tenía un arco y flechas de tamaño reducido, lo bastante grande para abatir animales pequeños o jugar al aro (que consistía en disparar flechas a través del aro atado a una rama en movimiento), pero no como para que resultara peligroso.

Los varones adultos ponían a prueba la puntería y la resistencia de Tecumseh. «Cuando un muchacho se levantaba por la mañana, le ennegrecían el rostro con carbón y le enviaban a cazar algo para comer». El bisnieto de Tecumseh escribió acerca del entrenamiento de los bosques. «Podía ser una codorniz, un conejo, o una ardilla, rara vez una pieza más grande. No se le daba alimento hasta que volvía con lo que se le había enviado a buscar. Como su rostro estaba ennegrecido, todo el mundo que le veía sabía por qué había salido, y nadie le daba comida ni le ayudaba en modo alguno. Solo podía utilizar sus propios medios».

La caza era algo natural para Tecumseh. «Siempre era el que mataba más pájaros de la partida», recuerda el *métis* (sangre mestiza), Anthony Shane, quien se casaría con una prima de Tecumseh. Shane dijo, además, que Tecumseh tenía una pequeña banda de muchachos, sobre la que ejercía el control.

Los shawnees no esperaban menos del hijo de un reputado jefe de guerra, del protegido de un puma celestial. Emular las cualidades más nobles de dicho animal debía ser el más ardiente deseo del adolescente Tecumseh. Al igual que el puma, ansiaba ser una bestia de presa, fuerte y furtiva, capaz de cazar ciervos cuando quisiera. Aprendió que los pumas que merodeaban los bosques de Chillicothe nunca atacaban a los humanos sin provocación, y tampoco lo haría Tecumseh. Pero un indio que se acercara demasiado al cubil de una puma hembra con cachorros corría un riesgo mortal. Sobrevivir un encuentro semejante requería de un absoluto autocontrol. Tecumseh

aprendió a no dar nunca la espalda a una puma hembra para escapar. Debía dominarla con la mirada. Si carecía del valor para disparar, debía caminar hacia atrás, de forma cuidadosa pero constante, hasta hallarse a una distancia segura. Disparar y fallar significaba, casi con toda certeza, perder la vida. [27]

Tecumseh se cuidaba mucho de no jugar con niñas; los niños shawnees que hacían tal cosa eran objeto de burlas despiadadas. Desde el momento en que podían caminar, a los muchachos se les enseñaba a sentirse superiores a sus hermanas. Aun así, Tecumseh adoraba a su hermana Tecumpease, de quince años de edad, la puma de la familia cuando Methoataske se ausentaba. Las niñas también sentían gran afecto por él. Shane afirma que Tecumseh dijo a los demás muchachos que él jamás se ataría a una sola chica, pues todas las chicas guapas le querían a él. [28]

Del mismo modo que no le faltaban las atenciones femeninas, a Tecumseh rara vez le faltaron alimentos nutritivos. Su dieta era variada. A los blancos también solían gustarles los platos shawnees. Entre los más populares estaban el venado asado sobre carbones aderezado con finas hierbas y bañado en aceite de oso; colas de castor, pato, o ardillas envueltas en vainas de maíz y asadas sobre cenizas calientes; pasteles de venado o calabaza. Algunos blancos protestaban por la falta de sal. A los shawnees también les gustaba la sal, pero esta era difícil de conseguir. Debía obtenerse de aguas minerales o de depósitos naturales que había que hervir largo tiempo para poder obtener un puñado. Por lo que los shawnees tenían que conformarse con finas hierbas, una alternativa más saludable. En cuanto a los dulces, a los shawnees les gustaban las melazas, pero también el chocolate que compraban a los mercaderes. El maíz era una parte fundamental de la dieta, venerado como don divino que se cosechaba con gozo. Las especialidades a base de maíz iban desde el pan integral de maíz con frutas a raciones de emergencia de caza a base de tortas de maíz tostado. [29]

Los shawnees, cuando no padecían las enfermedades del hombre blanco, eran un pueblo muy saludable que se enorgullecía de su aspecto físico. Sus estándares de higiene eran superiores a los de los blancos de la frontera, que eran francamente pobres. Un muchacho blanco cautivo recordó que su padre shawnee se bañaba todo el año, lanzándose desnudo a las gélidas aguas de los ríos en pleno invierno. Los hombres shawnees consideraban poco atractivo el vello corporal y facial y se lo rasuraban con conchas de mejillón. Solían ser como mínimo de estatura media, esbeltos y de buena constitución, y el tono de su piel iba del moreno claro al moreno oscuro, y sus ojos solían ser

marrones. Los shawnees tenían el cabello negro azabache en la juventud, que con la edad se iba tornando gris de forma natural.

Los bienes comerciales de los europeos comprendían buena parte de las vestimentas y adornos de las tribus de los bosques. Cuando el tiempo era frío, los hombres shawnees y, en ocasiones, también las mujeres, vestían un capote denominado *match-coat*. Antaño fabricados con piel de venado, puma u oso, con el pelo hacia el interior, hacia finales del siglo XVIII habían pasado a ser de un tipo de lana gruesa denominado *stroud*. Solía medir unos dos metros de largo, que el portador envolvía en torno a la mitad superior de su cuerpo como si fuera una toga. Los *match-coat* también podían servir como mantas en caso de apuro. Con el tiempo, fueron reemplazados por vestimentas europeas.

Cuando el clima era más cálido, los hombres vestían una blusa de lino, un *breechclout* [taparrabos] que era una única pieza rectangular de piel curtida de ciervo, tela o piel animal, que se ponía entre las piernas y se metía dentro de un cinturón, de forma que los faldones cubrieran los genitales; también llevaban polainas de piel de animal y mocasines de piel de ciervo. Algunos se tocaban con sombreros traídos por los comerciantes o se enrollaban pañuelos en la cabeza. Los cortes de pelo masculinos, asimismo, revelaban la influencia europea. El peinado tradicional consistía en afeitarse la cabeza hasta la coronilla y dejar un mechón que se decoraba con una pluma o un tocado de pelo de colores. Pero cada vez más hombres llevaban el cabello largo, con trenzas y adornado con plumas de avestruz. Los tatuajes, que, para empezar, nunca fueron frecuentes entre los indios al norte del río Ohio, rara vez se veían en tiempos de Tecumseh. La única ornamentación que permaneció inalterada fueron las pinturas de guerra, elaboradas a base de óxido de hierro y a menudo formadas por franjas rojas, negras o blancas. Los tradicionalistas shawnees consideraban lamentable que los hombres llevasen el cabello largo y vistieran camisas de lino. **[30]**

Pero, por otra parte, la vestimenta femenina obtenía la aprobación general, incluso la de los varones tradicionalistas. La mayoría de las mujeres adultas vestían blusas de calicó cerradas en el pecho con un broche de plata, que se extendía unos quince centímetros por debajo de la cintura; una falda de tela *stroud* que terminaba justo sobre la rodilla y calcetas. Solían untarse el cabello, que les llegaba hasta la cintura, con aceite de oso, y luego lo recogían en una trenza. Algunas mujeres se pintaban puntos rojos en las mejillas, pero la mayoría no utilizaba pintura facial. El colorista atuendo y ornamentación de las mujeres shawnees fascinó a un adolescente blanco cautivo. Este

recordó que las mujeres mayores vestían con sencillez, pero «todas las jóvenes y de mediana edad sienten pasión por los adornos [...] engalanan la parte superior de sus mocasines con hileras de cuentas y púas de puercoespín, ornamentan con gran gusto los bordes de sus calcetas y los extremos y parte inferior de sus faldas de *stroud* con cintas y abalorios, o, a menudo, adornan sus mocasines y calcetas con pequeños mechones de cabello de ciervo, teñido de rojo e insertado en pequeñas piezas de bramante, que cascabelea al caminar». La joyería estaba siempre presente. «Si se lo podían permitir, se cubrían con broches de plata, grandes y pequeños, y ostentaban en brazos y muñecas brazaletes de plata de entre una y cuatro pulgadas [2,5 y 10 cm] de ancho».

Ambos sexos codiciaban los adornos de plata: cuantos más, mejor. En verdad, los hombres eran más ostentosos que las mujeres. Además de adornarse brazos y nariz con brazaletes y zarcillos de plata, también se cortaban las orejas, atándose la aurícula con alambre de cobre, del cual pendían piezas de plata que les llegaban casi hasta los hombros. Para un hombre blanco no habituado a ver nativos, el aspecto de un indio de los bosques con todos sus ornamentos podía describirse como colorista, extraño o grotesco.[31] Rodeado de tan extraño entorno, el joven Tecumseh pasaba las veladas absorto en las historias que explicaban los mayores. Al igual que los demás muchachos shawnees, aprendió el gran valor que su pueblo daba a la oratoria. Los relatos de los primeros encuentros entre los shawnees y los blancos hechizaban a los muchachos, imbuidos de sorpresa y temor. Un jefe mekoche explicó una de esas historias:

> Nuestros ancianos solían explicar a nuestra gente que una gran serpiente llegaría del mar y destruiría a nuestro pueblo. Cuando vimos el primer barco europeo, los indios vieron el estandarte, con su extremo ahorquillado que ondeaba y se movía como la lengua bífida de una serpiente. «¡Allí! –dijeron–: ¡Esa es la serpiente de la que nos hablaron nuestros ancianos!». Cuando los ancianos probaron el ron por primera vez, lágrimas corrieron por sus mejillas. «Esto –dijeron–, es lo que destruirá a nuestros jóvenes».

Las historias de brujería también causaban gran espanto. Tecumseh, al ser el mayor de los dos, fue el primero en escucharlas, pero a quien causaron una mayor impresión fue a su torpe hermano menor, Laoeshiga. Pero esto no significa que Tecumseh no creyera en tales cosas. La brujería proyectaba una sombra malévola sobre los

shawnees, quienes creían con fervor que los nigromantes de ambos sexos merodeaban en los bosques sombríos de alrededor, y buscaban sus puntos débiles, siempre dispuestos a infligir dolor y sembrar el caos. Los shawnees creían que los brujos extraían su poder de pedazos de carne viva de la Gran Serpiente que había impedido la mitológica migración de su gente a través del océano Atlántico. Los shawnees de la leyenda habían atraído a la bestia hasta las costas, donde, con ayuda de ritos místicos y sangre menstrual mataron, desmembraron y quemaron a la criatura. Pero algunos miembros maliciosos de la tribu preservaron algunos pedazos de la carne viva de la serpiente, que combinaron con otras sustancias viles en una bolsa mágica para así obtener poderes nigrománticos. Los brujos transmitieron esas bolsas en secreto a las generaciones sucesivas. Los shawnees no eran los únicos indios de los bosques que tenían arraigadas creencias en la hechicería y en sus manifestaciones; otras tribus de los bosques compartían ideas similares.

En la pugna perpetua por la armonía eterna, el olvido de algún ritual daba a los brujos vía libre para dirigir su mal contra otros miembros de la tribu y engendrar caos, desolación y congoja. Por desgracia para su tribu, los shawnees creían que los hechiceros que moraban entre ellos no tenían ningún poder contra los blancos; pero sí que podían debilitar a los shawnees y asegurar su sometimiento.

Se decía que los practicantes de las artes negras poseían una característica física fuera de lo común, que les delataba, como un ojo rojo o una marca de nacimiento. Solían obrar de forma furtiva y, por lo general, de noche, dirigiendo sus acciones maléficas contra vecinos y parientes. Se creía que los brujos, envidiosos y llenos de rencor, no eran del todo humanos, lo cual facilitaba aceptar su destrucción. Dado que los hechiceros eran una fuerza primordial del desorden y la decadencia, erradicarlos era el deber de todos. En la época en que Tecumseh supo de la existencia de los hechiceros, muchos shawnees pensaban que las desgracias de la tribu se debían al castigo del Creador, pues no habían arrancado de su seno a los brujos. Pero pocos shawnees tenían el coraje moral para emprender semejante misión. **[32]**

CAPÍTULO 2

UN PUEBLO INQUIETO

Los quebraderos de cabeza de los shawnees, ya fueran causados por brujas, blancos u otros indios, precedieron el nacimiento de Tecumseh en más de una centuria. Aunque en los lejanos recuerdos de los shawnees todavía resonaban los místicos ecos de su profundo amor por el Territorio de Ohio, no sabían muy bien por qué. Los futuros etnólogos blancos tan solo podrían hacer conjeturas. La mayoría relaciona a los shawnees primigenios con la cultura de Fort Ancient, que floreció en el valle del Ohio hasta comienzos del siglo XVII. Los indios de esta cultura, la de Fort Ancient, fueron cazadores y agricultores que residían en aldeas estables rodeadas de fortificaciones construidas con tierra y troncos, de ahí su denominación. No está claro que los primeros shawnees pertenecieran a la cultura de Fort Ancient o vivieran separados en el valle del Ohio. Pero sobre lo que sí que no hay duda alguna es sobre sus raíces lingüísticas. Eran un pueblo de habla algonquina, miembros de una amalgama dispersa de tribus, en ocasiones enfrentadas entre sí, pero que hablaban lenguas mutuamente inteligibles, que se extendía desde la costa atlántica en dirección a poniente, hacia los Grandes Lagos y el valle del Ohio y que llegaba hasta el valle del Misisipi, y en dirección norte hasta Canadá. [1]

El grupo lingüístico de los iroqueses, rodeado de un mar de pueblos de habla algonquina, vivía en la actual Nueva York. Compuesta de cinco tribus aliadas, los iroqueses tenían un propósito definido: acumular tierras y riquezas a expensas de los algonquinos. La Confederación Iroquesa, imperiosa, oportunista y feroz, prosperó gracias al comercio de pieles de castor, primero con los neerlandeses y, más tarde, con los británicos. No obstante, hacia la década de 1640, los iroqueses habían agotado sus reservas, por lo que se embarcaron en una guerra de conquista, de un tipo que los pueblos nativos de Norteamérica jamás habían conocido. Ambos bandos contaban con alrededor de doce mil guerreros, mas los aliados europeos habían equipado a los iroqueses con armas de fuego.

Estos lanzaron una primera ofensiva en dirección oeste, desde lo que hoy sería el norte del estado de Nueva York y el sur de Ontario, hacia la región de los Grandes Lagos. Este primer avance aplastó a la antaño todopoderosa nación de los hurones. A continuación, se dirigieron al sur, se adentraron por el valle del Ohio, despoblaron la región y expulsaron a los que quedaban de los pueblos algonquinos hacia el oeste, hacia el Misisipi, arrojándoles en brazos de los exploradores y mercaderes franceses. No obstante, los iroqueses, como es habitual entre los invasores, abarcaron demasiado territorio y el Imperio francés, también en expansión, proporcionó armas de fuego a los asilados algonquinos a los que ayudó a crear centros de refugiados en los Grandes Lagos. Los algonquinos, además, aceptaron el liderazgo francés de una nueva alianza que se apoyaba en la pericia guerrera de las tribus potawatomi y miami, que habían mantenido su cohesión durante tres décadas de conflicto contra los iroqueses. La alianza indio-gala pasó a la contraofensiva y logró batir a los iroqueses. Repetidas epidemias de enfermedades europeas afectaban por igual a todos los indios, pero al parecer perjudicaron mucho más a los iroqueses. En 1701, estos acordaron la paz con los franceses y sus aliados algonquinos. Surgió así un nuevo equilibrio de poder, cuya estabilidad dependía de los imperios británico y francés. [2]

Los shawnees, que nunca se habían distinguido por su cohesión, es probable que fueran los principales damnificados de seis décadas de guerra. Las incesantes incursiones de los iroqueses les expulsaron del valle del Ohio. En su huida atropellada, devinieron, en palabras de un jefe mohicano, en «un pueblo inquieto, que se solaza en la guerra». El jefe, pese a su simpatía hacia los shawnees, confundía su voluntad de sobrevivir con una beligerancia innata. Un superintendente británico los consideraba «recios, audaces, astutos, y los más grandes viajeros de América». Los shawnees, migrantes desunidos, confiaban en la caridad de otras tribus, y, cuando no la recibían, en su capacidad de luchar por la tierra.

Sus desplazamientos exactos se han perdido en la historia no escrita de los pueblos nativos. Lo único que sabemos acerca de sus peregrinaciones depende de las fuentes del hombre blanco. En 1683, algunos centenares de indios aparecieron en el puesto francés de Starved Rock, en la región de Illinois, desde donde viajaron al este para unirse a los delawares en Pensilvania oriental y en Maryland. Otros shawnees vagaron en dirección sudeste y se establecieron en el curso del río Savannah, en Georgia. Esta banda, agotada de combatir con tribus locales, se dividió al cabo de dos décadas. Algunos se establecieron entre indios amistosos, los creek de las ciudades altas, en

lo que hoy día es Alabama central. El resto se dirigió hacia Pensilvania. Unos pocos cientos de shawnees vivieron cierto tiempo en Virginia Occidental. Hacia 1715 la mayoría de los miembros de la tribu (alrededor de dos mil) se habían reunido en Pensilvania. Los indios delawares de la región y la benevolente administración cuáquera de William Penn les recibieron con los brazos abiertos, y la renacida Confederación Iroquesa toleró su presencia.

Pero la tregua no duró mucho para los shawnees. Tras la muerte de Penn, en 1717, las relaciones con los colonos locales se agriaron. La caza comenzó a escasear. Los comerciantes sin licencia sobreexplotaron el comercio de pieles del que los shawnees dependían para obtener bienes europeos. Estos trajeron, además, el adictivo ron que reemplazó a los mosquetes, utensilios, herramientas, telas y ornamentos de plata que los shawnees preferían cuando estaban sobrios. Los jefes shawnees imploraron al gobierno de Pensilvania que hiciera cumplir las leyes antirrón, pero las autoridades cuáqueras eran incapaces de acabar con el nocivo comercio de licor. Para rematar los males de los shawnees, los delawares vendieron buena parte de las tierras en las que vivían ambos pueblos y los iroqueses les presionaban para que vendieran el resto. [3]

Los shawnees y los delawares marcharon hacia el oeste y se asentaron primero en las orillas del río Allegheny. Mas Pensilvania occidental era un refugio inseguro, pues era tierra de los iroqueses, los cuales les trataban como vasallos. El comercio de ron también acompañó a la oleada migratoria. Los jefes shawnees volvieron a implorar a las autoridades coloniales que pusieran orden entre los comerciantes de ron, dando a entender que, si no aceptaban sus peticiones, se pasarían al bando francés. La asamblea cuáquera escuchó con atención, pero no tomó ninguna medida efectiva. [4]

Tras saquear a unos cuantos comerciantes sin licencia, la mayoría de los shawnees de Pensilvania se marchó. Como ya hemos explicado en un pasaje anterior, otras bandas, entre las que se contaba la de Puckeshinwau, se les unieron de forma gradual. Hacia 1760, la mayor parte de la tribu –ahora reducida a 1500 individuos– se había establecido en una aldea en crecimiento a orillas del Ohio, cerca de la desembocadura del Scioto, que recibía el nombre de Lower Shawnee Town (a unos ciento ochenta kilómetros al este de lo que hoy es Cincinnati). Por primera vez en más de un siglo, los shawnees volvían a estar unidos. [5]

❖

Pero nunca le habían concedido una gran importancia a la unidad

tribal. Esta tampoco tenía gran trascendencia en la identidad shawnee, circunstancia poco sorprendente en un pueblo que llevaba disperso tanto tiempo. Los shawnees reservaban su lealtad principal a dos tipos de unidades intertribales que definían su puesto en la sociedad. El primer tipo, más formal, eran cinco grupos de descendencia patrilineal llamados divisiones. Es posible que en el pasado hubieran sido tribus separadas que acabaron fusionándose en la tribu shawnee. Fuera cual fuera su origen, las divisiones tenían responsabilidades bien delimitadas. Las de los chillicothes y los thawekilas, de igual poder, gestionaban los asuntos políticos de la tribu, y solían proporcionar los principales jefes tribales. Los mekoches proporcionaban sanadores y cuidaban de la medicina y de la salud tribal. Los pekowis se encargaban de cuestiones religiosas y rituales. El reparto de responsabilidades entre divisiones, en un pueblo que llevaba tanto tiempo disperso, era con frecuencia más teórico que real, con lo que las divisiones siguieron siendo semiautónomas incluso cuando la tribu se unificó. Las aldeas shawnees tomaban sus nombres de la división residente dominante y las divisiones a veces mantenían relaciones separadas con otras tribus. Cada división guardaba con celo su provisión de medicina sagrada, formada por un conjunto secreto de objetos naturales y animales a los que se atribuía poder divino. Se creía que el mal uso de esta provisión sagrada atraería calamidades. [6]

La segunda unidad de los shawnees era el *umsoma*, también patrilineal. Este quería decir, literalmente, «sociedad de buen genio». Era menos formal y más cercano que una división, que se componía de múltiples *umsomas*, o clanes. Los nombres de los clanes procedían del mismo animal o fauna y la tradición shawnee recuerda treinta y cuatro *umsomas* originales. Hacia el siglo XVIII, estos se habían reducido a los siguientes doce: serpiente, tortuga, mapache, pavo, halcón, ciervo, oso, lobo, alce, búfalo, árbol y puma. Era a esta última a la que pertenecían Puckeshinwau y sus hijos. La pertenencia al clan ocasionaba «fuertes partidismos y divertidas rivalidades». Las bromas en las que se ensalzaba al propio clan y se ridiculizaba a los otros eran muy comunes. [7]

Tecumseh y Laloeshiga, al igual que todos los shawnees, tenían sentido del humor. Pese a todas sus penurias, eran un pueblo dotado de un notable optimismo y resistencia. Los adultos menospreciaban la vulgaridad, pero sabían apreciar una buena broma y solían pasar horas narrando historias divertidas en torno al fuego de los *wigwam*.

Los shawnees eran escrupulosamente honestos entre ellos. No obstante, el engaño se aceptaba como algo normal en los tratos con extraños y, en particular, con los hombres blancos. El reverendo David

Jones, un misionero protestante que visitó en 1772 a los shawnees del valle del Ohio, consiguió comprender el carácter tribal, al menos hasta donde podía llegar a entenderlo un cristiano blanco del siglo XVIII. El hecho de que no lograse convertir a ninguno a su fe no le impidió ver las excelentes cualidades de sus anfitriones. «Los shawnees son un pueblo de natural activo e inteligente [y] la gente más alegre y jovial que jamás haya conocido –dijo Jones–. Se diría que su principal estudio son las bromas; en consecuencia, tanto hombres como mujeres ríen más que ninguna otra nación que jamás haya observado». Jones admiraba la forma en que adivinaban las intenciones de un hombre blanco. «Descubrí que esto era un arte entre ellos, a saber, que cuando imaginan algo sobre ti en su corazón, decían que alguien les había dicho tales cosas y toda esta astucia es para descubrir qué es lo que piensas de ellos».

Un oficial británico del departamento indio que conocía bien a los shawnees no compartía la opinión de Jones de que estos tenían una veta insincera. Por el contrario, les consideraba «abiertos y francos en general –su afabilidad, buen humor y vivacidad les hacen agradables a los forasteros– y parecen hallar gran placer […] en hacer todo cuanto está en su poder para hacer agradable la estancia de aquellos que visitan sus aldeas». Este oficial, en particular, apreciaba el lenguaje shawnee, el cual consideraba «muy melodioso y de gran vigor, muy útil para embellecer y ornamentar los frutos de la elocuencia natural». **[8]**

Los shawnees concedían escasa importancia a las opiniones que los blancos pudieran tener de ellos, tanto las desdeñosas como las elogiosas. Como ocurría con los otros indios de los bosques orientales, se consideraban superiores a los blancos a ojos del Ser Supremo, al cual los shawnees denominaban Waashaa Monetto, que suele traducirse como Señor de la Vida, Gran Espíritu o Creador. Los shawnees también se arrogaban el primer puesto entre los indios y reducían a los blancos a la categoría de raza bastarda, la hez de la creación, si bien admitían que los aliados de los indios tales como británicos y franceses, o los blancos que se casaban con mujeres shawnees, se hallaban ligeramente por encima del sempiterno montón de estiércol. Por otra parte, la mayoría de los shawnees no creía que el Señor de la Vida hubiera creado a los blancos. Cuando este abrió la puerta celestial para situar a los primeros shawnees en una gran isla, despreció a un hombre blanco, desnudo, calvo y circuncidado, que se hallaba sentado en el suelo. El Señor de la Vida les dijo a los shawnees que un espíritu menor, sobre el cual no tenía control, había fabricado al hombre blanco. Y el Señor de la Vida les advirtió, además, que «tan pronto como llegasen a su isla, este gran espíritu blanco trataría de

impedir sus propósitos». En un principio el Lago Hediondo (océano Atlántico) separó a ambas razas, pero transcurrido cierto tiempo los blancos desembarcarían en tierra india. [9]

A pesar de su nada halagüeña teoría sobre el origen de los blancos, el racismo shawnee no era absoluto. Los rituales sagrados no solo permitían la adopción de cautivos blancos, sino que se les transformaba en sus iguales, plenamente merecedores del afecto, respeto y derechos de todos los miembros de la tribu. Para un blanco capturado durante la infancia, el proceso de adopción era bastante benigno. Jonathan Alder, capturado en Kentucky a la edad de nueve años por una partida de shawnees y mingos, consideraba que la parte más dura de su experiencia había sido el arduo viaje hasta la aldea de sus captores. Una vez allí, una familia que había perdido a un hijo lo había reclamado para sí. Su nueva madre india le desnudó y le frotó con jabón y agua entremezclada con hierbas sagradas, le vistió con ropas indias, y le declaró parte de la familia. Alder llegaría a ser amigo y admirador de Tecumseh.

Para un adulto blanco, en particular para los hombres, la adopción en una de las tribus de los bosques orientales era un proceso cargado de dolor e incertidumbre. Al soldado colonial James Smith, sus captores delawares le arrancaron todo el cabello de la cabeza, salvo el de la coronilla; le perforaron la nariz y las orejas y le insertaron ornamentos; y, por último, le pintaron de la cabeza a los pies. A continuación, un anciano jefe le llevó con un grupo de mujeres que le esperaban, con el agua hasta la cintura, en un río. Trataron de sumergirle, pero Smith se resistió. «No hacerte daño» le dijo una de las mujeres. Smith dejó de resistirse y les permitió que le sumergieran y le frotasen a conciencia. Una vez seco, vestido con ropas indias y repintado, Smith escuchó en silencio a un jefe que, por mediación de un intérprete, le dijo: «Hijo mío, ahora eres carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos. Por mediación de la ceremonia celebrada el día de hoy, ha sido limpiada hasta la última gota de sangre blanca de tus venas [y] ya no tienes nada que temer».

Smith tuvo suerte. Si bien las mujeres blancas elegidas para ser adoptadas no sufrían ninguna ordalía ritual, la mayoría de los hombres eran sometidos a la brutal práctica de la carrera de baquetas para demostrar su valía. Aquellos que carecieran del valor o la resistencia para superarlo solían morir a palos.

Una carrera de baquetas era un gran deporte para todos salvo para la víctima. Un joven cautivo blanco de Chaqueta Azul, el jefe de guerra de los pekowis, al cual acudiría el adolescente Tecumseh para que fuera su mentor en el arte de la guerra, fue testigo de una de tales

ordalías. Todos los aldeanos capaces de blandir una maza o una vara participaron en la carrera. Los shawnees formaron dos hileras, separadas entre sí dos metros, que se extendían unos cien metros hasta una cabaña. Ante ellos había un fornido hombre blanco. Su meta, de la que dependía su vida, era alcanzar la cabaña antes de que cayeran sobre él los golpes de sus torturadores. Y partió a la carrera, repartiendo patadas y cabezazos, consiguiendo dispersar a los indios antes de que pudieran golpearle. En la cabaña, una delegación de jefes le felicitó por su audacia y le dieron la bienvenida a la tribu de los shawnees. [10]

Por la frontera circulaban abundantes y terroríficas historias de cautiverio entre los indios, pero la mayoría eran exageraciones. Una vez superada la carrera y finalizados los rituales, la realidad de la vida en adopción estaba lejos de ser aterradora. Los blancos que eran acogidos por una tribu y que deseasen retornar al mundo blanco, tan solo necesitaban comunicar su deseo a sus hermanos indios, y estos se lo concederían. Pero eran pocos los que hicieron valer esta opción. Algunos llevaban tanto tiempo entre los indios que ya no conocían ninguna otra forma de vida. Un ministro neoyorquino que viajó entre los shawnees conoció a una joven blanca que había sido capturada cuando era una niña. Esta no hablaba inglés y parecía «tan satisfecha como sus compañeros indios». El ministro también encontró a un adolescente blanco que no solo recordaba su vida anterior al cautiverio, sino que también hablaba y escribía inglés con fluidez y conocía con precisión el paradero de sus familiares, a los cuales, según explicó al ministro, les gustaría mucho visitar. Pero, advirtió, bajo ningún concepto trocaría la libertad de los bosques por una vida de arduo trabajo en la frontera. [11]

Por otra parte, hubo algunos cautivos blancos que nunca tuvieron la oportunidad de demostrar ser dignos de ser adoptados o sopesar las ventajas de la vida nativa. Estos eran los infortunados elegidos para ser torturados y ejecutados. Al igual que otras tribus de los bosques, los shawnees martirizaban a los prisioneros para adivinar la fortaleza física y espiritual de un enemigo, o, si continuaban la ordalía hasta el fallecimiento de la víctima, para vengar la muerte de compatriotas o familiares y liberar sus espíritus del inframundo. En ocasiones, se torturaba hasta la muerte a mujeres y niños, aunque la religión shawnee prohibía la violación, pues tal cosa era anatema para el Señor de la Vida. El método más habitual de tortura era la hoguera o quemar a las víctimas con ascuas candentes. El adolescente Tecumseh y su

hermano menor Laloeshiga fueron testigos de varios actos truculentos. Una muestra de tales horrores será suficiente para indicar su carácter casi habitual en la vida de los shawnees.

Una mujer de Virginia llegó a una aldea shawnee con la partida de guerra que la había capturado. Allí vio pedazos de cuerpos quemados que colgaban de postes. A continuación, observó a la partida de guerra atormentar a un prisionero blanco solo por diversión. Primero, le hicieron permanecer en pie mientras le cortaban poco a poco las orejas a tiras y le hacían incisiones en el rostro. Luego los guerreros le ataron, le hicieron rodar por el polvo y le azotaron con pequeñas varas. Una vez saciada su sed de sangre, los indios perdonaron la vida al hombre.

Dos muchachos cautivos fueron testigos de la truculenta suerte que corrió una mujer blanca que había intentado escapar. Los guerreros le arrancaron la cabellera, pero no la mataron de inmediato, sino que la ataron al suelo, donde «colocaban aquí y allí sobre su cuerpo pavesas de madera ardiente y luego le cortaron las orejas y los dedos, y se los metieron en la boca, obligándole a tragárselos […] la mujer vivió desde las nueve en punto de la mañana hasta el anochecer, momento en el que un oficial francés se apiadó de ella y puso fin a su sufrimiento».

La tortura de prisioneros blancos llegó a su apogeo durante la feroz guerra fronteriza de mediados a finales del siglo XVIII, mucho antes de que los hermanos shawnees alcanzaran la edad adulta. El granjero cautivo Peter Williamson dejó un relato particularmente atroz sobre la suerte que corrieron tres colonos. Los llevaron, al borde de la inanición, hasta una aldea shawnee, donde ataron a un árbol a dos de ellos. Los aldeanos atizaron a su alrededor un gran fuego. Una vez abrasados, un guerrero les abrió en canal con su cuchillo de cortar cabelleras y quemó sus entrañas. Otros se dedicaban a arrancar pedazos de carne de los cuerpos de los moribundos. Los indios enterraron al tercer hombre de pie en un hoyo que obligaron a cavar a Williamson y encendieron un fuego. Con tan solo la cabeza fuera del suelo, «aquel pobre hombre solo podía implorar piedad, pues sus sesos hervían dentro de su cabeza […] continuaron con el fuego hasta que los ojos se le salieron de las cuencas». A continuación, seccionaron la cabeza y obligaron a Williamson a enterrar aquel despojo.

Muchos shawnees detestaban la tortura, pero por lo general reconocían el derecho inviolable de los indios a hacer lo que les placiera con los cautivos que hubieran capturado, en particular si ellos o sus familias habían perdido seres queridos a manos de sus enemigos. No obstante, algunos shawnees protestaban y, a veces, intervenían. Un

hijo del jefe Tallo de Maíz encontró, a su regreso de una cacería, a los aldeanos reunidos para ver a unos guerreros asar a un prisionero blanco. Fue a su *wigwam*, tomó una pistola, la ocultó entre sus ropas y se dirigió hasta la horrenda escena. Cuando llegó, los guerreros estaban prendiendo fuego a la hoguera. Sin decir palabra, el hijo de Tallo de Maíz fue hacia el prisionero, sacó la pistola y le voló los sesos. Los guerreros enfurecieron, pero nadie alzó la mano contra el joven caudillo guerrero. [12]

La sociedad shawnee salvaguardaba los derechos de otros individuos con el mismo vigor que protegía el derecho de un captor a disponer de su víctima como le pareciera más conveniente. Muy pocos blancos llegaron a comprender la naturaleza en verdad democrática del gobierno de los indios de las espesuras. Los jefes poseían una influencia acorde al respeto de que gozaban y su capacidad de cubrir las necesidades de su gente. Según un comentarista francés, durante la buena época entre los indios tan solo existía la «subordinación voluntaria. Toda persona es libre de hacer lo que le plazca». Dicho esto, también es cierto que los shawnees solían delegar en líderes de valía probada. «Aunque éramos absolutamente democráticos y creíamos que todos los hombres [esto es, todos los hombres shawnees] nacían iguales, concedíamos a nuestros caudillos y jefes una deferencia espontánea –explicó un guerrero–. No existían las vacilaciones entre diferentes líderes. Una vez que un hombre asentaba su reputación de bravura, sabiduría y discreción, se convertía en objeto de admiración y confianza. Tales cualidades no podían desarrollarse, debían ser innatas».

Los shawnees reconocían dos categorías de líderes: los jefes de aldea y los jefes guerreros. El primer cargo era hereditario, pero se podía perder por incompetencia o pérdida de la confianza del pueblo. Los caudillos guerreros ganaban sus títulos por sus victorias en la batalla. No existían los consejos formales, pero los jefes de aldea acostumbraban a solicitar el consejo de ancianos respetables antes de decidir sobre cuestiones importantes. [13]

Otro de los frenos de la autoridad de los jefes era el origen divino de la ley shawnee, concedida a su pueblo por el Señor de la Vida. Este pobló también la tierra con manitúes –deidades menores con forma animal– para ayudar a los shawnees a cumplir su ley. Existían leyes que regulaban las relaciones maritales (así, por ejemplo, se creía que un trato sexual infrecuente favorecía la buena salud), ceremonias para asegurar una buena caza o una cosecha abundante y una jerarquía

vital de mandato divino. Los shawnees creían que los ciervos tenían alma y que ascendían a los cielos junto con sus cazadores. Los lobos eran intermediarios entre el hombre y los manitúes. Se debían apaciguar los espíritus de todos los animales de caza a través de la oración. [14]

Una de las creencias centrales de los indios de los bosques orientales era el concepto de poder, tanto el benévolo como el pernicioso. La vida dependía de este. El poder se manifestaba en cada aspecto de la existencia individual: la capacidad de cultivar cosechas, de cazar sin que se redujera la reserva de piezas, de seducir amantes, de sanar a los enfermos, de conversar con animales, de entrar en comunión con el Señor de la Vida, y de influenciar a otros. Para obtener poder, eran clave los rituales y el cuidado adecuado de la provisión de medicina sagrada.

Ambos sexos tenían poder, aunque con distintos propósitos. Los hombres eran cazadores y protectores. Las mujeres cultivaban cosechas y criaban a la descendencia.

Su ciclo menstrual indicaba fuerzas asombrosas fuera del alcance de los hombres, los cuales evitaban a las mujeres en fase menstrual. «Los hombres con poder pueden hacerlo todo –explicó un guerrero shawnee–, pero siempre que encuentran a una mujer que no se encuentra bien, es inevitable que la teman». Un mito shawnee hablaba de una mujer con la menstruación que descubrió una maligna serpiente cornuda del inframundo. Los guerreros perdieron la batalla contra la bestia, la cual solo sucumbió ante el vestido manchado de la mujer menstruante. La sangre menstrual era superior a la magia guerrera masculina. [15]

Del mismo modo que la naturaleza y lo sobrenatural definían los valores shawnee, la vida y el lenguaje de estos era testimonio de la unicidad con las fuerzas naturales y con las del otro mundo. Los shawnees expresaban el tiempo en términos de sol y luna. Los jefes eran «hombres amados y sabios», pues la sabiduría era sinónimo de rectitud. Los shawnees concedían a las tribus vecinas rangos familiares. Así, los wyandot eran los hermanos mayores de los shawnees; los delawares eran sus abuelos; los miamis, sauk y ottawas sus hermanos menores; los potawatomis sus hermanos menores; y, los iroqueses sus primos. Cuando había amistad entre las naciones indias, el fuego del consejo tribal ardía con intensidad, más, cuando prevalecía la discordia, este languidecía. El hacha de guerra [*tomahawk*] enterrado en tiempo de paz, era desenterrado y afilado para la guerra. Las conferencias de paz comenzaban con el secado de lágrimas, la apertura de oídos, la limpieza de corazones y la compleja

ceremonia del *calumet* (la pipa emplumada de la paz). Se dejaba constancia de los tratados con cinturones hechos de conchas cilíndricas, porcelana o cuentas de vidrio entrelazadas entre sí con nervios de ciervo. Esos cinturones se conocían como *wampum*. Un *wampum* blanco era signo de paz y prosperidad; uno negro con un destral rojo pintado era una invitación a la guerra. [16]

❖

Los shawnees vivieron en armonía en su mundo hasta mediados del XVIII, momento en el que el licor, las epidemias y las guerras contra los intrusos blancos perturbaron su equilibrio. La tierra era fértil y hermosa y las estaciones regulaban el ritmo de la vida. Bosques de arce, roble, olmos y hayas alfombraban las orillas del Ohio. Las espesas copas, entrelazadas con viñedos salvajes, tamizaban la luz del sol. Bajo la casi perpetua penumbra no crecía el sotobosque. Por el monte brincaban los ciervos, aullaban los lobos y se deslizaban las serpientes de cascabel; pero, salvo esto, prevalecía una anhelada quietud. De tanto en tanto, la arboleda se abría en pequeños claros. «Pero una sola vez en el espacio de un mes pude ver más cielo que el que podía verse a través de las ramas de los árboles –aseveró un viajero blanco–, y aunque el espacio abierto no consistía en más de veinte acres de prado natural, lo consideré un paraíso». Si el bosque podía parecerles impenetrable a los blancos sin guía, sus habitantes indios recorrían sin ningún problema la red de senderos que interconectaba aldeas y tribus.

Las aldeas shawnees, por lo general, estaban situadas en las orillas de los ríos o cerca de fuentes. La mayoría de familias vivía en *wigwam* de cúpula ovalada y unos cuatro metros de diámetro. Un tabique de abedul separaba el interior entre un dormitorio y una pieza que combinaba cocina y sala de estar. Los *wigwam*, hechos de armazones de ramas de árboles y cubiertos con grandes capas de corteza en invierno y estoras de espadaña en los meses cálidos, o a veces con lona obtenida de los comerciantes, podían construirse en pocos días. Hacia la segunda mitad del siglo XVIII, la creciente influencia blanca podía verse en la proliferación de cabañas de troncos al estilo de la frontera, así como en las cabañas de los herreros, armeros y mercaderes residentes. Cada aldea tenía su propia casa del consejo, la cual era un edificio de madera de dieciocho a veintisiete metros de longitud que se utilizaba para reuniones rituales y seculares y para defensa.

Las orillas del otro lado del río o apartadas de la aldea estaban cubiertas de extensos maizales, que se alternaban con melonares y

plantaciones de calabacines. Lejos de los *wigwam*, los caballos y el ganado pastaban y los puercos hozaban. Una enorme y ruidosa población canina recorría la aldea. Bosques interminables se extendían más allá de los campos y las viviendas. [17]

El ciclo anual de la vida shawnee comenzaba en los últimos días de septiembre, con la luna de la papaya. Los shawnees en plenitud física partían en pequeños grupos para preparar campamentos de caza invernal en valles protegidos, dejando en las aldeas a los viejos, niños pequeños e inválidos con abundantes provisiones para el largo invierno. La cacería finalizaba en diciembre, tras lo cual los hombres se preparaban para comerciar con las pieles. En marzo, los shawnees regresaban a sus aldeas. Era, entonces, cuando tenían lugar la mayoría de alumbramientos y cuando comenzaba la temporada de siembra. Las mujeres preparaban los campos, pero antes de que se plantaran las semillas, los shawnees celebraban la danza del pan, su ritual comunitario más sagrado. Bajo la supervisión de un jefe de la división pekowi, esta danza se iniciaba con un partido de pelota, que, a la luz de una hoguera, enfrentaba a dos equipos de doce hombres y doce mujeres. (A las mujeres se las permitía lanzar o patear la pelota; los hombres únicamente podían patearla). Tras el partido, una docena de hombres partía para una cacería de tres días. A su vuelta, un anciano orador imploraba al Señor de la Vida que les concediera una cosecha copiosa, el bienestar de su gente y el aumento de la caza. La ceremonia concluía con una danza social.

Los shawnees pasaban los veranos cuidando sus cosechas, pescando, cazando ciervos, descansando y copulando. Por lo general trataban de sincronizar las relaciones sexuales para evitar embarazos durante los duros meses de invierno, cuando las parejas se hallaban en sus rudimentarios asentamientos invernales. Justo antes de la cosecha final, en agosto, los shawnees celebraban la ceremonia del baile del maíz. Aunque en un principio era una ocasión festiva, durante las décadas postreras del siglo XVIII adoptó un tono más sombrío. Un cautivo blanco que había vivido lo suficiente con los shawnees para aprender su lenguaje recordaría la escena: «Un indio venerable se alzó y habló de los “rostros pálidos”, a los que presentó como los primeros asesinos y opresores; atribuyó sus penurias a la ira del Gran Espíritu por haber permitido a tales asesinos instalarse en nuestras costas; y que era su deber exterminar, si era posible, a estos intrusos en su tierra, o al menos expulsarlos al sur del Ohio». Por un momento, todos permanecieron inmóviles. Luego, retornó la natural exuberancia de los shawnees y las carreras a pie y los partidos de pelota reemplazaron a los terrores apocalípticos. El festival concluía y el ciclo de la vida

recomenzaba con el viaje de invierno a las espesuras del Ohio. [18]

Así era como los shawnees preferían pasar sus días, siempre que los cuchillos largos les permitieran vivir en paz.

CAPÍTULO 3

UNA JUVENTUD TURBULENTA

TECUMSEH y su hermano menor Laloeshiga solo conocieron durante su niñez momentos fugaces de verdadera paz. El asesinato, en noviembre de 1777, del jefe Tallo de Maíz inició una era convulsa. Aquel invierno, el padre adoptivo de Tecumseh, el jefe Pez Negro, acaudilló una expedición de ciento veinte guerreros para vengar la muerte de Tallo de Maíz. Tras cruzar en canoas el gélido río Ohio, los shawnees recorrieron los bosques de Kentucky bajo una furiosa tempestad de nieve buscando víctimas fáciles, al tiempo que se mantenían lejos de los puestos fortificados. Los guerreros rodearon a un grupo de veintisiete colonos que se dedicaba a hervir sal y capturaron a un cazador solitario que resultó ser Daniel Boone, de cuarenta y tres años de edad. El Capitán Will, el jefe guerrero shawnee que le había liberado una década atrás con la condición de que nunca jamás volviera a pisar Kentucky, se dirigió a él como si aquel hombre blanco fuera una aparición. Boone, haciéndose el despreocupado, se dirigió a él: «¿Cómo está, Capitán Will?». El shawnee lo escudriñó, sorprendido, pero sonrió al reconocerle: «¿Cómo está?» replicó y, a continuación, lo reprendió por haber ignorado su advertencia. Boone conversó con Pez Negro a través de un intérprete y le confesó que pertenecía a la partida de extractores de sal. El jefe indio, entonces, le prometió que no harían daño a nadie, por lo que Boone se ofreció a ayudarles a capturarlos. Pez Negro cumplió su palabra y, además de no matar a ninguno de aquellos hombres, adoptó a Boone, un hombre de mediana edad. Este, tras una carrera de baquetas muy suave, fue sometido a los rituales de adopción. Pez Negro le trató con amabilidad y Boone se convirtió en uno de los favoritos de los hijos de Chillicothe, entre los que repartía terrones de azúcar y alegres bromas que le permitían disimular su nostalgia del hogar.

Pez Negro también acogió a un muchacho de dieciséis años, Benjamin Kelly. El joven Tecumseh, –que tenía por aquel entonces nueve años– y Kelly se hicieron muy amigos. Fue del kentuckiano de quien aprendió sus primeras palabras en inglés. Es fácil imaginar a los

dos muchachos deambulando por la aldea o recorriendo los bosques, señalando objetos cotidianos e intercambiando el nombre inglés y shawnee de estos. A medida que aumentó la familiaridad con el idioma del otro, creció el afecto mutuo. Kelly viviría cinco años con los shawnees. [1]

No hubo nada en el trato de Tecumseh con el joven Benjamin Kelly o con Daniel Boone y los otros hacedores de sal adultos de Kentucky, que se adaptaron a la vida entre los indios o acabaron por escapar (Boone se fugó al cabo de cinco meses) que inspirase sentimientos hostiles en aquel muchacho. Pero pronto ocurrirían sucesos que provocarían a Tecumseh una indeleble desconfianza hacia los estadounidenses. No cabe duda de que, en un alma de menor calidad, estos hechos habrían forjado un odio inextinguible.

❖

Muchos shawnees censuraron la incursión de Pez Negro: algunos porque no se había cobrado la deuda de sangre necesaria para que el espíritu de Tallo de Maíz pudiera descansar y otros porque el contraataque kentuckiano les parecía inevitable. Las posturas enfrentadas en el seno de la tribu se endurecieron.

En 1778, la facción antiestadounidense aceptó un *wampum* negro, un cinturón de guerra remitido por el comandante británico de Detroit. A requerimiento de sus aliados británicos, por aquel entonces en el tercer año de guerra contra las colonias americanas rebeldes, aquel septiembre los guerreros shawnees acometieron un torpe intento de asedio contra el asentamiento que llevaba el nombre de Daniel Boone, Boonesborough, en el que perdieron a muchos de sus mejores hombres.

El fiasco de Boonesborough fue la gota que colmó el vaso para la facción pacifista de los shawnees, los cuales aceptaron la oferta española de un fértil territorio al oeste del Misisipi, cerca de la actual Cabo Girardeau, en Misuri. En la primavera de 1779 la casi totalidad de las divisiones kispoko, pekowi y thawekila (estos últimos recién retornados del territorio de los creek), quizá doscientas personas en total, abandonaron el valle del Ohio. La población combinada de Chillicothe y Piqua se redujo a no más de ochocientos habitantes. Tras menos de tres décadas de unidad, los shawnees volvían a escindirse. [2]

Fue una ocasión trascendental en las vidas de Tecumseh y Laloeshiga, pues Methoataske les abandonó para unirse a la migración. Tecumpease, la hembra puma, se quedó; su marido Wahsikegaboe era un chillicothe, y las divisiones de los chillicothes y

los mekoches habían elegido permanecer en Ohio. Dado que Tecumseh y Laloeshiga pertenecían a los pekowis y a los kispokos, los dos muchachos tenían escasas posibilidades de distinguirse entre los chillicothes y los mekoches. En consecuencia, Methoataske no solo había abandonado a sus hijos, también había sacrificado su patrimonio.

Tecumpease y Wahsikegaboe acogieron a los dos niños en su casa y Cheeseekau compartió las obligaciones paternas con su cuñado. Los tres adultos mostraban una clara preferencia por el atlético Tecumseh, cuya magnética personalidad le había convertido en el líder de una banda de muchachos, más que por el enfermizo Laloeshiga, que cada año que pasaba se iba tornando más quejumbroso. Este, inseguro y pretencioso, hablaba a todas horas de sí mismo, y se ganó el poco elogioso apodo de Wannesga, o el Loco. En cierto momento le cambiaron el nombre, tal vez sus enojados tutores, por Lalawethika. Aunque sonaba similar al de su nacimiento, que invocaba al puma, estaba lejos de ser un término elogioso. Lalawethika podría traducirse como «charlatán» en el sentido de alguien que parlotea o balbucea. Y como si todo esto no fuera suficiente para el frágil ego del muchacho, además, era del todo inepto. Un día se saltó el ojo derecho mientras trataba de alinear una flecha en su arco. [3]

Es posible que Methoataske pensase que el jefe Pez Negro podría cuidar de sus hijos adoptivos hasta que llegasen a la edad adulta. Pero la milicia de Kentucky estaba a punto de acabar con esta posibilidad.

❖

Kentucky se estaba poblando con rapidez. Con casi tres mil hombres aptos para empuñar armas, los colonos ya no se limitaban a permanecer en sus puestos fortificados mientras las partidas guerreras de los shawnees y los mingos saqueaban la campiña, ahora tomaban represalias. A finales de mayo de 1779, el coronel John Bowman partió con trescientos milicianos, vestidos de piel de ante y armados con *tomahawk* y rifles, a destruir la «prolífica guarida de malhechores», Chillicothe, el hogar de Tecumseh, de once años de edad, y de Laloeshiga, de cinco años.

Poco después del anochecer del 29 de mayo, la nada marcial turba de Bowman llegó sin ser vista a un claro situado a tiro de piedra de Chillicothe. Allí, el coronel celebró un apresurado consejo de guerra. Los oficiales decidieron atacar al amanecer y ordenaron que no se debía disparar armas de fuego antes de tiempo.

La luna estaba en cuarto creciente. Una densa bruma flotaba sobre la aldea. El silencio reinó hasta la medianoche, cuando un solitario

cazador shawnee que venía corriendo por un sendero que conducía a la aldea se topó con varios kentuckianos agazapados tras un tronco. Sonó un disparo, el indio se desplomó, y uno de los de Kentucky se lanzó a cortarle la cabellera. Como recordaría un miliciano: «Los perros hicieron gran escándalo y se escuchó a las *squaw* [mujeres] gritar, con grandes voces y llantos, "*Kentuck! Kentuck!*"».

Aquella noche había doscientas mujeres y niños en Chillicothe, pero muy pocos hombres. Algunos habitantes de la aldea huyeron gritando hacia los bosques o el río; otros se refugiaron en la casa del consejo, donde dos docenas de guerreros y quince muchachos que podían empuñar armas se dispusieron a resistir. El jefe Pez Negro salió de su cabaña a la cabeza de seis guerreros que atacaron a los asaltantes en campo abierto. Cuando hincaba la rodilla en tierra para disparar, una bala le alcanzó la rótula; el proyectil taladró la pierna del jefe y salió por su muslo. Tres guerreros le llevaron de vuelta a su cabaña para que muriera allí. En el interior de la casa del consejo, un sanador centenario entonaba cánticos de aliento. Es probable que Tecumseh, dada su condición de muchacho prometedor con un grupo de ardientes seguidores, fuera uno de los jóvenes shawnees que se hallaban allí mosquete en mano. [4]

En el exterior reinaba el caos. En lugar de explotar su ventaja, los Cuchillos Largos rompieron filas. Unos se dedicaron a quemar maizales y saquear los *wigwam* y las cabañas, llenando sus camisas de cualquier cosa que pudiera ser de provecho como ornamentos de plata, pieles y abalorios. Otros espantaron a los caballos de los shawnees. A Bowman, ver que su destacamento se desintegraba, le dejó trastornado, y comenzó a galopar de un lado a otro, mientras gritaba: «¡Huid! ¡Huid!». «¡No puedo brindaros ninguna ayuda!». Poco después, una mujer negra que afirmaba ser una cautiva india corrió desde la casa del consejo y le dijo a varios kentuckianos que, desde la cercana Piqua, se aproximaban al menos un centenar de guerreros shawnees y mingos. Tras dejar desconcertados a sus oyentes con su relato, la mujer se esfumó.

Cuando los milicianos ya se retiraban, los shawnees, a pesar de su inferioridad numérica, les desafiaron a un combate en campo abierto y a la luz del día. Sobrecargados con el botín, los kentuckianos continuaron huyendo. Los guerreros les hostigaron hasta que volvieron a cruzar el Ohio. Los atacantes habían perdido al menos una docena de hombres; los shawnees, tal vez dos o tres. No obstante, el impacto psicológico de la incursión de Bowman superaba con creces la leve pérdida de vidas. Para el joven Tecumseh –y para Laloeshiga, de cinco años de edad, dentro de que pudiera entender lo que había

ocurrido–, el trauma de la incursión y de la muerte de Pez Negro, acaecida pocas semanas después de que su madre los abandonase, debía de haber sido devastador. No podían contar con un hogar que los protegiera, ni con una relación segura. [5]

Comenzó así un ciclo de violencia descontrolada que se prolongaría durante tres años. La incursión de Bowman empujó a los shawnees del Ohio al campo británico. Dada la indecisa situación de la guerra revolucionaria, los británicos aceptaron de buena gana nuevos aliados indios. Con el deshielo primaveral, tras el confinamiento del crudo invierno, los shawnees se lanzaron sobre Kentucky. Sus mensajeros venían con frecuencia al cuartel general de la frontera británica, en Detroit, a traer cabelleras. [6]

Por lo general, los muchachos eran excluidos de las partidas guerreras; la edad habitual para su inicio eran los catorce o quince años. Pero eran tiempos desesperados. Es muy probable que Tecumseh participara con doce años de edad en lo que sería la cacería humana más exitosa de los shawnees en Kentucky: la destrucción de los puestos de Ruddell y Martin, en junio de 1780. [7]

Los shawnees y los mingos ya no combatían solos. Para eliminar a los kentuckianos y revertir el curso de la guerra al oeste de los Apalaches, los británicos reunieron en Detroit una fuerza combinada de ciento cincuenta lealistas británicos, canadienses y estadounidenses (*tories*), además de varios centenares de indios de los Grandes Lagos, en su mayoría ojibwas y potawatomis. Este destacamento remó hasta el Ohio en canoas y *bateaux* al encuentro de los shawnees. El comandante británico, el capitán Henry Bird, quería atacar el asentamiento estadounidense más occidental, en Louisville, un pequeño puerto fluvial fundado en 1778 compuesto por una empalizada y unas pocas cabañas. Luego, avanzaría hacia el este para provocar un pánico que ocasionase el derrumbe de otros puestos fronterizos. Dado que las cataratas del Ohio dificultaban el avance río arriba, los shawnees insistieron en atacar los puestos más cercanos a sus hogares. El puesto «Kentuck» más cercano era el de Ruddell, en el río Licking. Bird aceptó atacarlo. [8]

El puesto de Ruddell (en torno a cincuenta kilómetros al norte de la actual Lexington) era el típico bastión de pioneros de Kentucky. Edificado en forma de paralelogramo cerca de un manantial, su perímetro se componía de troncos de cuatro metros de alto encajados juntos en una trinchera, con blocaos en las cuatro esquinas para impedir a los indios que se protegieran bajo los muros. Las cabañas de troncos, de construcción rudimentaria y parco equipamiento, se abrían hacia el interior del fuerte. Las comodidades eran escasas y el

alcantarillado rudimentario. El «capitán» Isaac Ruddell fundó el puesto epónimo en 1779, cuando ocupó y fortificó un asentamiento del cual los shawnees habían expulsado a sus habitantes tres años antes. Isaac Ruddell y su esposa, Elizabeth, tenían una niña de corta edad, dos hijas más mayores, y otros dos hijos, Abraham, de seis años de edad, y Stephen, de doce. Este último ya era lo bastante mayor para sostener un mosquete, de modo que se le asignó un puesto de tiro en la empalizada.

No obstante, no llegó a tener la oportunidad de combatir. Los indios del capitán Bird rodearon el puesto de Ruddell antes de que los kentuckianos, que se habían refugiado de una furiosa tormenta, supieran de su presencia. La empalizada era invulnerable a las balas y a las flechas, pero no a la artillería. Así, cuando el capitán Bird ordenó llevar hacia la puerta una pieza de seis libras (unos 2,7 kg), Isaac Ruddell y los cuarenta y nueve defensores se rindieron a condición de que ni ellos, ni sus familias ni su ganado fueran masacrados. El capitán Bird quería cumplir lo pactado, pero se enfrentó a un dilema que solían experimentar los oficiales británicos al oeste de los Apalaches. Los británicos, escasos de tropas regulares, necesitaban a sus aliados indios para poder disponer de fuerzas adecuadas en campaña. Pero los indios tenían sus propias reglas. Matthew Elliott y Alexander McKee –dos comandantes *tories* que servían en el Departamento Indio británico y a los que Tecumseh llegaría a conocer muy bien de adulto– presionaron a los jefes para que contuvieran a sus guerreros. Todo parecía estar en orden hasta que los kentuckianos abrieron las puertas de la empalizada. Como reportó con horror el capitán Bird, «los indios se apresuraron a entrar, arrancaron a los pobres infantes de los pechos de sus madres, mataron a un hombre herido y hasta la última de las cabezas de ganado, dejándolo todo para que se pudriera». Un guerrero golpeó a Elizabeth Ruddell en el rostro con una maza de guerra, le arrancó a su hijo, le aplastó la cabeza contra un árbol y arrojó el pequeño cadáver a un rugiente fuego para verlo crepitar. Por todo el fuerte, los guerreros capturaron kentuckianos para adoptarlos o para pedir rescate. Muchas más vidas se habrían perdido de no ser porque Bird, McKee y Elliott lograron en último término calmar a los indios. El adolescente Tecumseh había sido testigo por primera vez del frenesí de una incursión india.

El siguiente asentamiento, el puesto de Martin, en el río Licking, también se rindió ante la promesa de clemencia del capitán Bird, que esta vez los indios sí respetaron. Bird se disponía a continuar avanzando cuando le llegó la noticia de que el general George Rogers Clark, el más capaz de los comandantes estadounidenses de la

frontera, marchaba a interceptarle con un millar de milicianos. Bird, que llevaba consigo cuatrocientos setenta kentuckianos cautivos, se dirigió al norte bajo una feroz tormenta eléctrica para evitar a Clark y emprender el duro viaje de retorno a Detroit. Dos mujeres blancas se ahogaron en las crecidas aguas del río Licking, pero los indios valoraban demasiado a sus cautivos como para matar a ningún kentuckiano más. [9]

Una vez al otro lado del Ohio, los shawnees se despidieron del capitán Bird y volvieron a Chillicothe con sus prisioneros. Entre estos se encontraba Stephen Ruddell, a quien los shawnees renombraron Pez Grande (Big Fish). La tribu apenas tuvo tiempo para llevar a cabo los rituales de adopción, pues Clark se dirigía hacia Chillicothe. El general era un exterminador de indios de una virulencia poco común. En cierta ocasión le comentó a un oficial británico que «por su parte, no respetaría a ningún hombre, mujer o niño al que pudiera poner la mano encima».

La ira de Clark consumió Chillicothe, pero no como él pretendía. Los shawnees, advertidos de la llegada de Clark por las partidas de exploradores, incendiaron la ciudad y las cosechas y se retiraron casi veinte kilómetros al norte para resistir en Piqua, en una amplia llanura sobre el río Mad. Los indios estaban en franca inferioridad numérica. Muchos caudillos guerreros y jefes shawnees marcharon a Detroit para reunirse con los ingleses. Incluso si contaban con sus perpetuos aliados bélicos, los mingos, y unos pocos wyandot y delawares, los efectivos totales al mando de Pezuña Negra (Black Hoof) –un caudillo guerrero de gran sabiduría, humanidad y amplia experiencia–, no estaban a la altura de la misión encomendada. Cuando Clark hizo entrar en acción a su artillería, los indios huyeron y dejaron tras ellos al menos una docena de muertos, la mayoría de sus posesiones y toda la cosecha de maíz y hortalizas. Los shawnees del Ohio se reagruparon en cuatro nuevas aldeas situadas muy al noroeste. El río Ohio –que, en el Tratado de Fort Pitt de 1775, los responsables estadounidenses habían prometido al difunto jefe Tallo de Maíz que sería la frontera entre los colonos estadounidenses y los shawnees– se hallaba ahora unos ciento sesenta kilómetros al sur. [10]

La acción de Piqua asestó un duro golpe a la autoestima de Tecumseh. Incluso a los guerreros veteranos les resultaba difícil soportar el ataque en masa de los de Kentucky, el estruendo de la artillería y las cabañas y cosechas envueltas en llamas. Así, cuando una bala hirió a Cheeseekau, Tecumseh arrojó su mosquete y huyó hacia las hierbas altas de la pradera. Nadie se lo echó en cara y pronto superó el trauma. Se juró a sí mismo que nunca volvería a huir de un

combate. [11]

❖

Stephen Ruddell, de doce años de edad, también tenía el valor y la adaptabilidad de la juventud. Separado de sus padres y hermanos, su familia adoptiva lo trató muy bien. Hacía amigos con facilidad y los elegía bien; de hecho, su más íntimo amigo fue Tecumseh, de una edad similar y de quien se hizo «inseparable». Con ayuda de Ruddell y de Benjamin Kelly, el futuro líder continuó mejorando su inglés, que llegó a hablar con fluidez suficiente como para sostener una conversación normal. Era una habilidad que ocultaba cuando, en etapas posteriores de su vida, negociaba con los blancos. Y, dado que insistía en hablar shawnee en los consejos formales, los responsables blancos a menudo ignoraban que comprendía su idioma.

¿Qué motivó a Tecumseh a aprender inglés? ¿Acaso era para conocer mejor a su enemigo? ¿Para profundizar su amistad con sus «hermanos» blancos adoptados? ¿O era simple curiosidad? Lo más probable es que fuera una combinación de tales impulsos, cuya proporción exacta era ignorada por Tecumseh, joven y confuso quien era asimismo capaz de entablar amistad con un Cuchillo Largo, o matarlo. Tenía ejemplos adultos en otros shawnees, como por ejemplo el buen humor y la capacidad de perdonar del Capitán Will, captor de Daniel Boone. Al contrario que la mayoría de los indios que aprendían la lengua de los Cuchillos Largos, Tecumseh reservaba este conocimiento para encuentros amistosos e informales.

Ruddell se maravillaba del carisma de Tecumseh: «es indudable que había algo en su porte y en sus modales que siempre inspiraba respeto, pero que al mismo tiempo también impulsaba a los que le rodeaban a amarle». Para Tecumseh, afable pese a las duras circunstancias de sus primeros años, el liderazgo era algo natural. No cabe duda de que Cheeseekau animaba a su hermano menor a hacerse valer; los dos eran, al fin y al cabo, hijos de un gran líder guerrero. «Durante su niñez –recuerda Ruddell–, [Tecumseh] solía asumir el mando de todos los muchachos y los dividía. [Luego] les hacía librar batallas de mentira, en las cuales siempre se distinguía por su actividad, vigor y destreza».

Habría muchas batallas reales que librar, combates a los que los muchachos fueron enviados a ocupar un puesto en las filas cada vez más ralas de los guerreros shawnees. A los doce años de edad Tecumseh ya era un veterano. Había perdido a su padre a causa de la bala de un Cuchillo Largo y a su madre por la migración, había combatido en Chillicothe en defensa de su aldea natal y huido de una

segunda acción en Piqua, y había sido obligado a cambiar de residencia en tres ocasiones; todo esto le proporcionaba motivos de sobra para odiar a los estadounidenses. No obstante, como descubrió Ruddell, por fortuna para él, Tecumseh seguía poseyendo una liberal humanidad. En los meses venideros, nuevas tragedias y derramamientos de sangre sondearían el fondo de esta buena voluntad. [12]

CAPÍTULO 4

UNA NACIÓN DIVIDIDA

Los shawnees eran unos guerreros formidables. Tanto sus aliados algonquinos como sus enemigos estadounidenses dejaron testimonio de la furia inigualable con la que combatían. Todo esto causaba una inmensa satisfacción en los jóvenes shawnees deseosos de alcanzar la fama. Una vez casado, el deber principal de un hombre shawnee era cubrir las necesidades de su familia, lo cual significaba pasar largas e inciertas horas en busca de presas, que escaseaban cada vez más en los cazaderos sobreexplotados de la región del Ohio.

A pesar de su momentánea cobardía en Piqua, muy pocos dudaban de que Tecumseh llegaría a ser un guerrero competente y tal vez un sólido caudillo. Al fin y al cabo, los muchachos se le subordinaban en sus simulaciones de batallas, lo cual era una señal fiable de su potencial. La pericia cazadora de Tecumseh también maduró a buen ritmo. Esta requería memorizar rituales precisos y cultivar una empatía mística con su presa. Tecumseh aprendió a purificar su aliento con sasafrás o hierbas para impedir que sus presas le olfateasen; a pedir perdón a los espíritus de los animales que mataba; y a tener cuidado con los lobos, que podían maldecir a los cazadores que errasen el tiro. Pero, al respecto, Tecumseh tenía poco de qué preocuparse. «Era un gran cazador», afirmó Stephen Ruddell. También era un cazador peculiar. Si podía evitarlo, nunca «cazaba con partidas que incluyeran mujeres». Esto era algo inusual, dado que las partidas de caza solían emprenderse en familia. Ya desde la infancia se sentía mejor cazando solo. [1]

El amor de Tecumseh por la soledad –inusual entre los shawnees, un pueblo muy social– le sería de gran ayuda en su misión visionaria, el rito de paso que todo varón shawnee superaba durante la adolescencia. Este rito, practicado en reclusión, era un suceso que alteraba la vida, cuyo propósito era preparar a un muchacho para sus responsabilidades masculinas: alimentar a su familia y defender a su gente. Como describió un misionero con particular agudeza,

> cuando un muchacho va a ser iniciado, es sometido a un tratamiento alterno de ayuno y medicina, durante el cual no ingiere alimento alguno, o debe tragar las medicinas más poderosas y nauseabundas. A veces se le obliga a beber pócimas de naturaleza embriagadora hasta que su mente está lo bastante confusa como para que vea o imagine que ve visiones y tiene sueños extraordinarios para los que, por supuesto, ha sido preparado de antemano.
>
> [El muchacho] se imaginará a sí mismo volando, caminando bajo tierra, saltando de un cerro o colina a otra a través de los valles, combatiendo y derrotando gigantes y monstruos y derrotando huestes enteras con un solo brazo. Luego se reúne con los espíritus, que le informan de lo que era antes de que naciera o lo que será tras su muerte. Su destino en esta vida se presenta ante él; los espíritus le dicen cuál será su futuro empleo, si será un guerrero valeroso, un cazador poderoso, un hechicero o un profeta. Hay incluso algunos que, por este rito, saben o pretenden saber el momento y circunstancias de su muerte. [2]

Dominar los métodos y los fundamentos sagrados del modo de guerra de los indios de los bosques orientales no era tarea fácil, ni siquiera para un adolescente tan prometedor como Tecumseh; de hecho, para Lalawethika resultaría imposible y esta humillación le dejaría tan incapacitado como la pérdida de un ojo. Los shawnees, al igual que otras tribus iroquesas y algonquinas, creían que la atención al ritual era crucial tanto en la guerra como en la caza. Eran necesarios sacrificios estrictos para obtener la coraza espiritual sin la cual hasta el más bravo de los guerreros era reacio a luchar. El guerrero debía purificarse por medio del ayuno, las abluciones, la ingesta de purgativos y abstenerse de tener relaciones sexuales, esto último para evitar el abominable choque entre el poder masculino y el femenino. Como explicó un guerrero shawnee, dado que los guerreros «beben grandes cantidades de una fuerte pócima de raíces, que infunde un espíritu de energía y vigor», si estos «gozaban teniendo relaciones [sexuales] antes de contrarrestar los efectos de la medicina, las consecuencias serían fatales para ellos». [3]

Mientras vivía con los shawnees, Daniel Boone observó con detenimiento la preparación mística de una partida guerrera.

> Uno de los principales jefes de guerra anunciaba la

> intención de emprender una expedición guerrera batiendo su tambor y marchando con su estandarte tres vueltas en torno a la casa del consejo. Con esto, el consejo se disolvía y un número suficiente de guerreros se proveía de armas y cierta cantidad de harina de maíz para alimentar a la expedición. Todos los que se habían presentado voluntarios hacían una pausa y tomaban la bebida de guerra, una poción de hierbas y raíces amargas, por espacio de tres días –manteniendo por lo demás un ayuno cuasi ininterrumpido [...] a fin de propiciar al Gran Espíritu. Durante este periodo, se dedican a purificarse; no se les permite ni sentarse ni apoyarse en un árbol, por más cansados que estén, hasta después de la puesta de sol. Si un oso o un ciervo pasara delante de ellos, la tradición les prohibe que lo maten. Cuanto más estrictos sean en la observación de tales ritos, mayor será el éxito.
>
> Mientras los jóvenes guerreros se sometían a tales pruebas, los mayores les vigilaban para asegurar que no violasen ningún rito religioso, lo cual atraería sobre la expedición la ira del Gran Espíritu.
>
> Una vez finalizado el ayuno y la purificación, los guerreros eran conminados a partir, preparados o no, con buen o mal tiempo. En consecuencia, llegado el momento, disparaban sus armas, aullaban, danzaban y cantaban... y continuaban disparando sus armas al comienzo de su ruta. El principal caudillo de guerra marchaba el primero. El resto le seguía en fila india, a intervalos de tres o cuatro pasos entre sí, entonando al unísono el grito de guerra.
>
> Los guerreros marchaban de esta guisa hasta que estaban fuera de la vista y el oído de la aldea. Tan pronto como se adentraban en lo más profundo de los bosques, todos se tornaban silenciosos como la misma muerte. [4]

Los guerreros portaban fardos mágicos para la guerra (una especie de bolsos médicos) que contenían piedras, pedazos de pieles u otros elementos revelados durante su viaje visionario. También apelaban al inframundo, para lo cual se detenían en las fuentes, que consideraban portales hacia la perdición, donde espolvoreaban tabaco y oraban por la victoria y por retornar sanos y salvos. [5]

Los indios preferían la emboscada. Esta era una táctica cuya ejecución requería considerable paciencia y resistencia, como

descubrió un kentuckiano que escapó de una de ellas. Este afortunado colono solía dejar su puesto cada tarde para cazar ardillas en un bosquecillo de nogales americanos que no estaba lejos, ignorante de que los shawnees permanecían ocultos junto a su camino tras un gran tronco. Durante tres días pasó por aquel lugar sin que le importunasen. El cuarto día, los shawnees mataron a tiros y arrancaron la cabellera a dos hombres y les robaron sus caballos. Los indios habían permanecido inmóviles entre la hierba alta por espacio de treinta y seis horas, ignorando el tormento de los insectos, haciendo allí mismo sus necesidades, sin comer ni beber. [6]

Los indios eran combatientes pragmáticos. Cuando se veían en inferioridad numérica, la retirada «se consideraba un principio básico de la táctica –dijo un general estadounidense con dos décadas de experiencia en el combate contra los shawnees–, y considero que puede afirmarse con bastante seguridad que esta proviene de su visión, que suelen aplicar a menudo, de no tentar la suerte bajo circunstancias nefastas, sino que esperan pacientes hasta que las posibilidades sean favorables». Cuando atacaban a un enemigo numeroso, solían emplear una formación de media luna. En la espesura, esa táctica rara vez fallaba.

Los indios arrancaban la cabellera a los enemigos caídos para obtener una prueba tangible de su victoria en combate singular. Solían cuidar mucho tales trofeos demostrativos. Tras extraer una cabellera, el guerrero victorioso rascaba la grasa de la parte carnosa, la estiraba sobre un aro y la secaba sobre un fuego. Las cabelleras, adornadas con plumas, se solían colgar para exhibirlas. Un cautivo recordó haber contado ocho cabelleras que pendían de un poste, que eran exhibidas por el campo por su orgulloso propietario shawnee. [7]

Cuando Tecumseh entró en la segunda década de su vida, la oportunidad de recoger cabelleras blancas creció acorde al aumento de intrusiones estadounidenses en las tierras de los shawnees.

❖

En 1782, el valle del Ohio fue sacudido por una sucesión de incursiones y represalias. Aunque la rendición británica en Yorktown, Virginia, en 1781, puso fin a la Revolución americana al este de los Apalaches, tan solo trajo mayor violencia a la frontera. La contienda alcanzó niveles de una brutalidad salvaje. La mañana del 8 de marzo de 1782 llegó a su nadir con una horrenda masacre de indios.

Las víctimas fueron noventa y seis inofensivos indios delaware. Su asentamiento de Gnadenhutten, en Ohio oriental, había prosperado bajo la guía de unos misioneros moravos. Estos, miembros de una

pequeña iglesia germana pero intensamente evangelizadora, experimentaron entre los indios un éxito muy desproporcionado en relación a sus efectivos. Esto era así porque se entregaban en cuerpo y alma a su misión y porque respetaban a los indios tal como eran, sin tratarles como a meras almas que debían ser salvadas. Sus indios delaware conversos eran aún más pacíficos que los cuáqueros blancos de Pensilvania, pero la Revolución americana les puso en una situación insostenible. Al tratar de mantener relaciones amistosas tanto con los británicos y sus aliados indios como con los estadounidenses, lo único que consiguieron los residentes de Gnadenhutten fue suscitar las sospechas de ambos bandos. El comandante británico de Fort Detroit, dando por hecho que los delaware moravos estaban en colusión con los estadounidenses, hizo que la banda de Sandusky de indios wyandot comandada por el jefe Medio Rey (Half King) les confinase mientras se interrogaba a sus misioneros blancos. En connivencia con el jefe delaware Capitán Pipa (Captain Pipe), enemigo juramentado de la misión morava, Medio Rey se llevó a los cuatrocientos conversos de Gnadenhutten y a las comunidades vecinas justo antes de la cosecha otoñal del maíz. Los indios, hambrientos, esperaron en las afueras de la aldea wyandot mientras los británicos interrogaban a los misioneros. Convencidos de la neutralidad de los delawares, el comandante británico ordenó su liberación, con lo que quedaron abandonados a su suerte, en invierno y en un territorio desprovisto de caza.

Algunos de los famélicos delawares cristianos regresaron a su aldea para tratar de rescatar todo el cereal que pudieran de sus descuidados campos. Pero eligieron muy mal el momento de retornar. Una banda de wyandot hostiles había asesinado recientemente a varios habitantes de Pensilvania. Una muchedumbre armada de pensilvanos acusó, entonces, a los inocentes delawares del crimen y se dirigió a Gnadenhutten para cobrarse venganza. Una vez allí, congregaron a los indios en dos cabañas, una para los hombres y otra para las mujeres y los niños. Los indios se arrodillaron y rezaron. Acto seguido, los milicianos les asesinaron a golpes de mazo. Tras felicitarse entre sí por lograr una gran victoria sobre los salvajes, los pensilvanos regresaron a casa dejando atrás los cuerpos mutilados de cuarenta hombres, veintidós mujeres y treinta y cuatro niños. **[8]**

Era evidente que los pensilvanos habían atacado a los indios equivocados. Tal vez para apaciguar sus conciencias por su triste papel en la tragedia, los wyandot de Medio Rey y los delawares del Capitán Pipa se lanzaron con furia contra Pensilvania occidental. En represalia, en mayo de 1782 cuatrocientos milicianos bisoños al

mando del coronel William Crawford partieron de Pensilvania para atacar las aldeas de indios hostiles del alto Sandusky.

La expedición de Crawford se saldó con un sangriento fiasco. Los wyandot y los delawares les estaban esperando y, además, los británicos les proporcionaron tropas y shawnees deseosos de vengar a sus muertos. Estos shawnees (entre los cuales no estaban ni Cheeseekau ni Tecumseh) procedían de la localidad mekoche de Wakatomica, unos ciento sesenta kilómetros al sur de la actual Cleveland. Crawford se enfrentaba a fuerzas muy superiores en número, imposibles de vencer, por lo que, tras resistir dos días, ordenó una retirada que pronto degeneró en desbandada cuando su destacamento, reducido a una sombra de sí mismo, se dispersó por los bosques. La mayoría de los que no murieron en la batalla consiguieron volver a un lugar seguro, pero el coronel Crawford y algunos otros cayeron en manos de los delawares de Capitán Pipa, así que no tenían la más remota posibilidad de salir con vida. Las enfurecidas mujeres y los niños golpearon, aporrearon y machetearon hasta la muerte a la mayoría de los prisioneros, además de patear por el polvo la cabeza cercenada de uno de los cautivos. Pero al coronel Crawford le reservaban un tratamiento especial. Aunque no tenía responsabilidad alguna de lo ocurrido en Gnadenhutten, era un Cuchillo Largo de alto rango, lo cual le convertía en el candidato ideal para expiar a los muertos. Le pintaron el rostro de negro, le desnudaron y le ataron. Crawford, antes de expirar, fue sometido a trece horas de insoportables torturas en las que le clavaron astillas ardientes y le desollaron parcialmente. Los delawares trocearon el cuerpo y quemaron los pedazos y luego dispersaron las cenizas por toda la aldea para así liberar los espíritus de los muertos delawares que moraban entre ellos. [9]

La ejecución ritual del coronel Crawford enfureció a los estadounidenses. Este era un oficial respetado e íntimo amigo de George Washington, para el cual había trabajado como agrimensor durante la especulación ilícita de tierras de la década de 1760. No obstante, por el momento, la respuesta estadounidense se limitó a la indignación. El Ejército Continental no tenía recursos para un segundo asalto contra las aldeas del Sandusky, y los milicianos pensilvanos ya no estaban dispuestos a combatir contra indios armados. La frontera había quedado abierta de par en par y los británicos y sus aliados indios reemprendieron los ataques contra Kentucky. La guerra de independencia al oeste de los Apalaches, un conflicto caracterizado por las incursiones relámpago contra los asentamientos estadounidenses y los contragolpes contra las aldeas indias aliadas de

los británicos, había regresado a la región shawnee.

❖

Tecumseh ansiaba combatir. Tras su momento de pánico en Piqua, aquel adolescente de catorce años de edad debía reivindicarse de inmediato si quería mantener su prestigio entre la gente de su edad. Su oportunidad llegó en julio de 1782. Ese mes se reunió la más fuerte partida guerrera shawnee desde la muerte de su padre, ocho años atrás. Dicha partida se reunió en el río Ohio con ciento cincuenta *rangers* británicos y mil cien indios de los Grandes Lagos. (Aunque los ingleses más realistas reconocían que las antiguas colonias se perdieron para siempre en Yorktown, la Guerra de la Revolución se prolongó hasta 1783). El capitán británico William Caldwell comandó la expedición de julio. Los indios estaban bajo el laxo control de los *tories* Alexander McKee y Matthew Elliott, que ahora eran agentes oficiales del Departamento Indio. Estos tres hombres –Caldwell, McKee y Elliott– estaban destinados a desempeñar un papel decisivo en la vida de Tecumseh. Pero, por el momento, el futuro líder shawnee no era más que un guerrero bisoño, desconocido y sin voz.

Como ocurría muy a menudo cuando los británicos y los indios trataban de orquestar una campaña, había demasiadas voces que reclamaban ser escuchadas. Los británicos querían capturar Wheeling y aislar los asentamientos kentuckianos de su conexión fluvial con el este. Pero los indios de los Grandes Lagos, atemorizados por los falsos rumores de que George Rogers Clark se disponía a infiltrarse entre ellos con fuerzas de regulares virginianos, se retiraron. Esto dejó tan solo doscientos shawnees y un puñado de wyandot, que aun así lograron imponer a los británicos lanzar un ataque rápido contra dos puestos fronterizos expuestos. Su expedición, mal ejecutada, no causó a los colonos ningún daño, con la salvedad de una buena cantidad de cabezas de ganado sacrificadas. Una banda de 182 indisciplinados milicianos de Kentucky partió en su persecución y hallaron, cosa extraña, restos a lo largo del rastro indio. El ubicuo Daniel Boone, ahora teniente coronel de las milicias, dedujo la única conclusión plausible: los indios trataban de atraerles a una emboscada. En la mañana del 19 de agosto, los kentuckianos hicieron una pausa en el lado sur de una curva cerrada del río Licking, cerca de un depósito de sal denominado la columna. Un fanático mayor llamado Hugh McGary acusó a Boone de cobardía y exigió continuar. Su reprimenda causó el efecto deseado: «¡Vamos! –dijo Boone, mientras se adentraba en las aguas poco profundas–, somos todos hombres muertos». Un grito de guerra y una descarga bien coordinada sacudieron el aire, y los

kentuckianos se derrumbaron ante el enemigo invisible. En cuestión de minutos, sesenta y siete milicianos, entre los que se encontraba el segundo hijo de Boone, cayeron muertos. Tecumseh había participado, junto a su hermano Cheeseekau, en su primera celada. [10]

La victoria le proporcionó a este un nuevo amigo blanco, Philemon Waters, un adolescente de Kentucky que había caído cautivo. Los shawnees le pintaron el rostro, una mitad blanca y la otra negra. Una vez llegados a Piqua, Waters vio morir quemados a dos prisioneros. Pero, cuando le llegó su turno, los guerreros le perdonaron la vida. Tecumseh rescató a Waters. Ahora que se había permitido a Benjamin Kelly volver con su familia blanca, Tecumseh quería ampliar su círculo de amigos blancos –al menos entre los que hubieran sido transformados en shawnees por adopción– y también de profesores de lengua inglesa. Waters tan solo permanecería con los shawnees unos pocos meses, pero durante el tiempo que pasó allí se hizo íntimo amigo de Tecumseh. [11]

Después de Blue Licks el contragolpe era inevitable. La Guerra de la Revolución en el este había finalizado, pero al este de los Apalaches continuó el feroz ciclo de violencia entre los kentuckianos y los shawnees, acelerado cuando era necesario por Virginia, que seguía interesada en adquirir aquel distrito.

Tras la pérdida de numerosos oficiales de la milicia de Kentucky en Blue Licks, recayó en George Rogers Clark el mando de la expedición de represalia que franquearía el río Ohio y remontaría el valle del Little Miami. Los shawnees no estaban preparados para el ataque. Cuando regresaron de aniquilar a los kentuckianos en Blue Licks supieron la noticia de que su Padre Británico estaba negociando un tratado de paz con los estadounidenses por lo que ya no toleraría ni pertrecharía incursiones en Kentucky. De hecho, los representantes británicos confesaron que les resultaría difícil incluso cubrir las necesidades defensivas de los indios, pese a que era de crítica importancia para la integridad del Canadá británico contar con un colchón de territorios indios.

Los británicos, que dominaban el protocolo del intercambio de regalos, reconocían la necesidad de equipar y alimentar a sus aliados indios, que cuando combatían no podían cazar. Los guerreros, advirtió a la Corona el gobernador general de los Canadás, quedaron «petrificados por la llegada de un acuerdo tan alejado de sus expectativas, y temían que les olvidásemos y les sacrificásemos a la venganza de los estadounidenses […] nos culpan de su ruina».

El derrumbe shawnee era inminente. Clark, tras atravesar las ruinas de las comunidades que había arrasado dos años antes, marchó contra la nueva Piqua –hogar de Tecumseh, Cheeseekau y Lalawethika–, la cual incendió, junto con las aldeas shawnees circundantes. Murieron o fueron capturados menos de veinte shawnees, pero los daños materiales fueron inmensos. «Proseguimos nuestra persecución a través de cinco localidades –recordó Daniel Boone–, y las quemamos todas hasta los cimientos, destruimos por completo su maíz y otros frutos, y sembramos la desolación por todo el territorio». Los shawnees fueron desarraigados y obligados a subsistir con las escasas raciones británicas, la generosidad de las tribus vecinas y la caza cada vez más escasa. Las partidas guerreras shawnees continuarían hostigando Kentucky, pero los incesantes ataques estadounidenses los obligaron a trasladarse al cuadrante noroeste del territorio del Ohio. Por tercera vez en sus jóvenes vidas, Tecumseh y Lalawethika habían perdido sus hogares a causa de la violencia de los Cuchillos Largos. [12]

Y la presión no dejaba de aumentar. El 13 de septiembre de 1783 Gran Bretaña y los Estados Unidos firmaron el Tratado de París. La Guerra de la Revolución había finalizado. Así, de un plumazo, los británicos vendieron a sus aliados indios, transfiriendo a los Estados Unidos la «soberanía» británica del valle del Ohio que los indios nunca habían reconocido. Los indios, por su parte, se negaron a reconocer la derrota. «Vivimos una época crucial –informó a los shawnees el comandante británico en Detroit–. El mundo quiere estar en paz, y es momento de que así sea». Si los shawnees optaban por continuar la lid, «deberéis combatir solos, pues vuestro padre no podrá tomar parte en ella». [13]

Los británicos, temerosos de las posibles represalias de las tribus a las que habían traicionado, y también para suministrar a los indios y mantener el comercio de pieles, mantuvieron puestos militares en Detroit y en Michilimackinac (este último en una isla en los estrechos de Mackinac, en el norte de Míchigan, frente al antiguo fuerte francés de Michilimackinac). Aunque los indios se aferraron a los británicos, que consideraban un mal menor, los días de su alianza bélica habían llegado a su fin.

❖

Los estadounidenses se lanzaron a la brecha abierta, dispuestos a asentarse en el valle del Ohio a cualquier precio. Para la nueva república, la lógica de la conquista era simple. Su población, en constante aumento, pugnaba por expandirse desde la costa atlántica.

Los indios habían combatido del lado británico y debían ceder paso. Además, la compra de tierras a los indios y su venta al público ayudaría a saldar la deuda nacional.

El gobierno federal pretendía que el proceso fuera ordenado. Pero no fue así en absoluto: el territorio shawnee fue anegado por miles de colonos. Unas dos mil doscientas familias reclamaron tierras al norte del río Ohio. Los responsables estadounidenses despreciaban a estos usurpadores de tierras, a los que calificaban de «*banditti* cuyos actos son una deshonra para la raza humana». El jefe mekoche Capitán Johnny trató de persuadirles de no avanzar: «Estáis ya tan cerca que casi podemos escuchar el sonido de vuestras hachas abatir nuestros árboles y ocupando nuestro país». Si los colonos continuaban avanzando les aseguró que «tomaría una vara y les haría regresar a azotes» a su lado del río Ohio. [14]

Era una amenaza vacía. El río Ohio era una senda de expansión nacional, un camino imperial que ni Dios, ni el gobierno, ni los hombres podrían arrebatar a aquellos *banditti* estadounidenses hambrientos de tierras. Algunos indios agraviados como Capitán Johnny utilizaron las armas verbales. Otros, como los delawares, se entregaron a un humor fatalista, pues comparaban a los británicos y a los estadounidenses con las hojas de una tijera, «que solo cortan aquello que queda entre las dos». Y de este modo se lamentaba un jefe cuando los británicos y los estadounidenses fueron a la guerra, y «no se destruyen entre sí, sino que nos destruyen a nosotros, pobres indios, que estamos entre los dos. Es por este medio por el que se hacen con nuestras tierras, y cuando las obtienen, cierran las tijeras y las guardan para utilizarlas más tarde». [15]

Algunos shawnees trataron de apartarse de la contienda. Otros buscaron adaptarse. Y algunos otros resistieron en una especie de guerra de guerrillas de baja intensidad, lanzando emboscadas contra las bateas cargadas de colonos y ganado que descendían por el río Ohio. Cheeseekau y Tecumseh formaron parte de este último grupo.

Las bateas eran blancos fáciles. Tal como se deduce de su nombre [*2], una batea es una embarcación rectangular de fondo plano de unos quince metros de longitud y tres metros y medio de ancho con los extremos cuadrados, que se emplea para el transporte de carga y de pasajeros por aguas interiores. En una palabra: era una rústica bañera flotante. Diseñadas para hacer un único viaje de ida, las bateas solían ser desmanteladas y convertidas en leña cuando llegaban a su destino corriente abajo (si tal cosa llegaba a suceder).

Los shawnees se encargaron de que varias bateas nunca llegasen a su destino. Tecumseh y Stephen Ruddell, es posible que bajo la

supervisión de Cheeseekau, disfrutaron de su primera emboscada a una batea en la primavera de 1783, cuando los dos contaban quince años de edad. Ruddell sirvió de cebo, mientras pedía auxilio a los pasajeros y a la tripulación, gritando en inglés y agitando los brazos desde la orilla, varios botes se acercaron lo suficiente para que los guerreros que esperaban ocultos saltasen a bordo y sometieran a los pasajeros. Durante la acometida, murieron todos salvo un hombre blanco. Tecumseh disfrutó mucho en acción, pues «se comportó con gran valentía e incluso destacó por encima de algunos de los guerreros más bravos y veteranos», como recordó Ruddell, pero lo que ocurrió a continuación le pareció detestable. Solo había quedado un superviviente a quien los guerreros comenzaron a abrasar muy despacio en la hoguera. Mientras la víctima agonizaba entre alaridos, Tecumseh susurró a Ruddell su disgusto. Y, entonces, hizo algo notable: arremetió contra los responsables, entre los cuales muy bien podría haber estado Cheeseekau. Y lo hizo con tal vehemencia y convicción que la partida guerrera juró no volver a quemar a un prisionero nunca más. Tecumseh, con su decidida postura en contra de la tortura, había violado las normas de la etiqueta masculina de los shawnees: un guerrero bisoño de quince años de edad nunca debía censurar a sus mayores, veteranos en la guerra. Y aun así, se impuso. Era un joven a tener en cuenta. [16]

Un año más tarde, en 1785, Tecumseh consolidó su reputación tanto de guerrero en ascenso como de gran cazador. Su hermano menor Lalawethika dijo más tarde que se esperaba de un shawnee que «obtuviera su propio sustento tras la edad de dieciséis años si era un cazador activo, o como muy tarde al cumplir dieciocho». Tecumseh superó las expectativas. En una de las últimas cacerías de búfalo que los shawnees efectuaron en Kentucky, donde las manadas de estos se reducían a medida que aumentaban los asentamientos blancos, Tecumseh, armado solo de arco y flechas, mató dieciséis bisontes, uno por cada año de su joven vida. El jefe de la partida le premió con un mosquete. [17]

Mas, su ascenso también tuvo sus escollos. El jefe de guerra pekowi Chaqueta Azul, protegido de Puckeshinwau, tomó bajo su protección a Tecumseh y a Ruddell. Tras una escaramuza con un destacamento de kentuckianos, Chaqueta Azul ordenó a los jóvenes y a otros miembros de su partida guerrera que se mantuvieran en los flancos del enemigo y que bajo ninguna circunstancia les cortasen el paso. Al parecer, los de Kentucky avanzaban con lentitud, pues Chaqueta Azul permitió ir a cazar a algunos de sus hombres. Aquella tarde, los cazadores se presentaron en el campamento: Tecumseh y otro guerrero habían

matado tres bisontes, que estaban troceando para llevarse los cortes más selectos. Cuando Chaqueta Azul les preguntó dónde habían encontrado aquellas bestias, los dos confesaron haberlas matado en un arroyo que atravesaba la ruta de los de Kentucky. Esta desobediencia enfureció a Chaqueta Azul, quien sacó la baqueta de su mosquete y golpeó repetidamente en la espalda y en los hombros a Tecumseh y a su compañero. [18]

El jefe de guerra pekowi tenía motivos para la rabia mucho mayores que la insubordinación de un joven talentoso. Eran tiempos duros. Los colonos blancos masacraban la caza de forma indiscriminada. Los shawnees, hambrientos, apenas podían defender las tierras que reclamaban como suyas. En enero de 1785, los wyandot y los delawares concluyeron con los estadounidenses un tratado dictado por estos últimos en el que cedían todo el Ohio excepto la franja de ciento veinte kilómetros de ancho en la que se hallaban sus aldeas, desde el río Cuyahoga al oeste de lo que hoy sería Indiana. Como afirmó indignado Chaqueta Azul a un agente británico, no solo habían vendido todo el país de los shawnees, también les habían vendido a ellos.

Chaqueta Azul rondaba, por aquel entonces, los cincuenta años y era un individuo singular. Musculoso y de más de metro ochenta de estatura, era una persona abierta e inteligente que no solo no tenía ningún problema en confesarse con un británico, sino que también fue mucho más allá que la mayoría de los jefes indios a la hora de emular su vestido y su modo de vida. Al contrario de lo que su nombre pudiera indicar, acostumbraba a vestir una casaca escarlata, ricamente decorada con hilo de oro y charreteras doradas. De su cuello pendía una enorme gorguera de plata y un gran medallón de su majestad Jorge III. Chaqueta Azul envió a su hijo a Detroit para que recibiera una educación a la inglesa. El jefe y su esposa métis residían en una confortable casa de troncos, dormían en un lecho con baldaquín y cortinas y comían con cubertería de plata. Chaqueta Azul era una figura muy notable entre los shawnees, que mostraba toda la humanidad que era posible en la brutalidad de las guerras de la frontera. Feroz en la batalla, no obstante se oponía a la tortura. Una cautiva estadounidense dio testimonio de su amabilidad, pues recordó que nunca dejó de ofrecerle té cada vez que le hacía venir. No cabe ninguna duda de que todo esto dejó una impresión fuera de lo común en el joven Tecumseh y reforzó sus convicciones en contra de la tortura. [19]

Por espacio de un año, los shawnees se mantuvieron unidos en su rechazo a la capitulación de los wyandot y los delawares. En enero de 1786, el anciano jefe principal de los mekoches, Moluntha, sucesor del mártir Tallo de Maíz, se reunió con los comisionados estadounidenses en Fort Finney, en el río Ohio, con la esperanza de obtener su compasión. Pero, en lugar de compasión, lo único que logró fue que le obligasen a firmar el Tratado de Fort Finney, que ratificaba lo que los wyandot y los delawares habían cedido el año anterior. A cambio del sometimiento de Moluntha, los comisionados les dieron a los mekoches provisiones para seis días. [20]

Tecumseh era demasiado joven como para que se escuchase su opinión, pero tanto él como Cheeseekau siguieron del lado de Chaqueta Azul, que repudió este tratado, al igual que toda la división chillicothe. Los shawnees rebeldes residían en las tierras cedidas y no tenían intención de volver a emigrar.

Moluntha, al igual que su predecesor Tallo de Maíz, no había logrado mantener la unidad de los shawnees. «La nación está dividida, los chillicothes no atenderán a razones –confesó Moluntha al comandante de Fort Finney–. Están decididos a no aceptar lo acordado». A pesar de su descontento, los rebeldes no hicieron nada contra los asentamientos blancos, de dudosa legalidad, al norte del río Ohio. Se derramó sangre, pero no fueron los shawnees. Los irreductibles mingos y un contingente de cheroquis, los chickamaugas, amigos de los shawnees y recién llegados del sur, atacaron las granjas ribereñas. A comienzos del otoño, una partida guerrera de chickamaugas trajo a cuatro cautivas a una aldea mekoche. Era raro que los shawnees torturaran mujeres, pero los chickamaugas arrancaron la cabellera a una madre y a una hija aún vivas, les cortaron las orejas y los brazos, sajaron sus tendones y las arrojaron al fuego. [21]

MAPA 3: NORTEAMÉRICA ORIENTAL EN 1792

Los kentuckianos consideraron la tolerancia de los shawnees ante tales tropelías motivo suficiente para atacarles. En octubre de 1786, el coronel Benjamin Logan avanzó contra las aldeas shawnees del cauce del río Great Miami con setecientos milicianos a caballo, pero las encontró prácticamente abandonadas. En un acto de magnanimidad muy raro en las guerras de la frontera, un desertor del destacamento de Logan había advertido a los shawnees. Los de Kentucky tuvieron que conformarse con treinta y dos prisioneros, en su mayoría mujeres y niños, diez hombres mekoches muertos que no habían ofrecido resistencia, doscientas cabañas quemadas, y diecisiete mil libras de maíz recién cosechado. Irónicamente, de las siete aldeas shawnees que Logan atacó aquel día, las que recibieron un castigo más duro fueron las de Moluntha y los mekoches que eran neutrales.

Moluntha no había tenido motivos para temer represalias. Aquel anciano no solo había prohibido a las partidas guerreras que entrasen en las comunidades mekoches, sino que también había enviado mensajeros a advertir a los kentuckianos de los planes de los chickamaugas. Así, cuando los jinetes de Logan entraron en la aldea de Moluntha, encontraron al jefe, a sus tres esposas y a varias cautivas blancas que este planeaba devolver, acurrucadas junto a su cabaña bajo una improvisada bandera estadounidense. Moluntha saludó a los kentuckianos con toda la cortesía que le permitía su escaso inglés. Estos, conocedores de la buena fe de Moluntha, estaban predispuestos a mostrar clemencia. O, al menos, lo estuvieron hasta que el bravucón fronterizo Hugh McGary, el mismo que había provocado a Daniel

Boone para que se metiera en la trampa sangrienta de Blue Licks, se abrió camino entre la muchedumbre para interpelar al anciano jefe. ¿Estuviste en Blue Licks? tronó McGary. «Sí, sí» replicó Moluntha, quien trataba de ser educado, pero que no había comprendido del todo la pregunta. «¡Maldito seas, entonces! –rugió McGary–, ¡Yo te daré un poco de Blue Licks!», y, sacando su hachuela del cinto, le abrió el cráneo a Moluntha, mientras amenazaba con partir en dos a cualquier hombre que se interpusiera entre él y un maldito shawnee. La insubordinación de McGary envalentonó a algunos de sus camaradas más sádicos; estos amarraron a un poste a un shawnee con bolsas de pólvora atadas a la cintura, y, entre carcajadas, le hicieron volar en pedazos. [22]

El asesinato de Moluntha marcó un punto de inflexión para los shawnees del Ohio, que cerraron filas para buscar venganza. Estos hallaron un inesperado defensor en la persona de Joseph Brant, caudillo guerrero de los mohawk y el más destacado portavoz de la Confederación Iroquesa. La Guerra de la Revolución había puesto fin a las aspiraciones de grandeza de los iroqueses. Tras perder sus vastas tierras en el norte del estado de Nueva York a manos de los colonos rebeldes, Brant y los mohawk se trasladaron a Canadá, donde unieron sus destinos a los del bando británico. Brant, aunque prefería la diplomacia a la guerra, creía que los iroqueses y los algonquinos debían unirse contra la invasión estadounidense. El 28 de noviembre de 1786, presidió un gran consejo de las autoproclamadas Naciones Indias Unidas en Brownstown, un asentamiento wyandot cercano a Fort Detroit. Para satisfacción de los shawnees, y también con la reservada aprobación de los delawares y los wyandot, Brant declaró que «el interés de cualquier nación debe ser el bienestar de todas las demás». También reclamó la abrogación del Tratado de Fort Finney y la recuperación de la frontera del río Ohio. Todos los indios, afirmó Brant, debían a partir de entonces comer de un mismo plato y devenir «una única mente y una sola voz». [23]

Los estadounidenses no hicieron nada por apaciguar a la incipiente federación de Brant. El sentimiento popular favorable a la expansión era demasiado clamoroso para ignorarlo. Así, el 13 de julio de 1787 el gobierno nacional promulgó la Ordenanza del Noroeste, que creó un gobierno territorial en el país indio, del cual surgirían cinco estados en el futuro. El secretario de guerra ordenó al gobernador territorial Arthur St. Clair que tranquilizase a los indios por medios pacíficos, unas instrucciones imposibles de cumplir debido a la «casi increíble» migración blanca que estaba inundando el territorio. Aunque algunas pequeñas bandas guerreras atacaban de vez en cuando a viajeros

vulnerables, por lo general los indios se limitaron a observar las flotas de bateas que descendían por el río Ohio con la esperanza de que la diplomacia pudiera evitar «un innecesario derramamiento de sangre» que, como advirtió Brand a los estadounidenses, tendría lugar si se ignoraban los intereses indios. [24]

A sus dieciocho años de edad, Tecumseh ya era lo bastante mayor como para comprender las consecuencias que tendría para la forma de vida de los shawnees una expansión estadounidense americana descontrolada. Como debía hacer un hermano menor, respondería como le pareciera adecuado a su hermano mayor. Y a Cheeseekau le parecía que la respuesta adecuada era tratar de distanciarse de la marea blanca, pero, si esto no era posible, librar una guerra brutal e incansable contra los invasores.

CAPÍTULO 5

GUERRAS Y ANDANZAS

La devastación que lideró Benjamin Logan de las aldeas del Great Miami volvió a dispersar a los shawnees. La tribu apenas había podido disfrutar de treinta años de unidad en el valle del Ohio. Ahora, no solo era la tribu, sino clanes y extensas familias las que quedaban divididas a causa de la separación, una vez que los shawnees eligieron hacia qué lugar dirigirse. Algunos viajaron al sur, hacia el territorio de los creek; otros se entremezclaron con los chickamaugas del curso del río Tennessee. En 1788, doscientos shawnees se establecieron al oeste del Misisipi en tierras cedidas por la Luisiana española, cerca de donde hoy en día se encuentra Cabo Girardeau, en Misuri. Pero la mayor parte de los shawnees del Ohio se dirigieron al norte, y, tras recibir autorización de los indios miamis allí residentes, se establecieron en lo que sería Fort Wayne, en Indiana. La vida comenzó de nuevo. Los shawnees edificaron nuevos *wigwam* o cabañas, desbrozaron maizales, sembraron cosechas, compraron o intercambiaron para obtener ganado, con la idea de tener una existencia menos precaria. Tecumseh tenía la resistencia de la juventud. Lalawethika, a su insufrible manera, también. En cuanto a los adultos, Chaqueta Azul se adaptó bien a su nuevo entorno, pues su residencia era, en palabras de un blanco cautivo, «una excelente plantación, bien provista de ganado». [1]

Menos de un millar de shawnees permanecieron al este del Misisipi y al norte del Ohio. Estos shawnees se agruparon bajo el liderazgo de Chaqueta Azul y el caudillo mekoche Capitán Johnny. Ambos hombres estaban comprometidos con una lucha que, en opinión de los shawnees que marcharon a la Luisiana española, era quijotesca: expulsar a los intrusos estadounidenses y restablecer la frontera del río Ohio. Aunque sus deberes como líder de la resistencia tribal tenían precedencia, Chaqueta Azul de vez en cuando comandaba partidas guerreras contra el tráfico fluvial y el territorio de Kentucky. Los guerreros mingos y chickamaugas también acompañaban estas expediciones de los shawnees, para las que Tecumseh era siempre un

voluntario entusiasta.

En marzo de 1788, este y Ruddell se unieron a una partida de noventa guerreros que partió con el primer deshielo en dirección al río Ohio. La expedición tuvo que recorrer trescientos veinte kilómetros de bosques gélidos y pelados hasta que pudieron posar sus miradas hambrientas sobre el río Ohio. Tecumseh y Ruddell, de veinte años de edad, ya eran lo bastante mayores como para saber cuál era su deber sin necesidad de la supervisión de Cheeseekau o de Chaqueta Azul.

Thomas Ridout, un recaudador de impuestos inglés que se había aventurado al salvaje interior, navegaba en la segunda de las bateas que, sin que sus ocupantes sospechasen nada, les llevaba entre la crecida del deshielo primaveral hacia los guerreros al acecho. Mientras la batea superaba a duras penas uno de los meandros del río, Ridout contemplaba la belleza natural del entorno: el clima más benigno, la suave neblina que se abrazaba a las orillas, los primeros atisbos de verdor en los árboles: «Pocas veces hallaba tanto solaz en mi corazón como sentí [entonces]». La batea superó el meandro. La que les precedía, en parte tapada por la vegetación, seguía todavía junto a la orilla. En ese momento, canoas abarrotadas de indios «casi desnudos, pintados y ornamentados» partieron de las orillas pedregosas y se lanzaron directos a por ellos.

No se sabe si Ridout llegó a distinguir a Tecumseh entre la muchedumbre. En todo caso, estaba a punto de verse cara a cara con multitud de indios: «Cerca de veinte saltaron como furias a nuestra barca, lanzando horribles aullidos y alaridos, blandiendo cuchillos y *tomahawk*, peleándose entre sí por capturar un prisionero». Un joven guerrero pintado de negro agarró a Ridout del brazo, pero, entonces, un anciano lo agarró con cuidado y se lo llevó. «Este indio tenía un gesto apacible y me dio a entender enseguida que no resultaría herido, pues me tomó de la mano para mostrar que era de su propiedad».

Ridout tuvo suerte. Se convirtió en posesión de un shawnee de buen talante, y le vieron aun con mejores ojos cuando supieron que era británico, no un invasor estadounidense. Al menos cinco prisioneros fueron muertos a golpes o quemados vivos. Ridout temió lo peor hasta que se encontró con Stephen Ruddell. «No tenga miedo, señor –dijo Ruddell–. Usted no corre peligro, ya que ha sido entregado a un buen hombre, el caudillo de los shawnees, el cual no le hará daño. Mas, cuando pase un tiempo, le llevarán a Detroit, donde podrá usted comprar su libertad. Venga y desayune». Maravillado ante el cambio de situación, «de una muerte segura a una nueva vida», el recaudador de impuestos disfrutó de un sustancioso desayuno a base de pasteles y chocolate.

Tecumseh desaprobaba profundamente el asesinato de los compañeros de Ridout después de que se hubieran rendido. Como explicaría más tarde Ruddell, Tecumseh «siempre era reacio a hacer prisioneros, pero cuando estos caían en sus manos, siempre los trataba […] con gran humanidad […] nada de quemar o de torturar. Nunca toleró la matanza de mujeres y niños». Tecumseh mataba a los hombres en combate, pero no después de este. [2]

Tecumseh estaba convirtiéndose en un hombre vigoroso y atractivo, al que tanto indios como blancos encontraban cautivador. Pasaba del metro y ochenta centímetros, una estatura elevada para la época, y tenía una envergadura mayor que la mayoría de los varones shawnees. «De complexión demasiado corpulenta para ser veloz a pie», dijo un responsable del gobierno federal que le conoció bien, Tecumseh tenía una buena musculatura, y estaba «hecho para la fuerza y para resistir arduos trabajos». También contaba con unos rápidos reflejos y una coordinación excelente. Su tez era objeto de debate. Algunos blancos le consideraban más oscuro de lo normal, mientras que otros le veían más blanco que la mayoría de los indios. La mayor parte de los blancos admiraba su frente alta y despejada, su nariz ligeramente aguileña, y su excepcional dentadura, de dientes grandes y blancos. En un entorno informal, Tecumseh era «muy alegre y animado» con sus guerreros, y tenía una sonrisa cálida y encantadora. Pero lo que más impresionaba a los blancos de su rostro era su mirada profunda y sus ojos castaños, que daban a su semblante una expresión de marcada melancolía. En los siguientes años, se dejaría crecer el cabello hasta los hombros, pues abandonaría la tonsura tradicional, y portaría escasas joyas con la salvedad de los anillos en la nariz. Se desconoce cómo se adornaba a la edad de veinte años, pero Ruddell dijo que su aspecto complacía a las jóvenes indias, las cuales «se interesaban tanto por él» como las muchachas durante su niñez.

Se ignora si correspondía a estos afectos. El factor (representante gubernamental de comercio) en Fort Wayne, John Johnston, que en el futuro llegaría a ser agente entre los shawnees, juró que a Tecumseh no le interesaban demasiado las mujeres y que «no conoció mujer hasta que se casó». Ruddell compartía su opinión, y dijo que Tecumseh, aunque era educado con ellas, siempre evitó sus insinuaciones y «nunca tuvo en gran consideración al sexo femenino». Por su parte, Anthony Shane, métis y marido de su prima, juró que, durante su juventud, Tecumseh siempre que tenía oportunidad se encamaba con alguna.

La mayoría de los hombres shawnee consideraban que el sexo era algo que debía ser controlado y sublimado; no debía tomarse a la ligera. Si se tienen en cuenta los numerosos tabúes que regulaban las relaciones sexuales, los cuales impedían a los hombres respetables tener relaciones antes de la guerra o de la caza y animaban a no practicarlo durante la primavera, momento en el que una concepción podía dar lugar a un nacimiento en un frígido campamento de invierno, parece probable que Tecumseh adoptase la actitud poco romántica y, en apariencia, mojigata, característica del típico indio de los bosques orientales. La ausencia de una figura materna en su vida también podría haber retrasado su desarrollo sexual. Un anciano shawnee reveló a un blanco tanto la inocencia típica de los hombres jóvenes shawnee y el papel que sus madres desempeñaban para que la superasen. Así, de acuerdo a las leyes establecidas por el Creador,

> cuando un hombre tiene veinticinco años de edad, en ese momento es casado según la costumbre, pero no sabe nada en absoluto sobre cómo tener relaciones sexuales con su esposa. En el momento en que se casan, por tanto, los jóvenes reciben instrucción personal acerca de cómo deben actuar cuando tengan relaciones sexuales con sus esposas. Al parecer, después de que la mujer ayude a su hijo [que aprenda cómo], él debería intentar actuar. «Debes quitarte la ropa de este modo –le dice a su nuera–, y debes yacer inmóvil». Luego, ayudaba a su hijo a tener una erección. «Colócate encima –le decía. Luego, dirigía su pene hacia el orificio vaginal de la mujer–: Ahora, si has entrado, dime "todo bien" y os dejaré dar rienda suelta». [3]

Tecumseh estaba a punto de dar rienda suelta, pero a una aventura mucho más grande y duradera que un breve momento de intimidad sexual. En el valle del Ohio estaba tomando forma una nueva confederación india, una unión más robusta que la laxa asociación de tribus enfrentadas de Pontiac y Neolin, o que la incierta combinación algonquino-iroquesa promovida por Joseph Brant. Esta confederación sería el segundo intento serio de cooperación panindia en el viejo noroeste, una alianza con una mayor unidad de acción –proteger la tierra india– y sin el componente religioso nativista que había llevado a algunos nativos a censurar el movimiento que Pontiac y Neolin habían inspirado, pero que nunca llegaron a controlar.

No obstante, Cheeseekau no quería tener nada que ver con este movimiento. Quizá había perdido la esperanza de hallar un hogar

seguro en Ohio. O tal vez le motivaba el ansia de vagar, una característica muy presente en el carácter shawnee. O acaso deseaba un contacto más estrecho con los de su estirpe, o reunirse con su madre. Fuera lo que fuera lo que le impulsaba, en el otoño de 1788, Cheeseekau decidió unirse a los shawnees establecidos en la región de la Luisiana española que hoy es el este de Misuri. Cheeseekau esperaba, al menos de las autoridades españolas, una recepción amistosa. Estos recibían de buen grado a los emigrantes shawnee y delaware para consolidar sus frágiles defensas contra las incursiones de los indios osage en el oeste y de los jóvenes e inquietos Estados Unidos por el este. Para los shawnees, establecerse en la Luisiana española, donde los únicos blancos que había eran comerciantes galos amistosos y funcionarios españoles benévolos, suponía un lugar donde refugiarse de los ubicuos Cuchillos Largos, aun cuando esto supusiera choques periódicos con los indios osages. Estos, pese a que en otro tiempo también habían sido habitantes del valle del Ohio, no sentían ninguna simpatía por los recién llegados.

Para Tecumseh, la decisión estaba clara. Acompañaría a Cheeseekau, su hermano mayor, mentor y guardián. Dado que no tenía una familia de la que cuidar, era su deber permanecer junto a él. También se les unieron sus hermanos menores Nehaaseemo y Lalawethika, aunque este último era considerado más bien una carga. Frágil, inepto y, sin duda, avergonzado por su herida ocular autoinfligida, el inadaptado Lalawethika, de catorce años de edad, continuó su comportamiento jactancioso, extraño y fuera de lugar, que le había hecho ganarse el remoquete «charlatán». Completaban la partida varios guerreros en plenas condiciones físicas.

La banda de Cheeseekau viajaba ligera. Cada hombre no llevaba más ropas que la puesta: una blusa larga de caza, taparrabos, polainas y mocasines. También llevaba un hato de cuero para coser parches, una manta multiuso, maíz desecado y carne encurtida para raciones de emergencia, una bolsa individual de medicina mágica, un *tomahawk*-pipa y una hachuela al cinto. Tecumseh, en concreto, portaba una maza de guerra, pues la prefería a la hachuela debido a que esta había sido el arma preferida de sus ancestros. Para expediciones prolongadas como la que se avecinaba, los guerreros solían optar por arcos y flechas en lugar de mosquetes, que eran pesados y complicados de mantener. En caso de necesitar uno, podían trocarlo o robarlo por el camino. [4]

Los shawnees se dirigieron hacia el sudoeste a través de bosques vírgenes, sin prisa, disfrutando por el camino de la soledad y de la abundancia de piezas de caza. Tras evitar la pequeña guarnición

estadounidense de Vincennes, en el alto Wabash, durante los últimos días de otoño llegaron al vasto y ondulante mar de praderas del territorio de Illinois. Tecumseh y Lalawethika debieron contemplar asombrados aquel paisaje. Era una tierra distinta a cualquiera que hubieran visto antes. La interminable extensión estaba surcada aquí y alla por pequeños robledales. Los bisontes, en cantidades inimaginables en Kentucky, deambulaban por las extensiones abiertas como una manta en movimiento. Los hermanos se atiborraron de la carne de estas bestias y se deleitaron con los placeres de la caza. Lalawethika, cuya percepción de la profundidad estaba dañada debido a la pérdida de un ojo, resultó un fracaso como cazador, y es probable que se mantuviera al margen de la dura empresa. No así Tecumseh; pues, en su caso, el entusiasmo superó la prudencia. En una cacería cerca de la confluencia entre los ríos Ohio y Misisipi, se cayó del caballo y se rompió la cabeza del fémur.

La partida de Cheeseekau hibernó junto al herido veinteañero en el interior de unos bosques situados al este del Misisipi, a apenas ochenta kilómetros de las aldeas shawnees de la Luisiana española. Tecumseh permanecía envuelto en mantas. Incapaz de moverse y atormentado por el dolor, se hundió en una depresión. El espectro de una discapacidad permanente –la idea de yacer inservible en un *wigwam* toda su vida, siendo aún más dependiente que Lalawethika de la caridad de los demás– le llevó a pensar en el suicidio.

No obstante, con la llegada de la primavera se sintió más animado. Había llegado el momento de marchar. Cheeseekau le urgió a que se quedase en el campamento con algunos amigos que cuidarían de él hasta que su fémur sanase, pero su voluntarioso hermano menor se negó. Tecumseh improvisó un par de toscas muletas y cabalgó y caminó junto a sus compañeros hasta los asentamientos shawnee. Mas pagó un precio por su testarudez. El estrés causado por caminar y cabalgar demasiado pronto ocasionó que su fémur no sanase bien, lo cual dejaría a Tecumseh con una pierna ligeramente arqueada, una desagradable cicatriz y una cojera, que no le convertían en un tullido, pero sí era lo bastante notoria como para que los wyandot le conocieran a partir de entonces como «fémur roto». [5]

Tecumseh había estado cerca de quedarse cojo por nada: la Luisiana española resultó ser una gran decepción. Su reencuentro con Methoataske, quien no había visto a sus hijos desde la década anterior, fue tenso. Los lazos familiares podían rehacerse, pero lo que ni Cheeseekau ni Tecumseh podían tolerar era la presencia de los estadounidenses. Una expedición de setenta pioneros se había infiltrado en el territorio situado frente al suyo y se habían establecido

en la aldea española de Nuevo Madrid, en lo que hoy sería el sudoeste de Misuri, justo bajo la embocadura del Ohio y a escasa distancia a caballo de las aldeas shawnees. Los estadounidenses se comportaban bien, pero su cercanía evocaba dolorosos recuerdos de aquello de lo que Cheeseekau esperaba poder escapar.

Las tensiones fueron en aumento. Durante el verano de 1789, un grupo de estadounidenses llegados en barcas disparó contra unos cazadores shawnees e hirieron a uno de ellos y le robaron sus pieles. Mas, para mortificación de Cheeseekau, los shawnees del oeste estaban más preocupados por atender a sus puercos y a sus aves de corral que por combatir a los intrusos. Era más de lo que Cheeseekau podía tolerar. Tras un año entre sus camaradas asimilacionistas, Cheeseekau y sus hermanos se despidieron de su madre y volvieron a cruzar el Misisipi. Parte del grupo, entre ellos Lalawethika, de catorce años de edad, y Nehaaseemo, regresaron a Ohio. Cheeseekau y Tecumseh, sin embargo, querían pelear y se dirigieron a los reductos ocultos de los chickamaugas, en el río Tennessee. Estos, una facción escindida de los cheroquis, eran por aquel entonces los adversarios más feroces de los Estados Unidos. Tecumseh estaba a punto de ganar una gran experiencia de combate bajo el mando de Arrastra Canoa (Dragging Canoe) un caudillo de guerra sofisticado y desafiante, además de un hábil diplomático tribal. Comparado con él, el más belicoso líder indio de la región del Ohio era poco menos que una marioneta del hombre blanco. [6]

❖

Los cheroquis eran un pueblo iroqués. Su vasto terruño había abarcado parte de Carolina del Norte y del Sur, Tennessee, Kentucky y Georgia. En vísperas de la independencia estadounidense, los jefes pacifistas cheroquis vendieron sus posesiones de Kentucky y Tennessee a cambio de sustento. El único disidente fue Arrastra Canoa. «Habéis comprado una buena tierra –les dijo a los delegados coloniales–, pero pende sobre ella una nube […], vuestra estancia aquí será oscura y sangrienta». Y así fue. En 1776, Arrastra Canoa y sus guerreros erradicaron hasta el último rastro de asentamientos blancos al oeste de los Apalaches meridionales. Pero se extendieron demasiado y atacaron a las comunidades estadounidenses del lado este. Muy pocos de los líderes cheroquis tenían estómago para resistir las inevitables expediciones de castigo de los estadounidenses, por lo que la nación cheroqui, tras firmar dos tratados de paz, cedió las tierras que Arrastra Canoa había recuperado.

Dicho líder, implacable en su odio hacia los estadounidenses, se

separó de la nación cheroqui con quinientos guerreros y sus familias. A la facción de paz la tachó con desprecio de «virginianos». Tras obtener armas y pertrechos de los británicos, se retiró hacia el oeste, al río Tennessee y al arroyo Chickamauga, cerca de la actual Chattanooga. Tal vez para avergonzar a aquellos que no se enfrentaban a los estadounidenses, Arrastra Canoa denominaba a sus seguidores los Aniyuniwiya, «gente verdadera», que era el nombre con el que todos los cheroquis se identificaban a sí mismos. [7]

Cheeseekau y Tecumseh recibieron una cálida bienvenida en las aldeas de los chickamaugas. Los shawnees y los cheroquis habían sido, desde hacía mucho tiempo, amigos y firmes aliados contra la invasión estadounidense. Cuando Arrastra Canoa asumió el mando de la resistencia cheroqui, sus guerreros intercambiaron visitas con sus aliados shawnees. Mientras Cheeseekau y Tecumseh remontaban el curso del Tennessee para ofrecer sus servicios a Arrastra Canoa, un contingente de chickamaugas recorría el territorio del Ohio con independencia de la visita de Tecumseh. Era una de las muchas delegaciones de los chickamaugas que visitaba con frecuencia a los shawnees para mantener los estrechos vínculos existentes entre los dos pueblos. [8]

Resulta fácil comprender su afinidad. Aunque los chickamaugas hablaban una lengua iroquesa, las culturas tanto de los shawnees como de los chickamaugas eran similares. Lo más seguro es que los residentes shawnees bilingües sirvieran de traductores para Cheeseekau y Tecumseh, lo cual permitió que los intercambios de los dos hermanos con sus anfitriones pudieran ir más allá del lenguaje de signos.

El territorio de los chickamaugas era un buen lugar para que los dos guerreros shawnees pudieran verse las caras con los Cuchillos Largos. Sus anfitriones se habían hecho fuertes en cinco localidades que se extendían 65 kilómetros en dirección oeste desde Lookout Mountain, una elevación imponente que dominaba el río Tennessee frente al lugar donde hoy se encuentra Chattanooga. Era una región escarpada y agreste, un bastión defensivo de soberbia grandeza natural desde el que los chickamaugas podían lanzar incursiones casi con impunidad. Mas estos no solo pensaban en cuestiones bélicas. Sus aldeas eran confortables, sus necesidades eran cubiertas por la Florida occidental española y el Canadá británico, además de los saqueos de los asentamientos fronterizos estadounidenses. Residían en sólidas casas de troncos, cultivaban maíz y criaban abundantes puercos, reses y aves de corral. La aldea de Arrastra Canoa, Agua Corriente (Running Water), con una población de cuatrocientos habitantes, era la capital

de los chickamaugas y sede de la casa del consejo principal. Fue en esta aldea en la que Cheeseekau, Tecumseh y sus compañeros se asentaron a finales de 1789, lo cual elevó el número de guerreros shawnees de la localidad a unas tres docenas. Los chickamaugas tenían la moral muy alta por aquel entonces. Sus incursiones habían limpiado hasta el río Cumberland, en lo que hoy es el Tennessee medio y, a continuación, repelieron una contraofensiva.

Lo que en un futuro se convertiría en el estado de Tennessee era entonces llamado «Territorio de los Estados Unidos al sur del río Ohio», o, más en concreto, el Territorio del Sudoeste. Este se dividía en tres distritos, dos para Tennessee oriental y uno para el distrito de Mero (que incluiría la moderna Nashville y alrededores), en el río Cumberland. Cada uno de estos distritos disponía de juez, milicia y funcionarios propios, lo cual entorpecía una respuesta coordinada a las veloces incursiones de los chickamaugas. El presidente Washington nombró gobernador territorial a William Blount, un destacado político norcarolino. El Territorio del Sudoeste, junto con Kentucky, al cual todavía le faltaban tres años para alcanzar el estatus de estado, suponía la penetración más al oeste de la joven república estadounidense al sur del río Ohio. Los asentamientos estadounidenses eran más robustos en el Territorio del Sudoeste que en el Territorio del Noroeste, el cual, con poco más de cuatro mil ocupantes blancos, era más una abstracción de futuro que una realidad asentada. En el momento en que Cheeseekau y Tecumseh se unieron a los chickamaugas, residían en el Territorio del Sudoeste casi 36 000 blancos. [9]

Más al sur, los georgianos sin tierra presionaban la periferia de la confederación de los indios creek, que cubría la mayor parte de Alabama y todo lo que más tarde sería Georgia occidental. Las escaramuzas fronterizas amenazaban con implicar a los Estados Unidos, dotados de un ejército regular de menos de un millar de hombres, en un gran conflicto para el que no estaban preparados en absoluto. Los asentamientos blancos al norte del río Ohio amenazaban con provocar una guerra a gran escala contra los shawnees y sus tribus aliadas. Al oeste de los creek, en lo que hoy sería el norte de Misisipi, los indios chickasaws, que hasta entonces se habían mostrado amistosos, también estaban cada vez más inquietos. A fin de impedir el estallido simultáneo de sendas guerras indias en los territorios del Noroeste y del Sudoeste, en febrero de 1790 el presidente Washington despachó al mayor de treinta y seis años de edad, John Doughty, un veterano de la Revolución estadounidense, con un pequeño destacamento en misión de paz ante las tribus meridionales. Doughty

descendió el río Ohio y remontó el Tennessee a remo en un gran pontón de amuras reforzadas para acudir al encuentro de una escolta de indios chickasaws. A unos ciento sesenta kilómetros de la localidad chickamauga más cercana, varios exploradores –pertenecientes a una expedición de caza de cuarenta guerreros chickamauga, shawnee y creek, acaudillados por Cheeseekau– se los encontraron en una isla. Es probable, pero no existe completa certeza, que Tecumseh formase parte de la partida de caza. Si estaba con ellos, no tenía ningún mando; iba allí donde iba su hermano, en particular a aquellas salidas que le permitieran entregarse a su pasión por cazar en un país nuevo, salvaje y de abundantes presas.

Los indios no se ponían de acuerdo sobre cómo responder a Doughty. Les parecía amistoso y su misión era pacífica, pero Cheeseekau había oído rumores de que los estadounidenses tenían intención de construir un fuerte en el río Tennessee, circunstancia que la presencia de Doughty parecía confirmar. Asimismo, habían llegado informadores indios del valle del Ohio que reportaron las agresiones estadounidenses contra la incipiente Confederación del Noroeste, uno de cuyos jefes principales era Chaqueta Azul. En consecuencia, Cheeseekau no tenía intención alguna de negociar. Resulta dudoso que consultase a su hermano Tecumseh, en caso de que este estuviera presente, pues sus deberes no eran más que observar, aprender y combatir. En consecuencia, Cheeseekau repartió sus cuarenta guerreros en cuatro canoas y avanzó corriente abajo.

Les descubrieron al mediodía: Doughty y dieciséis soldados sudaban empuñando los remos de una voluminosa barcaza que remontaba el curso del río. Cheeseekau enarboló bandera blanca, y, junto con unos pocos hombres, abordó la embarcación de Doughty. El resto de indios permaneció en la orilla. ¿Serían tan amables el mayor y sus hombres de comer con ellos? Doughty, desconfiado, declinó el ofrecimiento. Cheeseekau se despidió y remó hasta la orilla. Los soldados dejaron a un lado los mosquetes y empuñaron los remos. En ese momento, el disparo de cuarenta mosquetes indios rasgó la quietud de la tarde. Seis soldados se desplomaron, muertos, y cinco resultaron heridos. Tan solo devolvieron el fuego cuatro soldados, pero su fuego descoordinado fue suficiente para que Cheeseekau interrumpiera la acción. Había obtenido un gran logro: matar o dejar fuera de combate a la mayoría de los estadounidenses, fueran cuales fueran sus nefastas intenciones, por lo que les dejó huir en busca de auxilio al asentamiento francés más cercano del Misisipi. Aún más importante fue que Cheeseekau lo lograse sin sufrir ni una sola baja, marca de distinción de un verdadero gran líder guerrero. En

sociedades tan pequeñas como las de los shawnees y los chickamaugas, la vida de cada guerrero era preciosa. La noticia de los éxitos de Cheeseekau viajó hacia el norte. Los jefes de la Confederación del Noroeste se jactaron de su victoria ante los británicos, y, presentando al mayor Doughty como el agresor, añadieron este incidente a su lista de agravios contra los estadounidenses. [10]

❖

Cheeseekau y Tecumseh hallaron un hogar entre los chickamaugas. Se entregaron de corazón a su causa, derrotando a los intrusos estadounidenses y lamentando las continuas cesiones de tierras al oeste de los Apalaches de los acomodaticios cheroquis. En abril de 1791 diezmaron a una banda de forajidos blancos que trataban de penetrar en el bastión chickamauga en tres *bateaux* [*3] armados con pequeños cañones en afustes giratorios. Una de las embarcaciones embarrancó. Las otras dos tripulaciones lograron dispersar a la partida guerrera, pero treinta y dos estadounidenses resultaron muertos o heridos en la cubierta del *bateaux* embarrancado. [11]

Tecumseh estaba mostrándose como algo más que un útil auxiliar de su hermano en la batalla. En al menos una ocasión reafirmó sus valores morales. Abordó a una partida guerrera que traía un prisionero blanco destinado a morir en la hoguera y les urgió a reconsiderar su idea de cometer un acto indigno de hombres bravos. Al ver que este argumento no causaba ningún efecto, señaló que matar al prisionero les causaría un daño monetario, pues no podrían cobrar rescate por un hombre muerto. Mas los guerreros seguían sin cambiar de idea. Entonces, Tecumseh sacó una pistola del cinto. Para librar al prisionero de la agonía en la hoguera, lo mató de un disparo y se marchó sin que nadie de la asombrada partida guerrera le interpelase. Se podría decir que había impuesto su punto de vista. [12]

Fue en esta época cuando Tecumseh dio otro audaz paso hacia la masculinidad. Se despojó de su prudencia shawnee y comenzó a hacer el amor con mujeres. El joven y atractivo guerrero shawnee, como ya le había ocurrido en su tribu, atraía la atención de las muchachas chickamauga. Según Anthony Shane, Tecumseh rechazó varias propuestas de matrimonio porque no deseaba verse «entorpecido» por una esposa. Compartía casa con una joven chickamauga, que al parecer le dio una hija. Era obvio que Tecumseh no había necesitado de la guía sexual de su madre ausente para consumar su relación, al contrario que muchos otros varones shawnees. Se ignora si esta muchacha shawnee era su primera conquista. Stephen Ruddell, que

sugirió que Tecumseh no tenía gran interés por el sexo opuesto, dijo que Tecumseh vivió con su amante chickamauga más tiempo que con ninguna otra mujer que hubiera conocido. Shane declaró también que Tecumseh gozaba la compañía de numerosas mujeres pero que se deshacía de ellas con el más nimio pretexto: «Antes del matrimonio, Tecumseh solía convivir con una joven. Pero en el momento en que consideraba que no cumplía con sus deberes, o que no atendía generosamente a sus amigos, le hacía algunos presentes y la enviaba de vuelta con sus padres, y ninguna mediación lograba convencerle para volver a acogerla». [13]

En el verano de 1791, Tecumseh abandonó no solo a su amante chickamauga, sino también el país de esta para regresar al valle del Ohio y unirse a la confederación de Chaqueta Azul. También dejó atrás a Cheeseekau, quien había preferido abrazar la causa chickamauga antes que la de su propia gente. (Cheeseekau no podía albergar ninguna duda de que los shawnees del Ohio necesitaban todos los guerreros que pudieran convocar, pues los informadores llegados de allí traían siniestros informes de la beligerancia estadounidense). La estancia de Tecumseh entre los chickamaugas le había dado una idea más general de los problemas de los indios del que habría tenido de haber permanecido al norte del Ohio. Le mostró las dificultades de construir alianzas a través de largas distancias. En lo personal, Tecumseh había ganado el amor de una mujer y es probable que fuera padre a una edad temprana, antes de lo que la mayoría de los hombres shawnees podían aspirar en lo que se refiere a asuntos románticos. También se había ganado la condición de caudillo guerrero menor. Ya estaba preparado para emerger de la sombra de su hermano mayor y, como el puma celestial, elevarse por sus propios méritos. No estaría solo. Cuando Tecumseh partió del territorio de los chickamaugas, lo acompañaron ocho guerreros. [14]

Durante los tres años de ausencia de Tecumseh, se anunciaron momentos de gran trascendencia en el valle del Ohio. Parecía inevitable un choque catastrófico entre las armas indias y las estadounidenses. El compromiso del caudillo guerrero mohawk Joseph Brant con el panindianismo y con la inviolabilidad de la frontera del río Ohio había resultado ser efímero, falso incluso. Poco después de que Brant prometiera una armonía inquebrantable entre los pueblos iroqueses y algonquinos, este aprovechó una disputa entre los wyandot y los delawares, más conciliadores, y los shawnees y los miamis, más recalcitrantes, tal vez para tratar de reinstaurar la

autoridad iroquesa sobre los indios del Ohio. Los comisionados estadounidenses concluyeron con los iroqueses un tratado en Fort Hamar, un formidable reducto empalizado erigido tres años antes. El fuerte se alzaba desafiante en la orilla norte del río Ohio, junto a la aldea de Marietta, que se había convertido en un imán de colonos. El tratado asignó la propiedad de la mayor parte del territorio del Ohio a los estadounidenses, los cuales, con ayuda de Brant, obligaron a los wyandot y a los delawares a aceptar un acuerdo similar.

El Tratado de Fort Hamar consiguió tres objetivos no buscados: desacreditó la pretensión de Brant de asumir el liderazgo intertribal, borró los vestigios de la influencia iroquesa sobre las tribus del oeste y dio a los shawnees y miamis las riendas del movimiento de resistencia. Además, también les hizo cada vez más dependientes de la ayuda británica. El jefe shawnee Chaqueta Azul y el caudillo miami Pequeña Tortuga, que habían desautorizado el acuerdo de Fort Hamar, devinieron las figuras dominantes de la beligerante Confederación del Noroeste. Esta también atrajo a sus filas a indios desencantados de las tribus wyandot, delaware y kickapoo. [15]

Para demostrar su decisión inamovible de proteger la frontera del río Ohio, las partidas indias no solo atacaron los incipientes asentamientos de la orilla norte del Ohio, sino que también se adentraron en Virginia y Kentucky, llegando más lejos de lo que habían logrado en más de una década. Decenas de blancos hallaron un fin brutal en solitarias tumbas fronterizas. Arthur St. Clair, gobernador del Territorio del Noroeste y héroe de la Guerra de la Revolución, comprendía la furia india. «Todos los reportes confirman una gran inquietud entre [los indios] y es para mí evidente que, si esta no puede ser eliminada, habrá una gran guerra general –alertó a la administración de Washington–. Dudo que pueda suprimirse dicha inquietud, pues si nos llega tanta información de las ofensas y depredaciones que los indios infligen a los blancos, tenemos muchos motivos para creer que los colonos de la frontera cometen ofensas, si no iguales, mayores, de las que nos llegan escasas noticias». [16]

Las pruebas estaban en las calles. En Cincinnati, se pagaban treinta dólares por los cueros cabelludos arrancados a indios, fueran hostiles o amistosos, sin que nadie preguntase nada. Un cazador de cabelleras también podía recibir un buen caballo en lugar del pago en efectivo. Los jóvenes pioneros coleccionaban cabelleras con la misma avidez que los jóvenes guerreros. Un colono del salvaje interior explicó la historia de un muchacho que ahogó su humanidad en la lucha despiadada por la tierra y el sustento. Tras una escaramuza en el interior de los bosques con una partida de guerreros, el muchacho y

sus compatriotas avanzaron entre humaredas de pólvora hacia unas hierbas altas donde creían que se había ocultado un guerrero herido. Como si se tratase de una manada de lobos, los colonos formaron un círculo a su alrededor y, poco a poco, fueron cerrando el perímetro. El indio tenía una pierna rota. Sabedor de que no tenía ninguna posibilidad de escapar, se sentó, y, con una débil sonrisa, se dirigió al muchacho, de catorce años de edad: «¿Cómo estás, hermano?», a lo que el chico replicó: «Cómo estás, maldito seas» y le hundió el cráneo con un *tomahawk*. [17]

Desde la perspectiva del gobierno, una vez que las reacias tribus –o *banditti* como los funcionarios preferían llamarlos– repudiaron el Tratado de Fort Harmar, se hacía necesaria una expedición militar contra las aldeas del río Maumee para imponer la cesión de tierras. La administración de Washington acusó a los shawnees de los disturbios, que se atribuían al ataque de Cheeseekau contra la expedición del mayor Doughty. Los wyandot progubernamentales, que prometieron expulsar a los rebeldes indios del territorio del río Maumee, también responsabilizaron a los shawnees. [18]

El gobernador St. Clair sabía que los wyandot carecían tanto de la voluntad como de los medios para cumplir su promesa de expulsar de sus tierras a los rebeldes de Pequeña Tortuga y Chaqueta Azul. Dado que solo el ejército podría imponerse, St. Clair envió a someterles al brigadier habilitado [brevet brigadier general] Josiah Harmar con un gran destacamento de milicias y un regimiento de regulares. Pero, a finales de octubre de 1790 cuando el brigadier general llegó por fin al territorio del río Maumee, los indios ya habían huido. Ante la inminente llegada del mal tiempo, se retiró, no sin antes quemar la aldea de Pequeña Tortuga y sus reservas de maíz. Todo este asunto podría haber finalizado bien para el contingente de Harmar de no ser por la insistencia de sus indisciplinados milicianos, los cuales querían emboscar a los indios que iban siguiendo el rastro del ejército. El brigadier general aceptó a regañadientes, pero fueron los milicianos los que fueron emboscados. Tan solo la oportuna llegada de los regulares impidió una masacre generalizada. Aun así, Harmar perdió casi doscientos hombres. [19]

En marzo de 1791, el Departamento de Guerra ordenó a St. Clair, quien padecía el tormento de la gota, dirigir un segundo intento de «liberar» el territorio del Ohio. Nadie podrá acusarle de precipitarse. En tanto que nuevo general en jefe del Ejército de los Estados Unidos, se cuidó de reunir un núcleo de regulares mucho más grande del que había acompañado a Harmar. De hecho, la práctica totalidad del incipiente ejército regular marchó con St. Clair. El secretario de estado

Thomas Jefferson esperaba con impaciencia el inminente choque. «Espero que podamos darles a los indios un buen rapapolvo este verano –le dijo al presidente Washington–, y luego trocar el *tomahawk* por la cadena de oro de la amistad».

No es probable que Washington compartiera su optimismo. Los regulares vestían elegantes uniformes de casaca azul y pantalón blanco, que contrastaba con la vestimenta anodina de los milicianos, imposibles de distinguir de los civiles. Pero, por lo demás, su disciplina no era mucho mejor; eran un grupo mal entrenado, mal alimentado y dado a la bebida, ignorantes de la guerra a la india, por no decir que desconocían cualquier otro tipo de guerra en general. Además, la presencia de no menos de un centenar de vivanderas (esposas, lavanderas y prostitutas) tampoco ayudaba a mantener el orden y la disciplina. Henry Knox esperaba que el deslavazado destacamento de St. Clair derrotase a un enemigo en igualdad numérica que, en palabras de un veterano de la guerra india, había sido «criado desde la infancia para la guerra, cuyos guerreros [eran] quizá superiores a un número similar de los mejores hombres que hubiéramos podido enviar contra ellos». Los indios, además, se habían trasladado sesenta y cinco kilómetros río arriba, instalándose en una comunidad, nueva y mejor organizada, situada en la Glaize, una depresión natural de la pradera situada cerca de la confluencia de los ríos Maumee y Auglaize (en lo que hoy día sería el noroeste de Ohio) en la que antaño habían retozado búfalos. Fue allí donde los indios esperaron la llegada de los estadounidenses, mientras los exploradores mantenían a sus caudillos bien informados de los movimientos de St. Clair. [20]

Jefferson esperaba aquel verano un desenlace triunfante, pero los retrasos de suministros no permitieron partir a St. Clair hasta el 4 de octubre. Josiah Harmar, al ver partir a aquella chusma, le confió a su antiguo ayuda de campo, el teniente Ebenezer Denny, quien se había alistado para la expedición, que preveía que sería un fiasco. Unos soldados que habían sido «comprados en prisiones, tabernas y burdeles a cambio de dos dólares al mes» no podían ir a combatir indios. No obstante, Harmar también le dijo a Denny que mirara el lado positivo, pues «algunos podrán escapar, y es posible que usted se cuente entre ellos».

El movimiento panindio estaba a punto de lograr su más grande triunfo en tres décadas, desde que el jefe Pontiac desencadenó contra los británicos la contienda salvaje a la que dio nombre. [21]

Tecumseh se hallaba muy lejos del inminente teatro de conflicto. El incipiente caudillo guerrero se dedicaba entonces a acciones belicosas de un estilo más shawnee. Aquel verano había llevado a su pequeña partida desde el territorio de los chickamaugas hasta su tierra natal, dando un rodeo sin ninguna prisa por lo que hoy sería Tennessee oriental y el sudoeste de Virginia. Al principio la caza era buena y el viaje fácil. Pero, cuando Tecumseh llegó cerca del río Ohio, a finales de septiembre, comenzaron a surgir las dificultades. Sin que él lo supiera, otras partidas guerreras shawnees habían hecho sentir su presencia en el valle del Little Kanawha, que era la ruta que Tecumseh había elegido para llegar al Ohio. Tanto los milicianos como la ciudadanía de la frontera estaban en guardia. La prolongada sequía había dejado la espesa capa de hojas de los bosques tan frágil que hasta el más blando de los mocasines podía alarmar a los venados, por lo que la banda de Tecumseh no pudo cobrarse pieza alguna. Durante el descenso de uno de los interminables cerros que recorrían su ruta, los indios se encontraron con Frank, un muchacho esclavo de doce años de edad que había salido a buscar unos caballos extraviados pertenecientes a su dueño, James Neal. Tecumseh lo capturó discretamente y continuó su camino.

Neal era un destacado pionero; la empalizada que llevaba su nombre, la Estación de Neal, se alzaba en el lugar de la actual Parkersburg, Virginia Occidental. La partida de Tecumseh evitó la guarnición y continuó campo a través hacia el Ohio. Por espacio de tres días, Tecumseh, sus ocho guerreros, y el reacio Frank avanzaron por el bosque. Por más que lo intentaron, todo lo que lograron cazar fue una tortuga. Como Frank estaba cansado, Tecumseh le animó con la promesa de que tendría su propio caballo cuando llegasen a su aldea. Pero todavía les separaban de esta unos cuatrocientos cincuenta kilómetros de espesos bosques.

Y, entonces, la suerte de Frank, y la de sus captores indios, mejoró de repente. Apenas había hecho Tecumseh su promesa, la hambrienta partida se encontró con un rastro ancho y reciente que cruzaba su camino. La banda de Tecumseh la siguió toda la noche. Poco antes del amanecer, a apenas diez kilómetros del río Ohio vieron una hoguera, alrededor de la cual dormían siete hombres envueltos en mantas. No había ningún centinela montando guardia. Ante la posibilidad de robar caballos, Tecumseh decidió atacar. Se arrastraron hasta unos pocos metros del campamento y Tecumseh desplegó a sus guerreros tras un árbol caído. Frank esperaba en el sendero, atado a un árbol con cinchas de cuero. Los guerreros le habían advertido que guardase silencio.

El grupo de desprevenidos blancos incluía a Nicholas Carpenter, «un hombre válido, piadoso, buen conocedor de la vida en el bosque», su hijo de diez años de edad y cinco pastores empleados por Carpenter: Jesse Hughes, George Legit, John Paul, y dos hombres apellidados Barnes and Ellis. Se dirigían a entregar un rebaño de reses y vacas lecheras al otro lado del río.

Con la primera luz del 4 de octubre, Nicholas Carpenter despertó a su grupo para rezar. Carpenter abría su libro de himnos cuando una descarga de mosquetería entonó un saludo. Una bala le atravesó la mano a John Paul. Un tiro más certero alcanzó a Ellis en el pecho. Con un terrorífico alarido, Tecumseh y sus guerreros se lanzaron contra sus atónitas víctimas. Jesse Hughes corrió como pudo hacia los bosques, con los pantalones medio caídos enredándose entre sus piernas, llevando su mosquete y el de Carpenter. Se detuvo un momento para arrancárselos y sintió cómo un *tomahawk* pasaba rozándole la cabeza. Hughes disparó un mosquete contra su perseguidor, pero falló; asustado, arrojó el otro y huyó por entre los bosques con las piernas desnudas. Sobrevivió, pero su blusa de caza estaba acribillada de impactos de bala.

John Paul era un buen corredor y pudo escapar. Barnes, un hombre lento y robusto, murió junto a la hoguera. Los indios persiguieron a George Legit tres kilómetros por entre los bosques hasta que le alcanzaron y le dieron muerte. Nicholas Carpenter no tuvo posibilidad de escapar. Cojo y desarmado, se ocultó con su muchacho en un matorral. Los guerreros le llevaron a rastras hasta el árbol en el que habían atado a Frank, pero al llegar descubrieron que este se había liberado de sus ataduras. Oculto en una espesa mata de avellanos, Frank vio a los guerreros matar a golpes de *tomahawk* a Carpenter y a su hijo. Quizá la desaparición de Frank había desatado su ira. Sin lugar a dudas, su huida violaba el credo de Tecumseh de «mata al enemigo siempre que sea posible y no dejes ninguno que capturar, pero si caen prisioneros en tus manos, trátalos con humanidad». En todo caso, uno de los asesinos de Carpenter sintió una punzada de remordimiento, pues reconoció al muerto: era la misma persona que había reparado su mosquete un año antes sin cobrarle nada. El indio, compungido, envolvió a Carpenter en una manta, le colocó a los pies un par de mocasines nuevos y prohibió que nadie le arrancase la cabellera.

No había tiempo que perder. Tecumseh, por temor a que les persiguiera alguna unidad de *ranger* de la zona, dijo a sus hombres que pillasen lo que tuvieran a mano y que se ocultasen. Los caballos de los blancos, que habían huido de estampía al bosque, estaban demasiado

lejos para capturarlos con seguridad. La buena fortuna llevó a Frank a un asentamiento cercano, donde pudo narrar su lastimosa historia. [22]

Tecumseh siguió la orilla sur del Ohio durante un centenar de kilómetros hasta alcanzar la confluencia con el río Scioto, donde cruzó el Ohio en balsas improvisadas. Desde allí, la partida de Tecumseh se dirigió al noroeste. Cerca del río Mad se encontraron a un indio que había resultado herido en una escaramuza con una patrulla del ejército. Este les dijo que una enorme columna estadounidense marchaba al norte y que se avecinaba una batalla. Tecumseh aceleró el paso todo lo que le permitió su cojera y su enorme envergadura. [23]

A unos ciento diez kilómetros de allí los indios de las aldeas confederadas estaban bien informados de la llegada de los estadounidenses. Las patrullas de exploradores a caballo remitían informes diarios del avance de la torpe y ruidosa chusma de St. Clair, que marchaba por la espesura entre un coro de bramidos de bueyes, chirriar de ejes de carretas, maldiciones de soldados y bravuconadas de los vivanderos. De vez en cuando, los fusileros avistaban a los guerreros a caballo y se enviaba en su persecución destacamentos de caballería que retornaban con las manos vacías.

Durante el mes que duró su marcha, St. Clair acampó dieciséis veces. En cada uno de estos campamentos, los indios capturaron soldados. Algunos eran desertores que se habían perdido; otros eran meros imbéciles que se habían apartado del campamento para ir a cazar. Los indios mataban o interrogaban a esos hombres, cuyo aspecto descuidado revelaba un ejército al borde del colapso. Los suministros se agotaban, la lluvia helada y la aguanieve reducía los delgados uniformes a jirones y los oficiales discutían entre sí. St. Clair, aquejado por la gota, tenía que ser transportado en una eslinga entre dos caballos. Era un completo inútil que despreciaba a los indios, a los que consideraba una molestia insignificante. «Los salvajes –dijo a sus subordinados–, si son atacados con violencia, siempre se derrumbarán y, una vez desbandados, nunca se reagruparán a causa de su falta de disciplina». La mayor preocupación de St. Clair, aparte de su salud, era que los indios huyeran antes de que pudiera forzarles a librar batalla.

Huir era la última cosa que pasaba por la cabeza de Chaqueta Azul y Pequeña Tortuga, que habían reunido una confiada coalición de mil cuatrocientos guerreros. La gélida y nivosa tarde del 3 de noviembre de 1791 los indios se situaron a menos de cuatro kilómetros del campamento de St. Clair, que formaba un rectángulo junto al río

Wabash, ciento ochenta kilómetros al oeste de la actual Columbus, en Ohio. Aquella noche, Chaqueta Azul desplegó a los indios en formación de media luna, similar a la que Tallo de Maíz había empleado en Point Pleasant. Los indios estaban a distancia de un grito de los puestos más avanzados de los estadounidenses. Bajo un cielo cobalto cargado de nieve, Chaqueta Azul entonó una plegaria a los bosques: «que mañana [el Gran Espíritu] haga brillar el sol para nosotros, que nosotros consideraremos buena señal, y vencemos». [24]

Es posible que Lalawethika, de diecisiete años de edad entonces, se contase entre los trescientos shawnees que esperaban agazapados «para comenzar la escenificación» como diría un guerrero. Perderse la gran batalla habría sido una vergüenza de la que alguien tan despreciado como Lalawethika nunca podría esperar resarcirse. Tecumseh, por su parte, no estaba allí, pues Chaqueta Azul le había asignado una misión de exploración. Al parecer, al atardecer del 3 de noviembre su partida se hallaba en Nettle Creek, un reposado arroyo tributario del río Mad, no menos de treinta kilómetros al este del campamento de St. Clair. Es posible que Tecumseh pensase que no habría una batalla tan pronto y se hubiera entregado a la caza en una zona alejada.

La mañana del 4 de noviembre, el eco distante de los cañones reveló a Tecumseh que se había perdido «la escenificación». Desde la perspectiva india, fue una gran y sangrienta comedia. La media luna de Chaqueta Azul envolvió al destacamento de St. Clair antes de que los soldados supieran qué estaba ocurriendo. Los que resistieron no solo tuvieron que enfrentarse a los indios, sino también a los elementos. «Aquel día hacía un frío severo –recordó un superviviente–. Se me entumecieron tanto los dedos que tuve que tomar y cargar las balas con la boca». No había blancos claros. El teniente Ebenezer Denny –el mismo con el que el general Harmar había compartido su premonición de un desastre– dijo que los indios corrían de un árbol a otro, sin ser vistos; para enojo de los estadounidenses, incluso a corta distancia era muy difícil alcanzar a los guerreros. «Podían zafarse estando al alcance de una bayoneta, y retornar a voluntad [y] tan solo eran visibles cuando se levantaban para cargar. El suelo estaba literalmente cubierto de [nuestros] muertos […] Unos pocos minutos más tarde, la retirada habría sido impracticable […] La única esperanza era que los salvajes se entretuvieran con el campamento y no nos siguieran».

Y eso fue lo que ocurrió. Tras una persecución poco entusiasta por espacio de seis kilómetros, la disciplina india cedió a la tentación del saqueo. Aliviado, el teniente Denny vio a los guerreros regresar al

campo de batalla. «Fue una gran suerte que no continuasen la persecución. Un solo indio habría podido seguir con toda seguridad ambos flancos. Se había apoderado tal pánico de los hombres que creo que no hubiera sido posible hacerles entrar de nuevo en combate».

Nunca se pudo determinar con precisión la cifra de bajas estadounidenses. El cálculo más aproximado es de 630 oficiales y soldados muertos y 284 heridos de un total aproximado de 1700 efectivos. Además de las bajas oficiales, la mayor parte de los vivanderos fueron masacrados o capturados. Las pérdidas indias fueron, en palabras del agente británico Alexandeer McKee, «triviales», sin duda inferiores al centenar de muertos y heridos. [25]

Los indios recorrían a placer el campo de batalla, arrancando cabelleras, desfigurando a los muertos, rematando a los heridos a golpe de *tomahawk*, disputándose cautivos y reuniendo trofeos que nunca podrían haber podido pagar con monedas o pieles. John Brickell, quien había sido adoptado por los delawares en su juventud, se maravilló ante aquellos tesoros. El botín de su padre adoptivo incluía dos magníficos caballos, cuatro tiendas, montones de ropas, hachas y armas de fuego, «todo lo necesario para hacer rico a un indio», dijo Brickell, quien se llevó un capote del ejército para aquel invierno. [26]

Tecumseh llegó al lugar de la matanza demasiado tarde para coger botín. Pero no le preocupó mucho la oportunidad perdida. Sus necesidades eran escasas y su generosidad grande. A sus veintitrés años de edad, ya había dado muestras de una liberalidad extrema incluso para los indios de los bosques orientales, famosos por su carácter desprendido. Lewis Cass, futuro gobernador del territorio de Míchigan, habló con admiración de la munificencia de Tecumseh: «Muy pocos podían jactarse de haber interceptado tantas embarcaciones en el Ohio o saqueado tantas casas en el lado civilizado. Como prueba de la generosidad desinteresada que siempre se le atribuye, aunque el botín reunido en tales aventuras debía de haber sido muy considerable, tanto en cantidad como en valor, Tecumseh rara vez retuvo parte alguna de este para su uso. La pasión que le dominaba era el amor por la gloria». Ruddell está de acuerdo. Tecumseh era «liberal y generoso en extremo […] siempre dispuesto a cubrir las necesidades de otros. Cuando retornaba de una expedición de caza, arengaba a sus compañeros y hacía uso de toda su elocuencia para inspirarles sentimientos humanos y honorables». [27]

Pero los indios estaban embargados por un sentimiento de celebración. La Confederación del Noroeste de Pequeña Tortuga y Chaqueta Azul había aniquilado al pequeño ejército estadounidense.

Podía darse por descontado que los estadounidenses tratarían de vengar su derrota. Pero tal perspectiva estaba demasiado lejos en el futuro como para causar excesiva preocupación, en particular para un pueblo electrizado por un suceso sublime y sobrenatural. Durante la tarde nivosa que precedió la batalla contra los Cuchillos Largos de St. Clair, se encendió un gran fuego sacrificial, en torno al cual se congregaron los caudillos principales, los jefes guerreros y los sanadores. Junto a las llamas, el destacamento guerrero al completo formó dos líneas separadas seis metros entre sí, mirando al interior, mientras los sanadores llevaban a la asamblea a un frenesí con sus conjuros y su magia. Cuando cesaron, el bosque se estremeció con los vítores simultáneos de centenares de guerreros. Los dos blancos que estaban presentes –un austero comerciante llamado Joseph Jackson y Abraham, el impresionable hermano de Stephen Ruddell– juraron haber visto el milagro que tuvo lugar. Del corazón de la hoguera emergió una serpiente de seis metros de largo. Alzó su cabeza, roja y reluciente como el fuego, metro y medio sobre las llamas y a continuación se deslizó con la velocidad del rayo entre las líneas de guerreros, desapareciendo en el bosque. Los guerreros estaban llenos de júbilo: no cabía duda de que la serpiente era el Gran Espíritu encarnado, que había venido a mostrarles la senda de la victoria contra los Cuchillos largos. [28]

Fue en este potente entorno de fe en lo fantástico –la sensación de que el Amo de la Vida, por medio de los espíritus de los bosques, había intervenido para guiar a los indios a una justa redención y a liberarse de los Cuchillos Largos– en el que Lalawethika llegó a la edad adulta y Tecumseh maduró como líder, si bien como jefe menor. Pero cuando los hechos tomasen un rumbo tenebroso para los shawnees, Lalawethika se inclinaría bajo el peso de las esperanzas frustradas y Tecumseh buscaría un propósito más grande que el de ser un hábil cazador y un jefe guerrero subalterno.

CAPÍTULO 6

SALIENDO A LA LUZ

La frontera retrocedió. Los pioneros que habían osado adentrarse en las espesuras del Ohio después del Tratado de Fort Harmar abandonaron sus asentamientos periféricos y se concentraron en las localidades fortificadas de Marietta y Cincinnati, situados junto a dos avanzadas federales defendidas por minúsculas guarniciones: Fort Harmar y Fort Washington. Se encontraban en un perpetuo estado de sitio. Los hombres llevaban siempre sus rifles donde quiera que fuesen, reforzaron sus cabañas y taladraron troneras en las paredes para disparar contra los asaltantes indios. Casi todos ellos eran gente dura, veteranos de la Guerra de la Revolución llegados de Nueva Inglaterra. No era probable que fueran a abandonar aquellas tierras sin luchar. Sus mujeres e hijos no iban a ninguna parte sin una escolta masculina armada. Destacamentos de *ranger* reclutados en Nueva Inglaterra por los propietarios de la Compañía de Ohio, fundadora de los asentamientos, recorrían el territorio en busca de indios hostiles.

Marietta, situada frente a Fort Harmar, en la orilla opuesta del río Muskingum, era una aldea trazada con la meticulosidad de los yanquis, con calles anchas y plazas amplias. Pero sus habitantes pasaban ahora la mayor parte del tiempo tras una empalizada reforzada con un blocao en cada esquina. La escasez de alimentos era algo común, había brotes periódicos de viruela y vivían con el constante temor a un ataque indio. Pero no todo era sombrío. Un residente del pueblo dijo que la vida de guarnición, «deshizo el hábito de trabajar a todas horas y provocó un interés por los deportes y las reuniones sociales en las que se bebía y se pasaban las horas en jovial compañía».

Cincinnati, fundada en 1788 por setenta y siete vigorosos nativos de Nueva Jersey y Pensilvania, constaba de un puñado de cabañas que se erigían desafiantes en la orilla norte del Ohio, cerca de Fort Washington y a unos ciento sesenta kilómetros río arriba de Louisville. Sus ciudadanos tampoco eran desconocedores de los asuntos bélicos, pues la mayoría eran veteranos de la Guerra de la Revolución o

antiguos miembros de la milicia de Kentucky.

En vez de tratar de expulsar a los quinientos pioneros de la Compañía de Ohio atrincherados en sus empalizadas, los indios optaron por hostigarlos. Asimismo, aprovecharon los trescientos veinte kilómetros de curso fluvial que separaban Cincinnati de Marietta para renovar sus incursiones en el interior de Kentucky.

Mientras tanto, en Filadelfia, el gobierno federal, preocupado, trataba de ganar tiempo. El presidente Washington imploró al Congreso que autorizase un ejército regular compuesto de elementos algo mejores que los inadaptados e indisciplinados de St. Clair y lo bastante grande como para imponer control en las tierras cedidas en el Territorio del Noroeste. Al mismo tiempo, abogó por un trato justo con los indios, prácticas comerciales razonables y una regulación estricta de las adquisiciones de tierras indias. En pocas palabras, un trato justo –desde la perspectiva anglosajona– para los indios en todas las cuestiones salvo en la más vital: sus tierras. Para estas no podría haber un acuerdo aceptable para ambas partes. La población estadounidense crecía con rapidez y se acercaba a los cuatro millones de habitantes. Todos salvo ciento cincuenta mil residían entre los Apalaches y la costa atlántica. La mayoría de la población era rural y había demasiados granjeros que se enfrentaban a realidades muy crudas. No podía esperarse que ignorasen el Territorio del Noroeste, fértil y escasamente poblado, del mismo modo que tampoco cabía esperar que los indios cedieran la región sin combatir. Algunos nativos podían ser comprados e instruidos en el cultivo de la tierra, pero siempre habría un núcleo que se opondría a cualquier concesión. Lo máximo a lo que aspiraba el gobierno era a reducir la magnitud de futuros conflictos por medio de la ralentización de los asentamientos blancos y el enfrentamiento de unas facciones indias contra otras. [1]

Al sur del río Ohio, los indios creek cedieron terreno en Georgia occidental, pese a que algunas partidas guerreras en ocasiones escaramuceaban contra los intrusos blancos y los cheroquis cedieron la mayor parte del Territorio del Sudoeste. Pero en el del Noroeste la unidad india se mantuvo, con lo que era inútil negociar. Los estadounidenses deberían respetar la frontera del río Ohio entre indios y blancos o aceptar una guerra perpetua como precio a pagar por violar dicha frontera. «Después de dos choques victoriosos en los que se ha derramado gran cantidad de sangre –reportó Alexander McKee, agente indio británico–, los indios no cederán de forma pacífica en negociaciones lo que han defendido con sus vidas desde el inicio de estas hostilidades». Ni siquiera el implacable invierno de 1791-1792, durante el cual la caza casi desapareció y la inanición acechó a los

campamentos de cazadores, quebró la voluntad de resistir de los indios. Llegada la primavera, Chaqueta Azul no solo consolidó la lealtad de aquellos que habían derrotado a St. Clair sino que, en una clara demostración del vigor de la diplomacia shawnee, también envió mensajeros a lo más profundo del territorio de los Grandes Lagos para invitar a los indios que hasta entonces no se habían comprometido para que acudieran a un gran consejo de otoño. El mismo Chaqueta Azul también viajó. Fue a conferenciar con McKee en Detroit y cortejó a las tribus del curso alto del Misisipi. [2]

Aunque los caudillos de la confederación entretejían la diplomacia entre tribus en un plano muy superior a aquel en el que se movía Tecumseh, a sus veintitrés años de edad fue testigo de la poderosa atracción que ejercía el panindianismo cuando era orquestado por versados expertos como su antiguo mentor Chaqueta Azul, o el caudillo miami Pequeña Tortuga. Sus emocionantes ejemplos le proporcionaron unas lecciones de liderazgo, que atesoraría y recordaría hasta que llegase el día en que él mismo poseyera el prestigio, la influencia y la voluntad necesarias para comandar una gran alianza de múltiples tribus. Mientras tanto, una vez que la tibia calidez de la primavera de los bosques acarició al valle del Ohio y le devolvió a la vida, Tecumseh reemprendió su ascenso en el escalafón tribal de los shawnees. Consolidó su pequeño grupo de partidarios, a los que añadió un puñado de nuevos seguidores, y se dedicó a comandar partidas de caza y de guerra en ambas orillas del Ohio.

En diciembre de 1791 Tecumseh tuvo un roce inesperado con los Cuchillos Largos en Loramie Creek, un sereno afluente del Great Miami, en Ohio occidental. Era temprano por la mañana y el terreno estaba cubierto de nieve dura. Tecumseh, Stephen Ruddell, nueve jóvenes guerreros y un joven asistente se relajaban fumando junto al fuego cuando el ronco rugido de unos fusiles quebró la gélida quietud. Treinta *Kentucks* se habían acercado con sigilo hasta su campamento sin ser detectados. Tecumseh, entonces, profirió un grito de guerra. Sus guerreros echaron mano a sus mosquetes y comenzaron a disparar. A continuación, envió a la retaguardia al muchacho y miró para asegurarse de que se marchaba. Pero este no fue el único que se había retirado; un guerrero llamado Pavo Negro (Black Turkey) también había corrido tras él. Tecumseh le detuvo con una seca orden y una segunda reprimenda le devolvió a la línea de fuego. Después dirigió su mosquete de pedernal contra un kentuckiano situado a escasos metros de distancia, apuntó y apretó el gatillo. Mas el pedernal impactó mal; la pólvora chisporroteó y la bala de mosquete rebotó inofensiva contra el abrigo de su enemigo. Tecumseh reaccionó, entonces, con rapidez.

Empuñando su maza de guerra, se lanzó hacia adelante y le aplastó el cráneo a aquel hombre, justo en el momento en que los otros kentuckianos se retiraban. El chapoteo de Pavo Negro al desandar sus pasos por el gélido Loramie Creek les había convencido de que venían refuerzos indios. Tecumseh contó dos enemigos muertos a cambio de dos guerreros con heridas leves. Ruddell, al recordar aquel día, diría más tarde que el shawnee había actuado con «calma y bravura, sin apresurarse, de forma calculadora». Ruddell repetiría estas palabras al recordar todas las escaramuzas que combatió bajo su mando. [3]

❖

Era la primavera de 1792, la estación de la Media Luna. Las partidas guerreras de los shawnees hostigaban los asentamientos kentuckianos y robaban caballos. En tanto los de Kentucky se limitasen a permanecer en su lado del río, los shawnees se contentarían con infligirles pérdidas materiales. Estas depredaciones no letales, no obstante, no les sentaban a los colonos mucho mejor que las matanzas. El capitán de la milicia de Kentucky, Simon Kenton, exasperado por una incursión de cuatreros más allá de Cincinnati, movilizó a treinta y cinco hombres. Siguió el rastro indio y cruzó en balsas el Ohio en la embocadura de Bullskin Creek, setenta y cinco kilómetros río arriba de Cincinatti, en busca de los responsables. Kenton, sin saberlo, estaba persiguiendo a la banda de Tecumseh. [4]

El capitán, de treinta y siete años de edad, no era un neófito en las lides fronterizas. Los kentuckianos consideraban que al virginiano solo lo superaba Daniel Boone en presencia de mando, sentido común y valor. Había escapado de Virginia a los dieciséis años de edad tras matar de una paliza (o eso creía) a un rival que le disputaba los amores de una muchacha. Aunque no estuvo presente en la batalla de Point Pleasant en 1774, fue uno de los mejores exploradores de lord Dunmore. De hecho, Kenton y Boone fueron inseparables hasta que el primero se marchó de Boonesborough para establecer un puesto propio en los bosques de Kentucky. Experto en la vida en los bosques, el lenguaje de signos de los indios y en seguir rastros, Kenton impartió sus conocimientos a un grupo de jóvenes conocidos como «los muchachos de Kenton». Su mentor, dijo uno de ellos, era «el hombre más natural que jamás vi o con el que conversé». Al igual que Boone, había sido cautivo de los shawnees y sobrevivió a la carrera de baquetas. La mayoría de los guerreros shawnees le reconocía enseguida. Se desconoce si Tecumseh ya lo conocía, pero, si no había tratado con él, estaba a punto de hacerlo.

Por más hábil que fuera el capitán, su incursión fue una lección

práctica acerca de las dolorosas carencias de la milicia de la época. Tan pronto como su partida franqueó el río Ohio un novato se echó atrás y exigió regresar. Esto hizo que el hijo del hombre al que Tecumseh había robado los caballos le azotase con su baqueta hasta que Kenton puso orden, invitando a todo aquel que lo deseara a regresar a su casa. Una docena de hombres escurrieron el bulto. Bajo una lluvia intermitente, el capitán y los veintitrés jinetes restantes trotaron en dirección norte, hacia las alturas del sudoeste de Ohio. Avanzaron a buen ritmo, siguiendo el rastro indio por espacio de sesenta y cinco kilómetros hasta el mediodía del segundo día (9 de abril). En ese momento, el tintineo de la campanilla de un caballo hizo detenerse en seco a la partida. Kenton despachó a dos milicianos a explorar; estos no debían abrir fuego bajo ninguna circunstancia. La lluvia volvió a caer, fuerte y constante.

Pocos momentos después sonó un disparo solitario. Kenton espoleó su caballo y se encontraron a los dos hombres mirando a un shawnee muerto. Kenton le dijo al hombre con el mosquete humeante que estaba bajo arresto. «Arrésteme, maldito sea», replicó el miliciano, pues de haber seguido las instrucciones de Kenton, dijo, los dos kentuckianos ahora no serían más que «cebo para los indios».

La partida de Kenton, tras arrastrar el cadáver del indio tras unos arbustos y tomar su caballo, que su legítimo propietario afirmó que era uno de los que habían robado de su granja, siguió el rastro del shawnee muerto. Volvieron a detenerse. Kenton envió a Alexander McIntyre, «un leñador pequeño, activo y resuelto […] que había matado varios indios desde que se estableció en Kentucky», junto a otros dos para hacer un reconocimiento silencioso. Los tres cumplieron la orden de no descargar sus armas, pero regresaron con un reporte aterrador. Dijeron haber visto entre la lluvia torrencial doscientos guerreros que se paseaban por una enorme aldea india compuesta de tiendas de campaña capturadas a St. Clair. McIntyre y los otros exploradores no acertaron a explicar por qué los guerreros estaban a la intemperie bajo la tormenta. [5]

Kenton convocó un consejo, en el que permitió a cada hombre dar su opinión. El consenso fue atacar y al infierno la inferioridad numérica. Avanzarían desmontados en tres partidas de ocho hombres. Confiaban en que la oscuridad ocultaría sus magros efectivos.

Kenton hizo retroceder a sus hombres para que encendieran pequeñas hogueras en las que secar pólvora y ropas y se adelantó para echar un vistazo por sí mismo. Había indios, es cierto, pero en absoluto la cifra que sus imaginativos exploradores habían inventado. El campamento indio, compuesto de tres o cuatro tiendas pequeñas, se

hallaba en la orilla más próxima del brazo este del río Little Miami, en un hayedo elevado rodeado de tremedales y una gran pradera encharcada. Los caballos robados pastaban bajo la altura. Un cerro boscoso dominaba la aldea; este sería el punto de partida para la carga. Un puñado de perros mojados merodeaba cabizbajo por el campamento indio. De vez en cuando, un indio salía de una tienda y gritaba llamando al guerrero solitario –ahora muerto– que había salido a buscar a su caballo perdido, pero por lo demás no parecía que hubiera centinelas. El capitán, satisfecho, planeó el ataque para la medianoche del 10 de abril. La palabra clave sería «Boone». Kenton no quería que nadie muriera en la oscuridad a causa del fuego amigo. [6]

La hueste india de la altura boscosa no se componía más que de Tecumseh, Ruddell, nueve guerreros y seis mujeres. Tecumseh no sentía el menor temor a un ataque. Al anochecer dejó de llover. El líder shawnee se envolvió en su manta, y, estirándose en un lecho de hojas húmedas junto al fuego, se echó a dormir. Un guerrero y su perro dormían junto a un segundo fuego cercano.

A medianoche, los kentuckianos formaron en línea a lo largo del lindero del bosque. Las nubes se separaron y la luna alumbró brillante. El can del guerrero corrió hacia el cerro, ladrando ruidosamente. Su dueño le siguió con cautela, y, al acercarse a los oscuros árboles que ocultaban a los de Kentucky, doce percutores tintinearon en rápida sucesión. Un hombre se dejó llevar por la tensión: abrió fuego y mató al guerrero. Esto hizo que Kenton perdiera el escaso control que todavía ejercía sobre sus «muchachos», los cuales comenzaron a disparar a ciegas. Los guerreros de Tecumseh salieron de sus tiendas y devolvieron el fuego, también al azar. Los perros ladraban, las mujeres cruzaban gritando el estrecho río y el silbido de las balas arrancaba la corteza de los árboles, pero nadie resultó herido. El tiroteo se fue extinguiendo a medida que la humedad iba dejando inservibles los mosquetes.

Tecumseh rompió el *impasse*. Blandió su maza de guerra y gritó: «¡Pez Grande! –refiriéndose a Stephen Ruddell– ¿Dónde estás?». «¡Aquí estoy! –replicó Ruddell–. ¡Carga por ese lado de la tienda, y yo cargaré por este lado!». Ruddell rodeó la tienda y se topó con Kenton. «Le disparé, pero mi arma se había humedecido, por lo que sopló [*sic*] considerablemente, de forma que explotó la bala sin herir a Kenton, quien puso pies en polvorosa». Mientras tanto, Tecumseh le había abierto la cabeza con su maza a un hombre llamado Samuel Barr. El sonido de la maza al quebrar el cráneo dejó horrorizados a los compañeros de Barr. «¡Muchachos! –gritó uno–. Es inútil seguir aquí; Barr está muerto y los indios están cruzando el arroyo». Sin dejar de

vociferar «¡Boone!», Kenton ordenó la retirada, pero esta ya había comenzado de forma espontánea. Los shawnees imitaron la contraseña y al momento comenzó a resonar por todo el bosque iluminado por la luna los gritos de «¡Boone! ¡Boone!».

En el caos que siguió, los de Kentucky escaparon sin sufrir más pérdidas. Pero, a la mañana siguiente, Tecumseh y sus guerreros encontraron por casualidad a Alexander McIntyre, que se había quedado rezagado. Este, con más hambre que sentido común, había hecho una pausa para desayunar en lugar de seguir a sus compañeros. Los indios profirieron un grito de guerra y se lanzaron contra él. McIntyre corrió hasta que sus piernas ya no le respondieron; entonces, se dio media vuelta y alzó su mosquete, agitando amenazador el cañón. Agazapándose entre los árboles, dos guerreros que iban delante de Tecumseh apuntaron a McIntyre con sus armas. Pero, antes de que nadie disparara, Tecumseh «se adelantó hasta McIntyre y le hizo prisionero». Ruddell quedó maravillado tanto del coraje de Tecumseh como de que hubiera arriesgado su vida para apresar al de Kentucky, dada su reticencia a capturar prisioneros varones adultos. Tecumseh, tras ordenar a los otros guerreros que atasen a McIntyre a un árbol, partió en compañía de Ruddell a buscar los caballos de la partida. A su retorno, McIntyre yacía muerto, con el cráneo partido de un golpe de *tomahawk*. Tecumseh podía tener a veces un temperamento muy explosivo y este fue uno de esos momentos. Estalló de rabia, y, mientras agarraba una baqueta, reprendió y golpeó al asesino, al tiempo que recordaba a todos los presentes que debían respetar las vidas de los prisioneros. Nadie osó preguntarle por qué había capturado con vida a aquel hombre.

Para Tecumseh, había sido una mala expedición. Había perdido dos guerreros y una mujer, y la muerte de dos kentuckianos y el robo de un puñado de caballos difícilmente podía compensar estas pérdidas. En una cultura guerrera que medía la pericia de un líder según su capacidad de traer a su gente con vida de vuelta a casa, Tecumseh, de veinticuatro años de edad, había cometido un grave error. [7]

Así, dos meses más tarde, el líder shawnee se marchó. En junio de 1792, regresó a Tennessee a combatir al lado de Cheeseekau y los chickamaugas. Solo podemos especular por qué lo hizo: por la humillación sufrida, por el deseo de nuevos viajes, por ver a su hermano mayor, o quizá porque el tiempo se agotaba para los chickamaugas.

La llegada de Tecumseh hizo que el contingente shawnee de Cheeseekau ascendiera hasta la respetable cifra de treinta guerreros. Cheeseekau también se ganó la lealtad de varias docenas de guerreros creek que se habían congregado en las aldeas de los chickamaugas. Si bien estos agradecían este incremento de su fuerza guerrera, su impacto se había diluido a causa de tres sucesos ocurridos en ausencia de Tecumseh: Arrastra Canoa había muerto, la ayuda británica se había reducido y los principales jefes cheroquis que habían firmado la paz con los estadounidenses amenazaban con traicionar a los chickamaugas.

Estos cumplieron la última voluntad de Arrastra Canoa y eligieron a John Watts, un métis de cuarenta años de edad, como jefe principal, un brillante estratega dotado tanto para la diplomacia como para el engaño, que prometió amistad al gobernador del Territorio del Sudoeste, William Blount, el cual le recompensó de un modo espléndido. Pero el jefe de los chickamaugas, una vez engañó a Blount, negoció un pacto con el gobernador de la Florida occidental española, quien les prometió armas y municiones que compensarían la escasa ayuda británica. [8]

Mientras giraban los engranajes de la artera diplomacia, Tecumseh acompañó a Cheeseekau y una partida guerrera de cincuenta shawnees y creek en una expedición de pillaje en el distrito de Mero, remoto y mal defendido. Los guerreros de Cheeseekau, tras rodear Nashville, por aquel entonces un rústico asentamiento fluvial de unas doscientas almas, pusieron sus miras en la estación de Ziegler, la residencia fortificada de las familias de Jacob Ziegler y Joseph Wilson y sus esclavos.

En la mañana del 26 de junio, Cheeseekau y Tecumseh tendieron una clásica emboscada india. Mataron a Michael Shaver, un granjero que trabajaba unos campos situados cerca de la estación, y, a continuación, desplegaron sus guerreros tras una tapia cercana. Tres vecinos se apresuraron a recuperar el cuerpo de Shaver, mas una descarga de los indios hirió a los tres, que tambaleándose regresaron sin el cadáver a la estación de Ziegler. Mientras tanto, los indios se esfumaron. Esa tarde llegaron más ciudadanos que ayudaron a recoger el cuerpo de Shaver. Parecía que el peligro había pasado, de modo que los vecinos se dispersaron. No obstante, los indios tan solo habían simulado la retirada. Tras el anochecer atacaron la estación con teas encendidas. Así que la empalizada ardió y se derrumbó. Medio desnudos, los colonos, salieron de sus cabañas para disparar a los indios que entraban en tromba en la estación. El mayor de los Wilson descargó un inofensivo tiro de mosquete y, a continuación, escapó por

la puerta trasera, dejando tras de sí a su esposa y sus seis hijos. Jacob Ziegler pereció en las llamas que consumieron su casa. Su esposa escapó, pero Cheeseekau y Tecumseh capturaron a las tres hijas de los Ziegler. Un guerrero creek mató con su *tomahawk* a una joven esclava y la arrojó a las llamas de la casa Ziegler. Era una acción poco habitual en un guerrero creek, ya que los creek no tenían ninguna simpatía por los negros, pero tampoco la costumbre de matar a los esclavos capturados; lo que solían hacer era esclavizarlos para trabajar en sus granjas o venderlos a tratantes de esclavos blancos. Los shawnees, por su parte, dado que vivían al norte del río Ohio, una región donde los esclavos eran poco frecuentes, no parece que tuvieran una actitud tribal definida respecto a los esclavos y la esclavitud.

Los expedicionarios se llevaron al sur a sus cautivos, saqueando a su paso. Los indios cabalgaban los escasos caballos disponibles mientras que sus prisioneros caminaban. Los cautivos varones lo pasaron mal, pues, durante la ruta hacia Running Water, los guerreros mataron y arrancaron la cabellera a no menos de una docena de hombres y muchachos. Estas matanzas atormentaban a Tecumseh, pero era la partida de guerra de Cheeseekau y es evidente que este compartía el punto de vista de la mayoría de los shawnees respecto a los prisioneros. Para los shawnees, el prisionero era propiedad del hombre que lo capturaba y su vida pendía de un hilo y del capricho de su captor. No obstante, los indios eran unánimes con respecto a las mujeres: no tenían nada en contra de ellas y todas sobrevivieron la dura prueba. De hecho, algunos guerreros, conmovidos por los pies magullados y sangrantes de las hijas de los Ziegler, les hicieron mocasines de piel de ciervo. Gracias a los buenos oficios de los amistosos cheroquis, la señora Ziegler pudo comprar a Cheeseekau la libertad de sus tres hijas por 174 dólares, una cantidad equivalente a 4600 dólares [aprox. 3880 € actuales] de 2019. [9]

Cheeseekau se aprovechaba de los blancos, pero despreciaba a los colaboradores. Cuando el subjefe chickamauga llamado Charley el Necio (Fool Charley), con la intención de revelar el subterfugio de James Watts, regresó a Running Water desde Nashville de un consejo con el gobernador Blount y algunos indios «amistosos», Cheeseekau le dio una paliza. Impertérrito, Charley el Necio se ofreció a escoltar los pontones que llevaban los bienes concedidos por el tratado a dos tribus sureñas proestadounidenses, los chickasaws y los choctaws, a su paso por las aldeas chickamaugas. Cuando las embarcaciones estuvieron cerca de Running Water, Charley el Necio –que era más listo de lo que su nombre sugiere– se presentó en la aldea con una

canoa cargada de barriles de *whisky* con los que entretener a sus habitantes. El ardid surtió efecto. A partir de ese día, el gobernador Blount consideró a Charley el Necio «uno de los más firmes amigos con que cuentan los Estados Unidos». [10]

Es posible que Tecumseh cayera víctima del *whisky* de Charley el Necio. Tenía una merecida reputación de sobriedad, pero tomaba alcohol de vez en cuando. Ruddell juraba que el líder shawnee rara vez bebía en exceso, pero que «cuando estaba ebrio era muy diferente a los demás indios […] estaba de buen humor, libre de ideas salvajes, y siempre les reprendía por su locura». [11]

Había en el aire cosas más importantes que castigar a los chickamaugas colaboracionistas. A finales de agosto, John Watts regresó de la Florida occidental española con espadas, sillas de montar y equipo suficiente para doscientos guerreros a caballo y celebró un gran consejo que coincidiría con la gran danza del maíz de los chickamaugas, una celebración que a los shawnees les recordaban sus propias festividades otoñales. En el consejo se debatiría pactar o emprender una guerra total contra los colonos del Territorio del Sudoeste.

Uno no puede dejar de imaginar a Tecumseh fascinado por el poder de la oratoria de Watts cuando el jefe principal chickamauga sopesó las ventajas de la guerra. Un informador medio cheroqui reportó al gobernador Blount que los argumentos de Watts ante la asamblea de jefes y guerreros se desarrollaron en los siguientes términos:

> El gobernador [español] les había recibido con brazos abiertos; y le preguntó si había visto a algún colono español hasta su llegada a Pensacola [en Florida occidental] y le aseguró que los españoles nunca querrían asentarse en el interior; donde quiera que desembarcasen, allí se quedaban; incluso se conforman con un arenal como [Pensacola]. No son como los estadounidenses, que primero toman tus tierras y luego comercian contigo y te dan poco o nada por ellas. Así es como siempre os han tratado, y, de vez en cuando matan a algunos de los vuestros. En la última guerra con Gran Bretaña y los Estados Unidos, los españoles les ayudaron, y les prestaron dinero, y deben mucho a los españoles, pero, en lugar de pagarles lo que les deben, toman sus tierras, así como toman las vuestras. Y que el Rey, su señor, ha enviado pólvora, plomo y armas en abundancia para las naciones [indias] del sur. Y que había llegado el

> momento de que entren en guerra contra los Estados Unidos… mientras estos están empeñados en una guerra con las tribus norteñas. [12]

Apenas había Tecumseh asimilado el llamamiento a la guerra de Watts cuando Cheeseekau se alzó y exclamó: «con estas manos he quitado la vida a 300 hombres, y ha llegado el momento en el que se quitarán la vida de 300 más. Entonces me sentiré satisfecho, y me asentaré en paz. Mas antes, deberé saciarme de sangre». Un jefe pacifista cheroqui intentó con poco entusiasmo refutar los argumentos de Cheeseekau antes de que Watts clausurase el concilio. A la mañana siguiente, todos deberían acudir bajo la agreste cumbre de la montaña del Vigía [Lookout Mountain], dispuestos a emprender la marcha. Pero antes, la costumbre exigía efectuar una danza guerrera.

Los hombres se dispersaron para prepararse o para escapar al llamamiento a la guerra, según lo que dictasen sus conciencias. Noventa minutos más tarde llegaron más de seiscientos, sin otra ropa que sus taparrabos, pintados de negro de la cabeza a los pies, blandiendo *tomahawks* y mosquetes. Los indios danzaron hasta el anochecer; de vez en cuando, agujereaban a tiros una bandera estadounidense que yacía en el suelo. [13]

A la mañana siguiente, los combatientes creek, chickamaugas y shawnees se reunieron. La noticia de la llegada de un jefe procedente de Knoxville, la capital fortificada del Territorio del Sudoeste, con varios barriles de *whisky*, interrumpió los últimos preparativos de Watts. La partida de guerreros se emborrachó sin medida; es indudable que Cheeseekau y Tecumseh también participaron. Después, los caudillos guerreros y el jefe chickamauga discutieron la táctica, decidiéndose al fin por una ofensiva desde varias direcciones para limpiar de colonos el valle del Cumberland. Su objetivo principal era Nashville. Alrededor del 15 de septiembre, los indios cruzaron el ancho cauce del Tennessee en canoas y balsas y se dirigieron al norte. [14]

Watts había aprovechado bien la demora. Sabedor de que unos informadores habían advertido al gobernador Blount, quien a su vez había movilizado la milicia, obligó a dos jefes cheroquis proamericanos a escribir a Blount para decirle que los rumores bélicos no eran más que habladurías inofensivas de jóvenes inquietos. El pacífico Watts, decían los jefes cheroquis, había enviado a sus hombres a cazar. Blount mordió el anzuelo y desmovilizó la milicia, con lo que dejó expedito el camino para la invasión. [15]

El jefe chickamauga dio a Cheeseekau un papel protagonista en el ataque contra Nashville, lo cual es un indicio fiable de la gran estima

que el hermano mayor de Tecumseh había ganado entre las tribus sureñas. Aunque el contingente personal de Cheeseekau era más pequeño, Watts le asignó uno de los dos destacamentos de doscientos guerreros desmontados, al tiempo que retenía para sí el mando de la segunda unidad de a pie. Asimismo, el jefe chickamauga equipó a un tercer grupo de doscientos hombres, montado este gracias a los arreos de caballería obtenidos de los españoles. Dos contingentes más dieron un rodeo por el este para cortar las carreteras que iban de Nashville a Knoxville. [16]

Durante el avance indio por la vasta planicie de Cumberland, Cheeseekau comenzó a insubordinarse. Discutió con Watts sobre el plan de ataque contra Nashville, pues insistía en que, antes de atacar el objetivo principal, la partida de guerra asaltase primero la estación de Buchanan, una empalizada sin importancia situada seis kilómetros al sur de la ciudad del río Cumberland. La expedición se detuvo. Se desperdiciaron unos días preciosos mientras los jefes indios se perdían en debates y discusiones. Watts, quien en el fondo era un jefe débil, terminó por acceder a las exigencias de Cheeseekau. Esto eliminaría el elemento sorpresa en el ataque de Nashville.

Es posible que Cheeseekau se arrepintiera de su actitud desafiante. Estaba inquieto de noche, taciturno de día. Poco antes de que la partida guerrera llegase hasta la estación de Buchanan, Cheeseekau reveló a Tecumseh y a los demás shawnees una inquietante visión que se había filtrado en sus sueños desde el mundo de los espíritus. Él, Cheeseekau, caería en el ataque exactamente a mediodía, abatido por una bala que le alcanzaría en mitad de la frente. Mas sus seguidores no deberían llorarle. Si los indios perseveraban, como había ocurrido en su sueño, conquistarían el fuerte. Además, Cheeseekau consideraba un honor caer en la batalla. Así era como había muerto su padre y tal era la suerte que quería para sí. Cheeseekau, «no deseaba ser enterrado en su aldea, como una vieja *squaw* –le dijo Tecumseh a Ruddell–, […] más bien prefería que las aves de los aires limpiasen sus huesos». Nobles sentimientos, pero Tecumseh imploró a Cheeseekau que se echase atrás. Este se negó. Pero quizá podría engañar a la muerte si cambiaba el momento del ataque, del amanecer a medianoche, momento en el que los indios solían ser reacios a librar batalla. Cheeseekau sugirió este cambio y Watts volvió a ceder. [17]

La estación de Buchanan parecía un objetivo fácil para seiscientos guerreros. Estaba formada por unas pocas cabañas de troncos cercadas por una empalizada y un único blocao. Junto al fuerte pasaba el sinuoso arroyo de Mill Creek que seguía su curso hacia el Cumberland entre un prado en el que mugían las vacas. La estación era comandada

por John Buchanan, de treinta y tres años de edad y cofundador de Nashville. La estacada protegía a cincuenta hombres armados y a sus familias de las pequeñas partidas guerreras que solían merodear las inmediaciones una vez oscurecía.

El 30 de septiembre de 1792, último día de la luna de la papaya, era domingo. La luna llena se elevó sobre un cielo despejado, proyectando haces de brillante luz sobre prados y bosques. A medianoche, los jinetes de Watts desmontaron kilómetro y medio al sur de la estación de Buchanan. Junto con los soldados de a pie, recorrieron ligeros los pastos y las arboledas dispersas que les separaban de la empalizada. Su sigilo les protegió hasta que llegaron cerca de un rebaño de ganado que pacía cerca de la puerta. El rebaño mugió, la guarnición se despertó, y los guerreros corrieron hacia la empalizada. El centinela del blocao abatió a un indio a menos de diez metros, lo cual hizo que la masa de guerreros pintados corriera a ponerse a cubierto. Varias docenas de guerreros se apelotonaron en el sótano abierto de una cabaña inacabada situada fuera del muro, mientras que otros se agazaparon tras tocones o se dejaron caer tras árboles abatidos. Devolvían el fuego con rapidez, apuntando a las troneras por las que los defensores sacaban sus mosquetes. Llovían astillas sobre la estación, una de las cuales hirió levemente a un defensor. El tejado del blocao encajó treinta balas indias dentro de una circunferencia del tamaño de un sombrero, pero el fuego indio no alcanzó a un solo defensor durante los sesenta minutos que duró el enfrentamiento.

En pocas ocasiones fue más evidente la reticencia india a atacar un fuerte que en la estación de Buchanan. Un joven métis chickamauga famoso por sus aptitudes atléticas tomó una tea ardiente y escaló el muro del blocao, pero resultó herido y cayó del tejado. Trató de prender fuego a los troncos de la parte inferior, pero una segunda bala le mató. Nadie tomó la tea ni se atrevió a escalar las vallas. John Watts recibió una bala en cada muslo. El hermano menor de Arrastra Canoa había sido alcanzado y un creek había muerto. Otros cinco guerreros resultaron heridos antes de que los indios cancelasen el ataque, disparando según se desvanecían en la noche.

Aunque la retirada india fue bastante ordenada, la invasión había finalizado. La milicia del distrito estaba alerta y dispuesta a defender Nashville. Algunas pequeñas partidas de guerreros asaltaron a viajeros incautos o mataron a los infortunados ocupantes de cabañas aisladas. Tecumseh también recorrió la región, rabiando de dolor. La premonición de Cheeseekau se había cumplido. Apenas iniciado el ataque contra la estación de Buchanan, una bala solitaria le había

alcanzado en mitad de la frente, matando al instante al afamado guerrero shawnee.

Ahora, Tecumseh ya no caminaba bajo la sombra de nadie, salvo la suya. Pensaba regresar a casa para informar de la muerte de Cheeseekau, pero no sin antes «hacer algo para demostrar su buena conducta». Con su habitual séquito de ocho o diez guerreros shawnees, Tecumseh cruzó a la orilla norte del Cumberland. A diez kilómetros de Nashville, mató y arrancó la cabellera a un hombre llamado William Stuart. Luego, para completar su venganza, quemó una destilería cercana. El espíritu de Cheeseekau ya podía descansar en paz. [18]

Quizá la conducta errática de Cheeseekau en su última campaña y las vacilaciones de Watts enseñaron a Tecumseh el valor de la unidad de propósito y de la resolución inamovible en víspera de la batalla. El gobernador Blount, al reflexionar sobre el fiasco sufrido por los indios, adivinó su causa. «Transcurrieron catorce días desde el paso del Tennessee hasta el ataque contra la estación de Buchanan, cuando esa distancia podría haber sido recorrida en cuatro a seis días», reportó al secretario de guerra.

«Diferencias de opinión, del modo y lugar del ataque en el punto de reunión una vez cruzaron el Tennessee es la causa más probable de la demora; no tengo otra explicación posible; y es esta una piedra con la que suelen tropezar las grandes partidas de indios, en especial cuando esta se compone de más de una nación». [19]

De su difunto hermano mayor, Tecumseh había aprendido a lanzar incursiones contra bateas, todo sobre las escaramuzas contra los colonos y las milicias fronterizas mal entrenadas, y a engañar a una pequeña partida de regulares desprevenidos. Pero era incierto el valor que esta experiencia podría tener en el futuro. Tras su asombrosa victoria contra St. Clair, los jefes confederados estaban demasiado confiados para ceder nada en las negociaciones. Durante los meses venideros, los estadounidenses enviarían misiones de paz cuya objetivo era dividir a los indios y reducir sus ataques, más que alcanzar un acuerdo de paz. La administración de Washington también jugó a firmar la paz a fin de convencer a la ciudadanía del este de que se estaba haciendo todo lo posible para evitar la guerra. Pero, en realidad, el gobierno estaba reorganizando el ejército regular. Estaba construyendo una fuerza capaz de batir de forma decisiva a los indios en un gran combate en campo abierto.

El 30 de septiembre de 1792, mientras Cheeseekau consumaba la premonición de su muerte en la estación de Buchanan, los jefes de las

tribus del Ohio se reunieron en un concilio de renovación espiritual y unidad sagrada de la que el atormentado Cheeseekau, el timorato John Watts y el desolado Tecumseh hubieran podido aprender mucho.

El gran consejo tuvo lugar en la Glaize, antiguo revolcadero de búfalos en el río Maumee que se había convertido en el hogar de las siete aldeas shawnee, miami, delaware y mingo que constituían el núcleo del panindianismo al norte del río Ohio. También había indios chickamaugas y nanticokes que habían sido expulsados un siglo antes de la bahía de Chesapeake, y suficientes comerciantes ingleses y franceses como para formar una aldea independiente. También circulaban libremente métis, blancos adoptados y negros cimarrones en lo que era en esencia una comunidad de dos mil refugiados con dos intereses comunes: no ceder ni una pulgada más de terreno a los estadounidenses y recuperar todo lo perdido en unos tratados injustos.

El consejo de la Glaize representó el paso más decidido hacia la unidad panindia, propósito de los nativos del noroeste desde que Pontiac introdujo el concepto tres décadas atrás. También suponía un tributo a la vigorosa diplomacia de Chaqueta Azul. Este había viajado mucho y muy lejos para reunir apoyos. Acudieron los jefes de treinta tribus. Los indios de la Glaize consensuaron que presidiría el consejo el jefe civil shawnee Poste Rojo (Red Pole), de los mekoches, y medio hermano de Chaqueta Azul. Los aliados sac, las tribus de los Tres Fuegos (potawatomis, ottawas y ojibwas) y los wyandot también cedieron la presidencia a Poste Rojo. Las tribus canadienses despacharon representantes. La nación iroquesa envió delegados seneca que tenían la nada envidiable misión de presentar el punto de vista estadounidense.

Los senecas aconsejaron llegar a un compromiso. Las tribus del Ohio habían tenido «suerte de que el Gran Espíritu de las alturas hubiera tenido a bien ayudarles a expulsar a los estadounidenses por dos veces cuando estos vinieron contra sus aldeas» pero que sería mejor no volver a tentarla. Los jefes iroqueses habían visitado Filadelfia, donde hablaron con el presidente Washington, quien prometió compensar a los «verdaderos propietarios» de las tierras cedidas en el Tratado de Fort Harmar.

Poste Rojo replicó a los senecas con severidad. «Sabemos muy bien lo que pretenden los estadounidenses y cuáles son sus intenciones. El otoño anterior, cuando el Gran Espíritu tuvo a bien ayudarnos a expulsarles, capturamos los papeles y las instrucciones de St. Clair […] si los americanos hubieran vencido, habrían […] expulsado a todos los indios del país, habrían expulsado a todos los indios de los Lagos […] decís que Washington nos compensará si nuestra tierra no

fue adquirida al propietario correcto. No queremos compensación: queremos que se nos restituya nuestro país, que retienen con falsas excusas».

El jefe delaware Buckongahelas, quien había comandado el contingente de dicha tribu en la derrota de St. Clair, también reprobó a los senecas. «No penséis que, dado que los shawnees son los únicos que os han hablado, solo expresan sus sentimientos [...] en verdad, han expresado el sentir de todas las naciones. Cuando nos reunimos cuatro años atrás, nos dijisteis, y todas las naciones así lo acordaron, que si uno de nosotros era golpeado, consideraríamos que todas las naciones habían recibido un golpe, y que todas se unirían para vengarlo: pensad bien en esto, Tíos [de los iroqueses]. Todos nosotros avanzamos movidos por una única mente, una cabeza, un corazón, y estamos resueltos a mantenernos unidos y a defendernos hasta el fin». **[20]**

La Confederación del Noroeste estaba decidida a no volver a dejarse engañar por los estadounidenses.

❖

Tecumseh, tras haber visto caer muerto a su hermano y encajar el humillante revés de la estación de Buchanan, debió sentirse reconfortado por la fortaleza militar y la rectitud espiritual que emanaban las aldeas de la Gleize, a las que retornó a comienzos del invierno de 1792 para reunirse con los hermanos que le quedaban en la aldea de Chaqueta Azul. Esta aldea era una plácida comunidad de cuarenta cabañas de corteza de árbol y trescientos residentes, shawnees y métis, situada en la orilla norte del Maumee, seis kilómetros río abajo de la aldea miami de Pequeña Tortuga y ocho kilómetros al nordeste del enclave de los delawares en el río Auglaize.

Chaqueta Azul vivía rodeado de lujos a la vista de todos. Frente a su inmaculada cabaña, que su esposa métis había equipado con mobiliario europeo, el jefe Chaqueta Azul tenía una enorme colección de mosquetes, mazas de guerra, arcos y flechas, y pieles de animales. Sus hijas, de piel clara, eran célebres por su belleza, y sus dos hijos estaban bien instruidos y eran bilingües. Con independencia de la hostilidad de Chaqueta Azul hacia los estadounidenses, lo cierto es que tanto él como su familia ejemplificaban la mezcolanza de influencias nativas y europeas del viejo noroeste.

Pequeña Tortuga también vivía a caballo de dos culturas. El héroe marcial de los miamis tomó por segunda esposa a una cautiva estadounidense y adoptó a William Wells, heredero de una prominente familia de Kentucky y capturado a los trece años de edad. Wells había

combatido con los indios contra St. Clair, pero ahora trabajaba para el ejército estadounidense, llevando mensajes a los jefes de la Glaize desde el fuerte en Vincennes. Como era multilingüe y leal a Pequeña Tortuga, se casó con la hija del jefe indio. Además, Wells era un hombre valeroso y decente, que se hallaba en una peligrosa encrucijada entre dos sociedades en conflicto. Es posible que Tecumseh y él tuvieran un trato amistoso en la Glaize, pero su relación estaba destinada a ser conflictiva. [21]

La Glaize poseía una belleza bucólica. A lo largo de la orilla sur del Maumee se extendían 25 kilómetros de maizales salpicados, en ocasiones, de parcelas en las que se cultivaban melones y calabacines. El ganado y los caballos pacían en colinas bajas cubiertas de hierba. John Brickell, un joven cautivo de los delawares, nos dejó una fascinante descripción de la vida que compartía con su «muy amable» familia india. Esta vivía en una amalgama de *wigwam* y cabaña de blancos, una estructura modesta típica de la Glaize. Según recordó Brickell,

> nuestra cabaña estaba hecha de troncos redondos, como las de los primeros colonos, con la excepción de que el tejado era de corteza y que no tenía suelo. Se componía de una única habitación con una chimenea de factura francesa de [paja y] barro. La puerta estaba hecha de tablones entrelazados. A modo de camastros, lo único que teníamos eran horcas clavadas en la tierra, que sostenían travesaños insertados en agujeros de la pared, sobre las cuales se colocaban largas tiras de corteza. Sobre estas colocábamos pieles, y esto era todo lo que utilizábamos para dormir.
>
> Al ir al lecho, los hombres se lo quitaban todo con excepción de sus taparrabos, y las mujeres se lo quitaban todo salvo los paños menores […] las ropas que se quitaban las colocaban bajo la cabeza a modo de almohada.
>
> Los [indios] no son muy regulares a la hora de ir a dormir, pero por lo general suelen levantarse muy temprano. Casi siempre duermen solos en sus camastros, salvo los niños pequeños. La única excepción son los hombres y sus esposas y las madres con sus bebés. [22]

❖

Podría ser que Tecumseh compartiera un hogar similar con

Tecumpease, el marido de esta, y una prole que incluía a Lalawethika, ahora de diecisiete años de edad. Pero lo más probable es que viviera en un *wigwam* pequeño y simple, construido con corteza, típico entre los jóvenes solteros.

En la Glaize, Tecumseh tuvo trato amistoso con numerosos blancos. La aldea de los comerciantes, un asentamiento empalizado situado en un punto equidistante de las comunidades de Chaqueta Azul, Pequeña Tortuga y los delawares, servía de centro de compras y reparación de todo tipo de bienes. Estaba formado por cabañas de listones, refugios de madera de pino y establos de troncos sin tallar. Entre sus residentes se incluían un panadero francés, un orfebre británico casado con una shawnee, un armero británico, una pareja estadounidense capturada en la derrota de St. Clair y que trabajaba para pagar su rescate, ella cosiendo y haciendo de lavandera, él como barquero entre la Glaize y el almacén de suministros británico situado río abajo, y los agentes británicos Matthew Elliott y Alexander McKee, cuya nada envidiable misión era fomentar la lealtad india a la corona pero sin provocar hostilidades que pudieran arrastrar a Gran Bretaña a una guerra con los Estados Unidos. Ambos tenían esposas shawnees. Presidía la aldea de los comerciantes George Ironside, un escocés que había estudiado en el King's College antes de viajar a América a dedicarse al comercio con los indios. Este, que era un personaje de buen carácter, hablaba shawnee y veía a los indios con simpatía.

El corazón espiritual de la Glaize se hallaba en la orilla norte del Maumee. Allí, entre las localidades de Pequeña Tortuga y Chaqueta Azul, se alzaba la cabaña solitaria de la «mujer mohawk» Coocoochee, viuda de un guerrero mohawk que había emigrado de su tierra canadiense para vivir en Ohio entre los shawnees. Sus dos hijos mayores eran destacados guerreros de la aldea de Chaqueta Azul y su hija estaba casada con George Ironside. Coocoochee vivía sola pero rara vez le faltaba compañía. Experta en el uso de hierbas medicinales, se creía que poseía poderes divinos. Chaqueta Azul y otros caudillos guerreros la consultaban antes de emprender expediciones importantes y ella recibía una parte del botín de sus victorias.

Coocoochee era de altura mediana y robusta y tenía un porte agradable. Solía vestir una larga blusa de calicó cerrada con un broche de plata, una falda de tela azul con una faja a rayas a modo de cinturón, calzones azules y mocasines de piel de ciervo. Los jóvenes se reunían para escuchar las historias que le habían narrado sus ancestros del este acerca de la primera aparición, en el lago Hediondo, de gentes avariciosas de rostro pálido llegadas en canoas gigantes coronadas con amplias alas blancas. Coocoochee predicaba que los

blancos solo estarían satisfechos después de haber matado o echado a los indios al Gran Mar del Oeste, donde los supervivientes se ahogarían. Pero había una tierra distante, diez veces mayor que el continente americano, donde las estaciones eran siempre plácidas, los viejos nunca se debilitaban o morían, y las verduras brotaban de forma espontánea de la tierra. El Gran Espíritu dejaría expedito el camino a este paraíso terrenal pero solo si lograban recuperar su favor. [23]

Lalawethika, aunque nunca habló de la mujer mohawk, es indudable que escuchó sus sermones y que disfrutó de su hospitalidad, pues ella solía ofrecer espléndidos banquetes y animados juegos durante las épocas festivas. Y el joven tuerto no era alguien que se privase de los placeres. De hecho, cayó víctima del lado oscuro del festín cultural de la Glaize: el licor. A los dieciocho años, ya era un alcohólico que vivía a costa de Tecumpease y Tecumseh, los cuales tenían una naturaleza demasiado generosa como para negarle nada al inútil de su hermano.

Mientras Lalawethika pasaba el tiempo en la Gleize, Tecumseh andaba lejos, entregado a la caza y al pillaje. A comienzos de la primavera de 1793, Tecumseh y Stephen Ruddell, al mando de seis o siete indios y el guerrero blanco John Ward, capturado tres décadas antes, cuando era un niño, recorrieron las antiguas tierras de los shawnees para lanzar una incursión contra Kentucky, de la que regresaron con media docena de caballos. En la incursión de Tecumseh solo murió un kentuckiano, irónicamente abatido a tiros por Ruddell.

Otras partidas guerreras, envalentonadas por la victoria de noviembre de 1791 contra el ejército de Arthur St. Clair y la fortalecedora retórica de unidad del consejo de la Glaize, también partieron hacia la región de Bluegrass [*3] para continuar su combate contra los *kentuck*. Sus depredaciones hicieron huir a los colonos. «Ver todo el país en fuertes, todo desmantelado, la gente abandonando sus granjas y sus casas, el maíz quemado, era algo verdaderamente triste» se lamentó uno de los hombres de la frontera. «En estos tiempos casi la mitad del país está en los fuertes». [24]

Por segunda vez en dos años, los kentuckianos recurrieron a Simon Kenton para repeler las incursiones. Mas muy pocos se mostraron dispuestos a servir como meros soldados rasos. Allí donde hubiera sido suficiente un capitán, siete de los treinta y siete miembros de la «compañía» de Kenton ostentaba ese rango. A finales de marzo, la tropa cruzó el río Ohio y siguió un rastro indio reciente sesenta y cinco kilómetros hacia el norte a través de densos y cimbreantes

bosques hasta llegar a un afluente del río Scioto, el Paint Creek, al oeste de la antigua Chillicothe. Al atardecer del tercer día de su expedición, los de Kentucky escucharon risas provenientes del otro lado de una altura. Kenton avanzó entre los bosques para hacer un reconocimiento, desde donde pudo espiar a un grupo de indios desprevenidos que estaban reunidos alrededor de una hoguera al otro lado del Paint Creek. Kenton regresó junto a sus hombres con un plan. Con la primera luz del día, atacarían desmontados en tres grupos de diez. Los capitanes Joshua Baker y Charles Ward comandarían cada uno un contingente, y Kenton el tercero. Nadie debería disparar hasta que este diera la señal.

Tecumseh había vuelto a bajar la guardia. Si se salvó fue gracias a la indisciplina de los milicianos y a la vigilancia de los perros indios. Mientras Ward y Kenton desplegaban poco a poco a sus hombres, alguien del destacamento del capitán Baker disparó contra un can ladrador. Los hombres de Kenton, sorprendidos por el tiro, se toparon con el grupo de Baker. Tecumseh respondió bien; cuando los kentuckianos se reorganizaron, él ya había desplegado a sus guerreros tras los árboles. Comenzó a caer entonces una fuerte lluvia, con lo que el asalto sorpresa planeado por Kenton se redujo a un intercambio indeciso que le costó a Tecumseh un solo hombre. Se trataba del guerrero blanco John Ward, hermano del capitán de Kentucky Charles Ward, ejemplo de la borrosa línea entre lealtades y las razas en la frontera de Kentucky.

Durante la escaramuza, Tecumseh tuvo la suficiente serenidad para destacar a dos o tres guerreros con el objeto de ir a buscar los caballos de los de Kentucky. Estos regresaron con la mitad de las monturas, lo cual compensaba de sobra la cantidad de pólvora, balas de mosquete y mantas que los kentuckianos habían tomado del campamento de Tecumseh. Kenton, al ver que no había posibilidad de vencer a los guerreros de Tecumseh, inferiores en número pero tenaces, canceló el ataque. Más tarde explicaría que se retiró porque había sabido de la presencia de un gran campamento shawnee –que no existía– a 8 kilómetros del de Tecumseh. Nunca explicó cómo había llegado a esa conclusión. [25]

El segundo choque con Kenton podía considerarse un empate. Como en el primero, los kentuckianos le habían sorprendido. No emprender una incursión de revancha le costaría a Tecumseh una gran pérdida de prestigio, el valor más preciado de un caudillo guerrero, en particular después de haber perdido un hombre. Con las estaciones de Kentucky en estado de alerta, Tecumseh optó por llevar a su partida guerrera a lo más profundo de los asentamientos de la frontera de

Virginia, una decisión en consonancia con su reputación de ser uno de los jóvenes jefes guerreros «más audaces y terribles». [26]

Tecumseh acechó las tranquilas granjas situadas junto al arroyo de Hacker Creek, un sinuoso curso fluvial situado a ciento sesenta kilómetros al este del río Ohio, en busca de un blanco adecuado. El 7 de mayo decidió atacar el hogar de un veterano de la guerra de independencia de cuarenta años de edad, John Waggoner. Había caído el crepúsculo y el veterano estaba sentado sobre un tronco junto a su cabaña, descansando de un día de arar y pulir troncos. Su esposa y sus siete hijos estaban en la cabaña o en el patio. Tecumseh, tras ocultar a sus guerreros en una quebrada cercana a la casa de Waggoner, se arrastró por entre las hierbas altas hasta situarse a menos de treinta pasos de él. Alzándose lentamente, disparó contra un hombre grande cuya silueta se recortaba contra la luz crepuscular, pero falló. Arrojó su mosquete y, tras asir su maza de guerra, saltó a por Waggoner, quien corrió hacia su cabaña. Este dejó atrás con facilidad al cojo Tecumseh, pero no a sus guerreros, que habían entrado en el patio antes que Waggoner.

Consciente de que no podría hacer nada por su familia si estaba desarmado, Waggoner corrió entre los campos hacia la casa de un vecino mientras escuchaba desvanecerse a sus espaldas los lamentos de su infortunada familia. Cuando al fin pudo volver con un puñado de amigos, pendía sobre la cabaña un doloroso silencio. Tecumseh había saqueado la casa y en el patio yacía el hijo de menor edad de Waggoner. Le habían matado de un golpe de *tomahawk* y le habían arrancado la cabellera. A kilómetro y medio de la cabaña la partida de rescate halló a un segundo niño muerto al que le habían reventado los sesos. Apenas se adentraron en el bosque encontraron los cuerpos mutilados de la esposa de Waggoner y de otros dos hijos. Tecumseh escapó con las dos hijas restantes y uno de sus hijos. Todos ellos sobrevivieron y el niño llegaría a sumarse a las filas de los guerreros shawnees. [27]

Jonathan Alder, que fue cautivo de los shawnees durante largo tiempo, dice que en cierta ocasión escuchó a Tecumseh reprender a un guerrero que se jactaba de la gran cantidad de cabelleras que había arrancado. El líder shawnee le decía que era un indio «malo y mezquino» que atacaba sobre todo a mujeres y niños. Al parecer, Tecumseh dijo: «He matado con mis manos a cuarenta hombres en singular combate […] pero nunca he quitado la vida a mujer o niño alguno». Tal vez él no había hecho tal cosa, pero sus guerreros sí. Resulta dudoso que Tecumseh hubiera podido evitar la matanza, pero tampoco estaba claro que deseara respetar la vida de los Waggoner.

Todo el mundo, en uno u otro momento, no está a la altura de sus nobles intenciones, y, aunque había pasado un año, podría ser que la pérdida de Cheeseekau hubiera mitigado su compasión.

La solitaria incursión de Tecumseh fue suficiente para atemorizar a la frontera virginiana. Un funcionario local escribió una misiva al gobernador de Virginia días después de la masacre de los Waggoner: «Los informes de los exploradores me hacen esperar en cualquier momento un grave ataque en algún punto de la frontera [...]. Es incierto dónde recaerá, pues el último ataque [el de los Waggoner] tuvo lugar en el punto más inesperado, en el cual la gente creía estar perfectamente segura. La gente de esta región está muy alarmada y muchos parecen decididos a abandonar los asentamientos». **[28]**

Otras partidas guerreras de los shawnees merodearon por la frontera hasta bien entrado el verano. Pero Tecumseh no estaba entre ellos, pues retornó a la Glaize en junio, donde pasaría los seis meses siguientes de 1793 dedicado a la caza. Tal vez encontró consuelo en la soledad de los bosques. **[29]**

En el gran consejo de la Glaize de septiembre de 1792, las tribus confederadas no habían mostrado predisposición alguna a pactar. Si los estadounidenses querían paz, deberían desmantelar los fuertes del río Ohio y aceptar que este río marcaba la frontera entre ellos y los indios. Aun así, el jefe shawnee Poste Rojo consintió reunirse con los comisionados estadounidenses en primavera.

Ni el presidente Washington ni el secretario de guerra Henry Knox esperaban gran cosa del consejo, que habían organizado con el fin de dar tiempo al reconstituido Ejército de los Estados Unidos para entrenarse para el combate. Antes incluso de que Poste Rojo presentase las condiciones de los indios, Knox ordenó al general al mando, Anthony Wayne, que se dispusiera a invadir el Territorio del Noroeste pues era indudable que los indios exigirían «más de lo que podemos garantizar de forma digna». **[30]**

Y así fue. Durante dos semanas, en octubre de 1792, los comisionados estadounidenses y los representantes indios se entregaron a una pugna retórica. Un jefe wyandot esbozó con claridad el *impasse*: «Consideramos que este lado del Ohio es nuestra propiedad. Vosotros decís que no podéis retirar a vuestra gente y nosotros no podemos renunciar a nuestras tierras. Lo sentimos, pero no podemos llegar a un acuerdo». Los indios, en un último intento de salvar las conversaciones, sugirieron que el gobierno pagase a sus ciudadanos para que se restablecieran al sur del río Ohio, pues esta

sería una alternativa más barata que ir a la guerra. Los comisionados rechazaron la propuesta, lo cual complació al secretario de estado Thomas Jefferson. «Nuestras negociaciones con los indios del noroeste han fracasado por completo, por lo que será la guerra la que resuelva nuestras diferencias –escribió de forma confidencial–. No esperábamos nada, pues si hemos intentado negociar ha sido solo para demostrar a nuestros ciudadanos que la paz era inalcanzable sin asumir unas condiciones que ninguno de ellos podría asumir». El secretario Knox dio a Wayne luz verde para ir a la guerra. [31]

Durante la Revolución Americana, la impetuosidad de Wayne le había hecho ganarse el apodo de Anthony el Loco (Mad Anthony). Pero sus preparativos para la ofensiva contra la confederación india de la Glaize fueron cualquier cosa menos alocados. Mientras Tecumseh dedicaba el inicio de la primavera a la caza, Wayne adiestraba a sus ochocientos regulares para la batalla por medio de un régimen de duro entrenamiento y disciplina draconiana. A la unidad de Wayne, la Legión de los Estados Unidos, se sumaron quinientos voluntarios a caballo de Kentucky, que compensaban con ferocidad las lagunas de su entrenamiento. Los regulares vestían coloridos uniformes, casi tan espléndidos como los ornamentos caleidoscópicos de los guerreros indios. Los infantes vestían chaqueta corta azul con vueltas encarnadas, chaleco y pantalón blanco, y bicornios negros con cresta de piel de oso y una pluma coloreada. La indumentaria de los jinetes de Kentucky se componía de largas blusas blancas de caza y pantalones de cuero. Todos ellos tenían una confianza de la que la turba de St. Clair carecía por completo.

Wayne avanzó de forma metódica. Tras seguir la ruta de St. Clair en dirección norte desde Fort Washington, en el Ohio, pasó el invierno en una amplia empalizada de troncos llamada Fort Greene Ville, que hizo erigir a ciento cuarenta kilómetros al sur de la Glaize. Desde este punto, a finales de 1793 envió un destacamento que se adentró unos treinta kilómetros en el interior del país indio para erigir un pequeño fuerte en el campo de la derrota de St. Clair. Tras limpiar el terreno de huesos humanos y equinos, en marzo de 1794 las tropas estadounidenses completaron la construcción de una fuerte posición de cuatro blocaos de troncos conectados por una empalizada de madera. Recuperaron diez cañones que los indios habían enterrado y despejaron campos de tiro de doscientos treinta metros en todas direcciones. Wayne dio a aquel puesto en territorio reconquistado el desafiante nombre de Fort Recovery [Fuerte Reconquista]. [32]

Tecumseh, en tanto que caudillo guerrero en ascenso, participó en los acalorados consejos shawnee, llenos de recriminaciones, en los que

se debatió cuál debía ser la respuesta a las provocaciones de Wayne. Tecumseh no era más que una más de las muchas voces presentes en la casa del consejo y, además, una de escasa importancia. Pero recordaría para siempre las lecciones que estaba a punto de aprender acerca de la inestabilidad de las alianzas intertribales y la volatilidad del apoyo inglés. A sus veintiséis años de edad, estaba a punto de participar en su primera gran batalla con los Cuchillos Largos, un encuentro de la magnitud del choque en el que su padre había muerto dos décadas antes.

CAPÍTULO 7

LA FORJA DE UN JEFE

En 1794, los arquitectos de la Confederación del Noroeste continuaban siendo el caudillo de guerra shawnee Chaqueta Azul y el jefe guerrero miami Pequeña Tortuga, los cuales se detestaban de un modo cordial entre sí. Entre ambos, el jefe delaware Buckongahelas, alto, musculoso y muy estimado, escenificaba un papel secundario, importante aunque algo errático. Luego estaba el gobernador general de los canadás, Guy Carleton, quien parecía querer que los indios fueran a la guerra, y parecía dar a entender que los británicos participarían. Pero su postura no se podía tener en cuenta, pues Gran Bretaña y los Estados Unidos estaban en paz, y las fuerzas de Su Majestad estaban empeñadas en una costosa contienda europea con Francia. Aun así, Carleton ordenó construir un fuerte en los rápidos del Maumee, en la región del Ohio, 16 kilómetros al sudoeste de la actual Toledo, con una fácil línea de comunicación con las aldeas indias de la Glaize. Este fuerte contravenía la política imperial –de hecho, por aquel entonces el gobierno británico negociaba la evacuación de los fuertes Detroit, Niagara, y Michilimackinac– pero fue bien recibido por el agresivo gobernador del Alto Canadá, John Simcoe, que era el funcionario de más rango en la joven y boscosa provincia, y también por los funcionarios del Departamento Indio McKee y Elliott, cuyos vínculos familiares con los shawnees les ligaban a la Confederación India. A comienzos del verano, el nuevo puesto, llamado Fort Miamis, estaba casi acabado, y se estableció en él una guarnición británica. [1]

Mientras tanto, Chaqueta Azul no había estado ocioso. Con el deshielo de la primavera, comenzó la agotadora tarea de reunir a los guerreros dispersos de la Confederación. Recorrió la intrincada red de senderos que atravesaba las espesuras de los Grandes Lagos y visitó una aldea tras otra, para convencer a las tribus norteñas de que retornasen a la región del Ohio. Hacia mediados de junio, mil quinientos combatientes se habían congregado cien kilómetros al sur de la Glaize. Los guerreros de los Tres Fuegos –potawatomis, ojibwas y

ottawas– se entremezclaron con los miamis, wyandot, shawnees y mingos de la Glaize. También se esperaba la inmediata llegada de los delawares de Buckongahelas, que se habían retrasado a causa de una bacanal de ron. Estaban con Tecumseh sus hermanos Lalawethika y Sauwauseekau, así como otros diecisiete guerreros de los más de doscientos shawnees presentes. Si se contaba a sí mismo, Tecumseh estaba al mando de una décima parte de la fuerza de combate shawnee. No era un contingente insignificante para un joven de veintiséis años y tal vez la batalla inminente con los Cuchillos Largos le daría ocasión de ganar más reputación y nuevos seguidores.

Los presagios eran contradictorios. Una vez que los guerreros se congregaron, llegados de todos los confines, comenzaron a aparecer las primeras fisuras en la alianza india. Algunos ojibwas llegados más tarde robaron algunas moradas de la Glaize y violaron a mujeres indefensas, lo cual llevó a Chaqueta Azul a poner las localidades en cuarentena. Los shawnees hervían de rabia contra los filibusteros norteños; cuando llegase el momento vengarían a sus mujeres ultrajadas.

¿Y qué había de los británicos? Estos proporcionaban pólvora y plomo, pero los indios veían su participación con escepticismo. «La guerra o la paz dependía de la conducta de los británicos –dijo a sus captores un guerrero shawnee de la banda de Tecumseh, que había sido capturado por exploradores estadounidenses–. Si ayudaban, lo más probable es que hubiera guerra, pero si no lo hacían, habría paz […] los indios ya no podían ser azuzados por los británicos como si fueran perros». [2]

Chaqueta Azul trató de forzar la situación. Puso un cinturón *wampum* negro en manos de Matthew Elliott, e insistió en que él y todos los comerciantes y funcionarios británicos del campo indio combatieran a su lado. Elliott y sus compatriotas, cubiertos de pinturas de guerra y ropas indias, aceptaron a regañadientes. Pero todavía quedaba por ver qué es lo que haría la guarnición de Fort Miamis.

Los indios desconfiaban de los británicos, pero este era un asunto menor en comparación con la pugna interna que amenazaba con destruir la Confederación del Noroeste antes de que los invasores estadounidenses disparasen un tiro. Pequeña Tortuga prefería la paz, mas, si debían luchar, creía que los indios deberían cortar las largas líneas de suministro de Wayne en lugar de arriesgar un ataque directo. Chaqueta Azul era partidario de la guerra, pero estaba de acuerdo con el enfoque indirecto de Pequeña Tortuga. Buckongahelas con toda probabilidad les habría apoyado en un consejo, pero no había llegado

aún. Las tribus de los Tres Fuegos presentaron un plan alternativo que prometía gratificación inmediata en forma de cabelleras y pillaje a un riesgo mínimo. Proponían atacar uno de los convoyes periódicos de suministro entre Fort Recovery y la legión de Wayne en Fort Greene Ville, y, en caso de tener éxito, atacar la posición más expuesta. Los shawnees y los miamis aceptaron la propuesta de mala gana. [3]

El 29 de junio, la gran partida guerrera india convergió sobre Fort Recovery. Los guerreros, vestidos solo con taparrabos y mocasines y pintados de negro y rojo, acechaban entre los altos árboles en doce largas y silenciosas columnas separadas a intervalos de unos cuarenta metros. Los exploradores informaron que un convoy de suministros había entrado en el fuerte al atardecer y que era probable que partiera a la mañana siguiente. En consecuencia, una vez se hizo de noche los indios establecieron una posición de emboscada. Algunos guerreros de los Tres Fuegos desplegaron en los árboles situados justo más allá del fuerte. Pero la mayoría de los indios se situó junto a la carretera arbolada por la que el tren de suministros debería pasar para regresar a Fort Greene Ville.

Tecumseh y Stephen Ruddell se encontraban con el grueso de las fuerzas, como también lo estaba el guerrero shawnee adoptado Jonathan Alder. No tenía ninguna obligación de combatir. «[Los shawnees] nunca insistieron en que tomase las armas contra los blancos –recordó–, siempre me dejaban elegir». Pero la posibilidad de un botín fácil superó su reticencia a disparar contra otros estadounidenses. Alder también estaba agazapado al acecho en la maleza que bordeaba la carretera.

A las siete en punto de la mañana del 30 de junio los portales de Fort Recovery se abrieron de par en par. Trescientos caballos y sesenta bueyes de tiro salieron a campo abierto entre las empalizadas y la carretera, espoleados por caballerizos y chóferes. No había ni un soldado a la vista. Los noventa fusileros y cincuenta dragones encargados de la seguridad del convoy estaban todavía preparando sus arreos o aprestando sus monturas mientras el mayor al mando desayunaba con toda calma. Chaqueta Azul mantuvo a raya a sus mil doscientos guerreros hasta que los conductores y sus animales alcanzaron la carretera. Entonces, cerró la trampa.

Fue casi demasiado fácil. Los indios se llevaron los caballos del convoy, mataron a golpes de *tomahawk* a los sorprendidos conductores y mataron a tiros a los bueyes. El comandante del destacamento, frenético, salió del fuerte con los miembros de su escolta. Cayó abatido al momento y sus hombres fueron masacrados. Los supervivientes regresaron como pudieron al fuerte bajo el fuego de

cobertura de los doscientos hombres de la guarnición. [4]

Jonathan Alder apenas pudo comprender lo sucedido. «Lo primero que escuché fue excitante. Escuché a los blancos gritar: "¡Indios! ¡Indios!". Nos habíamos topado con [unos cincuenta dragones] y los indios a caballo fueron a por ellos. Entonces, todos los jinetes y soldados de a pie estadounidenses corrieron hacia el fuerte pero los indios les seguían tan de cerca que había, creo, no menos de cincuenta caballos que los blancos dejaron ir al entrar en el fuerte. Estos corrían sueltos fuera del fuerte y llevaban una equipación magnífica con sillas, bridas y pistolas de caballería. El fuerte no tardó en ser rodeado, a lo que le siguió un fuego furioso. En este momento debería haber finalizado la batalla, pero los guerreros de los Tres Fuegos asaltaron el fuerte. Una descarga de mosquetería procedente de las troneras de la empalizada hizo que algunos se refugiasen tras los troncos caídos. Otros se retiraron a los bosques, mientras vociferaban gritos de guerra que se perdían entre el estruendo del cañoneo».

Alder tenía la intención de hacerse con una de las monturas de los dragones, pero no si ello le costaba la vida. Agazapado en los bosques, vio «a varios indios que se acercaban a menos de cuarenta metros del fuerte, lo rodeaban y luego se apartaban» sin poder agarrar una brida. Un shawnee le preguntó por qué no disparaba. Este replicó que porque no veía ningún blanco. «Dispara contra esos agujeros del fuerte –le sugirió el guerrero–, podrías matar a un hombre». Alder declinó. «Bien –suspiró el guerrero–, si no vas a disparar, entonces será mejor que retrocedas antes de que te disparen». Apenas el guerrero había pronunciado esas palabras cuando una bala de mosquete le partió la mandíbula. Alder le vio salir corriendo y permaneció allí petrificado hasta que el estallido de un cañón le hizo huir al interior del bosque. [5]

El compatriota de Alder había olvidado indicarle un blanco mucho más fácil y abundante: los centenares de guerreros de los Tres Fuegos que se arremolinaban en el campo despejado que les separaba del fuerte. Con discreción, cuando surgía la oportunidad, los guerreros shawnees y miamis abatían por la espalda a alguno de estos guerreros. Era la venganza por las tropelías de los ojibwas contra sus mujeres y sus hogares.

Aquella noche, los indios se dieron un festín con los bueyes del ejército. A la mañana siguiente, algunos combatientes de los Tres Fuegos hostigaron con escaso ardor la guarnición con tiros a través de la bruma. A mediodía los indios se retiraron. Habían matado a veintidós soldados y herido a treinta, la mayoría durante los primeros momentos de la melé. Las bajas de los Tres Fuegos eran inciertas, pero Chaqueta Azul contó diecisiete guerreros muertos entre las filas de sus

hombres, todos salvo tres que apoyaron el insensato asalto contra Fort Recovery de las tribus de los Tres Fuegos. En su informe del fiasco de Fort Recovery, un oficial británico que estaba presente se lamentó: «Debo observar con pesar que los indios nunca antes tuvieron en su mano hacer tanto, y nunca antes hicieron tan poco». [6]

A su regreso a la Glaize, los indios se entregaron a acaloradas discusiones sobre lo ocurrido, las cuales deshicieron lo que quedaba de la frágil alianza. Los ottawas se mantuvieron fieles, pero los líderes de los potawatomis y ojibwas, conscientes de que sus guerreros habían sido tiroteados, declararon que las cabelleras blancas tomadas en Fort Recovery cumplían la obligación que tenían con las tribus del valle del Ohio con arreglo al protocolo del *wampum* negro, por lo que volvieron a sus hogares. Chaqueta Azul preparó su contingente, ahora reducido a casi la mitad, para hacer frente al inevitable avance de Wayne. Pequeña Tortuga viajó a Fort Detroit para tantear a los británicos y pedirles que aumentasen su apoyo. Por espacio de tres días, el caudillo guerrero miami pugnó verbalmente con el comandante del puesto, al que insistía en que los indios necesitaban dos cañones y veinte regulares británicos (casacas rojas) si querían continuar el conflicto con alguna posibilidad de éxito. En opinión del coronel inglés, Pequeña Tortuga era «un indio inteligente, modesto y decente» con el cual jamás había conversado. Aun así, no le dio ni tropas ni artillería. [7]

El jefe guerrero miami ya había tenido suficiente guerra. En agosto, cuando la legión de Wayne avanzó sobre la Glaize, aconsejó que se iniciaran las negociaciones con el incansable comandante estadounidense y exhortó a los jefes que no tentasen la suerte. «Los estadounidenses son ahora comandados por un jefe que nunca duerme: día y noche son lo mismo para él. Y durante todo el tiempo en que ha estado marchando contra nuestras aldeas, a pesar de la vigilancia de nuestros jóvenes, nunca hemos podido sorprenderle. Pensadlo bien. Algo me dice [que] sería prudente escuchar sus ofertas de paz». Pero, en lugar de ello, los jefes lo acusaron de cobardía. El orgulloso jefe miami renunció a su mando en la confederación, pero se le forzó a asumir el mando del contingente miami. Su rival Chaqueta Azul se erigió en el líder principal de la confederación, y la facción militante se regocijó. Tecumseh era un ardiente partidario de la línea dura. [8]

Los hechos demostrarían que Pequeña Tortuga era mejor profeta que sus críticos. El 8 de agosto, los indios abandonaron la Glaize poco antes de la llegada de los soldados de Wayne. «Nos dispersamos como una bandada de perdices, dejamos el desayuno cociéndose al fuego», recordó un delaware adoptado. Durante cuatro años, el complejo en

expansión de aldeas, centros de comercio y maizales había sido el nervio central de la Confederación del Noroeste. Y, ahora, mujeres, niños y ancianos tenían que recoger unos pocos calderos y mantas y remar en sus canoas casi 30 kilómetros en dirección nordeste y refugiarse en el bajo Maumee. Chaqueta Azul concentró a sus guerreros para dar batalla al pie de los rápidos del Maumee, seis kilómetros río arriba de Fort Miamis. [9]

El general Wayne, llamado Anthony el Loco (Mad Anthony), avanzó con lentitud río abajo desde la Glaize. Su campaña había sido tan metódica que Pequeña Tortuga había llegado a la conclusión de que el leviatán estadounidense, formado por tres mil trescientos hombres, era imparable. En la mañana del 18 de agosto, Chaqueta Azul desplegó a sus mil cien guerreros en la orilla norte del ancho río Maumee. El terreno era oscuro y sombrío, teñido de presagios sobrenaturales. A unos centenares de metros al norte del río se extendía una amplia llanura aluvial cubierta de hierbas de dos metros de altura, la cual ocultaba a cualquiera que vadease el río. Más allá de la planicie aluvial, por encima de los prados cimbreantes salpicados de flores silvestres, se extendía un cerro bajo e intermitente cubierto de quebradas y grandes árboles abatidos por un reciente tornado. Los estadounidenses llamaron a aquel lugar Troncos Caídos [Fallen Timbers].

Chaqueta Azul empleó la misma formación lineal en media luna que le había dado la victoria contra St. Clair. El ala derecha se componía de dos compañías de voluntarios canadienses, doscientos cincuenta wyandot comandados por el jefe Tarhe, y algunos mingos. El ala izquierda, parte de la cual serviría en la llanura aluvial, comprendía sobre todo ottawas, con un puñado de potawatomis y ojibwas. El centro era sostenido por el alma de la alianza de la región del Ohio: doscientos guerreros delaware bajo el mando del jefe Buckongahelas, cien miamis reunidos por el reticente Pequeña Tortuga y doscientos shawnees de feroz determinación bajo el mando del propio Chaqueta Azul, apoyado por el anciano jefe Pezuña Negra. [10]

Tecumseh, armado de mosquete, un par de pistolas al cinto y su inseparable maza de guerra, estaba dispuesto para el combate. Chaqueta Azul le había asignado el puesto avanzado, un gran honor pero también un gran peligro, pues el pequeño contingente de Tecumseh sería el primero en entablar combate en ese sector de la línea india, de unos mil doscientos metros de longitud. Stephen Ruddell estaba a su lado, al igual que sus hermanos Sauwauseekau y Kumskaukau. Lo bastante sobrio como para empuñar un arma en la que iba a ser su primera batalla, también estaba allí el disoluto y

charlatán Lalawethika, inquieto y vacilante. [11]

Este último tendría que esperar largo tiempo, una espera que se hizo aún más dolorosa a causa de la falta de ron o *whisky* con la que entonarse, pues el día pasó sin rastro de los estadounidenses. Y el día siguiente pasó de igual modo. Incluso los más firmes guerreros comenzaron a inquietarse. El 20 de agosto comenzó con un chaparrón y los guerreros fueron regresando al campamento para preparar el desayuno, sin que los jefes protestasen. Como observó Jonathan Alder: «Cuando un indio espera entablar combate, no comerá nada esa mañana, pues estos afirman que un hombre que es herido en los intestinos con el estómago vacío es menos probable que sus entrañas sean cortadas que si estuviera lleno». Una práctica muy juiciosa, pero que no podía llevarse a cabo tres mañanas seguidas. [12]

Aun así, ni Tecumseh, ni su hermano ni Stephen Ruddell abandonaron la línea aquella mañana. Y allí seguían cuando al fin, a las 09:45, aparecieron algunos pequeños destacamentos de jinetes de Kentucky, que llevaban a sus monturas de la brida por entre el laberinto de troncos caídos. Había dejado de llover, y a la tormenta le siguió un calor húmedo. Los indios, cubiertos solo de taparrabos y mocasines, relucían de sudor. Los jinetes de Kentucky se acercaban. Tecumseh alzó su mosquete y disparó uno de los primeros tiros de la batalla de Troncos Caídos. Ruddell también apretó el gatillo, pero lo único que obtuvo fue un *clac*: había olvidado mantener secas la llave y la cazoleta. Se ignora si Lalawethika disparó sus armas, pero un número suficiente de indios de los novecientos presentes en la línea de batalla abrieron fuego, lo que hizo huir a los despreciables *kentuck*. En su lugar aparecieron los soldados con casacas azules, pantalón blanco y bicornios negros de la infantería regular de Wayne. El combate se generalizó, y ambos bandos trataron de flanquear al otro. Las tácticas empleadas contra St. Clair no le sirvieron de nada a Chaqueta Azul, pues le superaban en número en más de tres a uno. Al cabo de una hora, Wayne le había flanqueado.

Tecumseh no sabía nada del curso general de la batalla. Junto a sus seguidores, se hallaba empeñado en su propio combate entre árboles arrancados y nubes de humo, resistiendo con firmeza hasta que el relumbrar incierto de las bayonetas se hizo más brillante. A retaguardia del avance de la infantería, un ayuda de campo de veintiún años de edad se dirigió al general en jefe. «General Wayne –dijo el teniente William Henry Harrison, mientras se disponía a agarrar las riendas del caballo del general–, temo que se lance al combate y olvide darme las órdenes que necesitamos». «Tal vez lo haga –replicó Wayne–, y si lo hago, recuerde que la orden en vigor

para todo el día es “carguen a la bayoneta contra esos condenados bellacos”». [13]

Tecumseh nunca había combatido contra una bayoneta y la larga fila de casacas azules erizada de ellas le descentró un momento. El líder shawnee, al ver a los regulares cada vez más cerca, insertó la bala antes de la pólvora, lo cual inutilizó su arma. Estaba desarmado y era probable que solo. Ruddell había huido. Lalawethika, «escapó a la carrera y no paró hasta Detroit». Su hermano Sauwauseekau había muerto.

Tecumseh arrojó el mosquete y se dirigió entre los bosques al sendero del campamento indio con toda la rapidez que le permitía su corpulencia y su cojera. Tecumseh se encontró con un grupo de delawares que habían ido a desayunar. Les exhortó a resistir y les pidió un arma «para enseñarles cómo se hace». Alguien le dio una escopeta de caza. Tecumseh contuvo a los delawares hasta que pudieron escucharse las notas características de las cornetas militares que sonaban en ambos extremos de lo que había sido la línea india. Esto quería decir que se enfrentaban a un ejército numeroso. Como recordó un guerrero delaware: «Por un lado, los cuernos […] sonaban *tuut, tuut* […] luego, sonaban por otro lado, *tuut, tuut*, y luego en el otro extremo, resonaban *tuut, tuut*».

Los delawares se dispersaron ante el ataque estadounidense y Tecumseh volvió a retroceder en busca de hombres que reorganizar. Al cabo de un tiempo se encontró con una partida de shawnees. A través de los árboles podían verse con toda claridad los estandartes de batallón de los Cuchillos Largos que aleteaban con ligereza bajo el sol veraniego. Bajo un cielo claro y un fuerte bochorno, Tecumseh contuvo a sus hombres en un denso matorral, desde donde tirotearon a los soldados enemigos hasta que estos se detuvieron y soltaron una descarga contra los matorrales. Como si fueran una bandada de codornices, Tecumseh y su partida se dispersaron y se unieron a la retirada general india hacia la supuesta protección de Fort Miamis. [14]

Pero, bajo su sólida empalizada, erizada de cañones, los indios sufrieron un choque más profundo que el provocado por el asalto imparable de la Legión de Wayne. Los casacas rojas británicos estaban frente a la puerta, con las bayonetas caladas y los mosquetes armados, impidiendo la entrada a los indios. Chaqueta Azul exigió a gritos que viniera el comandante a dar explicaciones. El oficial, que miraba a los guerreros pintados y semidesnudos que se apelotonaban bajo la empalizada, contestó: «¡No puedo dejaros entrar! Vais demasiado

pintados, hijos míos». Ante la inminente llegada de los Cuchillos Largos, la desbandada de las fuerzas de Chaqueta Azul continuó río abajo, más allá de los rápidos, para reunirse con sus familias cerca de la embocadura del Maumee. Chaqueta Azul, furioso, recordó: «Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que los británicos nos trataban de una forma traicionera». [15]

El comandante británico nunca había tenido intención de auxiliar a los indios. Chaqueta Azul ignoraba que los diplomáticos estadounidenses en Londres, encabezados por John Jay, estaban concluyendo un tratado con los británicos según el cual estos cederían los puestos occidentales que habían conservado contraviniendo los términos de la Paz de París de 1783, como Fort Miamis. Pero esto no era más que el comienzo de la duplicidad británica. Alexander McKee y Matthew Elliott deploraron el cruel trato dispensado a los indios. Y tampoco vieron con buenos ojos que el contingente de Kentucky profanase a los nativos muertos. «El ejército estadounidense ha dejado pruebas evidentes de su presunta humanidad –reportó McKee– […]. Además de arrancar cabelleras y mutilar a los indios muertos en acción, han abierto pacíficas sepulturas en diversas partes del país, han dejado expuestos los huesos de los cadáveres, tanto los consumidos como los que se estaban consumiendo, e hicieron algo horrible de relatar. Con barbarie sin parangón les clavaron estacas, y les dejaron objetos que claman una venganza que está por encima de la venganza humana». [16]

El general Wayne tenía orden de evitar choques con los británicos mientras Jay negociaba el tratado, por lo que regresó a Fort Greene Ville. Le bastaba con dejar que la desunión, el hambre y las privaciones sometieran a los indios.

Wayne había calculado bien. Después de Troncos Caídos, los desanimados seguidores de Chaqueta Azul se dispersaron. Los guerreros de los Tres Fuegos que quedaban regresaron a sus tierras. Los wyandot, que habían perdido en la lid a tres de sus cuatro jefes principales, se reagruparon bajo el liderazgo de Tarhe, el más moderado de todos, en su aldea del bajo Sandusky. Pequeña Tortuga y los miamis se retiraron a sus territorios tribales en lo que hoy sería el noroeste de Indiana. Los delawares continuaron con Buckongahelas, quien, ante el portón sellado de Fort Miamis, había escupido a los británicos palabras de eterno desprecio. Sus 1216 seguidores, junto con los 949 de Chaqueta Azul y 83 mingos, permanecieron en las inmediaciones del fuerte durante el invierno de 1794-1795. Su supervivencia dependía de las donaciones de los británicos, por desgracia, insuficientes. «Privados de nuestras cosechas, de todo

medio de sustento, tuvimos que hibernar en el lugar en el que se encuentra Toledo hoy día –recordó un cautivo estadounidense–. Dependíamos por completo de los británicos, los cuales apenas proveían la mitad de nuestras necesidades, y, para empeorar aún más las cosas, la hierba causante del tambaleo del ganado [algodoncillo] crecía en abundancia en la zona […] las reses comenzaron a morir una tras otra, y luego los perros […] la inanición hizo que los indios estuvieran furiosos con los británicos. Y decidieron […] que harían un tratado con los estadounidenses». [17]

Tecumseh no tenía intención de aceptar la caridad de los británicos. Pero tampoco se uniría a los miembros de la tribu dispuestos a entrar en tratos con los vencedores estadounidenses. Ya había dado una vez la espalda al territorio del Ohio y a los shawnees, primero para seguir a Cheeseekau a la Luisiana española, y luego para combatir junto a los chickamaugas. Ahora, partiría solo con Lalawethika, Tecumpease y su marido, y un puñado de incondicionales. Su grupo pasó el invierno en la cabecera de los ríos Great Miami y Scioto, en un país rico en caza que había sido vaciado de indios pero que todavía no había sido ocupado por colonos blancos. Fue en esta región donde Tecumseh pasó la temporada invernal. [18]

La Confederación del Nordeste desapareció oficialmente el 3 de agosto de 1795, fecha en la que noventa y nueve jefes firmaron el Tratado de Greenville, cuyos términos estipulaban que cederían todas las tierras salvo la esquina noroeste de la actual Ohio. El tratado era, simple y llanamente, un trastorno catastrófico para la sociedad india. El gobierno estadounidense era a un tiempo usurpador y benefactor: se aseguraba influencia en los gobiernos tribales por medio de un sistema de anualidades que concedía cada año pagos que iban de los 500 a los 2000 dólares.

El Tratado de Greenville también especificaba la pretensión de transformar culturalmente a los indios, a los que se animaría a abandonar la caza y dedicarse en exclusiva a la agricultura. Esto se haría tanto si estaban de acuerdo como si no. Otros artículos del tratado autorizaban a los Estados Unidos a construir fuertes y puestos comerciales en tierras indias; renunciaban también a posibles pretensiones sobre las tierras situadas entre los ríos Ohio y Misisipi (una promesa que tan solo se mantendría en vigor mientras George Washington y su sucesor, John Adams, estuvieran en la presidencia); tan solo permitía comprar tierras indias al gobierno federal; obligaba al gobierno a proteger las tierras indias restantes de usurpadores

blancos y garantizaba a los nativos privilegios de caza en el territorio cedido siempre y cuando ninguno de sus ocupantes blancos legales tuvieran ninguna objeción. Las tribus de la región del Ohio, antaño orgullosas e independientes, y que durante más de un siglo habían enfrentado entre sí a las potencias europeas y a los Estados Unidos, se veían ahora ligadas de forma inextricable a sus conquistadores. Los indios se hicieron cada vez más dependientes de los pagos anuales de bienes y efectivo, y en particular sus jefes, pues su poder derivaba ahora de su autoridad para distribuir las anualidades entre los miembros de la tribu como mejor les pareciera, una dinámica preocupante que mitigaría futuras resistencias unificadas. La paz había llegado, pero a un precio que ningún indio se hubiera planteado antes de la batalla de Troncos Caídos. [19]

El impacto inmediato del Tratado de Greenville varió de una tribu a otra. A los miamis les fue bien. El yerno de Pequeña Tortuga, William Wells, recibió una anualidad para la tribu de 2500 dólares, pero otras tribus de la confederación solo recibieron 1000. Los miamis también conservaron el corazón de sus tierras. Los potawatomis, un pueblo oportunista de quienes incluso sus aliados indios admitían que eran «engañosos y traicioneros», ya hacía mucho que se habían trasladado a otros lugares, pero se presentaron en masa en el consejo y se embolsaron una parte igual a la de los shawnees, que se vieron derrotados y sin tierras. Su acceso a la tierra dependía ahora de los wyandot y los miamis. [20]

¿Y qué fue de los jefes de la difunta Confederación del Noroeste? Cada uno de ellos se adaptó a la nueva realidad conforme a su naturaleza. Pequeña Tortuga, que, según dijo, «aceptaba todos y cada uno de los artículos del tratado» se limitó a solicitar que William Wells fuera nombrado intérprete residente de las aldeas miami que surgieron cerca del recién construido Fort Wayne, en lo que sería el territorio de Indiana. Tarhe se retiró a su aldea del centro-norte de Ohio, y aseguró a Wayne que «nosotros [los wyandot] reconocemos, ahora y en el futuro, los quince Estados Unidos de América». Buckongahelas también enterró el hacha de guerra.

El Tratado de Greenville fue muy oneroso para Chaqueta Azul. El acuerdo no solo negaba una vida dedicada a la resistencia a la dominación anglosajona. Ahora que la guerra había finalizado, la tradición shawnee dictaba que debía ceder su autoridad al jefe de paz mekoche Pezuña Negra, un líder anciano pero despierto que se conformaba con seguir los caminos del hombre blanco. Pero al menos pudo conservar su vida confortable. En una conferencia privada con el general Wayne, Chaqueta Azul fustigó a los inconstantes británicos y

reiteró sus «protestas de la sinceridad de mis sentimientos y su resolución de ser, de ahora en adelante, un amigo leal de los Estados Unidos». La promesa de una casa y una audiencia con el presidente ayudaron a aplacar a Chaqueta Azul, el cual trasladó sus elegantes muebles, su colección de armas y pieles, su esposa métis, sus hijos educados a la inglesa y sus bellas hijas a un nuevo asentamiento a orillas del río Detroit.

En este nuevo asentamiento Chaqueta Azul se empeñó en demostrar sus buenos sentimientos a su padre estadounidense. Convenció a setenta guerreros shawnees «refractarios» comandados por el caudillo de guerra Puckeshaw para que retornasen cuatro prisioneros al general Wayne. «Te los entrego ahora a ti, Padre mío, y prometo con sinceridad que no cometeré más fechorías –se rebajó Puckeshaw–. Espero que se me permita vivir y cazar en paz y tranquilidad. Solo somos hijos pobres e ignorantes, perdidos en los bosques, que no sabíamos que nuestra nación, y todas las demás tribus de indios, han venido a hacer la paz contigo. Agradezco al Gran Espíritu por abrir nuestros ojos de par en par». [21]

❖

Solo quedaba un guerrero shawnee solitario en la orilla norte del gran río de su niñez, al cual los Cuchillos Largos llamaban río Ohio. El guerrero oteó hacia la lejana orilla de Kentucky. Era consciente de que nunca más podría cazar en el país de la hierba azul. La barrera se había cerrado. Los Cuchillos Largos, simiente de la Gran Serpiente, ahora ocupaban el centro del universo. La tierra se había sumido en el caos. Los shawnees habían perdido su hogar. [22]

Pero Tecumseh no se sometería a nadie. Aunque acabó por aceptar el tratado, se negaba a acercase a menos de un día a caballo de Greenville. Tecumseh, tras establecer una aldea en Deer Creek [lit. arroyo del ciervo], un ancho afluente del alto Scioto, pasó las largas semanas de verano del consejo de Greenville en lo más profundo del bosque, de caza. Ya no eran salidas solitarias. Troncos Caídos había sido el primer combate regular de Tecumseh contra soldados. Y su comportamiento había sido tan bueno que sus seguidores crecieron en proporción al valor demostrado durante la retirada, cuando la mayoría había perdido la cabeza. Los guerreros que acudían a Tecumseh eran jóvenes furiosos y desconcertados, en su mayoría shawnees de la división kispoko que habían rechazado a Chaqueta Azul, Pezuña Negra y los otros jefes que habían capitulado ante los Cuchillos Largos. Estos «militantes» como les llamaban con desconfianza los estadounidenses, no querían necesariamente la guerra, pero

detestaban la idea de abandonar su vida tradicional. Querían un comercio justo con los estadounidenses, que ahora sumaban ya más de diez mil en los asentamientos del sur de Ohio, pero por lo demás querían que les dejasen en paz. Entre los seguidores de Tecumseh estaban sus hermanos supervivientes, así como su hermana mayor Tecumpease y el marido de esta, Wahsikegaboe. Pero Ruddell ya no estaba. Después de Troncos Caídos, Ruddell había regresado con su familia blanca de Kentucky. Dado que era un guerrero de valía probada, la cultura shawnee prohibía que nadie interfiriera en su decisión. No cabe duda que dejar a Tecumseh tuvo que ser una decisión emotiva. Ni uno ni otro sabían que sus caminos volverían a cruzarse.

Tecumseh no buscaba problemas; eran los problemas los que le encontraban a él. En junio de 1795, el líder shawnee y treinta de sus seguidores se toparon con cincuenta kentuckianos cerca de su aldea en Deer Creek. Tuvo lugar un combate espontáneo que se saldó con la muerte de un kentuckiano y la pérdida de algunos suministros de los shawnees. Esto, para los estándares de la frontera, era un resultado equilibrado. Tecumseh no tomó represalias.

Entre los indios, el liderazgo debía ganarse y reconfirmarse. Una tarde tras la escaramuza, Lalawethika y algunos otros jóvenes guerreros apostaron con Tecumseh que matarían tantos ciervos como él en tres días. Se aceptó la apuesta y los hombres se dispersaron. Cuando volvieron a reunirse en el campamento de caza, Tecumseh traía casi cuarenta pieles. Nadie más había matado más de uno o dos ciervos. «Después de esto –atestiguó Anthony Shane–, fue considerado de forma unánime el más grande cazador de la nación shawnee». [23]

A la edad de veintisiete años, Tecumseh lideraba una aldea de un centenar de personas, cifra que suponía un diez por ciento de los shawnees que todavía residían en la región del Ohio. El venerable jefe civil Pezuña Negra no convocó a Tecumseh a su aldea, Wakatomica, en el río Auglaize, lugar en el que se habían agrupado los shawnees mekoches, pues cabía la posibilidad de que declinase acudir a su llamada, sino que optó por viajar en persona a Deer Creek para informar al advenedizo pekowi del Tratado de Greenville. [24]

Tecumseh había llegado a ser un poder –si bien un poder menor– en la política shawnee. A partir de entonces, consolidaría su posición a través de medidas políticas, y no, como había ocurrido hasta el momento, por medio de la guerra. Demostraría gran habilidad en el arte de la política. No obstante, su mayor aliado no sería su talento para ganarse a la gente por sus propios méritos, sino más bien por un catalizador místico procedente de una fuente de lo más insospechada.

Antes de separarse, Tecumseh y Stephen Ruddell hablaron del Tratado de Greenville. Aunque el shawnee no había acudido al consejo, Ruddell afirmó que su amigo no era hostil a la paz de Greenville. «Decía que ahora estaba contento, pues podría dedicarse a cazar sin peligro». De hecho, Tecumseh interpretó a su favor la cláusula del tratado que permitía a los indios cazar en las tierras cedidas, pues se dedicó a recorrer todo el Ohio central. [25]

En la primavera de 1796, su banda efectuó un último peregrinaje a la antigua Piqua, lugar donde se mezclaban recuerdos de tradición y tragedia. Allí plantaron una cosecha de maíz. Y fue allí también donde Tecumseh tomó a su primera esposa shawnee, Mamata, por consejo de sus amigos, quienes consideraban que no era adecuado que su líder no tuviera compañera femenina. Mamata, como observaría Lalawethika, «no era la dama más atractiva o agradable del mundo». Pero le dio un hijo, a quien los ancianos llamaron Paukeesa, o Pantera Agazapada. Tecumseh no sentía gran apego ni por su esposa ni por su hijo. Mamata y él dormían en lechos separados, y la piel clara de su hijo le repelía. «Es demasiado pálido, parece un hombre blanco», le confiaría más tarde Tecumseh a un británico. Tecumseh no tenía intención de cargarse con una esposa, pero Mamata murió poco después de dar a luz a Paukeesa. Tecumpease, siempre la mujer puma, acogió al muchacho en su cubil para criarlo como uno de los suyos. [26]

Libre de cargas familiares, Tecumseh buscó un nuevo hogar para su banda. En el invierno de 1796-1797 se trasladaron al río Whitewater, un turbulento afluente del Great Miami situado en lo que hoy sería Indiana oriental. Allí Tecumseh y su gente vivieron un año en paz, mientras cazaban y cultivaban maíz en un país libre de blancos. Tecumseh brilló en su papel de jefe de aldea, tarea a la que se entregó de pleno. Puede que tuviera carencias como padre o esposo, pero era muy atento con las necesidades de sus aldeanos. Cuidaba de los viejos y los enfermos, a quienes reparaba sus frágiles *wigwam* cuando se acercaba el invierno, les daba pieles para sus mocasines y ropas, y compartía con ellos las porciones más selectas de las piezas que podía cazar en los bosques en cada estación. Cuidaba de forma discreta de aquellos que, en palabras de un admirador, eran «objeto de la más humilde caridad, los cuales, de una forma rápida y nada ostentosa, veían cubiertas sus necesidades». [27]

La reputación de bondad de Tecumseh creció. En la primavera de 1798 aceptó la petición de una banda de delawares de unir sus aldeas en el río White. Las peregrinaciones de Tecumseh se hicieron menos

frecuentes. Ganó nuevos adeptos y volvió a casarse. Su nueva esposa, pese a ser joven y bella, tampoco se ganó su corazón. Como ya había ocurrido con su primera esposa shawnee, Mamata, Tecumseh insistió en que durmieran separados en su *wingwam*. Uno y otro dormían desnudos envueltos en sus respectivas pieles de animales en un espacio que no superaba los cinco metros de diámetro, mas era evidente que el cuerpo de su esposa no le atraía. Se separaron de forma abrupta tras una breve cohabitación. Anthony Shane, conocedor de los detalles de la ruptura, explicó que un día Tecumseh volvió de cazar con un espléndido pavo que su mujer debía cocinar para cenar con sus amigos. Cuando su esposa presentó el ave preparada, Tecumseh descubrió unas pequeñas plumas todavía adheridas al ave. Cuando sus amigos se hubieron marchado, le dio a su esposa sus ropas y le ordenó que se fuera. La mujer, sorprendida, le preguntó a Tecumseh por qué la expulsaba. Por las plumas de pavo, replicó. Ella trató de convencerle de que le dejase quedarse, pero él la rechazó con frialdad. «No, debes irte. Estoy avergonzado de ti. Debemos separarnos para siempre» y la echó.

A juzgar por el relato de Shane, Tecumseh se revela un esposo inconstante y quisquilloso, que tal vez tenía un impulso sexual menor o mejor controlado que los demás hombres shawnees, que por lo demás también habían sido instruidos en las virtudes, tanto espirituales como terrenales, de la frugalidad en el sexo. Por otra parte, el que Tecumseh repudiase a su esposa era del todo permisible. Como observó un misionero protestante, las parejas shawnee solían separarse «por la más mínima falta». Un misionero moravo explicó que los matrimonios de los indios de los bosques no eran permanentes: «El marido puede dejar a su esposa siempre que le plazca y la esposa puede abandonar a su marido de igual modo». Al menos, en teoría, una esposa rechazada no tenía por qué avergonzarse. **[28]**

A sus treinta años de edad, Tecumseh volvía a estar soltero y en apariencia feliz de no tener ningún compromiso. Trataba con cordialidad a los colonos que conoció mientras vivió junto al río White. Hacía gala de un excelente sentido del humor y de un agudo instinto para los negocios, y hacía amigos blancos con facilidad. En tanto que los estadounidenses cumplieran el tratado y no superpoblasen la región del Ohio, el líder shawnee les concedía el beneficio de la duda, una gran concesión dado que venía de un hombre que había sufrido tantas tragedias personales a manos de los Cuchillos Largos. Además, Tecumseh, en su corazón, era un sincero partidario de la paz en tanto que se le permitiera vivir la vida de cazador que tanto amaba. Una vez vengada una pérdida, como ocurrió

tras la muerte de Cheeseekau, el odio por el odio no tenían cabida en él.

Jonathan Alder, quien, después de Greenville, había trocado la vida de guerrero shawnee por la de colono, poseía una ventaja respecto a los recién llegados blancos: había combatido contra los Cuchillos Largos. Por otra parte, su vida anterior con los indios también le convirtió en blanco fácil de sus burlas. Un día, Tecumseh le hizo una oferta: cambiar un caballo por un barril de ron. Alder aceptó, pero el animal murió. Este, entonces, enojado, le pidió otro caballo a Tecumseh, el cual sonrió y se negó, según una astuta lógica que Alder difícilmente podía contradecir: «[Tecumseh] dijo que se había bebido el ron y que ya no le quedaba, y daba por supuesto que yo no había perdido dinero. Dijo que el ron era inservible para los dos; y que él había sufrido las malas consecuencias de beberlo. Razonó que el caballo me había hecho tanto bien como el ron le había hecho a él, y tal vez más, pero, de todos modos, si así estaba contento, "así quedamos paz", cosa que hicimos». **[29]**

El inglés fluido de Tecumseh le permitió tratar con aquellos estadounidenses que estuvieran dispuestos a hacerse amigos de los indios. James Galloway, pese a ser de Kentucky, era uno de ellos. Galloway había sido uno de los primeros pioneros, y en 1782 había participado en el ataque contra Chillicothe, hogar de juventud de Tecumseh. Galloway vino a la región del Ohio en 1797 porque detestaba la esclavitud, que en Kentucky se había consolidado. Irónicamente, se estableció con su familia cerca del lugar en el que estaba la antigua Chillicothe, en una casa de dos pisos hecha de troncos de roble blanco. La residencia Galloway, elegante con arreglo a los estándares de la frontera, contaba con ventanas de vidrio, dos grandes hogares, y un jardín de hierbas aromáticas muy bien cuidado.

Tecumseh le visitaba con frecuencia. Amable y generoso, Galloway le animaba a ir siempre que quisiera. El líder shawnee se hizo amigo de Rebecca, la hija rubia y preadolescente de Galloway. En sus primeras visitas, los exóticos amigos de su padre la asustaban, de modo que solía esconderse bajo la cama o en la buhardilla de la cabaña cuando Tecumseh y otros shawnees se dejaban caer por allí. Peter, hijo del difunto jefe Tallo de Maíz acompañaba con frecuencia a Tecumseh, al igual que Jim, hijo del asesinado jefe Logan. Los tres hablaban inglés. En ocasiones acampaban junto a la casa y compartían una botella de *whisky* de la frontera con Galloway. Tecumseh, asimismo, solía librar combates de lucha libre con Jim Logan, quien era alto y fuerte, para diversión de los blancos. A medida que las visitas de Tecumseh se hicieron más frecuentes, y el padre de Rebecca

mostraba su afecto por el líder shawnee al cederle la «silla de invitados» de la familia, la timidez de la muchacha se esfumó. A partir de entonces, la joven se dedicó con entusiasmo a instruir a Tecumseh en las particularidades de la gramática inglesa.

Para expresar su agradecimiento a la hospitalidad de los Galloway, el líder shawnee quiso sellar su amistad con un gesto que honrase a la familia. Tecumseh llenó su *tomahawk*-pipa ceremonial con *kinnikinnick* (tabaco de hierbas), tomó una primera pipada, y luego se la pasó a su anfitrión. A continuación, cada uno de los miembros de la familia tocó el mango. Tras la ceremonia, Tecumseh entregó a Galloway la pipa «como prenda de su pacto inviolable». Dicho objeto se convirtió en un muy querido recuerdo familiar. **[30]**

Abner Barrett, el amistoso vecino de Galloway, también contaba a Tecumseh entre sus visitantes ocasionales. Una de estas visitas repentinas les proporcionó considerable diversión. Un novato kentuckiano estaba en casa de los Barrett con intención de comprar tierras en el río Mad. Cuando unos amigos de Barrett mencionaron que había indios en la zona, el kentuckiano se alarmó. Entonces, la puerta de la casa de Barrett se abrió de par en par, y entró Tecumseh, «con su habitual aire majestuoso». El miedo del de Kentucky era palpable. Tecumseh le señaló, y exclamó: «¡Un niño grande!». Y, mientras le palmoteaba la espalda, repetía: «¡Un niño grande!». La alarma del forastero creció en proporción a las carcajadas de sus anfitriones. **[31]**

Pero, dejando de lado la cordialidad, Tecumseh tenía sus límites. El factor indio John Johnston le definió como un «perfecto estoico». Era uno de los pocos hombres indios que vestían por completo a la usanza tradicional, con piel de ciervo: «Rehusaba vestir las manufacturas del hombre blanco, y cuando los agentes indios le ofrecían prendas de vestir, las recibía con una vara y se las pasaba a algún otro, mientras decía que tales prendas solo eran adecuadas para mujeres». Cuando cenaba con Johnston, solo comía patatas, quizá porque eran el elemento menos adulterado del menú. **[32]**

Sus tratos con sus vecinos blancos revelaban una incipiente habilidad política. Su primera incursión en la diplomacia intercultural tuvo lugar en 1799, el año que dio a los Galloway su pipa ceremonial. Los colonos del valle del río Mad, cerca del hogar de los Galloway, estaban convencidos de la inminencia de una guerra debido a que los shawnees habían comenzado a actuar de forma extraña. Primero, una pequeña banda de shawnees se marchó de la zona sin haber cosechado su maíz. Luego, los guerreros de Tecumseh montaban guardia alrededor de su aldea. En Wakatomica, los guerreros de Pezuña Negra

se preparaban también. Algunos incluso enviaron a sus mujeres e hijos a los fuertes estadounidenses para protegerlos. Los colonos, por su parte, huyeron a Cincinnati, y los que se quedaron construyeron blocaos para defenderse del ataque indio.

El «coronel» William Ward, líder de los asentamientos del río Mad, y Simon Kenton veían la alarma con escepticismo. (Al igual que Tecumseh, Kenton tenía cierta fiebre viajera. En algún momento después de su última escaramuza con los shawnees, se trasladó de Kentucky a Ohio. Ahora, él también era un diplomático *amateur*). Para resolver el problema, Ward, Kenton y James Galloway invitaron a los jefes shawnees a un consejo cerca de la actual Urbana, Ohio, en la casa de un comerciante francocanadiense llamado François Duchouquet, el cual hablaba shawnee.

El 13 de agosto, después de que Kenton y Tecumseh enterrasen el hacha de guerra de forma amistosa, el consejo se reunió. Acudieron otros siete líderes shawnees, los cuales eligieron a Tecumseh para que hablase en su nombre. Pese a que Duchouquet confesó que le era difícil traducir los «elevados arrebatos de elocuencia» de Tecumseh, Galloway dijo que el discurso de su amigo «fue muy admirado por su fuerza». Ward dejó escritas las palabras de Tecumseh, que llegaron a ser publicadas por el *Cincinnatti Western Spy*. Estas decían, en parte, lo siguiente:

> Hermanos. Sabéis muy bien que fuimos los últimos en aceptar el Tratado de Greenville con nuestro padre el general Wayne. También hemos decidido siempre ser los últimos en poner fin a la paz que nuestros caudillos nos han ordenado. Sin sus órdenes, jamás lo haremos.
> Hermanos. Sentimos saber que alguna mala persona os ha dado una falsa alarma, que os ha llevado a enviar lejos a vuestras familias y a abandonar vuestros hogares. No era nuestra intención causaros el menor problema u ocasionaros a vosotros o a vuestras familias ningún inconveniente.
> Hermanos. Si veis a los chickasaws, os imploramos que les pidáis que vuelvan a casa y no cometan fechorías contra nosotros, la nación shawnee, pues no pretendemos causarles ningún daño. **[33]**

Al contrario que Galloway y Duchouquet, el beodo de Lalawethika no estaba en absoluto impresionado por el primer discurso de su hermano, ni por su capacidad retórica en general. La costumbre shawnee dictaba que los discursos no debía redactarlos ni

pronunciarlos una misma persona, lo cual Lalawethika dedujo que era algo bueno, pues Tecumseh «no era un buen redactor de discursos». Y tampoco sabía darlos bien, pues «a veces era confuso, y por lo general tedioso, y dado a los circunloquios». [34]

Las pullas de Lalawethika sugieren que estaba celoso. El discurso de Tecumseh, con independencia de sus méritos, fue suficiente para aplacar la preocupación de Ward y Kenton. Como explicó el mismo Tecumseh, la causa de los supuestos preparativos bélicos de los shawnees era el temor a que una partida de guerreros chickasaw del sur atacase sus localidades en represalia por la muerte de exploradores chickasaw al servicio del general Wayne. La amenaza chickasaw se esfumó y los asustadizos colonos regresaron a sus granjas.

El discurso de Tecumseh puede que careciera de grandilocuencia, pero preservó la paz. A sus treinta y un años de edad, era un jefe de considerable futuro político. Una vez superada la alarma bélica, Tecumseh podía dedicarse a su pueblo. O eso es lo que creía. El destino estaba a punto de darle dos adversarios: uno, un ambicioso aristócrata virginiano con capacidad casi ilimitada de causar problemas; el otro, un veneno líquido contra el que los indios carecían de antídoto. [35]

CAPÍTULO 8

UNA CULTURA EN CRISIS

WILLIAM Henry Harrison era un joven con prisas. Tenía que serlo, si quería llegar a ser alguien. Nacido el 9 de febrero de 1773, William era el tercer hijo de Benjamin Harrison V, uno de los firmantes de la declaración de independencia y gobernador de Virginia durante la guerra. William Henry creció en tiempos turbulentos y experimentó vicisitudes personales similares a las que había experimentado Tecumseh en su niñez. En enero de 1781, una expedición británica al mando del renegado Benedict Arnold arrasó la plantación de su familia, situada en Berkeley. Los asaltantes saquearon joyas y cubertería, quemaron ropas y retratos familiares, masacraron ganado y se llevaron esclavos y caballos. Fue una pérdida devastadora de la que el gobernador Harrison nunca se recuperó y que inculcó a William Henry Harrison un odio de por vida hacia todo lo británico.

La familia de Benjamin Harrison descendió a una pobreza respetable. Lo único que les salvaba de la ruina completa era su condición de primera familia del Viejo Dominio [*5]. Además, al no ser el primogénito, William Henry estaba condenado a heredar muy poco de lo que le quedaba a su padre. Así, en 1791 dejó la finca familiar para labrarse un futuro. Su intención era estudiar en la facultad de medicina de Pensilvania, pero su padre murió de forma repentina. A William le legó una mísera herencia de mil doscientas hectáreas de bosques y matorrales baldíos y ningún dinero para sus estudios. A sus dieciocho años de edad, William Henry Harrison no tenía ni dinero ni perspectivas de futuro.

El primo del joven Harrison y gobernador de Virginia, Richard Henry Lee, le sugirió que solicitara un despacho de oficial en el ejército. El momento era propicio: el Congreso había autorizado un aumento del ejército regular para que St. Clair pudiera librar su guerra en el Territorio del Noroeste. Harrison solicitó, entonces, entrar en el ejército y el presidente Washington aprobó su petición. «En veinticuatro horas –recordó–, me vi convertido en un alférez del primer regimiento de infantería de los Estados Unidos».

No tenía en absoluto porte de oficial. De constitución liviana, medía 1,72 centímetros (unos siete centímetros menos que Tecumseh), tenía un rostro atractivo pero delicado y era un amante de los libros por naturaleza. Al contrario que la mayoría de los jóvenes oficiales, Harrison era abstemio y descendía de un linaje distinguido. Su primer servicio fue cruzar la frontera de Pensilvania con trescientos reclutas hasta Pittsburgh. Desde allí, descenderían en bateas el Ohio hasta Fort Washington, cerca del remoto asentamiento de Cincinnati. Harrison, con un ejemplar de Cicerón y un libro de retórica en la mochila, se encaminó al interior de la región consciente de que sus perspectivas «no eran alentadoras para un muchacho que todavía no había cumplido los diecinueve, había sido criado con ternura, y tenía un carácter y una constitución poco adecuadas para arrostrar las fatigas y privaciones consustanciales a la vida castrense en un país donde los primeros vestigios de civilización todavía estaban por hacer».

Las perspectivas parecían aún más sombrías la triste tarde de noviembre de 1791 en la que el alférez Harrison y sus reclutas desembarcaron frente a Fort Washington. La guarnición estaba presa del caos. Por todo el puesto había supervivientes del malhadado ejército de St. Clair, aturdidos y abandonados, y la mayoría borrachos. Harrison se mantuvo sobrio, y, tras siete meses del penoso servicio de guarnición, el distante y delicado Harrison recibió su despacho de teniente. En octubre de 1792, el Loco Anthony Wayne le puso al mando de una compañía de su Legión de los Estados Unidos para sustituir a un capitán alcohólico y fornicador. Este se puso a trabajar con entusiasmo, ejecutaba a desertores y azotaba a descontentos. También sugirió que los cobardes más notorios fueran marcados en la frente, propuesta que desaprobó el secretario de guerra Knox, no por su brutalidad sino por su dudosa legalidad. Los buenos soldados apreciaban la disciplina de Harrison, dura pero justa. Sus compañeros oficiales, que en un principio le consideraban un arribista altivo, ahora le veían con buenos ojos.

En febrero de 1793, poco antes de cumplir veinte años, obtuvo un permiso. En el transcurso de casi dieciocho meses de servicio en los bosques, muchas cosas habían cambiado en su casa. Su madre había fallecido y su hermano Benjamin gobernaba indiscutido en Berkeley.

Durante su estancia en Virginia, William Henry vendió a Benjamin las malas tierras que le había legado su padre y dio la espalda para siempre a la región del Tidewater. Harrison se dedicó de pleno a sus deberes marciales, lo que llamó la atención del Loco Anthony Wayne, quien le nombró ayuda de campo. A un notable colono que conoció a Harrison poco después de que le ascendieran al estado mayor del

general al mando, le gustó lo que vio: «El teniente Harrison era un joven popular y de aspecto atractivo, favorito de los soldados y el ejército. Tenía un carácter pacificador y su relación con el comandante en jefe le permitía ejercer una gran influencia».

Es más, Harrison demostró valor y calma bajo el fuego. En Troncos Caídos no solo entregó las órdenes de Wayne, sino que también ayudó a formar el ala izquierda de la Legión entre los espesos bosques. En otra ocasión, después de dar a los dragones la orden de lanzar la carga decisiva contra la línea india, se halló «entre dos fuegos», uno de los cuales podía provenir de la avanzada de Tecumseh. El teniente había nombrado a su caballo Fearnaught [lit. osado] y el animal demostró merecer tal nombre. «Mi valeroso garañón me llevó con tal rapidez que evitó el tiro directo de los indios, y tuve suerte de escapar a las balas de los míos». Harrison volvió a ganar en Troncos Caídos la aprobación del general Wayne, quien le recomendó al alto mando por «su conducta y bravura al animar a las tropas a avanzar hacia la victoria». [1]

La paz puso a Harrison ante un dilema. Podía permanecer en el ejército, lo que suponía un lento camino hacia el olvido, o podía lanzarse al Territorio del Noroeste, en busca de las grandes oportunidades que esperaban a aquellos hombres lo bastante rápidos y seguros para tomarlas. Harrison se consideraba uno de dichos hombres. Planificó con destreza su futuro. En 1798 dimitió del ejército y se casó con Anna Tuthill Symmes, la delicada y bien educada hija de John Cleves Symmes, héroe de la Guerra de la Revolución y uno de los mayores propietarios del territorio. A continuación, su reputación militar le permitió acceder al título de registrador de la oficina de tierras de Cincinnati. Poco después, el presidente John Adams le nombró secretario del gobernador del Territorio del Noroeste, un cargo con escasas responsabilidades y una confortable remuneración anual.

En 1799, en alianza con su influyente suegro y otros críticos del gobernador St. Clair, Harrison ganó las elecciones a delegado de su territorio en el Congreso. Durante su breve estancia en el cargo su única contribución fue introducir un cambio en las ventas de tierras públicas que inundarían el oeste de nuevos colonos con más rapidez de lo que el gobierno, o los indios, podían esperar. Hasta entonces los compradores estaban obligados a adquirir al menos cuatro mil acres [1614 hectáreas], una ley que favorecía a los especuladores en detrimento de los colonos, que rara vez podían reunir el capital necesario para comprar ni siquiera una fracción de esa cantidad. Harrison introdujo una ley que permitía la venta de tierras por medias

secciones de 320 acres [130 hectáreas] al oeste del río Muskingum, o por secciones completas de 640 acres [258 hectáreas] al este de dicho río, a 2 dólares por acre. Las tierras podrían pagarse una cuarta parte por adelantado y el resto a lo largo de cuatro años.

Es probable que la iniciativa de Harrison no gustara a los especuladores, pero los residentes del Territorio del Noroeste aplaudieron esta ley de tierra pública, de modo que premiaron a su autor. A comienzos de 1800 el Congreso dividió el Territorio del Noroeste en los territorios de Ohio e Indiana. John Symmes y sus compinches se aseguraron de que Harrison fuera nombrado gobernador y superintendente de asuntos indios del territorio de Indiana. Este territorio era una extensión enorme de tierras, que comprendía lo que hoy sería Indiana, Illinois, y Wisconsin, además de parte de Minnesota y Míchigan. Harrison aceptó el cargo, pero solo después de que se le garantizase que el futuro presidente Thomas Jefferson lo mantendría en el puesto. [2]

Los poderes de Harrison eran inmensos. Podía nombrar el legislativo territorial y los jueces, así como ejercer autoridad casi absoluta sobre una población no-nativa de 4875 habitantes (que incluía 135 esclavos negros), concentrada en la franja sudoeste de la actual Indiana. El vecino territorio de Ohio era más robusto y sus 45 000 habitantes estaban más dispersos, incluido un inquietante número que ocupaba tierras de forma ilegal al norte de la línea del Tratado de Greenville.

La vida de los primeros pioneros en ambos territorios fue lóbrega. El futuro colono entraba en la región descendiendo el río Ohio en batea con un rifle, un hacha, un carro de bueyes, su familia, y poco más. Primero construía un cobertizo con ramas. Luego, abatía árboles para construir una cabaña, espantaba o mataba a los pumas y osos que merodeasen por la zona, y arrancaba tocones de árboles hasta despejar tierra suficiente como para ganarse la vida a duras penas. La situación de su esposa solo era menos dura en apariencia, pues carecía de todas las comodidades de la vida cotidiana. Los muebles eran mínimos, en su mayor parte bancos, mesas y taburetes hechos a mano. Las pieles de oso servían de colchones y mantas. No había ventanas que lavar; el papel engrasado hacía las veces del vidrio. Las privaciones hacían la vida muy dura.

MAPA 4: CESIONES INDIAS DE TIERRAS, 1803-1809

Las enfermedades, en particular la temida *ague* (malaria), estaban siempre presentes, y la dieta, que rara vez consistía en otra cosa que no fuera carne de cerdo y harina de maíz, debilitaba las constituciones; un resfriado común podía transformarse al instante en neumonía y los rigores del parto envejecían de forma prematura o mataban a las mujeres. Las únicas válvulas de escape en la vida del pionero eran la caza, los concursos de tiro, de rodamiento de troncos o de desvainar maíz, las bodas y el *whisky*. De hecho, rara era la cabaña que careciera de un generoso suministro de jarras de *whisky* de maíz o de centeno destilado en alambiques locales de cobre, del mismo modo que se consideraba poco hospitalario al pionero que no invitase a beber a un viajero, con frecuencia hasta emborracharse del todo. Tales eran los colonos que llamaban salvajes a los indios.

Vincennes, capital del Territorio de Indiana, ofrecía escasas diversiones a los hombres de los bosques. Era un asentamiento pobre y embarrado de cuatrocientas cabañas en el bajo Wabash, en el que no faltaban los borrachos con cuchillos y los indios con poca paciencia. Aun así, Harrison puso a mal tiempo buena cara. «Me complace mucho este territorio –escribió a un amigo a finales de 1801–. He adquirido una granja de unos trescientos acres [121 hectáreas] junto a la ciudad. Todo el terreno ha sido despejado y la primavera próxima comenzaré a construir, si puedo hallar los medios». Harrison no solo encontró los medios para construir una granja, sino que también comenzó los trabajos en una de las grandes residencias del Viejo Noroeste. Finalizada en 1804, se trataba de una elegante estructura de

ladrillo de estilo georgiano-federal con impactantes columnas dóricas que habría enorgullecido a un terrateniente del Tidewater. La mansión Harrison, monumento de magnificencia fronteriza, recibió el nombre de Grouseland y se convirtió en el centro de gobierno del Territorio de Indiana. También serviría de fortaleza en tiempos revueltos, momentos que llegarían mucho antes de lo que el gobernador Harrison esperaba. [3]

Tecumseh podía bromear con Jonathan Alder acerca de las relativas ventajas de un barrilete de ron y un caballo enfermo, o emborracharse de vez en cuando, pues sus momentos de intoxicación eran escasos. Pero, por el otro lado, Lalawethika era un vividor. Flaco y debilitado por la bebida, con la percepción de la profundidad dañada debido a la pérdida de su ojo derecho, Lalawethika se pavoneaba por la aldea, mientras se jactaba de virtudes inexistentes y vivía de donativos. La bebida, no obstante, no parecía haber nublado su astucia natural ni reducido el afecto que le profesaba Tecumseh. Este había perdido a su padre, a sus dos hermanos, y ya no tenía contacto con su madre. Tal vez estas ausencias hicieron que estrechara su relación con Lalawethika más de lo que lo habría hecho en otras circunstancias. [4] En todo caso, Tecumseh, como jefe de la aldea, se enfrentaba a un problema más grave que el alcoholismo de su hermano. Se encontraba en guerra con un adversario que amenazaba con barrer toda la población india del río White, tanto shawnee como delaware, como ya había hecho con Lalawethika. Se trataba de un enemigo más pernicioso y más duro de vencer que el más astuto combatiente de Kentucky: el licor.

Dos misioneros moravos que vivían con una docena de delawares conversos a 25 kilómetros río abajo de la aldea de Tecumseh fueron testigos de los horribles estragos que el alcohol causaba entre los shawnees y sus vecinos delawares «paganos», y la facilidad con la que su pequeña grey sucumbió a sus efectos. «Se pasaban la noche gritando en los bosques, comportándose como locos –escribieron los moravos de la primera bacanal de la congregación–. Quien no haya visto emborracharse a un indio, no puede imaginarse lo que es. Es como si se transformasen en espíritus malignos». Los delawares cristianos hacían acto de contrición después de cada licencia, pero luego volvían a beber. Lo más trágico que sucedió fue que una anciana superviviente de la masacre de Gnadenhutten murió a causa de un coma etílico. Vendió toda su cosecha de maíz y todas sus pertenencias para comprar *whisky*. A continuación, «se sentó a beber, y bebió tanto

que su espíritu se liberó y cayó muerta».

Las aldeas indias se hundieron en la miseria. Apenas pasaba un día sin que una pelea de borrachos se saldase con un asesinato o una mutilación. El hermano atacaba al hermano. Los indios, en sus borracheras, a veces sacrificaban su ganado y sus caballos. Los niños, abandonados, contraían la disentería y morían. Las mujeres, y a veces los niños, bebían tanto como los hombres. Los ancianos lamentaban la pérdida de sus jóvenes, pero ellos también sucumbían a la bebida.

Hubo una muerte en la aldea de Tecumseh que horrorizó en particular a los moravos, como sin duda también debió horrorizar a Tecumseh. «Nos han dicho que los shawnees han asesinado, de una forma terrible, en su aldea, a un indio de su propia nación, mientras bebían *whisky*. Primero, abrieron tres agujeros en su cabeza con sus *tomahawk*, y como no murió a la primera, uno de ellos se abalanzó sobre él con un cuchillo y se lo hundió en el cuerpo, mientras un segundo le abría el estómago. Además, un delaware ha asesinado a una mujer shawnee». El licor estaba tan presente en el río White que, según los misioneros, «estas borracheras nunca acababan sin derramamiento de sangre. La mayoría de ellos aparentaba haber pasado una grave enfermedad. Es así como se destruyen a sí mismos».

Los rufianes estadounidenses vendían *whisky* al por mayor. Los intermediarios indios, tanto hombres como mujeres, mercaban al detalle el brebaje casero en sus aldeas, por lo general en lotes de cien o más galones, que los indios apuraban hasta la última gota. Los comerciantes no se atrevían a vender ellos mismos el *whisky*, «pues sus vidas no están a salvo mientras los indios están borrachos». [5]

Tecumseh sucumbió a la tensión. En 1801 se apartó una temporada de la muerte, el libertinaje, su disoluto hermano y su jefatura. Viajó ochocientos kilómetros al oeste, al otro lado del río Misisipi (un viaje de ida y vuelta de más de dos meses), para visitar a su madre y a sus hermanos del oeste y para recuperar su equilibrio. Puede que los shawnees del oeste carecieran del empuje para enfrentarse a los invasores estadounidenses, pero eran una gente industriosa y sobria. Sus partidas de caza recorrían una tierra todavía rica en presas, y las mujeres plantaban los fértiles campos. Los comerciantes franceses residentes les daban un trato justo y las delegaciones creek les visitaban con frecuencia. Los ocasionales choques con los indios osages de la zona ayudaban a mantener la pericia de sus guerreros. Los shawnees del oeste, en conjunto, eran un pueblo satisfecho. Pero su mundo no era el mundo de Tecumseh, por lo que este no pudo ausentarse demasiado tiempo del torbellino alcohólico del río White. [6]

Mientras tanto, el jefe miami Pequeña Tortuga, en su aldea próxima a Fort Wayne, también se enfrentaba a un pueblo ahogado en el alcohol. El jefe miami bebía con moderación, al igual que su yerno y aliado político William Wells, pero el conjunto de la tribu se precipitaba hacia la perdición dentro un barril de *whisky*. Pequeña Tortuga y Wells deseaban de corazón que los miamis se dedicasen a la agricultura y a la cría de ganado, pero consideraban que la transición sería imposible si el gobierno federal no cortaba el comercio de *whisky*. Lo solicitaron directamente al presidente recién elegido, Thomas Jefferson. «Padre –dijo Pequeña Tortuga–, tus hijos no carecen de industria, pero la introducción de este veneno fatal les mantiene en la pobreza. Tus hijos no tienen el autodominio que vosotros tenéis. Por tanto, debe hacerse algo que ponga remedio a este mal».

Pequeña Tortuga también presentó sus argumentos en la reunión anual de Baltimore de la Sociedad de Amigos (cuáqueros) a los que solicitó ayuda:

> ¡Hermanos! Cuando nuestros jóvenes van de caza y retornan a casa cargados con pieles y cueros, a veces ocurre que encuentran un lugar donde se deposita *whisky*, y el hombre blanco que lo vende les dice que beban un poco. Algunos de ellos dirán no, no lo quiero. Pero luego siguen y encuentran otra casa, donde encuentran más bebida del mismo tipo. Allí se les ofrece de nuevo; rehúsan; de nuevo ocurre una tercera vez; hasta que, al final, la cuarta o la quinta vez uno lo acepta, y bebe una vez. Y cuando toma un trago, quiere otro, y luego un tercero, y un cuarto, hasta que sus sentidos le abandonan. Y cuando recupera la razón, se pone en pie, se da cuenta de donde está, y pregunta dónde están sus pieles. Y la respuesta que recibe es: «Las has cambiado por bebida». «¿Dónde está mi rifle?». «Ya no lo tienes». «¿Dónde está mi camisa?». «¡La has vendido por *whisky*!».
>
> Ahora, hermanos, imaginen en la situación en que se encuentra este hombre. Tiene familia en casa; mujer e hijos que esperan cubrir sus necesidades de los beneficios de la caza. ¿Qué será de sus necesidades, cuando el hombre ha perdido hasta la camisa?

Pequeña Tortuga era uno de los tres personajes presentes en Fort Wayne con los que pugnarían Tecumseh primero y, más tarde, Lalawethika. El segundo era William Wells, recién nombrado agente

indio ante los miamis, y el tercero era John Johnston, el factor del gobierno. Por razones inescrutables, Johnston se convirtió en enemigo inveterado de Wells y, a veces, en admirador de Tecumseh. [7]

Como agente indio, William Wells estaba en teoría subordinado al gobernador territorial William Henry Harrison. Mas las líneas que separaban la autoridad de los cargos eran, a menudo, opacas durante los primeros días de la república. Esto era así entre el secretario de guerra, quien se dedicaba a la supervisión general de los asuntos indios, y los gobernadores, que eran «el órgano de todas las negociaciones y comunicaciones entre los indios y el gobierno» en el interior de sus respectivos territorios, así como entre agentes y tribus individuales. Esta tendencia la reforzaban los secretarios de guerra al tratar directamente con los agentes.

A pesar de esta incertidumbre, el agente indio era el responsable de tratar directamente con los indios en el día a día. El agente se encargaba de informarles de la política del gobierno y de imponerla, distribuir anualidades, resolver disputas entre los indios para mantener la paz y, con frecuencia, intervenir como intérprete o ayudar a negociar tratados. Desde su condición de distribuidor de anualidades, el agente indio también tenía autoridad para emplear parte del dinero de la anualidad, a petición de los indios, para comprar aperos de labranza y animales domésticos o contratar trabajadores tales como carpinteros y herreros que trabajasen para los indios.

El trabajo del factor indio era gestionar las estaciones comerciales indias, conocidas como factorías, que el gobierno federal había instituido durante la administración de Washington para recibir y dispensar bienes que los indios necesitasen o solicitaran. Pero, en realidad, el propósito del sistema de factorías, como expresó el presidente Jefferson, era «vender por debajo del precio de los comerciantes privados, extranjeros y domésticos, y echarles de la competición, y así, con la buena voluntad de los indios, deshacernos de una clase de hombres que en todo momento buscan provocar en las mentes de los indios sospechas, temores y molestias hacia nosotros». [8]

Johnston, a pesar de sus prejuicios contra Wells, resultó ser un factor excelente. La factoría india de Fort Wayne enviaba pieles y cueros de ciervo a Detroit cada otoño y primavera para su envío hacia el este. A cambio, los indios obtenían todo tipo de bienes, como té, vinagre, café, jabones, abrigos, clavos, agujas, tabaco, loza y telas, aunque contraían graves deudas cuando carecían de pieles con las que pagar los bienes del hombre blanco que ahora les resultaban imprescindibles. Además de endeudarse con Johnston también

continuaron comerciando con mercaderes privados, uno de los cuales se llevó ochocientas pieles de ciervo en tres días a cambio de *whisky*. Los indios parecían condenados a la miseria, la zozobra y el alcoholismo. [9]

❖

Para William Henry Harrison, no había forma de evadirse de la realidad del declive de los indígenas. Por las calles embarradas de Vincennes se tambaleaban indios borrachos, en su mayoría weas o piankeshaws, cuyas aldeas estaban cerca. Estos suponían un grave peligro no solo para cualquiera que se cruzase con ellos, sino también para sí mismos. En el valle del bajo Wabash no habitaban más de seiscientos guerreros, pero los comerciantes nativos de Vincennes adquirían cada año 6000 galones [22 700 litros aprox.] de alcohol. Un turista francés que visitó Vincennes en 1797 observó con una mezcla de asombro y repugnancia a los pueblos indígenas que se reunían en la capital del territorio para trocar pieles y cueros. Lo que vio no fue diferente a lo que Harrison se encontraría tres años más tarde. En la primera impresión de descubrimiento, los indios le parecieron al francés «una visión nueva, casi fantástica». Las mujeres le recordaron a las gitanas europeas. Se maravilló al contemplar los cuerpos morenos y casi desnudos de los guerreros, relucientes de grasa y hollín, con los rostros tiznados de pintura roja, negra y azul, los oídos y narices con anillos de plata y cobre, las muñecas adornadas con anchas bandas de metal, y sus ijares cubiertos con «pequeños delantales cuadrados». Dio por supuesto que a los indios les gustaba su vestido, pues portaban pequeños espejos con los cuales «se examinan [a sí mismos] con la misma atención y complacencia que cualquier coqueta europea». Pero, entonces, los indios empezaron a beber. Hombres y mujeres trocaban todo cuanto poseían, «sin dejar nunca de beber, hasta que perdían el juicio». Yacían en las calles por docenas y se revolcaban en la inmundicia con los puercos. De hecho, un guerrero enfurecido por el alcohol apuñaló a su esposa cuatro veces a escasos pasos del francés, el cual había planeado pasar algunos meses entre los indios. Pero, «satisfecho con esta muestra», optó por no hacerlo. [10]

El sufrimiento que veía ante la puerta de su casa preocupó al gobernador Harrison. Hizo cuanto pudo por mitigar la miseria de los indígenas. Para ello, expulsó a los colonos ilegales de las tierras de los nativos y empleó a la milicia para bloquear la llegada de colonos que violasen la línea del Tratado de Greenville. Prohibió a los mercaderes que suministraran el licor a los indios en Vincennes o en un radio de una milla [1,6 kilómetros] de la localidad (con lo que, al menos, este

dañino comercio ya no tendría lugar bajo las ventanas de su oficina) y también ordenó a los buhoneros que se limitasen a ir a las aldeas indias en lugar de seguir a los guerreros durante sus cacerías, de forma que los hombres estuvieran lo bastante sobrios como para atender a sus familias.

El 15 de julio de 1801, el gobernador redactó su primera carta oficial. Era una misiva larga, reflexiva y empática acerca de las cuitas de los indios. En el transcurso de doce semanas, los jefes de la mayoría de las aldeas cercanas a Vincennes le habían presentado sus agravios. Todos le profesaban amistad a los Estados Unidos. Harrison consideraba que eran sinceros y que sus quejas contra la invasión de tierras, la destrucción premeditada de caza, la venta de *whisky* y los homicidios no castigados, eran creíbles. «Gran parte de los habitantes de la frontera consideran muy meritorio el asesinato de indios», reportó al secretario de guerra. La caza ilegal en tierras indias había devenido «un abuso monstruoso». Los indios han soportado «con paciencia asombrosa» estas y otras ofensas.

Harrison detestaba el comercio de licor. «El licor no solo incapacita [a los indios] para cazar, sino que los lleva a cometer los más atroces crímenes […] matarse entre sí ha devenido tan habitual entre ellos que ha dejado de ser un crimen asesinar a quienes están acostumbrados a recibir estima y consideración». Es decir, a los jefes que se atrevían a interrumpir el tráfico de alcohol. La degradación provocada por el licor era, por tanto, evidente. «Puedo decir al momento si un indio pertenece a una tribu vecina o a una más distante. Los segundos están, por lo general, bien vestidos, sanos y vigorosos; los primeros están semidesnudos, sucios y debilitados por la embriaguez». [11]

Harrison, a pesar de su incisiva descripción de la crisis cultural a la que se enfrentaban los indios, no fue capaz de atar todos los cabos. La amenaza existencial a la que se enfrentaban las tribus no solo provenía del comercio del licor y de la extinción de piezas de caza efectuada por el hombre blanco, sino que también se debía a la insostenible caza de los propios indios de osos, alces, ciervos, y –en las praderas de la región de Illinois–, de búfalos. Se hizo habitual la «caza de pieles» [*skin hunting*], esto es, la matanza de grandes animales de importancia crítica para la subsistencia solo para tener algo que trocar por licor. Antes, un cazador indio podía matar para comer entre cincuenta y ciento cincuenta ciervos durante las cacerías de otoño. No obstante, ahora, la caza se había convertido en una actividad que abarcaba todo el año, lo cual no permitía a las manadas recuperar su número. Los pocos animales que quedaban recorrían un terreno cada

vez más restringido, pues las granjas de los colonos blancos les habían despojado de sus hábitats. [12]

Harrison olvidó mencionar un segundo elemento de desorientación para las comunidades indias. Las concesiones de tierra hechas en el Tratado de Greenville habían intensificado la migración de shawnees y delawares desde la actual Ohio a Indiana, lo cual a su vez aceleró una tendencia evidente desde los primeros días de la vieja alianza con los franceses. Las aldeas indias estaban cada vez más mezcladas, esto es, habitadas por gentes de diferentes tribus. La aldea de Tecumseh en el río White era bastante homogénea, pero el conjunto del tejido de la sociedad india estaba degenerando en una distopía de pesadilla en la que las tradiciones pendían del borde de una jarra de *whisky* y donde los bosques, despojados de animales de caza, permanecían oscuros y solitarios.

❖

Cuando se trataba de los territorios indios, el gobernador Harrison le daba mil vueltas a ideas contradictorias. El 19 de febrero de 1802 escribió al secretario de guerra Henry Dearborn que los jefes con los que había conferenciado «habían oído que pretendíamos destruirles y tomar posesión de sus tierras», idea que, en opinión de Harrison, había sido «difundida por agentes o comerciantes británicos, que aprovechan cualquier oportunidad para predisponer a los indios en nuestra contra». Pero, apenas una semana más tarde, Harrison le dijo a Dearborn que consideraba que, en realidad, el Tratado de Greenville daba derecho a los Estados Unidos a adquirir más tierras de lo que se creía, por lo que quería convocar un consejo de tribus a finales de año para establecer lindes permanentes. Harrison advirtió que requeriría mucho tiempo y esfuerzo conseguir que aceptasen algo, pues «parecen estar de acuerdo entre ellos en que ninguna proposición en relación a sus tierras será aceptada sin el consentimiento de todas las tribus, y vigilan con celo extremo que nadie obtenga una ventaja de la que todos no sean partícipes». En consecuencia, en septiembre de 1802 el gobernador convocó a las tribus de la región a un consejo en Vincennes. No se invitó al pequeño asentamiento de shawnees kispokos de Tecumseh o a los delawares del río White, pues tanto el gobernador como las demás tribus estaban de acuerdo en que ni shawnees ni delawares podían reclamar la propiedad de tierras del territorio de Indiana. [13]

Tecumseh, quien es posible que no tuviera noticia alguna del consejo, no presentó ninguna objeción. De todos modos, ni a Harrison ni a la administración Jefferson les habría preocupado. Tecumseh era

desconocido fuera del mundo shawnee salvo para Stephen Ruddell, Jonathan Alder, James Galloway y unos pocos más colonos locales y antiguos cautivos blancos. Una vez retirado el antiguo mentor de Tecumseh, Chaqueta Azul, pasó a ser el portavoz de los shawnees ante el gobierno el mekoche Pezuña Negra, quien despreciaba a Tecumseh, al que consideraba un advenedizo problemático. Pezuña Negra era un firme partidario de la paz, al parecer a cualquier precio. A pesar de su edad y su diminuta estatura –apenas medía 152 centímetros– continuó gozando del respeto de su pueblo gracias a su condición de gran orador y de casi legendario caudillo guerrero.

La maniobra crepuscular del anciano Pezuña Negra era, por un lado, un juego de poder entre tribus y, por otro, un ejercicio de supervivencia tribal. Los shawnees, dada su condición de refugiados en las tierras de los miamis y los wyandot, corrían el peligro de que vendieran sus hogares y, aún más, tras dispersarse después del Tratado de Greenville. Chaqueta Azul, Pezuña Negra y Tecumseh se habían separado, y pequeñas bandas de shawnees habían comenzado a trasladarse hacia el oeste con el objeto de unirse a aquellos que ya vivían al oeste del Misisipi. En un intento de revertir esta tendencia centrífuga, Pezuña Negra obtuvo de los wyandot permiso para construir la localidad de Wapakoneta, en el río Auglaize, en Ohio occidental, justo por encima de la línea del Tratado de Greenville y a 90 kilómetros al norte de la moderna Dayton. En aquel lugar, los mekoches de Pezuña Negra erigieron cabañas, adquirieron ganado y puercos, y araron la tierra con tranquila determinación. Los jóvenes se emborrachaban con regularidad, pero por lo general se comportaban lo bastante bien como para ganarse, aunque a regañadientes, el respeto de sus vecinos blancos. [14]

Los mekoches de Wapakoneta adoptaron una nueva estrategia para reforzar los derechos territoriales de los shawnees en la región de los Grandes Lagos. En primer lugar, invitaron a los miembros de la tribu que vivían dispersos a que se establecieran en su aldea bajo el liderazgo mekoche con la promesa de que «todos los que vengan aquí harán bien para ellos mismos, sus mujeres e hijos». A continuación, Pezuña Negra visitó al Gran Padre, Thomas Jefferson, para que concediera a los shawnees la titularidad de Wapakoneta, que se hallaba en tierras pertenecientes a los miamis, para que de ese modo «nadie se aproveche de nosotros», lo cual hacía referencia no solo a los blancos, sino también a otros indios.

Era una petición notable: requerir al gobierno que diera a los shawnees tierras en el *lado indio* de la línea de Greenville. Era la antítesis de la alianza panindia por la que Pezuña Negra había

combatido menos de una década atrás. Pero el colapso de la Confederación del Noroeste había vuelto a dejar a los shawnees expuestos a la diáspora. Salvo la región más allá del Misisipi y tal vez el norte de los Grandes Lagos, ya no tenían lugar a donde ir. No obstante, la administración Jefferson rechazó la petición de Pezuña Negra. El secretario de guerra Dearborn comunicó al jefe shawnee que el Gran Padre «no se considera autorizado a dividir las tierras de sus hijos de piel roja». Todo lo que Pezuña Negra consiguió de su visita fueron unas pocas azadas y arados y vagos ofrecimientos de asistencia en el futuro a los shawnees de Wapakoneta. [15]

Dearborn había dicho la verdad. El gobierno no tenía autoridad para dividir lo que pertenecía a los indios. Pero la negativa de Jefferson tenía una razón más profunda. Este deseaba adquirir hasta la última pulgada de tierra india entre el Ohio y el Misisipi que pudiera obtener por medios pacíficos. Tenía dos motivos para ello. Primero, necesitaba la tierra india para facilitar la expansión del «Imperio de Libertad» jeffersoniano. Jefferson creía que la expansión hacia el oeste era la única forma mediante la cual los estadounidenses podrían mantener una sociedad republicana de granjeros independientes, concepto que idealizaba, y evitar degradarse a la negra espiral de miseria urbana que castigaba a buena parte del viejo mundo. En segundo lugar, al menos hasta que la compra de Luisiana de 1803 hizo que esto ya no tuviera sentido, quería sembrar la región de asentamientos estadounidenses para contener la Francia napoleónica, la agresiva sucesora de los vastos territorios españoles al oeste del Misisipi.

El plan de Jefferson para expropiar a los indios de la mayoría de sus tierras, una vez despojado de melifluas protestas públicas de benevolencia y amistad eterna, podría resumirse como sigue. La paz la mantendría un pequeño número de fuertes guarnicionados por tropas regulares, que impedirían los asentamientos ilegales y el tráfico de licor, dos elementos que podrían desencadenar guerras fronterizas. Se reforzaría el sistema de factorías gubernamentales sin ánimo de lucro y sin *whisky* para contener la influencia de los comerciantes británicos y para sumir a los indios en una deuda tan profunda que estos venderían sus tierras por propia voluntad para liquidar sus adeudos. La política de Jefferson comprimiría a los indios de los bosques orientales en un enclave cada vez más reducido entre los ríos Misisipi y Ohio. A medida que se redujera la caza en el enclave, el gobierno ofrecería a los indígenas los bienes y la formación necesaria para convertirse en granjeros a cambio de más tierras. Aquellos que no aceptasen la «civilización», serían trasladados al oeste del Misisipi,

donde podrían seguir cazando a plena satisfacción hasta que llegase el día en el que los blancos quisieran asentarse en el territorio que Jefferson adquirió en la compra de Luisiana. Entonces, el ciclo se volvería a repetir: los indios deberían asimilarse o perder sus tierras.

Con característica duplicidad moral, Jefferson combinaba una genuina, aunque miope, preocupación por el bienestar de los indios con un voraz apetito de tierras. A pesar de todas las pruebas de lo contrario, en particular la prohibición cultural de que los hombres labrasen la tierra, Jefferson razonó que los indios estarían más felices y sanos si eran pequeños propietarios rurales. Y, al serlo, necesitarían muchas menos tierras. Todo el mundo, salvo los indios que se negasen a asimilarse, saldría beneficiado. [16]

Jefferson no tenía ninguna duda del triunfo de su plan. Dos años antes, había escrito al gobernador de Virginia, James Monroe, del gozoso futuro de su Imperio de Libertad (si bien en aquella época los Estados Unidos estaban encajonados entre el Canadá Británico por el norte, los españoles en su frontera sur, y los indios al oeste). «Es imposible –dijo Jefferson–, no mirar al futuro, a tiempos lejanos, cuando nuestra rápida multiplicación se expandirá más allá de tales límites, y cubrirá todo el continente norte, y tal vez también el continente sur, de un pueblo [regido] por leyes similares». [17]

A fin de facilitar tan grandiosa eventualidad, Jefferson tenía primero que tratar con los nativos americanos. En una carta confidencial remitida a Harrison y fechada 27 de febrero de 1803, Jefferson expuso sin ambages lo que esperaba de su joven gobernador territorial.

> Deseamos atraer [a los indios] a la agricultura […] cuando se retiren a cultivar una pequeña parcela de terreno, se darán cuenta de lo poco que necesitan los extensos bosques y estarán dispuestos a cambiarlos por suministros para sus granjas y sus familias. A fin de fomentar su disposición a intercambiar tierras […] deberemos reforzar nuestras casas de comercio, y aceptaremos de buen grado que sumen deudas, pues cuando esas deudas superen lo que los indios puedan pagar, entonces estarán cada vez más dispuestos a saldarlas a cambio de la cesión de tierras […] De este modo, nuestros asentamientos irán de forma gradual circunscribiendo y rodeando a los indios, los cuales se incorporarán como ciudadanos de los Estados Unidos o serán trasladados más allá del Misisipi […] En caso de que alguna tribu fuera lo bastante insensata como para

> desenterrar el hacha, nuestra única condición para aceptar la paz será la requisa de todo el país de la citada tribu y les expulsaremos al otro lado del Misisipi. Esto servirá de ejemplo para otros y consolidará nuestra posición final. [18]

Harrison ya tenía sus instrucciones. Se puso manos a la obra para desposeer a los indios de su territorio. Su táctica preferida era negociar con tribus o bandas cuya pretensión a una región fuera débil o inexistente, pues estarían más predispuestos a cambiar tierras por anualidades que aquellos con derechos más sólidos sobre una región (la noción de posesión comunitaria de la tierra, lo que Chaqueta Azul denominaba «el cuenco con una sola cuchara», había caído en desuso tras la batalla de Troncos Caídos). En ocasiones, algunos jefes podían protestar contra tales cesiones fraudulentas, pero no podían oponerse a estas de forma directa, pues su liderazgo dependía de las anualidades del tratado. Los jefes más influyentes –Pequeña Tortuga, Buckongahelas, Chaqueta Azul, y Tarhe– protestaron contra unos tratados que silenciaban sus voces, pero no tuvieron ningún inconveniente en concluir otros acuerdos que aumentaban su fortuna y su influencia. En cierta ocasión, Harrison recurrió al soborno para asegurar la cooperación de Pequeña Tortuga: añadió cincuenta dólares a su pensión anual y le compró un esclavo de Kentucky. En todos los casos, Harrison empleó su autoridad para retener anualidades a fin de comprar a los jefes.

De este modo, el gobernador fue preparando el Viejo Noroeste para la colonización de los blancos. En el verano de 1803, firmó dos tratados por los que obtuvo más de un millón de acres [4046 km2] en torno a Vincennes. En tres tratados concluidos en el transcurso de los dos años siguientes, adquirió los restos de las tierras indias en el sur de Indiana. El Tratado de Fort Wayne (1803) fue aún más espectacular: obtuvo de los casi extintos kaskaskias casi todo Illinois al este del río que le daba nombre. En el Tratado de San Luis (1804), estafó a los poderosos indios sauk y foxes 51 millones de acres [206 000 km2], lo cual sembró la semilla de una profunda hostilidad hacia los estadounidenses. Tras añadir una última extensión de tierras en el sur de Illinois, en diciembre de 1805, Harrison interrumpió sus tratados para permitir que los asentamientos blancos ocupasen las tierras adquiridas e impedir que el rencor indio se desbordase, pues algunos indígenas sabían cuál era el valor monetario real de las tierras que habían vendido por una miseria. El coste de las compras de Harrison ascendía a menos de 100 000 dólares, es decir, menos de un céntimo por acre por unas tierras que valían seis veces esa cantidad.

[19]

El torbellino de estafas dejó intacta la aldea de Tecumseh en el río White. Lalawethika continuó su vida de borracho sin remedio, aunque en momentos de sobriedad se inició en la medicina tradicional. Tecumseh, ante la insistencia de sus amigos, volvió a casarse en 1802, a la edad de treinta y cuatro años. Su tercera esposa shawnee, Wabelegunequa (Ala Blanca) era algunos años mayor que él y hogareña. Al parecer, Tecumseh no concedía gran importancia a la belleza física. Su matrimonio duró más tiempo que compromisos anteriores, pero Tecumseh no sintió por ella mayor afecto que el que había sentido por sus esposas anteriores. [20]

Dada su condición de jefe de aldea en tiempos turbulentos, Tecumseh disimulaba sus sentimientos ambivalentes respecto a sus vecinos blancos. Algunos colonos, como los Galloway, eran amigos, pero otros eran recordatorios dolorosos de injusticias pasadas, que debían ser tolerados y, a veces, respetados. En esta última categoría estaba un hombre blanco con el que Tecumseh cambió una silla de montar gastada por una mejor. El colono reparó la silla hasta que esta pareció más nueva que la que Tecumseh había obtenido. Cuando volvió a encontrarse con aquel hombre y vio la silla, trató de reclamarla para sí, pero el propietario de la silla le retó a combate singular para decidir la propiedad de la silla. Tecumseh rehusó: los jefes no se peleaban de forma violenta por meras propiedades. Ni tampoco debían ceder a impulsos bélicos injustificados.

La contención de Tecumseh fue puesta a prueba en abril de 1803. Un oficial de milicia de Ohio recibió dos disparos, le remataron a golpes de *tomahawk* y le arrancaron la cabellera mientras trabajaba en sus campos a 25 kilómetros al oeste de la capital del estado, Chillicothe, que estaba localizada en el mismo lugar y conservaba el nombre shawnee de la aldea de la infancia de Tecumseh. Corrió el rumor de que merodeaban por la zona cuarenta guerreros shawnees, por lo que se organizó a toda prisa en Chillicothe una compañía de voluntarios. Un segundo colono y un guerrero shawnee fueron hallados muertos, de modo que el gobernador Edward Tiffin, un ecuánime funcionario estatal, partió a caballo con los voluntarios para investigar lo ocurrido. Las responsabilidades de Tiffin estaban mejor delimitadas que las de Harrison: la creciente población blanca de Ohio había hecho que el antiguo territorio pasara a ser estado el mes anterior, lo cual significaba que el gobierno federal era ahora el árbitro final de las cuestiones indias dentro de los límites del estado.

Tiffin trataba de evitar una escalada de tensiones. Se encontró a Tecumseh y a sus guerreros de caza en sus antiguos cazaderos de Ohio. Tecumseh afirmó no saber nada de los asesinatos, aseguró a Tiffin que sus intenciones eran pacíficas y que su compromiso con el tratado era genuino. De lo único que se declaraba culpable era de sentir nostalgia por su antiguo hogar. Tiffin aceptó la palabra de Tecumseh y atribuyó las muertes a «disputas privadas» entre «individuos que lo han permitido sin conocimiento de sus jefes, cuya predisposición a cultivar la paz y la armonía con la gente blanca es sincera». Tiffin añadió a su reflexión: «Se han establecido en nuestras fronteras hombres imprudentes, y los indios tienen en su seno a jóvenes guerreros desconsiderados. Se requiere mucha prudencia para mantener en orden a ambos bandos». [21]

A pesar de las palabras pacíficas de Pezuña Negra y Tecumseh, lo cierto es que los shawnees hervían de rabia. Harrison había excluido a su tribu de la mayoría de los consejos tribales. Sin embargo, les invitó a la reunión de Fort Wayne, donde los delegados shawnees educaron a Harrison acerca del correcto orden protocolario cósmico. «El Señor de la Vida, que también era un indio, hizo a los shawnees antes que a ninguna otra raza humana, pues surgieron de su cerebro», dijo su líder, un emisario de Pezuña Negra. Todos los demás indios descienden de los shawnees, continuó. Tal vez para ser diplomático, el viejo jefe le dio una versión suavizada de la creación del hombre blanco. El Señor de la Vida, admitió, también les creó a ellos, pero de partes menores de su cuerpo: franceses e ingleses de su pecho, neerlandeses de sus pies, y los Cuchillos Largos de sus manos. «A esas razas inferiores de hombres los hizo blancos, y los colocó más allá del Lago Hediondo». Por espacio de muchas eras, los shawnees reinaron soberanos en el continente americano. Pero con el tiempo se corrompieron, con lo que el Señor de la Vida, airado, les dio su conocimiento a los hombres blancos, que solo les sería restituido a los shawnees cuando estos «volvieran a los buenos principios».

El anciano jefe aconsejó prudencia a Harrison. El día de la redención de los shawnees estaba cerca. «El Señor de la Vida se dispone a restituir a los shawnees su conocimiento y sus derechos –proclamó–, y Él aplastará a los Cuchillos Largos bajo sus pies». [22]

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 9

LA FORJA DE UN PROFETA

EL invierno de 1804 a 1805 castigó a las aldeas del río White con furia infernal. Los maizales resplandecían cubiertos de escarcha durante las largas y gélidas noches. Una extraña neblina envolvía las horas de luz diurna, breves pero lóbregas. Los jefes y líderes, reunidos en sus casas del consejo, reflexionaban sobre su miseria y trataban de adivinar sus causas. El *whisky* era el culpable obvio, pero los jefes no podían censurar a los indios que lo consumían porque los líderes de las aldeas eran, con frecuencia, quienes lo vendían al detalle, y también porque el licor se había infiltrado en todos los rituales y ceremonias básicas de la vida de los indígenas.

La insistencia del Gran Padre en que los hombres indios se dedicasen al castrante trabajo de la agricultura, así como el insaciable ansia de tierras de los blancos se sometieron a examen en las casas del consejo. También se habló de las enfermedades del hombre blanco, en particular de la gripe, que hizo estragos en las aldeas miami, delaware y shawnee en la primavera de 1805, llevándose a niños, enfermos y ancianos. Incluso los wyandot, que gozaban de una relativa prosperidad gracias a sus campos cuidados con esmero y sus confortables cabañas, sucumbieron por decenas. [1]

Con la primavera florecieron nuevas desgracias. El deshielo provocó graves inundaciones. El río White inundó los yermos maizales de los shawnees y los delawares. Las piezas de caza escaseaban y los colonos blancos estaban cada vez más cerca. El panindianismo espiritual de Neolin y Pontiac, inactivo desde el momento en que Pontiac había traicionado la causa y Neolin, a su pesar, había ordenado a los indios que depusieran las armas dos generaciones atrás, parecía estar maduro para resurgir entre todo aquel sufrimiento sobrecogedor. Con las sombras de la muerte y la desdicha llegaron sueños y visiones. A fin de comprender su infortunio, los indios se sumergieron en las profundidades de sus mentes conscientes y subconscientes. Un guerrero delaware explicó al venerable jefe Buckongahelas una visión que había experimentado mientras cazaba.

Un indio espectral que decía ser el abuelo del guerrero salió a su paso para advertirle que los jóvenes indios eran los culpables de que la caza escaseara. Su única esperanza residía en la redención. «Todo esto es culpa vuestra. No deberíais escuchar a la gente blanca ni imitarles criando caballos, vacas y puercos, ni vestir las ropas que os traen los blancos –le advirtió el espectro–. Debéis vivir como lo hacíais antes de que el hombre blanco llegase a este territorio. Debéis deshaceros de todo lo que tenéis de los [hombres] blancos. Si hacéis esto, tendréis piezas de caza en abundancia, y el ciervo volverá frente a vuestras puertas». Era como si hablase Neolin resucitado y Buckongahelas escuchó con atención. Por aquel entonces, este último era un anciano de unos ochenta inviernos y, además, cómplice de las cuestionables ventas de tierras que habían contribuido al declive de su tribu. Pero, dado que era el «George Washington de los delawares» su pueblo aún le daba gran importancia a su opinión. Buckongahelas creyó la historia del guerrero.

Beata, una vieja apóstata delaware que había formado parte de los moravos difundió visiones similares. Según esta, un día que se hallaba sentada ante su cabaña dos indios invisibles le dijeron que el Gran Espíritu estaba furioso porque los nativos habían abandonado las costumbres de antaño. «Debéis amaros los unos a los otros –dijeron los espíritus–. Si no lo hacéis, se levantará una tempestad terrible que arrancará todos los árboles y matará a todos los indios». Una segunda delaware secundó a su hermana en la fe, pues afirmó que un demonio benevolente había implorado a los delawares que escuchasen las palabras de los visitantes celestiales de Beata.

Buckongahelas abrió a los místicos la casa del consejo de Wapicomekoke. Las ancianas daban vueltas en derredor de un tótem, agitaban conchas de tortuga rellenas de guijarros, cantaban, danzaban y gesticulaban, y loaban al Gran Espíritu por haberles abierto los ojos. Unos pocos días después, Buckongahelas, su más destacado converso, murió debido a la gripe. Los delawares se sumieron en una convulsión de dolor y violencia. No había duda de que Buckongahelas había sido envenenado y que el terrible azote que les había matado a él y a tantos otros miembros de la tribu era fruto de brujería, a la que los delawares temían tanto como los shawnees, y que, en opinión de muchos, era la causa de sus infortunios. Convencidos de que los hechiceros habían obrado contra Buckongahelas por haber apoyado a Beata y a su hermana visionaria, una horda de guerreros borrachos, con los rostros pintados de negro, acusaron de brujería a tres wyandot que habían venido de visita y los mataron a hachazos.

En la cercana aldea morava, los misioneros y sus conversos

temblaban. «Desde nuestra llegada, nunca antes habían estado los indios en un estado de revolución como el que están ahora», escribió un hermano moravo. «Pasan días y noches entregados a sacrificios, danzas y beber *whisky* [y] viven en un constante estado de temor porque la anciana [Beata] les dice que serán destruidos si no cumplen a la perfección [lo que] les dice». [2]

El terror a la censura divina invadió a los habitantes indios del río White, incluidos los de la aldea de Tecumseh, donde la enfermedad y el libertinaje danzaban de la mano. Tecumseh no podía hacer nada por devolver la salud y la prosperidad a su pueblo. Al igual que sus primos delawares, los shawnees deseaban recibir dirección del otro mundo, algo que Tecumseh, por mucha que fuera su destreza para combatir a enemigos mortales, no podía ofrecerles.

❖

Mientras Tecumseh trataba de dirigir su aldea, Lalawethika pasaba los días entre la bebida y la práctica de la medicina. Ya tenía treinta años, pero no había hecho nada salvo enemistarse con la mayoría de los que le rodeaban. A pesar de su aspecto poco atractivo, su organismo destrozado por el alcohol y su ojo tuerto, había logrado casarse con dos mujeres y ser padre de cuatro hijos. Egoísta y malhumorado, aún era un jactancioso, pese a sus escasos logros. Aun así, tenía un potencial latente a la espera del catalizador adecuado. Dos décadas más tarde, el gobernador del Territorio de Míchigan, Lewis Cass, le consideró un «hábil asistente» cuyo carácter había sido mal entendido: «Era astuto, sagaz y tenía dotes de sobra para ganar influencia sobre los que le rodeaban». En opinión de algunos indios, Lalawethika, cuando estaba sobrio, superaba en elocuencia a Tecumseh. Es posible que este también se diera cuenta del potencial de su disoluto hermano, pues él también se subordinaba a menudo a su voluntad. También gozaba de las simpatías de algunos blancos. Aunque hablaba poco inglés, Lalawethika tenía amigos entre sus vecinos pioneros. Se hizo amigo de John Conner, quien había sido capturado cuando era un muchacho, veinte años antes y, más tarde, rescatado por los moravos. Según Conner, Lalawethika «era en todos los sentidos sincero y fiable» y siempre habló muy bien de él. No obstante, el propio Lalawethika dijo de sí mismo que la mayor parte de su vida había sido «un hombre muy malo», un borracho mezquino que robaba a los aldeanos para comprar licor y un adúltero que obligaba a las mujeres a copular con él. En lo que respecta a la libido, Lalawethika superaba a Tecumseh con creces. [3]

Es evidente que el anciano curandero shawnee, Penagashea, le

consideraba un buen sanador y un visionario y discernía cualidades importantes en aquel haragán jactancioso, pues este y Lalawethika comenzaron a tener una relación más estrecha cuando este rondaba la treintena. Pese a que Lalawethika todavía no había sido bendecido con una visión, requisito indispensable para ser admitido en las filas de los sanadores, Penagashea le aceptó como su aprendiz y le enseñó los síntomas de los males que más afectaban a los shawnees –malaria, gripe, enfermedades venéreas, cefaleas, dolor de muelas, reumatismo, viruela, tuberculosis, y asma–, así como las plantas y raíces medicinales adecuadas para mitigarlos. [4]

Bajo la guía de Penagashea, Lalawethika ganó suficiente con el oficio de curandero como para aliviar la carga de Tecumseh y Tecumpease, que tenían que alimentar y dar techo a los seis miembros de la familia de su disoluto hermano. En 1804, Penagashea murió, con lo que Lalawethika quedó como el único curandero de la aldea de Tecumseh. Pero la epidemia de gripe de comienzos de 1805 fue demasiado para el aspirante a curandero. Al ver que sus hierbas y conjuros no servían de nada contra los vientos ardientes de la enfermedad, Lalawethika se refugió en la bebida y en su *wigwam* para reflexionar sobre sus fracasos y el destino de su reducido pueblo. Los miembros de la tribu rezongaban y dudaban de que semejante réprobo pudiera asumir la dignidad de sanador y, aún menos, la de visionario.

❖

Sucedió un atardecer de la *poosh kwitha*, esto es, la Media Luna (abril). El sol se había ocultado bajo el horizonte. El frío se instaló en la aldea al oscurecer. En el interior de su *wigwam*, Lalawethika estaba sentado ante el hogar con las piernas cruzadas y una manta sobre sus hombros caídos. El fuego crepitaba recuerdos abrasadores de sus pecados, cada uno de los cuales «le causaba la sensación profunda y terrible» de haber malgastado su vida. ¿Acaso no estaba destinado al infortunio, un trillizo en un pueblo en el cual los nacimientos múltiples eran portadores de mala suerte? ¿Era una pobre excusa para un adolescente que, incapaz de tensar un arco, se había saltado un ojo con una flecha? ¿Acaso no había sido blanco de las bromas de los guerreros por su ineptitud en Troncos Caídos, su única intervención en una batalla seria? ¿Alguien que había recibido un nombre adulto que inducía al desprecio? Lalawethika, es decir, «bocazas», «charlatán», «ruidoso». ¿Un sanador que perdía más pacientes que los que curaba? ¿Un marido libertino y sometido por una esposa de mayor edad, Gimewane, que le ignoraba por completo?

Aunque Gimewane tampoco era ninguna ganga. Stephen Ruddell la

consideraba «una mujer amargada, baja y de constitución corpulenta» Otros la llamaban «la reina» un mote, como es evidente, despectivo, que implicaba que la mujer dominaba a su marido. Esta mujer, de la que Lalawethika no quería divorciarse, es posible que contribuyera a acrecentar la única habilidad de su marido: la capacidad de beber hasta alcanzar tal estupor que borraba por un momento sus defectos. [5]

Pero, en ese instante, Lalawethika estaba sobrio. «Gritó con vigor al Gran Espíritu que le mostrase la forma de escapar». Y, entonces, vio ante sí toda la historia de la religión de los indios de las espesuras orientales. Ante su espíritu penitente se abrió una rica tradición profética narrada por visionarios innumerables que abarcaba desde el primer contacto con los franceses hasta el presente. El credo sincrético, rígido y exigente, que el Señor de la Vida había revelado al profeta delaware Neolin, y propagado de una forma más simple por el caudillo guerrero Pontiac una década antes del nacimiento de Lalawethika, estimuló su imaginación. Le embargaron los recuerdos de la profetisa mohawk Coocoochee, sus sobrecogedores relatos acerca de los primeros «rostros pálidos» que llegaron a las orillas de las Grandes Aguas, su avaricia insaciable, la ira del Señor de la Vida contra los indios por permitir la profanación de la tierra y su promesa de una vida más placentera en un país situado al oeste, mucho más allá del segundo mar.

Alrededor de Lalawethika danzaban en torbellino los espíritus de una multitud de visionarios delaware y shawnee cuyas percepciones místicas habían conformado su educación durante la niñez. Es probable que después de Troncos Caídos, el disoluto y egoísta Lalawethika hubiera abandonado por obsoleta toda idea de panindianismo espiritual y físico. Pero tres generaciones antes, en la década de 1740, ellos habían sido los representantes de la respuesta nativista al acoso colonial británico y a la desgarradora competición entre franceses e ingleses por la lealtad india que dio lugar a la guerra francesa e india [*6]. En el valle de Susquehanna, que había acogido por breve tiempo a la migración shawnee, los creyentes habían hablado con los cuáqueros de una «visión de Dios» de uno de sus profetas, quienes enseñaban que el Señor de la Vida había «expulsado a los animales salvajes del país» para castigar a los indios por haber matado ciervos para cambiar su cuero por ron inglés. El Señor de la Vida también comunicó a una joven profetisa delaware durante un trance que los delawares y los shawnees debían «destruir el veneno de su interior», esto es, las bolsas sagradas corruptas que sus hombres «ancianos y principales» empleaban para enfermar y matar a su gente. En la década de 1750, un exalcohólico delaware recuperado de su

adicción predicó contra el licor y el tráfico de pieles de ciervo, y urgió a sus seguidores a superar su dependencia de las manufacturas europeas y adherirse «a los antiguos usos y costumbres de sus ancestros». Una década más tarde, tras la salida de Neolin de escena, un segundo profeta delaware, Wangomend, habló de la existencia de caminos separados hacia el cielo para indios y para blancos. Wangomend se hallaba cazando ciervos cuando un manitú le advirtió que los indios «no debían tener mucho trato con los blancos sino cuidar sus usos y no imitar las costumbres de estos, pues de no ser así las cosas no les irán bien». Wangomend también exigió cazas de brujas para purgar a su pueblo del mal. Es posible que todas estas enseñanzas convergieran en el atormentado subconsciente de Lalawethika. [6]

Este, en su tormento, también reflexionó sobre las recientes perturbaciones espirituales que habían sufrido los blancos. En 1801 un fervor religioso invadió las comunidades fronterizas de Kentucky y Ohio. Miles de pioneros se congregaron en concentraciones al aire libre que duraban días, a veces semanas. Lloraban y se estremecían, gritaban con un dolor conmovedor, se desvanecían y caían en trances; yacían sobre la tierra como si estuvieran muertos, y luego se levantaban de forma milagrosa, algunos para implorar piedad, otros para llorar de alegría o para ladrar como bestias. Los creyentes denominaron a esto «el derramamiento del espíritu de Dios en los estados del oeste» o el Gran Despertar de Kentucky, mientras que sus detractores llamaban a los conversos «temblorosos» [*shackers*]. Los indios del río White solo sabían que los blancos de los ríos Miami y Ohio se derrumbaban y «yacían como si estuvieran muertos durante dos o tres horas». Luego, recuperaban la consciencia y se arrepentían de sus pecados.

La mística delaware Beata no estaba dispuesta a dejarse superar por los blancos y sus extrañas posesiones, por lo que resucitó una versión abreviada de las profecías de Neolin. Las casas del consejo situadas corriente abajo de la aldea de Lalawethika se vieron sacudidas por los actos de los fieles y de aspirantes a clarividentes. Las imaginaciones febriles de los borrachos y de los desesperados se poblaron de seres sobrenaturales. Como observó atemorizado un misionero moravo, en verdad «este era el tiempo de las visiones». [7]

Lalawethika se arrimó el fuego para sacar una pavesa con la que encender su larga pipa y detener, aunque fuera por un momento, la náusea del mal espiritual. Se llevó la pipa a los labios, suspiró, dejó caer pavesa y pipa, y se derrumbó en estado catatónico. Vecinos y familiares se reunieron a su alrededor durante su postración. Sus esposas le hablaban, pero no respondía. Tampoco podían detectar su

aliento. Los vecinos, entonces, se llevaron a las afligidas viudas del *wigwam*, al dar por hecho que el licor se había llevado a una nueva víctima india. Como dictaba la costumbre, algunos hombres shawnees ajenos a la división kispoko limpiaron el cuerpo, vistieron el cadáver con ropa nueva y pintaron su rostro, en preparación del intervalo de dos días que debía transcurrir entre la muerte y el entierro.

Pasó la noche sin que Lalawethika diera señales de vida y, a la mañana siguiente, sus asistentes comenzaron a excavar una tumba y a partir tablones con sus *tomahawk* para fabricar un ataúd. [8]

Pero, de repente, Lalawethika se estremeció y, un instante después, despertó. Tras recuperar la consciencia, narró a sus asombrados espectadores –entre los que se contaba Tecumseh– una sorprendente historia de muerte, ultratumba y resurrección.

Dos espíritus guiaron a Lalawethika por un espectral sendero hasta llegar a una bifurcación. El camino de la derecha, le dijeron los espíritus, llevaba al cielo, mientras que el de la izquierda conducía al infierno. Aquellos que tomaban el camino derecho se despojaban «de todo mal y costumbres malignas, y se hacían buenos», mientras que aquellos que insistían en su descarrío estaban destinados a seguir el camino de la izquierda, que llevaba al país del Manitú Motshee, el Espíritu Maligno. Lalawethika, empujado junto a los pecadores por la bifurcación de la izquierda, llegó hasta tres casas. Desde la primera y la segunda había senderos que, a través del país del mal, conducían al camino de la derecha y ofrecían esperanza de redención a aquellos que aceptasen «la Luz». Pero Lalawethika no discernía ningún camino que saliera de la tercera y última casa. A este lugar le llamó Eternidad. Sus ocupantes se aferraban con obstinación a sus malos actos. Sus crímenes incluían beber licor, golpear a sus esposas, cometer asesinato y practicar la brujería, que Lalawethika describió como «el arte de dañar o torturarse entre sí con veneno». Grandes muchedumbres se congregaban en cada morada. Para sorpresa de Lalawethika, muchos corrían literalmente hacia la horrenda tercera casa. En las tres moradas vio masas de gente –indios y blancos– sometidos a «espantosos tormentos» y los escuchó «bramar como los rápidos de un río».

Lalawethika fue testigo de los castigos infligidos a cada tipo de criminal. El destino de los borrachos fue el que le causó más horror. Un asistente cadavérico les servía copas de plomo fundido. Una quemazón terrible invadía las entrañas de los bebedores. Un servidor reprendía a aquellos que rechazaban la bebida: «vamos, bebe, a ti te encantaba el licor. Ahora debes beberlo». Todos los habitantes de la tercera casa sufrían el mismo destino: eran arrojados a un gran fuego

y reducidos a cenizas.

Lalawethika no continuó por el camino izquierdo, pero tampoco se le permitía tomar el de la derecha. Entonces tronó el Amo de la Vida: Lalawethika debía regresar a la tierra, revelar lo que había visto, y advertir a los indios del peligro que corrían. Lalawethika expresó simpatía por los condenados blancos, pero estos debían cuidar de sí mismos. Mientras narró su visión, lloraba y se estremecía, y manifestó una preocupación por el bienestar de los demás que hasta entonces había sido ajena a su persona. El poder y la convicción con la que habló le hicieron ganar discípulos desde el primer momento. [9]

Convencido de que Lalawethika no solo tenía una comunicación directa con el Señor de la Vida, sino que también poseía poderes sobrenaturales propios, Tecumseh asumió la revelación de su hermano. No podemos saber con certeza si de verdad le consideraba un profeta, pero no cabe duda de que se debió preguntar qué era lo que había transformado a su inútil hermano. Así, mientras Tecumseh «hacía frente a los descreídos», otros muchos en la aldea se convirtieron de inmediato. Para muchos de sus nuevos seguidores, el abrupto cambio de conducta de Lalawethika, de alcohólico egocéntrico a abstemio empático, cuya latente elocuencia fluía ahora en una conmovedora historia de eternidad, era la prueba irrefutable de su don divino. Como le dijo a los moravos un devoto delaware: «Este nuevo maestro indio había sido una muy mala persona, pero ahora solo explicaba cosas buenas, razón por la que los indios creían lo que decía». [10]

Stephen Ruddell, quien estaba mejor posicionado que la mayoría para saber qué había ocurrido, cree que Tecumseh se convirtió en un verdadero discípulo. Durante los primeros días de la revelación de Lalawethika, Ruddell se hallaba en el río White, ahora como ministro baptista que predicaba entre los shawnees y los delawares. Los indios escuchaban con educación a su viejo amigo, pero se quedaban impasibles. Ruddell, cuando vio que la competencia de Lalawethika era imbatible, trató de convencer a Tecumseh de que su hermano carecía de poderes sobrenaturales y que ya no había revelaciones divinas. Tecumseh repuso que es posible que el hombre blanco ya no pudiera recibir nuevas revelaciones, pero no los indios, y Lalawethika era el medio elegido para las nuevas enseñanzas divinas. Ruddell concluyó con tristeza que, después de su renacimiento espiritual, Lalawethika poseía una «influencia ilimitada» sobre Tecumseh. La principal flaqueza de este, dijo Ruddell, era la «confianza que depositaba en los conjuros de su hermano». El de Kentucky insistió, pero Tecumseh se limitó a encogerse de hombros. Su amigo se había

convertido en una molestia, bien intencionada pero errada. [11]

Poco después Lalawethika tuvo una segunda visión en la que los espíritus le guiaron a lo largo de la bifurcación derecha por el sendero etéreo que llevaba al reino del Señor de la Vida. Allí, las almas de los buenos prosperaban en un «país rico y fértil, abundante en caza, pesca, bellos cazaderos y excelentes maizales […] donde plantan, cazan y se dedican a sus juegos habituales, y en todo las cosas permanecen inalteradas». [12]

Las visiones de Lalawethika continuaron durante los meses del estío. Estas pronto pasaron de ser meras jeremiadas a un programa religioso y social que tenía como objetivo liberar a los indios de sus pecados y reconstruir una sociedad robusta que fuera capaz de resistir el avance de la frontera blanca. Para muchos, debía ser como si el legendario Neolin hubiera renacido. La luz mística del esplendor nativista y panindio refulgía cálida en los pechos de los creyentes.

La facilidad con la que se ganó a los shawnees y delawares del río White envalentonó a Lalawethika. Este denunció a los jefes del tratado, a los que acusó de embrujar a su pueblo para que siguieran la senda del hombre blanco, así como de envenenar a aquellos que se resistieran. Su ataque a los pactistas llevaba implícito un reproche hacia la autoridad estadounidense. El Señor de la Vida había escogido a Lalawethika para separar a los «jefes malvados» de su pueblo. Los conversos debían unirse a él en un peregrinaje desde el río White para establecer una nueva localidad sagrada 16 kilómetros más allá del lado estadounidense de la línea del tratado. Si se trataba de una provocación, no tenía importancia. Lalawethika despreciaba las fronteras del tratado, pues el Señor de la Vida les había dicho que donde debían establecerse. Dicho lugar era Greenville, lejos de la funesta influencia de los indios «malos». Allí, Lalawethika recibiría «a todas las diversas naciones [indias] que se volverían buenas». Greenville se convertiría en una Babilonia benéfica de pueblos nativos que perduraría cien años.

Lalawethika esperaba primero unir a los shawnees en Greenville en una renovación espiritual y cultural. Disuadió a una pequeña banda shawnee acampada junto al Auglaize de su idea de trasladarse a Wapakoneta y les convenció de que se unieran a su labor sagrada en Greenville. Junto a Tecumseh, unidos en un respeto mutuo y un propósito común, supervisó la construcción de la aldea santa. Se comenzó a trabajar en los *wigwam* y las cabañas que alojarían a los fieles en la orilla sur del Greenville Creek, a tiro de piedra de los restos abandonados de Fort Greene Ville y a unos 320 kilómetros al sudoeste de la moderna Cleveland. Se trazaron parcelas de maíz en las

afueras de las residencias. Por el momento, tanto el estado de Ohio como el gobierno federal toleraron la violación del Tratado de Greenville, pero se mantuvieron alerta ante posibles signos de hostilidad por parte de los indios reunidos en la aldea de Lalawethika.

La construcción, por tanto, continuó sin impedimentos. Se puso el mayor de los cuidados en la erección de la casa del consejo, donde el Señor de la Vida residiría en espíritu, y se celebrarían festividades comunales en su honor. Una vez finalizada, la casa del consejo medía 45 metros de largo por 10 de ancho. Orientada hacia el sol naciente, se componía de una estructura inmensa y enjalbegada, de una sola planta y compuesta de postes, planchas, vigas y listones encajados a mano. Había cuatro puertas, una en cada extremo y una en mitad de cada lado. No tenía suelo, sino que el terreno había sido apisonado y nivelado. Troncos encajados hacían las veces de asientos. Una larga línea de trípodes de cocina que soportaban ganchos de colgar se extendía a lo largo del centro de la sala. En las esquinas había pilas de leña. Un visitante blanco lo vio todo «ordenado, limpio y en buen orden». [13]

Lalawethika también lo veía así, tanto en lo moral como en lo material. Este incorporó sus visiones o epifanías a una amplia doctrina sincrética que integraba aspectos de la cultura shawnee, el cristianismo según lo entendía él y las doctrinas de Neolin, Pontiac y otros profetas indios. El visionario había creado nuevos elementos religiosos y sintetizado las enseñanzas del pasado. Para él, todo esto fue el trabajo intelectual de un único verano. A finales del otoño de 1805, cuando los trabajos de Greenville apenas habían comenzado, salió a los caminos con su programa de renacimiento indio. Tras declararse «señalado por el Gran Espíritu», viajó a la localidad de Pezuña Negra para «rescatar a los indios de los malos hábitos y hacer que vivan en paz con toda la humanidad».

Se ignora cuál fue la primera reacción de Pezuña Negra a la redención de aquel tunante, pero a finales de 1805 permitió al nuevo santón shawnee reunirse en Wapakoneta con delegaciones de indios ottawas, wyandot, senecas y los de su propio grupo, los shawnees mekoches. Tecumseh lo acompañó, pues su hermano menor estaba a punto de encontrar su lugar bajo el sol. [14]

Lalawethika mostró una figura pintoresca en la casa del consejo de Wapakoneta. Había envuelto su cabeza con un turbante rojo o con dibujos festoneado de plumas de avestruz. Llevaba el mechón de su coronilla metido en un tubo chapado en plata. De cada una de sus orejas pendían grandes medallones circulares, chapados en plata y de intrincados dibujos. Sus lóbulos los atravesaban dos flechas y una

pluma. En torno al cuello, llevaba una ancha gorguera en forma de media luna y forrada de plata. Anchos brazaletes de plata rodeaban sus bíceps. Y remataba su exuberante aspecto con anchas pulseras bañadas en plata, y, dado que hacía frío, completaba su atuendo con un abrigo de piel de ciervo con flecos y calzones.

La vestimenta de Lalawethika variaba en función de la estación, pero se había despojado para siempre de su oprobiosa piel verbal de «charlatán». A partir de entonces, se haría llamar Tenskwatawa, que significa «el que abre el cielo para que los hombres pieles rojas puedan ascender al Señor de la Vida» o «puerta abierta» dicho en pocas palabras. Los blancos le llamarían el Profeta shawnee, algunos de forma burlona, otros de buena fe. [15]

Tras haber abierto la puerta, Tenskwatawa reveló la doctrina que revitalizaría la cultura india sobre la tierra y conduciría a los indios por el sendero del paraíso. El «Señor de la Vida se ha apiadado de sus hijos de piel roja y desea salvarles de la destrucción», proclamó Tenskwatawa, pero tan solo bajo la condición de que se adhirieran a las leyes que el Señor de la Vida les había revelado y que Tenskwatawa detalló con pasión en la casa del consejo de Wapakoneta.

En primer lugar, y por encima de todo, los indios ya no deberían beber *whisky*, pues este estaba «envenenado y maldito». Tenskwatawa había sido testigo de las torturas que esperaban a los borrachos impenitentes, había visto sus horrendos gritos de agonía y las llamas que proyectaban sus bocas, y eso le había curado.

Tras condenar la violencia y el desorden endémico de la sociedad tribal, el Profeta enumeró unos preceptos destinados a fomentar la armonía y el amor. Conminó a las tribus a no combatir entre ellas y urgió a los guerreros a tratarse como hermanos, pues todos los indios que siguieran su credo eran iguales ante los ojos del Señor de la Vida. También era esencial el retorno a la vida comunal. Los indios que acumulaban «riqueza y ornamentos» acabarían «convertidos en polvo»; mas, aquellos que compartieran sus posesiones con sus hermanos creyentes morirían felices. «Cuando lleguen a la tierra de los muertos, hallarán su *wigwam* equipado con todo cuanto tenían en la tierra». Las virtudes comunales también dictaminaban «que los jóvenes deberán siempre cuidar y respetar a ancianos y enfermos».

Las mujeres tenían un lugar especial en las enseñanzas de Tenskwatawa, pues debían adherirse a la tradición, «y levantarse con el sol, desear ser felices, y ocuparse de sus labores femeninas». Los hombres también debían atender sus obligaciones hacia las mujeres. Ninguno podría tomar más de una esposa: los que tuvieran múltiples

esposas podrían conservarlas –tal vez Tenskwatawa temía disturbios domésticos si trataba de desembarazarse de una de sus mujeres–, pero el Señor de la Vida se sentiría más complacido si los hombres tenían una sola. Las relaciones informales no estaban bien vistas. «Ningún indio deberá correr tras las mujeres –declaró el mujeriego redimido–. Si un hombre es soltero, que tome una esposa». Este deberá abstenerse de golpear a sus hijos bajo ninguna circunstancia y castigar a su esposa solo cuando esta desatienda su trabajo o le avergüence. Una vez aplicados los golpes de vara requeridos, «marido y mujer deberán mirarse a la cara, echarse a reír y no guardar rencor el uno al otro por lo que ya ha pasado».

El Señor de la Vida exigía a los indios que ignorasen a los estadounidenses. Él había revelado su verdadero aspecto a Tenskwatawa. Aunque, en apariencia, eran muchos miles de seres individuales, en realidad eran una única criatura: un gran cangrejo con pinzas envueltas en algas y rebozadas de fango. «Mira –le dijo el Señor de la Vida a Tenskwatawa–, este cangrejo es de Boston [en la imaginación de los indios, Boston era el origen de grandes calamidades] y ha traído con él algo de la tierra de allí». Antes de agruparse en un cangrejo espantoso, los estadounidenses eran una espuma inmunda. «Sopló sobre el [Atlántico] un viento que arrastró ante sí cierta espuma o escoria», reveló el Señor de la Vida. Arrostró esta espuma, que era maligna y sucia, hasta las costas del continente americano, donde esa espuma tomó forma. La forma que asumió es la del hombre blanco […] la de muchas gentes blancas, tanto hombres como mujeres. Allí donde la escoria se asentó en la costa del continente, asumió esta forma». Y entonces se arrastró tierra adentro, evidentemente con el cangrejo. «Los estadounidenses son numerosos, pero les odio –dijo el Señor de la Vida–. Son injustos. Han tomado vuestras tierras, que no fueron creadas para ellos».

Mas no todos los blancos eran malvados. Los indios deberían tratar a franceses, ingleses y españoles como «sus padres o amigos, y darles la mano, pero no deberían tratar con ningún estadounidense, sino mantenerlos a distancia». En caso de que un indio se encontrase con un estadounidense en los bosques, debería saludarle, pero jamás estrecharle la mano. Si el estadounidense estaba pasando hambre, el indio podía darle una pequeña cantidad de comida nativa. Para arrancar la escoria estadounidense de su sociedad, los indios debían obedecer los siguientes preceptos:

Toda mujer india que viva con un hombre blanco deberá regresar con sus familiares indios sin sus hijos *métis*. Las relaciones sexuales entre razas están prohibidas.

Los indios deberán dar todas las piezas de ropa blanca que posean a la primera persona blanca que encuentren. Perros y gatos obtenidos de los blancos también deberán ser devueltos. Los indios endeudados con los comerciantes estadounidenses tan solo deberán reembolsar «la mitad de su crédito, pues [los comerciantes] les han engañado».

Se permitía a los indios conservar sus armas de fuego para defenderse, pero debían volver a emplear arcos y flechas para la caza. Debía cesar el comercio de pieles. Los indios no deberían matar más animales que los necesarios para alimentar y vestir a sus familias.

Los indios no debían comer alimentos cocinados por los blancos, ni ninguno que no fuera nativo de su cultura. Debían renunciar a su ganado, ovejas y puercos, y no comer cordero ni res ni puerco por ser alimentos impuros. Pero estaba permitido tener caballos. El Señor de la Vida había dado a los indios «el ciervo, el oso y todos los animales salvajes, y los peces que nadan en el agua». Estas especies, junto con el maíz, las judías y otras cosechas nativas, eran suficientes para cubrir las necesidades indias. El Señor de la Vida era muy aficionado al azúcar de arce (al igual que Tenskwatawa).

La eterna bienaventuranza era algo deseable, pero ¿qué había de la recompensa terrenal por seguir los mandamientos divinos? Tenskwatawa aseguró a su audiencia que la compensación sería grande. El Señor de la Vida le había mostrado que los ciervos, ahora tan escasos en los bosques, estaban solo «a medio árbol de profundidad» bajo tierra, y que reaparecerían en gran número si los indios seguían las enseñanzas de Tenskwatawa. Y no solo eso: si los indios obedecían, el Señor de la Vida obraría un cataclismo catastrófico que enterraría a los estadounidenses para siempre.

No obstante, había un último obstáculo para la creación del Edén indio. Los estadounidenses eran hijos del Manitú Motshee, el Espíritu Maligno, mas, en realidad, no eran sus agentes terrenales más activos o insidiosos. Tal distinción recaía en los brujos indios, que se esforzarían con tenacidad por frustrar los designios del Señor de la Vida y auspiciar el caos entre los indios. Dado que el Señor de la Vida había elegido a Tenskwatawa para devolver a los indios a la virtud, aquellos que se le opusieran –jefes incluidos– eran por fuerza brujos. Si no se arrepentían, entonces deberían morir.

Los sanadores, aunque menos nefandos que los brujos, también suponían una amenaza para el nuevo orden. Aquellos que se opusieran a la doctrina de Tenskwatawa deberían ser calificados de locos o falsos profetas. Para eliminar todo vestigio de los antiguos usos corruptos de los curanderos, Tenskwatawa ordenó a sus seguidores que se deshicieran de sus bolsas de medicina sagrada y que cesasen todas las

danzas y cánticos tradicionales. Las medicinas y rituales, que antaño habían sido beneficiosos, habían perdido su eficacia, pues «se habían viciado con los años». Una vez que las propiedades sanadoras y vigorizantes de las bolsas se habían desvanecido, las sustancias malignas que contenían se habían hecho más poderosas. Esas bolsas, en manos de brujos y curanderos malvados, podían matar. Tenskwatawa creía que la destrucción de las bolsas medicinales era necesaria para restaurar la salud y armonía de las comunidades indias.

Los contenidos malignos de las bolsas de medicina eran pedazos de la Gran Serpiente, que los antepasados de los shawnees habían matado durante su migración hacia su tierra. O eso creían. Como explicó Tenskwatawa, en realidad la horrenda bestia había sobrevivido:

> Su cuerpo era como el de una serpiente, mas tenía la cabeza, los cuernos y el cuello de un gran gamo. Su cuerpo se troceó en pequeños fragmentos, y todo lo que estuviera conectado con él, incluso sus excrementos, se conservó con sumo cuidado. La cabeza, los cuernos y la carne se mezclaron con el corazón y la carne de [una serpiente menor muerta] hallada en la orilla del mar, y forma la medicina que utilizan los brujos. Está todavía preservada y la carne, aunque tiene muchos miles de años de antigüedad, está tan fresca como si acabaran de matarla.
>
> Por medio de esta magia pueden tomar un palo, tierra, un cabello o cualquier otra cosa y transformarlo en un gusano, que envían a través de cualquier distancia a cumplir sus designios contra las víctimas de su poder. [16]

El programa espiritual de Tenskwatawa era más radical que el de ninguno de sus predecesores de inspiración divina. En lugar de bolsas de medicina y viejos rituales, proponía nuevas danzas que complacerían por igual al Señor de la Vida y a los danzantes. También conminó a los creyentes a rezar mañana y noche y les proporcionó bastones de oración con intrincadas inscripciones que les facilitarían el culto. Y debían confesar «en voz alta todas las malas obras que habían cometido en vida e implorar el perdón», cosa que el Señor de la Vida «era demasiado bueno para negarles». Al final, deberían encender un fuego en su hogar, pero sin utilizar el pedernal y el acero del hombre blanco. La llama, que simbolizaría el renacer en la nueva fe, debería arder en todo momento. «Verano e invierno, día y noche, en la tormenta y en la calma, deberéis recordar que la vida de vuestro cuerpo y el fuego de vuestro hogar son lo mismo».

Tenskwatawa había presentado a su audiencia un credo sincrético de renovación espiritual y cultural desarrollado por él mismo en unas pocas semanas, que se basaba en una combinación de sus visiones y las profecías de Neolin y otros visionarios de días pretéritos. Al igual que Neolin, Tenskwatawa responsabilizaba a los indios de su declive. Para propagar la nueva fe más allá de su audiencia inmediata, Tenskwatawa envió mensajeros a las naciones indias de la región de los Grandes Lagos y del territorio de Illinois para reclutar conversos que deberían acudir a Greenville a recibir educación adicional. Aquellos que no pudieran hacer el viaje serían instruidos en los rudimentos en sus aldeas. Los aspirantes a conversos de las naciones vecinas deberían primero confesar sus pecados. A continuación, debían entrar en una sala en la que los enviados de Tenskwatawa habían reunido objetos sagrados, que incluían una efigie del profeta oculta bajo una manta, con cuatro hileras de cuentas que representaban los miembros extendidos de Tenskwatawa. Los neófitos debían tomar cada una de las hileras y pasarla con suavidad por entre sus manos; a esta ceremonia se le denominaba «estrechar la mano del profeta». Mediante este acto, se comprometían a obedecer las admoniciones de Tenskwatawa y aceptar el origen divino de su misión.

Los nuevos discípulos juraban guardar secreto y se les ordenaba que enviasen como mínimo uno o dos hombres de cada aldea a Greenville para que fueran instruidos en persona por Tenskwatawa y así extender aún más la nueva fe. «Aquellas aldeas que no escuchen mis palabras y me envíen a dos representantes –les advirtió–, serán extirpadas de la faz de la tierra». [17]

El consejo de Wapakoneta finalizó a mediados de diciembre de 1805. Todavía habría que ver cómo era recibida la fe de Tenskwatawa entre las tribus vecinas, pero Pezuña Negra y el consejo tribal de Wapakoneta no albergaban ninguna duda al respecto. Los jefes de Wapakoneta no querían tener nada que ver con Tenskwatawa, Tecumseh, o el dogma que ofrecían. Muy pocos mekoches, por no decir ninguno, rompió con sus líderes.

Fue un comienzo poco afortunado para una doctrina sacra con la que Tenskwatawa esperaba unir a los shawnees bajo su liderazgo de inspiración divina. Mas este tenía la certeza de que el sol todavía no se había puesto para su nuevo credo.

Greenville era más un concepto sacro que un lugar habitable cuando Tenskwatawa y Tecumseh regresaron de Wapakoneta durante los

últimos días de la Luna Excéntrica (diciembre). Los hermanos shawnees y sus doscientos seguidores pasaron el invierno junto al cercano arroyo Stoney Creek, en la cabecera del Great Miami, en el lado estadounidense de la línea del Tratado de Greenville y en el joven estado de Ohio. Allí pasaron el largo y crudo invierno entregados a sonoras plegarias y ruidosos rituales.

El alboroto espantó a sus vecinos blancos. Los hermanos moravos John Kluge y Abraham Luckenbach, que residían en la congregación del río White junto a un puñado de delawares, creían que el Demonio andaba suelto en Stoney Creek. «El maligno enemigo vuelve a andar muy ocupado entre los salvajes –anotó el hermano Kluge en el diario de la congregación a finales de diciembre de 1805–. Su instrumento, los maestros paganos, vuelven a cobrar fuerte protagonismo y dicen que han vuelto a tener visiones de Dios. Los shawnees sacrifican el día y la noche bajo la dirección de su maestro […] Oh, que el Salvador se apiade de esos esclavos del pecado y de Satán y abra sus ojos». [18]

La mística delaware Beata no solo igualó a Tenskwatawa, sino que le superó. Este había descrito que el Señor de la Vida tenía la cabeza medio gris y medio blanca y su cuerpo tenía el tono de un indio. Beata dijo que tenía las manos blancas, pero que por lo demás era indio por completo. Ella lo sabía porque el Señor de la Vida le había dado un pequeño objeto blanco luminiscente, un «buen espíritu» para que lo ingiriera. Ella así lo había hecho, por lo que ahora solo hablaba la palabra del Señor de la Vida. [19]

Si el hermano Kluge consideraba a Tenskwatawa un emisario de Satán que venía a corromper a los indios que los moravos se esforzaban por convertir al cristianismo, los colonos del río Mad consideraron que las extrañas celebraciones de los shawnees eran un preludio de guerra. Corrían rumores sobre cinturones *wampum* negros, danzas guerreras, *tomahawk* pintados y emplumados y un inminente concilio guerrero indio en Grenville, los cuales, a través de los bosques y granjas, llegaron hasta Chillicothe.

El gobernador Tiffin respondió con su característica prudencia. En febrero de 1806 pidió a Simon Kenton que entregase un cinturón *wampum* blanco y una carta conciliatoria a los shawnees. «Nuestra gente es propensa a ser engañada –escribió Tiffin al Profeta shawnee–, y desearía tranquilizar sus temores […] Si tiene algún motivo de queja contra nuestra gente, le ruego que me lo haga saber. Espero que el Gran Espíritu haga que sus corazones y los nuestros se inclinen por mantener brillante la cadena de la paz». [20]

Una guerra con los blancos era la última cosa que pasaba por la cabeza de Tenskwatawa. La respuesta del Profeta, respaldada por

Tecumseh, refulgía paz y buena voluntad. «Nunca antes un parlamento ha sido recibido con tanta alegría –aseguró Tenskwatawa al gobernador–. Estamos muy complacidos de que no crea que tenemos intención de causar perturbación alguna a la gente blanca. No, tenga la certeza de que nunca fue nuestra intención, y que nunca lo será […] rezamos por poder amarnos los unos a los otros, que es lo que dos hermanos deben hacer». La respuesta del Profeta satisfizo al gobernador Tiffin. También tranquilizó a los colonos del río Mad. La milicia se desmovilizó. [21]

Tenskwatawa no podía permitirse en absoluto un combate contra los estadounidenses. Los colonos del río Mad estaban en lo cierto cuando dijeron que los shawnees habían celebrado un consejo de guerra, pero no habían acertado los motivos. El consejo no trató de sus vecinos pioneros, sino de las perturbaciones en el seno de sus «abuelos», los delawares. Desarraigados y empujados al oeste en repetidas ocasiones desde comienzos del siglo XVIII, diezmados por las enfermedades y con la marca permanente de la masacre de Gnadenhutten, ridiculizados por los miamis, cuyas tierras ocupaban, y azotados por una nueva epidemia de viruela, los delawares se sentían un pueblo envenenado que iba cuesta abajo hacia su perdición, la cual se había acelerado debido a la muerte de Buckongahelas. Algunos años antes de que Tenskwatawa desvelase la doctrina que Dios le había concedido, los delawares ya sospechaban que la brujería era el origen de su infortunio. En el otoño de 1802, cuando la epidemia anual de malaria se cobró un tributo más pesado que de costumbre en Wapicomekoke, los cazadores de brujos delaware pagaron a un guerrero shawnee que estaba de visita para que matase a hachazos a dos mujeres que vivían en los márgenes de su sociedad –una mingo y una nanticoke– para contrarrestar el azote. Aun así, hasta aquel momento habían respetado a su propia gente. Pero, una vez que Tenskwatawa enardeció a la tribu descabezada con sus admoniciones contra la brujería, los delawares se miraron unos a otros, buscando a los servidores del Espíritu Maligno. Beata, guiada por la luz blanca que había ingerido, señaló a varios sospechosos. Los delawares la nombraron juez, pero ella carecía de lo necesario para perseguir brujos. En menos de un mes renunció al cargo, alegó que «era demasiado duro para ella, pues, al fin y al cabo, era mujer». [22]

La retirada de Beata creó un vacío de liderazgo que fue explotado por los jóvenes y furiosos guerreros delaware. En febrero de 1806, los jóvenes sabuesos acordonaron la aldea, reunieron a los ancianos jefes, corrompidos por su complicidad en la venta de tierras y otras brujerías, e invitaron a Tenskwatawa –quien había asegurado a los

asistentes del consejo de Wapakoneta que para determinar la culpabilidad o inocencia le bastaba con mirar al rostro del acusado de brujería– a que viniera a Wapicomekoke a dictar sentencia. Los shawnees deliberaron acerca de la invitación en consejo. Tecumseh estaba en contra de sentenciar a muerte a los brujos, pero Tenskwatawa se impuso. A comienzos de marzo, partió a Wapicomekoke para enfrentarse a su primera prueba como visionario. [23]

La impaciencia de los usurpadores delaware crecía mientras esperaban la llegada de Tenskwatawa. Cada día caían enfermos varios miembros de la tribu. La purificación no podía posponerse por más tiempo. Lo que sucedió a continuación fue extraño y horrible para los blancos, pero encajaba a la perfección con el temor indio a la brujería.

La primera víctima de los cazadores de brujos fue Tetapachsit, el jefe más anciano de la tribu. A juicio de los indios de los bosques orientales, tener una edad avanzada podía ser el premio a una buena vida, pero también podía ser consecuencia de apropiarse de las vidas de otros a través de la brujería, y los actos más recientes de Tetapachsit sugerían lo segundo. Aunque lamentaba los males del licor, Tetapachsit vendía *whisky* por barriles. Cinco años atrás, en una fiesta celebrada para los jóvenes guerreros que ahora se revolvían contra él, Tetapachsit había anticipado la condena de Tenskwatawa contra los jefes codiciosos, pues confesó lo siguiente:

> Hijos míos, ya veis lo viejo que soy, y cuán gris es mi cabello. Y, aun así, todavía no estoy en la senda recta que Dios desea que sigamos. A menudo os hemos advertido que no bebáis, que no cometáis ningún mal, pero no ha servido de nada. Hemos seguido siendo como somos. Nosotros, los jefes, hemos descubierto por qué vosotros tampoco habéis cambiado, y es porque nosotros mismos no hacemos lo que os decimos que hagáis.

Una vez se disolvió la reunión, Tetapachsit comentó a un hermano moravo que los jefes habían acordado reventar los barriles de cualquiera que trajera *whisky* a Wapicomekoke; mientras hablaba, iba palmeando a su caballo, que iba cargado con dos barriles de *whisky*. [24]

Hacia 1805, la jefatura de Tetapachsit era precaria. Había firmado los nefastos tratados del gobernador Harrison y había enfurecido a sus hijos adultos, pues había abandonado a su madre por una esposa más joven. Además, la muerte de Buckongahelas le privó de su mejor defensor. Había llegado el momento de que los jóvenes derrocasen a

los ancianos, una ruptura de las normas culturales que habría sido impensable en épocas más felices. Los guerreros acusaron a Tetapachsit de poseer un veneno con el que había matado a numerosos delawares. Negarlo no le sirvió de nada al anciano: los guerreros le ataron a un poste y le inclinaron sobre un fuego hasta que confesó que escondía su toxina en la casa de Joshua, un delaware cristiano depravado y mujeriego que vivía en la misión morava. El hecho de que Joshua hablase con fluidez alemán e inglés y que conociera bien la música del hombre blanco también le hacía parecer sospechoso. En la tarde del 13 de marzo, siete guerreros de rostros ennegrecidos galoparon a la misión morava y se lo llevaron a la fuerza. [25]

Dos días más tarde, Tenskwatawa llegó a Wapicomekoke. Tras una breve conversación con los inquisidores delawares, se puso manos a la obra. Joshua y los demás sospechosos de brujería fueron llevados ante él y Tenskwatawa pidió que se les sentase en un círculo, los unos frente a los otros. Tras oficiar múltiples ceremonias, examinó a los cautivos, los miró a los ojos y determinó si eran culpables o inocentes del grave crimen de brujería. Los delawares ejecutaron de buena gana a los condenados.

La primera culpable en morir fue una mujer de setenta años llamada Ann Charity, que había sido criada por una familia morava, hablaba inglés con fluidez y vestía y vivía a la usanza de los blancos en una casa limpia y ordenada; al parecer, se había enemistado con Beata. Sus captores le arrancaron la ropa y, durante cuatro días, le refregaron la abrasiva mezcla de agua y lejía que utilizaba para limpiar su casa, mientras exigían que entregase sus encantamientos y pociones malignas. Despellejada y cubierta de sangre, Ann, ya agonizante, implicó a su nieto, quien tenía su bolsa de bruja, pero que se había ausentado para ir a cazar. Los inquisidores delaware siguieron su rastro y le llevaron a rastras a Wapicomekoke. El joven, asustado, confesó de inmediato que en una ocasión había utilizado la bolsa de su abuela. Con su poder, había podido volar del río White al Misisipi y volver en cosa de horas, después de lo cual le devolvió la bolsa a Ann Charity. El audaz testimonio del muchacho sorprendió a Tenskwatawa, quien, sin explicar por qué, ordenó que lo liberasen. [26]

El truculento caos prosiguió. Nunca hubo ninguna duda de cuál sería el destino del jefe Tetapachsit. Tenskwatawa le declaró culpable de inmediato. Ese mismo día, 17 de marzo, el hermano Kluge observó «a diez de los indios más salvajes, con sus caras pintadas de negro, algunos a pie y otros a lomo de caballo, llegar con el viejo jefe Tetapachsit a nuestra aldea». Los guerreros encendieron un enorme

fuego cerca de la casa de Kluge. El hijo de Tetapachsit hundió por propia iniciativa un *tomahawk* en la cabeza de su padre, y luego le arrojó, aturdido y ensangrentado, a las llamas. «Los salvajes permanecieron en pie junto al fuego, solazándose con los lastimosos gritos y contorsiones del infortunado», dijo Kluge. Algunas chispas fueron a parar a los bosques cercanos, que se incendiaron. Mientras el humo cubría la misión, los matarifes de Tetapachsit entraron a la fuerza en la cabaña de Kluge, exigiendo tabaco y comida. Kluge preguntó con timidez por Joshua a los intrusos, los cuales prometieron que el pródigo converso delaware no sufriría daño alguno. [27]

Le mentían. Joshua había sido despachado con tres golpes de *tomahawk* en la cabeza y arrojado al fuego en Wapicomekoke ese mismo día. Había acudido al encuentro de la muerte mientras recitaba preces en alemán. Su incomprensible lengua parecía confirmar que el Espíritu Maligno le poseía.

Después de sentenciar a muerte a siete más, entre los que se incluían un jefe que solo era culpable de haber participado en consejos de cesión de tierras, Tenskwatawa abandonó a los delawares. El hermano Kluge alegó que algunos indios prósperos habían comprado a Tenskwatawa su exoneración a cambio de «varios centenares de cordeles de *wampum*, plata y ganado». La acusación no demostrada de Kluge sonaba falsa. Era improbable que Tenskwatawa, educado en el temor a los brujos y convencido de la rectitud de su misión, lo hubiera arriesgado todo con un acto tan banal.

La ejecución de los brujos delawares continuó. El siguiente en perecer fue el sobrino medio blanco de Tetapachsit, Billy Patterson, devoto cristiano, hábil armero y portavoz de los delawares, que se había carteado con Thomas Jefferson y William Wells para tratar la cuestión de los derechos de las tierras tribales. No está claro cuál era el supuesto crimen de Patterson. Pero, unos pocos días después de la partida de Tenskwatawa, sus acólitos delawares llevaron a Patterson y a la joven viuda de Tetapachsit a la casa del consejo de Wapicomekoke, donde les esperaban dos altos postes rodeados de leña. Patterson murió bien. Sin dejar de increpar a sus captores, se negó a confesar el delito de hechicería. Juró morir «como cristiano y guerrero» y soportó las llamas con entereza.

La viuda de Tetapachsit tuvo un destino más amable. Los verdugos la arrastraban a la pira pero su hermano, de veinte años de edad, se adelantó, la tomó de la mano, y, para sorpresa de todo el mundo, se la llevó de la casa del consejo. Acto seguido, volvió y declaró que ya no habría más matanzas. Los aliados de Tenskwatawa se retiraron y los verdugos consolaron a las familias de las víctimas con regalos y

wampum.

El fin de la purga no presagiaba días mejores para los delawares del río White. El hambre y la enfermedad regresaron, y los delawares volvieron a recaer en el alcoholismo y la desesperación. Algunos acusaron a Tenskwatawa por unos crímenes que ahora parecían no tener sentido. «Tres veces escuché al maestro shawnee, pero no detecté nada en todo lo que decía que me convenciera de la verdad de sus enseñanzas –dijo a Kluge un destacado delaware–. Y aún menos podía creer que sus palabras procedieran de Dios». [28]

A pesar del escepticismo delaware, Tenskwatawa tenía motivos para el optimismo. Su primera iniciación en la caza de hechiceros no representó ningún revés de importancia. Había contestado el llamado de unos delawares necesitados de limpieza espiritual. Su propia profetisa había identificado a miembros de la tribu que era probable que fueran culpables del infortunio delaware; Tenskwatawa se había limitado a confirmar su culpabilidad. Aunque los delawares del río White habían pasado de la apatía al fanatismo histérico para luego volver a la indiferencia, en cualquier momento podían volver a las enseñanzas de Tenskwatawa. En todo caso, su ministerio era joven y el territorio que recorrían sus acólitos era vasto. Hacia finales de la primavera de 1806, Greenville estaba ya dispuesta para recibir a nuevos creyentes. Su nueva casa del consejo enjalbegada se erigía en testimonio de la visión de Tenskwatawa, un faro en los bosques para la multitud que el Señor de la Vida encaminaría en su dirección.

CAPÍTULO 10

UN SOL NEGRO

TENSKWATAWA no tuvo mucho tiempo para reflexionar sobre su visita a los delawares. En mayo de 1806, los guerreros wyandot le pidieron que limpiase sus aldeas de hechicería. Bajo su punto de vista, era indudable que el mal abundaba entre los wyandot, los cuales residían sobre todo en tres lugares: una aldea cercana a Amherstburg, en el Alto Canadá; la comunidad granjera de Brownstown, al sur de Detroit; y, una red de aldeas del río Sandusky conocidas bajo el nombre colectivo de aldea de Tarhe. La cristiandad había hecho notables avances entre los wyandot. Muchos eran católicos. Otros, como el jefe Tarhe, eran receptivos al protestantismo. En 1805, Tarhe invitó a algunos misioneros presbiterianos a que evangelizaran en sus comunidades.

El reverendo Joseph Badger se incorporó en julio a la misión presbiteriana de los wyandot. Su primer sermón versó sobre «los efectos dañinos de los ardientes espirituosos». A Tarhe no le molestó que el joven blanco pontificase sobre tema tan delicado y le concedió al reverendo un intérprete y el uso de la casa del consejo. Desde un púlpito improvisado, Badger imploró a su audiencia que abrazase la sobriedad. Su sermón comenzó como sigue:

> —En primer lugar, después de beber un poco, os emborracháis y perdéis la razón, y entonces discutís, y os agredís unos a otros; a veces un amigo mata al otro y, con frecuencia, maltratáis a vuestras mujeres. Esta es la razón por la que os estáis arruinando y tenéis pocos hijos que llegan a ser hombres […] mas, cuando estáis sobrios, no existe un pueblo más amistoso.
> —*Entooh, entooh* [verdad, verdad] –respondió la muchedumbre.
> —En segundo lugar, cuando os emborracháis, a menudo yacéis en [la] humedad y [la] lluvia y contraéis enfermedades que os consumen, que os dejan inútiles

> para cazar o cultivar maíz, o hacer cualquier cosa para vuestro sustento. –Entonces, apuntando un dedo acusador, Badger tronó–: ¡Mirad a ese hombre, hijo del jefe principal! No deja de temblar y apenas puede caminar sin un bastón. Ha contraído este mal de beber en exceso y no tardará en morir, pese a ser un hombre joven.
> —*¡Entooh, entooh!*
> —En tercer lugar, por culpa de vuestra forma de beber, los comerciantes se os imponen y os engañan y se llevan vuestras propiedades a cambio de casi nada. Cuando salís y volvéis con una buena caza o una buena cantidad de azúcar [de arce], los mercaderes suelen venir a visitaros en vuestros cazaderos con barriletes de *whisky* y unos pocos bienes, y os dais a la bebida, y todo lo que obtenéis por la caza de todo un invierno son meras minucias, y volvéis a casa sin nada con lo que dar confort a vuestras familias.
> —¡*Entooh, entooh!*

Tras esto, Badger concluyó su sermón, un viejo jefe pronunció unas pocas palabras en wyandot y, entonces, la casa del consejo guardó silencio. Treinta minutos más tarde, el viejo wyandot se dirigió a Badger: «Padre, nos habéis dicho la verdad –dijo–. Le damos las gracias, padre. Hemos decidido no volver a usar más bebidas alcohólicas». La sobriedad no retornó de repente a los descarriados wyandot del Sandusky, pero al menos la admonición de Badger espantó a los vendedores de *whisky*, y la gente de Tarhe dio la bienvenida a su ministerio.

Las ruedas de la asimilación avanzaban chirriantes, pero Badger perseveró y se enfrentó a Tenskwatawa. La tarde del 14 de mayo de 1806, Badger regresaba de una visita a los wyandot de Brownstown cuando se encontró con un grupo de guerreros sentados ante el Profeta shawnee. Cerca de allí se acurrucaban unas mujeres wyandot aterrorizadas; serían quemadas por brujas al amanecer. Badger dijo que entre ellas estaban las «mejores» mujeres de la comunidad, con lo cual es probable que quisiera decir que eran las más aculturadas. Sus acusadores eran jóvenes desafectos que pretendían derrocar a Tarhe y a los jefes del gobierno. Tenskwatawa eligió a los verdugos, pero un guerrero wyandot se opuso y explicó a Badger lo que estaba a punto de ocurrir. Este fue a por Tarhe y un intérprete. Tuvo lugar un acalorado debate, en el que Tarhe intervino de forma decisiva a favor de Badger. También destacó en el debate contra Tenskwatawa un subjefe llamado Labios de Cuero (Leather Lips) que ese día se ganó la

eterna enemistad de Tenskwatawa. Pero salvaron a las mujeres y la autoridad del jefe fue restaurada. Humillado, Tenskwatawa regresó a Greenville, tras sufrir un segundo revés en su guerra por el alma india. [1]

❖

En tanto que Tenskwatawa limitase sus actividades a Ohio y al país indio que quedaba dentro de su jurisdicción, este era responsabilidad del gobernador Tiffin. Pero la caza de brujas de los delawares del río White había tenido lugar dentro de la jurisdicción del gobernador William Henry Harrison. Este, ignorante de que la crisis había pasado, urgió a los delawares a «retomar el camino recto que habéis abandonado» y a exigir a Tenskwatawa que demostrase que era el mensajero de Dios. «Si de verdad es un profeta, pedidle que haga que el sol se detenga […] que la luna altere su curso […] que los ríos dejen de fluir y que los muertos se alcen de sus sepulcros. Si obra tales cosas, podréis entonces creer que ha sido enviado por Dios». Los jefes delaware se encogieron de hombros. Los seguidores de Tenskwatawa hicieron llegar la misiva a Greenville, para que este pudiera responder al desafío del gobernador. [2]

Tenskwatawa contestó encantado. Harrison, sin darse cuenta, le había puesto el triunfo en bandeja. Es evidente que el gobernador había olvidado que los astrónomos esperaban un eclipse total de sol el 16 de junio, fenómeno que duraría ocho minutos. Pero Tenskwatawa no lo había olvidado. No se sabe cómo sabía el fenómeno que había de ocurrir, pero resulta poco probable que su fuente proviniera del otro mundo. Aunque la mayoría de los indios del valle del Ohio desconocían el inminente espectáculo celestial, el secretario del recién formado Territorio de Míchigan había hablado de este a los indios en Detroit. Un mensajero de las tribus septentrionales muy bien podría haber trasladado la información a Tenskwatawa. O, tal vez, Frederick Fisher, el comerciante de Greenville, se lo podría haber dicho. En una primera impresión, la presencia de un mercader blanco en la ciudad santa podría parecer una contradicción del rechazo de Tenskwatawa del estilo de vida del hombre blanco. Pero Fisher no era un oportunista que se dedicaba a timar a los indios. Y tampoco Tenskwatawa rechazaba todos los bienes blancos: los rifles, por ejemplo, debían conservarse en caso de guerra. Fisher también tenía a su favor su larga y amistosa relación con las tribus de los bosques orientales. Era ciudadano británico y había sido comerciante durante tres décadas e intérprete para el Departamento Indio de los británicos desde la década de 1790. También hacía las veces de agente de

incógnito, preparado para servir los intereses de la Corona en caso de que se deterioraran las relaciones con los Estados Unidos. Pero, fuera cual fuese su fuente, Tenskwatawa conocía tanto la fecha de inicio del eclipse como su duración. [3]

Un eclipse solar era un hecho de gran trascendencia para los indios. Algunos veían en ello una manifestación de la ira divina. Otros, entre los que se incluían los shawnees, creían que un Sol Negro, o *Mukutaaweethee Keesohtoa*, era el presagio de una guerra. Los indios, al desconocer su causa, temían que los eclipses fueran perpetuos. [4]

Tenskwatawa estaba entusiasmado. Si sus visiones no eran suficientes para ganar conversos, los obtendría mediante una argucia. En todo caso, lo haría por el bien de los indios y gracias a Harrison. De este modo, a comienzos de junio reunió a la gente de Greenville para anunciar una promesa que asombró hasta a sus más ardientes creyentes. A fin de probar la santidad de Tenskwatawa, el Señor de la Vida iba a alterar los cielos. Tenskwatawa envió a la gente de Greenville a difundir el inminente milagro y que volvieran a reunirse antes del 16 de junio. En esa fecha, el Señor de la Vida enviaría un Sol Negro para corroborar la autoridad divina de Tenskwatawa. Cabeza Redonda (Roundhead) el hábil jefe de una pequeña aldea wyandot del alto Scioto y uno de sus primeros aliados, ayudó a reunir espectadores de las tribus del norte. No es posible saber si Tenskwatawa compartió su conocimiento del eclipse con Tecumseh.

Decenas de devotos y escépticos se congregaron en Greenville. Tenskwatawa conferenciaba cada noche con el Señor de la Vida acerca del inminente milagro. El día señalado amaneció claro y tranquilo. Para acentuar el dramatismo, Tenskwatawa permaneció en su *wigwam*. Y, cuando el sol de mediodía se desvaneció en la penumbra, el profeta salió fuera, con un anuncio: «¡Mirad! ¿Acaso no os dije la verdad? Ved cómo las tinieblas se acercan». La muchedumbre quedó embargada de consternación y asombro hasta que el Profeta aseguró a su audiencia que, del mismo modo que había hecho desvanecerse al sol, él le devolvería pronto su fulgor anterior. La asamblea aguardó esperanzada. [5]

En otros lugares del territorio indio, el eclipse suscitó reacciones que iban desde el ligero interés de los wyandot de Tarhe, que habían sido preparados para el suceso por el reverendo Badger, hasta el horror más cerval. En Tennessee, un viajero blanco vio a los guerreros cheroqui reunirse para «espantar el eclipse a tiros». Casi un millar de mosquetes dispararon contra los cielos en penumbra. En el Territorio de Míchigan, «algunos aldeanos parecían creer que la oscuridad sería igual a la de la noche más oscura y que duraría meses, y que las

plantas y la caza perecerían», recordó el secretario territorial, cuyas advertencias habían sido ignoradas. «Otros corrían agitados de un lado a otro, mientras unos pocos se envolvían en sus mantas y se disponían a morir». [6]

En Greenville, la tensión fue palpable pero breve. El sol resurgió justo cuando Tenskwatawa lo ordenó (tal vez Fisher estaba a su lado con un reloj de bolsillo). Los escépticos se tornaron apóstoles ardientes y partieron a predicar la palabra –aunque manteniéndose bien lejos de la aldea de Tarhe– y anunciar que el Señor de la Vida favorecía sin duda al Profeta shawnee.

Mas, a pesar del «milagro» que había traído Tenskwatawa, tan solo un puñado de peregrinos llegaron hasta Greenville, y muy pocos de estos eran shawnees. El jefe Pezuña Negra y los mekoches de Wapakoneta aún consideraban a Tenskwatawa un charlatán. A Tecumseh le consideraban un caudillo guerrero hábil pero menor, fuera de lugar en una época de paz y con pretensiones de liderazgo civil inapropiadas para un kispoko. Las relaciones entre las dos facciones shawnees eran como mínimo tensas y los mekoches confiaban en su posición superior.

Pero, entonces, Pezuña Negra recibió noticias inquietantes. Chaqueta Azul, su viejo rival y el hombre más famoso de toda la nación shawnee, se había unido a la causa de los hermanos advenedizos. Era un giro inesperado de los acontecimientos: Chaqueta Azul representaba muchas de las cosas que Tenskwatawa rechazaba. Era bebedor, vivía rodeador de lujo en su aldea del río Detroit y no solo fraternizaba con los blancos, sino que se había casado con una mujer blanca y educaba a sus hijos en las escuelas de Detroit. Es probable que Chaqueta Azul considerase la cruzada del Profeta una forma de desafiar a Pezuña Negra y a sus antiguos rivales mekoches. Por su parte, tanto Tecumseh como Tenskwatawa pronto vieron que esa alianza era necesaria si querían que su movimiento floreciera. [7]

En Greenville, Chaqueta Azul asumió el papel de anciano estadista. Recomendó a los hermanos shawnees que tranquilizasen a los blancos vecinos y les convencieran de sus intenciones pacíficas, consejo que sabiamente siguieron. Los jefes de Wapakoneta habían advertido al agente indio William Wells que el asentamiento de Tenskwatawa en tierras cedidas iba a provocar un conflicto y el rumor resultante reavivó viejos temores de los colonos del río Mad. A mediados de agosto, Chaqueta Azul y Tecumseh viajaron a Chillicothe para garantizar su amistad perpetua al gobernador en funciones Thomas Kirker. Los acompañaba George, hijo de Chaqueta Azul, que haría de intérprete. «Deseamos que no preste atención a los malos informes –le

dijeron a Kirker el 11 de agosto–. Deseamos [también] que haga saber a toda la gente blanca de la frontera que [venimos] a renovar nuestra amistad con usted, y que usted nos hará entrega de unas pocas líneas que podamos mostrar tanto a nuestra gente como a la suya cuando regresemos a casa, que digan que os hemos visto, y que se han renovado la paz y la amistad, y que esta nunca jamás se romperá». Tres días más tarde, los diarios de Chillicothe informaron de la feliz conclusión del encuentro. [8]

La iniciativa de Chaqueta Azul tranquilizó a los de Ohio y, al menos de forma temporal, desactivó las intrigas de los shawnees de Wapakoneta. Por su parte, los hermanos shawnees se mantuvieron en segundo plano. Se dedicaron a consolidar su comunidad y a esperar que sus misiones ante las tribus de la parte alta de los Grandes Lagos y del territorio de Illinois hallasen una audiencia receptiva.

El invierno transcurrió con bastante placidez. Las nieves desaparecieron, y las mañanas fangosas y menos frías del mes de marzo, la luna de savia, anunciaban la llegada de la primavera de 1807. Tenskwatawa miraba esperanzado los bosques de más allá de Greenville para ver llegar el influjo de peregrinos por el que había predicado con tanto fervor. Los primeros visitantes de motivación religiosa llegaron ese mes, pero no eran en absoluto los jóvenes reclutas indios que esperaba Tenskwatawa. Por el contrario, se trataba de tres hombres blancos: enviados de la filial de Ohio de la Sociedad Unida de Creyentes en el Segundo Advenimiento de Cristo, más conocidos como los temblorosos, cuya fe había surgido en el llamado Gran Despertar de Kentucky de 1800-1801. Los temblorosos, célibes, pacifistas, igualitaristas, y entusiastas en su culto, eran vistos con desconfianza por sus vecinos blancos, tanto por su fe poco convencional como por sus profecías, que les habían revelado que los indios estaban próximos a entrar «en la Palabra del Señor».

A la rústica aldea de los temblorosos del arroyo de Turtle Creek, situada unos cien kilómetros al sudeste de Greenville, habían llegado vagas noticias de que había surgido un profeta entre los indios, «que hablaba de grandes cosas inminentes». Los temblorosos tenían esperanza: «A veces escuchamos una cosa y a veces otra, pero estamos seguros por completo de que el espíritu de Dios obra entre ellos». Convencidos de que Dios había tocado a Greenville, tres temblorosos –David Darrow, Benjamin Young y Richard McNemar– fueron a conocer al Profeta shawnee.

El 23 de marzo entraron sin oposición en Greenville. Los

temblorosos admiraron la casa del consejo enjalbegada que se alzaba entre sesenta ordenadas cabañas de madera. (Al parecer, Tenskwatawa no ordenó que los indios renunciaran a las cabañas y retornasen al *wigwam* tradicional). El humo se arremolinaba con placidez sobre las chimeneas. Todo parecía en calma. Aun así, los temblorosos estaban nerviosos, por lo que le preguntaron al primer indio anglohablante que encontraron si sus sentimientos hacia los blancos eran amistosos:

> —Sí, somos hermanos –replicó Peter Tallo de Maíz, hijo del gran jefe asesinado a traición por los Cuchillos Largos. Los temblorosos, aliviados, entablaron conversación con el joven shawnee.
> —¿Para qué es esta gran casa? –preguntaron.
> —Para adorar al Gran Espíritu –respondió Peter Tallo de Maíz.
> —¿Cómo le rendís culto?
> —Sobre todo de palabra.
> —¿Quién es vuestro portavoz jefe?
> —Nuestro Profeta. Él conversa con el Gran Espíritu y nos dice cómo ser buenos.
> —¿Todos los que viven aquí creen en él?
> —Sí. Todos creemos; él puede hablar con Dios en sueños.

Mientras los hombres conversaban, los aldeanos rodearon a los temblorosos, los cuales intuyeron en los presentes una profunda devoción. «Todos parecían conmovidos, y algunos tenían una apariencia muy solemne, con lágrimas, y apenas podían quitarnos la vista de encima», recordó Benjamin Young. Tecumseh llegó con documentos del gobernador Tiffin que atestiguaban la predisposición amistosa de la aldea. Montó en su caballo y llevó a los temblorosos por un camino boscoso seis kilómetros hasta el campo de azúcar de Greenville, donde la tradición primaveral de producir azúcar de arce estaba en pleno apogeo. Apenas hablaron durante el camino. Tecumseh fingía no comprender el inglés. En el campo, dejó a los temblorosos en compañía de George Chaqueta Azul, quien les recibió con alegre desconfianza y se rio ante su deseo de hablar con el Profeta. Los ministros blancos consideraban necia su fe, de modo que Tenskwatawa no les daría ocasión de confirmar tales ideas. Además, padecía un fuerte dolor de cabeza.

McNemar insistió en que ellos eran auténticos buscadores de la verdad, despreciados por los clérigos blancos, a lo que el cultivado George Chaqueta Azul respondió: «¿Creéis que una persona puede tener un verdadero conocimiento del Gran Espíritu, en su corazón, sin

ir a la escuela y aprender a leer?». «Sí, creemos que sí que puede –dijo McNemar con solemnidad–. Y creemos que ese es el mejor conocimiento que existe».

Satisfecho en apariencia, George Chaqueta Azul fue a ver a Tecumseh a la tienda del Profeta. Una hora más tarde, Tenskwatawa salió de la misma, fumaba una gran pipa-*tomahawk*. Se sentó ante un círculo de veinticinco expectantes acólitos indios. El fulgor de una gran hoguera teñía el inminente crepúsculo. Benjamin Young estudió al Profeta con gran interés:

> Se había despojado de todos sus ornamentos tintineantes, con la excepción de una redonda [gorguera] en su pecho que abrochaba sus vestiduras. Su vestido [era] sencillo y decente, su porte grave y solemne. Su persona [era] de estatura común, más bien delgada, y de una apariencia nada imponente. Comenzó a hablar, y con los ojos cerrados continuó su discurso durante una media hora, de forma muy elocuente y enfática. Habló con inteligencia del poder de Dios. Y su voz, su grave porte y cada uno de los gestos de su mano y de su cuerpo, expresaban un sentido profundo y una intuición solemne de cosas eternas […] a cada pausa o frase destacada, se escuchaba un asentimiento solemne.

Tenskwatawa habló de su doctrina y de la sustancia de sus visiones, que George Ironside interpretó con minuciosidad. Aun así, declaró Benjamin Young que «la pesante inquietud espiritual y el solemne sentimiento, amor y simplicidad que sentimos en la asamblea no se pueden expresar con palabras». A continuación, se sirvió la cena: un pavo y un caldero con ocho cuartos[*7] de caldo para alimentar a toda la asamblea. Conmovidos por la magra colación –para muchos indios, esta era la única comida del día– los temblorosos entregaron diez dólares a George Chaqueta Azul, que el Profeta recibió agradecido. Los temblorosos, anunció este, no eran estadounidenses ordinarios. Su don provenía de un corazón puro y era, por tanto, aceptable.

Los temblorosos regresaron a Greenville para pasar la noche. Mientras contemplaba la luna llena que se alzaba sobre el horizonte forestado, Benjamin Young afirmó sentirse como el Jacob bíblico, pues se despertó de su sueño lamentándose: «Sin duda Dios está en este lugar, mas el mundo lo ignora[*8]». El aspecto «pagano» de los hombres de la aldea –con sus cabezas afeitadas, sus rostros pintados, sus ornamentos de tintineante plata, y sus grandes anillos en orejas y

narices– no disuadieron a los temblorosos de su convicción de que Dios estaba con ellos.

A la mañana siguiente, Chaqueta Azul hizo ir a su tienda a los temblorosos. Con el hijo de este como intérprete, Chaqueta Azul, Tecumseh y otros «notables» entablaron con los tres temblorosos un intercambio animado y franco. Lo que más les interesaba saber era si los temblorosos bebían *whisky*. Cuando estos respondieron que no, los indios expresaron «gran gozo por haber hallado a alguien entre los blancos que se había reformado de sus costumbres malignas». Los temblorosos conocieron gracias a los indios un curioso elemento de las enseñanzas de Tenskwatawa: su don para discernir los pecados de todos, incluso de niños de siete años de edad, así como su insistencia en que los confesaran. El profeta había integrado esta práctica en su credo, que había recibido de los wyandot. «Muchos wyandot habían formado parte de los católicos de Detroit –explicó el funcionario del Departamento Indio británico y comerciante George Ironside–, pero ahora les han dejado y creen en nuestro profeta –Y añadió–: Los católicos confiesan sus pecados, pero continúan siendo malvados, mas nuestra gente abandona sus malas obras una vez han confesado».

Tecumseh, abandonada toda reserva, habló con pasión a los tres temblorosos de la fe de su hermano. Estos se deshicieron de satisfacción cuando les dijo que su deseo más ardiente era que los shawnees descreídos –la gente de Pezuña Negra– entrase en el redil y hallase la salvación. Es dudoso que Tecumseh intentase engañar o manipular a los visitantes. Los temblorosos eran hombres blancos buenos y sinceros, la clase de blancos a los que Tecumseh respetaba y con los que hablaba con sinceridad.

Antes de partir, el trío de temblorosos remitió una carta a Tenskwatawa en la que le expresaban su amor por el «buen espíritu» que obraba entre sus conversos y le animaban a ir a Turtle Creek siempre que quisiera.

Para Tenskwatawa, fue una visita gratificante. Había hombres blancos buenos y santos a los que podía ganar con sus palabras. Pero, ¿dónde estaban los buscadores indios de la verdad a los que había enviado sus emisarios? Estos eran su verdadera preocupación. La mayor parte de sus hermanos shawnees le habían rechazado de forma categórica y la conversión de los delawares, miamis y wyandot de Ohio era, en el mejor de los casos, dudosa. Sin un aporte masivo de indios septentrionales, Tenskwatawa habría abierto en vano su puerta espiritual. No obstante, no tendría que esperar mucho para obtener su respuesta. [9]

Los emisarios de los temblorosos habían visitado a Tenskwatawa un mes antes de lo que deberían. De haber ido en abril, habrían sido testigos de un espectáculo mucho más maravilloso que el que les convenció de que Greenville era obra de Dios. Por fin, los peregrinos indios de los Grandes Lagos venían hacia la ciudad santa en una cifra lo bastante numerosa como para preocupar a los funcionarios y a los colonos. Los indios septentrionales estaban inquietos antes incluso de que les llegase el mensaje de Tenskwatawa. En 1806, una delegación de tribus de los Grandes Lagos viajó a Fort Malden, en Amherstburg, en el Alto Canadá, para reafirmar su lealtad a los británicos y clamar contra «el demonio blanco de fauces abiertas que se dispone a poseer nuestras tierras a cualquier precio». Para confirmar sus temores, no tenían más que mirar al otro lado del río Detroit. Esta ciudad, situada frente a Amherstburg y, en otro tiempo, predominantemente franco-canadiense, comenzaba a poblarse de las avanzadillas del Imperio de la libertad de Jefferson. Si bien el cambio de población ocurrió de forma gradual, el aspecto físico de Detroit cambió en un instante. En junio de 1805, un incendio devastó la ciudad. Las casas de techo de paja, de un siglo de antigüedad, ardieron y se desvanecieron. De las casi doscientas estructuras que habían definido a Detroit, tan solo quedó una en pie; el lugar de las demás quedó marcado por solitarias chimeneas de piedra. Los residentes más acaudalados, de mutable lealtad, se trasladaron al otro lado del río, a Amherstburg o a Sandwich, con lo que dejaron paso a los emprendedores proestadounidenses que reconstruyeron Detroit con materiales sólidos: piedra, caliza, ladrillo y vigas. Por doquier brotaron robustas casas de tejas de cedro enlucidas con escayola. Se trazaron calles nuevas y más amplias y se construyó una factoría india de ladrillos y una casa del consejo.

El viejo fuerte británico que vigilaba a la comunidad sobrevivió. Sus baluartes estaban erizados de cañones estadounidenses y una pequeña guarnición de Cuchillos Largos ocupaba los cuarteles. En las afueras de Detroit brotaron diminutos asentamientos estadounidenses. Su presencia inquietaba a los indios locales. Algunos, como los wyandot de Míchigan, trataron de buscar un acuerdo. Unos pocos respondieron mudándose a otra parte. Algunos otros se prepararon para el conflicto. Los potawatomis que vivían más cerca de los estadounidenses pusieron las cuestiones tribales en manos de sus caudillos guerreros. Los británicos les exhortaron a evitar un derramamiento de sangre, pero los indios habían colocado una mecha

que podría encenderse con gran facilidad. [10]

El primero en hacer sonar la alarma fue el agente indio William Wells. En abril de 1807, casi cuatrocientos guerreros ottawas, potawatomis y ojibwas pasaron por Fort Wayne camino de Greenville. Aunque Wells creía que sus intenciones eran pacíficas, también creía que la mera aparición de tantos indios forasteros provocaría una estampida de los colonos de Ohio. Wells, asimismo, consideraba que el Profeta shawnee tenía intención de manipular a los forasteros para que derrocasen a Pezuña Negra y así convertirse en el «primer jefe» del pueblo shawnee. Esto, reflexionó Wells, podría desencadenar una conflagración más general. «Hay hombres […] insatisfechos con la conducta de sus jefes, y parecen dispuestos a seguir el ejemplo de este [Profeta] shawnee –le dijo Wells al secretario de guerra–. Solo el tiempo determinará cómo acabará este asunto». [11]

Por el momento, Tenskwatawa se contentaba con deleitarse con la presencia de una multitud de potenciales discípulos. Un responsable blanco bien informado estimó su número en ochocientos, los cuales habían llegado de lugares tan lejanos como el Lago Superior. Su fervor espiritual era real: habían sufrido el hambre y las inclemencias del tiempo durante el largo viaje, y muchos habían muerto. [12] Pero a los que completaron el peregrinaje no les faltaron las atenciones del Profeta, quien daba una cálida bienvenida a las delegaciones tribales. En alguna ocasión la barrera del lenguaje debilitaba el impacto del credo de Tenskwatawa, como cuando recibió a una docena de winnebagos –un pueblo de habla siux que mantenía relaciones amistosas con las tribus algonquinas– que habían caminado hasta Greenville desde sus aldeas situadas en la actual Wisconsin.

«Está bien, mis jóvenes hermanos. Hay aquí muchas tribus, pero quería veros a vosotros en particular –les decía Tenskwatawa al recibirles–. Es bueno que hayáis venido. Quería hablaros, pero es imposible porque no hablo vuestro lenguaje». Intervino, entonces, un ajado winnebago que hablaba algo de shawnee: «Puedo entender lo que dices, pero no me atrevo a hablarte porque no sé si sabré hacerme entender».

Tenskwatawa agradeció al anciano y dio inicio a su discurso: «Jóvenes hermanos, no estamos haciendo lo correcto, y es por ello que no nos va muy bien en la vida», comenzó. Al achacoso winnebago se le escapaban los matices de la doctrina de Tenskwatawa, pero comprendió fragmentos que describían los días de oprobio del Profeta, cuando aún era Lalawethika:

> Dijo […] que el Diablo le había dicho que iría al cielo y que no podrían matarle. Le dijo que le había dado un

> cinturón sagrado. Era una mala persona. Siempre que se enfurecía, arrojaba su cinto al suelo, que se convertía en una serpiente de cascabel que se agitaba. Cuando hacía esto, las otras personas le tenían miedo.
> Era muy malvado cuando bebía […] no trataba bien a las mujeres. Estas iban con él, pero no porque les gustase, sino porque le tenían miedo. Era peligroso decir nada de él. Siempre que quería beber, le quitaba algo de valor a alguien y compraba bebida.
> El Creador le había enviado en misión a la tierra, pero el diablo le había confundido.

La historia de la faustiana vida de Tenskwatawa finalizaría con verdad y gloria para todos los indios, pero solo si los winnebagos y los demás atendían sus santas admoniciones, tal como las había explicado el intérprete. [13]

Hubo otro indio llegado de lejos que comprendió sin dificultad el credo del Profeta. Este era un carismático guerrero ottawa llamado Le Maigouis (La Trucha) hermano del jefe principal de L'Arbre Croche, una gran comunidad de ottawas y ojibwas situada cerca de Michilimackinac, en el territorio del Alto Míchigan. Dado que Le Maigouis era justo el tipo de indio al que Tenskwatawa aspiraba a llegar, este, con astucia, le dedicó atención especial al inteligente e influyente joven ottawa. Le dijo que se convertiría en «el heraldo de esta nueva religión» tanto para su gente como para los ojibwas. Le Maigouis, convertido en ferviente apóstol, se embebió hasta el fondo del credo de Tenskwatawa, el cual adornó con esplendor para su apóstol ottawa. Ya no era la encarnación transformada del pecador Lalawethika, que penaba sus transgresiones y compartía la palabra revelada del Señor de la Vida. En realidad, le dijo Tenskwatawa a Le Maigouis, él era el primer hombre creado en la Tierra, alzado de entre los muertos para ofrecer su sabio consejo al Gran Espíritu, quien «había cerrado su libro de cuentas» con la humanidad y había decidido destruir el mundo. El resucitado Tenskwatawa predicó que los indios habían degenerado. Estaban «dispersos y miserables», pero él había convencido al Señor de la Vida para que perdonase a sus hijos pieles rojas el tiempo suficiente como para que pudiera redimirlos. «Pedí al Gran Espíritu que me concediera [esto] en caso de que escuchen mi voz, para que el mundo pueda existir por un periodo de tres vidas plenas, y mi petición fue concedida», dijo Tenskwatawa. Aquellos que prestasen oídos a su palabra, y su progenie, recibirían un aplazamiento de su condena.

Tenskwatawa ordenó a Le Maigouis que concluyera sus discursos a

las tribus norteñas con una petición, una disculpa, y una advertencia del Profeta, quien ahora estaba «en la tierra, enviado por el Gran Espíritu para instruir» a los indios. Cada aldea debería despachar a Greenville a dos o más jefes principales para su instrucción; Le Maigouis les mostraría la senda hacia el Profeta. Tenskwatawa sentía no poder ir él mismo a L'Arbre Croche, pero, si dejaba Greenville, el mundo se acabaría. «Está roto y se inclina, de igual modo que decaen los ojibwas, los ottawas y todo lo que está más allá caerá y morirá» a no ser que sus jefes atiendan los llamamientos del Profeta. Las aldeas que no envíen delegados a escuchar las enseñanzas de Tenskwatawa serán «borradas de la faz de la tierra». [14]

No obstante, si William Wells se salía con la suya, la primera aldea que sería borrada de la faz de la tierra sería la propia Greenville. Este, aunque aguijoneado por el oportunista Pezuña Negra y por los inquietos pioneros, carecía de autoridad superior. De modo que convenció al métis Anthony Shane para que invitase a Tenskwatawa y a Tecumseh a venir a Fort Wayne para recibir una carta (inexistente) del Gran Padre, el presidente Jefferson, en el que les imploraba que abandonasen Greenville.

Tecumseh tenía una pobre opinión de Shane, por lo que ignoró tanto el mensajero como el mensaje. Fue un momento clave en el futuro de las relaciones de Tecumseh con los estadounidenses. Sin consultar ni con Tenskwatawa ni con Chaqueta Azul, rechazó el llamamiento de Wells de inmediato. «Regresa a Fort Wayne y dile al capitán Wells que mi fuego arde en el lugar señalado por el Gran Espíritu celestial, y que si tiene algo que comunicarme, debe venir aquí», le dijo Tecumseh a Shane. Si Wells estaba de acuerdo, Tecumseh invitaría a dos de sus más «respetables» amigos blancos para que acudieran al consejo en representación de sus asentamientos. Tecumseh dijo que esperaba recibir noticias de Wells en el plazo de seis días. La acción unilateral del líder shawnee no es difícil de comprender. Él, no Tenskwatawa ni su distinguido invitado, el anciano Chaqueta Azul, era el jefe de la aldea. Aunque todavía no había determinado hacia qué dirección debía encaminarse, es evidente que Tecumseh tenía ambiciones políticas propias que no iba a ocultar. Estaba dispuesto a apoyar con lealtad a Tenskwatawa, pero sin autodestruirse en el empeño.

La indiferencia de Tecumseh hacia las exigencias estadunidenses dejó perplejo a Wells. También le dejó en una posición incómoda. Visitar Greenville suponía correr el riesgo de legitimar su existencia. En consecuencia, el 22 de abril de 1807, Wells redactó un discurso que Shane debía entregar a los líderes de Greenville en nombre de

Jefferson, pese a que no existe prueba alguna de que el presidente autorizase esta aproximación en forma de misiva, ni el ultimátum que contenía.

Shane entregó diligente la orden. Aunque era del todo razonable con arreglo a las cláusulas del Tratado de Greenville, en la atmósfera cargada de espiritualidad de la comunidad del Profeta, una orden como esa habría hecho temer a más de un hombre por la integridad de su cuero cabelludo. Tenskwatawa, Tecumseh, los subjefes shawnee y Chaqueta Azul estaban presentes y podrían haber recibido la orden. Wells, tras recordar a sus «hermanos shawnees» que el Gran Padre no toleraba la violación de ninguno de los dos lados de la línea Greenville, insistió en que la presencia india al sur de dicha línea no solo era ilegal, sino que atemorizaba a los colonos. Los indios, por tanto, debían abandonar Greenville de inmediato. Wells concluyó su misiva de manera que enfurecería a Tenskwatawa: «Ahora, os tomaré de la mano y os encomendaré al cuidado del Gran Espíritu, en la esperanza de que este os rescate de las nubes negras que parecen pender sobre vosotros, y os muestre la senda que os lleve a la felicidad». [15]

Tecumseh, entonces, se levantó para hablar. Desde que Tenskwatawa había iniciado su misión para unir a los indios en lo espiritual, él también había reflexionado mucho. ¿Acaso no debía haber para los indios más cosas sagradas, aparte de su alma? Tecumseh creía haber hallado la respuesta e iba a compartirla ahora. Se disponía a pronunciar las palabras más importantes que había articulado en sus treinta y nueve años de vida. No respetaría la vida de nadie cuyas acciones contravinieran aquello que estaba a punto de declarar que era lo más sagrado para él: el carácter sacro de las tierras que les quedaban a los indios.

Tecumseh, sin dirigirse a Shane, sino a los demás líderes shawnees, les dio una prolongada charla –«les arengó» por utilizar las palabras de Shane– sobre la interminable invasión blanca. «Estas tierras son nuestras, y nadie tiene derecho a expulsarnos, porque fuimos los primeros propietarios. El Gran Espíritu celestial ha señalado este lugar para que encendamos aquí nuestros fuegos, y aquí deberemos permanecer. En lo que se refiere a las fronteras, el Gran Espíritu celestial no conoce fronteras y, por tanto, su pueblo no reconocerá ninguna». Tecumseh le dijo a Shane que, si el presidente Jefferson tenía algo que decir, debía enviar de inmediato «a un hombre de importancia». Ya no volvería a tratar con Wells, ni de forma directa ni por mediación de un intermediario.

La declaración de Tecumseh significaba una sorprendente e

indiscutible ruptura con su anterior aceptación de los límites del Tratado de Greenville. Su énfasis en la condición de Greenville de excepción a las tierras cedidas sugiere que creía que la misión de su hermano estaba sin duda inspirada por la divinidad. Tampoco cabe ninguna duda de que había trazado una línea entre sí mismo y los jefes del tratado, pues semejante insulto a Wells también constituía un insulto a Pequeña Tortuga y a Pezuña Negra. El primero podía quedarse engordando a expensas del gobierno en su bella casa, servido por su esclavo negro. El corrupto Pezuña Negra podía degradarse a cambio de anualidades. Pero los hermanos shawnees seguirían su camino y responderían solo ante el Señor de la Vida.

Tecumseh, aunque seguía siendo un mero jefe de aldea, era ahora una fuerza política a tener en cuenta en el territorio indio. A partir de entonces, sería el portavoz principal del movimiento religioso panindio del Profeta, tanto ante los blancos como ante indios en potencia hostiles. Cada vez más, Tenskwatawa se dedicaría, sobre todo –pero no en exclusiva–, a mantener la llama espiritual y atraer a nuevos adeptos a su fe. La jugada de William Wells tan solo había servido para profundizar la interdependencia entre los hermanos shawnees.

Shane se quedó sin palabras. No así el Profeta, quien reforzó el discurso de Tecumseh con algunos insultos indirectos dirigidos a Thomas Jefferson. «¿Por qué el gobierno no nos ha enviado al hombre más grande que tienen? Puedo hablar con él [con el presidente]. Puedo traer oscuridad entre él y yo. No, puedo hacer algo más. Puedo colocar el sol a mis pies […] ¿y qué hombre blanco puede hacer eso?». Dicho esto, la asamblea levantó la sesión. [16]

Wells había perdido el primer asalto contra los hermanos shawnees. La derrota también le costó un precio en la capital, pues el agente indio había negado la magnitud de un problema para el que carecía tanto de las agallas para enfrentarlo como de la iniciativa para molestar al presidente. Esto llevó al untuoso secretario de guerra, Henry Dearborn, a hacerle responsable de la «concentración indebida» de indios en Greenville. Fuera de sí, Wells informó a Dearborn que para el próximo verano se esperaba la visita de otros dos mil peregrinos para ver al Profeta. «No podemos perder ningún tiempo para enviar a este villano y a su insolente banda fuera del territorio estadounidense» dijo con rabia; era esta una tarea para la que no bastarían meras palabras. Dearborn se limitó a archivar la nota de Wells y se preguntó si había llegado el momento de buscar un nuevo agente indio. [17]

William Wells sentía un genuino temor por la seguridad de los colonos en las lindes del territorio indio. Pero, a finales de la primavera de 1807, era más probable una guerra entre Pezuña Negra y Tecumseh que entre los indios y los blancos de Ohio. Los problemas comenzaron cuando se descubrió el cadáver de un tal John Boyer. El cuerpo, al que le habían arrancado la cabellera, estaba boca abajo en el lecho de un arroyo cercano al río Mad. Sobre la espalda de Boyer había dos cascabeles indios, un arco y flechas, cabellos y plumas. Al menos un diario local sugirió que Boyer podría haber sido asesinado en una disputa privada y que la escena había sido manipulada para que pareciera que los indios le habían matado. Pero otros sospecharon que la banda de Tecumseh había asesinado a Boyer para provocar un conflicto entre los colonos del río Mad y la gente de Pezuña Negra.

Como de costumbre, el gobernador Tiffin actuó de forma juiciosa. Activó dos compañías de la milicia, pero, en lugar de desplegarlas, envió a Simon Kenton y al general de milicias Benjamin Whiteman para reunirse con Tecumseh en un calvero situado en las afueras de Greenville.

Kenton y Whiteman encontraron a Tecumseh rebosante de un humor socarrón. Antes de iniciar la reunión, Whiteman se apartó un momento. Tras charlar un rato, Tecumseh preguntó a Kenton la identidad del hombre solitario. Kenton se lo dijo, y añadió que Whiteman había formado parte de la banda de kentuckianos que Tecumseh había derrotado en el Great Miami en 1793. Tecumseh se colocó a hurtadillas tras Whiteman, y, dándole una palmada en el hombro, bramó en inglés:

> —¿Eres un hombre grande?
> —Sí –replicó Whiteman de forma calmada–, lo soy.
> —Yo soy más grande que tú –dijo Tecumseh con una mueca.
> —Eso está por ver.
> —Oh, no –rio Tecumseh–: Ya os zurré una vez cuando éramos muchachos, así que ahora a lo mejor podría volver a hacerlo.

Una vez finalizadas las presentaciones, el consejo fue breve. Tecumseh acusó a Pezuña Negra del asesinato de Boyer, y los participantes acordaron celebrar en junio un segundo consejo en la aldea vecina de Springfield para dar a Pezuña Negra la oportunidad de refutar la acusación de Tecumseh. **[18]**

Whiteman no quería dejar el asunto en suspenso hasta el consejo de Springfield, por lo que hizo llamar al jefe Cabeza Redonda para preguntarle por el asesinato de Boyer. Si el general esperaba recibir una respuesta diferente de la que le había dado Tecumseh, se llevó una amarga decepción. Cabeza Redonda, de cuarenta y siete años de edad, había sido un destacado caudillo guerrero en la gran confederación de la década de 1790 y, tras el Tratado de Greenville, había establecido una aldea independiente en el alto Scioto. Compartía con Tecumseh muchas características. Ecuánime y afable, era un gran combatiente, hablaba inglés, y tenía una presencia magnífica. Cabeza Redonda medió en numerosas disputas entre indios y blancos en su vecindario, cuestión que le hizo ganarse la reputación de honesto e íntegro. Fue uno de los primeros conversos a la fe del Profeta, por lo que llevó a su banda a Greenville, donde se convirtió en devoto amigo y aliado de los hermanos shawnees. [19]

Es plausible que la lealtad de Cabeza Redonda hacia Tecumseh le hiciera ocultar la verdad. «Nosotros gente de Greenville piensa [*sic*] que no hay mal –le dijo al general Williams–. Nos aplicamos a tratar de estar en paz con nuestro hacedor [y] acusamos del asesinato de ese hombre blanco a un shawnee que afirma ser amigo de la gente blanca […] Pezuña Negra». [20]

El 24 de junio, los litigantes entraron en Springfield, una comunidad pequeña pero en crecimiento, compuesta quizá por dos docenas de cabañas de madera –entre la que se incluía la de Simon Kenton– y la inevitable taberna. Cada una de las dos facciones shawnees se presentó con sesenta guerreros fuertemente armados, dispuestos a defender a su jefe si se pasaba de las palabras a los golpes. Cabeza Redonda vino acompañado por unos pocos guerreros wyandot.

Los séquitos armados no pasaron de la cabaña de un armero, situada a dos o tres kilómetros al norte de la localidad. Allí, el coronel William Ward, representante del gobernador Tiffin, insistió en que dejasen sus armas, incluso los *tomahawk* y los cuchillos de caza. Tecumseh, consciente de a quién se enfrentaba, ordenó a sus guerreros que obedecieran. Su familia y los Ward tenían una larga historia de violencia que se remontaba a la batalla de Point Pleasant, en la que Ward había combatido cuando era un adolescente. John, hermano del coronel Ward, había sido cautivo de los shawnees y uno de los primeros seguidores de Tecumseh, pero había muerto en la primera escaramuza de Tecumseh con Kenton. En esta escaramuza, James, hermano del coronel, había combatido junto al kentuckiano. Alto, arrogante y robusto a sus cincuenta y cinco años de edad, William

Ward dejó bien claro a los tres jefes que él estaba al mando y le apoyaban ciento veinte milicianos armados.

La milicia formó un cuadrado poco profundo en torno al terreno del consejo y los indios entraron. Tecumseh llevaba en su brazo izquierdo, a la vista de todos, su espléndido *tomahawk*-pipa con incrustaciones de plata. Un jefe, afirmó, tenía derecho a fumar su pipa en el consejo, pero los oficiales se mantuvieron firmes. Ward intervino para respaldarles. Tecumseh se quejó, pero al final entregó su insignia de rango de afilados bordes. El incidente llamó la atención de un viejo y apacible predicador metodista que estaba cerca fumando su rechoncha pipa de mazorca. Este se la ofreció a Tecumseh. Quizá era el momento para un poco de informalidad: Tecumseh tomó la pipa con su pulgar y su índice, la olió, la miró asqueado y la arrojó lejos sobre su hombro. Las filas de la milicia estallaron en carcajadas. Tecumseh ocupó su puesto en el semicírculo de indios sentados ante el coronel Ward y el consejo dio inicio. [21]

Ward fue el primero en hablar y no se anduvo con rodeos. Se acusaba a los indios de haber matado a un hombre blanco. Si estimaban su vida, y las de sus esposas e hijas –es más, la supervivencia de sus naciones–, sería mejor que entregasen al perpetrador del crimen, o que revelasen su identidad.

Los jefes se inquietaron ante el ultimátum de Ward. Pezuña Negra, quien había acusado a Cabeza Redonda del crimen, pasó a sugerir que los responsables eran merodeadores ojibwas. El siguiente en levantarse fue Cabeza Redonda. Un shawnee wapakoneta asió un *tomahawk* escondido bajo una manta. Si Cabeza Redonda volvía a menospreciar a Pezuña Negra, mataría al wyandot. Pero Cabeza Redonda se limitó a disculparse con humildad por haberle ofendido.

Vino ahora el turno de hablar de Tecumseh. Era un desafecto, un secesionista de la legítima autoridad de la nación shawnee que, al igual que su hermano el Profeta, había tomado una senda que prometía la ruina de todo shawnee lo bastante necio como para seguirle. Al menos así era como le veían los guerreros wapakonetas, que se dispusieron a defender a su jefe. Pero Tecumseh no quería disputas con Pezuña Negra. Tal vez recordó por un instante las enseñanzas de su juventud. «Los viejos –le habían enseñado–, han recorrido todo el periodo de sus vidas, y mucho antes de que naciéramos; tienen todo el conocimiento que poseemos, y mucho más que eso. Por tanto, debemos subordinar nuestros puntos de vista limitados a su experiencia». [22]

Tecumseh hablaba en shawnee con rapidez, con tal energía y fluidez que un observador blanco le comparó con Henry Clay, gran

orador y senador por Kentucky. Al tiempo que explicaba los motivos de los creyentes de Greenville, Tecumseh desmintió ninguna intención hostil ni conocimiento del asesinato de Boyer. No afrentó a Pezuña Negra e insistió en su amistad con los colonos, pues él «sabía bien que a la voluntad del Gran Espíritu le repugnaba romper la amistad con la gente blanca, y que, si conociera el culpable, proporcionaría información».

Ward no estaba contento. Les dijo a los jefes que, si no obtenía algo más tangible que meras buenas intenciones, y pronto, entonces «tendría lugar una guerra general y todo su pueblo sería exterminado». Con tan agradables frases, el irascible coronel dio por concluida la reunión.

Inquietos por la amenaza de Ward, aquella noche Pezuña Negra y Tecumseh arrojaron literalmente un *tomahawk* sobre sus hombros para erradicar malos espíritus y establecer una paz duradera entre sus facciones. Tecumseh, consciente de que las luchas entre indios siempre eran contraproducentes, desautorizó en público el llamamiento de su hermano de que se ejecutase a los jefes de Wapakoneta por brujería. Los jefes shawnees hicieron todo cuanto pudieron para aplacar a los estadounidenses. Pezuña Negra se apresuró a regresar a Wapakoneta para seguir investigando el asesinato de Boyer. Más tarde informó de buena fe al general Whiteman que una partida de guerreros potawatomi había matado a Boyer en represalia por la muerte de uno de los suyos a manos de residentes blancos cuatro años antes. Esto puso fin a la polémica. Mientras tanto, Tecumseh se quedó unos días en Springfield, frecuentando a los aldeanos, compitiendo con los hombres en lucha, tiro de fusil, lanzamiento de *tomahawk*, y otras diversiones fronterizas. Se alojó con la familia de William Renick, quien sentía gran simpatía por el carismático shawnee. Tecumseh, recordó el hijo de Renick, era en general muy popular en Springfield. Los lugareños apreciaban su honestidad y su cálido sentido del humor y no tenían nada en su contra. En tanto que los estadounidenses no reclamasen más tierras indias, Tecumseh correspondía sus atenciones, a pesar de las advertencias de Tenskwatawa en contra de fraternizar con los blancos. [23]

Pero la expansiva presencia blanca en Ohio no podría ser contenida para siempre por una línea trazada más de una década antes. Desde el Tratado de Greenville, la población no-nativa de Ohio casi se había multiplicado por diez, hasta los ciento cincuenta mil habitantes, mientras que las cifras de los indios se habían mantenido constantes o habían declinado a no más de seis mil. La presencia de la aldea sagrada del profeta en la frontera era tan tenue como la de un

guijarro en una poza de marea en espera de una nueva ola. Dos días antes del consejo de Springfield, tuvo lugar frente a las lejanas costas de Virginia una batalla naval que agitaría las aguas muy por encima de la capacidad de los hermanos shawnees de contenerlas.

CAPÍTULO 11

INTERLUDIO EN GREENVILLE

TENSKWATAWA había elegido bien cuando nombró a Le Maigouis su heraldo ante las tribus del norte de los Grandes Lagos. El guerrero ottawa, tras regresar a L'Arbre Croche en abril de 1807, recorrió todo el país septentrional y convirtió a la mayoría de los pueblos ottawa, ojibwa y winnebago con su prédica apasionada de la palabra del Profeta. Le Maigouis suscitó tal conmoción que el capitán Josiah Dunham, oficial al mando de Fort Michilimackinac, temió un alzamiento indio. «Existe al parecer un extenso movimiento entre los salvajes de esta parte que se realiza con gran secreto y misterio –reportó Dunham al secretario Dearborn–. Circulan de una tribu a otra con gran rapidez cinturones de *wampum*, y prevalece un espíritu en absoluto pacífico […] no diré que temo un ataque inminente, [pero] considero que la prudencia dicta vigilar sus movimientos y estar en constante alerta».

El Fort Michilimackinac (que más tarde sería renombrado Fort Mackinac) era una obra formidable, pero Dunham contaba con escasos recursos con los que defenderla: apenas cuatro docenas de oficiales y soldados, algunos cañones y ninguna provisión, salvo las que podía obtener de los indios. Emplazado en una isla de los estrechos de Mackinac, el puesto de Dunham era responsable de la seguridad de un territorio que era, en su mayor parte, una abstracción. El Territorio de Míchigan, desgajado de Indiana en 1805, era una región de aplastante mayoría india. Los fuertes de Michilimackinac y Detroit representaban la única presencia militar estadounidense, y, dejando aparte Detroit, los tres mil civiles de la región eran en su mayoría antiguos francocanadienses de dudosa lealtad a los Estados Unidos. Esta era la frontera avanzada del Imperio de Libertad de Jefferson, y estaba destinada a seguir siéndolo en el futuro si el ejército regular no crecía al mismo ritmo que las aspiraciones territoriales del presidente.

Le Maigouis no predicó hacer la guerra a los blancos, con lo que se mantuvo fiel a la esencia de la doctrina de Tenskwatawa. A pesar de esto, asustó a los escasos habitantes estadounidenses del norte del

país, muchos de los cuales habían vivido con los indios lo suficiente como para darse cuenta del inminente peligro. En Green Bay, un pequeño puesto comercial rodeado de un mar de indios, se prepararon para lo peor. A comienzos de junio, el juez de paz de la localidad advirtió a Dunham que «los salvajes están muy mal predispuestos hacia los estadounidenses [y] parecen decididos a hacerles la guerra […] y han nombrado un lugar de reunión desde el cual podrán atacar varios puestos al mismo tiempo». Los indios, «tienen una parábola según la cual un profeta ha sido enviado desde los cielos para instruirles y enseñarles el verdadero método de vivir». Dunham daba por supuesto que este método incluía matar estadounidenses.

Mas estaba equivocado. Lo que predicaba Le Maigouis era la superioridad innata de los indios y la necesidad de unidad contra futuras invasiones estadounidenses. El Señor de la Vida hablaba por mediación de Le Maigouis, como ya había hecho con Tenskwatawa y predicaba:

> Hijos míos, debéis tener muy poco trato con los blancos. Ellos no son vuestros Padres, como les llamáis, sino vuestros hermanos […] Yo [el Señor de la Vida] soy vuestro Padre. Hacéis bien en llamarme así, pues yo soy el padre de los ingleses, de los franceses, de los españoles y de los indios […] pero yo no hice a los estadounidenses. Ellos no son mis hijos, sino que son retoños del Espíritu Maligno. Ellos surgieron de la escoria de la Gran Agua, cuando a mí me estaba perturbando el Espíritu Maligno y la espuma fue a parar a los bosques arrastrada por un fuerte viento del este. Son numerosos, y les odio. Son injustos. Han tomado vuestras tierras, que no habían sido creadas para ellos.

El capitán Dunham podría haber precipitado el conflicto que trataba de evitar con la detención de Le Maigouis. Las «miradas y comportamientos» de los jefes ojibwa y ottawa le pusieron nervioso. Habían dejado de dirigirse a él como «Padre». Y también se mostraban insolentes, como cuando se negaron a acudir a un consejo del tratado que el gobernador territorial William Hull había convocado en Detroit. «Nuestros hermanos del sur están olvidando a sus hijos –le dijo a Dunham el principal jefe ottawa–. Si son lo bastante necios como para deshacerse de sus cazaderos, que así sea. Pero nosotros, los de esta parte, no haremos tal cosa, y esperamos que no tengáis intención de tomar ni un palmo de nuestra tierra, pues no tenemos mucha». Cuando los jefes le dijeron a Dunham que tenían cosas más

importantes que hacer que reunirse con el gobernador, este arrestó a Le Maigouis. «Hermanos –declaró Dunham–, creo que vuestro profeta es un gran impostor […] el Gran Espíritu jamás os diría que los estadounidenses no son sus hijos».

Los jefes encajaron con calma la infortunada diatriba del capitán. Le convencieron de que ni ellos ni Le Maigouis tenían intención de causar daño. Dunham se echó atrás y liberó al molesto ottawa bajo la condición de que suavizase su retórica. Para evitar cualquier posible malentendido acerca de la cuestión de las tierras, los jefes aconsejaron al gobernador Hull que no viniera. Este, con prudencia, dejó que el asunto se enfriase. Todavía tenía intención de concluir un «tratado ventajoso», pero aconsejó al secretario Dearborn que «no cabe duda de que este profeta shawnee está ganando influencia […] es difícil determinar qué consecuencias se derivarán de esto». [1]

La verdad es que los acólitos septentrionales del Profeta expresaban una beligerancia que los hermanos shawnees todavía no habían mostrado de forma clara. Tras reprender a Anthony Shane, Tecumseh y Tenskwatawa habían tenido cuidado con respecto a las nuevas cesiones de tierra, y se habían esforzado por mantener buenas relaciones con sus vecinos estadounidenses. Esto no quiere decir que la proclama de Tecumseh a Shane no hubiera sido sincera; más bien se trataba de que no había habido ocasión de corroborar palabras con hechos, pues ninguno de los dos gobernadores, ni Harrison ni Tiffin, habían expresado el deseo de obtener más tierras indias. Pero William Wells no dejaba de ver problemas en lontananza. Sabía que los ojibwas, ottawas y potawatomis planeaban hacer un segundo peregrinaje para ver al Profeta en agosto. «Es del todo necesario que los shawnees de Greenville sean expulsados de ese lugar lo antes posible –le dijo Wells al secretario Dearborn—: Me temo que el Profeta shawnee anime a los indios a hacer algo contra los indios o contra los blancos a no ser que se le maneje con mucha dureza». Pero nadie le escuchó en Washington. [2]

❖

Es decir, nadie le escuchó hasta el 22 de junio de 1807. Ese día, el navío británico HMS Leopard abrió fuego contra la fragata USS Chesapeake frente a las costas de Virginia. La tensión entre Gran Bretaña y los Estados Unidos era muy elevada. La primera, empeñada en una costosa guerra europea contra Napoleón Bonaparte, había enviado un escuadrón para bloquear a las naves francesas que trataban de adquirir suministros estadounidenses en la bahía de Chesapeake. Algunos marineros de la Royal Navy desertaron y las

autoridades estadounidenses locales les concedieron asilo. Uno de los desertores se incorporó a la tripulación del USS Chesapeake, lo cual hizo que el capitán del Leopard descargase sus cañones contra el Chesapeake hasta que la fragata estadounidense, de inferior porte, arrió la bandera y entregó no solo al desertor nacido en Gran Bretaña sino también a tres desertores de la Royal Navy nacidos en Estados Unidos. La opinión pública estadounidense estaba indignada. Una fiebre bélica embargó al país. El presidente, en lugar de arriesgar un conflicto para el cual los Estados Unidos no estaban preparados, decretó un embargo sobre los bienes británicos, una respuesta que satisfizo a pocos y causó estrecheces económicas a buena parte de la nación.

En la frontera estadounidense, el asunto Chesapeake-Leopard no solo despertó el latente sentimiento antibritánico, aumentado por los numerosos casos de marinos estadounidenses «reclutados» a la fuerza por la Royal Navy, sino que también agitó el espectro de un alzamiento indio de instigación británica en caso de que los Estados Unidos y Gran Bretaña fueran a la guerra. La mayoría de los responsables estadounidenses encontraban incomprensible, o algo peor, la doctrina de Tenskwatawa, de ahí que dedujeran que era una marioneta británica que solo esperaba que su amo estirase de los cordeles bélicos. Pezuña Negra, aprovechando la ocasión, también advirtió a los estadounidenses de que los británicos estaban agitando Greenville.

Lo cierto era que los británicos no estaban manejando a Tenskwatawa. De hecho, no sabían qué pensar de la fe del Profeta. Entre 1795 y 1807, los británicos habían perdido interés por los indios. Tan solo la belicosa reacción estadounidense al asunto Chesapeake-Leopard les hizo retomar el interés en sus antiguos aliados. Y, aun así, su apoyo material fue escaso.

No obstante, a menudo la realidad no influía en absoluto en las imaginaciones febriles de muchos colonos, incluido el gobernador William Henry Harrison. Muchos pioneros eran veteranos de la Guerra de la Revolución y compartían con el gobernador su desconfianza visceral, por no decir su odio feroz, hacia todo lo británico. El hecho de que numerosos *tories* (colonos americanos que habían apoyado la causa británica durante la Guerra de la Revolución) residieran ahora al otro lado de la frontera, en Canadá, también era causa de constante desconfianza.

Tras la debacle del eclipse del año anterior, Harrison ya no tenía nada que decir del Profeta shawnee o de Greenville. Este, de todos modos, se hallaba fuera de su jurisdicción. Pero el asunto Chesapeake-

Leopard reavivó su odio casi paranoico hacia los británicos y sus intrigas imaginarias. De hecho, le dijo a la legislatura [asamblea] de Indiana:

> La sangre inunda mis mejillas cuando pienso en la humillante y deshonrosa escena del Chesapeake. No cabe duda de que, en nuestra situación, tenemos especial interés en la contienda que está a punto de suceder; pues, ¿quién ignora que el *tomahawk* y el cuchillo de cortar cabelleras de los salvajes son siempre el instrumento de la venganza británica? En este momento, queridos conciudadanos, estoy convencido de que sus agentes están organizando una conspiración entre los indios con el propósito de matar y asesinar. [3]

Harrison, extralimitándose en su jurisdicción, envió a Wapakoneta a John Conner, un veterano comerciante indio y antiguo cautivo de los shawnees. Este amonestaría a los shawnees, y a Pezuña Negra en particular, por apoyar al Profeta. «Hijos míos, debe ser detenido –les reprendió Harrison–. Ya no le toleraré más. Habéis convocado a numerosos hombres de las más lejanas tribus para que vinieran a escuchar a un necio que no habla las palabras del Gran Espíritu, sino las del Demonio y los agentes británicos».

Pezuña Negra, que es posible que considerara a Harrison un necio, optó por no responder. Conner se dirigió entonces a Greenville, donde Tenskwatawa le dio una breve réplica que llevar al gobernador. En ella, Tenskwatawa afirmaba con honestidad no haber tenido nunca «ni una palabra con los británicos» y advirtió al gobernador que no debía escuchar a «aves de mal agüero» que revoloteaban de un lado a otro y llevaban rumores falsos. Tecumseh no tenía nada que decir a Harrison, pero se desahogó con su viejo amigo Conner. Lamentó el «pobre cumplimiento» de las cláusulas del tratado por parte del gobierno y previó que llegaría el día en que los indios serían expulsados al oeste o exterminados a causa del «odio y saña del hombre blanco que codicia esta tierra». Tal vez una nueva alianza con Gran Bretaña podría posponer ese día inevitable. Es evidente que Conner se guardó las reflexiones de Tecumseh, pues Harrison no dijo nada en su contra, si es que las conocía, mientras que continuó reprobando al Profeta shawnee, al que calificaba de «vil instrumento» de los británicos, cuyo único propósito era seducir a los indios para que combatieran por la Corona. [4]

William Wells compartía con Harrison su opinión absurda sobre el Profeta. Wells calculaba que Tenskwatawa contaba con la lealtad de

trescientos guerreros, por lo que urgió al Departamento de Guerra para que le expulsara de Greenville, donde «tenemos grandes razones para creer que se van a cometer fechorías». También dirigió peticiones en ese sentido a Harrison y al gobernador Thomas Kirker de Ohio (Edward Tiffin había dimitido para ocupar un escaño en el Senado). [5]

La única evidencia con la que contaba Wells para afirmar tal cosa era el testimonio de Frederick Fisher, quien afirmaba que el Profeta le había dicho que los estadounidenses le preocupaban tanto como el polvo bajo sus pies. Después, dijo, Tenskwatawa se levantó, dejó escapar una sonora flatulencia, se palmoteó el trasero, y amenazó con descolgar la luna y pisotearla junto a los estadounidenses. [6]

Stephen Ruddell sumó su voz al coro acusatorio. Aunque no predijo una guerra, atribuyó a sus rivales por la salvación de almas, los temblorosos, las perturbaciones de Greenville. Les acusó de enviar al Profeta el dinero y los víveres que necesitaba para mantener una gran población temporal de peregrinos indios. Wells repitió la acusación y los colonos añadieron la acusación infundada de que los temblorosos estaban proporcionando munición a Tenskwatawa. Es cierto que los temblorosos habían ayudado a alimentar a la gente del Profeta, pero dejaron de hacerlo cuando los de Ohio, furiosos, les amenazaron con echarles del estado. [7]

En última instancia, la calma se impuso. A finales de agosto, Simon Kenton, William Ward y otros dos veteranos de la frontera fueron a Greenville a verlo por sí mismos. Les pareció que los indios eran pacíficos y que solo habían ido allí para aprender el credo religioso del Profeta. Un cuáquero bien informado de Wapakoneta compartía su opinión. Este consideraba a los visitantes indios de Greenville «sobrios y de disposición amistosa […] sin ninguna intención de agredir a nuestra gente». El gobernador Kirker resultó ser tan prudente como su predecesor. A comienzos de septiembre pidió al antiguo senador Thomas Worthington y al coronel de la milicia Duncan McArthur que viajaran a Greenville «para determinar el número y disposición de los indios».

Worthington y McArthur partieron de Chillicothe el 8 de septiembre. Stephen Ruddell se unió a ellos por el camino como intérprete. El 13 de septiembre, el trío de jinetes entró cauteloso en Greenville, sin saber con qué se encontrarían. Los tres sabían muy bien lo muy rápido que podía cambiar el humor de una muchedumbre. Pero Chaqueta Azul y Tecumseh les recibieron «de forma amistosa, y nos acogieron con amabilidad». Los jefes dijeron a Worthington y a McArthur que «habían sentido gran inquietud por su seguridad», pues habían tenido noticias de que los colonos del río Mad

estaban reuniendo un destacamento para atacar la aldea. Estaban a punto de celebrar consejo para determinar cómo responder, e invitaron a los comisionados del gobernador a unirse a ellos.

A las dos de la tarde del 13 de septiembre, los jefes shawnees hicieron pasar a Worthington, McArthur y Ruddell al interior de la enjalbegada casa del consejo. Worthington y McArthur contaron con detenimiento el número de indios presentes. Había ciento setenta y tres jefes y guerreros sentados expectantes en un semicírculo sobre el inmaculado suelo de tierra apisonada; en las puertas se apelotonaban otros veinticinco hombres. Los asistentes al consejo incluían shawnees, potawatomis, ojibwas, ottawas, menominis, winnebagos, sauk y wyandot.

Los jefes, según dictaba el protocolo indio, solicitaron a Worthington y McArthur que hablasen en primer lugar. Los estadounidenses leyeron una carta del gobernador Kirker que les recordaba cuán inconstante había sido siempre la amistad británica, en particular después de Troncos Caídos, cuando los casacas rojas «os cerraron las puertas y os expulsaron como a perros». La guerra entre los Estados Unidos y Gran Bretaña era una posibilidad. Pero los indios harían bien en mantenerse apartados, pues de no hacerlo serían destrozados por un ejército (ficticio) de cien mil hombres que el Gran Padre había reunido para invadir Canadá. Worthington y McArthur también preguntaron por qué el Profeta había construido su aldea en el lado estadounidense de la línea del Tratado de Greenville, circunstancia que había asustado a los colonos e impelido al gobernador a movilizar a mil quinientos milicianos.

La movilización de la milicia consternó a Chaqueta Azul y a Tecumseh. Invitaron a sus huéspedes a pasar allí la noche; al día siguiente les harían entrega de una réplica formal. Mientras el consejo se disolvía, Chaqueta Azul abordó a Ruddell. Le dio un diario de Ohio y le pidió que tradujera un discurso atribuido al Profeta. Ruddell así lo hizo. Chaqueta Azul dijo que aquel discurso era falso: el propio Tenskwatawa lo calificó de calumnia y añadió que la gente le malinterpretaba y contaba mentiras sobre él y sobre su doctrina. La anécdota relatada por Frederick Fisher acerca de la flatulencia y el palmoteo de nalgas le enfureció en particular o, al menos, eso fue lo que quiso hacer ver el Profeta shawnee. No es posible saber qué es lo que ocurrió en realidad, pero un insulto como el descrito por Fisher encajaba con la naturaleza de Tenskwatawa. **[8]**

A la mañana siguiente, Tecumseh cedió la palabra a su anciano mentor Chaqueta Azul para dar la respuesta oficial una vez reunidos en consejo. Según este, los moradores de Greenville no temían a los

estadounidenses, pero eran pacíficos. «Si nuestros hermanos blancos van a la guerra –dijo Chaqueta Azul–, sus hermanos de piel roja han decidido que no interferirán de ningún modo sino que se mantendrán tranquilos y se ocuparán de sus asuntos». Acto seguido, Chaqueta Azul sorprendió a los comisionados al calificar al agente indio William Wells de mal hombre y «perturbador de nuestra paz» que debía ser destituido. Los comisionados refutaron los argumentos de Chaqueta Azul y sugirieron que Pezuña Negra y los jefes de Wapakoneta habían inducido a Wells a sospechar de los shawnees de Greenville.

El siguiente en levantarse para hablar fue Tenskwatawa. Él había violado la línea del tratado para construir Greenville, pero no porque el lugar fuera atractivo o valioso –no era ni una cosa ni la otra– sino porque el Señor de la Vida le había revelado que era el mejor lugar en el que enseñar su santa doctrina. A continuación, Tenskwatawa dio una agradable sorpresa a los comisionados. Las revelaciones del Gran Espíritu no eran inmutables: los indios tenían intención de abandonar Greenville la primavera siguiente y establecerse en algún punto junto al río Wabash, en tierras indias. (Es posible que Tenskwatawa y los jefes hubieran llegado a la conclusión de que había demasiados blancos nerviosos en las inmediaciones como para que Greenville fuera viable). Tenían intención de establecer una gran aldea en el territorio del Wabash, e imploraron a los comisionados que empleasen su influencia para que Stephen Ruddell fuera nombrado agente e intendente del almacén que esperaban que el gobierno estableciera en su nueva localidad. Esta última petición era más bien incongruente, dada la abierta antipatía que Tenskwatawa profesaba a los bienes estadounidenses. Pero el pragmatismo, al parecer, estaba minando poco a poco el dogma absoluto del Profeta.

En un gesto definitivo de buena fe, Tenskwatawa ofreció que Tecumseh, Chaqueta Azul, Cabeza Redonda y un cuarto jefe acompañasen a los comisionados a Chillicothe, donde podrían presentar al gobernador y a la opinión publica sus intenciones benévolas. Tecumseh había cedido la palabra a Chaqueta Azul durante el parlamento con los emisarios del gobernador, pero en Chillicothe contaría con una nutrida audiencia. Allí le escucharían.

❖

El 15 de septiembre, los jefes y comisionados partieron hacia Chillicothe. Antes de partir, Worthington y McArthur completaron su clandestino recuento de la población de Greenville. Calcularon que en la comunidad residían 305 personas, de los cuales 80 eran hombres, con lo que el número total presente en la localidad eran 505, de los

cuales 240 hombres. Worthington consideraba que la misión había sido una monumental pérdida de tiempo. No había hallado en aquel lugar nada marcial. «Tras una estricta investigación, no indagamos nada que nos dejase duda alguna de su sinceridad –dijeron los comisionados a Kirker–. No había ningún aspecto hostil […] sus mujeres y niños se dedicaban a las labores habituales. Todos nos trataron con gran hospitalidad y amabilidad».

Tenskwatawa causó gran impresión a ambos comisionados. McArthur le calificó de «orador de primera», y Worthington se maravilló sobre la «asombrosa influencia» que ejercía «sobre sus hermanos pieles rojas». Hasta donde Worthington podía ver, «su vida estaba en armonía con sus doctrinas», y sus seguidores eran inofensivos y sobrios. [9]

La buena impresión fue mutua. En una ocasión en la que el grupo se alojaba en la granja de Worthington, en las afueras de Chillicothe, Tecumseh se llevó a Ruddell a un aparte. Tras señalar a Worthington, que caminaba a unos pocos pasos por delante, susurró: «Ese hombre es un buen hombre y nos ha tratado con tal amabilidad que no podría empuñar contra él mi *tomahawk* en batalla». [10]

Durante la semana que Tecumseh pasó en la granja de la familia, el hijo del senador Worthington, James, le observó con detenimiento. El jefe hablaba poco y vestía con sencillez. Llevaba una chaqueta de piel de ciervo con flecos. No se adornaba con collares, brazaletes ni pendientes. Chaqueta Azul y Cabeza Redonda mantenían las distancias con él. Tecumseh paseaba a diario por Adena, la finca de Worthington, un amplio edificio de dos plantas construido en piedra, que se ubicaba, encaramada en una cadena de alturas al oeste de Chillicothe, cerca de un enorme túmulo funerario indio de igual nombre, con vistas sobre el valle del Scioto. El verano tocaba a su fin, dando lugar a una cornucopia de hojas llameantes que, sin duda, despertaron en Tecumseh recuerdos de su juventud, tristes y plácidos a un tiempo. Su lugar de nacimiento, en las afueras de la antigua aldea shawnee de Chillicothe, ahora roturada por los pioneros, se hallaba a apenas cien kilómetros de distancia. La fuente primaveral junto a la cual Methoataske le había dado a luz permanecía intacta, a poco más de una hora de cabalgata desde el hogar de los Worthington. Con tantos recuerdos de la infancia y las ideas de su inminente discurso en su cabeza, no es de extrañar que al joven Worthington le pareciera que Tecumseh estuviera perdido a perpetuidad en sus pensamientos, «grave y de modales reservados» y tan introvertido que nunca pronunciaba ni una palabra en inglés. Por su parte, Chaqueta Azul y Cabeza Redonda conversaban educadamente con la Sra.

Worthington. [11]

Es posible que James Worthington hubiera sorprendido a Tecumseh mientras ensayaba en silencio el discurso que iba a dar en el juzgado de Chillicothe. La mañana del 19 de septiembre de 1807, el gobernador, los funcionarios locales y del estado, y un público expectante se reunieron en el juzgado para escuchar a los notables de Greenville. Los cuatro jefes ocuparon sus puestos en el juzgado, una confortable estructura de dos plantas que también servía de *statehouse* [parlamento] estatal. Cerca del edificio había varias tabernas, almacenes y tiendas artesanales, que iban de lo pulcro a lo muy rústico. Aunque la localidad tenía menos de mil quinientos habitantes, era la mayor comunidad blanca que Tecumseh jamás hubiera visitado. Aun así, parecía tranquilo. Sus modales, al igual que los de sus compañeros, eran «familiares, modestos y amables». El gobernador Kirker, que, según un testigo, era «un portavoz endeble y más bien torpe» dio inicio a la sesión. Cabezas inquietas se giraron hacia Chaqueta Azul. Los ciudadanos de Ohio sintieron una instantánea simpatía hacia aquel anciano, «de extrema dignidad y elocuencia calma y persuasiva». Chaqueta Azul, tras dar un repaso a seis décadas de conflicto en las que los indios habían alternado ser peones de franceses y de británicos, para al fin solo conseguir perder sus tierras, concluyó con pesadumbre: «Hemos derramado un diluvio de sangre sobre el país para saciar nuestra venganza, pero sin conseguir nada: nosotros somos los que hemos sufrido. El Gran Espíritu nos ha mostrado la vanidad de tales cosas. Hemos dejado el *tomahawk*, y nunca jamás volveremos a empuñarlo». [12]

La sala del juzgado exhaló un suspiro colectivo de alivio. Pero todavía quedaban por tratar las idas y venidas de indios a Greenville. ¿Y qué había del supuesto Profeta? Los indios venían a rezar, no a combatir; el Profeta les inspiraba principios morales para asegurar su bienestar y su felicidad futura. Esto fue lo que Chaqueta Azul, con voz trémula de auténtica emoción, aseguró a su audiencia, y que el gobernador Kirker agradeció.

Fue, entonces, cuando Tecumseh se levantó y dirigió su mirada a la muchedumbre. Causó una primera impresión fuerte y poderosa. «Era uno de los hombres más dignos que jamás haya visto», recordó un periodista. Tecumseh se dirigió a la sala, primero despacio, pero luego con una rápida elocuencia que cautivó de tal modo a su audiencia que nadie pensó en transcribir su discurso. Tecumseh habló por espacio de casi tres horas. La audiencia guardaba «el más profundo silencio» mientras declamaba en shawnee y Ruddell traducía. Tecumseh reiteró la promesa de paz de Chaqueta Azul. Pero también clamó contra el

Tratado de Greenville, que había confinado a su gente en un pequeño cuadrante del noroeste de Ohio. Y Tecumseh censuró también los cuestionables tratados del gobernador Harrison. En algún momento le faltó la compostura. Un futuro alcalde de Chillicothe detectó la rabia y el dolor que Tecumseh se esforzaba mucho por contener: «Sus palabras eran vehementes, sus modales y porte osados y dominantes, sus gestos se diferenciaban de sus modales habituales con una rapidez extraordinaria […] como si algo en su interior pugnase por expresar algo que él juzgaba prudente no dejar ir». Aunque dolorido por el pasado, Tecumseh reiteró su determinación de cumplir los términos del Tratado de Greenville y respetar las concesiones presentes. Pero allí trazó su línea. Tecumseh juró oponerse a ninguna futura venta de tierras, y no lo haría solo, sino con una confederación de indios de similares ideas procedentes de muchas tribus […] esto es, los guerreros que constituían el corazón y el alma del movimiento de revitalización de su hermano. [13]

Tecumseh no se limitó a decir que respetaría el Tratado de Greenville. También sorprendió a su audiencia con el anuncio de que los indios de Greenville se disponían a levantar el campo y partir hacia un punto, todavía por determinar, situado en el río Wabash, en el territorio de Indiana. El pragmatismo había ganado a lo sacro. Al parecer, los seguidores de Tenskwatawa no eran todavía lo bastante puros de corazón, pues la multitud de ciervos que el Señor de la Vida les había prometido sacar de la tierra para alimentar a los fieles no se había materializado. Los hermanos shawnees, ante el peligro real de inanición si mantenían su comunidad creciente en un país casi desprovisto de caza, habían decidido buscar un nuevo hogar en el virginal territorio del Wabash.

Tecumseh sentía simpatía por los ciudadanos de Ohio, pero detestaba a Pezuña Negra y a William Wells. El año anterior, en Springfield, Tecumseh había enterrado el hacha con Pezuña Negra, pero ahora censuraba al jefe mekoche, al que consideraba un enemigo que difundía virulentas mentiras contra Tenskwatawa. Tecumseh tergiversó las cosas: Pezuña Negra, declaró, era «un rey sin súbditos» que había perdido la mayor parte de su gente, la cual se había ido con el Profeta. En cuanto a Wells, este se había unido a Pezuña Negra para predisponer a los estadounidenses contra Tenskwatawa. Wells también «ponía puertas» para impedir a los indios septentrionales acudir a escucharle predicar. La sala de la corte reverberó con la ira de Tecumseh. «El Congreso cuenta con muchos buenos hombres –tronó–. Que se lleven a Wells y pongan alguno de ellos aquí […] le odiamos. Si *ellos* no lo echan, *nosotros lo haremos*».

Tecumseh concluyó su discurso a última hora de la tarde. El gobernador Kirker quería saber más acerca de su amenaza de echar a Wells. Tecumseh se echó atrás: lo que quería decir es que los shawnees de Greenville se limitarían a ignorar a Wells. Con esto, Kirker concluyó la reunión. Había sido un gran éxito para los jefes. La ciudadanía fue a sus casas libre de temor. Kirker desmovilizó a la milicia y escribió al presidente Jefferson que los indios habían dado «todas las satisfacciones que podían pedirse» y añadió que las doctrinas del Profeta «le honraban». Incluso cursó la petición de Tecumseh de que se destituyera a Wells. Al igual que sus constituyentes, Kirker estaba contento de que el Profeta tuviera intención de abandonar Greenville y pidió a Jefferson que hiciera todo cuanto pudiera para facilitar su traslado al Wabash. El diario local cubrió de elogios el «porte viril, firme y majestuoso» de Chaqueta Azul y Tecumseh y sus repetidas invocaciones al Gran Espíritu para que fuera testigo de «la rectitud de sus intenciones y la verdad de todo cuanto decían». [14]

El consejo de Chillicothe supuso el debut público de la visión terrenal de Tecumseh. Pocos o ninguno captaron la enormidad de las alusiones de Tecumseh a una posible alianza panindia futura para resistir la invasión estadounidense. Aunque la población del estado estaba creciendo a buen ritmo, la gente de Ohio tenía más tierras que las que podían explotar. Se contentaban con saber que estaban a salvo de ataques indios contra su lado de la línea del Tratado de Greenville.

En la víspera de la partida de los jefes, Thomas Worthington celebró un elaborado banquete en su honor. Antes de la cena había advertido a sus hijos que pasaran por alto cualquier posible «excentricidad» de los indios, y que no se enojasen por posibles violaciones de la etiqueta. Pero no era de sus hijos de quien Worthington debía preocuparse, sino más bien de sus amigos y vecinos. A la hora de los cafés, un camarero olvidó servir a uno de los jefes. Desde el punto de vista indio, semejante omisión en una fiesta entre amigos abría la posibilidad de bromas y chanzas a expensas del jefe «sin café». A medida que las bromas subían de tono, los invitados blancos comenzaron a estar tensos y muchos temían que los indios estuvieran enfadados. Tecumseh intervino. Indicó a la Sra. Worthington el descuido, y la anfitriona, agradecida, sirvió al jefe olvidado «cantidades bíblicas de café» mientras duró la recepción. Cuando no ejercía sus buenos oficios, Tecumseh comía de buena gana, a pesar de las advertencias de Tenskwatawa de no consumir alimentos de los blancos. Antes de que los jefes partieran, Stephen Ruddell aseguró a la familia Worthington que los jefes se lo habían pasado

muy bien. En las postrimerías de septiembre de 1807, entre los indios y la gente de Ohio reinaba la buena voluntad. [15]

El jefe Pezuña Negra no era en absoluto el rey sin súbditos que decía Tecumseh. Era indudable que el Profeta había ganado a ochenta de los mejores guerreros de la nación shawnee, al menos de la parte que todavía vivía al este del Misisipi. Esto enfureció a los jefes de Wapakoneta, pero su localidad estaba lejos de estar desierta. Era una comunidad bulliciosa, que lograba pequeñas victorias en el duro camino de la asimilación pacífica y sufría reveses ocasionales a causa de la política errática del gobierno. La aldea continuaba teniendo una población permanente de unos ochocientos shawnees mekoche y chillicothe, esto es, casi cuatro veces más los shawnees residentes en Greenville. Para la mayoría de los shawnees, Wapakoneta era la mejor esperanza que tenían de sobrevivir con la salvedad de emigrar al oeste. Para Tecumseh y Tenskwatawa, era el camino que no habían tomado: sumisión impropia de hombres en lugar de resistencia y firmes principios; aculturación inaceptable en lugar de una vigorosa revitalización de los usos tradicionales que habían evolucionado a lo largo de un siglo de alianza con los franceses. Resultaba una amarga ironía que los hermanos shawnees pudieran atraer seguidores de tribus lejanas, pero que fueran incapaces de unir a los suyos.

En febrero de 1807, Pezuña Negra volvió a solicitar al presidente Jefferson que concediera a los residentes de Wapakoneta la titularidad de su tierra. También admitía las virtudes de la misión «civilizadora» de Jefferson. En su réplica, el presidente lo resumió como sigue: «Usted me comunica su deseo de que sus tierras sean reservadas para ustedes […] para que así sepan que son suyas, y tengan un lugar estable en el que vivir, donde no puedan despojarles de aquello que hayan construido o mejorado en él». En una palabra, Pezuña Negra decía que los shawnees querían aspirar al sueño de todo colono, aunque tal cosa supusiera que los hombres shawnee tuvieran que trabajar los campos y que las mujeres se dedicasen a las artes domésticas de los blancos. Le estaba proporcionando a Jefferson una buena oportunidad para cumplir su promesa de civilización.

Sin embargo, el presidente declinó conceder la petición de Pezuña Negra. Wapakoneta se hallaba en territorio indio, por lo que el gobierno «no interferiría en las líneas que dividían» a una tribu de otra. El jefe también solicitaba carpinteros, herreros y otros artesanos que pudieran enseñar a su pueblo el modo blanco de vida. Aquí Jefferson fue más receptivo, pues les envió a William Kirk, un

laborioso y ferviente granjero y misionero cuáquero. Kirk había sido destinado en un principio a las aldeas de los miamis y potawatomis de Pequeña Tortuga y de Cinco Medallas (Five Medals) situadas cerca de Fort Wayne, pero se había enemistado con ambos jefes, así como con Wells, en gran medida por su excesivo entusiasmo. Pequeña Tortuga no había podido persuadir a sus jóvenes guerreros para que se hicieran granjeros, lo cual hacía inevitable el fracaso del proyecto. Pero los shawnees de Wapakoneta aceptaron la ayuda de Kirk y trabajaron duro. El infatigable granjero llegó a Wapakoneta en agosto de 1807. Antes del final del otoño, los shawnees –hombres y mujeres, que sumaron sus poderes sagrados en un cambio cultural sin precedentes– habían despejado unas doscientas hectáreas de cultivos. Construyeron cercas, plantaron manzanos, compraron puercos y ganado, y complementaron sus cultivos tradicionales de maíz y judías con patatas, coles y nabos. Los *wigwam* comenzaron a ser reemplazados «por confortables casas de troncos encajados y chimeneas» y se iniciaron los trabajos de construcción de un molino harinero. Los visitantes de Ohio volvían a sus casas deshaciéndose en elogios hacia los sobrios e industriosos shawnees. [16]

❖

Las noticias del éxito de Kirk enfurecieron al Profeta. Tanto Tecumseh como él también se estaban ganando a sus vecinos blancos de Ohio –a los cuales pronto dirían adiós–, pero estaban perdiendo la lid decisiva por el alma shawnee. En noviembre de 1807 llegó la noticia de que el gobernador del Territorio de Míchigan, William Hull, había forzado a treinta jefes del norte a firmar el Tratado de Detroit, según el cual los indios cedían a los Estados Unidos casi todo lo que habría de ser el sudeste de Míchigan, junto con una apetecible franja de tierras indias del noroeste de Ohio que incluía el campo de batalla de Troncos Caídos. Los estadounidenses pagaron dos céntimos por acre de una tierra que cotizó en subasta a 2,50 dólares por acre. Los signatarios del tratado fueron recibidos con indignación. Los jóvenes guerreros de todo el noroeste se quejaron de que «sus jefes iban a vender toda su tierra y arruinarles» y clamaban ser escuchados en las casas del consejo. Mas nadie se había planteado todavía la resistencia abierta a los estadounidenses. Dos meses antes, en Chillicothe, Tecumseh había anunciado a su audiencia blanca la posibilidad de una poderosa confederación panindia que se opondría a futuras cesiones de tierra. Sin embargo, a pesar de esta provocación, por el momento esta alianza tan solo existía en la mente de Tecumseh. [17]

Habían transcurrido dos años y medio desde que Lalawethika

había vislumbrado el mundo de los espíritus y se había convertido en Tenskwatawa. Su fama de hombre santo se había extendido desde el río Ohio a la frontera canadiense. Pero sus discípulos permanentes eran pocos. Le habían visitado centenares de peregrinos, y un millar más, en su mayoría winnebagos y menominis, recorrían las sendas de los bosques desde la distante región de Green Bay para escuchar el credo del Profeta. Pero, al estar su región intacta, tenían escasos incentivos para comprometerse con una alianza que podría traer la guerra. Los potawatomis, ojibwas, ottawas y wyandot estaban divididos, y muchos reclutas potenciales se resistían a aceptar el estricto código de conducta del Profeta. Los peregrinos que acudían a Greenville también regresaban a su casa después de una estancia de pocas semanas, solo para escapar del hambre. Dada la escasez de caza y cosechas, muchos indios que regresaban mendigaban raciones a William Wells, quien les proporcionaba alimento para evitar que saqueasen los asentamientos fronterizos.

Hacia finales de año, los tres jefes principales de los territorios de Ohio e Indiana –Pezuña Negra, Pequeña Tortuga, y Tarhe– eran enemigos de los hermanos shawnees. Tarhe había enviado a su jefe de confianza, Entre los Troncos (Between-the-Logs) a Greenville para estudiar la doctrina del Profeta. Entre los Troncos pasó un año con los hermanos shawnees y retornó convencido de que el Profeta era un engaño y un fraude.[18] Tan solo dos jefes importantes –el gran Chaqueta Azul y el jefe menor Cabeza Redonda– se habían aliado con el Profeta, y sus séquitos personales eran pequeños. A Tenskwatawa le estaba costando convertir su fama en una influencia duradera sobre un número considerable de indios. Pero, entonces, a finales de octubre de 1807, uno de los líderes indios más poderosos y temibles de su época cabalgó a Greenville para conferenciar con los hermanos shawnees. Si Tenskwatawa y Tecumseh podían persuadirle de hacer causa común con ellos, obtendrían un aliado capaz de alterar la balanza de poder de la política tribal.

❖

Main Poc era un torbellino humano que infundía terror y asombro en amigos y enemigos por igual. Su mera imagen era suficiente para hacer temblar a William Wells. Main Poc era «el más grande guerrero del oeste», les dijo Wells a sus superiores, un «hombre peligroso» y el «pivote sobre el que giraban las mentes de todos los indios del oeste».[19]

Al igual que Tecumseh, Main Poc rondaba la cuarentena (se desconoce el año preciso de su nacimiento) y también era hijo de un

destacado caudillo guerrero. Pero aquí se acababan las semejanzas. Al contrario que Tecumseh, Main Poc era un santón, el más destacado *wabeno* (hechicero) de los potawatomis del río Illinois. Las tribus de los Tres Fuegos (potawatomis, ottawas y ojibwas) creían que los *wabeno* poseían poderes mágicos que podían proyectarse para provocar un gran bien o un mal profundo. Podían transformarse en bolas de fuego vivientes para incinerar a sus enemigos, o en animales que merodeaban sus aldeas por la noche para olfatear a los traidores. Los *wabeno*, maestros también en la farmacognosia, podían curar enfermedades y se creía que podían controlar el clima, hablar con espíritus y hacer vaticinios. Los potawatomis achacaban el infortunio personal –enfermedad, accidente, heridas de batalla, pérdida de propiedad o amores, y más cosas– a las maquinaciones de la medicina maligna. Los miembros de la tribu se unían a un *wabeno* para obtener protección contra los hechiceros malevolentes, y compensaban a su protector con dones de tabaco, licor o mercancías.

Main Poc debía en parte su poder a una malformación: había nacido sin dedos ni pulgar en la mano izquierda. De ahí su nombre, que significaba «mano marchita». El santón convirtió esta carga en una virtud, pues afirmaba que su defecto de nacimiento era un don divino que permitía al Gran Espíritu diferenciarle de otros indios. Para compensarle, el Gran Espíritu le dio poderes muy superiores a los de un *wabeno* ordinario. Main Poc no solo podía comunicarse con los espíritus, sino que, al contrario que el Profeta shawnee, que basaba sus mensajes celestiales en visiones al azar, afirmaba que podía hablar directamente con el Gran Espíritu a voluntad. Asimismo, podía proteger a sus guerreros en la batalla –él mismo era inmune a las balas, pues tenía el poder de detenerlas en vuelo– y derrotar a sus enemigos sin esfuerzo.

Main Poc, pese a su deformidad, era un hombre imponente. Enorme y musculado, tenía largos cabellos negros, «gesto hosco y melancólico», y unos ojos negros que horadaban el alma. Era un orador emotivo y una especie de *showman*. Llevaba en torno a la cintura un cinto de cabelleras humanas, y cadenas de zarpas de oso y picos de halcón en torno a los tobillos. Solía retirarse a lo más profundo del bosque, a una cabaña solitaria en la que entraba en comunión con el Gran Espíritu. A su regreso a la aldea, Main Poc guardaba un silencio cargado de expectación. Esperaba a que el alma afortunada a quien deseaba hablar estuviera presente. A él le daría el mensaje del Gran Espíritu, junto con lo que el santón tuviera en mente. Main Poc se adelantaba a aquellos que pudieran preguntarle por qué no utilizaba su poder inmenso contra los estadounidenses, a

los que despreciaba. Los estadounidenses, se lamentaba el potawatomi, comían demasiada sal, con lo que su magia no tenía ningún efecto sobre ellos; de no ser así, decía, les habría destruido hacía mucho tiempo.

El odio de Main Poc hacia los estadounidenses se remontaba al menos a 1802, año en que el gobierno estadounidense había establecido presencia militar en la región de Illinois. Aquel otoño, una compañía se estableció de guarnición en el antiguo bastión francés de Kaskakia. Al verano siguiente, un destacamento marchó desde Detroit para establecer un fuerte en la embocadura del río Chicago. El nuevo puesto, Fort Dearborn, fue erigido en una pequeña parcela del territorio potawatomi cedido en el Tratado de Greenville. En años venideros el fuerte sería un *casus belli* para los potawatomis del río Illinois.

La gente de Main Poc le consideraba un ser sobrenatural. Los potawatomis le explicaron al agente indio Thomas Forsyth que Main Poc «no había nacido de mujer, sino que había sido engendrado por el Gran Espíritu y brotó de la tierra, y que el Gran Espíritu le marcó dejándole sin los dedos de la mano izquierda». Tan grande era su veneración hacia Main Poc y su temor hacia su poder que sus partidarios le toleraban unos exabruptos monstruosos que a cualquier otro hombre indio le hubieran costado la vida. Alcohólico notorio, cuando bebía trataba con brutalidad tanto a parientes como amigos, y violaba a cualquier mujer que le apeteciera (a pesar de tener no menos de tres esposas –las tres eran hermanas– y, a menudo, tenía hasta seis). Incluso cuando estaba sobrio era un adversario peligroso. Main Poc obtenía un constante suministro de arsénico de mercaderes británicos, que utilizaba para eliminar a *wabenos* rivales. [20]

Los talentos de Main Poc iban más allá de las artes de los *wabeno*. También era un destacado caudillo guerrero que comandó inmensas partidas de potawatomis, sauk, foxes y kickapoos contra su enemigo tribal mutuo, los osages. Cuando no se dedicaban a atacar a sus adversarios nativos, las partidas guerreras de Main Poc sembraban la destrucción entre los incipientes asentamientos estadounidenses del sur de la región del Illinois o atacaban a los miamis en territorios en disputa a lo largo del río Wabash.

Es probable que Main Poc supiera de Tenskwatawa por mediación de los kickapoos, que fueron algunos de los primeros discípulos del Profeta. Por fortuna para Tenskwatawa, el pendenciero potawatomi no lo consideraba un rival, sino un potencial aliado contra los estadounidenses. En Greenville conferenciaron por mediación de intérpretes por espacio de dos meses. El Profeta no se impuso en sus

disputas doctrinales. Main Poc rechazó el programa de abstinencia y la imposibilidad de combatir contra otros indios: dijo que si el Gran Espíritu le ordenase que dejase de beber o de guerrear, entonces se rebajaría al nivel del pueblo llano. Main Poc temía perder prestigio a ojos de las tribus de Illinois si cedía demasiado ante el shawnee. Pero estuvo de acuerdo en que los estadounidenses provenían de la simiente de la Gran Serpiente y se ofreció a difundir parte del credo del Profeta cuando regresase a su aldea. También hizo una sugerencia providencial. Los hermanos querían mudarse al territorio del Wabash, pero no tenían un destino preciso. Main Poc les ofreció un lugar cerca de la confluencia de los ríos Tippecanoe y Wabash, en un área que los potawatomis habían arrebatado a los miamis. Este lugar, muy alejado de la frontera blanca, tenía abundante caza y era mucho menos vulnerable que Greenville a un ataque estadounidense, o al menos eso es lo que dijo Main Poc.

Los hermanos shawnees celebraron un consejo para considerar la oferta, consejo al que invitaron a sus amigos potawatomis. Tenskwatawa consiguió convencer a sus creyentes de que Greenville ya no era el único lugar sacro elegido por el Señor de la Vida. El único presente que se opuso al traslado fue Zachariah Cicot, hijo de un trampero canadiense y madre potawatomi. Cicot, un criador de caballos que trabajaba para los potawatomis y los kickapoos, no veía con buenos ojos a los hermanos shawnees. Algunos potawatomis votaron con él, pero estaban en completa minoría. Por tanto, se acordó lo siguiente: cuando llegase la primavera de 1808, los hermanos shawnees y sus seguidores abandonarían Greenville y se establecerían en el interior de la porción no cedida del territorio de Indiana. Main Poc, una vez concluidos sus asuntos, partió en diciembre de Greenville con veinte guerreros. [21]

Pese al plan de traslado de Tenskwatawa, William Wells vio la oportunidad de apuntarse una victoria en contra del Profeta o, al menos, eso imaginaba. Wells continuó batiendo tambores de alarma hasta diciembre de 1807, con mensajes cada vez más sensacionalistas. El Profeta, advirtió al secretario Dearborn, era un peón británico con un depósito enorme de armas inglesas llegadas de Fort Malden, el principal puesto británico en el Alto Canadá. Si no se le impedía, diezmaría los asentamientos de la frontera en primavera. Wells no era el único en sostener esta idea errónea. El factor indio John Johnston –quien al parecer ignoraba que los hermanos shawnees tenían intención de trasladarse– también abogaba por un ataque preventivo contra

Greenville. Según Johnston, «cuanto antes sean dispersados, tanto mejor, y, bajo mi humilde punto de vista, si no puede utilizarse otra cosa, deberá recurrirse a la fuerza». [22]

Los jefes del tratado estaban utilizando a Wells y a Johnston, a los que hacían llegar rumores o les mentían para que el gobierno neutralizase la amenaza que el Profeta suponía para su liderazgo. Tecumseh todavía no había sido mencionado en los despachos de Wells, Johnston, o ningún otro funcionario gubernamental del Noroeste: todas las miradas estaban puestas en Tenskwatawa. O, al menos, hasta que Main Poc y sus hombres hicieron un alto en Fort Wayne de regreso a su aldea en el territorio de Illinois. El *wabeno* potawatomi dejó caer que había dejado en Greenville a sus mejores guerreros para ayudar a Tenskwatawa a lanzar una ofensiva de primavera contra los asentamientos. Era una mentira interesada –el Profeta no tenía intenciones hostiles–, pero hizo que Wells colmase de atenciones a los potawatomis durante los largos y crudos meses invernales para así «impedir que volvieran nunca a escuchar al Profeta». Alojados y alimentados durante el invierno a expensas del gobierno, Main Poc fingió una conveniente contrición. Dijo que Wells le había atado en corto, como un potro salvaje atrapado en un salar, y que ahora bien podría llevar un cencerro al cuello, para que el agente supiera siempre su paradero. Pero Wells tentó su suerte: también urgió a Main Poc a hacer la paz con los osages, que, bajo los términos de la compra de Luisiana, vivían ahora bajo protección estadounidense. Si el jefe potawatomi Winamac, signatario del tratado, había enterrado el hacha de guerra ¿por qué no podía hacerlo también Main Poc? Pero el *wabeno* reaccionó con desprecio: Winamac era un perro, indigno de coserle los mocasines. Wells creía que una conversación con el Gran Padre podría convencerle, por lo que ofreció a Main Poc organizar una visita a la capital. Este aceptó y partió hacia su aldea con el estómago lleno, las alforjas cargadas de provisiones y mercancías, y un profundo desprecio por los estadounidenses, a los que tan fácil era manipular.

Apenas Wells se hubo despedido de Main Poc, dirigió toda su atención hacia Tenskwatawa. En aquel mismo momento, el Profeta shawnee, Tecumseh, su cuñado Wahsikegaboe y setenta y nueve guerreros avanzaban por el lodo primaveral en dirección al río Wabash, al sudoeste de Fort Wayne. Allí, esperaban despejar los terrenos para levantar una nueva aldea; las mujeres y los niños les seguirían después de que los hombres se hubieran asentado. «Todavía no se sabe dónde le permitirán asentarse los jefes de esta agencia», reportó Wells. Pero, si el combativo agente lograba reunir apoyos suficientes de Pequeña Tortuga y sus jefes, esperaba lograr que el

Profeta se asentase en el infierno. [23]

CAPÍTULO 12

DOBLE JUEGO

TECUMSEH viajaba ligero. En 1807 se divorció de su tercera esposa porque era enfermiza y no podía concebir. El hijo de Tecumseh, Paukeesa, vivía con Tecumpease, lo cual le libraba de una segunda carga. Libre física y emocionalmente, Tecumseh era un hombre dueño de su destino, y con ambiciones diferentes a las de Tenskwatawa. En la asamblea pública de Chillicothe había establecido los rasgos maestros de una resistencia india que daba músculo terrenal al credo divino de su hermano. Tenskwatawa abrazó las ideas de Tecumseh: a partir de entonces, las asumiría con el mismo vigor que su hermano. Tenskwatawa continuó siendo el líder de la naciente confederación india. Tecumseh, por su parte, aceptó el papel subordinado de portavoz y mensajero jefe del Profeta. Pero su relación se había hecho recíproca. Ninguno de los dos tenía posibilidad de éxito sin el otro. Si hemos de guiarnos por sus pronunciamientos públicos, los dos parecían satisfechos con esta disposición.

En la primavera de 1808, los obstáculos contra su objetivo mutuo de una alianza panindia, espiritualmente pura, parecían formidables. Chaqueta Azul había enfermado y muerto, lo que privaba a los hermanos shawnees de un consejero reflexivo y un estadista de talla. La caza había casi desaparecido de la zona de Greenville. El hambre acechaba a la aldea y el invierno fue testigo de un constante descenso de los efectivos del Profeta. En el momento de emprender el largo y fangoso camino hacia el Wabash, sus efectivos se habían reducido a ochenta guerreros y sus familias, tal vez unas doscientas personas en total. [1]

Eran muchos los indios que pretendían impedirles alcanzar su nuevo hogar. Los jefes miami y delaware cuyas aldeas se hallaban en el camino del Profeta se reunieron con los líderes shawnees de Wapakoneta a orillas del río Mississinewa, un calmoso afluente del Wabash, para trazar un plan de acción. Conversaron durante diez días. Al fin, determinaron, como dijo el jefe Pequeña Tortuga, que tenían «suficientes pruebas de que el Profeta shawnee había decidido

establecerse en el curso bajo del Wabash y reunir a todos los indios occidentales y comenzar una guerra contra aquellos indios que no le escuchasen», después de lo cual atacarían a los estadounidenses. Esto era una falsedad patente, pero servía para los propósitos de los reunidos, que eligieron a Pequeña Tortuga y a otros nueve jefes para que fueran a advertir al Profeta de que se retirase. (Tenskwatawa, a pesar de las afirmaciones en sentido contrario de Main Poc, sabía que la tierra en la que pretendía establecerse pertenecía a los miamis de pleno derecho). Si el Profeta se negaba, Pequeña Tortuga le diría que los miamis y delawares le «abatirían». En otras palabras: que matarían a Tenskwatawa y masacrarían a sus seguidores.

Pequeña Tortuga, los nueve jefes y un pequeño séquito de guerreros delawares se encontraron al grupo del Profeta en el curso bajo del Mississinewa, donde estaban construyendo canoas y balsas para descender el Wabash. Pequeña Tortuga comunicó el decreto del consejo. El Profeta dejó a un lado sus herramientas y se dirigió a los jefes. Los guerreros potawatomis leales a Main Poc dejaron el trabajo para entregarse a «servicios religiosos», que consistían en practicar la puntería con flechas y *tomahawks*. La tensión iba en aumento, y los delawares desconfiaban.

Tenskwatawa, entonces, habló. Ningún concilio terrestre podría impedirle cumplir el mandato del Señor de la Vida de establecer una nueva aldea cerca del río Tippecanoe. (Tenskwatawa elevó la invitación de Main Poc al nivel de un mandato divino). Allí, «podrían vigilar la línea limítrofe entre los indios y la gente blanca, y si un hombre blanco pone sus pies sobre aquella, los guerreros podrían expulsarle con facilidad». Tenskwatawa clamó contra la guerra, pero tampoco toleraría más tratados con los «tres hombres blancos malignos»: William Wells, el gobernador Hull y el gobernador Harrison. El Profeta también se acordó de Pezuña Negra, cuyo «amo» cuáquero, William Kirk, estaba convirtiendo en mujeres a los guerreros de Wapakoneta. «Pero –añadió Tenskwatawa–, cuando todos los indios estén unidos, el presidente les respetará como hombres». El Profeta continuó en esta línea, pues afirmó estar en contacto regular con las tribus de Illinois y con los británicos. Confiaba en que Main Poc cumpliría su promesa de acudir a su encuentro en el Wabash con centenares de guerreros potawatomis, sauk, foxes y kickapoos, «cuando el maíz esté maduro». Mientras tanto, la hambrienta gente del Profeta requisaría provisiones a los colonos de Indiana, que no se atreverían a negárselas. Al Profeta le bastaba con mirar a un hombre blanco y este «le daría cualquier cosa que quisiera». La bravata de Tenskwatawa dejó indiferente a Pequeña Tortuga. Consideraba que el

Profeta estaba desesperado y en declive. Pero los demás jefes decidieron dejar tranquilos a los intrusos por el momento. [2]

Transcurrieron diez días. La delegación de miamis y delawares regresó con un ultimátum: Tenskwatawa debía retirarse o morir. El Profeta se negó a reunirse con ellos. En su lugar, envió a Tecumseh y a sus potawatomis lanzadores de *tomahawk*, que amedrentaron de tal modo al contingente delaware que Pequeña Tortuga y los jefes miamis, aislados y en inferioridad numérica, dejaron que el Profeta continuase el descenso del río. [3]

Wells reportó lo ocurrido al Departamento de Guerra, junto con la opinión de Pequeña Tortuga de que la influencia de Tenskwatawa se desvanecía. Harrison, por otra parte, sobreestimaba el prestigio del Profeta. En mayo de 1808 escribió: «El impostor shawnee ha adquirido tal influencia sobre las mentes de los indios que no cabe ninguna duda de que seguirán cualquier rumbo que este les indique. También es muy evidente que sus puntos de vista son decididamente hostiles hacia los Estados Unidos». Mientras Harrison se preocupaba y se impacientaba por estos indios problemáticos de su patio trasero, Tenskwatawa y sus seguidores descendían el río Wabash sin ser molestados hacia la residencia prometida por Main Poc.

Las palabras de Tenskwatawa en el Mississinewa confirman que había aceptado el paso de una solución puramente espiritual contra la invasión blanca a la respuesta física que Tecumseh había advertido en Chillicothe. La escasez de alimentos de Greenville había minado la confianza del Profeta en la intervención divina y en una vida recta como panacea para los problemas indios. La alusión de Tenskwatawa a fronteras fijas entre las tierras indias y blancas, y la «unión» de gran número de guerreros de múltiples tribus en una causa común, también reflejaba la emergente influencia de Tecumseh. Aunque era la autoridad mística de Tenskwatawa lo que atraía seguidores de las tribus del norte y el oeste, su movimiento comenzaba a teñirse de un pragmatismo creciente. Los hermanos shawnees trabajaban en concierto y aprovechaban sus mutuos talentos para enfrentarse al doble desafío de la agresión blanca y los jefes colaboracionistas.

❖

A su nueva aldea la llamaron Villa del Profeta (Prophetstown). Esta se hallaba en la orilla noroeste del ancho y sinuoso río Wabash, a unos doce kilómetros al noroeste de la actual Lafayette, en Indiana. A casi cinco kilómetros corriente arriba, el tranquilo río Tippecanoe entraba en el Wabash por el norte. Villa del Profeta, cuando estuviera acabada, ocuparía una posición estratégica en el Territorio de Indiana,

pues se hallaba entre la agencia india de Fort Wayne (en torno a 160 kilómetros al nordeste) y la capital territorial de Vincennes (algo más de 240 kilómetros al sudoeste). La aldea dominaría la navegación tanto del Wabash como del Tippecanoe. Y, tal como Main Poc había prometido, a la población de Villa del Profeta, si se mantenía en una cifra razonable, no le faltaría comida. El suelo era fértil y la caza abundante. Los vecinos más próximos eran los potawatomis de la aldea de Winamac, situados en el lado nordeste del Tippecanoe. Winamac, un servil jefe leal al gobierno, no quería saber nada de los hermanos shawnees.

Tenskwatawa supervisó la mayor parte de la construcción de Villa del Profeta. Se construyeron *wigwam* y cabañas en hileras ordenadas separadas por pasajes, en una elevación de 16 hectáreas sobre las tierras bajas del Wabash. Al pie de la colina más cercana al río se alzaba un gran *wigwam* de bienvenida conocido como Casa del Forastero. Una casa del consejo de grandeza igual a la de Greenville dominaba el paisaje. Los hermanos shawnees construyeron sus respectivas moradas cerca la una de la otra, en el extremo sudoeste de Villa del Profeta, con una vista libre de obstáculos sobre el río y las praderas colindantes. [4]

A Tecumseh no le faltaban bienes materiales, ni compañía femenina. Construyó una cabaña limpia y ordenada que tenía un centinela a tiempo completo para filtrar visitas; solía rechazar más de las que admitía. Como recordaron sus vecinos kickapoos de Villa del Profeta, «se mantenía apartado de la gente de su aldea y no participaba en sus deportes y entretenimientos, sino que se conducía siempre con un porte grave, cuyo objetivo era infundir respecto y obediencia entre todos los que le rodeaban». Los jóvenes iban a presentarle sus respetos, pero rara vez permanecían mucho tiempo; y tampoco venían en gran número. Las mujeres, no obstante, eran siempre bienvenidas. Tecumseh, después de deshacerse de su tercera esposa shawnee, mayor y poco atractiva, dio rienda suelta a su sexualidad contenida. «Incapaz de resistir las tentaciones del sexo opuesto», recordaron los kickapoos, Tecumseh «se entregó a numerosas relaciones ilícitas con las hembras de su aldea». [5]

Tecumseh no solo disfrutó de las mujeres; también estaba complacido con su nuevo entorno. Tras una vida de cataclismos, estaba decidido a hacer de Villa del Profeta su hogar permanente. «No debemos abandonar este lugar –decía con regularidad–. Debemos permanecer firmes aquí para mantener a raya a los portadores de sombreros». Tecumseh se acercaba a la mediana edad. Se instaló en su cabaña, rodeado de mujeres jóvenes y solícitas y admirado por

aspirantes a guerreros que deseaban una guerra que él prefería evitar. Tras ver pasar una primavera más, en 1808 cumplió los cuarenta años de edad. [6]

❖

Los hermanos shawnees, tras sus conatos de choques con milicianos iracundos en Greenville, comprendieron que resistir la intrusión estadounidense en las tierras indias dependía de algo más que de los aliados nativos. Debían hacer causa común con los británicos. Tecumseh no albergaba grandes ilusiones acerca de una nueva alianza con los veleidosos casacas rojas. «Ningún hombre blanco que camina sobre la tierra ama a los indios –advirtió en consejo–. La gente blanca está hecha de unos materiales que siempre nos engañarán, incluso los británicos que afirman que nos aman […] esto es porque pueden querer nuestros servicios, del mismo modo que nosotros queremos sus bienes, por lo que es necesario entablar cierta amistad con ellos». [7] Es dudoso que Tecumseh tuviera en realidad tan mala opinión de todos los blancos: sus amistades, en apariencia genuinas, con numerosos blancos de Ohio desmienten esta idea, que con toda seguridad pronunció para fortalecer la voluntad de resistencia de sus guerreros. O tal vez había engañado a los blancos a los que había aparentado tener afecto.

En todo caso, Gran Bretaña se mostró receptiva a los avances indios. Tras una década de olvido benévolo, el asunto Chesapeake-Leopard había llevado a la Corona a resucitar sus alianzas indias. Dado que el ejército británico estaba disperso en múltiples frentes combatiendo a Napoleón, los guerreros indios –comandados y contenidos por agentes británicos y por el escaso número de regulares que pudieran venir de la Europa continental– eran la mejor garantía de la seguridad del Canadá.

En diciembre de 1807, sir James Craig, gobernador general de los canadás, envió una misiva secreta a Francis Gore, vicegobernador del Alto Canadá, en el que trazaba las líneas maestras de la política del Departamento Indio británico para los tres años siguientes. En caso de guerra con los Estados Unidos, los indios «no permanecerían ociosos –reflexionó Craig–. Si no los empleamos nosotros, no puede dudarse ni por un momento que serán empleados contra nosotros. [Craig] no vacilaba en afirmar que debemos emplearlos si podemos hacer que actúen con nosotros». Gore, no obstante, debía obrar con discreción. Debía ganarse a los jefes con la promesa de la ayuda británica, si los estadounidenses declaraban una guerra, pero debía convencerles de que se abstuvieran de precipitar un conflicto. Gore, a su vez, encargó a

William Claus, segundo superintendente de asuntos indios, que reuniera el mayor número posible de líderes indios del lado estadounidense de la frontera y les recordase en privado las «intenciones obvias» de los Estados Unidos de ocupar todas sus tierras. Pero Claus debería disuadir a las tribus de tomar las armas con independencia de Gran Bretaña. En otras palabras: debía persuadir a los jefes de que subordinasen sus intereses a los de la Corona. Matthew Elliott, viejo amigo de los hermanos shawnees que estaba a punto de ser renombrado agente indio en Amherstburg, acompañó a Claus para hacer de intérprete y para tratar de hacer el mensaje lo más digerible que pudiera. [8]

El lugar designado para el consejo fue la aldea de Amherstburg, en la embocadura del río Detroit, frente al Territorio de Míchigan. En el extremo occidental de la localidad se alzaba Fort Malden, un reducto destartalado custodiado por cuatro docenas de regulares británicos. Unos 32 kilómetros río arriba, en el lado estadounidense, Fort Detroit guardaba la capital del Territorio de Míchigan. Tanto Detroit como Amherstburg tenían una nutrida población de francocanadienses de elástica lealtad.

Tenskwatawa inició negociaciones informales con la Corona. Al comienzo del invierno solicitó a los británicos una pequeña cantidad de ropa, petición que atendieron de inmediato. En abril de 1808 Tenskwatawa despachó a Frederick Fisher, mercader de indios y, en ocasiones, agente británico, para garantizar su amistad a los representantes de Su Majestad en el Alto Canadá y también para comunicar que le complacería visitar Amherstburg siempre que los británicos lo desearan.

La propuesta de Tenskwatawa satisfizo al vicegobernador Gore, quien no sabía qué pensar de él. Había leído en la prensa estadounidense los comentarios despectivos de Tenskwatawa sobre el gobierno estadounidense, en particular su afirmación de que «podía arrojar a los estadounidenses con la misma facilidad que una jarra de agua», pero no tenía nada salvo los recuerdos de Matthew Elliott, quien la última vez que había tratado al Profeta, este era el borracho Lalawethika. Gore creía que Tenskwatawa necesitaba más a los británicos que los británicos a él. De todos modos, su «influencia considerable», le dijo Gore al gobernador general, hacía que valiera la pena ganarse a este hombre. [9]

A mediados de mayo, William Claus invitó a Amherstburg al Profeta shawnee. «Me complacerá tomaros de la mano –dijo el segundo superintendente de asuntos indios–, y, dado que están con usted varias naciones, también me complacerá tomar de la mano a

algunos de sus jóvenes». La invitación de Claus puso a Tenskwatawa ante un dilema. Por el bien del movimiento panindio de los hermanos shawnees, debía aceptar. Pero, dado que estaban llegando grandes partidas de indios a Villa del Profeta, dudaba si debía ausentarse. Por ello, pidió a Tecumseh que le representase.

Este aceptó dejar su confortable cabaña y sus solícitas compañeras de lecho. A finales de mayo, partió de Villa del Profeta acompañado por cinco guerreros. Los exploradores miamis de William Wells le detectaron cuando daba un rodeo para evitar Fort Wayne. El 8 de junio, Tecumseh puso por vez primera el pie en territorio británico. Estaba contento de ver a su viejo amigo Matthew Elliott, quien residía en las afueras de Amherstburg. La localidad era agradable, con sus casitas ordenadas, media docena de edificios de ladrillo de dos plantas y su ajetreado muelle. Los habitantes eran amistosos. No solo tenían buenas relaciones con los wyandot y ottawas de la zona, sino también con las tribus que venían de regiones apartadas para buscar provisiones o enviar embajadas ante el representante del Gran Padre británico, quien resultó que se había ausentado. Tecumseh obtuvo algunas provisiones del destartalado almacén que guardaba los suministros del Departamento Indio. Luego, tras prometer regresar en tres días, fecha prevista de regreso a Amherstburg del superintendente Claus, remó a la orilla oeste del río Detroit con su séquito para recuperar sus caballos y explorar la región.

Tecumseh se mantuvo lejos de Detroit, pero disfrutó de la hospitalidad de los granjeros de la región, cuyas bien cuidadas parcelas se extendían a lo largo de la orilla desde el río Rouge a Detroit. Los colonos de Míchigan, en particular los de ascendencia francesa, trataban bien a los indios; un enfoque racional, pues su seguridad dependía de la tolerancia de los indios vecinos, wyandot y ottawas. Los tres días se convirtieron en cinco antes de que Tecumseh se presentase ante Claus como enviado de su hermano. El superintendente disimuló su decepción porque el Profeta no hubiera venido en persona y se reunió tres horas con Tecumseh en Fort Malden. Elliott hizo de intérprete. También estuvieron presentes cuatro de los guerreros de Tecumseh.

Se ignora qué fue con exactitud lo que hablaron Claus y Tecumseh. El primero dijo que se habían tomado notas, pero no se han encontrado. De todos modos, envió un informe al vicegobernador Gore, que a su vez citó los comentarios de Tecumseh en el que envió al gobernador general. Al parecer, Tecumseh afirmó que los hermanos shawnees «estaban tratando de reunir las diversas naciones para formar un asentamiento en el Wabash […] a fin de preservar su

territorio de la invasión». Su intención era mantenerse al margen de las disputas del hombre blanco, pero, «si los estadounidenses les invaden, están resueltos a atacar». Y si «su Padre el Rey era firme y se presentaba con fuerzas suficientes, resistirían a su lado». Tecumseh, en una palabra, quería ver tropas, no solo suministros y promesas de apoyo, antes de establecer una alianza militar con los británicos. Tecumseh parecía «decididamente hostil a los Estados Unidos». No obstante, también censuró a los británicos por su mala fe en Troncos Caídos y lamentó los muchos y excelentes guerreros que murieron a causa de que las puertas de Fort Miamis permanecieron cerradas. Pero, en general, fue un encuentro amistoso. Claus le entregó a Tecumseh «un magnífico regalo» y le pidió que se quedara hasta mediados de julio, cuando se esperaba la llegada del vicegobernador Gore. Tecumseh «aceptó con alegría» la propuesta y se dirigió a los asentamientos de los wyandot de Míchigan de Manguaga y Brownstown. Allí se dedicó, también por vez primera para él, a la diplomacia intertribal en un territorio que no había sido elegido por los hermanos shawnees. [10]

Se enfrentaba a un duro desafío. Los wyandot, descendientes de la antaño gran nación hurón, disfrutaban de un prestigio muy superior a sus efectivos. Reducidos a tan solo doscientos cincuenta guerreros, se dividían en tres facciones: la banda del Sandusky del jefe Tarhe, proestadounidense, los wyandot de Míchigan (río Detroit), que se inclinaban por los británicos pero cuya localización les imponía neutralidad, y la pequeña banda canadiense, de abierta lealtad a la Corona. Mas la mayoría de los wyandot de Míchigan y su jefe, el cauto y grave Camina en el Agua (Walk-in-the-Water), querían la paz. Muchos eran católicos, e incluso aquellos que se resistían al cristianismo habían asumido métodos blancos de cultivo: arados, campos vallados, cría de ovejas, puercos, caballos y reses. Habían comenzado a reemplazar sus *wigwam* de corteza por casas de madera y ventanas de lona aceitada, con tejados de paja o tejadillos de corteza casi imposibles de distinguir de las de sus vecinos blancos. Algunos wyandot de Míchigan incluso adoptaron por completo la vestimenta del hombre blanco. [11]

Sin embargo, a pesar de su adaptación al estilo de vida de los estadounidenses, los wyandot de Míchigan tenían el gran cinturón *wampum* blanco, de veinte centímetros de ancho, que hasta Troncos Caídos había simbolizado la alianza británica con las tribus del noroeste. Los indios llamaban a su parte de la alianza el Consejo del Fuego, y su sede era ahora Brownstown. Allí, los representantes de las tribus miembros se reunían cuando era necesario debatir asuntos de

guerra y paz.

El 11 de julio, con un calor cercano a los 37 ˚C, Tecumseh se sentó en la abarrotada casa del consejo situada frente a las puertas de Fort Malden. Habían venido a escuchar a Gore un centenar de jefes y mil guerreros. Al contrario que Tecumseh, la mayoría de los indios presentes eran proestadounidenses, neutrales, o solo mostraban cauta simpatía a los británicos. Fue una reunión espléndida, aunque empapada en sudor, con toda la pompa y ceremonia que los indios esperaban de tan augusta ocasión. La carroza del vicegobernador llegó al patio de armas. Los cañones del fuerte saludaron y Gore se dirigió a la asamblea. Sus palabras fueron anodinas y vagas, y se ciñeron a las instrucciones del gobernador general Craig de que se condujera con «cauta circunspección». Tecumseh escuchó con aprobación que Matthew Elliot iba a ser el nuevo superintendente indio de Amherstburg, y, quizá con menos entusiasmo, la confesión del vicegobernador de que no había venido a invitarles a tomar el hacha de guerra sino a pedirles que estuvieran en guardia y ayudasen a los británicos a mantener la paz. Después del público consejo, Gore invitó a comer a veintiocho jefes, entre los que se incluía Tecumseh. El hermano del Profeta causó una muy buena impresión: «Un hombre muy astuto e inteligente». Así fue como Gore describió al gobernador general a aquel corpulento shawnee que vestía con piel de ciervo.

A finales de julio, Tecumseh regresó a Villa del Profeta. Su misión había sido un éxito. Los wyandot de Míchigan, impresionados por el trato que Tecumseh había recibido de los británicos, le confiaron el gran cinturón *wampum*, el símbolo de la alianza británica con los indios previa a Troncos Caídos. Era un honor singular para un shawnee, en particular para uno al que acababan de conocer. Claus y Gore respetaban y apreciaban a Tecumseh. El gobernador general Craig se vio impelido a solicitar una expansión del Departamento Indio. La indiferencia británica, se quejó, «había puesto a los indios en brazos de los estadounidenses», y «aunque no servirán de mucho como amigos, era un asunto de infinita importancia impedir que sean nuestros enemigos». Puede que Craig despreciase a los nativos, pero llegaría un día en que Tecumseh les mostraría a los británicos el valor de la amistad india. [12]

❖

Tecumseh se encontró Villa del Profeta rebosante de guerreros de las tribus del norte y del oeste, lo que era bueno para la causa, pero no tanto para sus placeres nocturnos. Durante la ausencia de Tecumseh se habían sumado a las filas de Tenskwatawa más de setenta hombres de

los winnebago y de los Tres Fuegos. Se esperaba, además, la inminente llegada de ciento diez canoas cargadas de guerreros.

Tecumpease y las otras mujeres de Villa del Profeta plantaban todo el maíz que podían, pero la comida era tan escasa que la mayoría de aldeanos y sus invitados solo se alimentaba de raíces y de caza. John Conner, que fue a Villa del Profeta por indicación de William Wells a buscar unos caballos robados, consideró que los indios padecían hambre. Unos seguidores famélicos no seguirían siendo acólitos por mucho tiempo, por lo que Tenskwatawa puso en entredicho sus principios: pediría alimentos a la simiente de la Gran Serpiente, los estadounidenses. Y lo haría para alimentar a su gente, con lo que dio inicio a un doble juego que enfureció a Wells, quien se daba cuenta de la treta, pero que seducía al gobernador Harrison, pues le hacía creer que el Profeta shawnee podía ser un aliado estadounidense. Para tratarse de un exborracho y el hazmerreír de la aldea que no había nunca comandado ni un guerrero en combate, Tenskwatawa demostró ser un diplomático diestro y capaz. El hermano de John Conner, William, amigo de los hermanos shawnees, consideró que, en esta etapa de sus trayectorias, Tecumseh y Tenskwatawa tenían habilidades similares para la oratoria y la diplomacia. [13]

Tenskwatawa ocupó el centro del escenario en la danza diplomática. Inició contactos con Harrison: a finales de junio, envió una delegación a Vincennes con una réplica formal a la dura misiva del otoño precedente, en la que Harrison había acusado al Profeta de ser un instrumento «del Diablo y de los agentes británicos». Por medio de sus emisarios, Tenskwatawa aseguró a Harrison que no tenía intención de causar daño a nadie. Todo lo contrario: el Señor de la Vida le había aconsejado vivir en paz con los estadounidenses, porque «todos somos sus hijos […] aunque diferimos un poco en el color». Tras esta egregia herejía, Tenskwatawa pasó a pedir alimento a Harrison. El traslado a Villa del Profeta había causado «gran agotamiento» a su pueblo. ¿Acaso no podría el gobernador «asistir a nuestras mujeres y niños con un poco de maíz»?

Harrison se rindió. Aceptó las «solemnes garantías» de buena voluntad del Profeta, así como su oferta para visitar Vincennes, pero advirtió que si los indios volvían a osar «alzar el *tomahawk*» contra los Estados Unidos, los estadounidenses no cejarían hasta que todos estuvieran muertos o fueran expulsados más allá de los Grandes Lagos. La delegación de Tenskwatawa, cargada de maíz, azadas y un arado, regresó a toda prisa a Villa del Profeta. Harrison, satisfecho, informó al secretario Dearborn que el Profeta podía ser manipulado para obrar un cambio «radical y salutífero» en los indios, pues sus seguidores

eran abstemios y «ya no se avergonzaban de cultivar la tierra». Harrison había tentado en repetidas ocasiones a los delegados de Tenskwatawa con *whisky* gratis, pero estos lo habían rechazado. Harrison también se convenció de que los hombres estaban dispuestos a arar la tierra. [14]

Tenskwatawa estaba entusiasmado. Tecumseh había regresado de Amherstburg con la promesa de la asistencia británica, y él había engañado a Harrison. Sus hambrientos seguidores le cubrieron de elogios. Enardecido por este golpe, Tenskwatawa partió hacia Vincennes. Para impresionar a los estadounidenses con la fuerza de sus seguidores y aliviar un poco más la carencia crónica de alimentos de Villa del Profeta, llevó un séquito de varios centenares de jefes y guerreros, que los Cuchillos Largos se verían obligados a alimentar. Tecumseh permaneció en Villa del Profeta.

Los indios entraron en Vincennes mediado agosto. Durante dos semanas, el Profeta shawnee se reunió de forma intermitente con Harrison, mientras su séquito comía de buena gana y se abstenía de probar el *whisky*, lo cual impresionó tanto al gobernador como a la comunidad local. Tenskwatawa tenía excelente información sobre los estadounidenses, la cual utilizó muy bien en el consejo. Sabedor de que Harrison detestaba a William Wells, este amonestó al gobernador, diciéndole lo siguiente: «Padre, me han dicho que tenía intención de ahorcarme» para, a continuación, confesar que la fuente de dicha información había sido Wells. ¿Quizá el agente mentía?

Tenskwatawa, tras profundizar la brecha entre Wells y Harrison, juró que el Señor de la Vida le había ordenado enseñar a los indios a coexistir con sus hermanos estadounidenses, no volver a beber *whisky*, y «nunca tomar el *tomahawk*» ni en nombre de los británicos ni de los Cuchillos Largos. Lo único que querían los indios de Villa del Profeta era ocuparse de sus asuntos. Tenskwatawa imploró a Harrison que limitase el comercio de *whisky*. También arengó en público a sus prosélitos sobre los males del alcohol y de la guerra. Una vez más, Harrison intentó, en vano, tentar a los indios para que bebieran. Tenskwatawa regresó a Villa del Profeta con los mejores deseos del gobernador y un generoso suministro de maíz, azadas, agujas, pedernal, pólvora y balas. Había demostrado ser un diplomático astuto pero hipócrita. Y había impresionado a Harrison. «El celebrado Profeta shawnee […] posee considerables talentos, y el arte y destreza con que dirige a los indios es de verdad asombroso», le dijo a Dearborn. Tenskwatawa podría ser una herramienta útil. «En conjunto, señor, me inclino a pensar que la influencia que el Profeta ha adquirido podría ser más ventajosa que desventajosa para los Estados Unidos». [15]

Irónicamente, el éxito de Tenskwatawa amenazó con destruirle. Su gente le pareció a Harrison «el más miserable hatajo de despojos famélicos» que jamás hubiera visto. Las raciones de maíz que el gobernador cedió a Tenskwatawa eran apenas suficientes para alimentar a los residentes de Villa del Profeta y mucho menos para los centenares de indios que fueron llegando a la aldea desde los confines de Illinois, Wisconsin y Míchigan durante el verano y el otoño de 1808. Las revelaciones religiosas de Tenskwatawa y los llamamientos de Tecumseh a la unidad política y a oponerse a las cesiones de tierras eran alimento para sus almas, pero su hambre física se hacía más acuciante con cada nueva llegada. Main Poc no había mentido cuando dijo que el área bullía de caza, suficiente para sostener una población razonable. Pero Villa del Profeta estaba superpoblada. Para empeorar aún más la situación, la cosecha de maíz fue insuficiente, pues el frenesí religioso había hecho que las mujeres descuidasen los cultivos. Los hombres también fueron negligentes. Ignoraron la prohibición de Tenskwatawa de matar para obtener cuero y masacraron ciervos para el comercio de pieles. A finales de otoño, la caza excesiva había vaciado los bosques circundantes. Los hermanos shawnees también aprendieron una primera lección de la inconstancia de Main Poc. El temible potawatomi había prometido aprovisionar a Villa del Profeta con las abundantes reservas del territorio de Illinois, pero no cumplió su promesa, y fue a Washington con William Wells y Pequeña Tortuga a reunirse con el Gran Padre. Y, entonces, llegó el invierno, prematuro y gélido. Durante la Luna Larga (noviembre) las praderas y los bosques se cubrieron con un metro de nieve. La comida se agotó. Durante la Luna Excéntrica (diciembre) los indios comenzaron a matar a perros y caballos para sobrevivir. Una nueva oleada de la «enfermedad de la tos» de los blancos (el nombre que los indios daban a la gripe) y de tosferina se llevó a decenas de indios. [16]

A los indios llegados les pareció que el Señor de la Vida era terriblemente selectivo a la hora de elegir a sus víctimas. Durante el invierno, sucumbieron ciento sesenta ottawas y ojibwas, entre ellos varios jefes, pero tan solo murieron de enfermedad cinco shawnees, y muy pocos kickapoos y wyandot cayeron enfermos. Algunos norteños sospechaban que el Profeta había envenenado a la gente de su tribu. Casi todos comenzaron a dudar de su divinidad. Con el deshielo de la primavera, huyeron de Villa del Profeta al tiempo que murmuraban que se vengarían.

Mientras Tenskwatawa afrontaba los estragos del invierno, en enero de 1809 Tecumseh partió de Villa del Profeta hacia el norte de Ohio en una quijotesca misión de reclutamiento, aunque tal vez su

objetivo era tanto escapar de la insalubre aldea como conseguir nuevos seguidores. En la aldea de Tarhe se reunió en consejo con los wyandot del Sandusky y las pequeñas bandas de senecas y munsees que residían en las inmediaciones. Tecumseh le dijo a los jefes que la región del Tippecanoe «era mejor que aquella que habitaban […] que estaba lejos de los blancos, y que podrían vivir allí felices». Al parecer, había aprendido a mentir tan bien como su hermano en aras de su alianza.

El hijo del intérprete John Conner dijo que su padre afirmaba a menudo que los poderes de persuasión de Tecumseh eran tan grandes que «siempre conseguía conmover a su audiencia, fuera blanca o piel roja, y siempre conseguía unir a los indios». No obstante, en la aldea de Tarhe fracasó por completo. Después de que Tecumseh acabase su florido relato de las virtudes de Villa del Profeta, Tarhe le dio, en nombre de los jefes reunidos, una ácida e imperiosa reprimenda. Era evidente que Tecumseh «se esforzaba en vano». Los indios del Sandusky «esperarían unos años, y si veían que sus hermanos pieles rojas vivían tan felices, tal vez entonces se unirían a ellos». Tecumseh, encarándose el duro viento invernal, tomó el camino de regreso hacia la pestilente Villa del Profeta. [17]

Siguió el camino boscoso que pasaba por Wapakoneta pero no se detuvo. No tenía sentido visitar aquel lugar. Los shawnees de Wapakoneta estaban fuera de su alcance. El jefe Pezuña Negra había escrito al presidente Jefferson que su gente estaba «saludable y fuerte» y que se había dado cuenta de «las ventajas de trabajar para proporcionar abundancia a nuestras mujeres e hijos». Sus vecinos blancos estaban de acuerdo. Los shawnees de Wapakoneta habían pasado de ser motivo de lástima o desprecio, que solían mendigar comida o robaban cabañas, a ser vecinos «sobrios y cívicos» cuyos jardines, cabañas y ganado eran tan buenos como los de los blancos. Su progreso sufrió un revés en abril de 1809. Ese mes, el Departamento de Guerra despidió al cuáquero William Kirk por haber sido descuidado en sus cuentas. Aun así, Wapakoneta estaba sólidamente situada en la senda del hombre blanco. Tecumseh se dirigió a casa. [18]

Las perspectivas de futuro de Villa del Profeta eran cada vez más sombrías. William Wells especuló que el Profeta shawnee podría retirarse al oeste del Misisipi para escapar a la ira de los indios del norte. Tenskwatawa no tenía intención de abandonar Villa del Profeta, pero en abril de 1809 una pequeña partida guerrera de ojibwas y ottawas sometió a la autoridad del Profeta a una truculenta prueba. Este había predicado que el Señor de la Vida castigaría a todo aquel

que perpetrase violencia en la Villa del Profeta. Los herejes se infiltraron en la aldea por la noche y mataron con sus *tomahawk* a una mujer shawnee y a su hijo. Luego, escaparon a un campamento temporal a unos cincuenta kilómetros de distancia, donde esperaron la venganza del Señor de la Vida. Nada ocurrió. Una vez de vuelta a casa, la partida guerrera se jactó de la falibilidad del Profeta. Esto llevó a otros guerreros a intentar repetir los asesinatos selectivos, e incluso a plantearse dar muerte al Profeta mismo. [19]

Tenskwatawa era un mentiroso muy creativo cuando su vida dependía de ello. Los enemigos, afirmó, no habían matado a la mujer y a su hijo. Estos habían muerto de una enfermedad del hombre blanco. La partida guerrera había atacado a cadáveres. Villa del Profeta seguía siendo inviolable. Pero Tenskwatawa no se contentó con sus poderes para el disimulo. Despachó mensajeros al territorio del Illinois para implorar a Main Poc que reuniera guerreros sauk, fox y potawatomi para defender la aldea de los ataques de norteños agraviados. [20]

Pero Main Poc no estaba en casa. No había estado sobrio desde noviembre, cuando partió hacia Washington con Wells, Pequeña Tortuga y otros dos potawatomis y sus esposas. Main Poc no se dejó intimidar en absoluto por el Gran Padre: vestido de piel de ciervo, con el rostro pintado de rojo y negro, le dijo a Thomas Jefferson que las obligaciones de los potawatomis hacia el Gran Padre no incluían hacer la paz con los osages ni labrar la tierra. Se mantendría neutral en caso de guerra entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, pero eso era todo. Tras regresar a la habitación de su hotel, Main Poc agarró una soberana borrachera, durante la cual aterrorizó al personal del hotel y a cualquiera que se atreviera a acercarse a él. «Main Poc supera cualquier cosa que haya visto –se quejó desesperado Wells al secretario Dearborn–. Su conducta es insufrible». Esta no mejoró en absoluto una vez regresó al noroeste. En la primavera, cuando Tenskwatawa más le necesitaba, Main Poc estaba en Fort Wayne reunido con una delegación de cuáqueros a los que había ofendido en Baltimore durante su embriaguez. El consejo resultó un fiasco. Sumido en una furiosa borrachera, Main Poc vociferó y amenazó con su maza de guerra a los inofensivos cuáqueros, que se batieron en apresurada retirada hacia Baltimore. [21]

Aunque resulte paradójico, no fue Main Poc quien salvó a Tenskwatawa de las iras de los ottawas y ojibwas, sino un «malvado hombre blanco». El gobernador Hull del Territorio de Míchigan supo de sus planes y les prohibió atacar a los shawnees. Hull, en cumplimiento de la política gubernamental de impedir disputas entre

tribus, advirtió a los indios que consideraría toda hostilidad contra el Profeta shawnee un acto de guerra contra los Estados Unidos. Los jefes de guerra norteños, frustrados, abandonaron su plan de arrasar Villa del Profeta y asesinar a su líder. [22]

Tecumseh no corría peligro mortal, pero esa primavera sufrió una notoria humillación. Los wyandot de Míchigan consideraron indudable que Villa del Profeta no era un lugar seguro donde guardar el gran cinturón *wampum*, por lo que exigieron su retorno. Tecumseh así lo hizo y lo envío con una escolta de cuarenta guerreros que se aseguraron de entregarlo sano y salvo en Brownstown. [23]

Tecumseh volvió a tomar el camino. Esta vez cabalgó al oeste en nombre del Profeta, hacia el recién constituido Territorio de Illinois. Su propósito era reclutar indios foxes y sauk de los valles de los ríos Misisipi y Rock, cosa que Main Poc tendría que haber hecho. Los foxes y los sauk eran dos tribus de lengua algonquina cuya alianza era tan estrecha que el gobierno estadounidense solía tratarles como si fueran una sola tribu. Los shawnees les llamaban sus hermanos pequeños, pero foxes y sauk rechazaban este estatus subordinado: se consideraban iguales a los shawnees.

La hostilidad de los foxes y los sauk hacia los Estados Unidos tenía su origen en el Tratado de San Luis de 1804, en el que Harrison extorsionó a estas tribus la mayor parte de sus tierras, al menos sobre el papel. A continuación, el gobierno construyó Fort Madison en el río Misisipi, en el corazón del territorio sauk. Los estadounidenses no suponían una amenaza inmediata, pues la población del Territorio de Illinois se componía de 12 000 almas apelotonadas en un tramo de ciento sesenta kilómetros del curso del Misisipi muy al sur de los indios. Mas Fort Madison enfurecía a los guerreros como un absceso inflamado que pedía ser punzado.

Cuando Tecumseh llegó a Illinois occidental, en junio de 1809, los sauk, los foxes y los winnebagos planeaban atacar tanto Fort Madison como Fort Dearborn. Tecumseh, reunido en consejo, les convenció de abandonar sus planes, pues eran contrarios a los intereses de la gran confederación india. «Con gran ceremonia» las tribus de Illinois enterraron el hacha. Tecumseh, que creía que tal vez la opinión popular había cambiado a su favor, pidió a los sauk y a los foxes que vinieran a Villa del Profeta y abrazaran la causa de Tenskwatawa. «¡Si no os unís a vuestros amigos del Wabash, los estadounidenses os arrebatarán esta misma aldea!» proclamó el shawnee. También les dijo que, para asegurarse, debían deshacerse de sus bolsas de medicina.

En la casa del consejo se hizo un silencio frío y palpable. Tecumseh había malinterpretado a su audiencia. Entre los escépticos se contaba un prometedor guerrero sauk, Halcón Negro (Black Hawk), quien en un futuro libraría su propia guerra contra los estadounidenses en la que participaría un larguirucho capitán voluntario de Illinois llamado Abraham Lincoln. Halcón Negro rechazó el llamamiento de Tecumseh y razonó como sigue: «No pienso que sus palabras sean verdad, a no ser que haya empleado esos argumentos para animarnos a unirnos, cosa que hemos decidido no hacer». La petición de Tecumseh de que los sauk se deshicieran de sus bolsas de medicina debido a que estaban viciadas por los años aterró al joven guerrero sauk Wennebea. Este increpó a Tecumseh por tratar de imponer esta ridícula creencia a los sauk, cuyas bolsas de medicina eran tan virtuosas como eficaces. Ante tamaña afrenta, Tecumseh explotó. Echó mano de su maza de guerra y fue a por Wennebea. En el tumulto subsiguiente, la escolta shawnee le contuvo. Una vez restaurado el orden, los jefes sauk, en gran parte para consolar a su honorable huésped, ordenaron que cuatro de sus guerreros le acompañasen a Villa del Profeta a conocer a Tenskwatawa y aprender su doctrina en persona. Los foxes, por su parte, no querían tener nada que ver con su programa. [24]

Mientras Tecumseh se estrellaba en Illinois, Tenskwatawa tenía graves problemas para mantener el control del frente interior, tarea que resultaba aún más difícil debido a que se estaba enfrentando a una quimera ideada por William Henry Harrison. Sus componentes eran de naturaleza fantástica. Harrison consideró que el descontento lejano de los sauk y los foxes con su traicionero tratado de 1804 –así como la ira, más reciente, de los ojibwas y ottawas contra Tenskwatawa, que Harrison pensaba que era una impostura– eran elementos de una bizantina intriga urdida por los británicos, cuyo objetivo era emplear al Profeta shawnee para aplastar el Territorio de Indiana. Los comerciantes franceses, cuyos negocios sufrían a causa de la prohibición del alcohol y de la mayor parte de otros productos, difundían mentiras y medias verdades que alimentaban la propensión de Harrison a ver malignas maniobras británicas en todo aquello para lo que no tenía explicación inmediata. Harrison empleó como espías a dos franceses especialmente mendaces, Peter Lafontaine y Toussaint Dubois, que en repetidas ocasiones serían la fuente de las acusaciones que Harrison dirigió contra el Profeta en sus despachos a Washington. Así, por ejemplo, en sus reportes de los efectivos de Tenskwatawa, los espías incluyeron a las aldeas potawatomi de Winamac y Cinco Medallas, cuando las dos eran proestadounidenses al cien por ciento. También incluían las comunidades miami, que eran enemigas de los

shawnees. Harrison confió en sus nada fidedignos informantes, con lo que, si unos meses antes consideraba al Profeta shawnee un posible aliado, ahora le veía como el peón de la Corona. Harrison llegó a esta conclusión sin tener conocimiento de la visita de Tecumseh a Fort Malden. [25]

«Ya no albergo ninguna duda de la predisposición hostil de las tribus de los ríos Misisipi e Illinois y de las del Wabash que siguen al Profeta shawnee –aseguró Harrison al secretario de guerra–. Temo también que la historia que lleva circulando cierto tiempo, según la cual los chippewas [ojibwas] y ottawas del lago Míchigan planean atacar al Profeta es un mero pretexto sugerido por los británicos para encubrir el verdadero designio de los primeros, y es que cuando lleguen al Wabash se unirán al Profeta y a los winnebagos y caerán sobre nuestros asentamientos». Harrison movilizó a la milicia para hacer frente a la amenaza fantasma y se hizo fuerte en Vincennes.

❖

Así, en abril de 1809, Tenskwatawa no solo se enfrentaba a la posibilidad real de ser asesinado a manos de los vengativos indios septentrionales, sino también a la repentina hostilidad del gobernador territorial. Su prometedor doble juego con británicos y estadounidenses, en principio una medida defensiva, ahora amenazaba con extinguir su vacilante movimiento. Con apenas ochenta guerreros leales en Villa del Profeta, debía actuar con rapidez para disipar las sospechas estadounidenses. Por fortuna para Tenskwatawa, William Wells acababa de ser destituido del cargo de agente indio en Fort Wayne.

Esta destitución era una metáfora de la futilidad del intento de coexistencia entre indios y blancos en la frontera del noroeste. Había tratado de ser un intermediario honesto entre el gobierno que le daba empleo, los miamis, a los que quería como a su familia, y a otros indios que trataban de equilibrar asimilación con integridad cultural. Wells fue el primero en concluir que el movimiento del Profeta shawnee no solo era una amenaza contra la política de «civilización» que el gobierno le pagaba por instaurar, sino que también era probable que provocase una conflagración apocalíptica. Pero los funcionarios del gobierno desconfiaban de Wells porque este alertaba a los indios de los aspectos dudosos de los tratados. De este modo, tanto Harrison como Tenskwatawa –dos personajes opuestos por completo– vieron con satisfacción que Wells dejase su cargo.

John Johnston, el factor de Fort Wayne que había criticado incansable a Wells ante el Departamento de Guerra, por lo general sin

motivo, se hizo con el puesto de agente. Johnston reservaba su petulancia para Wells. Para los indios, incluido el Profeta shawnee, no tenía más que buenos sentimientos. El nuevo agente saludó a Tenskwatawa con tres cordeles de *wampum* blanco y le invitó a visitar Fort Wayne. Le prometió «tomarle de la mano y hacerle pasar a mi casa […] tratarle bien cuando esté allí, y devolverle a casa sano y salvo cuando desee retornar a su hogar». [26]

El Profeta shawnee llegó el 25 de mayo con un tiempo excelente. Traía con el a once líderes –siete más de los que Johnston había invitado– en representación de las cinco tribus residentes en Villa del Profeta. Tenskwatawa, agradecido, también devolvió dos caballos que sus guerreros habían robado a los colonos de Ohio. Tuvo lugar un consejo de cuatro días, que dominó por completo. Gracias a su rara habilidad para enfrentar entre sí a los funcionarios del gobierno, aduló y engañó a Johnston del mismo modo que había hecho antes con Harrison. Todas las acusaciones dirigidas contra él y su movimiento, que, le aseguró a Johnston, era únicamente religioso, se debían a «motivos personales y privados» de Wells y Pequeña Tortuga. «El Profeta me explicó todo lo ocurrido entre ellos y me dio razones correctas de los motivos de Wells», informó a Johnston, que le escuchaba complacido. También negó la afirmación del gobernador Harrison de que Tenskwatawa abrigaba intenciones hostiles: «Por más que me he esforzado por buscar, no he sido capaz de encontrar ningún motivo para la alarma». Tampoco contaba con observadores privados perspicaces. Un kentuckiano recién llegado a Vincennes, a finales de mayo, esperaba encontrar la guerra iniciada y la primera campaña contra el Profeta en marcha. Pero, tras condenar las «órdenes pomposas y alarmantes del gobernador [de Indiana]», aseguró a los habitantes del país que las noticias de conflicto con los indios eran «falsas e infundadas». Harrison, ante la llegada de informes contradictorios, se echó atrás. Desmovilizó la milicia, a la que aseguró que no existía «la menor posibilidad de hostilidades con ninguna de las tribus vecinas». [27]

Para ser justos con Harrison, cabe afirmar que el gobernador Hull también daba por hecho que Tenskwatawa era el instrumento del gobierno británico para hacer la guerra a los Estados Unidos, o, como dijo el propio Hull, «la poderosa influencia de los británicos ha sido ejercida de tal modo que ha seducido su carácter salvaje». [28] Con ambos gobernadores predispuestos a ver nubes de guerra siempre que un indio visitaba Amherstburg, los hermanos shawnees debían actuar con mucho cuidado en lo que respecta a futuros contactos con representantes de la Corona.

Tenskwatawa partió de Fort Wayne el 29 de mayo, tras haberse ganado al agente Johnston. Un mes más tarde visitó al gobernador Harrison. De nuevo volvió a expresar su amistad hacia los Estados Unidos. Pero esta vez Harrison no estaba dispuesto a dejarse engañar por segunda vez, pese a que Tenskwatawa dijo la verdad. El Profeta shawnee negó intención alguna de atacar los asentamientos de Indiana y le dijo a Harrison que los preparativos bélicos se limitaban a las tribus de Illinois occidental, y que había intercedido para detenerlos. Tenskwatawa pasó diez días en Vincennes. Cada encuentro con Harrison solo sirvió para aumentar las sospechas del gobernador. Este creía que Tenskwatawa era un «gran bellaco» pero también concluyó que la estrella del Profeta declinaba. [29]

La evaluación de Harrison parecía correcta. Los intentos de Tecumseh de reclutar en Illinois occidental a comienzos del verano apenas dieron frutos; y tampoco podían confiar en que Main Poc reclutase a los potawatomis de Illinois. Ganarse de nuevo a las tropas septentrionales sería difícil, en el mejor de los casos. Los cuatrocientos guerreros presentes en aquel momento en Villa del Profeta tan solo suponían una amenaza para las limitadas reservas de víveres de la aldea.

Pero iba a ocurrir un hecho que revigorizaría la causa de los hermanos shawnees, recuperaría antiguos seguidores y aportaría nuevos aliados. También llevaría a Tecumseh a propugnar de forma más firme e independiente de su hermano su profunda desconfianza en las intenciones de los estadounidenses hacia los indios. El catalizador del resurgir de los hermanos shawnees: una maniobra, arrogante y mal concebida, del gobernador Harrison.

CAPÍTULO 13

UN TRATADO DE MÁS

WILLIAM Henry Harrison se sentía frustrado en su cargo. La creación del Territorio de Illinois (que también incluía el futuro estado de Wisconsin) a partir del Territorio de Indiana le había dejado como gobernador de una región muy reducida que solo abarcaba el tercio sur de lo que hoy es Indiana. Todo lo demás era territorio indio no cedido. El territorio estadounidense era bastante pequeño, pero aun así cubría las necesidades de su población no nativa, que en 1809 tan solo sumaba 23 000 blancos y 600 negros, esclavos y libertos. Pero no era suficiente para las ambiciones políticas de Harrison. El desgajamiento del Territorio de Illinois también ralentizó la marcha del Territorio de Indiana hacia la condición de estado. Esto provocaba una inmensa irritación en Harrison. Después de nueve años, estaba cansado de administrar un territorio, en particular uno que había encogido. Quería ser el gobernador de un estado de pleno derecho de la Unión. Finalmente, Harrison servía a una nueva administración. No tenía la certeza de que el presidente recién elegido, James Madison, compartiera las opiniones de Jefferson acerca de las cuestiones indias o respaldase las agresivas adquisiciones de tierras que Harrison había emprendido en nombre de su predecesor.

A fin de atraer nuevos pioneros que hicieran que la población superase el umbral necesario para ser declarado estado, en mayo de 1809 Harrison hizo campaña en Washington para que se le permitiera adquirir nuevas tierras al este del río Wabash. Para ello, recurrió a mentiras flagrantes: los colonos estaban «apiñados en las inmediaciones de las tierras indias». Por tanto, le aseguró al nuevo secretario de guerra, William Eustis, solo «una extinción adicional de títulos [indios] de propiedad» permitiría florecer al «endeble» Territorio de Indiana.

Harrison había tanteado el clima de Washington y se había encontrado con que este era muy poco favorable. El presidente Madison compartía con Jefferson sus nociones generales respecto a la cuestión india, pero no quería problemas en la frontera. «Su

Excelencia quedará satisfecha con que una proposición de estas características –advirtió Eustis a Harrison–, no provoque inquietud ni produzca efectos indeseables antes de que sea hecha». Es más, Harrison debía garantizar que toda tribu que tuviera, o que afirmase tener, derecho a las tierras que Harrison deseaba adquirir estuviera representada en las negociaciones del tratado. [1]

Cabe destacar que Harrison ignoró las instrucciones de Eustis. Fue a ver a jefes acomodaticios, a los que hizo aún más maleables mediante copiosas cantidades de *whisky*; enfrentó unas tribus contra otras; y amenazó con no entregar las anualidades a los que discutieran sus condiciones.

Harrison llegó a Fort Wayne el 19 de septiembre para iniciar las negociaciones con los delawares, miamis y potawatomis. Trajo consigo varios carros cargados de alcohol con los que mojar la reunión. A Harrison ya no le interesaban ni la sobriedad ni la laboriosidad en los indios. Tierras era lo que quería, y tierras tendría, aunque para ello tuviera que convertir a los 1396 indios presentes en despojos alcohólicos. Tan solo se presentaron nueve shawnees. Dado que no tenían ningún derecho sobre las tierras que fuera reconocida por el gobierno o por los otros indios, se limitaron a ser mudos observadores.

Harrison aleccionó a los jefes de los beneficios de ceder tierras a cambio de anualidades, tras lo cual accedió a la petición de los miamis de dos galones de licor. Mientras los miamis apuraban la bebida, el jefe Winamac aseguró a Harrison que los 660 potawatomis presentes aceptarían el tratado. Harrison había tomado la inteligente medida de invitar tan solo a indios amistosos; los potawatomis occidentales de Main Poc habían quedado excluidos.

Pero, para frustración de Harrison, el *whisky* no hizo más maleables a los miamis. Por el contrario, se negaron a vender si el gobierno no les pagaba un precio justo de mercado, es decir, dos dólares por acre, no los dos céntimos por acre que les ofrecía Harrison. También insistían en que el gobierno carecía de autoridad presidencial para negociar. Harrison, acorralado, acusó a los miamis de ser peones británicos. Al negarse a vender, sugirió, estaban arriesgándose a una guerra con los Estados Unidos. Pequeña Tortuga pidió un receso, durante el cual los miamis y potawatomis se enzarzaron en una disputa por el valor de la tierra. Harrison persuadió a William Wells –a quien había vuelto a contratar, ahora como intérprete– para que le apoyase. Al fin, tras agasajar a los guerreros con más *whisky* y sobornar a sus jefes con anualidades, los indios acabaron por aceptar el precio de dos céntimos por acre.

El 30 de septiembre Harrison concluyó un tratado con los miamis,

potawatomis y delawares, que a esas alturas estaban apenas sobrios (habían consumido 218 galones de *whisky*) que le permitió adquirir 2,6 millones de acres (1 050 000 hectáreas) de unas tierras que, según el agente indio John Johnston, «eran de las mejores de los Estados Unidos» y situar la frontera estadounidense a menos de un centenar de kilómetros de Villa del Profeta. Harrison premió a los potawatomis y a los delawares con anualidades de quinientos dólares por una tierra que pertenecía a los miamis, con lo que marginó a Pequeña Tortuga. Temeroso de que los kickapoos, «muy influenciados por el Profeta» se resistieran a la cesión, les excluyó del consejo de Fort Wayne. Harrison esperó a que sus vecinos firmasen el tratado, y, al tiempo que evitaba a los líderes kickapoos más rebeldes, presentó el tratado como un hecho consumado a un puñado de jefes menores, a los que presionó para que cedieran el último pedazo de territorio que conservaban en el Territorio de Illinois. La mayoría de kickapoos protestaron con vehemencia contra ambas cesiones.

Harrison estaba seguro de que las tácticas negociadoras arteras y divisivas que había empleado en el Tratado de Fort Wayne no impedirían una paz duradera con los indios. «El acuerdo alcanzado es justo para todos –aseguró al secretario de guerra–, y es, en mi opinión, satisfactorio para todos». Pero William Wells no lo veía de igual modo. «A pesar del cruel tratamiento que acabo de recibir –Wells se refería al papel jugado por Harrison en su destitución de su cargo de agente indio– di un paso al frente y cumplí las directivas del gobierno, en contra de la voluntad de los indios, pues nada que pudiera hacer pudo llevarles a vender su tierra». Pero Wells ya había tenido suficiente. «Después de esta transacción ya no quise tener nada que ver con los indios, pues la compra de los Estados Unidos se hizo de inmediato muy impopular entre ellos, y, dado que no se tomó ninguna medida para aplacar su espíritu de descontento, se arrojaron en brazos del Profeta shawnee». [2]

El tiempo diría muy pronto cuál de las versiones del consejo del tratado, la de Harrison o la de Wells, reflejaba mejor la realidad del territorio indio, cada vez más reducido.

❖

Llegó el invierno de 1810, que fue tan duro como el del año anterior. La nieve, que lo cubría todo, era recorrida por cazadores famélicos; los rastros de ciervo eran tan infrecuentes como una comida junto a una hoguera india. Los indios hambrientos devoraron caballos y perros. Los comerciantes se marcharon, dejándoles sin munición ni pólvora. Los sollozos de los niños hambrientos y las toses de las víctimas de la

gripe se combinaban en una sinfonía nocturna de sufrimiento. Esto era obra de brujería, decían los aldeanos wyandot y delaware hasta entonces inmunes a las prédicas del Profeta shawnee. Incluso los jefes de las tribus de los Tres Fuegos que habían amenazado con asesinar a Tenskwatawa se replantearon ahora su relación con este y con su antiguo padre británico. Comenzaron a trabajar un elaborado *wampum* que debía ser entregado en Amherstburg en la primavera, cuyo propósito, según reportó el agente indio británico Matthew Elliott, «es afirmar que los Estados Unidos está invadiendo con rapidez sus tierras y reduciéndoles a la pobreza; que su necesidad aumenta cada día; y que están muy alarmados por el futuro de sus hijos, que sin duda se verán sometidos a la esclavitud». [3]

Ningún indio se vería sometido mientras que los hermanos shawnees tuvieran algo que decir al respecto. Con el deshielo primaveral, Tecumseh, enfurecido, tomó el embarrado sendero que iba de Villa del Profeta a Wapakoneta. Tal vez el traicionero Tratado de Fort Wayne, urdido por el gobernador Harrison, haría a la gente de Pezuña Negra más receptiva a la doctrina de los hermanos shawnees, que rechazaba de forma explícita la transacción. Para Tecumseh y Tenskwatawa, había sido un tratado de más. Tecumseh predicaría, comenzando por las bandas asimilacionistas de Ohio, que había llegado el momento de formar un frente unido contra el expansionismo insaciable de los estadounidenses; un retraso podría suponer la muerte del pueblo indio.

Tecumseh cabalgó a Wapakoneta. Es probable que no le complaciera su aire próspero, en particular por lo que ello significaba para sus propósitos de reclutamiento. John Norton, importante cargo del Departamento Indio británico y sobrino adoptivo del jefe iroqués Joseph Brant, visitó la localidad poco después de que Tecumseh se marchase. El entorno le resultó delicioso: «El lugar tiene un aspecto risueño; las casas estaban agrupadas en un claro cubierto de hierba». Norton también se maravilló de los «muchos maizales a la vista, de tolerable extensión y protegidos por una muy buena valla». En las afueras de la aldea pastaban rebaños de reses y piaras de puercos; dos décadas antes, reflexionó Norton, los shawnees tan solo tenían perros y un puñado de caballos robados. [4]

Pezuña Negra y los jefes de la aldea se negaron a reunirse con Tecumseh, pero no así los jóvenes guerreros. Estos acudieron en masa a la casa del consejo a escuchar la arenga de Tecumseh, sabedores de que recibiría la respuesta de Stephen Ruddell, quien también estaba en Wapakoneta en su misión de reclutamiento para el Señor. Biblia en mano, el misionero baptista hizo frente a su antiguo amigo.

Tecumseh habló primero. Denunció el Tratado de Fort Wayne, que calificó de afrenta al Señor de la Vida, quien había dado la tierra a los indios para su uso exclusivo, y estos tenían la obligación de defenderla con su vida. Tecumseh, miró de soslayo a Ruddell y reconoció que «el Señor de todos había favorecido a los americanos estadounidenses a costa de las tribus nativas, pero llegará el día en que sonreirá a aquellos que se esfuercen por defender su independencia y su territorio contra los afortunados intrusos, a no ser que estos contengan su ambición y se contenten con los límites existentes».

Ruddell le interrumpió. La gente de Pezuña Negra no tenía intención de abandonar Wapakoneta y dijo, mientras agitaba una carta reciente del gobernador Harrison, que los shawnees de Ohio eran leales a los diecisiete fuegos (Los Estados Unidos) y calificó al Profeta de charlatán. El genio vivo de Tecumseh a veces le traicionaba. Le arrancó la carta a Ruddell, la rasgó en mil pedazos y arrojó los papeles al fuego. Las promesas estadounidenses, dijo, tenían el mismo valor que cenizas. Si el gobernador Harrison estuviera presente, le diría con exactitud lo mismo. La teatralidad de Tecumseh le hizo ganarse los primeros partidarios entre los shawnees de Wapakoneta. Es probable que la influencia de Ruddell impidiera que se pasaran a su bando en masa, pero aun así varios guerreros acompañaron a Tecumseh a su siguiente destino, la aldea delaware de Tarhe, junto al Sadusky. [5]

Tecumseh dejó un rastro de sangre a su paso. La mayoría de los wyandot le rechazaron y un anciano jefe perdió la vida, es probable que por orden de Tenskwatawa. La víctima era Labios de Cuero, de sesenta y tres años de edad, el mismo jefe de paz wyandot que había reprendido al Profeta tres años antes. La pequeña aldea de Labios de Cuero se hallaba en el río Scioto, cerca de la aldea del jefe Cabeza Redonda. Jonathan Alder, que vivía cerca de aquel, consideraba a Labios de Cuero un anciano inteligente, pío e inofensivo. Pero la voz de Labios de Cuero seguía influyendo a los wyandot, y este continuaba oponiéndose al Profeta. Lo más seguro es que esto fue suficiente para que el jefe Cabeza Redonda y cinco de sus guerreros le condenasen por brujo, pero además también le acusaron de propagar el virus de la gripe que mató a varios wyandot, un crimen que hizo que algunos aldeanos ejecutasen al «hechicero» wyandot.

La partida de Cabeza Redonda halló al viejo jefe en su casa, con unos amigos estadounidenses. Labios de Cuero sostuvo su inocencia, pero fue en vano. Se le concedió permiso para tomar su última comida: Labios de Cuero se retiró a su *wigwam*, comió venado encurtido, vistió sus mejores ropas, se pintó el rostro, y acompañó a

sus verdugos a una arboleda situada a setenta metros de su campamento. Mientras, iba entonando su canción fúnebre. Se detuvieron ante una sepultura poco profunda que Cabeza Redonda y sus hombres habían excavado en secreto. Los amigos estadounidenses de Labios de Cuero, horrorizados por lo que estaba a punto de suceder, ofrecieron un magnífico caballo a cambio de su vida. Cabeza Redonda lo rechazó: «vosotros tenéis leyes para castigar a vuestros hombres malvados, y los indios no interfieren», dijo. «Este viejo es un hombre malvado, y tenemos nuestro método de castigar a hombres malvados, y el hombre blanco no debe interferir».

Arrodillado ante la tumba, Labios de Cuero rezó con fervor al Gran Espíritu. Cuando finalizó, hundió su rostro entre sus manos y dijo que estaba preparado para morir. Cabeza Redonda, sacó de debajo de su capa un *tomahawk* nuevo y reluciente y le aplastó el cráneo. «Ahora está en el infierno», dijo uno de los wyandot. Para asegurarse, Cabeza Redonda le propinó unos cuantos golpes más, después de lo cual los guerreros arrojaron el cadáver de Labios de Cuero a la sepultura. El jefe Tarhe, también debía haber muerto, pero pudo escapar de Cabeza Redonda y sus esbirros. [6]

❖

Mientras Tecumseh permanecía en Ohio, Tenskwatawa convocó una conferencia sobre el Tratado de Fort Wayne. Acudieron varios centenares de indios del oeste. En mayo de 1810 los wyandot de Míchigan, custodios del gran cinturón *wampum*, aceptaron apoyarle. Estaban «cansados de su situación [y] no había nada que deseasen más en sus corazones que ver a las diversas tribus volver a unirse como un solo hombre» para detener la invasión estadounidense. Los wyandot, mostrando el gran cinturón *wampum* que había sido símbolo de la anterior alianza indio-británica, reprocharon a los miamis que colaborasen con los Cuchillos Largos. Los miamis, profundamente avergonzados, aceptaron despachar a una delegación al consejo de Tenskwatawa. [7]

De repente, Tenskwatawa y Tecumseh se hallaron en la incómoda posición de tener que apaciguar la fiebre guerrera. Los dos eran reacios a atizar un conflicto con los Estados Unidos sin que los británicos se comprometieran a enviar tropas, algo que ambos sabían que no iba a ocurrir. También carecían de munición suficiente para los setecientos guerreros que se habían unido a su causa. Lograron contener con dificultad a los elementos más extremos, entre los cuales, irónicamente, se incluían los mismos jefes de los Tres Fuegos que habían jurado eliminar al Profeta un año antes. Los hermanos

shawnees, trabajando juntos, se aseguraron de que no ocurriera nada en la reunión de Villa del Profeta salvo largas y furiosas discusiones.

En Amherstburg, el agente indio británico de la localidad, Matthew Elliott, les ayudó a disuadir a las tribus de los Tres Fuegos para que no arrastrasen a Gran Bretaña a una guerra con los Estados Unidos. El 10 de junio, informó a William Claus: «Me ha sorprendido mucho la gran concurrencia de indios en este puesto en un periodo tan temprano del año […] a juzgar por la predisposición presente de los indios, parece evidente que el más mínimo llamamiento por parte de nuestro gobierno les haría alzarse en armas, y tribus que antaño se unieron a regañadientes, o que nunca enviaron guerreros [contra los estadounidenses] ahora aceptarían con alegría una invitación». [8]

Las tribus implicadas no incluían las signatarias del Tratado de Fort Wayne, que se arriesgaban a perder sus anualidades si los Estados Unidos perdían el control de la región. Winamac y Cinco Medallas, de los potawatomis orientales, junto con los jefes signatarios del tratado de los miamis y delawares, ejercieron su influencia, reducida pero todavía considerable, contra el Profeta, al parecer ignorantes de que este seguía defendiendo mantener la paz. También propagaron rumores incendiarios para atizar contra él la hostilidad de los gobernadores Hull y Harrison. [9]

Main Poc había destacado por su ausencia en la reunión de Villa del Profeta, pues había marchado al oeste a atacar a los osages. El *wabeno* potawatomi pagó caro su entretenimiento veraniego. Los osages rechazaron su incursión, por lo que se vengó contra un asentamiento estadounidense en el Territorio de Luisiana (nombre que ahora recibían los vastos territorios al oeste del río Misisipi situados al norte del estado de Luisiana), en el que mató a cuatro hombres inocentes. Un jefe potawatomi proestadounidense ayudó al gobernador a expulsarle, después de lo cual Main Poc se dedicó a sembrar el terror entre los comerciantes estadounidenses del sur de Illinois. En septiembre volvió a atacar a los osages, pero esta vez le alcanzó una bala. Sus seguidores estaban consternados. ¿Habían descubierto los osages una medicina más potente que la del *wabeno*, hasta entonces inmune a las balas? Los potawatomis escaparon remontando el río Illinois, llevando en una canoa a Main Poc, muy malherido. Pero el pendenciero potawatomi se negaba a morir. Cuando su herida comenzó a sanar, aseguró a sus guerreros que su magia no había perdido su fuerza. Había visto venir la bala que le alcanzó, pero se había interpuesto en su camino para salvar a una de sus esposas, que cabalgaba a su lado, de una muerte cierta. Main Poc siguió teniendo un firme control sobre sus guerreros. Estos creyeron

que aquel mujeriego violento había arriesgado su vida para salvar a una esposa. [10]

Tenskwatawa y Tecumseh pagaron un fuerte peaje por su intervención para contener el consejo de Villa del Profeta. A ninguno le agradaba la idea de ser considerado débil. Tenskwatawa recurría de forma periódica a la jactancia y las habladurías que le habían granjeado el apelativo poco halagador de Lalawethika. Cuando el «charlatán» que había en su interior volvía a salir a relucir, Tenskwatawa hablaba de desafiar a Harrison a singular combate, de reducir Vincennes a cenizas, o de viajar a Washington D. F. para exigir al Gran Padre la destitución del gobernador.

Si Tenskwatawa parloteaba amenazas, Tecumseh se entregaba en ocasiones a estallidos de furia física. A comienzos de junio, una embarcación cargada de sal para los aliados kickapoo de Tenskwatawa, cuya aldea se hallaba cerca, arribó a Villa del Profeta. El Profeta no estaba seguro de si debía aceptar el envío (la sal se incluía dentro de los pagos en especie de la anualidad de los kickapoos), por lo que convenció a estos de que esperasen a Tecumseh, quien estaba ausente, y que respetasen lo que él decidiera. En consecuencia, el Profeta pidió a los barqueros que dejasen la sal en la orilla del río y que volvieran en unos días. Cuando la barca retornó, Tecumseh ordenó a John Gamlin, el patrón, que volviera a embarcar los barriles; los indios no debían tener nada que ver con bienes de anualidades. Mientras la tripulación del barco volvía a colocar los barriles en cubierta, Tecumseh saltó a bordo y agarró con violencia del cabello a Gamlin y a sus tripulantes, mientras les preguntaba si eran estadounidenses; no se calmó hasta que todos le dijeron que eran franceses. El Profeta también profirió una amenaza, pues le dijo a Gamlin que, si algún agrimensor volvía a tratar de delimitar los límites del territorio del tratado, «los agrimensores ya no volverían a medir nada más». La ira de Tecumseh era contagiosa. Un joven aliado potawatomi y sus guerreros saquearon la casa de Michel Brouillette, un supuesto comerciante que mantenía un número apenas suficiente de bienes como para justificar su verdadera misión de espía del gobernador Harrison. Tecumseh aprobó su acción. Acto seguido, expulsó a Brouillette, una acción merecida y bastante moderada.

A pesar de su temperamento cambiante, Tecumseh se mantuvo fiel a los cuatro propósitos terrenales que había introducido en la alianza del Profeta, de inspiración divina: contener nuevas intrusiones en tierra india, resistir todo intento de mesurar o colonizar los 2,6 millones de acres que Harrison había hurtado a los indios en Fort Wayne, impedir los intentos estadounidenses de dividir y conquistar a

las tribus del valle del Ohio y de los Grandes Lagos, y continuar reclutando indios occidentales. La guerra todavía no era la respuesta, pero las líneas de batalla comenzaban a solidificarse. [11]

El momento estaba muy lejos de ser ideal para que los hermanos shawnees desafiaran a los estadounidenses. Los indios del sur del Ohio llevaban bastante tranquilos desde hacía casi una década. Tras la derrota de los chickamaugas, no había surgido ningún otro adversario indio a la autoridad federal, y la presión de los pobladores blancos contra las fronteras de las tribus del Sur Profundo, pese a ser real, por el momento no amenazaba con dar lugar a un estallido de violencia. Si tenía que haber un conflicto indio en ese momento, sería en el noroeste, y los Estados Unidos dispondrían de todos sus efectivos al completo para combatir un alzamiento.

En Vincennes, el gobernador Harrison rabiaba de impaciencia. Incapaz de aceptar que la agitación de Villa del Profeta, que había exagerado, se debía a su engañoso tratado, recurrió a su otro culpable por defecto: los británicos. «No me cabe duda de que la disposición hostil presente del Profeta y sus devotos es producto de la interferencia británica», le dijo al secretario Eustis. ¿Y cuál era la solución de Harrison? El «profeta bellaco» debía ser expulsado de su aldea –que resultaba que estaba dentro de territorio indio–, o debía construirse un fuerte en Wabash, en el extremo superior de los límites de las tierras del Tratado de Fort Wayne, para mantenerlo a raya. Eustis se mostró escéptico, por lo que Harrison invocó imágenes espeluznantes del «artero bribón» Tenskwatawa recolectando «una abundante cosecha de sangre y pillaje en nuestra frontera indefensa». [12]

En Vincennes había quienes veían con humor negro la reticencia de Harrison a aceptar sus responsabilidades. Entre estos, no había nadie más sarcástico que John Badollet, el registrador de la propiedad de la oficina territorial de la zona. Badollet, escrupulosamente honesto pero, si hemos de creer a Harrison, «taciturno y fácil de engañar», dirigía la camarilla contraria a Harrison que criticaba sus poderes, más propios de un procónsul, y su defensa de la esclavitud en el territorio. Badollet admiraba al Profeta shawnee por fomentar la abstinencia y la industria entre su pueblo. Consideraba que las denuncias de Harrison de intrigas británicas no eran más que habladurías en su propio interés, y le dijo a su íntimo amigo el secretario del tesoro Albert Gallatin que el gobernador calumniaba al Profeta para «apagar las protestas de los indios del Wabash contra los recientes tratados y los medios ilegales empleados para imponerlos».

El 18 de junio de 1810, Harrison perdió el control. Convocó a los responsables y a los notables del territorio y les anunció que el Profeta y sus seguidores se disponían a lanzarse en masa contra Vincennes con intención de matarle a él y masacrar a la ciudadanía. «[Harrison] pintó sus temores con vivos colores –recordó Badollet–, y dijo que si no fuera porque temía propagar una alarma excesiva, enviaría de inmediato a su familia a Kentucky y convertiría su casa en un fuerte». Harrison declaró que lo mínimo que podía hacer era llamar a filas a las dos compañías de milicia local para defender la ciudad, pese a que estas eran débiles y estaban mal entrenadas. Badollet y el vicegobernador sugirieron que, en lugar de hacer eso, Harrison enviase al comerciante francés Toussaint Dubois a Villa del Profeta para tantear los ánimos de los indios. Harrison demoró la decisión, pero al fin aceptó.

Que la amenaza era producto de la imaginación de Harrison se hizo evidente una semana más tarde, cuando un colono recién llegado de Villa del Profeta informó a Badollet que la gente del Profeta era pacífica y cortés con sus vecinos estadounidenses. Lejos de afilar sus *tomahawk* y aprestar sus mosquetes, los hombres se dedicaban a construir vallas, orar en comunión con el Gran Espíritu y haraganear mientras sus mujeres cultivaban ochenta hectáreas de maizales. «Este asunto podría tener un final indeseable», añadió el informador de Badollet, pero solo porque los indios creían que Harrison tenía intención de hacerles la guerra. [13]

Toussaint Dubois, además de tantear Villa del Profeta, también se dedicó a engrasar los descuidados engranajes de la diplomacia. Quizá para sorpresa de Harrison, y sin duda para alivio de Dubois, Tenskwatawa dio una cálida acogida al francés. Negó cualquier intención de ir a la guerra y sugirió que tal vez los delawares y otros indios enemigos de su causa habían sido sobornados con *whisky* para acusarle. Dubois insistió en que el Profeta le dijera lo que pensaba de la persona de Harrison, pero este escribió como si Tecumseh le hubiera dictado la respuesta: «A los indios –dijo–, les han engañado y quitado sus tierras, y ninguna venta será válida hasta que sea aprobada por todas las tribus». Tenskwatawa rechazó la sugerencia de Dubois de que fuera a Vincennes y volviera a reunirse con el gobernador: no le habían tratado bien la vez anterior. Al menos esto fue lo que reportó Harrison, quien se apresuró a asegurar al secretario Eustis que la queja del Profeta sobre la venta de tierras no era más que un «mero pretexto» que los emisarios británicos le habían metido en la cabeza. Al parecer, el talento de Harrison para confundir a sus superiores solo era superado por su don para el autoengaño.

Harrison decidió ahora probar una nueva estrategia con el Profeta. Planeó enviar a Villa del Profeta a su intérprete Joseph Barron, amigo de los hermanos shawnees, donde daría un discurso amenazador, aunque suavizado por una invitación a Tenskwatawa para que dirigiera sus quejas directamente al Gran Padre. Su teoría era que un viaje a Washington, en el que vería el vasto poder de los Estados Unidos, impresionaría al Profeta. Como mínimo, le dijo Harrison al secretario Eustis, el viaje permitiría al gobierno conocerle mejor, es decir, si Barron vivía lo suficiente como para leer el discurso de Harrison. El intérprete llegó a Villa del Profeta en la última semana de julio, donde tuvo un recibimiento gélido. Alguien le había dicho a Tenskwatawa que Dubois, al igual que Michel Brouillette, había sido espía, lo cual perjudicó al diplomático *amateur*. En todo caso, el Profeta no estaba ni dispuesto ni interesado en recibir a un nuevo fisgón del gobernador.

Los guerreros llevaron a Barron ante Tenskwatawa con gran ceremonia. Le sentaron frente al Profeta, a una distancia de cuatro metros. Rodeaban al visitante jefes de cada una de las tribus presentes en la aldea. Barron, de complexión delgada y tez amarillenta, sudaba. El tiempo parecía haberse detenido. Tenskwatawa miró en silencio varios minutos al intérprete, sin hacer el menor gesto. Sin que Barron lo supiera, la dominante esposa de Tenskwatawa, Gimewane, la Reina había reunido a las mujeres de la aldea para decidir el destino de Barron y estas habían determinado que debía morir. Con arreglo a los usos de los shawnees, el prisionero tenía la prerrogativa de decidir su destino. Pero Barron era un emisario. Los shawnees estaban ante un dilema. ¿Podrían organizar una solución aceptable para todos? [14]

Tenskwatawa habló al fin. La ira –tal vez exagerada para causar mayor efecto– ensombrecía hasta la última de sus palabras. «¿Con qué propósito has venido aquí? –No le permitió replicar, pues continuó–: Brouillette estuvo aquí; era un espía. Dubois estuvo aquí, era un espía. Y ahora has venido tú. Tú también eres un espía». Señaló un punto cerca de donde se encontraba Barron, y declaró: «¡He ahí tu sepultura! Mírala». En ese mismo instante, Tecumseh se avanzó hacia Barron y se dirigió a él en shawnee frío y formal. Su vida no corría peligro, pero debía informar de inmediato del verdadero propósito de su llegada a Villa del Profeta.

Barron, aterrado pero mostrando un evidente alivio, tradujo el discurso de Harrison. «Por ahora, se ha causado muy escaso daño, pero podría repararse con suma facilidad –comenzó titubeante–. La cadena de la amistad que une a los blancos con los indios podría ser [hecha] más fuerte que nunca». La decisión dependía de

Tenskwatawa. Entonces, el tono del discurso de Harrison se endureció. Le dijo al Profeta que no pensara en resistir la fuerza de los Diecisiete Fuegos, que era como los indios llamaban a los Estados Unidos, ni tan siquiera «una luna». Harrison elogió a los hombres del Profeta, pero toda su pericia guerrera no serviría de nada. «Sé que vuestros guerreros son bravos. Pero los nuestros no lo son menos, ¿y qué pueden hacer un puñado de bravos guerreros contra los guerreros innumerables de los Diecisiete fuegos? Nuestros casacas azules son tan numerosos que no podréis contarlos y nuestros camisas cazadoras [milicias] son como las hojas de los bosques o los granos de las arenas del Wabash». Tenskwatawa comprendía muy bien la verdad que albergaba la metáfora de Harrison. Los guerreros de las tribus más distantes ya habían comenzado a alejarse de Villa del Profeta, camino de sus aldeas para la caza de otoño, un hecho natural que los funcionarios estadounidenses interpretaban, de forma incorrecta, como una prueba de la pérdida de influencia del Profeta. Harrison se burló del principio fundamental de los hermanos shawnees de que todos los indios eran propietarios de la tierra, pero se ofreció a facilitarles un salvoconducto para visitar Washington si el Profeta deseaba presentar sus quejas al Gran Padre. [15]

Tenskwatawa no respondió de inmediato a la carta de Harrison. Es evidente que Tecumseh y él consultaron cuál debía ser la mejor estrategia, pues, cuando Tecumseh invitó a Barron a pasar allí la noche –en parte para garantizar la seguridad del intérprete– tenía mucho que decir acerca de la misiva del gobernador, entre otros muchos temas de gran repercusión. El mayor desafío de Tenskwatawa sería esa noche: explicarle a Gimewane por qué no había matado a Barron.

Tecumseh y Barron conversaron hasta muy avanzada la noche veraniega. Tecumseh aseguró a Barron que no tenía intención de iniciar una guerra, pero no veía forma de que los indios «siguieran siendo amigos» de los Estados Unidos si estos no dejaban de exigir más tierras y aceptaban el principio de que todo el territorio indio que restaba era propiedad común de todos los indios, y que no se vendería ningún fragmento más sin el consentimiento de todos. Tecumseh aleccionó a Barron: «El Gran Espíritu dijo que le dio esta gran isla a sus hijos pieles rojas […] y colocó a los blancos al otro lado de la gran agua. Pero estos no se contentaban con esto, sino que vinieron a por la nuestra. Nos han expulsado del mar a los lagos, y ya no podemos ir más allá». Luego moderó el tono y dijo que la carta de Harrison no le enojaba. Recordó haber visto al gobernador en Troncos Caídos, cuando era un joven ayuda de campo que cabalgaba junto al general

Wayne. Tecumseh dijo a Barron que él «no había perturbado demasiado a la gente blanca» y que no tenía intención de hacerlo, pero ni él, ni el Profeta, irían a Vincennes a ver al gobernador. [16]

Por primera vez desde la batalla de Troncos Caídos, Tecumseh y William Henry Harrison estaban a punto de volver a verse las caras.

CAPÍTULO 14

NINGUNA DIFICULTAD LE DETIENE

El capitán George Floyd y la pequeña guarnición de regulares de un puesto situado más allá de Vincennes llamado Fort Knox, vigilaban atentos la aparición de canoas indias que descendieran el Wabash. Era el domingo 12 de agosto de 1810 y Harrison había ordenado a Floyd esperar la llegada de Tecumseh, que podría traer no menos de treinta capitostes y un centenar de guerreros, pero no para atacar, sino para disfrutar de la comida gratis y de la atmósfera festiva de los grandes consejos. Por fin, aparecieron a la vista ocho canoas pintadas de brillantes y múltiples tonos. Los indios, que remaban sin esfuerzo, las dirigieron hacia la orilla. El capitán Floyd inspeccionó las canoas en busca de armas y descubrió gran número de ellas. A continuación, conoció a Tecumseh. El shawnee miró con firmeza a Floyd; aquel instante quedó grabado a fuego en la memoria del capitán. «El hermano del Profeta –escribiría más tarde–, es quizá el hombre más magnífico que jamás haya visto […] de unos seis pies [1,80 m] de estatura, erguido, con rasgos grandes y bellos […] en conjunto, un tipo con una planta audaz y osada». Tras la inspección, Tecumseh y sus hombres remaron hasta las afueras de Vincennes, donde desembarcaron y establecieron su campamento. El consejo daría inicio a la mañana siguiente.

Joseph Barron había presentado un informe completo al gobernador Harrison de su aventura en Villa del Profeta. Del reporte de Harrison puede deducirse que Tecumseh, con su sobrio comentario, había impresionado al intérprete de forma mucho más favorable que Tenskwatawa con sus amenazas histriónicas. El 6 de agosto, el gobernador informó al secretario Eustis: «El hermano del Profeta estará aquí dentro de unos días […] en verdad, él es el hombre eficiente […] el Moisés de la familia […] un hombre audaz, activo, inteligente, en extremo audaz y capaz de cualquier empresa». Barron también promocionó las virtudes de Tecumseh a oídos del editor del *Vincennes Western Sun*, al que dijo que «el hermano del Profeta» era el «personaje más eficiente» de los indios de Villa del Profeta. El artículo

del *Western Sun* llevó a la imprenta la tercera aparición de Tecumseh, aun cuando le presentaba, sin nombrarlo, como el capaz subalterno de Tenskwatawa. [1]

Harrison, ya antes de tener noticias de Barron, había descartado el plan del Profeta de una confederación general contra la invasión estadounidense, que consideraba «marchito». Pero ahora se daba cuenta de que con Tecumseh no se enfrentaba a un esbirro británico, sino a un hombre excepcional que sabía lo que quería y que se ceñiría a sus ideas. [2]

❖

Harrison estaba orgulloso, con justicia, de su residencia Grouseland. Ninguna otra casa del Territorio de Indiana se podía comparar ni en tamaño ni en esplendor. La residencia de dos plantas, ladrillo rojo y estilo federal, estaba engalanada por dieciocho grandes ventanas con postigos. El techo estaba cubierto de placas de cobre nuevas y relucientes. El pórtico de color blanco, acentuado con cuatro grandes columnatas que sostenían un balcón de igual exquisitez, había sido equipado con sillas para el consejo con Tecumseh. Esperaban su llegada los jueces del tribunal supremo del territorio, además de varios intérpretes, entre los que se incluían Joseph Barron y Stephen Ruddell, un grupo de oficiales del ejército y un destacamento de trece soldados de Fort Knox. En los jardines de los alrededores de Grouseland, podados con gran esmero, se apelotonaban trescientos parroquianos que esperaban ver al jefe shawnee y a su séquito.

La mañana del 13 de agosto, a la hora fijada, Tecumseh se dirigió al pórtico junto a cuarenta guerreros. Uno de los guardias de Harrison calculó que medía 183 centímetros, con grandes rasgos, una frente alta y despejada, y «un aspecto de nobleza y dignidad». Tecumseh se detuvo a veinticinco metros de los escalones. Joseph Barron invitó a los indios a tomar asiento en el pórtico, pero Tecumseh se mostró reacio: el lugar no le parecía apropiado. Prefería una arboleda cercana, poblada de árboles que daban sombra. Harrison consintió y se llevaron sillas y bancos desde el pórtico al bosquecillo. Barron, señaló una silla y le dijo a Tecumseh: «Vuestro padre, el general Harrison, os ofrece asiento». El shawnee fingió indignación. Conocía las costumbres blancas, pero tenía la intención de que el consejo se celebrase a la usanza india, con lo que añadió al rechazo una sutil reprimenda: «¿Mi padre me invita a tomar asiento? El sol es mi padre, y la tierra mi madre, y reposaré en su regazo». En la frase de Tecumseh había algo más que un mero recurso retórico: los shawnees consideraban al sol la esencia del paternal Señor de la Vida, y a la

tierra la consideraban madre de la vida. Harrison pasó por alto lo que la mayoría de los blancos hubieran considerado un desaire. Así pues, Tecumseh y sus hombres se sentaron con las piernas cruzadas en la hierba, de cara a Harrison y a la muchedumbre de estadounidenses. El jefe potawatomi Winamac, signatario del tratado, se acuclilló junto a Harrison; en sus brazos sostenía un par de pistolas que el gobernador le había dado unos días antes. Winamac las necesitaba, le dijo Harrison, para guardarse de ser asesinado por los guerreros de Tecumseh. También estaban presentes varios jefes wea, al parecer para dar apoyo retórico a Harrison. Pero lo cierto es que la mera presencia de Tecumseh les acobardaba. [3]

El shawnee dio inicio al consejo. Enumeró con pasión los yerros estadounidenses contra su pueblo, advirtió de las consecuencias de futuros agravios y afirmó sin contemplaciones su propósito y el del Profeta. Gesticulaba con frecuencia y remarcaba sus palabras con lenguaje de signos en atención a los indios que no hablasen shawnee, como el timorato Winamac, y con aparente ferocidad. Los testigos presenciales blancos, inquietos –ignoraban el significado de los gestos–, calificaron el discurso de Tecumseh de «arenga». Este siguió con su plática al tiempo que gesticulaba con rapidez, para explicar lo que se esperaba que dijera: su intención, y la de Tenskwatawa, era unir a los indios para detener la invasión estadounidense. La política de dividir y conquistar debía cesar. «Con vuestras distinciones entre indios, a los que atribuís a cada uno una parcela concreta de tierra, queréis que vayan a la guerra unos a otros –se quejó Tecumseh–. Estáis siempre expulsando a la gente de piel roja, hasta que les arrojéis a los Grandes Lagos, donde no podrán permanecer ni trabajar».

Tecumseh tenía mucho que decir acerca del Tratado de Fort Wayne. Consideraba que Harrison había actuado en contra de la oposición de la mitad de los habitantes estadounidenses de Indiana. Numerosos blancos les habían dicho a los informadores de Tecumseh que ya tenían tierras en abundancia. Este sabía que tal cosa era cierta, pues había enviado a algunos de sus guerreros a explorar los asentamientos y habían visto que buena parte del territorio en torno al río Ohio estaba vacío.

La ira de Tecumseh creció a medida que fue enumerando los yerros infligidos a los indios, desde la masacre de Gnadenhutten y el asesinato de Tallo de Maíz hasta el presente. Gesticuló y frunció el ceño a Harrison, Winamac y a todo aquel que les había causado perjuicio a él y a su pueblo. Para Tecumseh, fue un momento de catarsis. Dejó de aparentar ser el altavoz del Profeta. Con este discurso, Tecumseh habló con el corazón y dio lo mejor de sí mismo.

Proclamó su autoridad sobre los indios de un modo que habría hecho temblar incluso al ambicioso Pontiac. Tecumseh no quería la guerra con los estadounidenses, pero se vengaría de los jefes pacifistas si era necesario. «Ahora, deseo que me escuche –le dijo a Harrison–. Si no lo hace, parecerá como si quisiera que mate a todos los jefes que os vendieron esta tierra. Os digo esto porque he sido autorizado por todas las tribus para decirlo. Soy el jefe de todos ellos. Soy un guerrero y todos los guerreros se reunirán dentro de dos o tres lunas. Entonces, haré venir a los jefes que os vendieron la tierra, y yo sabré qué hacer con ellos. Si no nos devolvéis la tierra, seréis en parte responsables de su muerte». Los guerreros habían derribado a los jefes. La tradición de respetar a los ancianos había sido anulada. Emergía un nuevo orden: era pragmático y político. El orden moral de Tenskwatawa, dado por la divinidad, pasaría a segundo plano. Tecumseh siguió hablando. Sus amenazas contra los jefes firmantes del tratado eran bravuconadas, pero su desprecio por Winamac no conocía límites. Tecumseh le ridiculizó sin misericordia: «un torrente de improperios» según Harrison. Winamac, tembloso, cargó sus pistolas. [4]

El gobernador se alzó: su discurso escupió desprecio hacia Tecumseh. Si los indios eran un solo pueblo, se preguntó, ¿por qué no hablaban la misma lengua? Para ir a la cuestión, los estadounidenses sabían que los miamis eran los legítimos propietarios del territorio del Wabash y los shawnees eran meros intrusos. Harrison se sentó y Ruddell comenzó a traducir. De repente, Tecumseh le interrumpió: comprendía suficiente inglés como para captar la esencia de la reprimenda de Harrison, aunque no entendiera todas sus palabras. Ruddell se detuvo y Tecumseh, todavía sentado, estalló. Hablando en shawnee, llamó a Harrison embustero y ladrón de tierras. El vicegobernador John Gibson, que comprendía el shawnee, gritó a un oficial de milicias: «¡Esa gente viene con malas intenciones! ¡Será mejor que traiga a la guardia!». [5]

En ese instante, Tecumseh se puso en pie de un salto; todos sus guerreros se levantaron como un solo hombre. Blandían sus *tomahawk*-pipa y sus mazas de guerra y miraban de hito en hito al gobernador. Harrison trató de ponerse en pie, pero se enganchó la vaina de la espada en el reposabrazos de la silla. Se desenredó y desenvainó. El capitán Floyd sacó un puñal. Winamac amartilló sus pistolas. Los civiles abatieron los postes de una endeble valla. Un ministro metodista empuñó un mosquete y corrió a la puerta principal de Grouseland a defender a la familia del gobernador. La guardia formó en línea y apuntó sus mosquetes. Después de eso, nadie pronunció una

palabra ni se movió. Con lentitud, Harrison alzó el brazo izquierdo y ordenó apartarse a los soldados. Tecumseh y sus guerreros volvieron a sentarse. Harrison reemprendió su parlamento. Tecumseh había demostrado ser «un hombre malvado» por lo que Harrison debía extinguir el fuego del consejo. Dado que Tecumseh había acudido a Vincennes bajo la protección del fuego del consejo, podría partir en paz. Pero Harrison ya no quería tener más tratos con él. Tecumseh y los indios se marcharon y remaron de regreso a su campamento. Tras la puesta de sol, Harrison movilizó la milicia de Vincennes y ordenó que regresaran del campo dos compañías de milicias.

La actuación de Harrison provocó el disgusto de John Badollet. Esa noche, escribió al secretario Gallatin para que urgiera a la administración Madison a que estudiase con detenimiento el Tratado de Fort Wayne y «tratar bien, y no exasperar [a Tecumseh], pues lo único que quieren los indios es un buen trato para tener una disposición favorable hacia los Estados Unidos». [6]

Tecumseh tenía en la garganta un regusto de sangre y bilis. Cerca del campamento indio se encontraba la casa solitaria de una pareja de pioneros. El hombre no estaba en la casa. Tecumseh y varios guerreros saltaron de las canoas y acecharon la frágil cabaña de tablones. La esposa del colono ausente los vio, y, aterrorizada, les cerró la puerta. Tecumseh la aporreó mientras exclamaba: «¡Si no fueras una mujer…!». A la mañana siguiente, Tecumseh se había calmado lo suficiente como para enviar a Harrison una disculpa y pedirle que volviera a convocar el consejo. [7]

Cuando este volvió a reunirse, Tecumseh se mostró calmado pero firme. Al día siguiente, recibió cortés en su campo a Harrison y a Barron para un parlamento en privado. En ambas instancias, su mensaje fue el mismo: que solo haría la guerra si los Estados Unidos no abrogaban el Tratado de Fort Wayne. Harrison prometió comunicar las condiciones de Tecumseh al Gran Padre, pero le advirtió que no esperase que Madison las aceptase. «Bien –replicó Tecumseh–, si es el Gran [Padre] quien ha de determinar la cuestión, espero que el Gran Espíritu le infunda suficiente sentido común para hacer que os ordene abandonar esta tierra. Es cierto que, estando tan lejos, no será herido por la guerra. Podría quedarse en su aldea bebiendo vino, mientras usted y yo tenemos que combatirla».

Harrison hizo a Tecumseh una pregunta directa. En caso de guerra, ¿se abstendría de masacrar mujeres y niños y de asesinar a soldados heridos o prisioneros? Tecumseh aceptó; respetaría las reglas de guerra del hombre blanco. Esto impresionó a Harrison. «Tecumseh –concluyó–, tiene mucha más integridad que ningún otro de los jefes

que [han] alcanzado igual distinción». [8]

Las feroces palabras del consejo no volaron más allá de Grouseland. No llegó ningún ataque de Villa del Profeta. De todos modos, el gobernador Harrison tampoco esperaba ninguno. Demasiados guerreros de tribus distantes habían vuelto a sus aldeas para la caza de otoño. Tecumseh también era consciente de que carecía de la fuerza necesaria para respaldar sus amenazas. La herida sufrida por Main Poc en batalla contra los osages era especialmente inquietante. Sin su liderazgo, vacilaría el apoyo de los potawatomis de Illinois a la causa de los hermanos shawnees, que cada vez más llevaba la imprenta de Tecumseh.

A finales de agosto, Tecumseh partió de Villa del Profeta para consolidar la alianza del oeste y quizá reclutar nuevos miembros antes de que las nieves invernales dejasen caer su telón tempestuoso sobre la diplomacia intertribal. No se sabe a ciencia cierta hasta qué punto Tenskwatawa influía en los designios de su hermano. Pero Tenskwatawa estaba anclado a su aldea. Tal vez su imperiosa mujer, Gimewane, le obligaba a quedarse en casa. Pero lo más probable es que Tenskwatawa considerase que debía permanecer en Villa del Profeta para mantener encendida la llama de los fuegos sagrados y la fe de sus seguidores. Tecumseh, por su parte, no tenía ataduras. Sería él quien llevase lejos el mensaje, un llamamiento a la unidad que era ahora tan político como espiritual.

El Territorio de Illinois rebosaba de belleza, la suficiente como para conmover el alma de un indio itinerante. Aquí los bosques profundos y tenebrosos de la región de Tecumseh dejaban paso a vastas praderas entretejidas de grandes ríos, como si se tratase de telas de araña. Rebaños de bisontes las recorrían. El maíz indio crecía alto y fuerte. En los cauces de los ríos, anchos y muy boscosos, abundaban los venados. Al norte del río Sangamon, los indios dominaban el territorio. La única presencia estadounidense era el puesto comercial de John Kinzie y Fort Dearborn, en el río Chicago, en torno al cual se agrupaban un puñado de colonos.

Shabbona, un ottawa corpulento de treinta y cinco años de edad, estaba contento con la vida que llevaba en el norte de Illinois. Se había casado bien: su esposa era la hija de un jefe de aldea potawatomi. Cuando su suegro murió, Shabbona le sucedió. Remontó con su banda el río Fox y se estableció en un punto situado a uno o dos días a caballo al oeste de Fort Dearborn. Una cálida y soleada tarde de septiembre de 1810, mientras Shabbona y sus amigos se

dedicaban a patear una pelota de cuero por la tierra del campo de juego de la aldea, Tecumseh y tres de sus guerreros principales entraron en el poblado a lomos de excelentes potros negros ligeramente cubiertos de polvo. Shabbona, anfitrión sociable y hospitalario, ordenó que matasen un perro y lo sirvieran en un festín en honor de Tecumseh. Este no se apresuró a anunciar su mensaje. Cantó y danzó toda la noche junto a su anfitrión. Al día siguiente se dirigió al consejo de la aldea, donde logró ganarse a Shabbona. Juntos recorrerían las aldeas potawatomis del río Illinois. Mas el entusiasmo de Shabbona por la alianza panindia de los hermanos no era contagiosa. El llamamiento de Tecumseh no causó efecto alguno entre los potawatomis leales a Main Poc.

Tecumseh se dirigió aún más al norte y se adentró en lo que hoy es Wisconsin. En compañía de sus tres guerreros y de Shabbona, visitó las aldeas de los menominis cercanas a Green Bay. Allí, Tecumseh volvió a sufrir un revés. Reunido en consejo con el poderoso jefe Tometah y sus guerreros, Tecumseh habló con vehemencia de una victoria segura si los estadounidenses provocaban una guerra, citando sus triunfos personales como otros tantos augurios: los enemigos que había matado, las cabelleras que había capturado, la derrota de los kentuckianos de Kenton. Tometah le felicitó con educación por sus triunfos. Pero, acto seguido, alzó los brazos y exclamó: «¡Pero yo me jacto de que estas manos no están manchadas de sangre humana!». Esto rompió el hechizo que Tecumseh ejercía sobre los jóvenes guerreros. Tometah prosiguió, ahora más calmado. Aunque reconocía la injusticia de la invasión estadounidense de las tierras indias, no veía qué podía ganar con tal conflicto. Si sus jóvenes deseaban abandonar sus cazaderos vírgenes para unirse a Tecumseh en una misión imposible, eran libres de hacerlo. Pero nadie lo hizo. Shabbona se separó de Tecumseh en el río Rock, en el noroeste de Illinois, donde el shawnee fue recibido con escaso entusiasmo por los sauk. Shabbona regresó a su aldea, no sin antes prometer que visitaría Villa del Profeta con la llegada de la primavera. [9]

Ante el desastroso resultado de su misión de reclutamiento, Tecumseh decidió ir con los shawnees del oeste. Tal vez podría ganarse a algunos. O, al menos, renovaría sus lazos de parentesco. Habían pasado casi dos décadas desde que se había aventurado al otro lado del Misisipi con Cheeseekau y se había planteado establecer su hogar entre los shawnees emigrados. Es posible que su madre hubiera muerto; no existe ningún dato fidedigno de la última parte de su vida. En todo caso, Tecumseh encontró a los shawnees del Misuri inmersos en problemas. Sus aldeas disponían de confortables casas de troncos,

establos y graneros sólidos, y una admirable cantidad de ganado. Las relaciones con el vecino asentamiento estadounidense eran amistosas. Pero tenían lugar sucesos amenazadores. La caza comenzaba a escasear. Estaban llegando a sus tierras rufianes de la frontera que se dedicaban a la venta de *whisky* y al robo de caballos. Los responsables del gobierno compartían sus preocupaciones, pero hasta cierto punto. «En verdad», decía el reporte de un agente del gobierno, los shawnees «tenían la reputación de ser los [indios] más acaudalados del territorio, pero son debilitados y sumidos en el libertinaje […] por las bebidas alcohólicas». El agente podría haber añadido también que los indios estaban histéricos a causa de una supuesta oleada de hechicería. Esta no la inspiraba Tenskwatawa, sino el tradicional temor shawnee a los brujos y la potenciaba la posible guerra con los osages. Los shawnees habían matado ya a tres miembros de la tribu, a los que acusaban de transformarse en bestias para atormentar a su pueblo. Tecumseh, consternado, empleó su influencia considerable para acabar con las cazas de brujas. Pero los shawnees hicieron oídos sordos a sus argumentos en contra de combatir a los osages, y tampoco pudo convencer a ningún guerrero para que volviera al este con él.

Tecumseh retornó a casa con las manos vacías. La construcción de alianzas era, como mínimo, una empresa lenta. [10]

❖

En el otoño de 1810 el valle del Wabash disfrutaba de una tranquilidad que Tenskwatawa no tenía intención de perturbar. Los winnebagos y kickapoos, cuya lealtad se mantenía intacta, habían partido para la cacería de otoño. Las mujeres de Villa del Profeta cosecharon suficiente maíz y calabazas para alimentar a los trescientos aldeanos hasta la primavera. Michel Brouillette llegó, a mediados de octubre, con una carta conciliadora de Harrison. El buen ánimo de Tenskwatawa le fue de gran ayuda. Apenas cuatro meses antes, Tecumseh le había expulsado por espía y ahora Tenskwatawa le abrazaba como si fuera un viejo amigo. El Profeta se declaró complacido por el mensaje de Harrison, pero dejó claro que resistirían a cualquier intento de mensurar las tierras del Tratado de Fort Wayne. Con su característica bravuconería, Tenskwatawa se jactó del gran número de guerreros que comandaba, aunque fuera desde lejos. [11]

Los hermanos shawnees continuaron con sus maniobras diplomáticas contra los gobernadores territoriales. En septiembre, el gobernador del Territorio de Míchigan, William Hull, convocó en Brownstown un consejo intertribal para entregar regalos y calibrar

lealtades. La misión parecía muy fácil. Acudieron no menos de dos mil indios. Los jefes –los más destacados eran Tarhe, Pequeña Tortuga y Pezuña Negra– se oponían a los hermanos shawnees, pero sus jóvenes guerreros tenían sentimientos encontrados. Para ganárselos, Hull invitó a Chaqueta Roja (Red Jacket) jefe iroqués renombrado por su oratoria, a que dedicase un día a proclamar la benevolencia del Gran Padre estadounidense y los males que esperaban a aquellos que siguieran la senda retorcida de Tenskwatawa.

A Chaqueta Roja no solo le escucharon los indios presentes, sino que también lo hicieron los estadounidenses: tal era su importancia, y la inquietud que les inspiraba el Profeta shawnee. Chaqueta Roja habló como si el Gran Padre le hubiera preparado las palabras, y los diarios de toda la nación publicaron su discurso. Chaqueta Roja no consideraba que Tecumseh mereciera una mención, pero se tomó grandes molestias para desacreditar a Tenskwatawa. El Profeta shawnee, afirmó Chaqueta Roja, no tenía otro objetivo «que su interés personal y satisfacer su ambición, y que este buscaba destruir la autoridad de los jefes ancianos, tomar el poder para sí, y basarse en el apoyo de jóvenes guerreros desconsiderados». Pero, los jóvenes, debían «unirse contra él y escuchar el consejo de sus ancianos jefes» y ayudarle a «impedir la interferencia [del Profeta] en otras naciones y su perniciosa influencia».

Los jefes reunidos, a petición del gobernador Hull, advirtieron a Tenskwatawa que no subvirtiera su autoridad. Si el Profeta deseaba vivir separado de los otros indios, no tenían objeción alguna. Pero declararon: «No debes invitar a otras naciones. Estamos dispuestos a olvidar lo que ya ha pasado, siempre y cuando no vuelva a repetirse lo mismo en el futuro». [12]

El viento se llevaría sus palabras. Tenskwatawa no fue el único que las ignoró; también lo hicieron los jóvenes guerreros. Al menos tal fue la conclusión de Matthew Elliott, quien había cruzado el río Detroit desde Amherstburg para hablar con informadores indios, entre los que se incluían muchos de los mismos jefes a los que Hull había agasajado. De sus comentarios, Elliott concluyó que los guerreros estaban creciéndose. Estos «ya se daban cuenta de que sus intereses están siendo pisoteados por sus vecinos, [y] así lo afirman en público». [13]

En Fort Wayne, mientras tanto, el agente indio John Johnston comenzaba a tener problemas con las hasta entonces acomodaticias tribus del tratado. A comienzos de octubre se reunió con 1779 potawatomis, delawares, shawnees y miamis para distribuir los pagos de anualidades, la mayoría compensaciones por el Tratado de Fort Wayne de 1809. Los shawnees de Pezuña Negra y los potawatomis

orientales, que en conjunto sumaban más de la mitad de los indios presentes, estaban ansiosos por recibir su paga. Pero una gran proporción de miamis, que habían caído bajo la influencia de un jefe radical llamado Pacan, despreciaron las anualidades. Estos sostenían que habían firmado el Tratado de Fort Wayne «con un *tomahawk* pendiendo sobre sus cuellos». Si los Cuchillos Largos trataban de ocupar la región, los miamis pelearían. Johnston estaba entre la espada y la pared. Había hostigado tanto a Pequeña Tortuga y a William Wells que estos no querían tratar más con él. En consecuencia, ya solo podía recurrir a amenazar con utilizar los soldados para imponer el cumplimiento del tratado. Johnston, rabiando de frustración, acusó a Pacan de ser un peón del Profeta shawnee, cuya «insolencia» había agotado la paciencia del Gran Padre. Una vez se marcharon los disidentes, Johnston distribuyó las anualidades entre los potawatomis orientales y los shawnees de Pezuña Negra. A continuación, se cubrió las espaldas con la administración de Washington. En su informe oficial ocultó la posibilidad de que los miamis pudieran unirse al Profeta y calificó la conferencia de «altamente satisfactoria». Ni Tenskwatawa ni Tecumseh habían osado acudir, pero habían enviado a dos emisarios para animar a los revoltosos. [14]

Las disputas entre los miamis supusieron una victoria diplomática para los hermanos shawnees. No obstante, estos hicieron algo más que limitarse a sabotear a distancia el consejo de Johnston. Después de que Tecumseh regresara del Territorio de Illinois, los dos hermanos cooperaron para dificultar las iniciativas estadounidenses y reunir apoyo británico. Tenskwatawa envió el gran cinturón *wampum* –que los wyandot de Míchigan, tal vez temerosos de que el Tratado de Fort Wayne indicase maquinaciones similares del gobernador Hull, habían prestado a los hermanos shawnees– a las tribus de Illinois que se habían mostrado refractarias a las proposiciones de Tecumseh. El objeto sagrado obró el efecto deseado. Los agentes indios, inquietos, reportaron que los sauk y los winnebagos no se limitaron a dar la bienvenida a los enviados del Profeta, sino que «solo respiraban guerra contra los Estados Unidos». El Tratado de Fort Wayne proyectaba sobre el territorio indio una sombra siniestra mucho más profunda de lo que Harrison había imaginado posible cuando se planteó arrebatar esas tierras. [15]

En noviembre de 1810, tras haber logrado ganar nuevos seguidores indios, Tecumseh envió un contingente de guerreros de Villa del Profeta a Amherstburg para sondear a los casacas rojas. El primer asunto que tuvieron que tratar fue lúgubre. Frederick Fisher,

comerciante indio y agente británico a tiempo parcial, había fallecido de forma inesperada el 12 de noviembre. Tres días más tarde se celebró una reunión de dos mil jefes y guerreros del norte y del oeste, algunos de los cuales habían acudido a la conferencia de Hull. En esta reunión, Tecumseh tuvo un papel protagonista. Allí tuvo la audiencia más grande que jamás había tenido y lo aprovechó al máximo.

En primer lugar, Tecumseh ofreció a Matthew Elliott cantidades prodigiosas de *wampum* blanco para expresar su dolor por el fallecimiento de Fisher. Acto seguido, sollozó. Luego, Tecumseh desenvolvió el gran cinturón *wampum*, con su dibujo que mostraba una mano británica en un extremo, una mano india en el otro, y un corazón en el centro, para que todos pudieran verlo. Afirmó que la confederación del Profeta era lo bastante fuerte como para defenderse sola. También declaró que había llegado a su fin la influencia de los jefes signatarios del tratado, muchos de los cuales estaban presentes. «Nosotros, los guerreros, dirigiremos a partir de ahora los asuntos de nuestra nación –proclamó Tecumseh–, y estamos en la frontera, o cerca de ella, donde comenzará la lid». Los indios no tenían necesidad de tropas británicas; solo necesitaban pólvora, balas, armas y provisiones. Y, entonces, Tecumseh dejó caer una teatral bomba diplomática. Tenía intención de expandir la alianza con una visita a «Mediodía» –es decir, las tierras de cuatro poderosas tribus del sur del río Ohio, los choctaws, cheroquis, chickasaws y creek–, visita que emprendería en 1811.

Una vez se calmó el alboroto provocado por el anuncio de Tecumseh, Elliott entregó regalos en abundancia entre el grupo del jefe shawnee. Prometió armas y municiones, pero, «en consideración a la seguridad, confort y felicidad del pueblo indio» advirtió a Tecumseh que no debía hacer la guerra. En otras palabras: Gran Bretaña no deseaba verse arrastrada a una confrontación con los Estados Unidos. Tres meses más tarde, el gobernador general Craig convirtió el consejo de Elliott en su política oficial. Los agentes indios deberían disuadir a los indios de emprender hostilidades, pero también deberían hacerles llegar la preocupación británica por sus intereses. **[16]**

Los hermanos shawnees debieron tomar en serio las palabras de Elliott, cautas pero discordantes, pues el invierno de 1810-1811, así como los comienzos de la primavera de 1811, transcurrieron sin incidentes. Los mensajeros del Profeta retomaron su labor de proselitismo entre las tribus septentrionales, en particular entre los menominis, que continuaron resistiéndose a sus llamamientos. Por su parte, el gobernador Harrison trazó planes para mensurar las tierras del Tratado de Fort Wayne cuando se fundieran las nieves y se secasen

los senderos, a pesar de que los pacíficos weas le habían advertido que se mantuviera alejado. El hombre que veía al ogro británico detrás de toda acción india adversa a los intereses estadounidenses estaba a punto de poner a prueba la sinceridad de la promesa de los hermanos shawnees y del jefe miami Pacan de expulsar a los equipos de agrimensores. Harrison estaba demasiado imbuido de su odio a todo lo británico y demasiado convencido de que controlaba a los hermanos shawnees como para plantearse que el hambre estadounidense de tierras habría bastado para provocar una guerra con los indios. [17]

Había una circunstancia más amenazadora para el futuro de los indios que los gestos de Harrison: el constante crecimiento de la población blanca del noroeste. En enero de 1811, los habitantes blancos del Territorio de Indiana alcanzaron los 25 000, mientras que los del estado de Ohio sumaban 227 843. Los ciudadanos de Ohio estaban entusiasmados. Como se jactaba un funcionario del estado: «Para que una persona se asombre, basta con pensar que todo este país era una selva boscosa apenas doce o quince años atrás, y que ahora esta persona recorra nuestro estado y se detenga a observar las granjas, los edificios del campo [y] las localidades populosas y florecientes […] bien puede decirse que "el bosque florece como una rosa"».

En 1811 la doctrina de los hermanos shawnees también floreció en el «bosque» del hombre blanco, pero como una rosa erizada de espinas de acero, presta a repeler a los invasores. [18]

❖

Los weas fueron la primera espina que aplicó un pinchazo. A comienzos de junio, sus guerreros detuvieron por poco tiempo a dos agrimensores que habían comenzado a delimitar las fronteras del Tratado de Fort Wayne, asustando de tal modo al agrimensor jefe que este y su equipo partieron a toda prisa hacia Cincinnati, la única comunidad de importancia al norte del río Ohio y al oeste de Pittsburgh. Harrison consideró que se había exagerado el incidente, que la causa real era que los agrimensores no querían hacer su trabajo, más que a la hostilidad de los weas. A pesar de que sospechaba del Profeta, la mesurada respuesta de Harrison demuestra que todavía los veía como sus semejantes. «Desearía poder afirmar que los indios son tratados con justicia y propiedad en todas las ocasiones por nuestros ciudadanos, pero esto no es así en absoluto –le escribió en junio de 1811 al secretario Eustis–. A menudo se les insulta y maltrata, y muy raras veces obtienen satisfacción por yerros en su mayoría no provocados». Pero, por otra parte, Harrison no quería

saber nada de la banda potawatomi de Main Poc. Y a los hermanos shawnees tampoco les preocupaba la inconsistencia del jefe convaleciente. A pesar de que insistían en que se contuviera, al menos hasta que Tenskwatawa consolidase apoyos entre las tribus de los Grandes Lagos y de Illinois occidental y Tecumseh emprendiera el viaje previsto al sur, Main Poc envió partidas guerreras a atacar los asentamientos aislados. Perecieron algunos civiles del Territorio de Illinois, y corrían por la frontera rumores de un alzamiento general indio. Unos indios aliados advirtieron al gobernador William Clark del Territorio de Luisiana (el mismo Clark de la expedición de Lewis y Clark[*9]) que el Profeta había declarado que «se acerca el momento de que comience la matanza, y todos los indios que no se unan a nosotros han de morir junto a los blancos».

Esto era un sinsentido, y Harrison así lo consideró. Pero no albergaba ninguna duda de que «se acerca una crisis con este sujeto [Tenskwatawa]». Fuentes en apariencia fiables informaban de que el Profeta tenía intención de marchar contra Vincennes si los estadounidenses no anulaban el Tratado de Fort Wayne, lo cual no era más que una fanfarronada del Profeta. Tecumseh medía sus palabras con mucho más cuidado. Le dijo a William Wells que resistiría la invasión estadounidense, pero que no lanzaría una guerra ofensiva. Pero no le cabía ninguna duda de que los estadounidenses intentarían nuevos avances.

Es incuestionable que, hacia el verano de 1811, los hermanos shawnees consideraban inevitable una guerra con los Estados Unidos pues ni uno ni otro esperaba que los estadounidenses fueran a renunciar al Tratado de Fort Wayne. Tenskwatawa prometía a los guerreros que llegaban a Villa del Profeta en peregrinación armada anual una «rica cosecha de cabelleras». Los británicos, aseguraba a los guerreros, les suministrarían las armas, municiones y provisiones necesarias para combatir. Pero los hermanos shawnees urgieron a los guerreros que esperasen hasta que ellos determinasen el momento más propicio, pues solo un ataque bien coordinado derrotaría a los Cuchillos Largos. Para Tecumseh, esto significaba atraer a la alianza a las tribus sureñas (creek, cheroquis, choctaw y chickasaw).[19]

Las tácticas de los hermanos shawnees diferían mucho entre sí. Tecumseh desempeñaba el papel de diplomático, y el respeto de Harrison hacia él creció en consonancia. Tenskwatawa, por su parte, se dedicaba a hostigar y jactarse, mofándose de Harrison con palabras y gestos provocativos. En junio de 1811, fue demasiado lejos.

Había llegado el momento de la entrega de la anualidad de sal, que Tecumseh había rechazado el año anterior. Por el Wabash vino una

piragua cargada de sal para los weas, los shawnees de Wapakoneta, los kickapoos, los potawatomis orientales y los miamis. Los weas recibieron su parte sin incidencias. Pero, cuando la embarcación llegó ante Villa del Profeta, Tenskwatawa confiscó el resto del cargamento. El Profeta, socarrón, le dijo a la tripulación que pidieran al gobernador que «no se enfadara porque tomase la sal, pero el año pasado no había recibido ninguna y tenía a más de dos mil hombres que alimentar».

Tecumseh no estaba allí para acallar a su embustero hermano pequeño (Tenskwatawa, como observó el capitán de la piragua, no tenía más de un centenar de guerreros) porque había emprendido una visita, primero a Wapakoneta, donde volvió a ser rechazado, y luego a los potawatomis y a los ottawas del Territorio de Míchigan, desde donde Harrison esperaba que Tecumseh retornase con una horda de guerreros.

Harrison no sabía a qué atenerse y corría grave peligro de iniciar una guerra con el Profeta en aquel momento y lugar. «En verdad, no sé cómo proceder –le confesó al secretario Eustis el 19 de junio–. No me parece adecuado quedarme quieto y permitir a ese bellaco venir a la ciudad con seiscientos u ochocientos hombres sin tener una fuerza adecuada con la que hacerle frente, pero no me cabe duda de que vendrá, del mismo modo que estoy convencido de sus malas intenciones». Con los milicianos trabajando los campos y nada predispuestos a abandonar sus familias para combatir lejos de casa, Harrison pensaba que no podría reunir suficientes soldados para repeler el asalto contra Vincennes que estaba convencido de que llegaría. En consecuencia, «temporizaría» con los hermanos shawnees hasta que recibiera órdenes de Eustis, lo cual podía requerir más de un mes. Harrison también solicitó el envío del 4.º Regimiento de Infantería de los Estados Unidos, por aquel entonces en Pittsburgh, y concluyó con una franca confesión de sus deseos, pues escribió: «Estoy tan satisfecho con sus intenciones [las del Profeta] que si tuviera autoridad para decidir al respecto, le atacaría durante su marcha hacia aquí con todos los efectivos que pudiera reunir». **[20]**

MAPA 5: LOS ESTADOS UNIDOS EN 1811

Por el momento, Harrison se contuvo. El 24 de junio envió al capitán de milicias Walter Wilson a Villa del Profeta con un intérprete y un mensaje. La misiva, escrita en términos inequívocos, pero, en general, conciliatorios para el Profeta shawnee y Tecumseh, trataba sobre «asuntos de importancia» tanto para blancos como para indios. Harrison exigía la restitución de las anualidades de sal robadas por el Profeta. «Hermanos –advertía el gobernador–, yo pertenezco al fuego de los Cuchillos Largos; tan pronto como escuchen mi voz, veréis llover enjambres de hombres en cazadora [milicias], tan numerosos como los mosquitos de las orillas del Wabash. Hermanos, cuidaos de sus picotazos». Pero, añadió Harrison, no daría esa orden, pues prefería vivir en paz con «hombres bravos» como los hermanos shawnees. Si lo deseaban, él podría comunicar sus agravios por las compras de tierras al presidente u organizarles un viaje a Washington para una audiencia personal con el Gran Padre.

En el momento de la llegada del capitán Wilson, Tecumseh ya había regresado. Sus palabras fueron breves pero conciliatorias, sin ninguna de las divagaciones características de los pronunciamientos vanos de Tenskwatawa. Tecumseh sentía que los colonos estuvieran alarmados por las «malas historias» que circulaban, e iría a Vincennes en dieciocho días para ver a Harrison, momento en el cual «todo se arreglaría en paz y felicidad». O, al menos, podría haber agregado Tecumseh hasta que pudiera forjar una alianza con las tribus del sur, de haber hablado con total sinceridad. [21]

Harrison esperó la llegada de Tecumseh con una mezcla de

admiración y aprehensión. «Tecumseh ha tomado como modelo al celebrado Pontiac, y estoy convencido de que supera en todos los aspectos a tan afamado guerrero», escribió a Eustis. Harrison y la gente de Vincennes estaban hechizados por la noticia de que cincuenta y tres canoas, cada una de ellas con dos o tres guerreros, descendían por el Wabash desde Villa del Profeta. «Si el objetivo de [Tecumseh] es comenzar sorprendiendo este lugar, no es posible elegir una situación más favorable que aquella que ocupa» comentó Harrison alarmado después de que Tecumseh acampase a menos de treinta kilómetros de la capital. «Está lo bastante apartado como para escapar a nuestra observación, pero tan cerca que podría atacarnos cuando crezcan las aguas». [22]

MAPA 6: EL PAÉS DE LOS HERMANOS SHAWNEES, 1811

Pero Tecumseh había venido a hablar. Y, dado que no venía a

arrasar Vincennes, descendió el río con calma, tomándose dos semanas para recorrer apenas doscientos diez kilómetros. Traía mujeres y niños, cosa que jamás haría una partida de guerra. Por fin, se disculpó al capitán Wilson por los muchos guerreros que habían querido sumarse a su delegación.

Tecumseh actuó con cautela y contenía su temperamento, pero no estaba dispuesto a renunciar a sus prerrogativas de jefe. Tampoco se rebajaría ante el gobernador. Rechazó la petición de Harrison de celebrar el consejo de inmediato, y retrasó su llegada un día. El 30 de julio, se presentó con ciento ochenta guerreros armados solo con mazas de guerra, cuchillos y *tomahawks*. Todos habían acordado dejar sus mosquetes en el campamento, lo cual era una importante prueba de buena fe por parte de Tecumseh. Harrison había erigido para el acontecimiento un gran cenador. Le acompañaban setenta dragones desmontados, armados con sables y dos pistolas al cinto. En los aledaños de Vincennes había casi ochocientos milicianos, preparados en teoría para cualquier emergencia.

Tecumseh asumió un tono tan conciliador que Harrison se felicitó a sí mismo por haber intimidado al jefe indio. Pero, en realidad, lo que buscaba Tecumseh era un encuentro en el que no ocurriera nada. Se disculpó por la confiscación del cargamento de sal, y añadió con sorna que era imposible complacer al gobernador: el año anterior se había enfurecido porque Tecumseh no había querido la sal, y este año porque Tenskwatawa se la había quedado. Las frases de Tecumseh iban siendo remarcadas por una sucesión de rayos. Un violento chaparrón aplazó el consejo hasta la tarde siguiente.

Cuando el consejo volvió a reunirse, Tecumseh proclamó tanto su devoción por la paz como su gran fortaleza, pues, después de muchas dificultades, había logrado unir a las tribus septentrionales bajo su liderazgo. Pero no había motivo para la consternación. Los indios no hacían más que seguir el ejemplo de los Estados Unidos, «al formar una estricta unión de todos los fuegos que componen su confederación». Tecumseh confesó de forma voluntaria sus planes para expandir la alianza a las tribus sureñas, además de visitar a los shawnees del oeste y a los osages, tras haber acordado una paz entre los dos antiguos enemigos. Una vez que Tecumseh convenciera a todos los indios de «hablar con un único corazón y una sola boca», entonces aceptaría el ofrecimiento de Harrison de organizar una visita al presidente. Esperaba que el gobernador no permitiera ninguna medición o asentamiento en el terreno del Tratado de Fort Wayne durante su viaje. Por su parte, Tecumseh se comprometió a impedir que sus seguidores del norte cometieran fechorías en su ausencia.

Harrison asumió una línea dura. Reprochó a Tecumseh que Main Poc hubiera asesinado colonos de Illinois, actos que estaban fuera del control de Tecumseh pero que este lamentaba. En lo que respecta a las tierras del Tratado de Fort Wayne, el «Presidente preferiría vestir con enaguas a sus guerreros antes que abandonar un territorio que había adquirido de forma legal de sus legítimos propietarios». [23]

Tecumseh se mordió la lengua: necesitaba la buena predisposición del gobernador mientras expandía su alianza panindia. Pero un jefe signatario del tratado, el Jefe Sordo (Deaf Chief) se atrevió a censurarle. Tecumseh sentenció a muerte a aquel hombre. Tras el consejo, el Jefe Sordo, un potawatomi oriental que era en verdad duro de oído, pasó por Grouseland para acusar a Tecumseh de ser un mentiroso. El Jefe Sordo explicó a Harrison que había estado en Villa del Profeta cuando Tenskwatawa recibió un mensaje británico que le ordenaba que tuviera a su gente presta para la guerra (pero sin precipitar un conflicto, debería haber añadido Jefe Sordo para ser del todo fidedigno). El potawatomi sordo, en presencia de otros indios, aseguró al gobernador que, de haber podido escuchar a Tecumseh, le habría desenmascarado. Un partidario de Tecumseh escapó hacia el campamento shawnee para reportar la traición de Jefe Sordo. Esto era más de lo que Tecumseh podía tolerar. Lleno de ira, despachó a Tenskwatawa un mensajero con la sentencia de muerte para el potawatomi.

Mas la intriga se complicó. Un indio que escuchó el estallido de furia de Tecumseh se apresuró a advertir al potawatomi. Al igual que Labios de Cuero, Jefe Sordo aceptó la noticia con dignidad. Pero, al contrario que el wyandot, iba a combatir. Jefe Sordo se vistió con sus mejores galas guerreras y se pintó el rostro con todo cuidado. Luego, tomó mosquete, *tomahawk*, maza de guerra y cuchillo de cortar cabelleras y remó en su canoa hacia el campamento de Tecumseh.

Este se relajaba al aire libre con el intérprete Joseph Barron cuando Jefe Sordo se presentó y desafió al shawnee a singular combate. Tecumseh le ignoró. Impertérrito, Jefe Sordo calificó a Tecumseh de cobarde por ordenar su asesinato. «Pues aquí estoy ahora –rugió Jefe Sordo–. Ven a matarme». Pero Tecumseh continuó ignorándole. Jefe Sordo se lanzó a la yugular: «Tú y tus hombres podéis matar a los puercos de los blancos y decir que son osos, pero no te atreves a enfrentarte a un guerrero». Cuando esto tampoco suscitó respuesta, Jefe Sordo desencadenó un arsenal de ultrajes indios. Le acusó de ser el esclavo de los casacas rojas, más mujer que guerrero. Tecumseh continuó conversando con Barron. Cansado de tratar de provocar a Tecumseh, Jefe Sordo dio un grito de guerra y se

marchó en su canoa. Nunca más volvería a saberse de él. [24]

Es probable que Tecumseh sufriera un desprestigio por no aceptar el reto de Jefe Sordo, pero debía contener la ira que pudiera sentir en aras del interés superior de atraer a las tribus sureñas a la causa de los hermanos shawnees. Pero, aun así, Jefe Sordo había inquietado a Tecumseh. Tan pronto como se sacó de encima al molesto jefe con su indiferencia, el shawnee imploró a Harrison que celebrasen una reunión privada para asegurar al gobernador que sus próximos viajes no serían el preludio de una guerra. A continuación, en compañía de veinte guerreros, Tecumseh partió de Vincennes en demanda de lo que el destino le deparase al sur del río Ohio.

❖

John Badollet, registrador de la propiedad de Vincennes y líder de la camarilla anti-Harrison, consideró que la actuación del gobernador en el consejo había sido triste y pobre. Badollet no solo daba por buenas las afirmaciones de Tecumseh, sino que también sospechaba que Harrison estaba tratando de fabricar una guerra india para revigorizar su declinante carrera política. La pérdida del territorio de Illinois en 1809, año en que el Congreso dividió el Territorio de Indiana, había reforzado los elementos anti-Harrison del electorado de Indiana.

Pese a que la ordenación legal del noroeste prohibía de forma explícita la esclavitud, el gobernador Harrison, como representante de los intereses esclavistas, había defendido su legalización desde sus primeros días en el cargo. Perdió por muy poco la lucha en la legislatura y, en los años transcurridos desde entonces, el sentimiento antiesclavista había crecido mucho entre la mayoría de los nuevos colonos de Indiana, en su mayoría procedentes de Nueva Inglaterra y de la costa media Atlántica. En 1809, un populista nacido en Nueva Jersey llamado Jonathan Jennings, en campaña por el pueblo llano, derrotó al candidato elegido por Harrison para el puesto de delegado territorial en el Congreso. Jennings ridiculizaba y difamaba a Harrison siempre que tenía ocasión. Harrison, sumamente irritado, se rebajó a insultar a Jennings, al que denominaba «ese pobre animal que nos representa». Es posible que Harrison pensara que una victoria militar sobre los indios podría restablecer su liderazgo desgastado. No cabe duda de que Badollet no veía nada que hiciera necesario recurrir a las armas. «Vivíamos en perfecta paz y teníamos la esperanza de que las alarmas de los dos últimos años no volverían a suceder –informó al secretario Gallatin–, cuando comenzaron de repente a correr rumores de intenciones hostiles, pese a que los viajeros que pasaban a diario junto a la estación del Profeta no solo no eran molestados, sino que

eran bien tratados».

Badollet también redactó una sentida defensa de los hermanos shawnees, en la que concluía que «el supuesto pánico presente» era un artificio para convencer al presidente Madison de que el Profeta shawnee era «un jefe de bandidos» que buscaba sembrar la destrucción. Badollet proporcionó a Gallatin un punto de vista alternativo:

> Puede juzgar por sí mismo si [Tenskwatawa] es un jefe de bandidos. Se ha establecido en las orillas del Wabash con el consentimiento de los indios de las tribus vecinas, muchos de los cuales se han unido a él. Junto a sus seguidores ha despejado, vallado y cultivado maíz en un espacio no superior a cinco kilómetros de largo. Ha construido casas confortables; no beben bebidas espirituosas y van cada mañana a trabajar. Sus manos se han tornado callosas, prueba indudable del duro trabajo. Al parecer, se rigen por una serie de normas regulares, y se levantan, van a comer y a dormir a unas horas determinadas, con regularidad comparable a la de los monjes. Parecen gustar del confort de una vida civilizada. Para una mente reflexiva y filantrópica nada es más interesante que los relatos de los viajeros, y los múltiples heraldos que el gobernador ha ido enviando a su aldea. De qué forma esto puede indicar intenciones hostiles es algo que yo, y muchos otros, no sabemos ver. Cuanto más pienso en ese hombre y en las medidas que busca, más estoy convencido de que su mente superior (me refiero a Tecumseh) ha visto la inminente destrucción de los indios de seguir su modo de vida actual; ha visto con pesar los efectos fatales que causan entre ellos los espirituosos alcohólicos [y] su imprudencia criminal al destruir la caza para contentar la avaricia de los mercaderes.

En lo que respecta a los guerreros de los hermanos shawnees, estos le impresionaron por el «aspecto sobrio, reflexivo y decente que les distingue». [25]

Aunque las oficinas del gobernador y del registrador de la propiedad estaban separadas por unos pocos centenares de metros, en lo que se refiere a su interpretación de las intenciones indias, era como si estuvieran en continentes separados. Mientras que Badollet escribía al secretario Gallatin y ensalzaba la actitud pacífica de los hermanos shawnees, Harrison advertía al secretario Eustis de que

Tecumseh se disponía a «llevar a los indios meridionales a la guerra contra nosotros». Pero había un punto en el que Harrison y Badollet coincidían: Tecumseh era un hombre notable. De hecho, la estima de Harrison por su supuesto enemigo superaba los elogios que Badollet le dedicaba al shawnee.

Ningún cargo estadounidense dedicó un tributo más grande a un adversario indio que el que Harrison dirigió al secretario de guerra Eustis el 7 de agosto de 1811:

> La obediencia y respeto que Tecumseh recibe de sus seguidores es en verdad asombrosa y revela en él, más que ninguna otra circunstancia, uno de esos genios poco comunes que de vez en cuando surgen para causar revoluciones y desbaratar el orden establecido. De no ser por la cercanía de los Estados Unidos, podría llegar a ser el fundador de un imperio cuya gloria rivalizase con la de México o Perú.
> Ninguna dificultad le detiene. Su actividad e industria suplen su falta de letras. Ha estado en constante movimiento durante cuatro años. Hoy le ves en el Wabash y al poco tiempo recibes la noticia de que está en las orillas del lago Erie o del lago Míchigan, o en las orillas del Misisipi y donde quiera que vaya obtiene un recibimiento favorable a sus propósitos.

El encomio de Harrison a Tecumseh era la última cosa que los hermanos shawnees necesitaban. Pues su tributo también transmitía la convicción del gobernador –tanto si lo creía de verdad como si su intención era, como sostenía Badollet, agitar la situación por motivos políticos– de que Tecumseh era hostil, y que solo su demostración de fuerza durante el consejo había impedido que el shawnee saquease Vincennes. Harrison no creía las protestas de paz de Tecumseh y consideraba que el jefe shawnee había ido al sur para «dar el último toque a su trabajo», que, concluía Harrison, era expulsar a los estadounidenses del noroeste con ayuda y estímulo de los británicos. Pero, con sus refuerzos y mano libre del Departamento de Guerra, Harrison esperaba poder arrasar Villa del Profeta y arrancar los cimientos en los que descansaba la alianza de los hermanos shawnees antes de que Tecumseh retornase de sus viajes. **[26]**

El correo viajaba con lentitud entre Washington y el Territorio de Indiana. Hasta mediados de agosto el gobernador no tuvo una primera impresión de cómo veía la administración Madison el problema de Villa del Profeta. Aun así, la espera valió la pena. El secretario Eustis

había ordenado el envío del 4.º Regimiento de Infantería estadounidense y de una compañía de fusileros a Vincennes. Aunque el presidente deseaba mantener la paz con los indios, esto no incluía a «los bandidos del Profeta». No obstante, Harrison solo debía atacarles «si esa medida era absolutamente necesaria». [27]

Harrison se puso manos a la obra para hacer obligada esa medida.

CAPÍTULO 15

ODISEA SUREÑA

EL séquito que acompañó a Tecumseh en su viaje al sur a través de los bosques del oeste de Kentucky y Tennessee, en pleno verano de 1811, era en realidad ecuménico. Había siete shawnees, incluidos Tecumseh y Jim Chaqueta Azul, nieto del difunto jefe Chaqueta Azul, seis kickapoos, seis winnebagos y dos creek. Además de Tecumseh, el miembro clave del grupo era un guerrero creek, Seekaboo. De cuarenta años de edad, era un orador dotado y ágil intérprete entregado a la propagación del credo de los hermanos shawnees. Hablaba inglés, shawnee, choctaw, muskogee (creek) y mobiliano, la jerga comercial de las tribus meridionales. Pero no había nada que le distinguiera físicamente de los demás. Tecumseh borró toda distinción tribal entre los hombres. Todos debían vestir igual para así transmitir mejor su mensaje: somos un único pueblo indio.

Y así cabalgaron, como si fueran uno solo. Las tribus del sur gustaban de vestir bien, y Tecumseh iba a satisfacerles en ese aspecto. Tanto él como sus hombres vestían cazadoras de piel de ciervo, calzones remangados por debajo de las rodillas, polainas y mocasines con cuentas multicolores. Llevaban la cabeza afeitada y dejaban tan solo tres mechones, que ornamentaban con plumas de halcón. Envolvían sus cabezas con bandas de franela roja. En cada brazo llevaban brazales de plata: uno por encima y otro por debajo del codo, y un tercero en la muñeca. De sus cuellos colgaban gorgueras de plata y pesados aros también de plata pendían de sus orejas. Desde los ojos a los pómulos trazaban franjas de pintura de guerra. En las sienes lucían un pequeño punto rojo; en el pecho, un gran círculo rojo.

Llevaban fusiles nuevos británicos, calibre .60 [15,24 mm] obtenidos de comerciantes indios, además de *tomahawk* y cuchillos arrancacabelleras. El aspecto de Tecumseh tan solo se diferenciaba de los otros en un elemento: en lugar de llevar en sus mechones plumas de halcón, se tocaba la cabeza con dos plumas de grulla. Una blanca, el color natural del ave, símbolo de paz, y la otra pintada de rojo, que indicaban tanto consejo como conflicto. Sus potros, como cabía

esperar dado el sombrío propósito de su expedición, eran negros. [1]

En su viaje, Tecumseh es posible que se maravillara al observar el cielo nocturno, pues él y su grupo tenían un compañero celestial: un cometa de asombroso tamaño, longitud y longevidad. Descubierto en marzo, el Gran Cometa de 1811 se mantuvo a baja altura durante cinco meses, lo cual hizo que fuera difícil de observar hasta agosto. Pero cada día que pasaba el cometa era más nítido y se alzaba más alto y más brillante, de forma que a comienzos de octubre conquistó los cielos con una coma un cincuenta por ciento más grande que el sol y una cola de ciento sesenta millones de kilómetros. Los indios, y algunos blancos, creían que los cometas eran heraldos de grandes cataclismos. ¿Qué mejor presagio podía pedir alguien que llevaba el nombre de una estrella fugaz antes de iniciar su empresa más ambiciosa? [2]

Pero el carismático jefe shawnee necesitaría algo más que brillos humanos o celestiales para unir a las tribus del sur del río Ohio en una alianza política y convencerles de los méritos de la doctrina moral de Tenskwatawa. Se enfrentaba a una tarea de enorme dificultad. Las cuatro naciones indias objeto de sus atenciones –chickasaw, choctaw, cheroqui y creek– estaban mucho más avanzadas en el camino de la aculturación que los indios del norte del Ohio. «Nuestro plan de civilización es progresivo y se ha asentado con tal vigor entre los indios que deshacerlo no está en poder de nuestros enemigos», escribió el agente indio de los creek, Benjamin Hawkins, con una autocomplacencia que los hechos demostrarían que estaba fuera de lugar. Aun así, el dominio estadounidense sobre los indios del viejo sudoeste (la región delimitada al norte por el río Ohio, al sur por el golfo de México, el río Rojo por el oeste, y los confines occidentales de Virginia, Carolina del Norte y Georgia por el este) era mucho más firme que su tenue influencia en el noroeste. Esto se debía en parte a la presión poblacional. Las cuatro naciones indias ocupaban una isla, grande pero con una población escasa, que se componía de la moderna Alabama, el centro y norte de Misisipi y Georgia occidental, que se enfrentaba a una ola embravecida de asentamientos blancos. Casi 260 000 personas habitaban Tennessee, que había alcanzado la condición de estado en 1796. Poco más de 31 000 personas vivían en el Territorio del Misisipi, nombre con el que era conocida la parte sur del estado de Misisipi actual. Y la población esclava de Georgia, por sí sola –casi 70 000– equivalía a toda la población india del viejo sudoeste. [3]

Un segundo impedimento para la resistencia india era la ausencia de un poderoso patrón extranjero. Las tribus meridionales no tenían a

Gran Bretaña en la puerta de casa. Solo tenían a una España debilitada que ejercía un control precario sobre sus posesiones de la costa del Golfo: las dos Floridas, la occidental y la oriental. España comerciaba con los indios, pero se cuidaba mucho de provocar a la administración Madison. Al igual que el presidente Jefferson, Madison consideraba que las posesiones españolas debían pertenecer a los Estados Unidos. La política tribal también iba en contra de Tecumseh. Los jefes métis ejercían un poder desproporcionado en el sudoeste. Aunque muchos estaban decididos a preservar las tierras indias que aun quedaban, otros muchos habían adoptado las costumbres estadounidenses, incluido el reconocimiento de la propiedad individual de la tierra y la acumulación de riquezas, conceptos contrarios al tradicional igualitarismo indio. Solo entre los choctaws predominaban los jefes de pura sangre india, pero las pensiones del gobierno les ataban. Las cuatro tribus meridionales se enfrentaban con frecuencia, pero las relaciones de los creek con las otras tres tribus eran particularmente gélidas. Para combatir tan formidables obstáculos, Tecumseh tan solo podía recurrir a su magnetismo personal y a su majestad celestial. Hacia 1811, las cesiones de tierras habían alimentado una creciente hostilidad hacia los estadounidenses y un movimiento espiritual nativista entre las tribus meridionales, en particular entre los creek. Explotar tal sentimiento era la mejor posibilidad de éxito de Tecumseh.

Con excepción del calor bochornoso, durante su viaje al sur Tecumseh halló pocas cosas que le resultasen extrañas. Todavía tenía familiares shawnees que vivían entre los creek y estos visitaban con frecuencia a los shawnees del norte del Ohio. Es indudable que, gracias al tiempo pasado entre los chickamaugas y sus relaciones sentimentales con una de sus mujeres, Tecumseh conocía bien la cultura cheroqui. La forma de vida de los choctaws y chickasaws era en lo fundamental la misma que la de los cheroquis y los creek. En las cuatro culturas, al igual que en las tribus del noroeste, las mujeres trabajaban la tierra y los hombres cazaban; se ponía gran cuidado en mantener separados los poderes femeninos y masculinos. La principal carne de caza era el venado y el producto agrícola estándar era el maíz trillado. Al igual que entre las tribus del noroeste, el temor a la hechicería también estaba muy arraigado entre los indios del viejo sudoeste. En relación a la diplomacia de Tecumseh, la diferencia crucial entre las tribus del norte y las del sur del río Ohio era que la filiación de los clanes y tribus meridionales trazaban su ascendencia por vía materna. El parentesco matrilineal permitía a los comerciantes blancos que tomaban una esposa india conseguir para sus

descendientes varones las mismas oportunidades de ascenso en la escala del liderazgo tribal que las de los hijos de indios de pura sangre. Si quería triunfar, Tecumseh tendría que ganarse a los métis.

❖

Los viajes de Tecumseh le llevaron en primer lugar al territorio de los chickasaws, en la cuenca del río Tombigbee, en lo que hoy es el norte de Misisipi. Su estancia fue corta. Los forajidos blancos campaban por la periferia oriental de las tierras chickasaw, robaban caballos, ganado y puercos, saqueaban y quemaban casas. Estas depredaciones deberían haber hecho a la tribu receptiva a las propuestas de Tecumseh, pero el jefe métis George Colbert, propietario de la concesión del vado que Tecumseh utilizó para cruzar el río Tennessee, ordenó al shawnee que siguiera su camino. La nación chickasaw estaba en paz con los estadounidenses, le dijo Colbert, y deseaba continuar estándolo. El jefe métis dejó claro que emplearía su influencia contra cualquier acto que perturbase el equilibrio, una indiferencia que, no cabe duda, agradecieron los invasores blancos. Colbert llegó incluso a reportar la presencia de Tecumseh al secretario de guerra, y especuló que el jefe shawnee tenía intención de promover una guerra contra los asentamientos de la frontera sur. [4]

Rechazado por Colbert, Tecumseh se apresuró a ir al territorio choctaw (en lo que hoy sería Misisipi central). Allí las perspectivas parecían más brillantes. Tecumseh pasó varias noches en casa de Mushulatubbee, el amistoso pero taimado jefe de la división nordeste de la tribu. Este ejerció de anfitrión de Tecumseh mientras los choctaws se preparaban para un consejo general en el que escucharían el mensaje del shawnee. Tecumseh se adentró aún más en el territorio choctaw, hasta la aldea del jefe Hoentubbee, donde se celebraría el consejo. Tecumseh se llevaba bien con Hoentubbee, y le dio a su anfitrión una gorguera de fina plata de manufactura británica que se convirtió en un tesoro familiar de los Hoentubbee.

Tecumseh trató de consolidar la relación que había construido con Mushulatubbee y Hoentubbee. Antes de que se reuniera el consejo, Tecumseh y sus seis seguidores shawnees escenificaron una danza tradicional tribal. Después, los asistentes pasaron a un pabellón al aire libre de techumbre de paja situado junto a una agradable fuente. Vestido solo con un taparrabos y una cinta de franela roja en torno a la cabeza, Tecumseh se alzó entre un remolino de mosquitos e insectos. Por mediación del intérprete Seekaboo, habló con vehemencia y durante largo tiempo. Fue un clásico discurso de Tecumseh. Declamó contra la perfidia y la codicia de los

estadounidenses que habían empobrecido a los indios y les habían reducido a la bancarrota moral, e imploró a los choctaw que se unieran a él para coger la mano británica en el inevitable conflicto que iba a librarse contra los Cuchillos Largos. Tecumseh también imploró a los choctaws, que estaban en guerra con los osages y con malas relaciones con los creek, que vivieran en armonía con todas las tribus. Hizo un llamamiento a los choctaws para que renunciasen a la costumbre india de masacrar mujeres y niños en la guerra. También dejó una salida a los ancianos de la tribu. Si la nación choctaw era reticente a enfrentarse de forma abierta a los estadounidenses, ¿no podrían sus jefes permitir de forma encubierta a los jóvenes guerreros que así lo desearan unirse a él cuando regresara al norte? [5]

Tecumseh tomó asiento. De las filas de los choctaws llegaba un murmullo de sentimientos encontrados. La mayoría estaba de acuerdo con el llamamiento del shawnee a poner fin a las luchas intertribales, así como la matanza de no combatientes. Pero muy pocos confiaban en los británicos, y menos aún querían cercenar sus lazos con los Estados Unidos. Casi todos estaban en contra de que se entrometieran en la política de su tribu.

Al día siguiente, un guerrero de la división sudeste de la nación choctaw, recio y con cara de pan, con gusto por la bebida y la pelea, y que disfrutaba de una generosa pensión del gobierno, puso fin a las aspiraciones de Tecumseh respecto a los choctaws. El jefe Pushmataha lanzó una sucesión de acerbas invectivas, traducidas por el intérprete Seekaboo, que destriparon verbalmente a Tecumseh. «Los choctaw nunca han derramado sangre de hombres blancos en la guerra y no tienen intención de empezar ahora a hacerlo –afirmó–. Nuestra gente no puede ir a la guerra contra ellos sin una causa, y nosotros no tenemos una causa. Y, si algún guerrero choctaw se une a tu guerra, Tecumseh, y no muere en batalla, será ejecutado cuando regrese». La reprimenda de Pushmataha contuvo a los guerreros choctaws. Tecumseh salió furioso del consejo. Los choctaws, dijo a su tropa, «son cobardes, [con] el corazón de mujeres». Los jinetes de Tecumseh ensillaron sus potros y se dirigieron a Mokalusha, una de las aldeas choctaw más populosas, donde esperaban tener mejor resultado ante una nueva audiencia. [6]

Pero Pushmataha siguió su rastro. El consejo se reunió, los shawnees ejecutaron su danza, y Tecumseh habló como lo había hecho en la aldea de Hoentubbee. Pero Pushmataha le reprendió como había hecho en la anterior ocasión. Con lo que los choctaws de Mokalusha rechazaron el llamamiento del shawnee. Tecumseh había alcanzado el límite de su paciencia. Después del consejo se enfrentó a Pushmataha:

si el fastidioso choctaw no desistía de hablar en su contra, le daría muerte.

En consecuencia, ambos hombres cambiaron sus tácticas. Tecumseh y Seekaboo siguieron hacia el sur, hasta la siguiente comunidad choctaw, llamada Villa Gruesa (Chunky Town). Acudieron a un influyente comerciante francés, esposo de la sobrina de Pushmataha, y le pidieron que tratase de convencer a los choctaws de que se unieran a la alianza del norte. El francés se enfureció: él era un honesto mercader cuyas preocupaciones principales eran su familia choctaw y sus fecundos huertos de manzanos. El francés, además de despreciar a Tecumseh, también alertó de su maniobra a un belicoso sobrino de Pushmataha. Este, a su vez, instó a sus guerreros a «fundir balas y [dar] batalla» a Tecumseh y a sus hombres. Por su parte, Pushmataha trabajó con discreción para impedir un consejo en Villa Gruesa. Tecumseh escapó a escondidas de noche de Villa Gruesa, bajo la reprobadora luz proyectada por el puma en el cielo. [7]

Gracias a Mushulatubbee, quien convocó un gran consejo de toda la nación en su segunda residencia, cerca del río Tombigbee, Tecumseh tuvo una última oportunidad para seducir a los choctaws. Transcurrieron tres semanas, durante las cuales los mensajeros recorrieron el Misisipi central y convocaron a los jefes y guerreros principales para que vinieran a escucharle. Por desgracia para Tecumseh, también fueron invitados el intérprete del gobierno ante los choctaws y David Folsom, un métis instruido y destacado partidario de los Estados Unidos. Los dos trabajaron para sabotearle.

El consejo fue celebrado bajo un inmenso roble rojo en una altura prominente situada en la propiedad de Mushulatubbee. Los shawnees danzaron y, a continuación, Tecumseh dio su discurso estándar. Al día siguiente, Pushmataha hizo también su refutación estándar. Otros jefes choctaws intervinieron para amenazar con matar a cualquier guerrero que se uniera a Tecumseh. Después del consejo público, los jefes principales deliberaron en privado. Su decisión dejó estupefacto a Tecumseh: debía abandonar de inmediato la nación choctaw, so pena de ejecución si se demoraba. La nación choctaw no participaría en las intrigas de los hermanos shawnees. David Folsom, Hoentubbee y una banda de guerreros choctaws y estadounidenses de las inmediaciones se asegurarían de que Tecumseh cruzase el río Tombigbee y entrase en el territorio de los creek. Tecumseh cumplió lo ordenado con respetuosa premura. [8]

Pese a que el rechazo choctaw era difícil de soportar, Tecumseh todavía podía hacerse con el mayor premio: la extensa confederación creek, que abarcaba la mayor parte de Georgia occidental y la

moderna Alabama. Los creek, que disponían de no menos de seis mil guerreros, hubieran significado una poderosa adición a la alianza de los hermanos shawnees, de haber estado unificados. Pero los creek eran un pueblo cismático, dividido en dos facciones con formas de vida cada vez más opuestas. De un lado estaban lo que los estadounidenses denominaban los viejos jefes, en su mayoría creek del sur que eran los que más se habían beneficiado de las anualidades del gobierno y de la labor proselitista de Benjamin Hawkins, agente entre las tribus meridionales y defensor entusiasta de la asimilación. En el otro lado estaban los jefes tradicionalistas, en su mayoría creek norteños que rechazaban la invasión estadounidense. La mayoría de líderes de ambas facciones eran métis. Hacia 1811, las dos facciones no solo tenían puntos de vista diferentes acerca de los estadounidenses; también desconfiaban las unas de las otras. [9]

En la confederación creek, Tecumseh no tenía intención de realizar una peregrinación de aldea en aldea como había hecho entre los choctaws. Por el contrario, iría directo a la aldea de Tuckabatchee, en el río Tallapoosa, en Alabama oriental. Allí, los creek se disponían a celebrar el más importante consejo nacional de su historia, un consejo colmado de grave peligro para su soberanía. Si Tecumseh conseguía unir a su causa aunque solo fuera a la facción desafecta de los creek del norte, su viaje de mil trescientos kilómetros habría valido la pena.

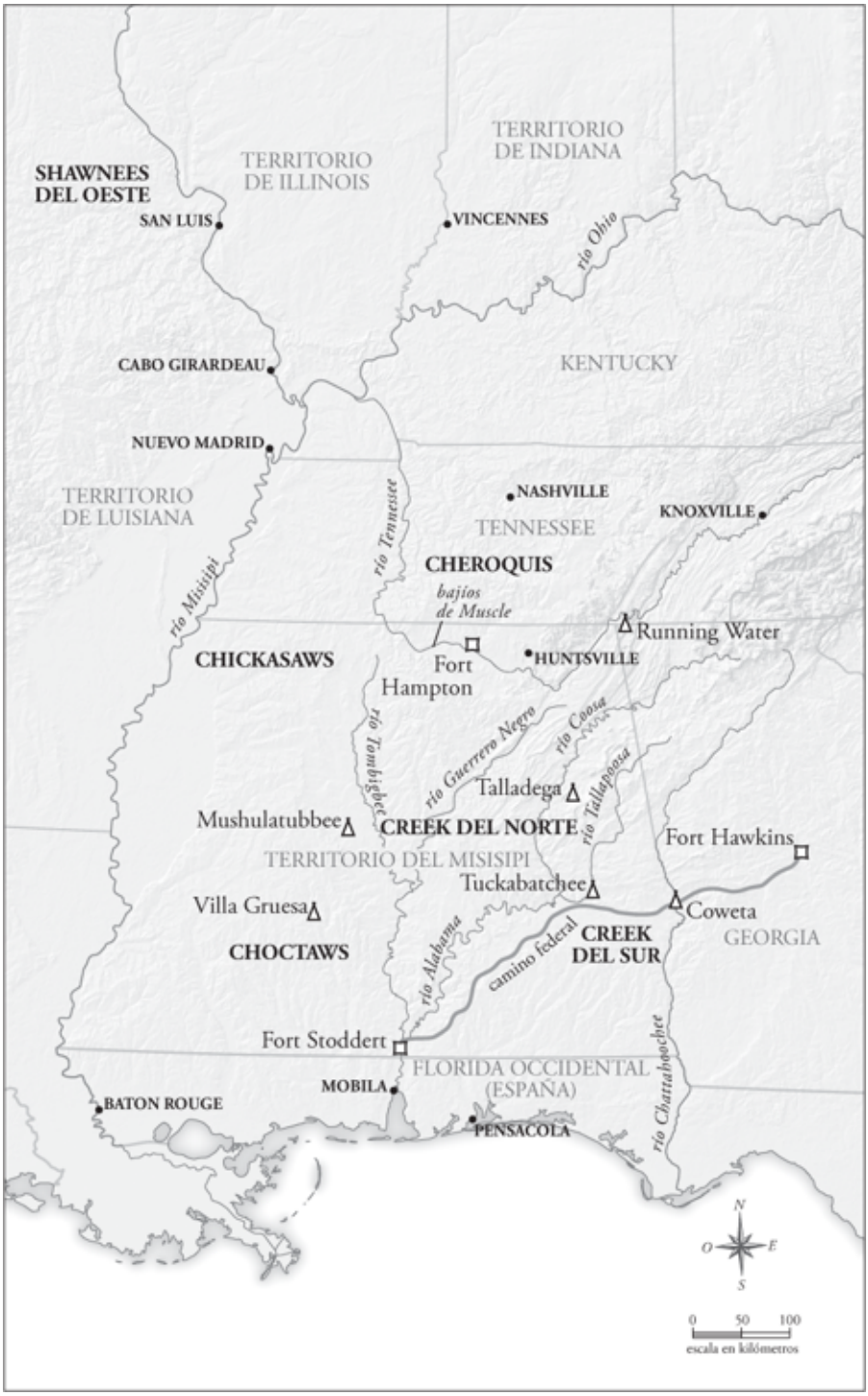
Pero, primero Tecumseh debía cruzar la frontera del río Tombigbee que separaba a las naciones choctaw y creek, y este paso, en apariencia simple, resultó fatal. Tecumseh, escoltado por la partida de David Folsom, llegó a la orilla occidental del río, blanda y arenosa, una tarde de comienzos de septiembre. A la mañana siguiente todos se pusieron manos a la obra para construir balsas con las que cruzar el tranquilo río, de ciento veinte metros de ancho, atando troncos con enramadas. Al anochecer, Tecumseh y sus hombres botaron su embarcación. Algunos remaban mientras otros sostenían las riendas de los caballos que seguían a nado. Folsom se quedó en la orilla occidental. Todos pasaron una noche apacible.

Todos, esto es, salvo unos cuatreros creek que se infiltraron en el campamento de Folsom, robaron varias bestias, y se retiraron a lo más profundo de un tremedal. Para impedir que les persiguieran, los ladrones retrocedieron sobre su rastro y establecieron una posición de emboscada en un cañaveral situado a tres kilómetros del vivac de Folsom. A la mañana siguiente, las víctimas del robo comenzaron a buscar sus monturas con más entusiasmo que sentido común. Tan pronto como descubrieron el rastro de los merodeadores cayeron en la trampa de los creek. La primera descarga mató o hirió a varios e hizo

huir al resto, perseguidos por los creek.

Los disparos se escucharon al otro lado del río. Tecumseh y su partida subieron a sus balsas para unirse al combate contra los creek. Ambos bandos intercambiaron tiros hasta el anochecer: los creek agazapados tras una altura boscosa, los choctaws y los guerreros de Tecumseh ocultos entre el cañaveral. Folsom cayó herido por una bala de mosquete que le atravesó el hombro derecho. El jefe Hoentubbee encajó una bala perdida en el pecho. «¡*Sallishke*! ¡Muerto soy!», bramó, pero pronto descubrió, para diversión de sus guerreros, que su herida mortal no era más que un rasguño. Tecumseh asumió el mando y cargó cuesta arriba con su fuerza mixta; fue la primera y la última vez que comandó estadounidenses en batalla. Los creek huyeron. Los choctaw saquearon y arrancaron la cabellera a varios muertos creek con vengativo entusiasmo. Tecumseh contuvo a sus hombres; no había venido al sur a profanar muertos indios. Al amanecer, partió hacia Tuckabatchee.[10] El incidente de Tombigbee supuso el primer combate de Tecumseh desde el Tratado de Greenville, dieciséis años atrás. Por una cruel ironía, había librado esta batalla contra indios durante una misión dedicada a la unidad nativa.

El grupo de Tecumseh llegó a Tuckabatchee, a unos cincuenta kilómetros al noroeste de la moderna Montgomery, Alabama, el 19 de septiembre de 1811. Era la delegación más esperada de las diversas delegaciones foráneas que deambulaban entre los cinco mil creek que abarrotaban la aldea. También había una variopinta reunión de comerciantes estadounidenses y británicos, negros esclavos y libertos, españoles, y espías de lealtad variable. El consejo había comenzado dos días antes. Había sido convocado por Benjamin Hawkins para obtener la aprobación formal y pública de los creek a la ampliación del camino federal que atravesaba el corazón de su tierra. Los Estados Unidos pretendía ampliar este camino, que en la actualidad era una senda forestal para correos y civiles que emigraban al joven Territorio de Misisipi, para que pudiera ser empleado por soldados y carromatos pesados en caso de guerra con Gran Bretaña. El debate respecto al camino fue a la vez acalorado y falso: Hawkins había comprado a los jefes creek meridionales y a suficientes creek del norte como para hacer irrelevante cualquier objeción a la propuesta. Es más, la construcción ya había comenzado. En realidad, Hawkins había venido a Tuckabatchee a presentar un hecho consumado.



MAPA 7: LA ODISEA SUREÑA DE TECUMSEH, 1811

Tecumseh, por mediación de los buenos oficios de amigos y

familiares residentes entre los creek, recibió permiso para estar presente en una reunión en la que no tenía ningún interés legítimo. Guardó silencio, dedicándose un día o dos a tantear el ánimo de los creek. Cuando se le pidió que hablase, se resistió, con la excusa de que se había hecho tarde. Al fin, el tercer día, sus guerreros –con una pequeña escenificación sin duda orquestada por Tecumseh– interrumpieron el consejo con voces y gritos de guerra, empuñando una pipa de guerra sagrada hallada, decían, en las orillas del poderoso Misisipi, y urgieron a los guerreros creek a fumar la pipa y unirse a su cruzada. Sus jefes intervinieron furiosos, rechazando de forma unánime la pipa y su simbolismo.

Se restauró el orden y Tecumseh se dirigió al consejo. Juró que su hermano el Profeta le había enviado al territorio creek para propagar la palabra de su fe. Con sutil disimulo, aseguró a Hawkins y a los jefes que rechazaba cualquier idea de guerra con los Estados Unidos. Por el contrario, los indios debían «unirse en paz y amistad, y cultivar lo mismo con sus vecinos blancos». Tecumseh se limitaría a decir eso en tanto Hawkins no abandonase la aldea. Al final del consejo de cada día, continuaba excusándose de hablar ante una muchedumbre ansiosa por escucharle, con el pretexto de que era demasiado tarde, y no habría tiempo suficiente para revelar todo lo que albergaba su corazón. Por la noche, en la plaza de la aldea, Tecumseh y sus hombres fascinaron a los creek con lo que él denominaba la Danza sagrada de los lagos, que el Señor de la Vida había enseñado a los shawnees. Los danzantes se agitaban, se retorcían, gesticulaban y caían en trance, pero no daban ninguna señal de su verdadero propósito. Hawkins, cansado de las disputas constantes entre los creek, anunció que no había venido a obtener la aprobación de los creek para ensanchar el camino, sino para informar a la tribu de que la construcción ya había comenzado. Los opositores se rasgaron las vestiduras, pero acabaron por ratificar el acuerdo. El 29 de septiembre Hawkins partió de regreso a casa. [11]

Antes incluso de la partida de Hawkins, Tecumseh se cuidó de evitar que su mensaje llegara a oídos hostiles. No se admitió a ningún hombre blanco en el cenador del pueblo, de techo de paja y pintado de vivos colores, cuando al fin dio su discurso. «Hermanos, existen dos caminos –dijo Tecumseh a los jefes reunidos–. Uno es limpio y ligero. El otro está cubierto de nubes. Si tomáis el camino oscuro, podréis perder las tierras. Quizá los Estados Unidos quieran trocar tierras con vosotros. Os aconsejamos que conservéis vuestras tierras. Las tierras que ahora tenemos ya no son [tan] buenas como las que teníamos antaño. Hermanos, los indios sufren a menudo por aceptar malas

palabras; no escuchéis las malas palabras».

Tecumseh se cuidó de no abogar por una hostilidad directa hacia los Estados Unidos. Por el contrario, buscaba que se unieran a la alianza de los hermanos shawnees. La guerra sería un último recurso para defender las tierras que quedaban, y solo con ayuda británica. Dos destacados jefes métis de los creek septentrionales rechazaron el discurso de Tecumseh, que calificaron de «malas palabras» y le sugirieron que abandonase la nación creek a toda prisa. Los estadounidenses eran demasiado fuertes para los indios, y la idea de una ayuda británica de importancia era risible, porque un cuarto de siglo antes, cuando los estadounidenses eran mucho más débiles, estos habían derrotado a los británicos. En caso de guerra, los creek se mantendrían neutrales o se alinearían con los estadounidenses. Un jefe cheroqui visitante también rechazó la propuesta de Tecumseh, y todos los creek meridionales refutaron unánimes al shawnee. [12]

Tecumseh había encajado un duro golpe. Ni su elocuencia ni el refulgente Gran Cometa, que había dicho a los creek que anunciaba su llegada, habían bastado para imponerse. Pero, aunque no se produjo nada remotamente semejante a una alianza formal, al menos Tecumseh reunió unos treinta guerreros y un jefe que aceptaron acompañarle a Villa del Profeta para saber más del programa de los hermanos shawnees. Otros creek septentrionales apenas comenzaban a descubrir el poder seductor del espiritualismo nativo. Para instruir a estos y a otros posibles conversos al credo del Profeta shawnee, Tecumseh hizo que Seekaboo, su protegido creek y compañero de viaje desde el Territorio de Indiana, se quedase allí.

Al convencer a Seekaboo para que hiciera proselitismo entre los creek septentrionales desafectos, Tecumseh había tomado una decisión que tendría consecuencias devastadoras para toda la nación creek. Los acólitos de Seekaboo provocarían primero una guerra civil creek, y en el otoño de 1813 llevarían a los creek septentrionales a un brutal conflicto con los Estados Unidos que comenzaría con la mayor masacre de blancos y métis de la historia de los Estados Unidos, en la que perecieron hombres, mujeres y niños. La guerra, que se prolongaría casi un año, le costaría a la confederación creek la mayor parte de sus territorios en Georgia occidental y más de la mitad de sus dominios de Alabama. Aunque estos sucesos estaban muy alejados en el futuro, y Tecumseh no tenía intención de provocarlos, a los creek les hubieran ido mucho mejor las cosas si el jefe shawnee nunca hubiera entrado en su país. [13]

A comienzos de octubre, Tecumseh y su nuevo séquito dejaron a los creek y se encaminaron al norte, a tiempo de ver los colores

desbordados de las hojas otoñales y disfrutar del limpio aire de montaña que caracterizaba el otoño del país de los cheroquis. La naturaleza mostraba el mismo rostro que había tenido cuando Tecumseh vivió entre los chickamaugas, casi dos décadas antes. Pero la política y la cultura cheroqui habían experimentado grandes alteraciones que no auguraban nada bueno para su misión. La esclavitud había sido el impulsor más importante del cambio cultural. Los agentes indios vieron que, entre los cheroquis esclavistas, «prevalecía el deseo de propiedad individual». Una curiosa ironía de sus largos años de guerra con los invasores blancos fue que los chickamaugas se convirtieron en los principales esclavistas de la nación cheroqui: habían acumulado gran número de esclavos durante sus muchas incursiones contra los asentamientos estadounidenses. Los chickamaugas que poseían esclavos estaban lejos de ser una mayoría, pero los que lo eran constituían la élite política. Estos, junto a los líderes cheroquis que disfrutaban de sobornos del gobierno y el control de los pagos de las anualidades a los miembros de la tribu, consolidaron su autoridad sobre su pueblo.

Al igual que en el norte, surgió oposición a las cesiones de tierras y a los jefes progubernamentales, pero los rebeldes cheroquis se enfrentaban a limitaciones geográficas desconocidas para sus hermanos espirituales de la alianza de los hermanos shawnees. El Territorio de Indiana tenía una población escasa, y Tenskwatawa y Tecumseh siempre tenían la opción, en caso de ser necesario, de retirarse al noroeste, hacia la región de los Grandes Lagos en la que apenas había blancos, para reorganizarse. Pero los 12 400 miembros de la nación cheroqui estaban encajados entre los populosos estados de Tennessee y Georgia. No tenían lugar a donde ir con la salvedad, quizá, del oeste, donde tendrían que irse de forma permanente. A partir de 1808, el gobierno trató de convencer a los cheroquis de que hicieran justo eso: «expulsarse» a sí mismos al oeste del río Misisipi. Esta mal concebida iniciativa tuvo dos consecuencias, las dos favorables a la unidad cheroqui. Alrededor de un millar de los miembros más militantes de la tribu emigraron de forma voluntaria, mientras que los líderes cheroquis, hasta entonces asimilacionistas, se opusieron con firmeza a la expulsión forzosa. El Gobierno se echó atrás, y la firme defensa de los derechos tribales de los jefes cheroquis les permitió suprimir a la oposición. [14]

Para Tecumseh, la nación cheroqui era un país vuelto del revés. En todas las aldeas se encontró una recepción gélida. El apoyo renovado de que disfrutaba el liderazgo nacional cheroqui hacía muy difícil que Tecumseh encontrase a nadie dispuesto a seguirle. Después de

permanecer en la zona dos meses, dio la espalda a los aliados de su juventud y se dirigió hacia el río Misisipi. Quizá hallaría una audiencia receptiva entre los shawnees del oeste y los osages.

CAPÍTULO 16

EL PROFETA TROPIEZA

TENSKWATAWA se hallaba ante una encrucijada. Antes de que Tecumseh partiera, los hermanos shawnees habían acordado no provocar a Harrison. Pero Tenskwatawa pronto se replanteó esta decisión. El panindianismo pragmático de Tecumseh estaba eclipsando el liderazgo del movimiento que había iniciado el Profeta. Y, ahora, Tecumseh proponía una alianza de naturaleza principalmente política con las tribus meridionales que marginaría la santería de Tenskwatawa. Pese a que el Profeta respaldaba la misión de Tecumseh y este predicaba con fervor la doctrina de su hermano menor entre las tribus del sur, Tenskwatawa no toleraba permanecer ocioso mientras Tecumseh buscaba apoyos en el sur. De modo que fomentó actos que alarmaron al gobernador Harrison, el cual estaba deseando tener una excusa para hacerles la guerra. A mediados de septiembre, Tenskwatawa envió mensajeros a los kickapoos, potawatomis y miamis para que sus guerreros retornasen a Villa del Profeta. Otros enviados de Villa del Profeta se reunieron con agentes británicos en Amherstburg con el objeto de organizar nuevas entregas de armas, municiones, ropa y mantas.

Las acciones de Tenskwatawa eran en parte defensivas –los Cuchillos Largos habían hecho abundante ruido de sables– pero acabaron siendo contraproducentes. En las porosas comunidades de indios, métis y comerciantes blancos, no era posible esperar que sus maquinaciones llegasen a Harris, y aun menos que estas le fueran comunicadas con honestidad al gobernador. Los principales informadores de Harrison, un intérprete francés y un indio delaware, advirtieron al gobernador que, a pesar de los llamamientos británicos a la calma, los indios de todo el noroeste se disponían a alzar sus *tomahawk* contra los Estados Unidos a instigación del Profeta. [1]

Los blancos de intenciones poco claras y los espías indios que actuaban en interés propio no fueron los únicos que presentaron las acciones de Tenskwatawa como actos beligerantes. El jefe Pezuña Negra, al ver la oportunidad de deshacerse de los hermanos shawnees,

acusó de las depredaciones de Main Poc en Illinois a Tenskwatawa, y le presentó como el causante de todos los males indios, pasados, presentes y futuros. A finales de agosto, les dijo a los responsables estadounidenses: «Desde que [Tenskwatawa] se situó en el Wabash, se ha dedicado a agrupar a los indios para malos propósitos, y creo que continuará haciéndolo […] él es la causa principal de todas las fechorías cometidas». Pequeña Tortuga y los demás jefes neutrales, aunque condenaron al Profeta en términos menos categóricos, se comprometieron a mantenerse al margen en caso de conflicto entre Tenskwatawa y Harrison. Los wyandot también prometieron ser neutrales y ofrecieron a los estadounidenses «avisar por adelantado si tenemos noticia de que ha de sucederles algún mal». [2]

Tanto el asustadizo gobernador de Illinois, Ninian Edwards, como el recién llegado gobernador del Territorio de Luisiana, Benjamin Howard, eran partidarios de una acción militar contra el Profeta shawnee antes de que Tecumseh retornase del sur con refuerzos con los que iniciar una guerra. «Tanto si el Profeta tiene intención de hacer la guerra, como si no, la consecuencia podría ser muy bien una guerra parcial», razonó Edwards. «La hostilidad que [Tenskwatawa] atiza contra los Estados Unidos es el cemento de la unión de sus confederados, y, dada la naturaleza de los indios, no es posible reunirles y mantenerles unidos bajo tales circunstancias sin preparar sus mentes para la guerra. Y, en esta situación, es casi imposible impedir que cometan actos prematuros de hostilidad. Aunque este fuera el único peligro –advirtió al Departamento de Guerra–, sería suficiente para justificar la dispersión de la partida del Profeta». [3]

Harrison estaba del todo de acuerdo con la necesidad de desmantelar Villa del Profeta, o, al menos, de evitar que se congregasen allí más guerreros. La inusual docilidad de Tecumseh después del altercado del primer día del consejo de agosto reforzó su convicción de que los indios rebeldes solo respetaban la fuerza bruta, o la amenaza de su uso. De modo que bombardeó al secretario de guerra con peticiones para que se le permitiera marchar contra Villa del Profeta. «El salvaje ignora el futuro […] solo si se pone el peligro ante sus ojos se le podrá controlar –afirmó Harrison–. Incluso el valeroso Tecumseh no es insensible a argumentos de esta naturaleza». El jefe shawnee había sido educado como un cortesano durante su última visita, una «metamorfosis maravillosa de sus modales, producto exclusivo del brillo y el entrechocar de las armas». [4]

Entre el resonar de tambores de guerra había notas discordantes. John Badollet continuó atribuyendo este a la animadversión personal de Harrison hacia los hermanos shawnees, así como su deseo de

«acallar las murmuraciones de los indios del Wabash contra los últimos tratados y los medios ilegales empleados para su realización». Badollet también podría haber añadido que la carrera política de Harrison se apagaba. La tranquilidad que reinaba en Villa del Profeta demostraba, a juicio de Badollet, que Tenskwatawa tan solo se planteaba «una guerra defensiva para proteger su asentamiento incipiente». También lo demostraba, al menos para Badollet, la visita a Vincennes a mediados de septiembre por parte de una delegación de Tenskwatawa, que proclamó «la calidez de corazón» hacia los Estados Unidos. El gobernador, no obstante, ya había escuchado antes proclamas similares. Tras dar como prueba de la hostilidad de Tenskwatawa una reciente serie de robos de caballos perpetrada por partidas desconocidas, el 26 de septiembre partió por la orilla este del Wabash con 1020 oficiales y soldados para dispersar a los guerreros concentrados en Villa del Profeta antes de que Tecumseh pudiera atraer a su confederación a las tribus sureñas. Las instrucciones recibidas de Washington eran mínimas: el secretario de guerra Eustis se había limitado a pedirle a Harrison que tratase de preservar la paz si era posible. [5]

Harrison encabezaba una colorista procesión. Los 404 regulares del 4.º de Infantería llevaban gorras altas de visera negra, capote azul, pantalón blanco y polainas y zapatos negros. También llevaba 616 milicianos, imposibles de distinguir de un colono de la frontera con sus sombreros negros de ala ancha, cazadoras, pantalones vaqueros de lino o piel de venado y mocasines. El propio Harrison se inclinaba por la informalidad del oeste. La esposa de un oficial que le vio partir dijo que el gobernador, larguirucho, de ojos oscuros y tez cetrina, llevaba una blusa de caza «hecha de calicó y ceñida con una faja, de un estilo que [recordaba] a un vestido corto de señora […] atado en un nudo. Sobre su cabeza portaba un gorro redondo de castor, ornamentado con una gran pluma de avestruz». [6]

En Villa del Profeta, Tenskwatawa estaba consternado y confuso. Tenía a su disposición unos quinientos guerreros. El agente indio John Johnston situaba esa cifra en 350, Harrison entre 450 y 600, y un comerciante francés residente en 700. La mayoría eran kickapoos, potawatomis y winnebagos. No había miamis, tan solo unos pocos delawares y ottawas, quizá una docena de creek, el pequeño contingente wyandot del jefe Cabeza Redonda, y menos de cincuenta guerreros shawnees. Aunque superados en número por dos a uno, los indios estaban bien provistos de mosquetes británicos. Wayne les había informado del impacto devastador de la carga a la bayoneta de Troncos Caídos, por lo que muchos también portaban lanzas para

impedir el combate a corta distancia a los Cuchillos Largos.

Tenskwatawa esperaba una respuesta entusiástica a sus llamamientos a las tribus de Illinois. Pero solo se presentaron ciento veinticinco potawatomis. El errático Main Poc, aunque su herida de bala había sanado, había optado por pasar el invierno en el Territorio de Míchigan en lugar de unirse a Tenskwatawa. Los sauk y los foxes también se abstuvieron de venir. Tenskwatawa estaba furioso, y así lo hizo saber en el discurso y en el cinturón de *wampum* negro que confió a los correos leales potawatomis que debían llevarlos a sus ausentes aliados occidentales. «Hermanos –decía el discurso–, el año pasado me prometisteis estar dispuestos en primavera. La primavera llegó, pero nadie estaba dispuesto. El otoño ha llegado, y miro hacia el sol poniente, pero no veo nada. ¡No habéis sido leales!». Tenskwatawa renunció a esperar la llegada de refuerzos y tomó la prudente medida de erigir una fuerte línea de reductos de troncos en torno a Villa del Profeta. [7]

Mientras Tecumseh defendía su causa en Tuckabatchee, 970 kilómetros al sur, Harrison remontaba la orilla este del Wabash. El 2 de octubre hizo una pausa al borde de las vastas praderas situadas 120 kilómetros al sudoeste de Villa del Profeta. Allí erigió una compleja fortificación que sus oficiales insistieron en que fuera nombrada Fort Harrison, y despachó emisarios delawares a Tenskwatawa con condiciones draconianas: entregar a los guerreros que hubieran atacado asentamientos estadounidenses (ninguno de los de Villa del Profeta había hecho tal cosa), devolver caballos robados (su gente no había tomado ninguno) y presentarse de inmediato a un consejo en el lugar que eligiera el gobernador.

Siguió un tenso interludio. Oscuros nubarrones sobrevolaban las praderas. Las fuertes lluvias se alternaban con nevadas ligeras, que embarraron el terreno de Fort Harrison hasta convertirlo en una masa pastosa. La comida comenzó a escasear y los delawares no regresaban. Harrison, mientras esperaba reabastecimiento y la réplica del Profeta, recibió una carta del secretario Eustis que dejaba a su criterio actuar según dictasen las circunstancias, siempre y cuando no cometiera ningún acto que pudiera amenazar los intereses británicos. Con respecto al Profeta shawnee, Eustis sugirió a Harrison que le ordenase desmantelar Villa del Profeta. Si se negaba, Harrison estaba autorizado a atacarle.

Con el peligro de guerra contra Gran Bretaña siempre presente, es posible que la administración Madison considerase que era mejor erradicar a los indios potencialmente hostiles antes de que estallase un conflicto. [8]

Si Harrison no tenía ataduras, Tenskwatawa se veía cada vez más limitado. Sus inquietos seguidores, así como el éxito de sus intentos de engañar al gobernador, cercaban las opciones del Profeta shawnee con la misma efectividad que los Cuchillos Largos que venían a buscarle. Salían de Villa del Profeta pequeñas partidas de guerra, que buscaban ganar laureles sin preocuparse por las consecuencias generales. Los indios merodeaban por la noche el campamento de Harrison, manteniendo a los centinelas en constante alerta. Al fin, un joven guerrero fue demasiado lejos. La noche del 10 de octubre, fría y nubosa, se arrastró entre los matorrales empapados hasta el campamento de Harrison. Disparó a un centinela desprevenido en los muslos y escapó. Un segundo vigía apuntó al fogonazo del mosquete, pero su arma falló dos veces. Se desató un pandemónium. Los centinelas, nerviosos, dispararon a los milicianos a caballo. Los dragones peinaron los bosques, mientras buscaban en vano cualquier rastro de los indios. Los soldados de a pie avanzaban a oscuras, buscando como podían los puestos que se les habían asignado. El gobernador Harrison cabalgó por las líneas hasta el amanecer, «animando a la tropa a cumplir su deber en caso de que nos atacasen». **[9]**

El solitario guerrero indio no solo había provocado la alarma en el ejército de Harrison; también había condenado a Villa del Profeta a una represalia. Harrison dio por hecho que Tenskwatawa había ordenado hostigar el campamento, lo cual había provocado un centinela herido. Su intento de aparentar indignación más bien resonaba como una expresión de hiperbólica satisfacción: «Los poderes que me concedisteis en vuestra última carta y las circunstancias ocurridas aquí en este mismo momento reclaman medidas de índole más enérgica», dijo al secretario Eustis. Y añadió: «siempre he supuesto que el Profeta era un hombre precipitado y presuntuoso, pero esto excede lo esperado. No se ha contentado con arrojar el guante; ha comenzado él mismo la guerra». **[10]**

Resulta ridículo pensar que Tenskwatawa arriesgase Villa del Profeta y seis años de trabajo ganando conversos para infligir unas pocas bajas en el campamento de Harrison. Pero el Profeta no podía controlar a los guerreros, jóvenes e indómitos, de las tribus occidentales. Ansiaban luchar y, como confesaría más tarde el jefe ottawa Shabbona, habían subestimado de forma lastimosa a los Cuchillos Largos. «Si cruzan el Wabash, les arrancaremos las cabelleras y les echaremos al río –se jactaban los guerreros–. No saben nadar. Su pólvora se mojará. Los peces se comerán sus cuerpos. Habrá huesos de hombres blancos en todos los arenales del río. Su carne cebará a los buitres. Esos soldados blancos no son guerreros. Sus

manos son suaves. Sus rostros blancos. La mitad de ellos se dedica a vender calicó. La otra mitad solo es capaz de disparar a ardillas. No podrán resistir contra hombres». [11]

Villa del Profeta estaba sumida en esta fiebre belicosa cuando llegaron los emisarios delaware del gobernador Harrison. Tenskwatawa, que nunca se había caracterizado por su autocontrol, sucumbió al fin a la fiebre guerrera; es evidente que sentía confianza renovada en la inviolabilidad de su magia. Al fin y al cabo, había engañado a Harrison; había creado el sol negro cuando el gobernador le desafió a que obrase un milagro. Más tarde, el ingenuo Harrison le había proporcionado alimento para sus seguidores hambrientos. Quizá el Señor de la Vida volviera a favorecer a Tenskwatawa a costa de Harrison. Así, mientras los jóvenes se entregaban a sus danzas guerreras, Tenskwatawa se comunicó con el Señor de la Vida, pero no sin antes declarar que quemaría al primer prisionero estadounidense capturado. Además, los discípulos de Tenskwatawa maltrataron a los emisarios delaware.

La advertencia de Tecumseh de no provocar una guerra se perdió en la bravuconería tempestuosa que invadió Villa del Profeta. [12]

❖

El maltrato que Tenskwatawa infligió a los enviados delaware exasperó a Harrison. «No puedo explicar la conducta del Profeta de acuerdo con ningún principio racional», escribió a Eustis. Por tanto, «ya no queda más que imponerle un castigo, y esto es lo que recibirá». El 29 de octubre, Harrison abandonó Fort Harrison y marchó con cautela en dirección norte. En lugar de seguir la vieja senda india que seguía la orilla sudeste del Wabash, vadeó el río y dio un rodeo por las praderas hacia Villa del Profeta. En la fría y lluviosa mañana del 1 de noviembre, el ejército de Harrison cruzó el río Little Vermillion y entró en tierra india, en la cual, según las cláusulas de todos los tratados negociados hasta la fecha, los indios eran libres de congregarse como les placiera, sujetos solo a la aceptación de las tribus de las inmediaciones, y bajo la condición de que no cometieran actos violentos contra los colonos blancos establecidos legalmente.

Es evidente que, una vez descartada la dudosa pretensión de que el Profeta estaba detrás de las recientes incursiones en los territorios de Illinois e Indiana, Harrison era el agresor. Tal vez para eludir las objeciones de sus adversarios políticos, hizo un último intento por evitar el derramamiento de sangre. Antes de franquear el Wabash, impuso a los jefes delawares que enviasen a tres o cuatro hombres con otro mensaje para el Profeta, misión que tuvo el respaldo de los

miamis, y a la que también contribuyeron dos docenas de jefes y guerreros. Las condiciones propuestas por Harrison equivalían a renunciar a todo aquello por lo que luchaban los hermanos shawnees. Los winnebagos, potawatomis y kickapoos, que constituían tres cuartas partes de la población de guerreros de Villa del Profeta, deberían regresar a sus respectivas tribus. El Profeta debería entregar los caballos robados que Harrison daba por hecho que tenía y denunciar a los «asesinos de nuestros ciudadanos» o presentar «pruebas satisfactorias de que no están bajo su control». [13]

La tropa de delawares y miamis entró en una comunidad india roída por los conflictos internos. Los potawatomis estaban divididos entre la pequeña y moderada facción de Shabbona y un gran contingente bajo el mando del jefe Wabaunsee, el cual había dado muestras de su deseo de matar hombres blancos dos días antes, cuando había nadado hasta una barcaza del ejército que navegaba por el Wabash y había matado y arrancado la cabellera a un tripulante. Por su parte, los winnebagos ansiaban combatir, los kickapoos estaban dispuestos a tomar las armas si era necesario y el contingente de wyandot del jefe Cabeza Redonda haría lo que decidiera el Profeta shawnee.

Tenskwatawa, dividido entre facciones, trató de ganar tiempo. Esperaba que Harrison llegase por la orilla sudeste del Wabash, al otro lado de la aldea. Con el río como barrera, Tenskwatawa pensaba detenerle hasta que llegasen los guerreros wyandot y ojibwas, a los que se esperaba procedentes del Territorio de Míchigan. También aceptó celebrar consejo. Pero, para su desgracia, los delawares y los miamis ignoraban que Harrison había cruzado el Wabash. Salvo algunos miamis que habían decidido unir sus destinos a los del Profeta, los emisarios vadearon el Wabash bajo una intensa y helada lluvia y comenzaron a seguir la orilla equivocada. Harrison no volvería a verlos hasta varios meses más tarde. [14]

❖

Es evidente que entre los poderes que el Señor de la Vida había concedido a Tenskwatawa no se incluía el don de la omnisciencia. La lúgubre y gélida tarde del 6 de noviembre, el Profeta quedó tan sorprendido como el más miope de sus seguidores cuando los exploradores indios llegaron a toda prisa a Villa del Profeta y reportaron que los Cuchillos Largos venían por los bosques del sudoeste de la aldea, entre el mosaico de quebradas cubiertas de hojarasca, las praderas embarradas y los pelados bosques otoñales. Los guerreros corrieron a ocupar los reductos de troncos que rodeaban la

aldea o desplegarse en los pastos situados más allá para enfrentarse al enemigo a campo abierto. Mujeres, niños y ancianos cruzaron el Wabash en canoas y balsas para ponerse a salvo. A los Cuchillos Largos, les pareció el momento ideal para un asalto. [15]

Tenskwatawa recurrió a un subterfugio para salvar su aldea. No cabe duda de que no veía nada inmoral en el engaño: a su modo de ver, los estadounidenses habían precipitado el conflicto. «¿Quién comenzó el conflicto?», preguntó, de forma retórica, a un cargo gubernamental. «¿Acaso no vino el general Harrison a mi aldea? Si yo hubiera ido a vosotros, me podríais haber acusado, pero vosotros vinisteis a mi aldea; por esto estáis furiosos conmigo». [16]

A petición de Tenskwatawa, varios jefes partieron de Villa del Profeta y se dirigieron al galope hacia el ejército de Harrison, que ya se desplegaba en línea de batalla en una pradera de hierba alta a apenas ciento cincuenta metros de las fortificaciones indias. Mientras las tropas empuñaban sus mosquetes y esperaban la orden de tomar la aldea, el gobernador Harrison celebró un consejo improvisado con los representantes del Profeta. Los indios expresaron sorpresa por el rápido avance, pues los delawares y los miamis habían asegurado a Tenskwatawa que Harrison no se movería de su campamento hasta recibir su respuesta. Los jefes garantizaron a Harrison que Tenskwatawa quería evitar el derramamiento de sangre. ¿Aceptaría el gobernador reunirse al día siguiente con el Profeta? Para decepción del ejército, Harrison aceptó, y no solo eso, sino que también aprobó la sugerencia india de acampar esa noche en un cerro cubierto de robledales situado un kilómetro al noroeste de Villa del Profeta, en un punto claramente visible desde la aldea. El intérprete Joseph Barron previó que habría problemas. «Desconfié de los indios desde el mismo momento de nuestra llegada y le dije [a Harrison] que era difícil que pudiera confiar en sus afirmaciones. Estaba en contra del lugar escogido para acampar. Vi que la situación no era lo que parecía, y sabía, debido a mi larga experiencia con los indios, que estos consideran honorables estas añagazas de guerra». [17]

Mientras Barron se inquietaba y los Cuchillos Largos se disponían a pasar la noche, Tenskwatawa y los jefes de guerra se reunieron bajo el crepúsculo de una noche de noviembre que prometía ser oscura, fría, ventosa y lluviosa. El tema de debate era si debían lanzar un ataque nocturno por sorpresa o conferenciar con Harrison por la mañana. Tenskwatawa había engañado al gobernador, pero no con respecto a sus preferencias, que ante el enemigo tendían a ser pacíficas, sino porque no había mencionado la beligerancia de los jefes guerreros. Fue entonces cuando sus diferencias se pusieron de manifiesto. Los

winnebagos exigían una acción inmediata y los jefes de guerra esperaban que Tecumseh les proporcionase la protección divina esencial para la victoria. La bravuconería de Tenskwatawa ante los enviados delaware había limitado sus opciones. El Profeta, a regañadientes, se retiró a comulgar con el Señor de la Vida. Transcurrido un intervalo conveniente, salió de su *wigwam* con un collar de pezuñas de ciervo y con una hilera de cuencas sagradas en la mano, y anunció una sarta de milagros y un plan de acción. [18]

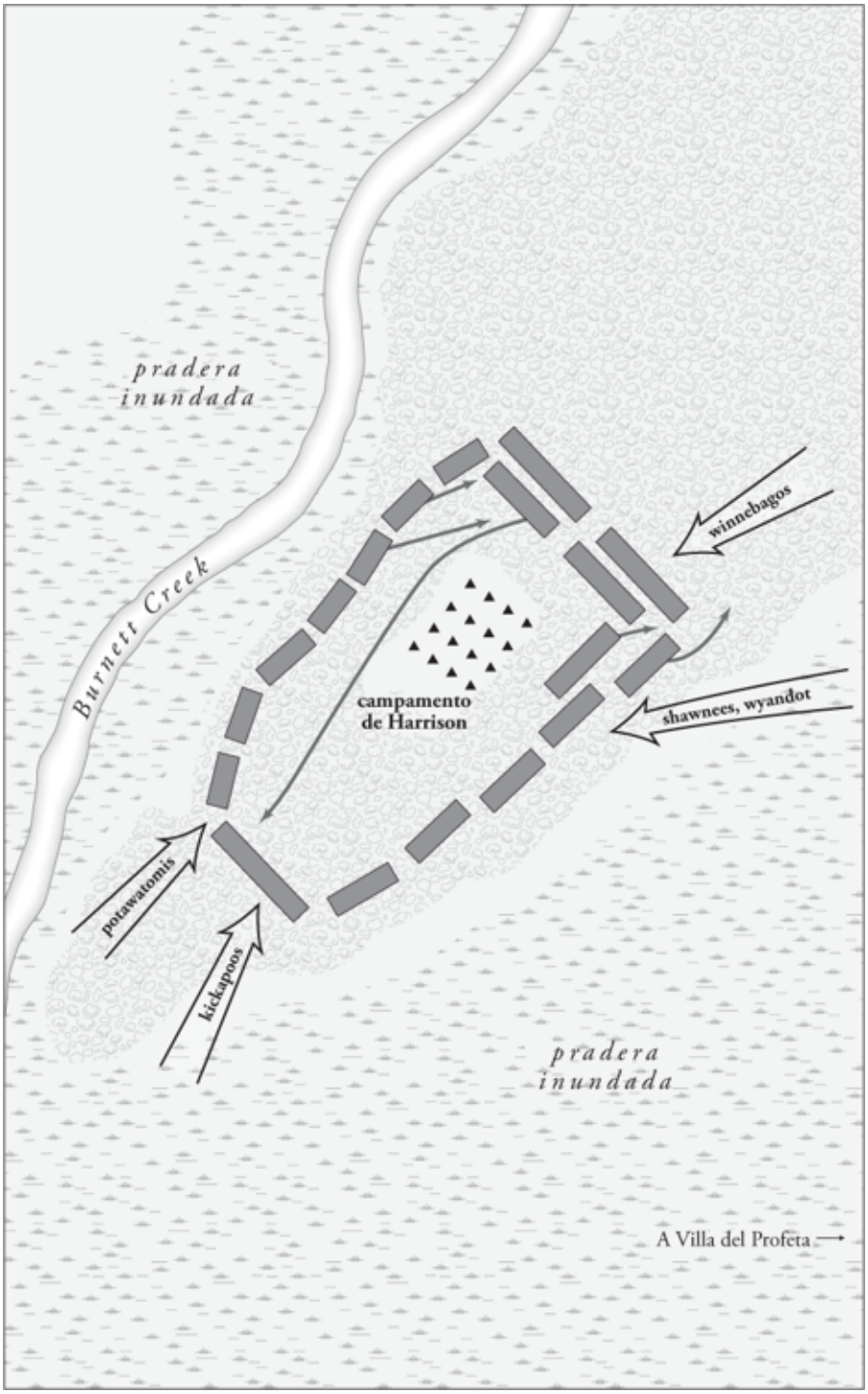
La batalla, anunció, debía librarse aquella noche. El Señor de la Vida había conferido a Tenskwatawa el poder de sembrar el caos en las líneas estadounidenses. Una oscuridad impenetrable escudaría a los indios de los Cuchillos Largos, pero Tenskwatawa proporcionaría luz «como la del sol de mediodía» para guiar a los guerreros e iluminar a los estupefactos estadounidenses. Su magia también dejaría inservibles sus mosquetes. El triunfo indio sería tan completo como la masacre del ejército de Arthur St. Clair de hacía dos décadas. Tenskwatawa, recordó a Shabbona, «nos prometió alforjas llenas de cabelleras, y un fusil por guerrero, y muchos caballos». Además, cada mujer «tendría uno de los guerreros blancos para utilizarlo como esclavo o para tratarlo como le placiera». Mas la victoria dependería de que los guerreros matasen al gobernador Harrison. El Señor de la Vida exigía su muerte. Cuando este cayera, los soldados supervivientes, «correrían a esconderse en la hierba como si fueran codornices jóvenes –insistió Tenskwatawa– Entonces, quedaréis en posesión de su campamento y de toda su impedimenta, y podréis abatir a los hombres con sus propios fusiles desde los árboles. Pero, por encima de todo, debéis matar al gran jefe». [19]

Shabbona dijo que se designó a cien guerreros kickapoo para encontrar y matar a Harrison. Estos le reconocerían por el caballo blanco que solía montar. Tenskwatawa se retiró con esos hombres a la gran casa del consejo para instruirles en su misión crucial. Deberían reptar como serpientes por la hierba de la pradera, eliminar a los centinelas estadounidenses y, a continuación, infiltrarse hasta la tienda de Harrison. Si los centinelas los detectaban, debían «lanzarse con audacia y matar al gran jefe de guerra de los blancos». Si los kickapoos no lograban matar a Harrison, la batalla se perdería. Tal era lo que el Señor de la Vida había comunicado a Tenskwatawa y esto fue lo que, dijo Shabbona, «todos los indios creyeron». Tenskwatawa se retiró a una pequeña altura cercana a Villa del Profeta a orar –es posible que por su persona– y a observar el choque inminente, una vez dejó en manos de sus jefes guerreros la ejecución de su plan. [20]

Pasada la medianoche, los comandantes indios condujeron a sus

guerreros a través de la pradera. Un áspero viento azotaba el campo abierto. La lluvia caía fría y copiosa. El avance era lento, con frecuentes separaciones en las tortuosas hileras de guerreros. Una vez ejecutado el asalto de la tienda de Harrison decidido por Tenskwatawa, los jefes de guerra atacarían a la usanza habitual. Envolverían el campamento estadounidense entre los cuernos de una formación india en media luna. Los kickapoos, que encabezaban la marcha, formarían el cuerno derecho, y los winnebagos, que formaban la retaguardia, formarían el cuerno izquierdo. Los potawatomis y otros contingentes indios formarían la base de la media luna. Después de que los infiltrados kickapoo matasen a Harrison, comenzaría el asalto general. Los indios se comunicarían en el campo de batalla con silbatos de hueso y cascabeles hechos de pezuñas secas de ciervo. [21]

Los Cuchillos Largos ocupaban un trapezoide compacto y poco profundo en el cerro arbolado en el que los indios habían recomendado acampar a Harrison. El terreno, que se elevaba apenas tres metros por encima de la pradera pantanosa, era demasiado bajo para ofrecer ninguna ventaja defensiva real. Pero era duro, y un arroyo que fluía tras el cerro proporcionaba a los soldados abundante agua dulce. La línea frontal de Harrison, orientada hacia Villa del Profeta, se extendía unos ciento cincuenta metros, al igual que la línea de retaguardia, orientada al arroyo. El flanco izquierdo tenía unos setenta metros de largo y el derecho unos cincuenta. La tienda de Harrison se hallaba entre unos robles sin hojas en el centro izquierda de la posición estadounidense. Los milicianos dormían en fila de a uno al raso o bajo cobertizos improvisados, con los mosquetes cargados y las bayonetas caladas. Los regulares se acurrucaban en tiendas plantadas en la línea de tiro. Tras ellos, ardían enormes hogueras. Las tropas se turnaban para calentarse y secar sus armas. El campamento estaba rodeado de centinelas. Aun así, era dudoso que fueran capaces de avistar a un enemigo que se acercase. «La noche fue la más negra que jamás hubiera visto –recordó un teniente del ejército regular–. Soplaba el viento, hacía frío, y caía una lluvia torrencial». [22]



Mapa 8: la batalla de Tippecanoe, 7 de noviembre de 1811

Quinientos guerreros se acercaron al cerro del robledal, confiados en la fuerza de su magia. Las negras nubes de lluvia habían cumplido una de las predicciones del Profeta, y las hogueras estadounidenses la otra. Las llamas dificultarían la visibilidad de los Cuchillos Largos, cuyas siluetas se recortarían a la vista de los guerreros asaltantes. Pero los indios malbarataron su ventaja. Los kickapoos, ansiosos por llegar primero, se adelantaron. A las cuatro y media de la madrugada se situaron frente al flanco sur de Harrison y se acercaron a la línea estadounidense mientras los potawatomis, winnebagos y las otras tribus seguían avanzando a duras penas a través de la pradera. Shabbona recordó con disgusto el momento inicial del combate:

> Los hombres que debían arrastrarse sobre sus vientres hasta el campo fueron vistos en la hierba por un hombre blanco que tenía los ojos como los de un búho; este disparó y dio en el blanco. El indio no era valiente. Gritó. Debería haber guardado silencio y morir. Entonces los otros hombres dispararon. Los demás indios fueron necios. Saltaron de la hierba y comenzaron a gritar. Creyeron lo que se les había dicho, que el hombre blanco saldría corriendo en cuanto escuchase un ruido en la noche. Así, muchos indios que se habían arrastrado muy cerca del campamento para tomar cabelleras cuando los blancos huyeran, comenzaron a aullar como lobos, gatos salvajes y autillos; pero no lograron que el hombre blanco huyera. [23]

Shabbona estaba siendo demasiado duro con sus hermanos kickapoos. El comandante de los centinelas estadounidenses perdió dos muertos y varios heridos en los primeros momentos de la batalla. Los kickapoos se lanzaron hacia la tienda de Harrison y los centinelas supervivientes se dispersaron, algunos arrojando sus mosquetes. Estuvieron a punto de sucumbir dos compañías de regulares, pero Harrison escapó a la muerte pues montaba un bayo en lugar del caballo blanco que los indios esperaban que cabalgase. Desplegó sus tropas para detener el asalto de los kickapoos y ordenó apagar las hogueras. Los kickapoos se retiraron tras unos grandes robles y los soldados dieron caza y mataron a los guerreros que se habían lanzado en busca de la tienda de Harrison. [24]

Los potawatomis llegaron por la izquierda de los kickapoos. Los winnebagos atacaron el flanco norte de Harrison quince minutos

después. Tras esquivar la estampida de ganado y caballos del campamento estadounidense, los shawnees, wyandot y los demás indios abrieron fuego contra la línea de Harrison. Hacia las cinco de la mañana el combate era general. Los fogonazos de los mosquetes iluminaban la noche lluviosa, mostrando figuras indias furtivas que iban de un árbol a otro. Los soldados se agazapaban junto al hombre más cercano, ignorantes de que había caído. «Los horrores de aquel choque sanguinario desafían mi capacidad de describirlos –confesó un regular–. Los horrendos alaridos de los salvajes, el rugido tremendo de la mosquetería, los gritos agónicos de heridos y moribundos, se mezclaban en una barahúnda tumultuosa, formaban una escena mucho más fácil de imaginar que de describir». A menudo, era imposible distinguir amigos de enemigos. Shabbona, agazapado tras un roble, vio a un guerrero delaware pasar junto a los soldados en dirección a una hoguera que todavía ardía; su mosquete no funcionaba, y quería reparar la llave del fusil a la luz de la llama. Un miliciano al que Shabbona conocía alzó su mosquete para despachar al delaware. Shabbona trató de abatir primero al Cuchillo Largo, pero un portaestandarte desplegó su bandera entre el potawatomi y su víctima, bloqueando el tiro. Shabbona escuchó el mosquete del miliciano, y vio caer al delaware. «Pensé que estaba muerto. El hombre blanco también lo pensó, y corrió hacia él con un cuchillo. Quería la cabellera del delaware. Pero, tan pronto como llegó junto al delaware, este saltó y huyó a la carrera. Tan solo había perdido una oreja». Shabbona, que no buscaba ni cabelleras ni gloria, optó por no asaltar las líneas estadounidenses. Los potawatomis eran más decididos. Un teniente del ejército que se enfrentó a ellos recordó lo difícil que fue desalojarles: «Los indios lucharon a la desesperada; corrían en grupo hacia las líneas entre horrendos alaridos. Cuando se les rechazaba, permanecían en perfecto silencio unos pocos segundos, pero luego hacían silbar un instrumento y comenzaban de nuevo el asalto, mientras otros se arrastraban a gatas hasta las líneas y se situaban tras los árboles para apoyarles».

Joseph Barron comprendía el significado de las breves pausas entre asalto y asalto; cada vez que caía un guerrero, los líderes más cercanos a este cejaban su clamor. Cuando la oscuridad comenzó a fundirse en un amanecer teñido de pólvora gris y las líneas de Harrison se mantenían, las interrupciones se hicieron más frecuentes. A las siete de la mañana, el amanecer disolvió las sombras y la moral india comenzó a flaquear. «Nuestros guerreros vieron que el gran plan del Profeta había fracasado; el gran jefe blanco cabalgaba sin temor entre sus tropas a pesar de las balas, con lo que sus corazones se fundieron»,

recordó Shabbona. «Después de esto […] nuestros hombres se dispersaron y buscaron escapar».

❖

Es posible que Shabbona exagerase el impacto de la supervivencia del gobernador Harrison sobre la determinación de los indios. Al contrario que Shabbona, que era un ottawa, muchos potawatomis creían estar a punto de obtener la victoria, pese a que Harrison había escapado, y atribuyeron su fracaso a la falta de pólvora y plomo. A la mayoría tan solo les quedaban unas pocas balas. En todo caso, el contraataque de la infantería expulsó a los indios a punta de bayoneta. Los dragones les persiguieron a sablazos hasta los cenagales situados más allá del cerro. Los guerreros más lentos sufrieron un crudo destino. Un miliciano de Indiana vio a un indio herido, en pie en mitad de la pradera inundada, que avanzaba trastabillándose hacia el bosque que rodeaba Villa del Profeta. Un momento después, un miembro de su compañía descendió a la carrera del cerro y le mató. Cuatro brutales voluntarios de Kentucky cruzaron la pradera para hacerse con su trofeo de guerra. Dividieron la cabellera del guerrero en cuatro piezas. «Cada uno de ellos abrió un agujero en su trozo, introdujo su baqueta por él y colocó su parte de la cabellera en el primer guardacabo del mosquete, cerca de la bocacha. Tal fue el destino de casi todos los indios hallados muertos en el campo de batalla, y tal fue la suerte que corrieron sus cabelleras». [25]

Tenskwatawa no participó en la batalla de Tippecanoe. Situado en una colina fuera del alcance de las balas estadounidenses, pasó la madrugada entregado a sus invocaciones, instando al Señor de la Vida a cumplir su promesa de victoria. Cuando los guerreros se retiraron, Tenskwatawa huyó a Villa del Profeta, donde estos, furiosos, clamaron contra su magia impotente. Los winnebagos, que desde hacía mucho tiempo eran sus seguidores más devotos, habían sufrido bajas desproporcionadamente elevadas, entre las que se incluía su jefe de guerra. Fueron a buscar a Tenskwatawa, y, blandiendo sus mazas de guerra sobre sus cabezas, exigieron saber por qué les había hecho creer que «la gente blanca estaba muerta o demente, cuando, en realidad, todos estaban en sus cabales y combatieron como demonios».

Tenskwatawa pensó con rapidez. La culpabilidad de la derrota, dijo, no era suya, sino de una de sus esposas, que no le había dicho que estaba menstruando. Todos los guerreros sabían que la sangre menstrual podía anular la magia más fuerte del hombre; en consecuencia, las mujeres con menstruación tenían prohibido tocar objetos sagrados. Pero la necia mujer no se lo había dicho a

Tenskwatawa, y este le había permitido asistirle en sus plegarias y manipuló sus collares de cuentas sagradas. Si los winnebagos y los demás guerreros se reagrupaban, Tenskwatawa limpiaría los sacramentos y volvería a hacer su magia, y garantizaría la victoria sobre los Cuchillos Largos. Los winnebagos le mostraron su desprecio, pero respetaron su vida por temor a que matarle provocase que la divinidad les causara la muerte, y se unieron al éxodo general de Villa del Profeta. Tenskwatawa también abandonó su aldea sagrada, con su reputación manchada pero todavía en pie. [26]

Harrison se conformó con dejar marcharse a los indios. Había sufrido pérdidas importantes, 62 muertos y 126 heridos, esto es, casi un 20 % de sus efectivos. El 8 de noviembre, sus hambrientas tropas entraron en Villa del Profeta. Tras atiborrarse y colmar sus mochilas con los víveres abandonados por los indios, quemaron la aldea y cinco mil fanegas de maíz que estos habían almacenado para el invierno. A la tarde siguiente, Harrison comenzó la marcha de retorno. La temperatura se desplomó. Los carromatos transportaban a los heridos entre sacudidas por la pradera cubierta de resbaladizo hielo. Los soldados, embarrados y agotados, caminaban en filas desordenadas. Vincennes no presenciaría un desfile de la victoria.

Es difícil calcular las bajas indias en Tippecanoe. Es posible que fluctuaran entre los veinticinco y los treinta y seis muertos y quizá el doble de heridos. Harrison se apresuró a presentar la batalla como un asombroso triunfo, pero, antes incluso de que se secase la tinta de su informe, surgieron voces discordantes. El agente indio John Johnston concluyó, a raíz de los relatos indios de Tippecanoe que «el general ha sido superado por el mando indio, lo cual es tanto más extraordinario cuando se considera que conoce su historia y carácter desde hace mucho tiempo». Matthew Elliott, en conversación con un jefe kickapoo que había estado en la acción de Tippecanoe, reportó que «el Profeta y su gente no parecen ser un enemigo vencido». No obstante, a pesar de la optimista apreciación de Elliott, a Tenskwatawa le esperaban días difíciles. [27]

CAPÍTULO 17

DESDE LAS CENIZAS DE VILLA DEL PROFETA

La gira de Tecumseh por el viejo sudoeste había finalizado. Cuando partió, también se marchó el cometa que había iluminado su malhadada odisea. Los cielos se calmaron. El ciclo lunar continuó la senda predecible con la que los indios medían el paso del tiempo. La Luna Larga dejó paso a la Luna Excéntrica; luego esperaba su turno la Luna Severa. Pero, entonces, la tierra estalló.

Eran las 2:20 de la madrugada del 16 de diciembre de 1811, según la fecha del hombre blanco. Un sonido similar a una concentración de fuego de cañones, o el estallido repentino de enormes depósitos de pólvora, perturbó la quietud de la noche del Territorio de Luisiana. Un instante más tarde, la superficie de la tierra tembló, formó oleadas, se abrió. Ondulaciones horizontales, semejantes a enormes olas oceánicas, recorrieron kilómetros de distancia, haciéndose mayores según se fracturaban, expulsando arena, carbón y agua caliente a la altura de los árboles. Estallidos de luz danzaban por la tierra. Se alzó un oscuro vapor sulfuroso. Los árboles se inclinaron hacia la tierra, con las copas entrelazadas. El paisaje fue reconfigurado por enormes fisuras, corrimientos de tierra e inundaciones. En la aldea de Nuevo Madrid, epicentro del terremoto, las cabañas se desplomaron y el cementerio se hundió en el turbulento Misisipi. Los residentes se tambaleaban por las calles embarradas, estaban desorientados y vomitaban, a la espera del Juicio Final.

En la sacudida apocalíptica, de cinco minutos de duración, murieron menos de una docena de blancos, mas la tierra se tragó a siete indios. Uno de los que escaparon de la muerte dijo que fue succionado a la tierra hasta una profundidad de dos o tres árboles altos para luego ser expulsado por un torrente de agua. El guerrero vadeó o nadó seis kilómetros hasta que pudo alcanzar tierra firme. Su explicación del horroroso suceso fue que el Profeta shawnee había provocado el terremoto para barrer al hombre blanco.

El primer choque del terremoto de Nuevo Madrid, junto con la más fuerte de las casi tres mil réplicas que se prolongaron hasta marzo de 1812, se sintió en toda la nación. En Vincennes, la primera impresión de la esposa de un militar fue que los indios estaban tratando de entrar en la casa. Un hombre de Louisville estaba convencido de que unas brujas intentaban derrumbar su casa de ladrillo. En el interior rural de Kentucky, un predicador corrió a la calle en camisón, mientras gritaba: «¡Ya viene mi Jesús!». Su esposa le imploró que no la abandonase. El clérigo, en éxtasis, replicó: «¡Cuando viene el Señor, no espero a nadie!».

Los prolongados temblores dieron lugar a una activa literatura milenarista de frontera que afirmaba que el fin «del mal en el mundo estaba cerca». Muchos estaban de acuerdo con esta idea. «Hemos tenido un gran número de terremotos en este lugar», escribió a su senador un moderado habitante de Ohio central en las postrimerías de febrero de 1812. «Los crédulos y los supersticiosos piensan que está muy cerca el momento de que suene la última trompeta». [1]

Los indios interpretaron la violencia de la madre tierra como una muestra de la ira divina. Tanto la causa como la respuesta que debía darse variaban mucho. El temblor hizo progresar la causa de Tecumseh entre los creek septentrionales, muchos de los cuales creyeron que la furia del Señor de la Vida era consecuencia de que rechazasen a los hermanos shawnees. Entre los cheroquis surgió un clamor, independiente de las prédicas de Tecumseh, a favor de la recuperación de las antiguas tradiciones. Más cerca de su hogar, los seísmos aceleraron el retorno de los guerreros asustados y furiosos bajo la égida de Tenskwatawa. Como explicó un jefe indio amistoso a un blanco de Ohio «los recientes terremotos se deben a que el Gran Espíritu no estaba complacido de que la gente blanca tomase posesión de tanto territorio indio y que hubiera matado a tantos indios en el Wabash».

Cuando los primeros choques del territorio de Nuevo Madrid convulsionaron la tierra, lo más probable es que Tecumseh ya hubiera cruzado el Misisipi y entrado en el país de los shawnees occidentales y de los osages. Un blanco que vivía entre estos últimos sostenía que el terremoto llenó a aquel pueblo orgulloso y depredador «de un gran terror […] La mayoría pensó que el Gran Espíritu, enfurecido con la humanidad, se disponía a destruir el mundo». Los shawnees occidentales también estaban temerosos. Tecumseh aprovechó su inquietud para pedir a la gente de su tribu que regresara al este y se uniera a la confederación y a la religión de Tenskwatawa, pero, a pesar de la furia celestial, no querían saber nada de los hermanos

shawnees. Aunque los tiempos eran ahora más duros, al menos la mayoría vivía en casas sólidas de troncos, poseían puercos, gallinas y caballos, y la mayoría de sus vecinos estadounidenses seguían tratándolos bien. «Siempre he admirado a los shawnees –dijo un periodista que viajó por sus aldeas del Misisipi a comienzos de 1811–. Poseen una generosidad, refinamiento y coraje que honraría a cualquier pueblo sobre la tierra [y] sus vecinos blancos hablan en términos favorables de su sobriedad y su correcto comportamiento».

Tras el terremoto, los shawnees occidentales revivieron un rito obsoleto, en el que Tecumseh no tenía cabida, para propiciar al Señor de la Vida. Erigieron una pequeña choza sacrificial y se dispersaron por el bosque a la caza del ciervo. Una vez retornados con su presa, los guerreros se sometieron a un ritual de limpieza, despellejaron los venados y suspendieron los cuerpos de sus patas delanteras, de modo que las cabezas apuntasen al cielo, como ofrenda al Gran Espíritu. Siguieron tres días de ayuno. Los hombres se abstuvieron de forma rigurosa de todo trato carnal para evitar que el poder femenino les causara la muerte de inmediato. Rezaron por la absolución de sus pecados y el bienestar de sus familias. Los shawnees, convencidos de haber obtenido el perdón, consumieron alegres el ciervo sacrificado y, a continuación, fornicaron. [2]

Tecumseh, decepcionado por sus hermanos shawnees, se esforzó por reclutar seguidores entre los delawares que se habían reasentado en las inmediaciones. Estos también le rechazaron. Tan solo le quedaban los osages. Las posibilidades de ganar una audiencia entre la tribu, tradicionalmente hostil, parecían buenas. Aunque los osages y los shawnees occidentales no firmaron la paz formal hasta mayo de 1812, al menos podían reunirse sin arrancarse las cabelleras los unos a los otros, como atestiguó el naturalista John James Audubon, quien estableció su campamento de invierno en su territorio. Audubon, quien se había trasladado con su familia al oeste del Misisipi, estaba haciendo trabajo de campo entre los indios, por los cuales llegó a tener una genuina afinidad. Aunque no existe ninguna evidencia que sugiera que los caminos de Tecumseh y Audubon se cruzaran, este último acogía de forma simultánea a visitantes osage y shawnee occidentales. Se formó una muy buena opinión de los osages, a los que describió como hombres «atléticos, bien formados, de un aspecto más noble que el de los [shawnees], de los cuales se mantienen separados». En opinión de Audubon, demasiado contacto con los blancos había «rebajado» a los shawnees occidentales, los cuales «se avenían a matar zarigüeyas e incluso pavos salvajes para su subsistencia» y que, al contrario que los «robustos» osages, no toleraban bien el frío y eran

menos hábiles con el arco y las flechas. [3]

No cabía duda de que los osages serían un excelente refuerzo para la causa de los hermanos shawnees. Pero ganárselos no iba a ser fácil. Le concedieron audiencia a Tecumseh, es probable que a finales de diciembre de 1811, pero su estado de ánimo era difícil de calibrar. Los osages se habían reconciliado con los shawnees occidentales, pero su relación con los estadounidenses era turbulenta. Tres años antes, habían firmado un tratado que cedía una gran porción a cambio de lo habitual: una pequeña suma de efectivo y anualidades. El remordimiento de los vendedores amenazaba ahora con dividir a la tribu en dos bandos. Como observó el factor del gobierno a finales de 1811, los osages «andan muy enfrascados en las envidias e intrigas de sus principales guerreros, y por la falta de energía y decisión de los jefes». Tales circunstancias favorecían a Tecumseh, pues su llamamiento a la unidad gustaba a guerreros ansiosos de ganar reputación. Para tener éxito, debía separarles de los ancianos jefes moderados, algunos de los cuales estaban comprometidos por una relación demasiado estrecha con el gobierno estadounidense.

Tecumseh se dirigió a un consejo que, según el cautivo estadounidense John D. Hunter, fue el más concurrido consejo osage que jamás hubiera testimoniado. El jefe shawnee se olvidó de sus decepciones y se centró en su misión. Si hemos de creer a Hunter –y el peso de la evidencia, por más circunstancial que fuera, obra a su favor– Tecumseh dio el discurso de su vida. Habló con «pasajes largos, elocuentes y patéticos» que, al parecer, perdían al ser traducidos. «Desearía poder ser capaz de hacer justicia a la elocuencia de este distinguido hombre, pero es del todo imposible», confesó Hunter. El discurso de Tecumseh le dejó una impresión indeleble. Una década más tarde reprodujo la oratoria del shawnee con toda la fidelidad que le permitió la memoria.

Tecumseh recorrió su audiencia con una mirada de simpatía en sus ojos oscuros y penetrantes. Se hizo entonces un silencio expectante de varios minutos. Luego comenzó. Habló en primer lugar de la unicidad de todos los indios –un concepto ajeno para las tribus del oeste del Misisipi– y de la necesidad de unirse contra los estadounidenses. «Nada –sostenía Tecumseh–, les pacificará, salvo la destrucción de todos los hombres de piel roja». Tras poner cuidado en diferenciar entre los británicos, su «Gran Padre de más allá de las grandes aguas», que estaba dispuesto a auxiliar a los indios, y los avariciosos Cuchillos Largos, que solo buscaban su aniquilación, Tecumseh presentó a los osages una breve historia del ascenso de los estadounidenses a expensas de los indios.

> ¡Hermanos! Cuando los blancos [los estadounidenses] pusieron pie en nuestras tierras por primera vez, estaban hambrientos; no tenían lugar donde extender sus mantas o atizar sus fuegos. Eran débiles; no podían hacer nada por sí mismos. Nuestros padres se apiadaron de su miseria y compartieron con ellos libremente todo cuanto el Gran Espíritu había dado a sus hijos de piel roja. Les dieron alimento cuando estaban hambrientos, medicina cuando enfermaban, les tendieron pieles donde dormir, y les dieron terrenos donde cazar y plantar maíz.
>
> ¡Hermanos! La gente blanca es como serpientes venenosas; cuando tienen frío, son débiles e inofensivos, pero el calor les revigoriza, y entonces muerden y matan a sus benefactores. La gente blanca vino débil a nosotros; y ahora que les hemos hecho fuertes, quieren matarnos, o expulsarnos, como harían con lobos y pumas.

Todo intento de alcanzar un acuerdo amistoso había fracasado porque los estadounidenses despreciaban, engañaban y abusaban de los indios. «Mi gente deseaba la paz; todos los hombres de piel roja desean la paz –enfatizó Tecumseh–. Pero allí donde haya gente blanca, no habrá paz para ellos salvo en el regazo de nuestra madre». Tecumseh, tras interpretar el terremoto como una señal de esperanza, continuó: «¡Hermanos! El Gran Espíritu está furioso con nuestros enemigos; habla truenos, y la tierra engulle aldeas y se bebe el Misisipi. Las grandes aguas cubrirán sus tierras bajas; su maíz no crecerá; y el Gran Espíritu barrerá aquellos que escapen a las alturas con su hálito terrible».

Ahora era el momento de resistir como si fueran uno. Los osages estaban en un error si pensaban que la amenaza estadounidense era lejana y manejable. «Si no os unís a nosotros, primero nos destruirán a nosotros, y luego vosotros caeréis como una presa fácil –predijo Tecumseh, quien cerró con un apasionado llamamiento a la solidaridad–: ¡Hermanos! Debemos estar unidos; debemos fumar la misma pipa; debemos librar las batallas del otro; y, por encima de todo, debemos amar al Gran Espíritu; él nos favorece; él destruirá a nuestros enemigos y hará felices a sus hijos de piel roja».

La oratoria de Tecumseh impresionó a los jefes osages, que se retiraron varios días a considerar la propuesta. Cuando el consejo volvió a reunirse, le comunicaron la decisión: un rotundo rechazo. La autoridad de los jefes ancianos se mantenía. Ningún guerrero osage acompañó a Tecumseh cuando este partió de su territorio. [4]

Era un duro golpe, pero Tecumseh perseveró. Viró al norte y luego

al este a través de lo que hoy sería el sur de Wisconsin y el norte de Illinois para visitar a aliados indecisos en un territorio en el que la influencia británica se hacía sentir de forma más inmediata. Es probable que fuera entonces cuando el shawnee recibió las primeras noticias de Tippecanoe. Estas nuevas supusieron un triste final para una misión de reclutamiento notable, pero sin apenas frutos, que se había prolongado seis meses y cuatro mil ochocientos kilómetros. Ningún líder indio había emprendido nunca antes un viaje tan extenso y peligroso en interés del panindianismo, y nunca nadie volvería a intentar algo semejante. Aparte de sembrar la semilla de la discordia entre los creek, que al cabo de un tiempo daría lugar a un sangriento conflicto interno y luego una guerra con los Estados Unidos, y atraer a un puñado de seguidores creek para el resto de sus viajes, Tecumseh no había conseguido nada en el viejo sudoeste. Y tampoco tuvo éxito con los shawnees occidentales, los emigrantes delaware, o los osages. A su paso por el Territorio de Illinois de regreso a casa, recibió una recepción más cálida de las tribus que se habían unido a los hermanos shawnees, pero esto era un pobre consuelo tras las humillaciones y decepciones soportadas. Y ahora se enfrentaba a un desafío a vida o muerte. Le esperaban grandes trabajos para, al menos, recuperar lo que se había perdido en las orillas del Wabash. [5]

El invierno llegó pronto al Territorio de Indiana. El frío implacable y entumecedor y los vientos cortantes azotaban a los cazadores indios que apenas podían alimentar a sus familias con una población de ciervos diezmada por la caza furtiva de los blancos y la sobreexplotación de los cazaderos. Las reservas de maíz con las que contaba la gente de Tenskwatawa para pasar los magros meses de invierno habían ardido en Tippecanoe junto con sus hogares. Un invierno de miseria era una certeza y el hambre un peligro real. Después de que amainase su ira por la derrota, la mayoría de los seguidores de Tenskwatawa aceptaron su explicación del fracaso de su magia en Tippecanoe. Les bastaba con mirar sus cananas casi vacías para saber que ni el más hábil conjuro podría compensar la falta de pólvora y balas. Ante la escasez de alimento y la necesidad de cuidar de sus familias, muchos de los guerreros del oeste regresaron a sus aldeas. Lejos de sentirse vencidos, estaban ansiosos por reemprender la lid contra los Cuchillos Largos bajo el liderazgo de los hermanos shawnees.

Algunos guerreros fueron a Fort Harrison y Fort Wayne a mendigar comida para sus mujeres e hijos. A cambio, ofrecieron falsas promesas

de paz y amistad que funcionarios crédulos como John Johnston aceptaron de buen grado. «Nuestra última reunión con los indios en este puesto fue lo más amistosa que jamás haya presenciado», escribió a un amigo el agente indio a comienzos de diciembre. «A fin de evitar que prevalezca la inquietud entre nuestros conciudadanos, creo necesario observar que todos los relatos que nos han llegado concuerdan en que la guerra está cercana a su fin [y] que los indios estaban inmensamente furiosos contra el Profeta y dispuestos a destruirle». Es indudable que los jefes Tarhe, Pezuña Negra y Pequeña Tortuga despreciaban a Tenskwatawa –llegaron incluso a concebir un plan para asesinar al Profeta, que Johnston descartó por innecesario– pero su gente estaba hambrienta, y no podía darse por garantizada la lealtad de unos indios hambrientos.

❖

En 1812, William Henry Harrison presentó un jactancioso reporte en el que anunciaba una resonante victoria sobre el Profeta. Los diarios del territorio favorables al gobernador aseguraron a sus lectores que «la alianza de indios ha sido disuelta por completo, y el severo correctivo que han recibido les ha humillado de tal modo que están dispuestos a aceptar las condiciones que el gobierno considere adecuado imponer». El presidente Madison dio por válidos estos comentarios partidistas. En diciembre comunicó al Congreso que «era razonable esperar» que «la crítica derrota y dispersión de una coalición de salvajes» en Tippecanoe llevaría una paz duradera a la frontera. **[6]**

Madison era culpable del delito de confundir deseos con realidades. Esperaba tener paz con los indios porque el gobierno la necesitaba. Las relaciones con Gran Bretaña habían caído a su punto más bajo desde el asunto Chesapeake-Leopard de cinco años atrás. Gran Bretaña, todavía en guerra contra Napoleón, había impuesto un embargo naval de bienes con destino a Francia que había destrozado la navegación mercante estadounidense. Para tripular los buques de bloqueo y combatir a la flota francesa, Gran Bretaña reclutó a la fuerza marinos estadounidenses nacidos británicos. Además de estos agravios marítimos, Madison consideraba que el apoyo británico a los indios hostiles, e incluso Canadá, eran una amenaza a la expansión territorial de los Estados Unidos. Un pequeño pero activo grupo de congresistas de reciente nombramiento abogaba por la anexión violenta de la posesión británica y la extirpación de indios recalcitrantes como los hermanos shawnees.

La administración Madison, en respuesta a los denominados

«halcones de guerra», urgió a Harrison a enterrar el hacha de guerra con los indios a los que al parecer había vencido en Tippecanoe. Esto incluía invitar a Tecumseh y a Tenskwatawa a visitar la Casa Blanca y que experimentaran de primera mano «el sincero aprecio por sus hijos pieles rojas» del Gran Padre, o sintieran su ira si se negaban a enmendar sus actos. Harrison no presentó ninguna objeción oficial a la propuesta del presidente, pero es posible que en privado la despreciase por absurda. [7]

Tenskwatawa, ignorante de la repentina solicitud del Gran Padre, pasó el año nuevo viviendo en la miseria con cincuenta guerreros y sus familias en una pequeña aldea wyandot situada a quince kilómetros de los restos calcinados de Villa del Profeta. En un momento en particular brutal del invierno en las praderas llegaron a buscar caza a menos de sesenta kilómetros de Greenville, Ohio. Algunos de sus guerreros se jactaron ante otros indios de que matarían a cualquier blanco que se encontrasen. Pero, hasta que Tecumseh retornase de su hégira de seis meses, Tenskwatawa no quería problemas con nadie. [8]

❖

A finales de enero de 1812, Tecumseh entró en la aldea improvisada de Tenskwatawa. Es posible que la temperatura fuera inferior a cero, pero Tecumseh sentía hervir su interior. Si los hermanos sintieron algún placer en el reencuentro, este quedó eclipsado por la ira de Tecumseh a causa de la batalla de Tippecanoe. Convencido de que habría podido evitar el choque con engañosas garantías a Harrison, Tecumseh reprendió a Tenskwatawa por combatir antes de que sus planes «hubieran madurado lo suficiente».

Los enemigos de Tenskwatawa hicieron correr historias que decían que Tecumseh «le agarró del cabello y le sacudió con violencia», mostró desprecio por sus «falsas profecías y su cobardía», e incluso llegó a amenazar con matarle. No obstante, no existen pruebas fiables que sugieran que Tecumseh se plantease apostatar y, aun menos, asesinar a su hermano. Al parecer, se limitó a criticarle por no haber sabido imponerse a los descontentos. «De haber estado en casa, o haber sabido del avance de las tropas estadounidenses hacia nuestra aldea –le dijo Tecumseh a los británicos–, habría ido a su encuentro y, estrechándoles la mano, les habría preguntado el motivo de su llegada de tan hostil guisa». Si con esto no lograba aplacar a Harrison, entonces se habría retirado en lugar de arriesgarse a una batalla antes de que la alianza india hubiera alcanzado su pleno potencial. «Pero los que dejé en casa eran, no puedo llamarles hombres, un grupo de pobre

gente, y su roce con los Cuchillos [Largos] es comparable con una pelea entre niños pequeños, en las que se arañan los rostros entre sí». Tippecanoe, por tanto, no era más que un revés temporal, que sería superado cuando los hermanos shawnees, obrando en concierto, como habían hecho antes, animasen a los indios a unirse a una lucha compartida por el poder, sacra y profana a un tiempo, con la que preservar las tierras que les quedaban de la intrusión estadounidense. **[9]**

Tras el retorno de Tecumseh, los hermanos shawnees se mudaron con sus seguidores a una aldea temporal en Wildcat Creek, a unos cincuenta kilómetros al este de las ruinas de Villa del Profeta, que pretendían reconstruir con Tecumseh ejerciendo, por mutuo acuerdo, el rol de jefe. Tenskwatawa supervisaría la reconstrucción, atendería las necesidades morales y espirituales de la alianza y convocaría a sus dispersos seguidores. Como siempre habían querido los hermanos, los asuntos políticos y militares quedarían sobre todo en manos de Tecumseh. Tras haberse consolidado como el diplomático más hábil de los dos, a pesar de su decepcionante misión en el sur, Tecumseh se encargaría de tres tareas delicadas y decisivas: apaciguar a los estadounidenses lo suficiente para impedir una renovación de las hostilidades mientras los indios siguieran débiles y dispersos, reconstruir y si fuera posible expandir su alianza más al oeste y obtener de los británicos apoyo militar y otros suministros, que necesitaban de forma desesperada antes del choque inevitable con los Cuchillos Largos, siempre hambrientos de tierras.

La política conciliadora con los indios de la administración Madison ayudó a Tecumseh a mantener a raya a los estadounidenses. Aunque ni Tecumseh ni Tenskwatawa tenían intención de unirse a una delegación con destino Washington nutrida de adláteres estadounidenses como Pequeña Tortuga y Pezuña Negra, Tecumseh trató de desarmar a Harrison con una profesión de buena voluntad, tranquilizadora pero deshonesta. Los hermanos shawnees no solo irían a visitar al Gran Padre, sino que, para demostrar sus intenciones pacíficas, Tecumseh comunicó a Harrison que enviaría una delegación a Vincennes tan pronto como amainasen las tempestades invernales. **[10]**

A comienzos de marzo, los emisarios de Tecumseh entraron con toda calma en Vincennes. Le comunicaron a Harrison que los hermanos shawnees querían la paz pero que debían declinar aceptar la exigencia del gobernador de que Villa del Profeta, cuya reconstrucción Tenskwatawa tenía muy avanzada, fuera abandonada. Harrison no presionó más al respecto y el consejo de Vincennes se disolvió justo como quería Tecumseh. «Estamos satisfechos de poder afirmar que el

consejo entre el gobernador y los indios que llegaron como representantes del Profeta ha dado lugar al establecimiento de la paz», se jactó el *Western Sun* de Vincennes, favorable a Harrison. «El *tomahawk* ha sido enterrado».

Antes de partir de Vincennes, los indios dieron un recital a los parroquianos, en el que danzaron ante cada casa e hicieron «espantoso ruido» con sus tambores. A Lydia Bacon, residente de la ciudad, los indios le parecieron un conjunto colorista pero de extraño aspecto, «que a sus ojos debían, sin duda, estar muy bellamente pintados y ornamentados». Un guerrero saltaba con medio rostro teñido de rojo y el otro medio de verde, con joyas que pendían de nariz y orejas. Otro llevaba sobre la cabeza un par de cuernos de vaca. Abundaban las gorgueras y las medallas de plata. Aunque hacía frío los hombres danzaban en taparrabos. A pesar de sus amistosos modales, Bacon estaba ansiosa por que partieran los indios, en particular después de que le ofrecieran probar una pipa de la paz que había tocado los labios de «tantos hermanos pieles rojas». [11]

Si el giro conciliador de Madison permitió a Tecumseh lanzar una cortina de humo apaciguadora, la rabia provocada por la expedición de Harrison a Tippecanoe facilitó la reconstrucción y movilización de su confederación. Con su guerra contra el Profeta, lo único que había conseguido Harrison fue soliviantar un nido de avispas. Poco después de que los guerreros de Tenskwatawa regresaran a sus aldeas después de Tippecanoe, partidas de guerra de kickapoos, winnebagos y potawatomis comenzaron a recorrer la espesa nieve desde las orillas del Misisipi a las del Chicago en busca de cabelleras con las que vengar a sus muertos. Los informes sobre el terreno presentaban una sombría evaluación de las intenciones indias a largo plazo. En enero de 1812 indios foxes amistosos le dijeron a su agente indio que los winnebagos «estaban determinados a perecer o vengarse de los estadounidenses por lo que el gobernador Harrison había hecho a su nación durante el tiempo en que fueron a ver al Profeta». El comandante de Fort Dearborn supo por un francés que conocía bien a los potawatomis del río Illinois que estos consideraban que «la guerra entre los indios y la gente blanca apenas acababa de comenzar». Tales reportes llevaron al gobernador del Territorio de Illinois, Ninian Edwards, a la conclusión de que «nuestra frontera del Noroeste, como mínimo, será perturbada tan pronto como se modere el clima». El gobernador del Territorio de Luisiana, Benjamin Howard, también lo veía así: «Nuestras dificultades con los indios no han terminado y, tan pronto como finalice el invierno, podemos temer grandes peligros de su parte». Incluso algunos indios hasta entonces amistosos parecían

ahora dudosos. Los wyandot de Míchigan (río Detroit), por ejemplo, se quejaron de que Tippecanoe «había sido solo culpa de la gente blanca», quienes habían invadido las tierras indias, donde los indios «eran amos de su territorio, y podían ir a donde les placiera». [12]

Existía un elemento imprevisible en los cálculos de los responsables gubernamentales y es posible que también para los hermanos shawnees: Main Poc, el caudillo guerrero, agitador y místico potawatomi. Una vez recuperado de su embarazosa herida de bala, Main Poc, ahora con su magia intacta, había permanecido en un discreto segundo plano. Llevaba desde el otoño de 1811 en las inmediaciones de un asentamiento wyandot del Territorio de Míchigan, desde donde solo salía para visitar de forma periódica Fort Malden para reponer sus reservas. Tenía con él a ciento veinte de sus mejores guerreros y le llegaban a diario potawatomis veteranos de Tippecanoe. Se esperaba que Main Poc resurgiera en primavera. Como dijo un espía estadounidense, «no cabe duda de que alterará, para bien o para mal, la escala de los acontecimientos». [13]

Una vez aplacada la amenaza estadounidense, Tecumseh redobló sus esfuerzos para expandir la confederación panindia. Los emisarios de Villa del Profeta llevaron cinturones *wampum* a lo largo y ancho del territorio. El llamamiento de Tecumseh alcanzó incluso a los dakotas (siux) en lo que hoy sería Minnesota. Estos, aunque intrigados, no se comprometieron. La mayoría de los saux, foxes e iowas tampoco mostró interés. Pero los hermanos shawnees hicieron destacados avances. En primer lugar, estaba la misma Villa del Profeta, donde se alzaban sobre las cenizas del incendio de Harrison cuarenta cabañas shawnee y ciento sesenta *wigwam* kickapoo, con más de un centenar de guerreros. También residían en la resucitada ciudad santa varias docenas de radicales creek. A ocho kilómetros de distancia, los aliados winnebago construyeron cuarenta casas comunales y numerosos cobertizos. También fueron regresando los partidarios potawatomis y wyandot. Aún más significativo fue que unos doscientos guerreros miami se desvinculasen de Pequeña Tortuga, cuyo control iba decayendo a medida que su gota –consecuencia del gusto del jefe indio por las pesadas comidas estadounidenses y la vida acomodada– iba empeorando. Los miamis renegados fueron a Villa del Profeta, lo cual elevó su población guerrera hasta los ochocientos.

En el Territorio de Illinois, unos seiscientos cincuenta guerreros potawatomis, ottawas y ojibwas se agruparon cerca del lago Peoria. Aunque todavía no se habían comprometido con la confederación de los hermanos shawnees, Tippecanoe había aumentado su desconfianza hacia los estadounidenses y se mantenían en contacto continuo con los

hermanos shawnees. En el asentamiento indio de Milwaukee, quinientos guerreros winnebagos, ojibwas y ottawas organizaron danzas guerreras para los emisarios de Tecumseh. Unos quinientos guerreros ottawas del norte de Ohio también se mostraban cada vez más hostiles a los Estados Unidos. Si se añade a la combinación al imprevisible Main Poc, la confederación de los hermanos shawnees ya era más grande que la de Pontiac, y comparable a la de Pequeña Tortuga y Chaqueta Azul. Más de dos mil guerreros estaban dispuestos a oponerse a cualquier avance estadounidense. [14]

Los hermanos shawnees debían sentirse optimistas. Al fin la marea de la opinión india soplaba a su favor. Pero la comida escaseaba y esta era la mayor dificultad. Para evitar una nueva temporada al borde de la inanición, Tecumseh recurrió a los británicos. Envió a dos docenas de enviados con *wampum* blanco y tabaco a Amherstburg para comunicar sus necesidades al superintendente indio Matthew Elliott. El 13 de marzo, la delegación hizo entrega de la petición de Tecumseh:

> Padre: la última vez te dije que pronto marcharía en dirección del mediodía. Antes de partir, deseé que mis jóvenes se mantuvieran en calma y no intentasen nada hasta mi regreso. Mis jóvenes hicieron todo lo que estuvo en su mano, pero a mi regreso hallé gran destrucción y caos […] las casas de nuestros seguidores destruidos, los cuerpos de mis amigos yacían en el polvo en torno a nuestra aldea, que había sido quemada hasta los cimientos y se habían llevado todos nuestros calderos.
> Padre: todos tus hijos son en verdad pobres, todos carecen de las necesidades comunes para la vida tanto para nosotros como para nuestras mujeres e hijos, pues todo ha sido destruido por los Cuchillos Grandes.
> Padre: permíteme ver que todos los jóvenes de las diferentes naciones regresan con alegría en sus semblantes; provéeles asimismo de munición que les permita proporcionar sustento a sus familias y darles ropa suficiente.
> Padre: la primera bocanada de este tabaco de vuestra pipa os traerá recuerdos de nuestros discursos en nuestra última reunión, y la segunda os traerá aun más recuerdos, y la tercera hará que todo lo que haya pasado entonces entre nosotros quede claro, y lo recordéis todo.

Una vez entregado el discurso de Tecumseh, los guerreros pidieron

mosquetes, pedernales, cuchillos y un barril de pólvora por cada nación india representada en Villa del Profeta, además de trece más que deberían reservarse a la espera «de la llegada de otros para que puedan mantener a sus familias». Elliott les proporcionó lo que pedían. Aunque tenía en cuenta las instrucciones de que no precipitase una ruptura con los Estados Unidos, tanto el comandante británico en el Alto Canadá, el general sir Isaac Brock, como el Departamento Indio tenían que preparar a los indios, dada la probabilidad cada vez más cercana de una guerra. Esperaban poder hacerlo en secreto, pero por la permeable frontera pronto corrió la noticia de la delegación de Tecumseh. [15]

La peculiar dificultad que Tecumseh tenía ante sí era revigorizar la resistencia por una parte pero aconsejar moderación por la otra. Con la primavera de 1812 en plena florescencia, parecía que había logrado estabilizar la situación, consolidar la confederación, recuperar los envíos de material desde Fort Malden y detener a los Cuchillos Largos. Pero el gobernador Harrison desconfiaba. Había recibido noticias del consejo de Amherstburg. Además, Tecumseh se negó a seguir considerando la posibilidad de realizar una visita a Washington. Aunque el viaje propuesto no se materializó por otras causas –Pequeña Tortuga pidió no participar a causa de su gota, y Pezuña Negra declinó porque sus guerreros habían salido a cazar– el cambio de parecer de Tecumseh irritó a Harrison. Sin embargo, la incómoda paz se mantuvo.

Es decir, la paz se mantuvo hasta que Main Poc hizo acto de presencia. A comienzos de la primavera de 1812, este envió a un subordinado a las aldeas potawatomi del Territorio de Indiana para advertirles que se preparasen para la guerra. Los jóvenes guerreros potawatomi, deseosos de venganza, no necesitaban oír nada más. Hubo pocos ataques, pero terroríficos. El 11 de abril un colono llamado Hutton dejó a su esposa y cuatro niños pequeños al cuidado de un trabajador y fue a visitar un molino cercano. Cuando volvió a casa, solo encontró ruinas humeantes y los despojos calcinados y mutilados de su familia y su empleado. Ese mismo día, una partida guerrera asesinó y arrancó la cabellera a otro hombre de la misma zona, cuyo cuerpo arrojaron al Wabash. Alrededor de una semana más tarde, una familia fue emboscada mientras se dirigía a la relativa seguridad de Vincennes. Los guerreros dispararon al marido en la cabeza y luego le arrancaron las vísceras. Después dispararon y mataron a golpes de *tomahawk* a la esposa, descuartizaron a los cinco

niños pequeños y le arrancaron la cabellera a toda la familia. [16]

Las incursiones consternaron a los colonos del Wabash, muchos de los cuales habían llegado después de Tippecanoe, convencidos de que los indios habían sido sometidos. Ahora se apiñaban en blocaos rudimentarios y construidos a toda prisa o se marchaban a Vincennes. John Badollet creía que las incursiones, por más horrendas que fueran, justificaban su aversión a una guerra contra los hermanos shawnees. «Nuestra expedición del pasado otoño en el curso del Wabash no puede ser examinada bajo otra luz que no sea la de una agresión escandalosa contra un vecino pacífico y nada agresivo, y un despilfarro premeditado de tesoro y de sangre –escribió a finales de abril a su amigo el secretario Gallatin–. Pero, sea cual sea la opinión que se tenga de esto, las consecuencias son en este momento tan desastrosas como reales. El *tomahawk* ensangrentado ha sido alzado; los trabajos de matanza han comenzado […] el terror es imposible de expresar, y el país, que hasta ahora había florecido, retorna con rapidez a un estado de salvajismo». Para las familias fugitivas que se acumulaban en Vincennes era aun más difícil de encajar el «pánico consumado» del gobernador Harrison, quien «había abandonado todos sus aires heroicos y está en un estado de inercia, incapaz de tomar ni una sola medida para la defensa común». [17]

La acusación de Badollet no era una mera hipérbole partidista. Tras movilizar a la milicia, Harrison confesó al secretario de guerra que «no tenía idea de qué debía ordenar en el presente estado del país». No obstante, estaba seguro de la causa de esta violencia repentina. Para este, ni su corrupto tratado de 1809 ni el saqueo de Villa del Profeta desempeñaban papel alguno en las causas de la violencia. Los únicos motivos de la perturbación eran las intrigas británicas y la naturaleza intrínsecamente belicosa de los hermanos shawnees. Main Poc pasaba inadvertido tanto para Harrison como para el gran público; corrían rumores y especulaciones en abundancia de que las depredaciones del potawatomi no eran más que el anuncio de una guerra general que Tecumseh y el Profeta habían concebido para expulsar a los blancos de todo el Territorio de Indiana. Por todo Vincennes corría el rumor de que Tecumseh le había dicho a Harrison: «Vosotros habéis destruido mi aldea en mi ausencia; yo, cuando el maíz tenga dos pulgadas de altura, destruiré la vuestra en vuestra cara». En la lejana San Luis, un agente indio del gobierno escribió que sus informadores blancos en el territorio del Wabash le advirtieron que «debemos temer cualquier cosa del Profeta», cuyos efectivos eran más grandes que antes de Tippecanoe, y seguían creciendo a diario. [18]

En verdad, los hermanos shawnees se veían de pronto en una

situación difícil y lo sabían. De nuevo sus seguidores más indisciplinados, en este caso los leales a Main Poc, amenazaban con descarrilar sus planes. Los wyandot, árbitros perennes de las pugnas internas indias, les ofrecieron una vía de escape, aunque tuvieron que recurrir a un bizantino plan de engaño organizado por el comandante británico del Alto Canadá, el general Isaac Brock. Este plan superó cualquier treta empleada por Tecumseh o por Tenskwatawa contra los estadounidenses.

Ni Gran Bretaña ni el presidente Madison querían una guerra, pero los halcones de guerra republicanos del Congreso eran implacables. No parecía haber nada que la Corona pudiera hacer para apaciguar a la belicosa facción estadounidense. Esta consideraba necesaria una guerra para recuperar el honor de la nación, mancillado por años de embargos británicos y recluta forzosa de marinos estadounidenses, así como para librar la frontera del azote de las guerras indias. En enero de 1812, el nuevo Congreso añadió veinticinco mil efectivos al pequeño ejército regular y encargó a los estados el reclutamiento de cincuenta mil voluntarios para un año de servicio. Con menos de cinco mil casacas rojas en Canadá y la guerra con Napoleón absorbiendo los recursos humanos británicos, la Corona no parecía tener muchas posibilidades de éxito en caso de confrontación con los Estados Unidos.

A medida que el riesgo de guerra con los Estados Unidos aumentaba, los británicos buscaron la manera de advertir a los hermanos shawnees que se preparasen, pero, al igual que en el pasado, evitasen precipitar un conflicto que Gran Bretaña todavía esperaba poder evitar. En enero, el general Brock –preocupado porque los estadounidenses, en estado de alarma por la presencia de espías británicos entre los indios, pudieran interceptar a algún emisario con destino a Villa del Profeta– diseñó un plan para poder entregar los mensajes, engañar a los jefes proestadounidenses y apaciguar los temores estadounidenses respecto a los hermanos shawnees.

Matthew Elliott, de Amherstburg, sería el intermediario de Brock; el métis Isadore Chaine, el mensajero secreto. Chaine era la elección ideal. Nacido de madre wyandot y padre francocanadiense, era un jefe respetado de los wyandot de Míchigan, que eran neutrales. Elliott ordenó a Chaine que escenificara en público un papel de pacificador, pero que informase en privado a los hermanos shawnees que se preparasen para una posible guerra. Chaine, tras guardar en sus alforjas un cinturón *wampum* blanco, símbolo de paz, y uno negro, que significaba guerra, se presentó primero ante el gobernador estadounidense del Territorio de Míchigan, William Hull, al cual

sugirió que algunos de los «más respetables jóvenes [wyandot]» deberían visitar a los hermanos shawnees y «prohibirles hacer más depredaciones contra los estadounidenses». Hull se había ausentado, pero su secretario no solo respaldó la propuesta de Chaine, sino que también le proporcionó provisiones y cartas de presentación. [19]

A continuación, Chaine y sus «jóvenes respetables» viajaron a Fort Wayne, donde se congraciaron con el gotoso Pequeña Tortuga y con Cinco Medallas, el líder potawatomi y firme aliado de los Estados Unidos. Para los wyandot, dada su condición de custodios del Gran Fuego de los Consejos, proponer consejos multitribales era algo natural, de ahí que los dos jefes ayudasen de buen grado a Chaine a organizar lo que ellos creían que sería una conferencia de paz en el río Mississinewa, a cien kilómetros al oeste de Fort Wayne. Para los hermanos shawnees esto supondría su primera aparición conjunta en un consejo fuera de su aldea desde la primera vez que Tenskwatawa presentó su doctrina en Wapakoneta, seis años antes.

El consejo de Mississinewa dio inicio el 15 de mayo. Estaban presentes casi seiscientos indios en representación de doce tribus. William Wells, intérprete y agente gubernamental, vigiló con atención a Tenskwatawa y a Tecumseh. A simple vista todo parecía ir a favor de los intereses estadounidenses. Chaine reprobó en público a los hermanos shawnees por haber provocado la batalla de Tippecanoe. Lamentaba ver su senda «llena de espinas y zarzas, y [su] tierra cubierta de sangre», y afirmó que los wyandot habían intervenido después de Tippecanoe «para poner fin al derramamiento de sangre», una medida que recibió «la aprobación de nuestros padres, los británicos, que han aconsejado a toda la gente de piel roja que se mantengan en calma y no se inmiscuyan en las disputas que puedan tener lugar entre la gente blanca».

Tecumseh hervía de rabia. No podía aceptar la reprimenda de Chaine, pese a que sabía que estaba fingiendo. El orgullo –y la simple verdad– le impedían aceptar la responsabilidad de Tippecanoe. «Nuestros corazones son buenos; nunca fueron malos. El gobernador Harrison hizo la guerra a mi pueblo en mi ausencia. Esperamos que plazca a Dios que la gente blanca nos permita vivir en paz; no les molestaremos, cosa que no hemos hecho, excepto cuando han venido a nuestra aldea con intención de destruirnos […] De haber estado yo en mi casa –añadió Tecumseh, es posible que avergonzando a Tenskwatawa–, no habría habido derramamiento de sangre en ese momento». Tecumseh acusó a los potawatomis de las recientes

depredaciones. «No somos responsables de la conducta de aquellos sobre los que no tenemos control; que los jefes de esa nación hagan que sus guerreros se comporten como es debido».

Los jefes de paz potawatomis Cinco Medallas y Winamac se agitaron ante el desafío de Tecumseh. Todos los presentes sabían que las atrocidades del río Wabash habían sido cometidas por guerreros potawatomis, pero también sabían todos que estos eran «vagabundos» fieles a Main Poc, sobre el cual los jefes del tratado no tenían control. Además, el temor que les inspiraba Main Poc era tal que los jefes potawatomi fijaron una mirada acusadora sobre Tenskwatawa. «Algunos jóvenes necios de nuestra tribu […] mataron a algunos de nuestros hermanos blancos esta primavera», admitió Cinco Medallas. Pero estos habían sido «animados a cometer esta fechoría por ese pretendido profeta […] él ha sido la causa de que esa gente se pusiera en contra de nuestro hermano blanco».

Tecumseh, en nombre de su hermano, les refutó con aspereza. «Retamos a toda criatura viviente que diga cómo indicamos a nadie, de forma directa o indirecta, a que hiciera la guerra a nuestros hermanos blancos», tronó. Los únicos «pretendidos» allí presentes eran los potawatomis. «Hemos tenido la desgracia de que nuestras opiniones fueran tergiversadas ante nuestros hermanos blancos […] por los pretendidos jefes potawatomi y otros que han adquirido la costumbre de vender a la gente blanca una tierra que no les pertenece».

Los jefes delaware interrumpieron a Tecumseh. Estos eran firmes aliados del bando estadounidense y así lo demostraron: «No nos hemos reunido en este lugar para escuchar tales palabras. La gente de piel roja ha matado blancos, y el justo resentimiento del primero se dirige contra el segundo». Todos los presentes deberían «unir sus corazones y sus manos y proclamar la paz en toda la tierra de los pieles rojas». Pequeña Tortuga respaldó la moción delaware, cosa que también hicieron los representantes kickapoo, que también absolvieron a Tenskwatawa de la responsabilidad de Tippecanoe. Tecumseh también reafirmó su compromiso con la paz. [20]

Con esto llegó a su fin el gran consejo. Una vez los jefes engañados y William Wells, que no tenía motivos razonables para la queja, se marcharon, Isadore Chaine pudo dedicarse al asunto que le había traído a Mississinewa. Se reunió en secreto con los hermanos shawnees y les dijo que reunieran a sus aliados, pero que por el momento debían mantenerse a la espera. También invitó a Tecumseh a visitar a Matthew Elliott. Este le explicaría los planes británicos con más detalle y le proporcionaría generosas cantidades de armas,

munición, ropa y víveres.

Tecumseh dio a Chaine un discurso que debería comunicar tanto a Elliott como a los wyandot de Míchigan y del Canadá. Quería que no quedase ninguna duda de que ni él ni su hermano eran peones de nadie. «¡Padre, hermanos! Os declararemos, en pocas palabras, lo que albergan nuestros corazones –declaró Tecumseh–. Si nos dicen que los Cuchillos [Largos] vienen a nuestras aldeas para hablar de paz, les recibiremos; pero si tenemos noticia de que alguno de nuestros pueblos está siendo lastimado por estos, o si avanzan no provocadamente [*sic*] contra nosotros con intención hostil, os aseguramos que nos defenderemos como hombres. Y si sabemos de alguien de nuestro pueblo que ha sido muerto, enviaremos de inmediato a todas las naciones de un lado y otro del Misisipi, y toda esta isla se alzará como un solo hombre […] Entonces, Padre y hermanos, será imposible que ninguno de vosotros restablezca la paz entre nosotros». [21] Dicho esto, la promesa de plomo y pólvora alivió en gran medida a los hermanos shawnees, cuyos depósitos estaban tan reducidos que los guerreros habían tenido que dejar a un lado sus mosquetes y emplear arcos y flechas. La comida era tan escasa que Tecumseh había enviado treinta hombres a Fort Harrison a pedir maíz a los estadounidenses. El comandante del puesto les rechazó y regresaron con las manos vacías.

A comienzos de junio, los hermanos shawnees se despidieron para lo que con toda seguridad pensaban que sería un breve periodo. Su ánimo era bueno. Harrison, por su parte, se agitaba impaciente. El discurso conciliatorio de Tecumseh en Mississinewa, combinado con el fin de las incursiones potawatomis, le había privado de toda excusa para la beligerancia. Las mujeres de Villa del Profeta podían atender sin temor sus cosechas de maíz. Tecumseh, confiado en que Tenskwatawa impediría una repetición de Tippecanoe, partió hacia Canadá con diez guerreros. Su propósito era triple: volver a ganarse a los wyandot de Míchigan, a los ojibwas y a los ottawas que seguían siendo neutrales; consolidar su pacto con Main Poc; y, seguir hasta Amherstburg para obtener los suministros prometidos. [22]

Casi nueve meses habrían de pasar hasta que Tecumseh volviera a poner un pie en Villa del Profeta.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 18

EN EL TORBELLINO

TECUMSEH partió de Villa del Profeta ignorante de que las nubes de guerra acechaban más allá del horizonte, o que el Congreso les tenía presentes a él y a Tenskwatawa en sus deliberaciones para una declaración de guerra formal a Gran Bretaña. Los kentuckianos encabezaban el clamor. En 1812, Kentucky había dejado de ser una región poco poblada de los confines de los Estados Unidos; ahora era un estado duro y expansivo de casi medio millón de habitantes. La única consigna era la expansión incesante y los primeros pasos necesarios consistían en limpiar la región de indios recalcitrantes como los hermanos shawnees y tomar Canadá o, al menos, administrar una soberana tunda a los británicos de aquellas regiones. A finales de 1811, el kentuckiano Henry Clay llegó al puesto de portavoz de la cámara de representantes estadounidense. Con esto, el dominio de los halcones de guerra fue completo. Para ellos, Tippecanoe había sido una labor inacabada. «La conquista del Canadá está en nuestras manos –dijo Clay a sus colegas congresistas–. ¿Es quizá poca cosa extinguir la antorcha que enciende la guerra salvaje?». [1]

Clay recibió muchos apoyos del público, de la prensa y de los otros estados bajo dominio republicano. Tippecanoe y las ulteriores depredaciones indias, aunque escasas, habían intensificado el odio estadounidense hacia Gran Bretaña, hecho que complació a Harrison. Los titulares de los diarios republicanos hablaban de Tippecanoe en términos de «guerra anglosalvaje» y «guerra angloindia». El clamor a favor de las represalias se hizo ruidoso y estridente. «La guerra del Wabash es un conflicto puramente británico –rezaba un típico editorial–. El cuchillo de cortar cabelleras y el *tomahawk* de los salvajes británicos ha vuelto a devastar nuestras fronteras [y] la sangre de nuestros conciudadanos alza la voz para pedir venganza». [2]

Por espacio de seis meses, Madison retrasó la decisión. Pero, ante los tambores de guerra incesantes de Clay y sus aliados, el presidente Madison, a su pesar, comunicó el 1 de junio de 1812 un mensaje bélico al Congreso. En este, enumeraba los actos hostiles que Gran

Bretaña había cometido contra los Estados Unidos, país «independiente y neutral». Todos estos actos habían ocurrido en alta mar, en puertos británicos o europeos, o frente a la costa estadounidense, con excepción de uno, atribuido por Madison a los hermanos shawnees y a sus supuestos instigadores británicos. «Al examinar la conducta de Gran Bretaña hacia los Estados Unidos, no podemos dejar de dirigir nuestra atención a la guerra que los salvajes han reemprendido en una de nuestras extensas fronteras, conflicto que no respeta ni edad ni sexo y que se distingue por unas características particularmente aterradoras para la humanidad», dijo Madison acerca de la batalla de Tippecanoe y de las posteriores incursiones de represalia de los indios. No hizo la menor alusión a la codicia estadounidense por las tierras indias como causa de hostilidad; esta solo podía atribuirse a las «interposiciones» británicas. El 18 de junio, el Congreso aprobó declarar la guerra a Gran Bretaña. [3]

Pese a que la administración Madison, aparte de una movilización lenta y mal gestionada, no había tomado medidas reales para prepararse para la guerra, no podía pasar por alto un punto vital: Detroit. Este remoto asentamiento de mil doscientos habitantes, «clave del territorio norteño», estaba a distancia de tiro de cañón del territorio británico. Fort Malden, situado apenas a treinta kilómetros corriente abajo de Detroit, en la orilla oriental del río Detroit, era la colmena en la que zumbaban centenares de indios hostiles, mientras que en Fort Detroit tan solo había una guarnición de noventa y cuatro soldados estadounidenses. Toda la población blanca del Territorio de Míchigan sumaba menos de cinco mil, de los cuales cuatro quintas partes eran francocanadienses de cuestionable lealtad. Fuera de Detroit, advertían los habitantes leales, «cada casa individual es una frontera; no hay una sola granja cuya retaguardia esté cubierta por otra granja». En otras palabras: serían presa fácil para indios en pie de guerra. [4]

La preocupación por que los británicos azuzasen a los hermanos shawnees habían hecho que el gobernador del Territorio de Míchigan, William Hull, un hombre pausado de cabellos blancos como la nieve, acudiera a Washington en febrero de 1812 para debatir cómo tener a raya a los indios. Hull urgió al secretario de guerra Eustis a que construyera una flota para controlar el lago Erie y que enviase a Detroit un ejército que, en caso de guerra, pudiera tomar el Alto Canadá. El presidente Madison vetó el plan naval, pero apoyó una concentración de efectivos en Detroit. Tras la declaración de guerra, impuso a Hull, en contra de su voluntad, el mando de la expedición.

Este, héroe menor de la Guerra de la Revolución, tenía cincuenta y

ocho años, pero se sentía mucho más viejo. «A pesar de mi edad avanzada, vuelvo a entrar en la vida militar –le confió a un amigo antes de partir a Ohio para organizar su ejército–. Me inspira gran confianza, y es fuente de gran satisfacción para mí ser testigo del espíritu de mis compatriotas más cercanos al escenario donde con toda probabilidad me veré obligado a actuar». Pero los halagos de Hull no fueron correspondidos. El agente indio John Johnston censuró su nombramiento. «La gente del país en el que tendría que operar no confiaba en él; era demasiado viejo, deshecho en cuerpo y mente para dirigir las múltiples operaciones que requiere semejante mando». Los oficiales de Hull también lo veían así. «No sirve –confió a un subordinado un coronel de la milicia de Ohio–. No es el tipo de hombre que queremos, y temo que el resultado de nuestra campaña sea desastroso». [5]

Pero los milicianos de Ohio, que componían la mayoría de los 2075 efectivos del ejército de Hull, tuvieron que conformarse con él. El contraste entre el «viejo *gentleman*, corpulento, de natural afable» y elegante uniforme y los rudos colonos que comandaba no podía ser más chocante. Los de Ohio, tanto oficiales como tropa, vestían blusas de caza y pantalones de lino casero. Se ceñían a la cintura un cinturón de cuero rígido, del cual pendía un gran *tomahawk* y un cuchillo de carnicero. La única concesión a las ordenanzas militares eran los mosquetes reglamentarios que portaban la mayoría. Expertos tiradores, más cómodos en orden disperso tras los árboles que en orden cerrado, cabía esperar de los de Ohio que librasen un duro combate contra sus adversarios indios. Pero Hull esperaba que esto no fuera necesario. Los jefes Pezuña Negra y Tarhe aceptaron que el ejército atravesara su territorio, no sin dejar de reprobar a los hermanos shawnees. Antes de partir a Detroit, Hull convocó un nuevo consejo indio en Brownstown, Territorio de Míchigan, a finales de julio. En este trataría de ganar a Tecumseh a base de «justicia e humanidad». La alternativa, como aseguró Hull a Eustis, no fuera a pensar el secretario de guerra que era un ingenuo, sería una guerra incesante a los hermanos shawnees. [6]

Tecumseh entró en Fort Wayne el 17 de junio, ignorante de que un ejército se abría paso entre la espesura unos doscientos kilómetros al sudeste, o de las propuestas que Hull tenía que hacerle. No están claros los motivos que le llevaron a detenerse en la agencia india de camino a Fort Malden, pero se engañaba si creía que podría embaucar al nuevo agente indio, Benjamin Stickney, sustituto de John Johnston. Stickney supo de sus informadores indios de la reunión privada de Isadore Chaine con Tecumseh y del *wampum* negro que el wyandot

había llevado en nombre de los británicos. Stickney hablaría con Tecumseh, pero no se dejaría engañar.

Tecumseh llegó relajado y jovial. Se quedó en la agencia por espacio de tres días, durante los cuales cenó con regularidad con el comandante del puesto y con Stickney. En una de sus comidas preguntó burlón a una atractiva muchacha blanca de quince años criada por indios por qué no se había casado aún. Porque tenía intención de casarse con un indio, respondió esta. Tecumseh, complacido, le explicó los méritos comparados de los guerreros de cada tribu. [7]

Mas, cuando sus consejos oficiales con Stickney se hicieron más tensos, el buen humor de Tecumseh comenzó a escasear. El 19 de junio habló durante tres horas. Sin que ni él ni Stickney lo supieran, el Congreso había declarado la guerra a Gran Bretaña el día antes. Tras condenar el ataque de Harrison contra Villa del Profeta, Tecumseh presentó «una visión general de todas las dificultades varios meses antes de la batalla». Luego, confesó a Stickney que se dirigía a Fort Malden a recibir doce caballos cargados de pólvora y plomo. El agente respondió al día siguiente. Stickney le dijo a Tecumseh que conocía todas las «urdimbres» del jefe con Chaine y que, dadas las presentes circunstancias, el gobierno consideraría su viaje a Fort Malden «un acto de enemistad» por el que tendría que responder. Tecumseh, evidentemente sorprendido, disimuló en su siguiente reunión. Insistió «con gran firmeza» en que su viaje a Míchigan era necesario para aconsejar a los wyandot, ojibwas y ottawas que renovasen su compromiso de paz con los Estados Unidos. Las argucias de Tecumseh dejaron frío a Stickney. Las otras tribus no tenían necesidad del consejo de Tecumseh: si el jefe shawnee quería la paz, dijo Stickney, podía firmarla con el general Hull, con cuyas fuerzas se encontraría casi seguro en las cascadas del Maumee. Tecumseh encajó «con gran paciencia» la inquietante noticia de que un ejército estadounidense marchaba hacia Detroit. No así sus guerreros. «Uno de los miembros de su partida enfermó y decidió regresar a casa de inmediato tras nuestras conferencias», anotó Stickney, quien consideraba «muy posible que otros de la partida contraigan el mismo tipo de mal».

MAPA 9: LA REGIÓN DEL RÍO DETROIT, 1812

Tecumseh no le dejó tiempo para dudar. Partió de repente aquella misma noche con los nueve hombres que le quedaban. Se mantuvo apartado del ejército de Hull, pero destacó varios guerreros para seguir los movimientos estadounidenses. Había terminado el tiempo de fintas y engaños diplomáticos. Iría a averiguar los suministros que los británicos estaban dispuestos a ofrecerle a cambio de su apoyo a la Corona. **[8]**

Si a Tecumseh le hubieran permitido echar una ojeada tras el velo que cubría los incentivos de Isadore Chaine y Matthew Elliott, podría haberse replanteado su viaje a Fort Malden. Él no era el peón de nadie: ya lo había dejado muy claro. El jefe shawnee tenía intención de combatir, pero no por los británicos, sino a su lado. Esperaba que las tropas británicas ayudasen a los hermanos shawnees a defender lo que quedaba de su país, y juntos infligirían a los estadounidenses el castigo necesario para impedir la pérdida de más tierras. Tal vez incluso podrían hacer retroceder la frontera al río Ohio; un jefe podía soñar igual que cualquier otro hombre. Tecumseh emplearía la confederación india en la defensa del Alto Canadá, pero solo como el preludio necesario de una contraofensiva combinada británico-india que consolidara la libertad de los indios.

Sin embargo, Tecumseh ignoraba que el comandante en jefe de Canadá, el teniente general sir George Prévost, ni disponía de recursos ni tenía intención de emprender tan grandiosa empresa. En el momento del estallido del conflicto, Prévost comandaba únicamente 4500 regulares, de los cuales solo un cuarto estaba desplegado en Alto

Canadá. Por su parte, los Estados Unidos estaban reclutando una fuerza regular de 36 000 efectivos, reforzados por unidades de milicia y voluntarios que inclinarían aún más la balanza numérica a favor de los Estados Unidos. Al estar Gran Bretaña empeñada en una guerra en el continente europeo, Prévost solo podía esperar la llegada de suministros, pero no de refuerzos. De natural cauto, consideraba la preservación de Quebec «la consideración principal a la cual deben subordinarse todas las demás». En otras palabras: el Canadá británico era como un árbol, cuyas ramas externas –de las cuales Fort Malden y Amherstburg eran las más distantes y prescindibles– podían ser cercenadas siempre y cuando el tronco, cuyas raíces se extendían hasta Gran Bretaña, se mantuviera a salvo.

El recién nombrado comandante de Alto Canadá, el general sir Isaac Brock, no lo veía así. Consideraba que el perímetro tenía un valor estratégico real. Tras recorrer el distrito de Amherstburg en diciembre de 1811, urgió a Prévost a reconsiderar su postura. Reforzar la presencia británica en la frontera de Detroit era la mejor medida preventiva contra una ofensiva estadounidense, pues esto obligaría a los Estados Unidos a «proteger su posición occidental de las incursiones de los indios y esto no puede hacerse sin una fuerza muy considerable». Es más, los indios «esperaban ansiosos la oportunidad de vengar las numerosas ofensas que lamentan». Pero, para garantizar la lealtad de los indios, los británicos debían demostrar que no se planteaban repetir los sucesos de 1794, cuando le cerraron las puertas de Fort Miamis en la cara a Chaqueta Azul y sus guerreros, sacrificando así sus intereses. Esto, por tanto, significaba la toma de Fort Detroit. Pero primero Brock incrementaría la guarnición de Fort Malden hasta los doscientos efectivos del 41.º Regimiento de a pie –unidad veterana, disciplinada y bien entrenada– bajo el mando de su inspector general, el teniente coronel Thomas St. George, cuya misión inicial sería hacer las reparaciones necesarias para recomponer el puesto, que estaba lamentablemente descuidado. [9]

Prévost toleró la postura agresiva de Brock, pero hasta cierto punto. Si bien estaba de acuerdo en que era «altamente adecuado» emplear a los indios, advirtió a Brock que debía «contenerles y controlarles todo lo que pudiera». Los británicos debían «mantener su dominio sobre los indios y alimentar su preferencia por nosotros», pero no a expensas de la prudencia. Como advirtió a Brock a comienzos de julio de 1812: «Nuestros efectivos no justifican el lanzamiento de operaciones ofensivas, con la salvedad de que su único propósito sea reforzar una actitud defensiva». En otras palabras: el oficial superior británico en Canadá no ayudaría a los hermanos

shawnees a revertir la invasión estadounidense. [10]

De no mediar un cambio de intenciones de los británicos, Tecumseh estaba persiguiendo una quimera.

El general Hull, por su parte, tenía sus propios problemas. Aunque no había un océano entre él y sus posibles refuerzos, a corto plazo las posibilidades de recibir nuevos efectivos, en caso de que los necesitase, eran mínimas. El Congreso había creado un ejército imponente sobre el papel, pero los estados individuales no habían hecho casi nada para cumplir sus cuotas de voluntarios. Los alistamientos de regulares apenas habían comenzado. En vísperas del conflicto, el ejército regular solo sumaba 6744 hombres desplegados en veintitrés fuertes, de los que no se podían retirar tropas para servicio en campaña. Los diez regimientos del ejército regular, de efectivos incompletos y dispersos por toda la nación, estaban comandados por oficiales aún más viejos. El general de mayor rango del ejército, Henry Dearborn, de sesenta y dos años, no había combatido desde la Guerra de la Revolución. El único oficial con rango superior al de mayor que poseía una onza de agresividad era un brillante teniente coronel de veintiséis años, Winfield Scott. Y era consciente de ello. Como dijo con gran acierto, sus colegas oficiales eran «unos caballeros arrogantes, subordinados y en decadencia […] en absoluto aptos para ningún tipo de empresa marcial».

Si el ejército estaba disperso y comandado por reliquias incompetentes, la armada casi no existía. Quizá porque los halcones de guerra eran todos colonos, el Congreso había determinado que los Estados Unidos no necesitaban una armada para combatir la inminente guerra. Se votó en contra de una propuesta para construir una flota. En lo que respecta a Tecumseh, esto significaba que los Cuchillos Largos no defenderían el decisivo lago Erie, por el cual viajaban los suministros británicos. Si británicos e indios podían unirse y derrotar al general Hull, entonces tendrían alguna posibilidad de hacer retroceder la presencia estadounidense en el noroeste, si así lo disponían los británicos, al menos durante lo que quedaba de 1812. [11]

Tecumseh no sabía nada de los puntos flacos de los estadounidenses. Mientras seguía la orilla occidental del Detroit en dirección al asentamiento wyandot de Brownstown, frente a Amherstburg, lo único que sabía era que Hull y su ejército les seguían de cerca. En el lado estadounidense del río, el panorama parecía engañosamente favorable a su causa. Allí, Tecumseh y su séquito se

adentraron en un vértice de confusión y desconcierto. Muy pocos blancos le vieron llegar y ninguno ofreció resistencia alguna. Los francocanadienses se retiraron tras las puertas de sus pequeñas granjas, sin mostrar interés por el resultado de la inminente lucha. Los estadounidenses leales se hicieron fuertes en Detroit, donde la guarnición se refugió tras los muros de madera de su fuerte de menos de media hectárea de extensión. El territorio, como reportó a Hull un explorador avanzado, era «como un cuerpo sin cabeza».

Los indios tampoco «tenían idea de cómo actuar», según ese mismo explorador, quien consideró que su lealtad estaba a disposición de quien la quisiera. Las canoas cruzaban en ambos sentidos los tres kilómetros del cauce del río Detroit entre Brownstown y Fort Malden. Estas transportaban a wyandot canadienses que buscaban convencer a sus hermanos de Míchigan de que se pasasen a los casacas rojas, a los potawatomis de Main Poc que se mudaban de la orilla oeste a la isla Bois Blanc, poblada de densos bosques y bajo la protección de los cañones de Fort Malden, y a ottawas que remaban a toda velocidad para alcanzar las líneas británicas. [12]

Tecumseh llegó a la orilla el 1 de julio. Vestía con sencillez, como acostumbraba. Un habitante de Míchigan le vio un breve tiempo en la orilla americana. Vestía una blusa simple de piel de ciervo que le llegaba por debajo de la cintura, polainas de piel de ciervo con flecos y mocasines de piel, con un pañuelo rojo y azul en la cabeza. A sus cuarenta y cuatro años, su físico todavía impresionaba a los observadores blancos. Un oficial estadounidense capturado, tras ver al jefe arrastrar su canoa a la orilla de Amherstburg, garabateó en su diario: «He visto al gran Tecumseh. Es un hombre muy sencillo, de estatura por encima de la media, complexión robusta, rasgos nobles y mirada admirable». Le acompañaban seis de sus mejores guerreros.

Tecumseh los necesitaba incluso para abrirse camino hasta Fort Malden, pues los indios abarrotaban las calles polvorientas de Amherstburg. La mayoría eran afables. Algunos cantaban y danzaban de puerta a puerta, pidiendo comida y *whisky* a los residentes que presenciaban el espectáculo desde las ventanas de sus casas. Otros indios escenificaban danzas guerreras en el muelle, que eran respondidas con aplausos y tiros de cañón de un buque de guerra británico allí amarrado. Pero hubo un guerrero borracho que, al salir de una taberna, mató a golpes de *tomahawk* a un prisionero estadounidense que pasaba por allí en compañía de un oficial británico. Se desconoce si el guerrero recibió algún castigo.

Habían pasado casi dos años desde la última vez que Tecumseh había contemplado Fort Malden. A pesar de los recientes esfuerzos del

coronel St. George de reparar sus ruinosas defensas, era difícil que el puesto inspirara confianza en la preparación británica. Tecumseh vio un reducto cuadrado que consistía en cuatro decrépitos bastiones de artillería conectados por una raquítica empalizada en la que se habían horadado troneras para los mosquetes. La munición del fuerte se guardaba en un almacén de piedra cubierto de un tejado de tejas de pino altamente vulnerables a los proyectiles explosivos. En otras palabras: un tiro fortuito o bien dirigido podía hacer volar por los aires a toda la guarnición. Los suministros del Departamento Indio se guardaban en el mismo almacén cochambroso que de costumbre; el peligro de que se derrumbase era ahora aún mayor. El Departamento Indio británico había construido justo fuera del fuerte una casa de consejos de madera. Sería allí donde se aplicarían a la tarea de ganar la lealtad de los indios. [13]

Siempre y cuando, claro está, que el coronel St. George se presentase. El atribulado comandante se hallaba en aquel momento veinticinco kilómetros río arriba, en Sandwich, un pequeño asentamiento situado frente a Detroit, dedicado a organizar a quinientos inquietos milicianos canadienses mucho más interesados en cuidar de sus cosechas que en defender una avanzadilla expuesta. Mientras esperaba a St. George, Tecumseh acampó junto a la casa de Matthew Elliott, donde estableció un cuartel general provisional en su granero de ladrillo. Dado que el viejo Elliott estaba aquejado de lumbago, fue en Tecumseh en quien recayó la misión de poner orden entre los indios que se congregaban en refugios improvisados a lo largo de un estrecho canal de la isla de Bois Blanc.

No iba a ser una tarea fácil. No más de trescientos cincuenta guerreros, muchos de ellos llegados con sus familias, habían respondido al llamamiento del Gran Padre. Esto incluía al viejo camarada de Tecumseh, el jefe Cabeza Redonda y sus wyandot de Ohio; al jefe Warrow y su pequeña banda de wyandot canadienses; Main Poc y sus revoltosos potawatomis; varias docenas de ottawas, kickapoos y ojibwas; y –quizá el mayor motivo de satisfacción para Tecumseh–, cincuenta entusiastas guerreros sauk que habían viajado desde los confines occidentales del Territorio de Illinois para combatir a las órdenes del jefe shawnee. No podía considerarse la gran unión de naciones guerreras a la que aspiraba Tecumseh, pero era todo cuanto cabía esperarse a la vista de la débil posición británica. [14]

Esta posición pasó a ser grave y precaria el 6 de julio, día en el que el ejército de Hull entró en Detroit. Los artilleros estadounidenses apuntaron sus piezas contra Sandwich y la invasión del Alto Canadá parecía inevitable. El 7 de julio, el coronel St. George regresó a toda

prisa a Amherstburg para reunirse con los indios, cuya lealtad tenía ahora una importancia crítica. Unos doscientos jefes y guerreros llegaron en canoa desde la isla de Bois Blanc para acudir al gran consejo. Estos se comprometieron a combatir con los casacas rojas, a abstenerse de arrancar cabelleras y a respetar a los prisioneros. La sinceridad de Main Poc respecto a estos dos últimos aspectos era dudosa, pero la probidad de Tecumseh era incuestionable. Impresionado, el general St. George escribió al general Brock que Tecumseh «desempeñó un papel notable en la reunión». [15]

Ese mismo día, el general Hull también celebró una reunión en Brownstown. El jefe wyandot Camina en el Agua, taimado y pragmático, presidía el consejo de forma nominal, pero fue el poder militar de Hull lo que aseguró una nutrida concurrencia. Los jefes Tarhe y Pezuña Negra estaban presentes, así como otros jefes del tratado. El único líder proestadounidense notable que estaba ausente era Pequeña Tortuga, que yacía en la casa de su yerno William Wells agonizando de gota. Moriría el 14 de julio y sería enterrado «con honores marciales» por el agente indio Benjamin Stickney, un gesto que los miamis agradecieron. Todos los presentes en Brownstown se comprometieron a mantenerse al margen de la pugna inminente. Hull no tenía ninguna otra petición para los indios; una vez asegurada su supuesta neutralidad, el general no tomó ninguna medida para proteger su vulnerable línea de suministros con Ohio. Fue un descuido que Tecumseh le haría pagar muy caro. [16]

❖

Los jefes del consejo de Brownstown no sentían la menor simpatía por Tecumseh, pero tampoco querían ver derramar sangre india en una guerra del hombre blanco. De modo que enviaron a James Logan, caudillo guerrero de los shawnees de Wapakoneta y fiable explorador del ejército de Hull, al otro lado del río Detroit para invitar a Tecumseh a su consejo. Los dos hombres, de edades similares, habían sido amigos de la infancia y se habían mantenido unidos a pesar de haber elegido caminos divergentes. Pero los jefes subestimaron la resolución de Tecumseh. Indignado, este rechazó a su viejo amigo. «He elegido el bando de mi padre el Rey –le dijo Tecumseh a Logan–, y dejaré que mis huesos se blanqueen en esta orilla antes que volver a cruzar para participar en ningún consejo de neutralidad».

El shawnee, sin duda arrepentido de la brusquedad con la que había rechazado a Logan, aunque no de su réplica, le pidió que volviera para tener una última conversación como amigos. Caminaron por los bosques cercanos a Fort Malden y, sentados en la arboleda,

hablaron amistosamente hasta el amanecer, cada uno de ellos tratando de convencer al otro de la justicia de la causa elegida. Tecumseh conminó a Logan a que se opusiera a los estadounidenses porque estos habían profanado antiguas sepulturas indias, propagado enfermedades apocalípticas y ocupado casi todas las tierras indias desde el océano Atlántico hasta donde se hallaban sentados. Logan repuso que los estadounidenses que ocupaban el país no eran los mismos que habían cruzado la Gran Agua e infligido tan catastróficas pérdidas a los indios. Estos habían muerto y desaparecido hacía mucho. Los de ahora eran su progenie y Logan consideraba que eran buenos amigos y vecinos. Si debían vengarse de alguien, mejor contra los británicos, porque fue la política colonial de estos lo que había expulsado a los indios hacia el oeste; los estadounidenses se habían limitado a imitar su ejemplo. Tecumseh le dio la razón al respecto, pero dijo que «había comprometido su honor» con los casacas rojas. [17]

Tecumseh había venido a Canadá una semana antes con el propósito expreso de obtener suministros británicos, calibrar las intenciones de la Corona respecto a los indios y regresar a Villa del Profeta para seguir reconstruyendo la confederación de los hermanos shawnees. ¿A qué se debía este compromiso, en apariencia incondicional, con los intereses británicos, en particular cuando las cifras parecían estar muy en contra de los casacas rojas? Fuera de lo poco que confió a Logan, nunca explicó sus motivos. Aun así, estos pueden deducirse de las circunstancias y del testimonio de otros. Es evidente que Matthew Elliott tuvo un importante papel en la decisión de Tecumseh. Aunque cada vez más envejecido, Elliott mantuvo una ardiente lealtad al pueblo de su esposa shawnee y a los indios en general, unos sentimientos que a menudo le llevaron a exceder las instrucciones del Departamento Indio. En consecuencia, el anciano Elliott le dijo a Tecumseh justo lo que este esperaba escuchar en un momento tan difícil. Stephen Ruddell supo más tarde por sus amigos shawnees que los británicos (léase Elliott) habían jurado combatir hasta obtener para sus aliados indios la posesión permanente de las tierras no cedidas a los Estados Unidos en el Tratado de Greenville, con lo que revertirían el tratado de 1809 y todo lo ocurrido entre uno y otro. Ruddell supo que «Con esta garantía […] Tecumseh volvería a tomar la espada». [18]

Tecumseh tampoco esperaba ganar o incluso sobrevivir a la inminente batalla. Poco después de declarar su lealtad a los británicos, envió un mensajero a Tenskwatawa a través de las líneas. El hombre, tras robar un caballo de una granja estadounidense, cabalgó noche y día hasta que el animal pereció cerca de Fort Wayne. William Wells

interceptó al correo, que confesó las instrucciones de Tecumseh para su hermano. Estas sonaban a desesperación. El hombre tenía que comunicar al Profeta shawnee que debía «unir de inmediato a los indios y enviar a sus mujeres e hijos hacia el Misisipi, mientras los guerreros daban un fuerte golpe a los habitantes de Vincennes; y que él, Tecumseh, si todavía vivía, acudiría a su encuentro en [la] tierra de los winnebagos». [19]

Los primeros disparos de la guerra en el río Detroit indicaban que era posible que Tecumseh no saliera de Canadá con vida. El 8 de julio, Hull cañoneó el puesto avanzado de Sandwich y dispersó a la milicia canadiense. Cuatro días más tarde, el ejército estadounidense franqueó el río Detroit y ocupó la localidad. Un puñado de milicianos y cincuenta casacas rojas bajo el mando del capitán Adam Muir se reagruparon en la orilla sur del río Canard, un arroyo estrecho pero rápido diez kilómetros al norte de Amherstburg. En sus orillas cenagosas, St. George esperaba al menos «molestar» a los estadounidenses. A pesar de la pérdida de Sandwich y del estado de «completa ineficiencia» de la milicia, St. George era reacio a empeñar en combate a los indios. Pero Tecumseh puso fin a las reticencias del coronel. «Respecto a los indios, desearía que los que estén aquí actuasen cuando pueda apoyarles –escribió St. George a Brock–. Pero, dado que están tan ansiosos, les dejaré actuar y les apoyaré cuando vea la ocasión, en todo lo que pueda». [20]

Es probable que, de no ser por Tecumseh, el coronel St. George no hubiera podido recurrir a muchos indios. «Los indios que están con nosotros han resistido todo intento de acercamiento del general Hull. Tecumseh se ha encargado de que se mantengan fieles –testificó Matthew Elliott–. Ha demostrado ser un carácter decidido y un gran amigo de nuestro gobierno». [21]

En Fort Malden escaseaban la pólvora y las balas, pero Tecumseh había empleado bien lo que los británicos le habían proporcionado. Tras ennegrecer su rostro para la guerra, se apresuró a dirigirse a la línea del río Canard con Main Poc y cincuenta guerreros para reforzar las endebles posiciones. Era un hombre fácil de identificar. Los potawatomis solo llevaban puesto taparrabos y mocasines. Tecumseh, por su parte, seguía llevando su casaca y sus calzones de piel de ciervo. Main Poc y Tecumseh reforzaron el pequeño destacamento de casacas rojas y milicianos que defendían el único puente que cruzaba el río. Combatieron varias enérgicas escaramuzas con destacamentos estadounidenses que tanteaban el territorio, llano y ligeramente

arbolado, de las orillas. Era la primera vez que Tecumseh alzaba su mosquete para disparar un tiro contra los estadounidenses desde Troncos Caídos, dieciocho años atrás. A pesar de su falta de experiencia de combate reciente, el 19 de julio, tras una escaramuza indecisa, Tecumseh suplantó a Main Poc en la estima de indios, británicos, y de la milicia de Ohio contra la que combatía.

El choque tuvo lugar en una pequeña mancha de prados pantanosos en la orilla norte del río Canard. Cuando los de Ohio se aproximaron, Main Poc y dos o tres indios, ansiosos por matar y arrancar una cabellera, se lanzaron al otro lado del puente y descargaron sus mosquetes. Los de Ohio devolvieron el fuego. Una bala de mosquete alcanzó en el cuello a Main Poc. Se derrumbó en el suelo, en apariencia muerto. Pasados algunos minutos, se levantó y avanzó trastabillándose a retaguardia, apoyándose en un potawatomi que le ayudó a ponerse a cubierto en una batería británica. Mortificado porque su magia hubiera vuelto a dejar de guardarle de las balas, Main Poc, con una herida leve pero lleno de rabia, le arrancó la cabellera a escondidas a un soldado británico pelirrojo muerto, con intención de hacer pasar su cabellera por la de un miliciano de Ohio. Pero aquella noche, mientras se pavoneaba con su trofeo por el campamento, los amigos del difunto –duros galeses del 41.º regimiento– reconocieron la cobriza cabellera. Los casacas rojas aporrearon furiosos a Main Poc mientras el potawatomi aullaba su inocencia. Tras la paliza, se convirtió en el hazmerreír del campamento. [22]

Mientras tanto, Tecumseh brillaba con luz propia. Al mismo tiempo que Main Poc se retiraba del campo como podía, Tecumseh encabezó a treinta guerreros al otro lado del río, situándose en un matorral en el flanco de los de Ohio. Su comandante detuvo el ataque contra el puente y se encaró contra los indios. Los de Ohio dispararon una descarga. Todos los indios se agacharon excepto Tecumseh, que, en palabras de un admirado enemigo, «se mantuvo firme sobre sus piernas, en apariencia despreocupado». Tras intercambiar tiros hasta el anochecer, los de Ohio se retiraron, pues habían agotado la munición.

El 25 de julio se enfrentó a un segundo destacamento de Ohio. La tropa estadounidense, ciento cincuenta hombres al mando del mayor James Denny, habían salido a «acechar y copar» a una banda de indios que había sido localizada en los bosques cercanos al río Canard. Denny ignoraba que Tecumseh había planeado la acción con varios días de antelación. Tecumseh pretendía emboscar a los estadounidenses que se dejasen ver cerca del río Canard; había incluso

invitado a venir y unirse a la cacería a un comerciante local cuya habilidad para el combate admiraba. Denny marchó y contramarchó hasta media tarde sin detectar a un solo indio. Los de Ohio, agotados, hicieron una pausa para descansar en una arboleda. En pocos minutos la mayoría se durmió. Mientras sesteaban al sol, una pequeña partida de indios de señuelo se situó a menos de cincuenta metros del campamento. El mayor Denny, que estaba despierto, vociferó: «¡Corred como el demonio, muchachos, y tirad bien!». Una docena de soldados somnolientos obedecieron la orden, persiguiendo a los indios durante unos ochocientos metros antes de que Denny les hiciera volver para hacer frente a una amenaza mayor: Tecumseh y casi ciento cincuenta guerreros, algunos montados, que se dirigían hacia el puente de Turkey Creek, situado entre los de Ohio y la seguridad de su campamento. La disciplina desapareció, y los milicianos atravesaron a la carrera ocho kilómetros de ciénagas y humedales para escapar al cerco. Cuando Denny y sus oficiales amenazaron con disparar a los hombres que no se detuvieran a combatir, los de Ohio respondieron «es mejor que te maten [oficiales] que esos condenados indios».

La tunda que Tecumseh propinó a la milicia de Ohio puso fin a los tanteos estadounidenses contra las posiciones británicas e indias a lo largo del Canard. Ninguno de sus ataques había sido particularmente robusto o bien coordinado. Varios días antes de su derrota, el mayor Denny se quejó de que un extraño letargo se había adueñado del general Hull desde que el ejército había entrado en Canadá. «Teníamos grandes esperanzas de legar nuestros nombres a la posteridad como los héroes del Canadá, pero nuestras halagüeñas esperanzas comenzaron a languidecer. No tenemos ningún estímulo para continuar […] se han trazado varios planes para atacar a las fuerzas británicas, pero todos han sido descartados». Ante la parálisis de Hull, los estadounidenses esperaban inquietos el siguiente movimiento de británicos e indios. [23]

❖

Tecumseh tenía motivos para sentirse orgulloso de su acción del 25 de julio. Nunca antes había comandado un destacamento guerrero tan grande contra soldados estadounidenses. A pesar de la languidez de Hull, los de Ohio habían combatido bien, pero Tecumseh había combatido mejor y de forma más inteligente. Como el puma celestial, había saltado con fuerza irresistible contra un enemigo desconcertado. Y había ganado algo más que gloria. El caudillo shawnee había detenido a un ejército y bloqueado la poco entusiasta ofensiva canadiense de Hull. Y lo había logrado casi por propia iniciativa.

Mientras Tecumseh libraba la batalla, el coronel St. George titubeaba, taciturno e indeciso. Esto provocó el disgusto del general Brock, que ardía en deseos de enfrentarse en persona a Hull. Pero sus responsabilidades civiles –el legislativo del Alto Canadá estaba reunido en aquel momento– le retenían. Por ello ordenó al coronel Henry Procter, oficial al mando del 41.º Regimiento de a pie, quien se hallaba en aquel momento vigilando a los estadounidenses en la frontera del Niágara, que reemplazara a St. George en Amherstburg.

Fue una decisión crucial, no solo para la suerte de las armas británicas en la frontera de Detroit sino también para el propio Tecumseh. Con excepción de William Henry Harrison, ningún otro hombre blanco desempeñaría un papel más importante en la vida adulta del jefe shawnee que Henry Procter. Este, de cuarenta y nueve años, cinco más que Tecumseh, era un soldado de carrera con treinta y un años de servicio, casi la mitad de los cuales con el 41.º Regimiento en Canadá. Con «energía infatigable» convirtió lo que había sido una amalgama desangelada de tropas de guarnición, la mayoría de las cuales no había visto a sus familias desde 1799, el año en que el regimiento desembarcó en Canadá, en una unidad disciplinada capaz de prolongadas operaciones sobre el terreno. Tal como reportó el general Brock poco antes del estallido de la guerra, «el coronel Procter puede reclamar con justicia el mérito de haber llevado [al regimiento] a su elevado grado de disciplina presente».

El 26 de julio, tras cinco días de navegación por las agitadas aguas del lago Erie en una barca abierta a los elementos, Procter desembarcó tambaleándose en el muelle de Amherstburg. Un joven francocanadiense pensó que el coronel era más divertido que marcial. «Según recuerdo, era un hombre muy robusto, tanto que no le gustaba montar a caballo. Supongo que al caballo tampoco le gustaba igual [*sic*]. Su rostro era muy lleno y muy rojo, como la luna cuando asciende entre la niebla. Tenía una espesa mata marrón de patillas de boca de hacha». Procter, añadió el joven, subió el empinado muelle en un carro tirado por caballos. **[24]**

A pesar de su aspecto desgarbado, Procter supo organizar sus recursos para lograr el objetivo de Brock de tomar Detroit. Detuvo las deserciones de milicianos, y, como dirían los indios, tomó a Tecumseh con firmeza de la mano. Procter no solo reconoció su gran «ardor por la causa» y su capacidad de «dirigir todo el cuerpo indio»; Tecumseh también inspiró gran simpatía al coronel británico. «Sus hábitos y comportamiento están por completo libres de nada que pudiera ofender a la más delicada fémina. Se adaptaba con rapidez y alegría a todas las novedades de la situación y parecía divertirse, no mostraba

desconcierto». Procter consideraba que Tecumseh tenía el aspecto de un verdadero guerrero. «Estaba por encima de la estatura media, la expresión de sus rasgos era agradable y sus ojos estaban llenos de fuego e inteligencia». [25]

Procter trajo a Tecumseh noticias que atizaron el fuego interior del shawnee. Fort Michilimackinac, cuya conquista el general Brock consideraba casi tan importante como la de Detroit para mantener la lealtad india, había caído sin disparar un tiro en manos de un pequeño destacamento de regulares británicos y milicianos y más de setecientos guerreros, en su mayoría indios del norte, ojibwas, ottawas y dakotas unidos bajo el mando del carismático comerciante indio y agente británico Robert Dickson. Este y sus indios se dirigían hacia Fort Malden desde la cuenca superior del lago Hurón.

El coronel Procter, tras conocer a Tecumseh, buscó organizar un consejo con los wyandot de Míchigan para advertirles del cambio en los vientos de la guerra. Hull había gastado un capital considerable, la mayor parte en oro, para mantenerles neutrales. Sus prósperas aldeas granjeras de Brownstown y Monguagon (o Maguaga) se hallaban en el camino al Territorio de Indiana y Ohio. Si los wyandot a su retaguardia cambiaban de bando, Hull no solo vería en peligro su línea de suministro. También se enfrentaba a la posibilidad de que los indios occidentales siguieran a los influyentes custodios del Gran Fuego del Consejo y se pasaran al campo británico.

El jefe Camina en el Agua y sus lugartenientes se reunieron en la casa del consejo cercana a Fort Malden para escuchar lo que el nuevo comandante casaca roja tuviera que decir. Procter, que sabía que no debía esperar facilidades, reconoció los méritos únicos de los wyandot. Estos, «tienen toda la energía del guerrero salvaje, con la inteligencia y disciplina de las tropas civilizadas. Son cristianos, y destacan por su conducta ordenada e inofensiva; pero, como enemigos, se cuentan entre los más temibles de su raza, todos montados; intrépidos, activos, y emprendedores; enfrentarse a ellos en los bosques es una batalla perdida, evitar su persecución un imposible». [26]

Procter inauguró el consejo. Reafirmó el compromiso de Gran Bretaña con la independencia india y anunció la capitulación de Michilimackinac. Camina en el Agua no se sintió impresionado. Tras reprochar a los británicos su traición después de Troncos Caídos, se negó a plantearse una guerra contra los Cuchillos Largos. «Librad vuestras batallas, pero permitirnos, a vuestros hijos pieles rojas, disfrutar de la paz», le dijo a Procter. El jefe Cabeza Redonda instó a su amigo a reconsiderar su postura, pero fue inútil. Entonces Tecumseh se alzó para hablar. Los indios, que hasta entonces habían

estado sesteando o fumando sus pipas perezosamente, aguzaron los oídos para escuchar a Tecumseh. Primero, este desbarató la noción de que la neutralidad fuera una opción para una gente que vivía en el mismo camino por el que pasarían sin cesar los ejércitos estadounidenses. Le preguntó a Camina en el Agua quién protegería a los wyandot de los sauk y de los foxes, sus enemigos ancestrales, mientras los Cuchillos Largos estuvieran combatiendo a los británicos. «Es más –añadió Tecumseh–, si os situáis en terreno neutral en esta guerra, las otras naciones os considerarán unos cobardes». Transcurrió un día de ásperos debates, después de los cuales, para eliminar cualquier rencor que hubiera podido quedar, los wyandot de Míchigan ofrecieron a Tecumseh la acostumbrada pipa de la paz. Este miró con detenimiento la cazoleta de piedra roja y el caño de madera de un metro de largo, adornado con púas multicolores de puercoespín; partió el caño, arrojó las piezas al fuego, y salió sin despedirse de la casa del consejo. Esa noche, como si quisiera remarcar la vulnerabilidad de los wyandot a un ataque por retaguardia, y quizá a instancias de Tecumseh, sus aliados sauk escenificaron una ruidosa danza guerrera cerca del campamento de Camina en el Agua.

Al día siguiente, Tecumseh elevó el tono de su retórica. Volvió a equiparar neutralidad y cobardía y apeló a lo que él consideraba que eran los intereses a largo plazo de los wyandot. «Por mi parte, confío más en la palabra de un británico que en la de un cuchillo largo», declaró, antes de exponer su plan para los indios.

> He aquí que la oportunidad que se os presenta nunca volverá a suceder, que nosotros, indios de la América del Norte, nos organicemos en una gran alianza y unamos nuestra suerte a la de los británicos en esta guerra; y si estos vencen y vuelven a dominar el conjunto de Norteamérica, nuestros derechos, al menos sobre una porción de la tierra de nuestros padres, serán respetados por el rey. De otro modo, lo veo con claridad, si todo el país ha de pasar a manos de los Cuchillos Largos, no pasarán muchos años antes de que nuestras últimas moradas y cazaderos nos sean arrebatados y los restos de las diferentes tribus, entre el Misisipi y los lagos y hasta el río Ohio, sean expulsados hacia el sol poniente. O, si después del fin de esta guerra, el dominio británico sigue abarcando el país al oeste de los lagos y las vastas regiones del noroeste, los británicos nos proporcionarán un hogar para nosotros y para los hijos de nuestros hijos en lo sucesivo. [27]

Tecumseh volvió a romper la pipa de la paz que le ofrecieron. Tras una cuarta sesión, durante la cual Tecumseh reiteró su apoyo incondicional a los británicos, la mayoría de los subordinados de Camina en el Agua abandonaron a su jefe. Los wyandot de Míchigan, declararon, irían a Canadá y unirían su suerte a la de los casacas rojas. Tecumseh había triunfado.

❖

Seis meses antes, Tecumseh apenas había sido mencionado de pasada en los despachos británicos como el hermano del Profeta o, en palabras del general Brock, «un shawnés de poca importancia». Pero con su triunfo diplomático sobre los diplomáticos consumados, los wyandot, Tecumseh ocupó un lugar prominente en la correspondencia de la Corona. «Estamos en deuda con el jefe Tecumseh por nuestro contingente indio –reportó Procter–. Ha convencido a los indios de que nuestra causa es la suya, y su influencia por ejemplo ha decidido y retenido a los wyandot, cuya decisión influye en todas las tribus». Al igual que Harrison, Procter también reconoció las dotes innatas de Tecumseh. «Tecumseh estuvo a la altura de la situación gracias a su dureza probada, y por la superioridad natural de su genio que, a veces en las comunidades civilizadas, y casi siempre en una sociedad sin civilizar, desafía las deferencias de las mentes comunes». [28] Procter actuó con rapidez para evitar que los wyandot de Míchigan reconsiderasen su decisión. Pidió a Tecumseh que se los llevase, a la fuerza si era necesario, a Canadá. Para cumplir esta misión, Procter despachó al leal capitán Muir con un centenar de regulares y al joven capitán Billy Caldwell, un métis admirador de Tecumseh, con un número similar de milicianos. El 3 de agosto los wyandot cruzaron con discreción el río Detroit y pasaron a Fort Malden. La noticia de su defección, llegada justo después de la pérdida de Fort Michilimackinac y la ausencia de una ofensiva estadounidense de importancia en la frontera del Niágara, que hubiera liberado de presión a Hull, deprimió aún más el endeble ánimo del general. «Se dará usted cuenta de que la situación de este ejército es crítica –escribió al secretario de guerra–. Solo puedo prometer que haré todo lo que pueda». [29]

Tecumseh se esforzó por frustrar la promesa de Hull. Tras enviar al último wyandot, permaneció en Brownstown junto a Matthew Elliott y cuarenta guerreros. Estaban en mitad de la vital línea logística de Hull, el único camino entre Ohio y Detroit, con lo que su presencia era muy oportuna. Una columna de milicianos bisoños de Ohio había partido de Detroit escoltando una recua de caballos de tiro cargados de suministros y un enorme rebaño de reses con destino al ejército de

Hull. Temerosos de encontrar indios hostiles, hicieron un alto tras el río Raisin, a apenas ocho kilómetros al sur de Brownstown. El 4 de agosto, nervioso por reponer sus reservas de víveres que se agotaban, el general Hull despachó a doscientos voluntarios de Ohio al mando del mayor Thomas van Horne con orden de escoltar a los milicianos a Detroit.

Tecumseh conocía todos los movimientos de Van Horne. En la noche del 4 de agosto, mientras el destacamento estadounidense dormía cerca de la localidad wyandot abandonada de Monguagon, los exploradores de Tecumseh merodeaban por el perímetro contando a los soldados acostados. Al amanecer, al amparo de una densa niebla, los indios se marcharon a reportar lo que habían visto.

Tecumseh estaba en una inferioridad numérica de casi cinco a uno, pero pensaba que un lugar bien elegido para una emboscada compensaría la falta de efectivos. Lo halló cinco kilómetros al norte de Brownstown, en un punto en el que el sendero recorría un estrecho vado a lo largo del fangoso Brownstown Creek. La ruta de acceso estaba bordeada por maizales indios alternados con matorrales estrechos. Tecumseh desplegó sus guerreros entre los maizales de dos metros de alto y tras los matorrales a ambos lados del sendero, con orden de disparar primero a los hombres a caballo. Al igual que los guerreros, para el combate se había pintado el rostro y solo vestía su taparrabos. El día era despejado y cálido, y la espera tolerable.

Van Horne no había adelantado exploradores y no sospechaba nada. En el vado, los oficiales permitieron a sus caballos detenerse a abrevar. Los fusileros ajustaron su equipo o esperaron en columna tras los jinetes. Los hombres comenzaron a sentir sueño a causa del calor húmedo, y los oficiales bajaron la guardia. Una repentina descarga de mosquetería rompió la quietud. Los caballos, heridos y aterrorizados, se encabritaron y retrocedieron, sacudiéndose a sus jinetes y sumiendo a la columna en una absoluta confusión. Los guerreros, entre alaridos y aullidos de guerra, salieron de entre los matorrales para apuntar mejor. Casi ningún soldado descargó su arma. Hasta los escasos veteranos del grupo consideraban que estaban en franca inferioridad numérica. Los aterrorizados milicianos de Ohio ignoraron las órdenes de volver a formar y retrocedieron cinco kilómetros por el camino, perseguidos por Tecumseh. Van Horne envió a sus heridos en barca a Detroit. Las bajas estadounidenses fueron considerables. Hubo dieciocho muertos, de los cuales diez eran oficiales, una docena de heridos y setenta desaparecidos. Tecumseh sufrió dos heridos. Logan Chaqueta Azul, jefe de una banda shawnee que vivía cerca de Monguagon, murió víctima de la espada de un soldado de caballería.

La muerte de Logan Chaqueta Azul proporcionó a Tecumseh un triste recordatorio de los límites de su autoridad. Por más que aborrecía la matanza de cautivos, la ética guerrera exigía vengar la muerte del joven Chaqueta Azul. Trajeron en presencia de Tecumseh un prisionero estadounidense herido. A su pesar, seleccionó a dos docenas de guerreros para cobrarse venganza en la persona del infortunado soldado. El ritual se ejecutó con lúgubre solemnidad. Los guerreros llevaron el cuerpo ensangrentado de Logan Chaqueta Azul, cuya cabeza estaba casi separada del cuerpo, a la casa del consejo de Brownstown y formaron un círculo. Se le dio al prisionero un puesto entre ellos; para distraerle, le pusieron delante un bol de comida. Mientras el hombre comía, un joven guerrero se levantó, fue por detrás y le abatió de un solo golpe en la cabeza con su *tomahawk*. El crujido del cráneo del prisionero fue el único sonido que se escuchó. En silencio, el verdugo se ciñó el arma al cinto y volvió a su puesto en el círculo. Pasados unos pocos minutos, la partida guerrera se retiró, dejando a unos pocos elegidos que enterrarían a la víctima. Tecumseh había aprobado el tribunal, pero se ausentó de la sentencia. [31]

La victoria de Tecumseh en Brownstown dejó estupefacto al general Hull. «Este pequeño contratiempo […] le privó de todo control sobre sí mismo o sobre sus temores», escribió un oficial del estado mayor. [32] Y estos temores se centraban en las llamadas hordas salvajes: los fieles de Robert Dickson avanzando desde el norte, los invisibles guerreros de Tecumseh que cortaban la línea de suministros del ejército por el sur y los renegados wyandot que atacaban por el otro lado del río Detroit. Hull tan solo tenía estómago para un segundo intento de alcanzar el tren de suministros varado en el río Raisin. Para esta misión eligió a su mejor unidad, el 4.º de Infantería de los Estados Unidos, que había estado en lo más duro del combate de Tippecanoe, y una fuerza combinada de voluntarios de Ohio y Míchigan: en total, seiscientos soldados al mando del teniente coronel James Miller. Miller, oficial práctico, marchó con cautela, poniendo buen cuidado en desplegar exploradores a caballo por delante del grueso de sus fuerzas.

Miller partió de Detroit el 8 de agosto. Al atardecer alcanzó el río Rouge, diez kilómetros al sur de la localidad. Pero no había ningún puente para cruzar las profundas aguas. Una vez pudo requisar dos gabarras con las que hacer cruzar a sus tropas, la noche ya había caído sobre los bosques. Llovía de forma esporádica. Dado que no tenía sentido marchar en la oscuridad completa y en el lodo, Miller ordenó a sus hombres descansar sobre sus armas hasta el amanecer.

Mientras tanto, Tecumseh había permanecido en Brownstown tras

hacer huir a Van Horne, con la esperanza de que el convoy estadounidense volviera a aventurarse desde el río Raisin. Los wyandot de Camina en el Agua y los potawatomis de Main Poc, junto con pequeños contingentes de winnebagos y ottawas, aumentaron las fuerzas indias hasta los cuatrocientos guerreros. El capitán Muir carecía de la paciencia de Tecumseh. En la mañana del 9 de agosto, comenzó a embarcar a sus noventa casacas rojas y sus dos pequeñas compañías de milicia canadiense para cruzar el río a Amherstburg. Pero, de repente, llegaron a la orilla los exploradores de Tecumseh, gritando y gesticulando: venían soldados estadounidenses, «numerosos como mosquitos en un pantano». El capitán Muir detuvo los botes.

Tecumseh y Muir se reunieron. El shawnee ansiaba combatir. Urgió a Muir a marchar con él a Monguagon a tender una emboscada a los estadounidenses. Tecumseh conocía el terreno, y Muir le cedió la iniciativa. El jefe shawnee explicó su plan. A unos cuatrocientos metros de la desierta aldea wyandot una quebrada boscosa atravesaba el camino. Tecumseh pidió que los británicos formasen una línea de batalla al amparo de esta. Más allá de la quebrada, el terreno se elevaba en dirección a un cerro abierto y bajo que los estadounidenses deberían ascender; al hacerlo, presentarían a los británicos un blanco claro. Los indios se confundirían en los maizales y entre las altas hierbas de la pradera avanzados respecto a los flancos británicos. Estarían ocultos a la vista y encarados hacia el camino. Cuando el enemigo desplegase, Tecumseh quería que los británicos lanzasen una carga a la bayoneta, mientras los indios atacaban a la retaguardia de los estadounidenses. A Muir le gustó el plan. Envió un mensajero en canoa a Fort Malden a pedir refuerzos. Luego, la columna de guerreros pintados, casacas rojas jadeantes y coloridos milicianos marchó por el camino al acecho de los estadounidenses.

El barro hasta los tobillos y los bosques no eran obstáculo para los guerreros de Tecumseh. Admirado, un regular británico los vio deslizándose sin ruido, pintados de múltiples colores, todos con su cabello enyesado como «las púas erizadas del puercoespín». Los indios solo llevaban taparrabos, cinturones y mocasines, pero, a pesar de ir semidesnudos, portaban mosquetes, *tomahawk*, maza de guerra, lanzas, cuchillo cortacabelleras, y arcos y flechas.

El hedor de los caballos en descomposición y los cadáveres humanos persistía sobre el oscuro y silencioso lugar del combate de Brownstown. Los guerreros indios habían desnudado, arrancado la cabellera y clavado estacas en los cadáveres estadounidenses, que yacían roídos y mutilados por cuervos y lobos. «Es imposible describir el hedor de esos cuerpos putrefactos –escribió un canadiense–. Y muy

pronto podríamos correr esa misma suerte, al marchar a una guerra cuyas consecuencias nadie podría predecir».

A medida que se aproximaban a Monguagon el bosque se iba aclarando, formando robledales abiertos. Tecumseh envió a británicos y canadienses a la quebrada poco profunda. Las tropas reunieron algunos árboles y troncos caídos que sirvieran de reductos improvisados y se estiraron en tierra para un breve descanso. Mientras esperaban, llegaron de Fort Malden sesenta soldados del 41.º Regimiento. Muir emplazó los refuerzos en el centro de la línea. Entre tanto, Tecumseh llevó a trescientos guerreros shawnees, wyandot y winnebagos a unos maizales elevados algo avanzados respecto al flanco izquierdo británico. A continuación, envió a una pequeña partida a un pequeño bosquecillo para que vigilase la llegada del enemigo. Main Poc y Billy Caldwell se situaron con un centenar de potawatomis y ottawas detrás de la derecha británica. Todo parecía dispuesto para una clásica emboscada a la usanza india.

La columna del coronel Miller avanzaba entre redobles de tambor. A las cuatro de la tarde, los exploradores de Tecumseh abrieron fuego sobre la guardia avanzada estadounidense. «De repente, el estallido de un solitario disparo resonó entre los bosques –recordó un casaca roja–. Un instante después, los alaridos sonoros y terroríficos de los indios, seguidos de un fuego intenso e indeciso, nos hicieron ver que habíamos entrado en combate». Miller avanzó en una larga línea de batalla y el combate se generalizó. En cuestión de pocos minutos una sulfurosa nube de humo azul cubrió el campo de batalla, ocultando los blancos situados a más de seis metros.

El capitán Muir ordenó a sus tamborileros toque de carga a la bayoneta. Pero entonces sucedió el desastre. Los guerreros de Main Poc, expulsados de su posición por las bayonetas de los fusileros estadounidenses, se dirigieron hacia el flanco derecho británico. Los británicos confundieron a los indios con estadounidenses y abrieron fuego. Los guerreros devolvieron el fuego y la derecha de Muir vaciló. En ese mismo instante, el centro de Muir se desmoronó; los refuerzos, que no habían sido informados del plan de batalla, interpretaron el redoble de tambor como orden de retirada. El fuego británico cesó y el humo se hizo menos espeso. El coronel Miller, al ver el desorden de las filas británicas, ordenó una carga general a la bayoneta. La línea de Muir se derrumbó. El capitán, inmovilizado por una herida de bala en una pierna, no podía ni detener a sus hombres ni comunicarse con Tecumseh, quien seguía combatiendo, al ignorar que los británicos, los canadienses y los indios de Main Poc habían huido hacia sus botes.

La resistencia de Tecumseh provocó que la línea estadounidense se

dividiera, lo cual permitió escapar a sus aliados. La mitad de los estadounidenses acompañó al coronel Miller en la persecución del enemigo en fuga, mientras las unidades de la derecha permanecían en el campo para combatir a Tecumseh. El caudillo guerrero shawnee trató de abrirse camino hacia retaguardia, pero las bayonetas estadounidenses obligaron a sus guerreros a regresar al maizal. Un perdigón alcanzó a Tecumseh en un hombro, lo que le causó una fea herida. Sus guerreros se retiraron a regañadientes hacia el oeste, disparando según iban adentrándose en el bosque. Los estadounidenses les persiguieron. Miller, cuando supo que sus fuerzas se habían dividido, detuvo la persecución, y Muir y Main Poc, el primero herido y el segundo avergonzado, pudieron cruzar el río Detroit sin obstáculos. El camino de Detroit al río Raisin había quedado expedito, pero el precio pagado había sido alto. Dieciocho soldados estadounidenses yacían muertos –la mayoría de ellos miembros de la guardia avanzada a caballo que Tecumseh había atacado– y sesenta y tres estaban heridos. Las pérdidas británicas e indias eran considerablemente menores. En la batalla de Mongoguagon (Maguaga) murió un casaca roja y dos indios, y quince casacas rojas y ocho indios, incluido Tecumseh, estaban heridos. Tecumseh vendó su herida, reagrupó a sus guerreros, y, tras la caída de la noche, cruzó el río en canoas en dirección a Amherstburg. [33]

Algunos oficiales británicos se quejaron del lugar que Tecumseh había escogido para su emboscada, pues consideraban que se debería haber combatido en los densos bosques de las inmediaciones de Brownstown. Pero la responsabilidad de la derrota era de Muir, quien había descuidado informar a los refuerzos del plan de batalla, y de Main Poc, quien había perdido el control de sus guerreros. El coronel Procter no fue muy duro en su reparto de responsabilidades. «No hemos logrado un éxito completo en este asunto –reportó–. El terreno sobre el cual los estadounidenses habían recibido un trato tan duro el [día] cinco [Brownstown] no fue ocupado como se debería, y se cometieron algunos errores». No tenía importancia. Lo que debería haber sido un grave revés acabó siendo casi una victoria. Hull, en lugar de permitir a Miller cumplir su misión de asegurar la línea de suministros del ejército, le ordenó regresar. El convoy abandonado y su escolta se atrincheraron en el río Raisin, y el enfurecido ejército de Hull se encerró en Fort Detroit con su pusilánime comandante. [34]

El general Brock estaba satisfecho con lo ocurrido en la frontera de Detroit. «Las juiciosas medidas adoptadas tras la llegada del coronel Procter han obligado al enemigo a retirarse y a refugiarse bajo los cañones de su fuerte», le dijo al general Prévost. «El citado oficial

comenzó las operaciones con el envío de fuertes destacamentos al otro lado del río con intención de cortar las comunicaciones del enemigo con sus recursos. Esto dio lugar a dos pequeñas escaramuzas, y en ambas las pérdidas del enemigo fueron considerables». [35]

Era indudable que Procter había tenido una buena actuación. Pero, al contrario que Brock, para quien Tecumseh seguía siendo «un shawnés de poca importancia», el coronel sabía que buena parte de estos elogios le pertenecían con toda justicia al caudillo guerrero shawnee.

CAPÍTULO 19

ESPÍRITUS HERMANOS

EL general sir Isaac Brock, de cuarenta y dos años, era el epítome de lo mejor del oficial y caballero británico. Era gallardo, carismático, devoto de sus hombres; tenía belleza juvenil y –con su 1,90 m de músculo– un aspecto físico imponente. Brock tenía el firme convencimiento de que los indios aliados eran esenciales para la victoria, pero también de que la decencia exigía que la Corona premiase sus servicios con el establecimiento de una patria en los territorios que pensaba conquistar en el viejo noroeste.

Brock creía en comandar desde el frente y, en aquel momento, el único frente activo de la guerra de 1812 era el distrito de Amherstburg. El general Henry Dearborn debería haber lanzado una ofensiva al otro lado del río Niágara al mismo tiempo que la operación de Hull. Pero el timorato Dearborn negoció un alto el fuego local con los británicos. Brock, una vez libre de amenazas en la frontera del Niágara y, tras prorrogar la legislatura provincial, el 5 de agosto embarcó en una goleta y atravesó las aguas turbulentas y lluviosas del lago Erie para asumir el mando en Amherstburg. Por el camino, reunió a trescientos cincuenta voluntarios canadienses, otros cien hombres del 41.º Regimiento y una pequeña partida de guerreros mohawk. Poco después de la medianoche del 13 de agosto, la flotilla de Brock llegó a la aldea.

En la isla de Bois Blanc, frente a Amherstburg, Tecumseh y los jefes y guerreros de siete tribus aguardaban la llegada de Brock. Tecumseh esperaba grandes cosas de este. «Cuando se declaró la guerra –comentó más tarde–, nuestro padre estuvo a nuestro lado y nos dio el *tomahawk* y nos dijo que, sin duda, recuperaría las tierras que los estadounidenses nos habían arrebatado». Tecumseh tenía mucho que ofrecerle a cambio. Los guerreros de los Grandes Lagos ansiosos de combatir por Tecumseh habían incrementado sus fuerzas hasta sumar casi un millar de hombres. Cabeza Redonda, Main Poc, Camina en el Agua y muchos otros líderes indios destacados se subordinaron de buen grado al shawnee. Tecumseh negociaba desde

una posición de fuerza, y lo sabía. Pero también sabía que, sin los británicos, su frágil alianza no tenía ninguna posibilidad contra los británicos. Matthew Elliott preparó a Tecumseh para la llegada de Brock y le garantizó que el general tenía muy en cuenta los intereses indios y que era de confianza. Tecumseh esperó expectante. [1]

Mientras los barcos amarraban comenzó a repicar un fuego disperso de mosquetería que luego pasó a ser un tronar constante. Elliott le dijo a Brock que los disparos eran la demostración de la alegría de los indios «por la llegada de refuerzos al mando de su gran padre». Brock, consciente de que las municiones escaseaban, envió al viejo a Bois Blanc a que pidiera con mucha educación a los indios que dejasen de malgastar pólvora. Elliott partió y la mosquetería pronto dejó de sonar. Tras establecerse en la casa de Elliott, en las afueras de la localidad, Brock supo por el coronel Procter no solo que la invasión de Hull había colapsado sino también que su ejército se había retirado a Fort Detroit. Poco después, Elliott escoltó a Tecumseh y lo llevó ante Brock. El general estaba sentado en una mesa a la luz de una vela: examinaba la correspondencia capturada a los estadounidenses, despachos que describían la desesperación de Hull y el descontento de su ejército. La puerta se abrió. Tecumseh entró. Vestía una chaqueta sencilla y calzones de piel de ciervo, y su gran medallón de plata de Jorge III brillaba bajo la tenue luz. Los brillantes ojos castaños del shawnee transmitían alegría. Su semblante, de color cobrizo, llevaba impresas resolución y energía. Su «muy atractivo» aspecto y su estampa «de finas proporciones» impresionaron al ayuda de campo de Brock, quien consideró que Tecumseh, de cuarenta y cuatro años, aparentaba casi una década menos.

Tecumseh y Brock se estrecharon las manos con cordialidad y el general mencionó el reciente fuego de mosquete. Tecumseh se excusó por el despilfarro de pólvora. Dado que ya era tarde, Brock y Tecumseh acordaron reunirse en público consejo a la mañana siguiente. Antes de que Tecumseh se marchase, el general Brock se despojó de su faja militar roja y se la regaló al jefe como muestra de estimación.

A la mañana siguiente, centenares de jefes y guerreros se reunieron en el césped de Elliott para escuchar hablar al jefe de guerra del Gran Padre. Brock no les decepcionó. Anunció que la Corona le había enviado a retomar Detroit y a expulsar a los estadounidenses al río Ohio, para restituir así a los indios sus legítimos cazaderos. Sus gritos de guerra atronaron el aire. Los jefes pidieron por unanimidad a Tecumseh que diera la réplica, en una nueva prueba de que había alcanzado la categoría de primero entre iguales, lo máximo a lo que

podía aspirar cualquier líder indio sensato. El pulso de Tecumseh se aceleró. Expresó su alegría por que «el Gran Padre de más allá del Gran Lago Salado» –es decir, el rey de Inglaterra– hubiera despertado de su largo sueño y permitido a sus guerreros asistir a sus hijos pieles rojas, que nunca habían dejado de mostrarle su amistad y que ahora estaban dispuestos a derramar su última gota de sangre a su servicio. Los guerreros prorrumpieron en gritos de guerra y agitaron sus rifles en señal de aprobación. [2]

Cabeza Redonda, Camina en el Agua y algunos otros jefes también hablaron, pero quien impresionó de verdad a Brock fue Tecumseh. En una carta enviada a Londres, este describe con entusiasmo las virtudes del shawnee al primer ministro: «Entre los indios que conocí en Amherstburg [había] personajes en verdad extraordinarios. Pero el que más me llamó la atención fue un jefe shawnee, Tecumseh […] no creo que exista un guerrero más sagaz o más gallardo. Provocaba la admiración de todo aquel que conversaba con él». [3]

Brock prefería revelar sus planes específicos solo a Tecumseh y a algunos jefes ancianos escogidos, por lo que se retiró con ellos a casa de Elliott. El general, un tanto decepcionado porque Tecumseh se hubiera presentado aquella mañana sin la faja que le había regalado, pidió a Elliott que preguntara el motivo. Esto se debía a que Tecumseh consideraba que el caudillo wyandot Cabeza Redonda, que estaba presente, era un guerrero más capaz que él y por ello se la había entregado a él. Brock quedó admirado por esta hábil demostración de diplomacia intertribal. La conversación pasó entonces a la cuestión bélica. Brock anunció su intención de avanzar de inmediato contra Fort Detroit, pero necesitaba la ayuda y guía de sus aliados indios. Se había enfrentado a los enemigos del Gran Padre al otro lado del océano y nunca les había mostrado la espalda. El general, dirigiéndose a Tecumseh, dijo que estaba allí «para combatir a sus enemigos a este lado del Gran Lago Salado y desearía que mis soldados tomen lecciones de vosotros y vuestros guerreros para que sepan hacer la guerra en estos grandes bosques». La humildad de Brock conmovió a Tecumseh. Este, dirigiéndose a los jefes, pero señalando a Brock, dijo en voz alta en shawnee: «¡He aquí un hombre!». Luego pasó a decir unas breves frases en inglés, cosa que rara vez hacía en un consejo y señaló que si los comandantes británicos anteriores decían: «Tecumseh, ve a combatir al yanqui», el general Brock decía: «Tecumseh, ven a combatir al yanqui».

Tecumseh y los jefes se comprometieron a cooperar en todo con el ataque planeado por Brock. El general, agradecido, solo tenía una pregunta para el shawnee: ¿podría hacer que sus guerreros se

abstuvieran de beber licor antes de la batalla? Tecumseh, al hablar en nombre de los combatientes de Villa del Profeta, de los cuales había pocos, replicó que habían jurado no probar el alcohol hasta haber sojuzgado a los Cuchillos Largos. «Si perseveráis en esta resolución –replicó Brock–, vencereis». [4]

Brock y Tecumseh habían sentido una inmediata simpatía el uno por el otro; su admiración mutua era genuina. Pero Brock era consciente de que la lealtad de Tecumseh, al igual que la de todos los jefes que representaba y los guerreros que lideraba, era condicional y por fuerza interesada. Ni Tecumseh ni todos aquellos lo bastante viejos como para recordar la traición británica en Fort Miamis habían superado su profunda desconfianza hacia los casacas rojas. «Pero los yerros violentos cometidos por los estadounidenses en su territorio han logrado que opten por ocultar tales sentimientos», le dijo Brock al general Prévost. Si Gran Bretaña no continuaba el conflicto hasta que los indios recuperasen «la extensa parcela de país que les han usurpado de forma fraudulenta», afirmó Brock, perdería su apoyo e incluso se enfrentaría a su hostilidad. Mientras Brock viviera, tenía intención de hacer todo lo que estuviera en su poder para ayudar a Tecumseh a alcanzar su ideal de una nación india libre de la invasión estadounidense. [5]

❖

Tecumseh tenía ahora un poderoso campeón entre los casacas rojas. Su sueño de un hogar nacional indio libre de ataduras parecía al alcance de la mano. Pero primero debía tomarse Fort Detroit, un desafío formidable que el general Brock esperaba lograr sin derramamiento de sangre. De la lectura de los despachos interceptados a Hull supo que el mayor temor del enemigo eran los indios, incontrolables y brutales. Es cierto que estos no habían segado vida alguna en Fort Michilimackinac, pero no había habido resistencia. «Fue una circunstancia afortunada que el fuerte capitulase sin disparar un tiro –afirmó un oficial británico que había ayudado a controlar a los indios–. Pues, de haberlo hecho [los estadounidenses], tengo la firme convicción de que no se habría podido salvar ni un alma». Si se combatía en Detroit y los indios perdían hombres, no cabía esperar que Tecumseh impidiera a sus guerreros cobrarse venganza; el episodio de Logan Chaqueta Azul mostraba los límites tanto de su humanidad como de su control. Por tanto, Brock se marcó un audaz farol. El 15 de agosto, mientras su pequeño destacamento de setecientos cincuenta regulares y poco fiables milicianos marchaba a una zona de concentración cerca de Sandwich, Brock remitió un

ultimátum a Hull: debía rendir de inmediato su guarnición de mil seiscientos hombres, o perecer víctima de los indios furiosos. Hull optó por combatir. [6]

Los cañones británicos rugieron desde dos baterías desplegadas en Sandwich y dos buques de guerra en el río Detroit. Las piezas estadounidenses respondieron. Fue un cañoneo ruidoso pero inofensivo. Mas los sonidos provenientes de la isla de Bois Blanc eran mucho más aterradores. Allí, Tecumseh y sus guerreros escenificaron ruidosas danzas guerreras para prepararse física y espiritualmente para la inminente batalla. Un comerciante francoindio amigo de los indios estaba entre los danzantes. Aunque había visto muchas danzas de guerra, estas nunca dejaban de horrorizarle y asombrarle. Los guerreros no llevaban más que sus taparrabos y se habían pintado de bermellón y azul, o de blanco y negro. Como espíritus furtivos en un bosque tenebroso, danzaban en torno a las hogueras al son discordante de tambores y sonajas de calabaza y los colgantes de cabelleras se agitaban sin parar. «Estoy convencido de que un europeo que presenciase este extraño espectáculo por primera vez pensaría estar frente a la entrada del infierno, cuyas puertas se habían dejado abiertas para permitir a los condenados una hora de esparcimiento en la tierra». [7]

La danza no era una mera diversión. Era un método de mortal seriedad para preparar la batalla y se prolongó hasta casi el amanecer del 16 de agosto, cuando los indios empujaron sus canoas al agua para reunirse con los casacas rojas al amparo de los cañones de los buques británicos anclados más allá de Sandwich. A las cinco de la madrugada, las baterías británicas abrieron fuego; la artillería estadounidense respondía a largos intervalos. El cañoneo finalizó y el día amaneció, tibio y tranquilo. El sol se alzaba sobre las aguas plácidas del río Detroit cuando el general Brock saltó al primer bote que partió. Tecumseh, admirado, le denominó el guerrero «que, en pie a proa de su canoa [es quien] muestra el camino hacia la batalla». Los indios, profiriendo lo que un casaca roja definió como «alaridos de desafío a sus adversarios entremezclados con ánimos a la soldadesca», se deslizaron en su canoas junto a los botes y gabarras que transportaban a las tropas de Brock. Todos juntos desembarcaron más allá de Detroit.

Tecumseh se puso manos a la obra para engañar a los estadounidenses. Llevó a sus guerreros a un bosque al oeste de la ciudad empalizada y, a continuación, les hizo marchar tres veces por un claro del bosque que estaba a la vista de la guarnición, lo cual hizo que Hull, atónito, concluyera que se enfrentaba a más de dos mil

indios. Mientras los guerreros volvían a ocultarse tras los árboles situados más allá del fuerte, los regulares británicos y los milicianos canadienses avanzaron en una sola columna por un prado abierto y ligeramente ondulado, directos hacia el portón del fuerte. Controlaban este acceso dos cañones pesados emplazados en una pequeña altura. Sus artilleros esperaban con las mechas encendidas. «Esperábamos que disparasen en cualquier momento –recordó un casaca roja–. Y aun así, aunque era evidente que la descarga habría barrido literalmente nuestra pequeña pero densa columna, no hubo ni un alto ni indecisión perceptible». Pero los cañones estadounidenses permanecieron en silencio mientras las tropas británicas pasaban de columna a línea de batalla a apenas doscientos metros de distancia. No así la artillería británica, que vomitaba metralla contra el fuerte con precisión creciente.

El general Hull debía tener en cuenta más cosas además del bienestar de su guarnición. Se apiñaban en el fuerte centenares de civiles, entre los que se incluía su propia hija, aterrorizados casi a partes iguales por el cañoneo y por una posible masacre india. Hull cedió a la presión. Sus órdenes fueron cada vez más erráticas. Un proyectil atravesó una aspillera y estalló en la cantina de oficiales, salpicando las paredes con la sangre y los sesos de cuatro oficiales; el general se estremeció. Sus labios temblaban; de la boca le goteaban un hilo de tabaco de mascar que iba a parar a la camisa. «El fuerte estaba lleno de mujeres, niños y gente anciana y decrépita de la ciudad y de la región –escribiría Hull–. No estaban seguros en la ciudad, que estaba por completo abierta y expuesta a las baterías del enemigo. Y en ningún lugar estaban a salvo de los indios». [8]

Hull siempre tenía en mente a los indios. ¿Qué había sido del «enjambre» de guerreros hostiles que había tomado Fort Michilimackinac? Hull no tenía forma de saber que la mayoría estaba lejos, «borrachos como diez mil demonios». Pero los pocos guerreros que habían asomado del bosque se habían conducido de una forma que era difícil confiar en su contención. Antes de que Tecumseh les hiciera volver a la línea, habían saqueado una casa, perseguido a algunos caballos extraviados y masacrado algunas ovejas. [9]

Hull izó bandera blanca y, tras un breve parlamento con Brock, rindió Fort Detroit. La guarnición –de aspecto astroso y mal alimentado, pero furiosa y combativa– desfiló de la ciudad, y los británicos entraron. Mientras los estadounidenses rendían las armas, Brock buscó a Tecumseh para que reafirmase su promesa de que sus guerreros no maltratarían a los prisioneros. «No –replicó Tecumseh–, les desprecio demasiado como para tratar con ellos». [10]

Con ayuda de McKee y de los jefes wyandot, el líder shawnee mantuvo a raya a los indios, incluidos Main Poc y sus potawatomis. No hubo, reportó Brock, «ni una gota de sangre derramada por los indios […] en el mismo instante en que el enemigo se sometió, su vida devino sagrada». Un prisionero estadounidense reconoció que «no es más que un acto de justicia afirmar que los indios se comportaron mejor que lo que cabría esperar de salvajes» y que se llevaron solo lo que necesitaban para comer. [11]

Un segundo prisionero nos proporciona un vívido retrato de Tecumseh tras la rendición. El oficial de intendencia William Hatch había conocido a Tecumseh seis años antes en un consejo con Simon Kenton. El 17 de agosto de 1812, el día después de la rendición, Hatch volvió a encontrarle en las calles de Detroit, vestido como acostumbraba con piel de ciervo y caminando con todo el ánimo y vigor que le permitía su cojera. Hatch admiró sus armas, que incluían un «elegante *tomahawk* engastado en plata», un cuchillo con funda de cuero rígido y un mosquete de pedernal británico, con su tubo de noventa centímetros y su potente cañón calibre veinte. Los rasgos de Tecumseh seguían siendo los mismos: nariz «atractiva y recta», boca «bellamente formada» ojos «de un castaño claro y transparente», dientes «de un bello color blanco», expresión «dulce y agradable tanto en reposo como en conversación». Cuando ambos hombres se cruzaron, Tecumseh intercambió unas palabras con Hatch, al que reconoció y, a continuación, fue a supervisar el retorno de sus guerreros a Amherstburg para saber cuál era el siguiente movimiento que Brock tenía en mente. [12]

Reunidos en consejo, Tecumseh felicitó a Brock por la toma de Fort Detroit. «Los estadounidenses se esfuerzan por darnos una mala opinión de los generales británicos, pero hemos [testimoniado] vuestro valor» declamó en shawnee, mientras Elliott traducía. «Mientras cruzabais el río para atacar al enemigo, os observamos desde la distancia, todo el tiempo en pie, y cuando los botes alcanzaron la orilla, estabais entre los primeros que saltaron a tierra. Vuestros movimientos audaces y rápidos espantaron al enemigo, al que obligasteis a rendirse a unas fuerzas que sumaban la mitad de las suyas». [13]

La derrota estadounidense en el Viejo Noroeste era más completa de lo que ni Brock ni Tecumseh alcanzaban a ver. El día antes de que Hull rindiera Detroit, la guarnición de Fort Dearborn, clave de vuelta de las defensas del norte de Illinois, capitularon ante los potawatomis por orden de Hull. El comandante del puesto destruyó los depósitos de munición y licor antes de abandonar el fuerte, lo cual enfureció de tal

modo a los guerreros que estos masacraron a la mayoría de los soldados y a muchos de sus familiares. Entre los muertos se hallaba William Wells, quien había llevado una pequeña partida de guerreros miami desde Fort Wayne para rescatar a la columna.

Tecumseh no tenía ninguna responsabilidad en la masacre, pero había creado las condiciones bélicas para que ocurriera al animar a atacar Fort Dearborn. Desde su llegada a Amherstburg había enviado un constante flujo de correos con cinturones de *wampum* negro y «paquetes de tabaco pintados de rojo» –emblemas inconfundibles de guerra– por los senderos de los bosques y los caminos de las praderas a su hermano en Villa del Profeta y a sus aliados de Illinois. La noticia de su victoria de Brownstown también envalentonó a los guerreros de Illinois. [14]

En Detroit, Brock y Tecumseh actuaron con rapidez para borrar los últimos vestigios de la presencia estadounidense en el Territorio de Míchigan y en los estratégicos rápidos del Maumee. La operación sería, en esencia, india. También participarían Matthew Elliott y su hijo Alexander; Thomas, agente indio e hijo del viejo Alexander McKee; y dos oficiales del ejército, el mayor Peter Chambers del 41.º de A Pie y el capitán de milicias canadienses Charles Askin. No los acompañaría ningún soldado que pudiera impedir las atrocidades indias. Brock, sin duda confiado en que Tecumseh y el jefe Cabeza Redonda contendrían a los guerreros, se despidió de la partida expedicionaria el 19 de agosto.

Para Tecumseh fue un momento decisivo. Lograr vaciar de estadounidenses el Territorio de Míchigan y ponerlo bajo el firme control de los británicos y de sus aliados indios era el primer paso necesario hacia la creación del dominio nativo independiente por el cual tanto él como su hermano lo habían dado todo. Tecumseh aceptó la misión con entusiasmo.

Su primer objetivo era Frenchtown, en el río Raisin, donde la escolta del tren de suministros abandonado había construido una empalizada para defenderse. Los indios vieron que los de Ohio ya no estaban. Solo había un grupo de desanimados milicianos de Míchigan, desarmados y agrupados bajo la atenta vigilancia de Alexander Elliott, que había llegado primero. Los indefensos residentes de Frenchtown iban nerviosos de un lado a otro. Los guerreros tuvieron un gran día de saqueo de casas y robo de caballos. «Vimos a los indios llevarse todo lo que podían –recordó el capitán canadiense Charles Askin–. No nos hicieron caso cuando intentamos que desistieran». Tecumseh,

furioso, cabalgaba de un lado a otro tratando en vano de restablecer el orden. Askin admiró los esfuerzos del jefe. «Debo decir que Tecumseh se comportó de un modo notable. Nos ayudó mucho a impedir el saqueo indio». El mayor Chambers, que persuadió a algunos indios para que retornasen los bienes, compartía la opinión de Askin. Pese a que Frenchtown ofrecía «una escena de universal desolación» ni Tecumseh ni Cabeza Redonda eran responsables de ello. «Me causa gran placer afirmar que la conducta de Tecumseh y de Cabeza Redonda les hace merecedores de los más altos honores», reportó Chambers. [15]

En su respeto por la propiedad de los parroquianos, Tecumseh fue más allá que Matthew Elliott, quien había venido a ayudar a mantener el orden. Existe una historia que, aunque parece apócrifa, cuenta con suficientes testigos como para darle credibilidad: Tecumseh discutió con Elliott para que pagase a un pobre anciano llamado Rivard por dos bueyes que el jefe shawnee había requisado para alimentar a sus guerreros.

El shawnee encontró al hijo de Rivard en el camino de las afueras de Frenchtown mientras trataba de ocultar las bestias del pillaje de los guerreros. El shawnee recurrió a su inglés y le dijo que sus hombres estaban hambrientos y debían llevarse los bueyes. Cuando el joven Rivard se resistió, diciéndole al jefe que el sustento de su padre dependía de esas bestias, Tecumseh le prometió pagarle cien dólares por ellos. El joven aceptó. Tecumseh hizo que un hombre blanco escribiera una orden para que Elliott pagase esa cantidad y los indios mataron y asaron al buey. Pero Elliott se negó a pagar y le dijo a Rivard que las leyes de la guerra dictaminaban que los indios tenían derecho a vivir sobre el terreno. Tecumseh, airado, fue a buscar a Elliott. Exigió y recibió cien dólares en monedas. No quería «dinero de trapo»; solo le servía el «dinero duro». Mientras Elliott contaba las monedas, Tecumseh le ordenó darle otro dólar. «Toma esto –le dijo al joven Rivard cuando le daba el resto del dinero–, te compensará por el tiempo que has perdido para recibir tu dinero». [16]

El 21 de agosto, tras reembarcar en sus canoas en la embocadura del Raisin, la expedición de Tecumseh remó hasta su siguiente objetivo, un blocao estadounidense en los rápidos del Maumee que controlaba el tráfico fluvial hacia Fort Wayne. El comandante del puesto, el capitán David Hull (sobrino del general) y sus hombres habían huido de los indios y habían dejado en el puesto un puñado de soldados enfermos, treinta familias asustadas y un inventario de bienes que incluía setenta y siete barriles de carne de cerdo y siete de *whisky*. Antes de que los británicos pudieran traer barcas para llevarse

los suministros, los indios ya habían despachado todo el licor, con resultados predecibles. Los indios, ebrios, saquearon los barriles de carne de cerdo y mataron y arrancaron la cabellera a un barquero canadiense que trató de frenarles.

Otros indios destrozaron y derribaron la lápida de la difunta esposa de un infortunado colono, quien escribió a Procter al respecto. El incidente llegó a conocimiento de la prensa estadounidense, que adornó la historia para incitar animadversión hacia los indios. El daño causado a una sola lápida pasó a ser el expolio deliberado de los muertos. «Ni siquiera una tumba es sagrada; los cadáveres fueron desenterrados y despojados de sus cabelleras por los indios, que, tras robar a los muertos, ¡engañaron a sus jefes, a los que vendieron los trofeos como si se los hubieran arrancado a los vivos!». Tecumseh y Cabeza Redonda habían hecho todo lo que habían podido para contener a los miembros de las tribus. [17]

Los problemas de Tecumseh le seguirían de regreso a Detroit y a Amherstburg, donde los indisciplinados guerreros se llevaron la mayoría de caballos y ganado capturado en la rendición de Hull, robaron las casas de ambos lados del río Detroit y se emborracharon con el licor que les proporcionaban los soldados británicos, además de confiscar varias barcas británicas.

Los oficiales británicos denigraban la conducta de los indios, que, como se quejaba el intendente de Procter, «es indignante, en especial debido a la impunidad con la que cometen sus fechorías». Aquí estaba la raíz del problema. Los casacas rojas resultaban escasos para controlar a los indios, y Tecumseh y Cabeza Redonda se enfrentaban a obstáculos culturales para mantener un orden óptimo. Un prisionero estadounidense consideraba que los británicos se abstenían de intervenir por temor a que los indios se revolvieran contra ellos.

Mas las fechorías de los guerreros eran contra la propiedad, no contra las personas, y el mérito de esto cabe atribuírselo a Tecumseh y a Cabeza Redonda. Los indios no mataron ni hirieron a ningún prisionero estadounidense ni a ningún residente de Míchigan. Y, para ser justos con los indios, estos se habían unido a las banderas de Su Majestad para combatir por una patria, no para quedarse en la frontera de Detroit como parte de una fuerza de ocupación. Igual que Tecumseh. El caudillo guerrero shawnee hacía partícipe de sus expectativas a todo aquel que se acercase a escucharlo. Incluso los prisioneros escucharon sus afirmaciones. «Durante las últimas semanas, Tecumseh se ha estado jactando de que el río Ohio será la frontera india –escribió un estadounidense–. Esto mismo me han repetido varios oficiales británicos en Detroit […] no cabe duda de

que alimentan en él [Tecumseh] esta vana expectativa». [18]

Brock había prometido a Tecumseh algo más que la conquista del Territorio de Míchigan, por más importante que esta fuera para las aspiraciones de Tecumseh. Las fronteras de Indiana y Ohio le reclamaban, pues las fuerzas estadounidenses más cercanas estaban más allá de la gran ciénaga negra del noroeste de Ohio. En aquel momento, los ríos Wabash y Maumee constituían la frontera militar de los Estados Unidos en el noroeste, e incluso la integridad de esa línea era dudosa. Pero el general con el que Tecumseh tenía una relación tan única ya no estaba. El 19 de agosto, el día que Tecumseh partió hacia el río Raisin y los rápidos del Maumee, Brock se marchó hacia la frontera del Niágara con intención de «barrer las guarniciones estadounidenses». En su ausencia, el coronel Procter asumió el mando.

A pesar del admirable servicio de Procter hasta la fecha, este carecía del carisma que había unido a Tecumseh y Brock. Es indudable que el jefe shawnee quedó decepcionado por la marcha del general. Pero, habiéndose comprometido por su honor a la coalición británica, estaba ligado a los casacas rojas, ocurriera lo que ocurriese. Esperaba una patria y luego la paz. Pero, si los Cuchillos Largos vencían, el jefe shawnee sería, en el mejor de los casos, un fugitivo, un hombre sin un país o sin un futuro digno de ser vivido. [19]

CAPÍTULO 20

UN HOMBRE MISERICORDIOSO

TENSKWATAWA poseía un talento notable para la prevaricación. A mediados de julio de 1812 escenificó en Fort Wayne su actuación más deshonesta desde que birló maíz a William Henry Harrison para alimentar a la gente de Villa del Profeta. Antes de partir hacia Fort Malden, Tecumseh había pedido a Tenskwatawa que mantuviera a salvo Villa del Profeta, lo cual era lo mismo que le había pedido antes de su viaje al sur del año precedente. Por descontado, ninguno de los dos hermanos quería un segundo Tippecanoe. A fin de evitarlo, el 12 de julio el Profeta shawnee y un séquito de noventa y nueve discípulos visitaron Fort Wayne.

En una serie de consejos con el agente Benjamin Stickney, Tenskwatawa desmintió cualquier intención hostil, tanto por su parte como de Tecumseh. El agente debería ignorar los rumores en ese sentido de pájaros de mal agüero que buscaban «interrumpir sus inmensas y buenas intenciones de mantener la paz». Era cierto que los británicos habían pedido a los hermanos shawnees que tomasen las armas contra los Cuchillos Largos, pero ellos habían rechazado tales propuestas. Los británicos «les consideraban perros que acudirían a su llamada y morderían cualquier cosa, les azuzaban [pero] no estaban dispuestos a escucharlos».

Como prueba de su sinceridad, Tenskwatawa hizo entrega a Stickney de un gran cinturón de *wampum* blanco con un punto púrpura en el centro. El punto púrpura representaba Villa del Profeta, y cada uno de los extremos blancos, Vincennes y Fort Wayne. En aras de la paz, Tenskwatawa renunciaría a cualquier pretensión de recuperar las tierras cedidas en el tratado de 1809 de Fort Wayne y se acogería a la protección del agente Stickney. Todo cuanto pedía a cambio eran víveres para sus famélicas esposas e hijos y pólvora y plomo para que sus hombres pudieran cazar. [1]

Antes bien, Tenskwatawa había tejido numerosos cinturones *wampum*. En junio había enviado a las tribus del oeste un mensajero kickapoo que debía entregar un cinturón que comunicaba un mensaje

diametralmente opuesto. Deberían acudir a Villa del Profeta «cuando el maíz está maduro» (agosto) a fin de planear dónde y cuándo atacar a los estadounidenses, los cuales eran «una mala gente que nunca os dirán la verdad. Siempre os engañarán para quitaros las tierras y os mantendrán en la pobreza a vosotros y a vuestras familias». [2]

En Fort Wayne, William Wells, quien en el plazo de un mes moriría en Fort Dearborn, hervía de rabia a causa del doble juego del Profeta y la credulidad de Stickney. «Es ahora evidente –escribió al secretario de guerra Eustis en una de sus últimas cartas oficiales–, que [Tenskwatawa] ha engañado por completo al agente, el cual le ha permitido tomar ventaja en todos sus consejos con los indios y le ha dado munición para sostener a sus seguidores hasta que puedan recibir un suministro de Tecumseh». El gobernador Edwards del Territorio de Illinois, pese a que desconocía los tratos del Profeta con Stickney, había escuchado rumores de los potawatomis y kickapoos locales que todavía no estaban con los hermanos shawnees. Concluyó, al igual que Wells, que el plan indio «es entretenernos y engañarnos hasta que estén preparados para darnos el golpe decisivo». [3]

Fue entonces cuando Tenskwatawa recibió el pesimista informe de Tecumseh acerca de la situación en la frontera de Detroit y su petición de que enviase a las mujeres y niños de Villa del Profeta hacia una región más segura, al oeste, y que atacase Vincennes con todos los guerreros disponibles y luego se retirase al oeste de Illinois, donde Tecumseh, de estar vivo, se reuniría con él. Tenskwatawa se apresuró a cumplirla. Dos kickapoos de confianza robaron las mejores monturas de Wells y cabalgaron a toda prisa hacia el oeste, a un ritmo de 160 kilómetros diarios, para ejecutar el plan de Tecumseh. A primera hora de la mañana siguiente Tenskwatawa fue a ver a Stickney para reportarle que dos de sus « jóvenes malos» habían desaparecido, y que temía que hubieran robado algunos caballos. Wells estaba fuera de sí: «el agente se tragó el anzuelo sin problema y aplaudió la honestidad del Profeta». [4]

El 22 de junio, tras haber obtenido lo que había venido a buscar, Tenskwatawa regresó a Villa del Profeta a esperar la respuesta a sus peticiones a las tribus del oeste. Wells, antes de partir hacia Fort Dearborn, se cansó de malgastar palabras con el agente Stickney, advirtiendo a los gobernadores Harrison y Edwards que el Profeta planeaba «dar un duro golpe en el Territorio de Indiana» si contaba con efectivos suficientes. De no ser así, continuaría haciendo protestas de paz. Edwards reflexionó sobre los hermanos shawnees y concluyó que Tecumseh era el que debía ser vigilado de cerca. «Tecumseh es el verdadero oficial y hombre del bando del Profeta», advirtió a

comienzos de agosto al secretario de guerra. «El Profeta no será nuestro amigo mientras Tecumseh sea nuestro enemigo». Pero, en ese momento, a Eustis le hubiera bastado con leer los diarios para llegar a esta conclusión. [5]

No obstante, salvo ignorar el robo de caballos, Tenskwatawa todavía no había cometido ninguna provocación seria. Mientras la situación de la frontera de Detroit seguía siendo incierta, y sin disponer de tropas del hostigado ejército de Hull para la campaña del noroeste, lo único que podían hacer Harrison y Edwards era vigilar Villa del Profeta y esperar que no ocurriera nada.

El verano fue transcurriendo y la cosecha de maíz de Villa del Profeta crecía. Las mujeres cosechaban los campos mientras los guerreros del oeste iban congregándose en la aldea en respuesta al llamamiento de Tenskwatawa. Mientras Tecumseh estaba en el Alto Canadá, recayó en el Profeta la tarea de dar los primeros pasos para hacer retroceder la frontera estadounidense. No obstante, no cooperaron todos los miembros de su laxa coalición india. Los potawatomis eligieron combatir solos en lugar de participar en un esfuerzo coordinado. Animados por las victorias de Detroit y Fort Dearborn, se agruparon para asaltar Fort Wayne, mientras que en Tippecanoe el Profeta y sus seguidores, en su mayoría kickapoos y winnebagos, planeaban atacar Fort Harrison, el puesto avanzado situado en la orilla oriental del Wabash, entre Villa del Profeta y Vincennes, que William Henry Harrison había hecho construir durante la campaña de Tippecanoe. Tanto la ofensiva de los potawatomis como la de Tenskwatawa, pese a no estar orquestadas, eran críticas para la causa india. Si caían los fuertes Wayne y Harrison, todo el valle del Wabash hasta Vincennes quedaría expuesto al asalto de los indios, que recuperarían la tierra entregada a los Cuchillos Largos en el tratado de 1809. Tal vez el Señor de la Vida concedería a Tenskwatawa, el desastroso guerrero, y no a su hermano mayor, el honor de conquistar el Territorio de Indiana. Es seguro que la idea le pasó por la cabeza a Tenskwatawa. Ni la guerra ni la causa superior de la libertad india podían apagar por completo la natural rivalidad entre hermanos.

El Profeta tenía ante sí muy pocos obstáculos que le impidieran capturar con facilidad Fort Harrison, preludio necesario para el ataque contra Vincennes que deseaba Tecumseh. Dado que los milicianos de Indiana estaban más interesados en proteger a sus familias que en organizarse, el gobernador Harrison, exasperado, fue a Kentucky a solicitar el cargo de general de la milicia del estado Bluegrass, [*10]

que sabía que estaba deseoso de hacer la guerra a los indios. Pero, mientras tanto, tan solo defendían la frontera india los setenta hombres de la guarnición de Fort Wayne y una compañía de cincuenta hombres en Fort Harrison. Los aliados indios de los estadounidenses eran conscientes de la amenaza: los guerreros de Tarhe y Pezuña Negra se concentraron en sus aldeas mientras sus jefes solicitaban al Departamento de Guerra que les construyera blocaos con los que defenderse de los ataques de los hermanos shawnees. Cerca de Fort Harrison, los exploradores del Profeta obligaron a los weas de la zona a unirse al asalto. Con estos, la partida guerrera de Tenskwatawa creció hasta los quinientos guerreros.

No obstante, hubo algunos weas que se mantuvieron leales a los estadounidenses. Estos advirtieron al capitán de veintisiete años (y futuro presidente estadounidense) Zachary Taylor, comandante de Fort Harrison, que se preparase para recibir un ataque desde Villa del Profeta. De todos modos, esta información no le sirvió de gran cosa a Taylor. Las fiebres le habían postrado a él y a todos sus oficiales y soldados excepto a quince; una docena de colonos habían traído a sus familias al fuerte, dispuestos a reforzar la paupérrima guarnición. Fort Harrison también dejaba mucho que desear. Tres de sus lados estaban formados por una única fila de endebles postes y el cuarto se componía de una fila de barracones de troncos flanqueados en cada esquina por un primitivo blocao. Aun así, Taylor era un guerrero nato nacido en una familia de militares de Virginia que combatiría a los indios hasta el último hombre. [6]

Tenskwatawa –al cual pocos seguirían a la batalla ni en las más favorables circunstancias– delegó tanto la planificación del asalto como el mando de la partida al caudillo kickapoo de mayor rango, Pakoisheecan, seguidor desde hacía mucho tiempo. Este optó por un ataque sorpresa. Pero unos exploradores jóvenes y ansiosos frustraron los planes de Pakoisheecan. Al atardecer del 3 de septiembre emboscaron a dos civiles que habían salido a por heno. Los tiros alertaron a la guarnición. Taylor se levantó del catre y reunió ocho soldados sanos y una docena de nerviosos civiles para defender el fuerte.

La noche transcurrió tranquila. Una vez perdido el elemento sorpresa, Pakoisheecan recurrió a una farsa obvia para buscar los puntos flacos del fuerte. En la tarde del 4 de septiembre cuarenta indios –que incluían diez mujeres para dar al grupo un aspecto pacífico– salieron del bosque mientras enarbolaban una bandera blanca y mendigaban provisiones.

Mientras Taylor conversaba con un shawnee anglohablante, los

otros guerreros se paseaban por los muros con aparente indiferencia. Al anochecer Taylor ordenó a los indios retirarse, ignorante de que los guerreros habían hallado la vulnerabilidad que buscaban: algunos de los troncos de la base del muro exterior de uno de los blocaos habían perdido parte del relleno.

Cayó la noche y oscuras nubes cubrieron la luna. Los guerreros se reunieron en el lindero del bosque. Pakoisheecan, con un cuchillo de carnicero en cada mano y en la espalda una manta con un hato de leña y hierba seca, se deslizó hacia el muro debilitado. Se detuvo cuando unos centinelas se acercaron al punto, pero volvió a avanzar cuando estos se marcharon. Llegó hasta el blocao, desató la manta y metió el material combustible entre las grietas. Encendió un fuego con su pedernal y atizó las llamas con la manta hasta conseguir firmes llamaradas. A la señal convenida, centenares de guerreros aullaron, entonaron gritos de guerra y abrieron fuego contra el lado opuesto de la empalizada. Cuando Taylor y sus soldados se dieron cuenta de la treta, el blocao estaba siendo devorado por el fuego, que era alimentado por los barriles de *whisky* almacenados en su interior.

Los soldados enfermos y convalecientes salieron de los barracones. Dos hombres saltaron el muro y corrieron presos del pánico hacia el bosque, donde los guerreros despacharon a uno y le destrozaron el brazo a otro, que pudo escapar de regreso al fuerte. Tras disparar un tiro, un soldado se jactó: «He matado un indio». Pero olvidó agacharse y cayó muerto él también, abatido por la bala de un guerrero.

Taylor estaba exasperado, pero mantuvo la calma. Al tiempo que ordenaba a varios hombres que mojasen el tejado del barracón, despachó a otros a construir un reducto improvisado detrás del blocao en llamas, con lo que impidió a Pakoisheecan y sus guerreros entrar en el fuerte. Los indios sostuvieron un constante fuego de mosquetería y flechas durante casi siete horas, pero Taylor logró rechazar a los atacantes. Los indios, aun cuando disfrutasen de una aplastante superioridad numérica, eran reacios a asaltar fortificaciones, por más endebles que estas fueran. De modo que antes de fundirse en la espesura del bosque tras el amanecer, los furiosos guerreros masacraron todos los puercos, bueyes y ganado que encontraron. Un puñado de hombres se quedó en la zona varios días, quemaron cabañas abandonadas y mataron más animales. Otros fueron hacia el sudoeste, donde masacraron dos docenas de colonos, en su mayoría mujeres y niños.

Pakoisheecan había organizado el asalto contra Fort Harrison pero el Profeta lo había bendecido. Por segunda vez en menos de un año, su magia se había mostrado deficiente. Muy pocos guerreros de

Tenskwatawa regresaron a Villa del Profeta. Los winnebagos, disgustados, se dispersaron para la cacería de otoño. Muchos kickapoos también se marcharon. Las fuerzas de Tenskwatawa eran ahora demasiado pequeñas para defender Villa del Profeta del contragolpe estadounidense –seiscientos *ranger* a caballo se concentraron en Vincennes resueltos a vengarse– por lo que Tenskwatawa se retiró por el curso del Tippecanoe para esperar noticias de Tecumseh. El Profeta, pese a todo, seguía siendo optimista. Una victoria potawatomi en Fort Wayne cubriría la vergüenza del fiasco de Fort Harrison, detendría a los Cuchillos Largos y finalizaría la campaña con los hermanos shawnees en una posición favorable para reimponer el control indio sobre las tierras perdidas a causa de los fraudulentos tratados y las vergonzosas derrotas. [7]

En Amherstburg, Tecumseh estaba inquieto. A finales de agosto, los mensajeros indios le trajeron la noticia de que los potawatomis habían iniciado el asedio de Fort Wayne al acuchillar al hermano del agente indio John Johnston en las puertas del fuerte y masacrar el ganado de las inmediaciones. Los potawatomis solicitaron apoyo británico para destruir la empalizada, petición que recibió el respaldo de Tecumseh y de Cabeza Redonda. Procter quería proporcionarles ayuda, pero se lo impedía el armisticio negociado por el general al mando sir George Prévost y Henry Dearborn, basada en la ingenua asunción de que si Londres aceptaba cesar el reclutamiento forzoso de marinos estadounidenses se pondría fin a la guerra. Prévost se limitaría, por el momento, a acometer operaciones defensivas.

Esta era una postura fácil de sostener desde la seguridad de Quebec. Pero para Procter, quien se hallaba cara a cara con un Tecumseh cada vez más desconfiado, negar ayuda a los potawatomis equivalía a un suicidio estratégico. Una vez finalizado el armisticio, Procter autorizó una expedición combinada indiobritánica contra Fort Wayne con el pretexto de impedir una segunda masacre como la de Fort Dearborn. El general Brock apoyó la iniciativa de Procter; pidió a Prévost apoyo para sus aliados nativos y le dijo que el armisticio había enfurecido a los indios y que negarse a sumarse al ataque de Fort Wayne significaría el fin de la alianza y también el del Alto Canadá. Brock también recordó a su miope superior las expectativas de Tecumseh: «Ya me han pedido mi palabra de que Inglaterra no entablará conversaciones sin antes consultar sus intereses. Si llegaran a pensar que podríamos abandonarles, las consecuencias serían, sin duda, fatales». [8]

En verdad la paciencia de Tecumseh con los casacas rojas estaba llegando al límite, en particular debido a que la tensión de la campaña y una enfermedad no especificada provocada por la herida recibida en Maguaga habían desgastado su afamada salud de hierro. El 14 de septiembre partió de Amherstburg en canoa hacia los rápidos del Maumee a la cabeza de seiscientos guerreros, en su mayoría wyandot. Le acompañaron Matthew Elliott y Alexander McKee, los dos viejos y achacosos, además de los jefes Cabeza Redonda y Main Poc. También descendieron el río con Tecumseh doscientos ottawas y ojibwas del país norteño, la sobria vanguardia de los pendencieros indios de Robert Dickson, muchos de los cuales seguían celebrando tumultuosamente la caída de Fort Michilimackinac.

El jefe shawnee era ahora el principal adversario indio de los Estados Unidos. Los periódicos afirmaban por error que tenía el rango de brigadier general en las fuerzas británicas, con mando tanto sobre los guerreros como sobre los casacas rojas, capaz de provocar «los mayores quebrantos» a la frontera del noroeste. Puede que estuviera enfermo, pero estaba muy lejos de ser secundario.

Detrás de los indios venían trescientos casacas rojas al mando del capitán Adam Muir, artillería para quebrar los muros de Fort Wayne y cien milicianos canadienses escogidos al mando del capitán Billy Caldwell, de treinta y seis años. Caballeroso y agradable, Caldwell era el instruido hijo de un coronel irlandés al servicio de la Corona y de una mujer potawatomi. El métis, de casi metro ochenta de estatura, también se estaba haciendo muy amigo de Tecumseh.

Este optó por anunciar su llegada con algo de la fanfarronería característica de su hermano. Buscando intimidar a los indios aliados de los Cuchillos Largos, los mensajeros del jefe shawnee proclamaron que Tecumseh se dirigía al país del Wabash con un ejército de siete mil indios y un gran destacamento de casacas rojas y que, a su llegada, «pondría su pie sobre Fort Wayne y lo aplastaría». Los miamis debían apartarse, «pues su pie es muy grande y requiere mucho espacio». Si se quedaban, «pudiera ser que les pisara». [9]

Lo más probable es que los miamis se rieran de la amenaza de Tecumseh. El jefe shawnee ignoraba que la vanguardia del reconstituido Ejército del Noroeste (que reemplazaba al que Hull había rendido) ya había levantado el sitio de Fort Wayne. Los potawatomis, tras limitarse a sacrificar ganado, quemar edificios y granjas exteriores, y matar a dos o tres hombres, escabulleron el bulto sin causar verdadero daño. El 25 de septiembre, los exploradores de Tecumseh se toparon en el río Maumee con un destacamento de Cuchillos Largos que estimaban en unos tres mil. El capitán Muir se

hallaba en una posición precaria: su expedición estaba en peligro. Se celebró consejo, pero no se decidió nada. Elliott, Cabeza Redonda y Main Poc eran partidarios de dar batalla. Muir prefería una retirada apresurada, opinión que compartían los ojibwas y los ottawas, que dejaron clara su opinión con sus pies, pues se limitaron a volver a casa. Su defección decidió la cuestión para Muir. Los indios restantes le siguieron, ya que su única fuente de víveres eran las provisiones británicas de Amherstburg. Tanto Muir como Procter achacaron el fracaso de la expedición al retraso que había causado el armisticio de Prévost. [10]

Tecumseh no estuvo presente en las difíciles deliberaciones con el capitán Muir. Tan pronto como tuvo noticia de la derrota de los potawatomis en Fort Wayne, abandonó la expedición y partió en busca de la improvisada aldea de Tenskwatawa para recuperarse de sus males y ponderar las opciones de los hermanos shawnees. Pero, en realidad, tan solo tenían una: combatir con todos los guerreros disponibles. William Henry Harrison había aprovechado su mando en Kentucky para asumir el mando del Ejército del Noroeste y el rango de general de voluntarios. Había organizado una fuerza formidable de regulares, milicia y voluntarios llegados de toda la región. Pese a los problemas logísticos, esperaba poder recapturar Detroit y Michilimackinac antes de fin de año para luego tomar Fort Malden. Su ofensiva vendría precedida de operaciones de busca y destrucción contra las aldeas nativas del norte de Indiana y Ohio. Se procedería a la rápida destrucción de los indios aliados de la Corona. Con la llegada del invierno y la retirada momentánea del escenario de los hermanos shawnees, fue en Cabeza Redonda en quien recayó la misión de reunir los recursos indios disponibles y ayudar a los británicos a defender el Alto Canadá.

El general Brock, en una misiva remitida a Procter desde la frontera del Niágara, creía que había posibilidad de salvaguardarse, siempre y cuando Tecumseh volviera con ellos. «Con usted comienza una nueva e interesante escena. No tengo ninguna duda acerca del resultado, siempre y cuando podamos controlar a los indios y mantenerles unidos a nuestra causa, que, de hecho, es la suya […] si los indios actúan como lo hicieron al mando de Tecumseh, quien es probable que pudiera ser inducido a retornar a Amherstburg, [el Ejército del Noroeste] podría muy bien quedar reducido a nada en poco tiempo […] hostigue [a Harrison] de continuo. Ojalá logre todos los triunfos posibles». [11]

Tales fueron las últimas palabras de Brock para su subordinado. El 13 de mayo cayó herido de muerte mientras encabezaba una carga

contra los invasores estadounidenses en la batalla de Queenston Heights, en la frontera del Niágara. Pero su idea sobrevivió en cierto modo. El general Prévost comprendió al fin la necesidad de garantizar a los indios una patria independiente en el tratado de paz con los Estados Unidos, más como barrera para futuras agresiones estadounidenses contra el Alto Canadá que como premio por su servicio a la Corona. [12]

Tecumseh no tendría noticia de la muerte de Brock hasta varios meses después, aunque esto no hubiera tenido gran impacto en sus preocupaciones más inmediatas, que era escapar de los voluntarios estadounidenses que, llenos de odio, venían con la intención de tomar represalias rápidas e indiscriminadas. Los estadounidenses quemaron veintiún aldeas indias, la mayor parte de las cuales había sido evacuadas; destruyeron cosechas y almacenes; profanaron tumbas para arrancar a los cadáveres sus ornamentos de plata; y convirtieron el territorio indio en un erial. Ni siquiera respetaron a los miamis. Los potawatomis habían obligado a suficientes miamis a tomar parte en el ataque a Fort Wayne como para que el gobierno declarase a toda la tribu «incuestionablemente hostil» y sin derecho a la protección del gobierno. Los desprevenidos miamis estaban en sus aldeas del río Mississinewa cuando los estadounidenses atacaron. Mataron o capturaron cincuenta y dos aldeanos antes de que un audaz contraataque miami les hiciera huir. En otro egregio acto de mala fe, un soldado disparó a Pezuña Negra cuando el jefe venía de visita amistosa a uno de los generales de Harrison. El oficial ofreció una recompensa substanciosa por el culpable, pero este escapó a la justicia. Pezuña Negra sobrevivió y, cosa notable, se mantuvo leal a los Estados Unidos. [13]

La misma Villa del Profeta fue objetivo de una gran y ruidosa incursión estadounidense. Aunque estaba vacía, el valor simbólico de la aldea como semillero del extremismo indio irritaba a Harrison tanto como un año atrás, cuando se vio obligado a librar la batalla de Tippecanoe. El 19 de noviembre, el general Samuel Hopkins de la milicia de Kentucky llegó al santuario de los hermanos shawnees con mil jinetes poco disciplinados. Necesitó cuatro días, pero Hopkins arrasó la aldea y todo el maíz, tanto el almacenado como el de los campos.

Había sido un golpe duro pero no mortal a la alianza india, del cual los guerreros se cobraron una pequeña venganza. Tecumseh y Tenskwatawa, el primero convaleciente, estaban río arriba en el valle del Wabash. Los dos llamaron a sus guerreros dispersos para que vinieran con ellos, pero fue su hermano Kumskaukau, un guerrero

popular y capaz, quien les ayudó a castigar a los atacantes. El 22 de septiembre, la partida guerrera de Kumskaukau emboscó desde unos peñascos que dominaban el Wabash a una partida de reconocimiento a caballo, abatiendo a dieciocho jinetes de sus monturas. Hopkins se dispuso a contraatacar, pero una repentina y violenta tormenta de nieve impidió proseguir el combate. [14]

Kumskaukau regresó al campamento de sus hermanos con sus guerreros victoriosos. La triunfante partida incluía a varios kickapoos que llevaban a un kentuckiano que iban a matar. La costumbre prohibía a los hermanos shawnees intervenir en defensa del condenado. Los kickapoos le confinaron durante la noche. Luego llevaron al prisionero, atado y desnudo, al lugar de su ejecución, un robledal situado a cinco kilómetros de la aldea. Clavaron un retoño verde en el suelo cubierto de nieve y le ataron una parra. En mortal silencio, los kickapoos ataron los brazos del prisionero a la parra. A continuación, tomaron teas y comenzaron a clavárselas. Este soportó la tortura desde el amanecer hasta primera hora de la tarde. Una vez muerto, los kickapoos le despellejaron y le descuartizaron, e hirvieron sus miembros para un festín. Tenkswatawa fue testigo del horrendo final del kentuckiano y hablaría tiempo después de su muerte con genuino pesar. [15]

❖

Todavía habría más derramamiento de sangre antes de que la nieve, el hielo y el gélido frío hicieran caer el telón sobre la campaña de aquel año. Las tácticas de tierra quemada de Harrison habían hecho que los indios dependieran de las provisiones británicas. Las raciones se agotaban en los depósitos de Amherstburg, lo cual hizo que Procter tuviera que aprobar una expedición a los rápidos del Maumee, en el noroeste de Ohio, región rica en maíz y ganado y zona crucial de paso para las operaciones contra Detroit. A finales de octubre, en ausencia de Tecumseh, Matthew Elliott y el jefe Cabeza Redonda reunieron quinientos en Amherstburg para ir a acumular comida al pie de los rápidos. Todo fue bien hasta que una astrosa columna estadounidense interrumpió su trabajo. Tuvo lugar una breve escaramuza, de la cual muchos de los hambrientos estadounidenses desertaron para robar comida, pero en última instancia los indios se retiraron a Amherstburg, después de haber cubierto solo en parte sus necesidades. [16]

El crudo invierno de 1813 los hermanos shawnees alimentaron como pudieron a los trescientos guerreros que se reunieron en su campamento del río Wabash para reemprender la guerra contra los

Cuchillos Largos con la llegada de la primavera. También enviaron mensajeros con presentes a sus aliados de Illinois, la mayoría de los cuales habían hibernado con Main Poc en el río Fox, donde la caza era abundante y los Cuchillos Largos escasos. Main Poc también eligió este lugar para impedir «a los estadounidenses esos problemas de la tierra» que volvieran a ocupar Fort Dearborn. [17]

Muchos de estos «problemas de la tierra» fueron enterrados la frígida mañana del 22 de enero de 1813, en una victoria que con toda seguridad elevó mucho el ánimo del convaleciente Tecumseh. El general Harrison pretendía reunir a cuatro mil hombres en los rápidos del Maumee y cruzar el helado río Detroit para atacar Fort Malden. Pero el general James Winchester, un subordinado voluntarioso aunque torpe, avanzó desde los rápidos del Maumee hasta el pequeño asentamiento de Frenchtown, en el río Raisin, sin informar a Harrison. El coronel Procter y Cabeza Redonda vieron la oportunidad de infligir un castigo a las expuestas fuerzas de Winchester y atacaron. Con los estadounidenses más interesados en recoger leña que en montar guardia y sus mandos alojados con toda comodidad a retaguardia, los aliados despacharon con rapidez al destacamento de Winchester. En la victoria más decisiva que ninguno de ambos bandos había logrado hasta la fecha, los indio-británicos mataron a doscientos noventa estadounidenses y capturaron a seiscientos. Pero su triunfo fue manchado dos días después de la batalla: unos indios borrachos masacraron a sesenta prisioneros. Frenchtown puso fin a la invasión de Harrison y devolvió a Procter la iniciativa bélica en el noroeste.

Este último estaba animado tanto por la victoria como por su posterior ascenso a brigadier general, pero le seguía atormentando una incertidumbre: ¿regresaría Tecumseh? Durante el invierno, reportó que el jefe shawnee estaba «distante» y todavía fuera de combate. Los rumores le situaban a las puertas de la muerte. John Johnston escuchó que una de sus piernas «se había marchitado por completo» y que «nunca recuperaría su uso». Las fuentes de Procter eran mucho más fiables, pues este comunicó al general Roger Sheaffe, sucesor de Brock en el Alto Canadá, que Tecumseh «apenas ha recuperado su salud». [18]

Procter no concebía un triunfo británico en el noroeste si no podía contar con Tecumseh para unir a los indios. Pero, si el shawnee se recuperaba, Procter podría ofrecerle mayores incentivos para continuar la lid. Los sucesos de Europa habían hecho al gobierno británico más receptivo a la idea del difunto general Brock de crear una patria india inviolable bajo protección inglesa. En noviembre de 1812 Napoleón abandonó Rusia, después de la destrucción de su

Grande Armée. Dado que el derrocamiento del emperador francés era ahora una posibilidad real, el nuevo ministro de guerra y colonias, lord Bathurst, hizo que Gran Bretaña apoyase la causa de Tecumseh, aunque el dominio indio no alcanzaría la línea del río Ohio como soñaban los hermanos shawnees.

¿Pero se recuperaría Tecumseh de lo que fuera que le aquejase? Se había convertido en una celebridad entre los estadounidenses que residían muy cómodos lejos de la turbulenta frontera. Nadie le atribuyó la masacre de los kentuckianos de Winchester en el río Raisin. Hacia finales de febrero de 1813 su reputación ya se había consolidado. Los diarios estadounidenses presentaban al jefe shawnee a sus lectores como un brutal pero brillante Robin Hood,

> de unos cuarenta y cinco años, de la tribu chawonoe [*sic*], seis pies de alto, bien proporcionado para su estatura, de porte erguido y recio, mirada penetrante, severo el semblante; astuto; industrioso en la preparación de iniciativas y osado en su ejecución. Su elocuencia tiene nervio, es concisa e impresionante.
> En su juventud, antes del Tratado de Greenville, era uno de los más audaces guerreros que infestaban el río Ohio –donde capturaba barcas, mataba emigrantes y cargaba los caballos con el botín más valioso– y regresaba al Wabash donde, dado que despreciaba las riquezas personales, regalaba los tesoros de su rapiña entre sus seguidores, las cuales, una vez agotadas, [eran] restituidas por nuevas depredaciones.
> Entre los indios, Tecumseh es considerado el más osado guerrero del oeste. **[19]**

Pero mucho más importante para la causa panindia que la buena prensa de los estadounidenses fue el hecho de que Tecumseh recobrase la salud y que Tenskwatawa recuperase buena parte de su influencia. Un veterano agente que tenía contacto muy estrecho con las tribus occidentales aseguró a los gobernadores de los territorios que «muchos indios todavía siguen muchos de los dictados del Profeta». A pesar de las diferencias doctrinales con Tenskwatawa, Main Poc invocaba su imagen para animar a los guerreros. A su hijo le envió a reclamar a las tribus de Illinois que «fueran de inmediato a Detroit; pues los estadounidenses estaban cansados de combatir con el Profeta [y] se veían obligados a reconocer [su] superioridad». **[20]**

En marzo de 1813, Tecumseh, ya muy recuperado, regresó a Amherstburg con la promesa de que venían de camino grandes

refuerzos indios. El general Procter apenas podía ocultar su satisfacción: «Entre los indios que vinieron a unirse conmigo desde el Wabash venía el celebrado y talentoso jefe Tecumseh, quien unía en su persona todas las cualidades heroicas que los romances se placen en atribuir a los "hijos de los bosques", además de inteligencia y sentimientos impropios de un salvaje. Posee tal influencia entre sus hermanos que su presencia era de la máxima importancia».

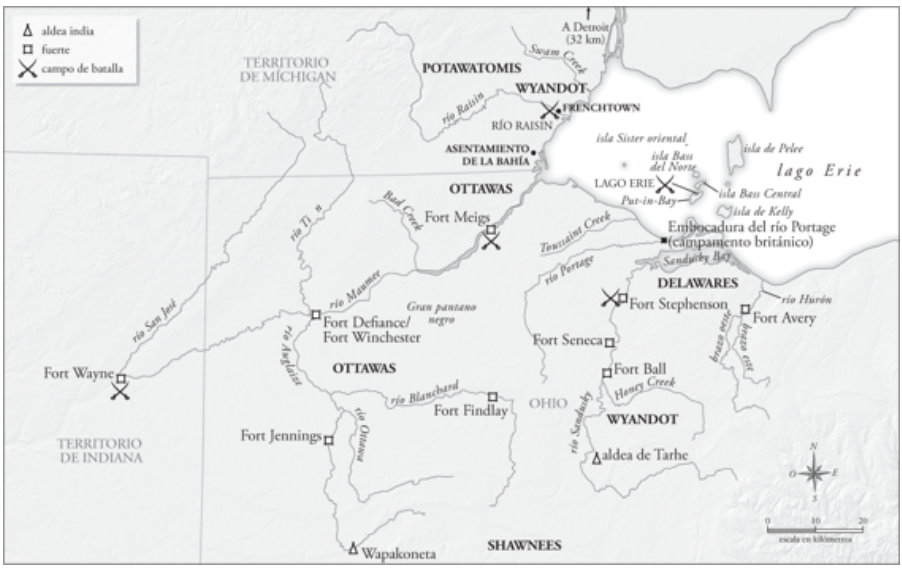
Procter invitaba con frecuencia a Tecumseh y a Matthew Elliott, en cuya casa volvió a instalarse el jefe shawnee, a cenar en sus aposentos. Tecumseh hablaba con libertad al general, incluso en relación a Tenskwatawa. En una ocasión llegó a menospreciar las enseñanzas del Profeta, refiriéndose a él, entre risas, como «mi necio hermano».

Tecumseh jamás había expresado nada que no fuera absoluta fidelidad a la doctrina de Tenskwatawa. Solo él sabía qué era lo que había causado sus comentarios a Procter. Tal vez estaba exultante por el tratamiento regio que el general le dispensaba y quería ponerse por encima de su hermano; era una muestra muy humana de rivalidad entre ellos. O quizá había llegado a cuestionarse la magia del Profeta tras las debacles de Tippecanoe y Fort Harrison. Pero, fuera lo que fuera que creyese, Tecumseh no abandonaría su asociación. Tras una breve estancia en Amherstburg, regresó al Wabash. Antes de partir, juró emplear su influencia –la capacidad de Tecumseh, que Procter admiraba, de dirigir a los indios a su favor sin «ninguna autoridad formal»– para persuadir a los guerreros para que llevasen a sus familias al Territorio de Míchigan a fin de reforzar su alianza con los británicos, lo cual no era un propósito tan difícil como parecía pues la mayoría de los indios estaban hambrientos.

Hacia mediados de marzo los hermanos shawnees estaban de camino a Detroit, tras abandonar su campamento tal como Procter les había pedido. El 16 de abril Tecumseh y un pequeño séquito a caballo entraron en Fort Malden seguidos a corta distancia por Tenskwatawa y más de mil doscientos combatientes y un número como mínimo igual de familiares. Procter, por suerte para Tecumseh, hablaba de operaciones ofensivas con una convicción que recordaba a Brock. Y, al igual que su difunto superior, estaba dispuesto a exceder las órdenes del general Prévost. En lugar de explotar la victoria británica en el río Raisin, el timorato general en jefe quería que Procter resistiera y que Tecumseh se limitase a hostigar las líneas de suministros y refuerzos de Harrison. [21]

Procter planteaba una misión más importante para sus casacas rojas y para los guerreros de Tecumseh, la cual los llevaría de regreso al Ohio. En febrero de 1813, Harrison comenzó las obras de una

enorme empalizada de 3,6 hectáreas llamada Fort Meigs. El fuerte estaba emplazado sobre una suave altura al pie de los rápidos del Maumee (17 kilómetros al sudoeste de la actual Toledo), en la orilla sur del río y justo delante del campo en el que Anthony Wayne había destrozado a la Confederación del Noroeste en 1794. Situado en mitad del camino de Detroit, en el interior de Ohio, cumplía dos necesidades cruciales de los estadounidenses: bloquear una invasión indiobritánica de los asentamientos del Ohio y servir de trampolín y de depósito de suministros para un avance estadounidense contra Detroit y el Alto Canadá.



MAPA 10: EL TEATRO DE OPERACIONES EN 1813

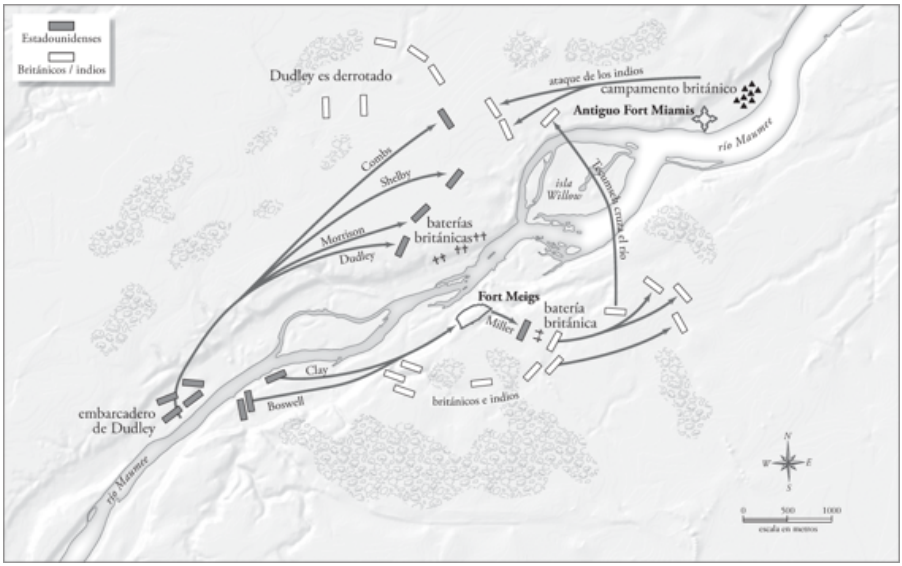
Pero, por el momento, la posición del general Harrison era estrictamente defensiva. Tras haber reconocido al fin que el control del lago Erie era necesario para retomar y defender Detroit así como para invadir el departamento occidental del Alto Canadá, el Departamento de Guerra ordenó a Harrison resistir mientras se construía una flota. Harrison no presentó objeciones. Las milicias de Kentucky y de Ohio se habían marchado en febrero, una vez expiraron sus alistamientos. El general no podía esperar la llegada de más voluntarios hasta mayo, lo cual le dejaba con tan solo tres débiles regimientos regulares con los que defender Fort Meigs. Con «una frontera que proteger tan extensa y un [fuerte] tan sagrado de proteger contra los avances de un enemigo ciertamente tan sutil y formidable como indios y británicos cuando se unen», Harrison dudaba poder proteger ni los constructores de barcos ni los

asentamientos de Ohio. [22]

Procter decidió atacar Fort Meigs para aprovechar la apurada situación de Harrison. Tecumseh apoyó el plan de Procter y reunió a sus aliados indios antes de la fecha prevista, a finales de abril. Tenskwatawa acompañó el destacamento indio en calidad de intermediario ante el Señor de la Vida. Por primera vez desde Troncos Caídos, los hermanos shawnees combatirían juntos. Su sociedad, a pesar de los jocosos comentarios sobre su «necio hermano» seguía siendo sólida.

El general Harrison continuó reconociendo el papel de Tenskwatawa en la alianza, pues le situaba por encima de Tecumseh, al menos en su correspondencia oficial. «El Profeta y su hermano [han] llegado al río Raisin con un refuerzo de guerreros indios –escribió el 21 de abril al secretario de guerra–. Sus jefes británicos los animan por todos los medios posibles. Al Profeta y sus seguidores se les garantizó que el Territorio de Míchigan sería suyo». [23]

Pero antes, ellos y los británicos tenían que derrotar a los estadounidenses atrincherados en Fort Meigs. El 24 de abril el general Procter zarpó de Fort Malden con 552 regulares británicos, 462 milicianos canadienses y un formidable tren de artillería para reunirse con los indios al pie de los rápidos del Maumee. En el momento de partir, las lluvias torrenciales azotaban el lago Erie y sus orillas. Dos días más tarde, Procter se encontró con Tecumseh y Tenskwatawa cerca de las ruinas del viejo Fort Miamis, el puesto británico abandonado hacía mucho tiempo. Era el mismo fuerte que, diecinueve años atrás, les había cerrado las puertas tras la retirada india de Troncos Caídos. Los restos físicos de unos tiempos tan dolorosos no podían ser agradables para los hermanos shawnees, pero al menos tenían la satisfacción de tener la lealtad de tantos guerreros como los que Chaqueta Azul había comandado aquel fatídico día de 1794, y procedentes de una gran variedad de tribus.



MAPA 11: EL TEATRO DE OPERACIONES EN 1813

Mientras la infantería acampaba cerca de las empalizadas podridas y arrumbadas de Fort Miamis, unos cinco kilómetros río abajo de Fort Meigs, los ingenieros británicos seleccionaron posiciones de artillería en la orilla norte del río Maumee justo frente al puesto estadounidense. Los casacas rojas, empapados por la lluvia, trabajaron tres días con lodo hasta las rodillas para colocar en posición cuatro baterías de artillería. Mientras, los tiradores indios hostigaban a la guarnición estadounidense, acercándose lo suficiente para matar cerdos y bueyes delante de los muros y matando o hiriendo a una docena de defensores. Los guerreros, ocultos tras hayas y robles, a menudo sin moverse durante un día, llegaron a ser, según un oficial estadounidense, «muy insolentes […] y tuvimos que vigilarlos de cerca, y de vez en cuando tirarles balas y metralla». [24]

Tenskwatawa se retiró a comunicarse con el Señor de la Vida y dejó a Tecumseh que ejerciera sus prerrogativas de caudillo guerrero. Tecumseh debió quedar impresionado ante lo que observó bajo la lluvia desde la orilla opuesta del Maumee. Fort Meigs se alzaba veinte metros por encima del río y describía una elipse imperfecta de unos dos mil cuatrocientos metros de circunferencia. Su exterior estaba erizado de abatís (reductos de estacas). El perímetro estaba rodeado de profundos fosos. Los muros estaban formados de troncos de unos cuatro metros insertados a un metro de profundidad en el suelo. En el muro, a intervalos irregulares, había siete sañudos blocaos de dos plantas, cada uno de ellos con un cañón. Mientras los británicos se esforzaban por emplazar su artillería, los estadounidenses erigieron

dos enormes túmulos de tierra de seis metros de ancho por cuatro de alto a lo largo del interior del fuerte. También excavaron refugios precarios y embarrados en los lados opuestos para refugiarse del bombardeo británico. [25]

Dado que ningún indio en su sano juicio se atrevería a asaltar un fuerte, en particular uno tan bien construido como Fort Meigs, Tecumseh y sus jefes contaban con que la artillería británica allanaría la posición y obligaría a los estadounidenses a salir a campo abierto. Pero Procter no acertó en sus cálculos, pues inició su bombardeo a las dos de la madrugada desde la orilla opuesta y desde dos buques cañoneros situados corriente abajo. El coronel estadounidense Alexander Bourne consideró que era cobardía o un error de juicio lo que le había llevado a emplazar sus cañones en terreno más bajo al otro lado del río en lugar de en la orilla sur, donde los británicos podrían haberse acercado a menos de doscientos cuarenta metros del fuerte y «destrozar todas nuestras posiciones en poco tiempo». Cuando comenzaron a rugir los cañones, Harrison ordenó apagar todas las luces. «Estaba extraordinariamente oscuro, húmedo y embarrado –recordó el coronel Bourne–. A menudo nos tirábamos a las trincheras, a veces unos encima de otros». Pero el cañoneo resultó ser un fracaso. Los proyectiles se hundían en la tierra empapada, donde silbaban y humeaban inofensivos. Los proyectiles destriparon a algunos soldados y abatieron los tejados de algunos blocaos, pero el fuerte no corría verdadero peligro. Aunque los tiradores de Tecumseh infligieron más bajas que los dos días de bombardeo británico, los guerreros disfrutaron de igual manera del despliegue pirotécnico. «Era por demás divertido ver el placer y satisfacción con el que los indios aullaban, siempre que pensaban que el estallido de una granada había causado daños –recordó un oficial estadounidense–. Sus constantes aproximaciones [al fuerte], que en ocasiones les situaban muy cerca, mantuvieron nuestras líneas bajo un fuego constante».

Transcurridos tres días de cañoneo inútil, Tecumseh, Tenskwatawa y Cabeza Redonda propusieron a Procter un emplazamiento mejor para los cañones británicos. Era una elevación cubierta de matorrales unos doscientos noventa metros al este de Fort Meigs que los fusileros indios habían estado utilizando para hostigar a los defensores. Procter les hizo caso. Una compañía artillera de tres piezas fue al lugar, pero perdieron la ventaja del terreno pues construyeron sus emplazamientos debajo y no sobre la «colina india» que era el nombre que los estadounidenses daban a la altura. Los proyectiles lanzados desde la colina india aterrizaban fuera de los muros de Fort Meigs. Los defensores llegaron a la conclusión de que el jefe de la batería «debe

ser un amigo y se apiada de nuestra situación». [26]

En la mañana del 5 de mayo se rompió el empate. Bajo una lluvia batiente, llegaron por los rápidos situados más arriba de Fort Meigs dieciocho grandes gabarras con mil doscientos milicianos de Kentucky al mando del brigadier Green Clay. Los refuerzos que Harrison esperaba habían llegado al fin. Su llegada tomó por sorpresa a Procter y a Tecumseh, pero no a Harrison. Un pequeño grupo se había avanzado por los rápidos en balsa. La noche anterior habían atravesado las líneas indias y entraron en el fuerte. Harrison tenía un plan para los de Kentucky. Clay dividiría sus fuerzas. Cuatrocientos hombres desembarcarían en el lado estadounidense (el lado sur) del Maumee y se abrirían paso hasta el fuerte. Un guía de Harrison conduciría a los ochocientos hombres restantes, al mando del teniente coronel William Dudley, a la orilla norte, donde atacarían las baterías británicas situadas frente al fuerte, clavarían los cañones, regresarían a sus barcas, cruzarían el río torrencial y se retirarían a Fort Meigs. Mientras tanto, Harrison haría una salida desde la empalizada para atacar la batería situada al pie de la colina india.

Incluso para unas tropas muy bien entrenadas, este plan habría sido complicado de ejecutar y la brigada de Clay era poco más que una turba armada. El gobernador de Kentucky, tras inspeccionar a los reclutas, le dijo a Harrison que no esperase de ellos gran cosa. «La mayor parte eran hombres de estatura inferior a la media, y en absoluto kentuckianos, pues los mejores hombres» habían pagado a un sustituto que sirviera en su lugar. A pesar de lo mucho que se hablaba de vengar la masacre del río Raisin, en Kentucky la fiebre bélica había decaído.

Aquella mañana Tecumseh estaba en la orilla sur con quinientos guerreros, hostigando Fort Meigs bajo la cobertura del constante bombardeo británico. Las gabarras descargaron su mediocre tropa; muchos saltaron tambaleándose a tierra, borrachos, mareados o debilitados por el sarampión. También estaban confundidos, pues ni Clay ni Dudley les habían informado de su misión. Tecumseh respondió bien a la súbita aparición de Clay, al detener el avance de los endebles kentuckianos en los espesos bosques situados entre la orilla del río y Fort Meigs. Hasta que no salieron doscientos dragones al galope para rescatarles –los indios sentían un miedo cerval a los jinetes armados de sables–, los kentuckianos no pudieron entrar en la empalizada, reagruparse y contraatacar. Los guerreros de Tecumseh se retiraron al bosque tras matar a veinte kentuckianos y herir a cuarenta

y cinco, esto es, casi uno de cada seis de los que desembarcaron en la orilla sur. [27]

Tan pronto como Tecumseh se retiró se presentó una nueva amenaza. Un destacamento de trescientos cincuenta disciplinados regulares salió de Fort Meigs en dirección a la colina india, empleando culatas y bayonetas con sangrientos resultados. Los estadounidenses tomaron los emplazamientos de los cañones, los clavaron, y capturaron a cuarenta casacas rojas. Pero tendrían que combatir muy duro para regresar a Fort Meigs. Tecumseh contraatacó, recuperó los cañones y cercó una compañía estadounidense. Cuando los regulares regresaron al fuerte, habían perdido treinta muertos y noventa heridos, o una tercera parte de los efectivos empeñados. Cuando las puertas de Fort Meigs se cerraron y la artillería estadounidense comenzó a batir el terreno abierto de más allá de los muros, Tecumseh se reagrupó de nuevo en los bosques al nordeste de la empalizada. [28]

Eran las 10:45 de la mañana. Tecumseh había comandado con brillantez a sus guerreros, pero Harrison había conseguido silenciar la molesta batería al este de Fort Meigs. Toda la atención se centró ahora en la orilla norte del Maumee, donde el coronel Dudley y sus ochocientos kentuckianos se presentaron con retraso. Antes de tocar tierra tres kilómetros al sudoeste de las baterías británicas, sus embarcaciones habían recibido fuego de indios que acechaban en la orilla. Dudley formó su astroso regimiento en tres columnas y acudió entre lodo y barro y bajo una lluvia batiente al tronar de los cañones británicos frente a Fort Meigs. Solo Dudley conocía la misión, pero el peso del mando le paralizó. Como recordó un confuso oficial: «Nunca se nos explicó lo que teníamos que hacer en caso de triunfo o de derrota». Otro oficial evocó la memoria del río Raisin y urgió a sus hombres a resistir a toda costa.

El resultado fue predecible. En un primer momento, la batalla fue como Dudley quería. Sobresaltados por los aullidos de los kentuckianos que les atacaban por retaguardia, los artilleros británicos huyeron. Dudley capturó las baterías sin perder ni un hombre, pero entonces su suerte cambió. Nadie había traído las estacas necesarias para clavar los cañones y a nadie se le ocurrió lanzarlos al río. Dudley parloteaba mientras sus hombres se paseaban por los emplazamientos de artillería. Desde Fort Meigs, Harrison les enviaba frenéticos mensajes de que regresaran a sus botes.

Un repentino repicar de mosquetería atrajo la atención de los kentuckianos hacia su izquierda y su retaguardia. Su compañía de exploradores, que incluía shawnees aliados, se había topado con los indios ocultos en un bosque a ochocientos metros de las baterías. No

tenían órdenes de retirarse, por lo que resistieron. Dudley olvidó sus instrucciones y lanzó a su regimiento en un confuso e impetuoso avance para apoyar a la compañía de exploradores. Esto era justo lo que los indios, es probable que bajo el mando del jefe Cabeza Redonda, esperaban que hicieran. Durante las tres horas siguientes fueron atrayendo a los kentuckianos a lo más profundo del bosque –formaban una línea, disparaban una descarga y se retiraban en el centro, mientras guerreros invisibles resistían en los flancos– hasta que el destacamento de Dudley se encontró a más de kilómetro y medio del río. Los cuerpos de cincuenta Cuchillos Largos alfombraban su camino a través del bosque pantanoso. [29]

Tecumseh se dedicaba a importunar a la guarnición de Fort Meigs con fuego desde los bosques al nordeste del fuerte cuando el estruendo de la batalla que se libraba en la orilla norte del Maumee atrajo su atención. Reunió a sus guerreros y cruzó el río por debajo de los rápidos. Una vez en la orilla norte, se lanzó en cabeza de una línea dispersa de indios pintados y aullantes contra la retaguardia de Dudley, «atrapándonos por completo por los dos lados –dijo un atemorizado miliciano de dieciséis años–; nuestra situación era desesperada».

La llegada de Tecumseh a la retaguardia de los kentuckianos coincidió con una gran emboscada tendida por los indios situados al frente y a los flancos del coronel Dudley. Este cayó abatido con una herida de bala. Los eufóricos guerreros lo remataron a golpes de *tomahawk*. Un jefe de compañía fue alcanzado por una bala que le atravesó las sienes de un lado a otro vaciándole las cuencas de los ojos. El segundo al mando de Dudley enarbolaba su espada sobre la cabeza, pero clavó la punta en un árbol y, al intentar sacarla, se hizo un tajo en el cuello. Malherido, se ocultó entre unos avellanos y abandonó a sus tropas a su suerte. Tuvo lugar una caótica desbandada con fango hasta los tobillos. Los kentuckianos trataban de regresar a la teórica seguridad del emplazamiento de artillería, donde se había quedado una compañía para guardar los cañones capturados. «Los más fuertes y los que podían correr, corrieron –confesó un atemorizado teniente–, y abandonaron a los débiles y heridos a merced de los indios, que los remataron a golpe de *tomahawk*». Un joven soldado británico fue testigo de una de tales muertes. Encontró a un kentuckiano al que le habían arrancado la cabellera: imploraba agua y cubría del sol su cabeza ensangrentada y en carne viva con ramas de árbol. El casaca roja trató de auxiliarle, pero un grupo de indios se lo llevó de allí y remataron al kentuckiano con sus *tomahawk*. Algunos kentuckianos estaban tan asustados que ni siquiera intentaban

escapar. Según los exploradores shawnees, «los hombres se quedaban quietos como si no pudieran evitarlo y eran abatidos muy rápido». [30]

Los que pudieron escapar al cerco de los guerreros de Tecumseh no hallaron refugio en los emplazamientos de artillería. Los casacas rojas habían expulsado a la compañía de Kentucky encargada de defenderlos. Con los indios pisándoles los talones, los exhaustos y aturdidos supervivientes de la expedición de Dudley arrojaron las armas y se rindieron a los británicos. Un pequeño destacamento de casacas rojas condujo a los prisioneros a las ruinas decrépitas de Fort Miamis. Los guerreros furiosos les seguían, arrebatándoles prisioneros para robarles o cosas peores. «Casi todos perdieron sombreros y casacas, y algunos incluso los pantalones», recordó un oficial de Kentucky. «Todo el que no entregaba sus ropas de inmediato con frecuencia las pagaban con la vida».

Al llegar al fuerte, los prisioneros vieron paralelas al fuerte dos filas de guerreros de unos quince metros cada una a ambos lados de la entrada. Sus captores no podían intervenir; lo único que podían hacer era advertir a los kentuckianos de lo que les esperaba. Según recordó el teniente Joseph Underwood: «Los soldados británicos nos dijeron que los indios tenían intención de someternos a una "carrera de baquetas" justo antes de entrar [en el fuerte] y que mientras corríamos nos azotarían y matarían a voluntad, pero, una vez dentro, ya no nos molestarían más». Tal era, al menos, la costumbre india. Mientras Underwood esperaba su turno, vio a los guerreros arrojar mazas de guerra y *tomahawk* a los que le precedían, abatiendo a los más lentos. Underwood superó la carrera de baquetas, a pesar de haber recibido golpes de vara en la cabeza y los hombros. En el interior del reducto, los centinelas británicos le indicaron que se sentase con los que le habían precedido. Muchos sangraban de heridas no tratadas, pero todos creían que lo peor había pasado.

«Y entonces me llegó el turno –recordó Thomas Christian, de dieciséis años. Aferrado a un abrigo que le había hecho su madre, se lanzó a la carrera por el fango ensangrentado, esquivando los cadáveres de sus compañeros–. Con una fuerza y velocidad que me sorprendió, salí a la carrera, pero cuando ya llegaba a la entrada deseada, sentí un repentino tirón en la nuca, vi un botón caer en el suelo a unos pocos pies por delante […] me estiraron de los brazos hacia atrás, y perdí para siempre el precioso regalo de mi madre». Unos pocos pasos más y Christian aterrizó entre sus compañeros supervivientes.

Se hizo entre las ruinas empapadas un extraño silencio, solo roto por los gemidos de los heridos. Entonces se presentó una banda de

ojibwas comandada por Tronco Partido (Split Log), un caudillo guerrero que era, en palabras de un oficial británico, un «villano sediento de sangre y un taimado rufián». Tronco Partido se había perdido la batalla y venía en busca de cabelleras fáciles. Furioso y pintado de negro, Tronco Partido trepó los muros caídos y entró en el patio de armas en el que estaban postrados los kentuckianos. Algunos casacas rojas vieron lo que iba a ocurrir y gritaron «¡Oh! ¡*Nichee wah!*» (¡Oh, Hermano! ¡Desiste!). Pero el ánimo de los guerreros era siniestro. Alzando su mosquete, Tronco Partido disparó y un prisionero cayó muerto. Con toda calma recargó y abatió a un segundo kentuckiano. Luego, dejando a un lado el mosquete, saltó entre los prisioneros *tomahawk* en mano y comenzó a abrir cráneos y a arrancar cabelleras. Sus seguidores profirieron un grito de guerra y se unieron a él. Cuando un centinela británico blandió su bayoneta para proteger un kentuckiano, un indio sacó una pistola y le disparó, mientras gritaba «¡Tú también, maldito yanqui!». Con esto, los otros casacas rojas se hicieron a un lado. Un grupo de furibundos potawatomis se unió a la matanza.

El joven Thomas Christian nunca olvidó el horror. Con «aullidos de otro mundo» los guerreros se lanzaron contra los kentuckianos, «matando y arrancando cabelleras con toda la rapidez que les permitían sus nutridas filas, mientras nosotros, como ovejas aterrorizadas acorraladas por perros, o como una piara de puercos en una carnicería, nos apilábamos los unos encima de los otros en una esquina. Los que estaban en el fondo estaban sofocados, y los que estaban en la parte superior estaban empapados en sangre y sesos». Christian se dispuso a morir. «De repente, como el resplandor de un relámpago, los alaridos cesaron y las mazas de guerra fueron bajadas por los avergonzados guerreros […] entre los gemidos de los moribundos, y los rezos de los vivos, escuchamos al valeroso Tecumseh poner fin a la masacre, reprendiendo a sus guerreros por comportarse como *squaws*». El jefe shawnee, antes el terror de los kentuckianos, se convertía ahora en su salvador. [31]

❖

Tecumseh estaba en el campo de batalla con Matthew Elliott cuando llegó un mensajero sin aliento de Procter, pidiéndole que fuera a impedir una masacre en Fort Miamis. «Nunca Tecumseh brilló tanto como en esta ocasión –escribió con admiración un casaca roja–. Siempre tan misericordioso y magnánimo como ardoroso y valiente, la voz de los suplicantes no se dirigió a él en vano». [32] La humanidad de Tecumseh era real. Pero es probable que tuviera un segundo

motivo al dirigirse al fuerte en ruinas: los indios debían conservar el respeto de los británicos y superar la etiqueta oprobiosa de «salvajes».

Tecumseh entró en el fuerte montado en un caballo tordo. Desmontó, caminó entre la multitud de guerreros y subió a lo más alto del muro derruido más cercano. Acto seguido, dio con palabras y lenguaje de signos un discurso «breve pero enfático», en palabras del teniente de Kentucky Leslie Combs, que puso fin a la matanza. «No podía comprender su lenguaje –escribió Combs–, el cual estaba cerca de Tecumseh, «pero sus gestos y ademanes me convencieron de que estaba del lado de la misericordia». Los guerreros bajaron las armas y aceptaron cabizbajos sus invectivas. Tronco Partido discutió con él y se marchó furioso; mientras, el viejo Matthew Elliott blandía su sable y hablaba con dureza en apoyo del shawnee. Poco a poco, los guerreros se dispersaron. Cuando el terror se disipó, el teniente Underwood observó al shawnee: «Tecumseh era un hombre admirablemente formado de mirada inteligente y porte digno». Otro prisionero que también escribió de la intercesión de Tecumseh pero sin conocer su identidad, observó su «magistral aparición. Algunos decían que era Tecumseh, pero ignoro quién era, mas fue el único hombre que se comportó como un caballero, como un oficial». [33]

Se ignora el paradero del general Procter durante la masacre. Es impensable que tolerase semejante ultraje, y es probable que no fuera más capaz de detener esta masacre que la del río Raisin. Había demasiados indios airados y demasiados pocos casacas rojas para que un oficial británico, fuera cual fuera su rango, pudiera calmarlos. Solo un jefe del prestigio de Tecumseh podría haber controlado aquella situación. Pero lo que el shawnee no se atrevió fue a impedir a las familias indias adoptar prisioneros para reemplazar a los guerreros muertos en la batalla. En cuestión de días, varios kentuckianos habían sido privados de barbas y bigotes, limpiados y adoptados por familias indias.

A pesar de la magnanimidad de Tecumseh, la desobediencia de Dudley le había costado graves pérdidas. De los 800 voluntarios que desembarcaron en la orilla norte del Maumee, habían muerto al menos 70 y 580 cayeron prisioneros. Tan solo 150 regresaron a Fort Meigs. [34]

El día después de la batalla, Tecumseh volvió a intervenir a favor de los prisioneros, esta vez para proteger a los shawnees de Wapakoneta de la compañía de exploradores de Dudley que los wyandot tenían prisioneros en su campo. Tecumseh los halló atados a postes y cubiertos de hematomas provocados por latigazos reiterados. El jefe Camina-en-el Agua en persona había participado en el castigo

de los guerreros, a los que golpeó en la cabeza con una baqueta –el equivalente para los jefes de guerra de una vara [*11] de nogal– a quienes respondían con desafiantes gritos de guerra, como cabía esperar de jóvenes combatientes reacios a mostrar miedo. «Tecumseh vino a nosotros y nos estrechó las manos –recordó uno–. Les dijo a los wyandot que nos dejasen en paz». Tecumseh, muy animado, se jactó ante los guerreros de Wapakoneta de que el presente conflicto era la culminación de ocho años de cuidadosos preparativos; «que lo tenían todo preparado y que todas las naciones del norte esperaban su señal [para] venir en un gran ejército […] desde distintas partes». A petición de Tecumseh, los wyandot liberaron a los shawnees; estos regresarían a Wapakoneta unos días más tarde en un intercambio de prisioneros. [35]

Es probable que el alarde de Tecumseh fuera un farol para ocultar la naturaleza efímera de su alianza panindia, así como los límites de su autoridad. De hecho, los indios bajo su supuesto mando estaban desertando por docenas. Como era costumbre tras una victoria, se marchaban con sus heridos, sus prisioneros y su botín, buena parte del cual obtenido de las embarcaciones de los de Kentucky. Cuarenta y ocho horas después de la derrota de Dudley, tan solo permanecían con los británicos Tecumseh, Tenskwatawa y veinte jefes y guerreros. «Bajo las presentes circunstancias –se lamentó Procter al general Prévost–, nuestra fuerza india no está disponible ni es permanente, si bien en ocasiones es una ayuda muy poderosa». [36]

Los indios no eran los únicos que abandonaron la expedición. La mitad de los milicianos canadienses se marcharon a casa a plantar cultivos de primavera; los crudos dictados de la supervivencia estaban por encima de su deber castrense. Procter, privado de tres cuartas partes de sus efectivos, ya no podía rodear a un ejército enemigo más grande que el suyo. Aunque había perdido menos de un centenar de soldados en combate (las pérdidas indias se desconocen, pero fueron insignificantes), los casacas rojas que le quedaban estaban en condiciones lastimosas. «La falta de tiendas, las privaciones de la campaña y la insalubridad del campamento –un hervidero de malaria, fiebre y disentería– hizo efecto gradual sobre el pequeño continente regular del destacamento», resumió el historiador del 41.º Regimiento. Ante tales circunstancias, Procter no tenía otra alternativa que levantar el sitio y regresar a Fort Malden antes de que Harrison explotase la vulnerabilidad de los británicos. Tras un bombardeo de despedida, Procter se marchó descendiendo el curso del Maumee. [37]

Desde un barco británico Tecumseh y Tenskwatawa vieron Fort Meigs desvanecerse a lo lejos, y con ello lo que parecía su mejor

ocasión de expulsar a los Cuchillos Largos del Ohio septentrional. También parecía haber llegado a su fin su gran misión de expulsar del estado a sus 235 000 habitantes blancos y reinstaurar en el río Ohio la frontera entre ellos y la incesante expansión estadounidense. Pero, como el general Procter pronto descubriría, Tecumseh no estaba todavía dispuesto a renunciar a su sueño, por más quijotesco que les pareciera a los demás.

CAPÍTULO 21

UN SACRIFICIO ADECUADO A LA OPINIÓN INDIA

Los hermanos shawnees retornaron a Fort Malden, donde hallaron a sus aliados indios estableciéndose en aldeas en el curso del río Detroit con los prisioneros y el pillaje capturado a las diezmadas fuerzas de Dudley. Procter aceptó darles acomodo en su nuevo entorno. Por más que contemporizase el general al mando en Canadá, sir George Prévost, el general Procter tenía intención de convertir el Territorio de Míchigan en un estado colchón indio. Su primer acto a tal efecto, una vez retornó de Fort Meigs, fue transferir el personal y depósitos del Departamento Indio de Amherstburg a Detroit.

Mientras Procter cortejaba a los indios, Tecumseh y Tenskwatawa construyeron una aldea de *wigwam* de corteza para sus seguidores shawnees, que no sumaban más de ochenta guerreros y sus familias, en el río Hurón, treinta y dos kilómetros al sur de Detroit. Allí se separaron los caminos de los hermanos shawnees. Tenskwatawa ya había tenido suficiente guerra, pero no así Tecumseh. Y no es que Tenskwatawa se hubiera arriesgado mucho durante el sitio de Fort Meigs. Como cabía esperar de un santón cuya vida era sagrada, el Profeta se había quedado a salvo en el campamento, lejos del alcance de la artillería estadounidense. A partir de ese momento dejaría en manos de su hermano la política y la dirección de la guerra.

Tecumseh estaba decidido a volver a atacar Fort Meigs. No podía aceptar establecerse en un refugio en un Territorio de Míchigan bajo administración británica sin volver a intentar recuperar el Ohio de su infancia, por lo que se dedicó a ir y volver de su puesto de mando en la casa de Matthew Elliott y Fort Malden, importunando a Procter siempre que podía para que lanzase una segunda ofensiva contra Fort Meigs. [1]

Procter, en un principio, apoyó a Tecumseh, pero solo en lo referido a Fort Meigs. Sus motivos para destruir la gran empalizada habían ganado urgencia. El general Harrison se había comprometido

de forma pública a retomar Detroit e invadir el Alto Canadá una vez que la flota en construcción en Presque Isle arrebatase a los ingleses el control del lago Erie. Si la armada estadounidense se imponía, cortaría la frágil línea de suministros de Procter con el Alto Canadá y haría insostenible toda su posición. Pero, a pesar de su preocupación por Fort Meigs, Procter no consiguió llegar a un acuerdo con el jefe shawnee. Necesitaba más soldados, más marinos para la flotilla del lago Erie y más suministros tanto para sus tropas como para los indios de Tecumseh. El general Prévost le había prometido enviarle la otra mitad del 41.º Regimiento en cuanto Gran Bretaña reforzase a Canadá. No obstante, cuando llegaron nueve regimientos a Canadá, junto con instrucciones del gobierno de Su Majestad de que atendiera las necesidades de Procter, Prévost ni siquiera le envió la otra mitad del 41.º Regimiento, y volvió a su vieja cantinela de que el distrito de Amherstburg era el retoño más distante del Alto Canadá, rama prescindible del árbol canadiense, mientras que el Bajo Canadá era el tronco que debía ser defendido a toda costa.

Las peticiones de Procter se hicieron más desesperadas. Los indios juzgaban el compromiso británico según la potencia de sus fuerzas en Fort Malden. Sin un núcleo de casacas rojas que pudieran encuadrar a indios y milicias canadienses, Procter consideraba «que aquí, al final de la línea, las posibilidades son muy escasas». Sus soldados no eran los únicos que carecían de suministros esenciales; los mil quinientos guerreros y sus familias acampados al otro lado del río Detroit «apenas están alimentados, y nos abandonarían de no sentir simpatía por nuestra causa». Procter confió a un amigo del estado mayor de Prévost que los indios rara vez recibían alimento alguno salvo pan y pescado blanco ahumado. Además, los almacenes del Departamento Indio estaban peligrosamente escasos de mosquetes y pólvora. Desesperado, Procter mintió a los jefes: les dijo que cuatrocientos casacas rojas marchaban hacia Fort Malden. «Puedo asegurarle –confesó Procter al oficial al mando de la parte ausente del 41.º Regimiento, quizá con la esperanza de que su mendacidad obligase a Prévost a enviarle refuerzos–, que el efecto será el peor posible cuando comprendan que les estoy engañando o entreteniendo». Tecumseh y Cabeza Redonda podrían mantenerse firmes, pero Camina en el Agua, quien solía venderse al mejor postor, se reconciliaría con los estadounidenses. La probable reacción de Main Poc ante un engaño inglés era demasiado horrible como para imaginarla. [2]

A Procter las cosas le iban a ir aún peor. Una bella y brillante mañana

de finales de junio, llegaron por el río Detroit mil quinientos guerreros indios. Venían en canoas de abedul con banderas británicas al viento, entonaban cánticos guerreros y disparaban sus mosquetes. En la orilla canadiense esperaban su llegada un destacamento de tropas y la banda del 41.º Regimiento. Los indios viraron sus canoas y desembarcaron en perfecto orden, uno tras otro, formando escuadras de cincuenta hombres, cada una de ellas distinguida por la pintura corporal de sus miembros. Escoltados por los casacas rojas, marcharon hacia la residencia del general Procter, donde sus jefes expresaron con franqueza su deseo de combatir a los Cuchillos Largos en Fort Meigs. [3]

Los recién llegados eran indios occidentales con los que Tecumseh no había podido contactar o que, tras reunirse en consejo con él durante sus viajes, no había logrado atraer a su causa. Esta colorida horda se componía de menominis, winnebagos, ojibwas, ottawas, sauk, foxes e incluso dakotas. Hasta el último de los recién llegados era leal a Robert Dickson, métis escocés, trampero y agente indio. Pero, tal era la reputación de Tecumseh que aceptaron subordinarse a su mando, como siguieron haciendo Cabeza Redonda y Main Poc, siempre y cuando los llevase a la victoria. Procter trató a la nueva alianza –la mayor concentración de guerreros indios de la historia del viejo noroeste– con algo parecido al temor. «Para mi mortificación, la fuerza india no estaba a nuestra disposición, o bajo mi dirección, sino que nuestros movimientos estarían sujetos a los caprichos y prejuicios del cuerpo indio, dado el grado de desproporción entre mi fuerza regular y sus efectivos». Como Prévost no le había proporcionado los escasos centenares de casacas rojas que había prometido, ahora eran los indios, no los británicos, quienes controlaban la situación. Aún peor: Procter tenía que buscar la manera de alimentar a los recién llegados y a sus familias. [4]

Tuvo lugar un tenso consejo de guerra en el que los indios exigieron acción. Tecumseh era su portavoz. Procter argumentó en vano contra atacar Fort Meigs. Sus piezas de veinticuatro libras no habían hecho mella en la empalizada, pues sus defensores se habían enterrado detrás de traviesas de tierra.

Las únicas naves de guerra británicas capaces de transportar las piezas pesadas necesarias para romper los muros del fuerte estaban vigilando los rápidos progresos de la flota en construcción de Presque Isle. Y Prévost no le había proporcionado tropas. Procter, una vez agotados sus argumentos, se sentó. Con cada excusa, el enfado de Tecumseh iba en aumento, pero lo supo ocultar bien. Se levantó, «calmado, frío, pausado, de aspecto pensativo, pero hablando con gran dureza», recordó un voluntario canadiense. Matthew Elliott hizo de

intérprete. «Nuestro padre nos llevó allí a tomarlo [Fort Meigs], ¿por qué no lo tomamos? Si sus hijos no pueden hacerlo, dadnos palas y trabajaremos como castores; devoraremos un camino para él». Luego pasó a explicar sus verdaderas intenciones y sugirió una treta clásica de los indios: escenificar una celada para que la guarnición se adentrase en los bosques y así poder asaltar el fuerte abierto.

A Procter el plan le pareció ridículo. Perdió la compostura y acusó a Tecumseh de traición. Procter y Elliott echaron mano a las empuñaduras de sus espadas. Tecumseh, quien, después de hablar se había sentado para llenar su pipa-*tomahawk*, se alzó con lentitud y, tras derramar el tabaco, preguntó a Elliott, tal vez retóricamente: «¿Qué es lo que ha dicho?». «Siéntate –replicó Elliott mientras colocaba su mano sobre el brazo de Tecumseh–. No importa lo que diga». Otros oficiales intercedieron para restablecer la calma y Procter cedió a las propuestas de Tecumseh. [5]

La noticia del plan de invasión recorrió los campamentos indios y le llegó al general Harrison por mediación de espías, que reportaron que Tecumseh había «presionado al general Procter para lanzar un nuevo ataque contra Fort Meigs y [estaba] muy insatisfecho con que [este] no aceptase». La información también le llegó a Green Clay, quien estaba ahora al mando de los dos mil defensores de Fort Meigs, confiados y bien alimentados. Curtidos por su primer choque con británicos e indios, los kentuckianos esperaban deseosos un segundo encuentro. [6]

El 20 de julio, un reacio Procter y un esperanzado Tecumseh echaron el ancla en la embocadura del río Maumee. A la mañana siguiente Tecumseh comenzó a rodear furtivamente Fort Meigs con parte de su destacamento indio. Los guerreros capturaron el destacamento de piquete cuando este salía del fuerte antes de que la guarnición se diera cuenta del peligro. Los británicos, mientras tanto, regresaron a su viejo campamento cerca del esqueleto de Fort Miamis. Durante los tres días siguientes, los indios se conformaron con un tiroteo inofensivo contra la guarnición. Fue entonces cuando Tecumseh puso en marcha su estratagema, que al menos algunos de los subordinados de Procter, y puede que también el general, creía «que le daba buenas posibilidades de éxito». El plan de Tecumseh se basaba en los reportes de sus exploradores, según los cuales Harrison estaba acampado con el Ejército del Noroeste a unos 65 kilómetros al sudeste de Fort Meigs. Harrison había acordado que acudiría a reforzar al general Clay en caso de que este fuera atacado. El único camino a disposición de la

fuerza de rescate estadounidense se dirigía al norte, a Fort Stephenson, un puesto avanzado por debajo de Sandusky Bay, unos 136 kilómetros al oeste de la moderna Cleveland, y luego seguía 50 kilómetros hacia el oeste hasta llegar a Fort Meigs. El 25 de julio, Procter evacuó su campamento, cruzó el río Maumee con sus casacas rojas y estableció posiciones al sur de Fort Meigs. Mientras tanto, Tecumseh despachó trescientos guerreros montados que escenificaron una aparatosa finta al norte de la empalizada. Los jinetes cruzaron un puente a plena vista de los defensores y comenzaron a marchar de un lado a otro en la orilla norte. El ardid alarmó a los de Kentucky: «esperamos trabajo caliente esta noche», anotó un nervioso capitán en su diario de bolsillo.

La noche pasó sin incidencias y, el 26 de julio, Tecumseh llevó al grueso de sus guerreros junto a un destacamento de casacas rojas y milicianos canadienses por unos oscuros bosques al norte de Fort Meigs, y, sin que la guarnición les viera, se establecieron en posición a lo largo del camino de Sandusky, donde las fuerzas aliadas se ocultaron en los bosques del lado norte, al otro lado de Fort Meigs. Tecumseh había planeado iniciar una batalla simulada a las cuatro de la tarde un kilómetro y medio más adelante del camino, que se iría acercando poco a poco al fuerte. Los indios dispararían cartuchos de fogueo mientras que británicos y canadienses dispararían por secciones. Este plan de tiro sugeriría la llegada de una columna de socorro que estaba siendo atacada y que necesitaba auxilio. Si la guarnición mordía el anzuelo y hacía una salida, Tecumseh la atacaría por la retaguardia con parte de sus indios, mientras que el resto se lanzaría al interior del fuerte. Las tropas británicas se unirían al ataque desde el sur. «Toda la maniobra fue ejecutada con precisión admirable y la habilidad consumada que caracterizaba al gran jefe shawnee», recordó un estadounidense, «bien calculada para engañar a los incautos y atraer suficientes fuerzas a una emboscada que debilitaría fatalmente a la guarnición». [7]

A las cuatro de la tarde, un repentino repicar de mosquetería, que pronto se convirtió en un retronar, alarmó a los kentuckianos. Los alaridos y gritos de guerra de más de un millar de guerreros resonaron y se multiplicaron en la cacofonía del bosque. Los de Kentucky, apelotonados en los blocaos, trataban de ver la causa, e imploraron a sus oficiales permiso para hacer una salida. Los casacas rojas, informados del engaño, observaban con atención las puertas para ver si se abrían y dejaban salir a los kentuckianos de pardos uniformes. Pero, como recordó con desesperación un soldado británico, «no mostraban la menor intención de querer abandonar el fuerte, pese a

que la mosquetería se había hecho tan intensa y animada que comenzábamos a dudar de si era una batalla simulada o real». El simulacro de batalla rugió por espacio de una hora sin que la guarnición respondiera. Tecumseh rabiaba. Ni un Cuchillo Largo se dejó ver. Y, de repente, los cielos se abrieron y dejaron caer un chaparrón breve pero atronador. Tecumseh ordenó un alto el fuego, y, como escribió un casaca roja, «sufrimos la mortificación de ver frustrado el gran objetivo de la expedición». El bosque quedó en silencio. Tan solo quedaba una traza de humo azul-blanquecino de pólvora para señalar el punto en el que Tecumseh se lo había jugado todo.

El general Clay, que había tenido que hacer grandes esfuerzos por contener a sus hombres, se había dado cuenta del ardid de Tecumseh. Aquella noche dos mensajeros de Harrison se habían infiltrado entre las líneas indias; llevaban el mensaje de que los refuerzos estaban todavía a dos días de distancia. Esto significaba que no había tropas amigas lo bastante cerca como para caer víctimas de una emboscada india.

Las horas diurnas del 27 de julio transcurrieron en calma. Al anochecer, el campamento indio estalló en una danza guerrera. Horrendos alaridos cortaban los gritos de guerra: los guerreros, tan furiosos como Tecumseh por haber sido descubiertos, torturaron y quemaron vivos a los prisioneros capturados seis días antes. A la mañana siguiente, los británicos levantaron el campo de forma precipitada y se embarcaron para regresar, mientras los indios se marcharon hacia la orilla del lago. Esa tarde, Clay escribió a Harrison: «No puedo hacer ninguna conjetura de si han abandonado toda idea de atacar este puesto […] o de cuál es su postura». [8]

❖

Si Procter hubiera hecho lo que quería, su expedición habría cabalgado las olas del lago Erie de vuelta a la protección del puerto de Amherstburg. Pero Tecumseh insistió en seguir la batalla por Ohio. Sabía que, sin una victoria en suelo estadounidense, se abrirían fisuras irreparables en la alianza india. Algunos de los guerreros occidentales de Dickson comenzaron a desertar, pues consideraban difícil «combatir contra hombres que vivían como perros de las praderas» (en otras palabras, soldados que no se movían de detrás de sus atrincheramientos). Tecumseh también se vio en la incómoda postura de exigir una victoria, pero no la podía proporcionar pues sus guerreros se negaban a dejar Fort Meigs y su guarnición de dos mil hombres, entre ellos y sus indefensas familias, en Míchigan. Tecumseh

era un jefe de guerra indio, y esto le limitaba. Los guerreros podían establecer sus propias prioridades, y, en ese momento, la prioridad eran sus familias.

Tecumseh llegó a un compromiso que no satisfizo a nadie. Procter, con quinientos regulares y setecientos indios al mando de Dickson y Elliott atacaría Fort Stephenson, un insignificante puesto estadounidense al sur de Sandusky Bay, mientras que Tecumseh ocuparía los tremedales boscosos entre el Maumee y el Sandusky. Desde allí, podría interceptar al general Clay si marchaba al este a reforzar el puesto, o retroceder a retaguardia si los estadounidenses se dirigían a Míchigan. Procter era reticente, pero cedió. La confianza que tenía en sus aliados nativos declinaba con rapidez. Algún tiempo después se quejó al general Prévost: «Se dará usted cuenta de que la fuerza india rara vez está disponible y nunca se puede confiar en ella en momentos de necesidad, y solo puede ser de utilidad cuando somos independientes de ella». [9]

El 1 de agosto, Procter entró con sus naves en Sandusky Bay y desembarcó sus tropas para una breve marcha hacia Fort Stephenson. Los indios de Dickson se reunieron con los casacas rojas en unos densos bosques situados más allá de una planicie de ciento cuarenta metros de ancho que rodeaba al fuerte. Aunque Fort Stephenson no dejaba de ser un puesto avanzado, tenía un aspecto formidable. Estaba en terreno elevado y su empalizada, de casi cinco metros de altura, se elevaba sobre un foso de unos dos metros de profundidad por tres y medio de ancho. Un glacis de tierra descendía desde el foso a la planicie. La guarnición se componía de ciento sesenta regulares al mando del mayor George Croghan, el combativo sobrino, de veintiún años, de George Rogers Clark. El ejército de Harrison estaba acampado a 16 kilómetros al sur del fuerte.

Procter, reacio a asaltar la posición, trató de recurrir de nuevo al ogro indio, como el general Brock había hecho con Hull en Detroit. Dickson, Elliott y un mayor británico se presentaron bajo bandera de parlamento e imploraron al estadounidense que se rindiera para «evitar la espantosa masacre que causaría su resistencia». El representante de Croghan se negó. «Cuando el fuerte sea capturado, no quedará nadie para masacrar. No me rendiré mientras quede un hombre capaz de resistir». Dickson, disgustado, regresó a las líneas británicas, pero antes se detuvo a hablar con el jefe guerrero Halcón Negro, de los sauk. «Mañana verás –se jactó–, con qué facilidad tomaremos ese fuerte». Pero Procter estaba lleno de dudas. El general quería retirarse sin verter sangre británica en un asalto que temía que fuera fútil, pero Elliott y Dickson le disuadieron. Estos «estaban

convencidos de que, si no tomábamos el fuerte, nunca más conseguiríamos que un guerrero indio entrase en campaña de nuestro lado». Los indios, añadieron, se comprometían a asaltar una esquina del fuerte mientras los británicos asaltaban el otro.

Procter aceptó a regañadientes. En la mañana del 2 de agosto, los británicos arrastraron tres cañones hasta el lindero del bosque y cañonearon el fuerte sin hacer mella en sus defensas. A medida que el día se alargaba, los indios estaban cada vez más inquietos. Los subordinados de Procter le urgían a que ordenase un asalto. A las cuatro de la tarde aceptó lanzar un grupo de asalto contra el blocao situado en el ángulo noroeste mientras enviaba una segunda columna a hacer una finta contra la cara sur del fuerte, al tiempo que los indios atacaban en masa la esquina sudoeste.

El humo de los cañones británicos cubría la llanura. El grupo de asalto estaba a menos de cincuenta metros de la empalizada cuando los defensores vieron sus casacas rojas. Una descarga de mosquetería les detuvo. Tras reorganizarse, la mayoría de los británicos rebasó el glacis y saltó al foso. Al instante, un cañón estadounidense camuflado salió por la ventana del blocao y castigó a los casacas rojas con metralla, clavos, trozos de cerámica, cualquier cosa que cupiera por la boca del cañón. El foso se convirtió en un truculento matadero. Transcurridos treinta minutos, no quedaba ni un hombre en pie. Los pocos británicos que habían tenido la sabia idea de ponerse a cubierto tras el glacis fueron regresando a los bosques, dejando tras de sí ochenta y cuatro bajas. Procter estaba desolado. «¿Dónde están mis hombres?», gritó a los supervivientes que pasaban. Un soldado raso se detuvo a replicar: «No creo que venga nadie más: todos están muertos o heridos». Entre sollozos, Procter añadió: «Buen Dios, ¿qué voy a hacer con los hombres?». [10]

Pero la ira sustituyó la pesadumbre cuando Procter supo que los indios, tras haber hecho un avance testimonial hacia el fuerte, se habían vuelto a fundir en los bosques sin perder ni un guerrero. La mayoría continuó huyendo. «Estaba decepcionado. Los británicos avanzaron e iniciaron el ataque, combatiendo como verdaderos bravos, pero fueron derrotados por los bravos del fuerte», recordó el jefe Halcón Negro. Y añadió, expresando una preocupación común a todos los indios: «El ejército británico se [preparaba] para retirarse. Yo estaba cansado de estar con ellos, pues nuestros éxitos habían sido escasos, y no teníamos botín. Decidí dejarles e ir a ver qué había sido de mi mujer e hijos, pues no sabía nada de ellos desde que partí». Procter zarpó hacia Amherstburg. «Se ha hecho un sacrificio más que adecuado a la opinión india –comunicó a Prévost–. He retirado a los

bravos asaltantes». [11]

Cuando recibió noticias del desastre de Procter, Tecumseh condujo a sus dos mil guerreros de regreso a Míchigan con sus familias. El jefe shawnee no tenía mucho de que presumir. Además de su inacción durante la incursión de Procter contra Fort Stephenson, una de sus partidas guerreras había sido diezmada cuando había tratado de emboscar a una columna de infantería montada de Kentucky en el camino de Sandusky. Los indios aparecieron detrás de unos árboles dispersos y dispararon confiados contra la vanguardia de seis hombres, ignorantes de que cincuenta metros más atrás venían varias decenas de kentuckianos; no supieron de su presencia hasta que estos cargaron. «Los indios no tuvieron tiempo de buscar refugio. Los matamos tan pronto como nos lanzamos sobre ellos –dijo un entusiasmado kentuckiano–. Todos los indios estaban muertos en menos de diez minutos, y calculo que cincuenta espadas teñidas con su sangre». Murieron setenta guerreros. Ningún kentuckiano sufrió el menor rasguño. «Los indios fueron sorprendidos […] y destrozados –reportó Procter, quien añadió–: los indios siempre han temido la caballería, de la que el enemigo tiene un número considerable». Este número no dejaría de crecer a medida que Harrison fuera acumulando refuerzos para su ofensiva. [12]

El retorno de Tecumseh al territorio de Detroit solo trajo desesperación. Había reunido bajo su liderazgo a más indios que ningún otro jefe de la historia, pero esta hazaña había sido en vano. Los guerreros hallaron a sus familias hambrientas y asustadas; estas pasaban los días mendigando comida y ropa en el cuartel general del Departamento Indio. Los británicos no tenían intención de dejar pasar hambre a sus aliados, pero Procter carecía de medios para sostener no solo a doce mil indios sino también a sus mil cien soldados y la flotilla del lago Erie, que se hallaba ociosa en el puerto de Amherstburg por falta de cañones y marinos. El general Prévost ignoró la petición de ayuda de Procter y sugirió al angustiado comandante de la división de la derecha que aprovechase sus recursos y la gallardía legendaria del soldado y del marino británico para mejorar su situación. Prévost continuaba fijado en la frontera del Niágara y el Bajo Canadá y se mantuvo inquebrantable aún después de que el comodoro estadounidense Oliver H. Perry interceptase con su nueva flota la línea de suministros británica del lago Erie. Ahora, la línea vital de Procter era el mísero sendero que recorría los bosques a lo largo del río Támesis, a través de lo que hoy sería el sudoeste de Ontario.

Prévost se equivocaba al pensar que el reciente ascenso al generalato de Procter aplacaría a su insistente subordinado. «Las probables consecuencias de cualquier retraso en el envío de cantidades adecuadas de suministros indios al distrito son de una naturaleza tan seria que no puedo dejar de insistir en la necesidad de que sean transportadas por todo medio posible –advirtió Procter al cuartel general–. Los suministros que esperamos desde hace largo tiempo no pueden ser retrasados sin las más espantosas consecuencias. Los indios y sus familias sufren a causa del frío y ya no se dejarán distraer con promesas; atribuirán sus males a nuestra negligencia, y la defección es el menor de los males que podemos esperar de ellos». [13]

Tecumseh no podría haber expresado mejor los sentimientos de los indios. Era la Luna de Ciruela (agosto), una estación de tradicional abundancia y el momento en que las tribus de los bosques orientales acumulaban víveres para el invierno. Pero Tecumseh y la mayoría de sus seguidores estaban lejos de sus aldeas. Las cosechas locales eran escasas y las mujeres indias desplazadas no tenían tierras en las que cosechar su propio maíz. Los hombres peinaban los bosques en busca de caza fantasma. Sin nada que cazar, se hundieron en el hastío de un campamento sedentario. Parte de la escasez de alimentos era culpa de los indios de Dickson. Matthew Elliott estaba contento de que se marchasen. «Todos los que vinieron con Dickson –opinó Elliott–, que casi han arruinado el país, matado el ganado y robado a sus habitantes, han regresado a sus tierras. En verdad hubiera sido una circunstancia afortunada que nunca se hubieran unido a nosotros». A medida que la crisis de alimentos fue en aumento, los guerreros de Tecumseh se atrevieron a sacrificar los animales de granja e incluso los perros de la población local. Cuando las raciones pasaron de carne y pan a solo pescado blanco, una delegación india amenazó con secuestrar al intendente de Procter y matarle de hambre. [14]

Por su parte, Tecumseh se mostraba cada vez más maleducado e imperioso en su trato con Procter. Estaba comprensiblemente irritado por el hecho de que el general hubiera trasladado su cuartel general de Fort Malden a Sandwich, donde era más difícil encontrarle. Cuando supo que Procter había arrestado a un amigo suyo estadounidense y le había encerrado en un barco en el puerto de Amherstburg, el líder shawnee no se limitó a exigir la liberación de su amigo, sino que reprendió al general por negar saber el paradero de aquel hombre. «Si alguna vez os sorprendo en una falsedad, mis indios y yo os abandonaremos de inmediato» le espetó. Procter redactó una orden de puesta en libertad, a la que añadió con sarcasmo que así lo deseaba «el rey de los bosques».

Tecumseh meditaba en voz alta en presencia de los otros jefes las ventajas de abandonar a los casacas rojas. Incluso después de la defección de la mayor parte de la chusma de Dickson, Tecumseh todavía encabezaba –aunque de forma laxa, a la usanza india– tres mil quinientos guerreros, muchos más que los que jamás llegaron a comandar Pontiac, Chaqueta Azul o Pequeña Tortuga. Pero los efectivos británicos se habían calcificado, lo cual era una señal evidente, a su juicio, de la falta de compromiso de Procter. Cuando el británico «empuño el *tomahawk*» en nombre del Gran Padre, aducía Tecumseh, habían prometido que numerosos casacas rojas combatirían a su lado. «Pero su número no es ahora mayor que al comienzo de la guerra, y nos tratan como a los perros de los cazadores […] siempre nos envían por delante para levantar las piezas», se quejo en un público consejo. «Es mejor retornar a nuestro territorio y dejar que vengan los estadounidenses a combatir contra los británicos». La moción de Tecumseh estuvo a punto de imponerse, pero una delegación de ojiwbas y dakotas de la horda de Dickson que no se habían retirado urgió en privado a Tecumseh que no abandonase a los británicos, cosa que hizo. Al menos por el momento, la alianza indiobritánica se sostenía. [15]

Tenskwatawa tenía motivos aún mayores que los de su hermano mayor para perder las esperanzas. Muy poco de su movimiento de resurgir nativo se sostenía, salvo la sobriedad. ¿Cómo podía ser de otra forma cuando los indios dependían del Padre británico para cubrir sus necesidades vitales? Con su influencia en declive, Tenskwatawa se planteó retirarse a los bosques del Alto Canadá, donde la caza era abundante y la guerra no era más que un rumor lejano. Los hermanos shawnees, separados físicamente en tiempos de batalla, también comenzaban a distanciarse en lo espiritual. [16]

❖

Los espías trajeron noticias de los infortunios de los hermanos shawnees al general Harrison, em cual seguía reuniendo de forma metódica un gran ejército de invasión en el río Sandusky. El cambio de la opinión india ya le estaba siendo de ayuda. Cuatrocientos indios del norte de Ohio, deseosos de apoyar al ejército que parecía tener el favor del Gran Espíritu, se habían alistado como exploradores y auxiliares para la inminente campaña estadounidense. Además de contribuir con sus guerreros, Tarhe, el jefe wyandot del Sandusky, también utilizó la diplomacia para socavar la confederación de Tecumseh. Se proponía enviar una embajada formal a los wyandot de Míchigan y de Canadá –así como a todos los partidarios indios de la

causa británica– que les recomendarían «consultar sus verdaderos intereses» y cambiar de bando antes de que fuera demasiado tarde. Harrison le autorizó a proceder. [17]

Tarhe nombró embajador a su subjefe principal, Entre los Troncos, que marchó con el necesario cinturón de *wampum* blanco. Dado que Entre los Troncos era el emisario de los principales diplomáticos del noroeste, los usos indios garantizaban su seguridad personal. Pero eran tiempos inciertos, por lo que le acompañó una escolta de ocho guerreros. El enviado de Tarhe también portaba dos discursos, uno para el consejo y otro para los wyandot.

El consejo se reunió en Brownstown el 23 de agosto. Tecumseh y Tenskwatawa acudieron. Cada uno de ellos abrigaba una angustia espiritual creciente, pero en público presentaron un frente unido contra los jefes proestadounidenses. Para disgusto de los visitantes, también estaban presentes representantes del Departamento Indio británico, así como un mayor británico de espléndido uniforme. Entre los Troncos, rodeado de una hueste de enemigos, declamó el discurso de Tarhe. Empuñando el cinturón de *wampum* blanco, proclamó que su padre estadounidense se disponía a marchar contra los británicos con un ejército enorme, pero que deseaba salvar a sus hijos pieles rojas. Solo necesitaban enterrar el hacha y tomar posesión del cinturón *wampum* que Entre los Troncos les arrojó y el general Harrison les permitiría regresar a sus tierras y vivir como antes. Ni una mano se alzó para aceptar la simbólica insignia de paz. El jefe Cabeza Redonda se levantó para hablar. Dado que Tecumseh estaba taciturno e introspectivo tras el último desastre del Ohio, y que el consejo era un asunto de los wyandot, Cabeza Redonda era la elección más lógica –siempre y cuando siguiera siendo leal a la causa– para rebatir a Entre los Troncos.

Cabeza Redonda estuvo a la altura de la misión. Sus palabras fueron pocas, pero poderosas. El consejo no renunciaría ni al estandarte británico ni enterraría el hacha de guerra. Todo lo contrario: estaban deseosos de combatir a los estadounidenses. Cabeza Redonda conminó a Entre los Troncos a decirle a Harrison, en nombre de todos los presentes, que «deseamos que nos envíe más hombres, pues no podemos llamar combatir a lo que ha ocurrido hasta ahora. No estamos satisfechos con el número de hombres que envía a medirse con nosotros. Queremos combatir de verdad». Matthew Elliott añadió algunos insultos de cosecha propia. Este, tras tachar al padre estadounidense de ser su «esposa», dijo que quería que Harrison combatiera limpiamente. «Si ella desea combatir conmigo y con mis hijos, no debe horadar la tierra como un perro de las praderas, donde

es inaccesible».

Las pullas de Elliott no distrajeron ni amedrentaron a Entre los Troncos. «Hermanos –dijo a los jefes–: Mi padre estadounidense me ha dicho que os informe de que si no aceptáis el consejo que se os da marchará aquí con un gran ejército, y si a su paso por el territorio encuentra a algún piel roja oponiéndose a su paso, lo aplastará bajo sus pies. No podréis resistir». A continuación, Entre los Troncos se dirigió a Elliott y volvió en su contra su burla. No cabía duda de que los americanos eran perros de las praderas: «Debo confesar que el perro de las praderas es un animal con el que es difícil luchar. Tiene agudos dientes, un temperamento inflexible y un espíritu tan indómito que es, en verdad, un enemigo peligroso». Además, este concedería a Elliott su deseo: «Dentro de pocos días veréis al perro de las praderas llegar flotando [por el lago Erie] remando sus canoas hacia vuestra madriguera; entonces tendréis ocasión de atacar a vuestro formidable enemigo de la forma que os parezca más conveniente».

Entre los Troncos pasó a cerrar el consejo. Antes de separarse, los jefes probritánicos, Tecumseh incluido, consultaron entre ellos y respondieron con más resolución de la que sentían: «Nos satisface que vuestro padre salga de su madriguera […] nos ahorrará la molestia de caminar para ir a su encuentro». Así pues, mientras la armada de su padre británico «nadase en el lago» los indios nunca tomarían a los estadounidenses de la mano. [18]

Los hermanos shawnees regresaron a su aldea. En apariencia, eran los vencedores del consejo, gracias al temible Cabeza Redonda. Pero su triunfo diplomático fue ilusorio. Sin que lo supieran, Entre los Troncos se había reunido en secreto con el jefe wyandot Camina en el Agua. Siempre oportunista, este juró que él y su gente eran, de hecho, prisioneros. Camina en el Agua tomó el cinturón de *wampum* blanco que le ofrecían y prometió que, cuando el ejército estadounidense avanzase, él y su banda abandonarían a los británicos y a la confederación de Tecumseh. Lo único que pedía era que Harrison mostrase misericordia. [19]

Camina en el Agua no necesitaba preocuparse de que Cabeza Redonda averiguase su duplicidad. Menos de una semana después del consejo de Brownstown, el lugarteniente wyandot de Tecumseh, de cincuenta años, yacía muerto por causas naturales. Fue el golpe personal más duro que encajó Tecumseh desde que los Cuchillos Largos abatieron a su hermano Cheeseekau. Ahora que Tenskwatawa había quedado reducido al papel de figura decorativa, el consejo de Cabeza Redonda se había hecho indispensable para Tecumseh, pues el talento para el combate del primero era comparable al del shawnee. El

jefe ottawa Naiwash, fiel subalterno y notable caudillo guerrero ascendió al puesto de segundo en el mando, pero nunca pudo compensar el vacío dejado por Cabeza Redonda. La desaparición de este también causó profunda turbación a Procter. Como informó al nuevo comandante del Alto Canadá, el general Francis de Rottenburg: «Con la muerte de Cabeza Redonda la causa india y la nuestra ha experimentado una severa pérdida». [20]

El 1 de septiembre, la aparición en la embocadura del lago Erie de velas estadounidenses que se agitaban al duro viento abrevió el luto de Tecumseh. La flota del comodoro Perry, formada por nueve barcos, había establecido una base en Put-In-Bay, un puerto natural formado por una cadena de islas situadas frente a la costa de Ohio. Perry desafió a su adversario, Robert Barclay, a un combate. Tecumseh se hallaba en la isla de Bois Blanc cuando se presentaron a la vista los navíos de guerra enemigos. Inquieto al ver que el escuadrón británico de cinco barcos permanecía en su apostadero de Amherstburg, Tecumseh cruzó en su canoa el estrecho canal que separaba la isla de Fort Malden y exigió a Procter que le explicase por qué «nuestro padre manco», que era como llamaba a Barclay, pues había perdido un brazo combatiendo a los franceses, no daba batalla a Perry. «Hace unos pocos días, os jactabais de dominar las aguas […] ¿por qué no salís al encuentro de los estadounidenses? Os esperan y os desafían a que salgáis; podéis y debéis enviar a vuestra flota a combatirles». Procter le explicó que el buque insignia de Barclay estaba siendo equipado con cañones canibalizados de Fort Malden, y que los doscientas cincuenta casacas rojas del 41.º Regimiento y los 85 canadienses que formaban casi la mitad de las tripulaciones de Barclays –su superior de la armada tan solo le había enviado un puñado de marinos– se estaban formando en las más básicas maniobras navales. Tecumseh, amansado, volvió a Bois Blanc. «Las grandes canoas del gran padre todavía no están preparadas –les dijo a los indios–. La destrucción de los estadounidenses deberá demorarse unos días». [21]

Fueron días de tensión y tristeza. Tecumseh se esforzaba por no mostrar preocupación. Mientras esperaban que Barclay se enfrentase a la flota estadounidense en el lago Erie, Tecumseh y Procter cenaron una noche en la casa del comandante de la milicia británica. También acudió al banquete el mercader Thomas Vercherès de Boucherville, quien había combatido al mando de Tecumseh durante las primeras escaramuzas contra el general Hull del año anterior. El tiempo no había disminuido la admiración que sentía por el jefe. «Tecumseh estaba sentado delante de mí con sus pistolas a ambos lados de su plato y su gran cuchillo de montería delante suyo. Vestía capote rojo,

pantalones de piel de ciervo y una camisa de calicó estampado; toda su indumentaria era regalo de los ingleses. Sus modales eran irreprochables tratándose de un hombre de los bosques. Era en verdad muy superior a muchos que se hacen llamar caballeros». [22]

Mientras Procter y Tecumseh cenaban, el comisario de Fort Malden repartió su último barril de harina. Esto forzó la cuestión. Procter y Barclay debían derrotar a la flota estadounidense y reabrir la ruta lacustre o volar Fort Malden y abandonar todo el distrito de Amherstburg. En la tarde del 9 de septiembre, los buques británicos salieron de sus apostaderos y descendieron el río Detroit hacia el lago Erie. Dos audaces guerreros fueron con el escuadrón como miembros de la tripulación. [23]

Al mediodía del día siguiente se escucharon en el lago Erie los truenos apagados de un cañoneo en la distancia. En el horizonte se agitaban grandes nubes de humo de cañón. En la orilla canadiense, los espectadores se esforzaban por interpretar las cambiantes humaredas grises. Al cabo de tres horas el rugido cesó y las nubes se disolvieron. La mayoría creyó que Barclay se había impuesto. La noche del 10 de septiembre prevalecía en Amherstburg una muda esperanza.

Pero la diez se fundió en la once y la once en la doce. No llegaron noticias de Barclay, ni los dos marinos indios regresaron a sus aldeas. La conclusión era inevitable. El 12 de septiembre, Procter escribió al general De Rottenburg: «Dadas las circunstancias, no cabe duda de que toda nuestra flota ha sido capturada o destruida». Ese mismo día, el comodoro Perry comunicó al general Harrison: «Hemos encontrado al enemigo, y ya son nuestros». El dominio estadounidense del lago Erie era indiscutible. La batalla del lago Erie fue un momento decisivo de la guerra de 1812. Perry tenía vía libre para transportar los cinco mil hombres del ejército de Harrison a Canadá. Por toda la república estadounidense volvió a resonar el grito de 1812: «¡A Canadá!». El sueño de Tecumseh de una patria india próspera estaba a punto de trocarse en una pesadilla de mera supervivencia. [24]

CAPÍTULO 22

MUERTE EN EL TÁMESIS

EL general Procter no veía otra alternativa que la retirada. Con el lago Erie bajo control estadounidense, no tenía forma de reaprovisionar sus almacenes vacíos. Había despojado Fort Malden de la mayor parte de sus piezas pesadas y su munición para armar el escuadrón de Barclay, con lo que tan solo le quedaban unos pocos cañones con los que enfrentarse a los buques estadounidenses o al ejército de Harrison, que podía desembarcar donde quisiera. Aunque Procter comandaba a más de ochocientos casacas rojas, estos se hallaban en un estado lamentable: mal alimentados, sin haber cobrado su paga en seis meses, desprovistos de mantas y de capotes, y castigados por una epidemia de malaria. La única ruta desde el Alto Canadá hacia los refuerzos y suministros –el denominado Camino del Rey, que seguía el curso del río Támesis– era un triste sendero de bosque alfombrado de troncos podridos, tocones y largas franjas de arcilla fangosa que las lluvias otoñales habían convertido en una brutal carrera de obstáculos para infantes cargados con sus armas y alrededor de 27 kilogramos de equipo; con el comienzo del invierno, el sendero sería infranqueable. En una palabra: la única estrategia de Procter se reducía a la mera supervivencia. [1]

Aunque Procter ansiaba evacuar lo antes posible el distrito de Amherstburg, temía la reacción de Tecumseh ante lo que el jefe shawnee consideraría, sin duda, la traición de la alianza solemne entre el Gran Padre y sus hijos pieles rojas. Procter comunicó a Rottenburg que «el abandono del distrito [sin ellos] les convertiría en nuestros más inveterados enemigos» lo cual pondría en peligro tanto al pequeño destacamento de Procter como a la población local.

Las intenciones de Procter con Tecumseh eran admirables, pero la ejecución de sus planes, de los cuales era responsable, fue execrable. Al trasladar su puesto de mando de Fort Malden a Sandwich tras la expedición de Ohio, se había privado de una comunicación fácil con los responsables del Departamento Indio y con los jefes, todos los cuales estaban en el lado de Míchigan del río Detroit, en aldeas muy

dispersas o en las islas frente a Amherstburg. Enviarles un mensaje requería de tiempo y a Procter no le sobraba. Consciente de la urgencia, el 12 de septiembre envió al oficial de estado mayor de más rango, el capitán John Hall, a localizar a Elliott y a Tecumseh y a pedirles que reunieran a los indios lo antes posible para un consejo general. Procter calculó que necesitarían tres días para reunir a las tribus. Mientras tanto, envió órdenes secretas a su oficial de ingenieros para que comenzase a desmantelar «con discreción» Fort Malden. Los operarios canadienses tenían una concepción única de la discreción, pues la mañana del 13 de septiembre estos comenzaron a arrancar los postes de la empalizada del fuerte y arrojarlos con violencia al foso circundante. El estruendo hizo venir a Tecumseh. Este abordó al teniente coronel August Warburton, oficial al mando del 41.º Regimiento, y le exigió sobre los bastiones menguantes de Fort Malden una explicación por lo que parecía un acto de perfidia británica. Warburton no había sido informado de las instrucciones secretas, por lo que se limitó a encogerse de hombros y a ordenar a los obreros que detuvieran las obras mientras obtenía una explicación. Furioso, Tecumseh localizó a Matthew Elliott, Tenskwatawa y a los otros jefes y les explicó lo que había visto. [2]

La indignación de Tecumseh era contagiosa. Tenskwatawa sugirió que los indios cortasen el cinturón *wampum* que les unía al Gran Padre y le entregasen a Procter la mitad británica, en señal de separación eterna. El cinturón era un símbolo poderoso, pero los jefes fueron más directos en sus amenazas. Arrepentidos de no haber tomado la mano de Harrison cuando Entre los Troncos les dio la oportunidad, juraron asesinar a Elliott y a su segundo William Caldwell sénior si Procter se retiraba un solo paso. Caldwell, quien había combatido con los indios en Troncos Caídos, estaba tan atemorizado que envió a su familia fuera del distrito. Al mismo tiempo trató de razonar con sus airados amigos indios: con la flota destruida y las provisiones agotadas, los británicos no podían hacer otra cosa que retirarse. Pero, desde la perspectiva de los jefes, la situación comenzaba a parecerse a las traiciones británicas de 1783 y de 1794. Se negaban a dejarse engañar de nuevo. [3]

Cuando el capitán Hall pudo comunicar a Elliott y a Tecumseh la convocatoria de consejo de Procter, el daño ya estaba hecho. Tecumseh aceptó participar, pero no como Procter esperaba. Los jefes, en reconocimiento de su supremacía, aceptaron que Tecumseh diera un ultimátum al general británico. Más de tres mil indios depositaron su fe en el poder persuasivo de Tecumseh para compeler al Gran Padre a cumplir sus promesas, o sufrir las consecuencias de su ira.

Tecumseh debía dar un discurso que fuera a un tiempo vital y persuasivo. Pero no fue así; pese a toda su capacidad oratoria, a veces se equivocaba y decía palabras de su propia invención. En ocasiones podía ser pedante, tedioso, e incluso caer en circunloquios. El futuro gobernador del Territorio de Míchigan, Lewis Cass, quien por aquel entonces era ayuda de campo de Harrison y un personaje importante en la política de Ohio, consideraba que Tecumseh carecía «del poder de la imaginación que caracteriza a los más audaces alardes de elocuencia india ». Al parecer los jefes wyandot opinaban del mismo modo, pues tres de ellos ayudaron a Tecumseh a preparar su discurso. Irónicamente, dado su doble juego, Camina en el Agua tomó la iniciativa en la elaboración de sus palabras, mientras Tecumseh preparaba los cinturones de *wampum* que utilizaba como elementos mnemónicos cuando daba un discurso. [4]

El 15 de septiembre, Tecumseh y Procter se encontraron en la casa de consejos del Departamento Indio, situada justo más allá de las puertas de Fort Malden. Se trataba de un edificio grande y alto de techo abovedado, en el que resonaban las cábalas en voz alta de oficiales británicos, jefes indios, guerreros y espectadores que se congregaban expectantes. Procter presentó a los indios su estrategia de supervivencia. Los británicos casi habían agotado sus suministros y no tenían forma de obtener más ahora que los estadounidenses controlaban el lago Erie. Debía destruir los fuertes de Detroit y Malden y retirarse a la frontera del Niágara, donde sumaría sus fuerzas a las de la División del centro. ¿Querrían acompañarle los indios? Algunos jefes aceptaron a regañadientes. Tecumseh agarró sus *wampum* mnemotécnicos y se alzó. Detrás de sí estaban Billy Caldwell y algunos otros intérpretes para verter las palabras del jefe al inglés y a diversas lenguas indias.

La sala quedó en silencio. Todas las miradas estaban fijas en Tecumseh; el Profeta se confundía entre el grupo de jefes y guerreros expectantes. Tecumseh vestía su habitual chaqueta ajustada de piel de ciervo y calzones que «delineaban de una forma admirable» su complexión atlética, como observó el joven alférez canadiense John Richardson. En un raro momento de capricho en el vestir adecuado a tan augusto momento, Tecumseh había adornado su turbante rojo con un enorme penacho de plumas blancas de avestruz. Estas proyectaban una sombra sobre sus cejas, que contrastaba de un modo notable con el «brillo de sus ojos negros y penetrantes». Antes de hablar, Tecumseh frunció el ceño. El alférez Richardson quedó aterrado por la expresión «indómita y terrible» del jefe. «Era evidente que podía ser terrible», dijo. [5]

Tecumseh inició su parlamento con una dura lección de historia. Recordó a Procter que Gran Bretaña había abandonado a los indios tras la Guerra de la Revolución: «Nuestro padre fue derribado por los estadounidenses, y nuestro padre les tomó de la mano sin nuestro conocimiento, y nos tememos que nuestro padre vuelva a hacer lo mismo esta vez». A pesar de su lamentable pasado, los indios habían aceptado llevar a sus familias a Míchigan y volver a tomar el hacha de guerra en nombre de los británicos. Tecumseh reconoció su parte de culpa en los reveses recientes, y se disculpó por la timidez india ante las puertas de Fort Meigs y de Fort Stephenson. «Es difícil –dijo, a modo de explicación–, combatir a una gente que vive como perros de las praderas». A continuación, Tecumseh pasó al tema del consejo. Esperaba que la flotilla de Barclay volviera, declamó. «Nuestros buques se han ido y estamos consternados de ver a nuestro padre prepararlo todo para escapar sin permitir que sus hijos de piel roja sepan cuáles son sus intenciones. Siempre nos habíais dicho que permaneceríais aquí y que cuidaríais nuestras tierras; nuestros corazones se alegraron al saber que tal era vuestro deseo». Entonces Tecumseh descargó una dura reprimenda. Procter había prometido no abandonar nunca suelo británico. «Mas ahora, padre, os vemos retroceder […] sin haber visto al enemigo. Debemos comparar la conducta de nuestro padre con la de un animal gordo que lleva la cola erguida sobre su espalda, pero que, cuando se asusta, huye corriendo con la cola entre las patas».

Cuando los intérpretes tradujeron el insulto de Tecumseh, toda la sala del consejo estalló en carcajadas. Todos, casacas rojas extenuados, canadienses inquietos e indios iracundos, se rieron de la pulla lanzada a Procter. Una vez restablecido el orden, Tecumseh declaró su propósito de forma directa:

> ¡Escucha, Padre! Los estadounidenses todavía no os han derrotado en tierra; y tampoco estamos seguros de que lo hayan hecho en el agua. Por tanto, deseamos permanecer aquí y combatir a nuestro enemigo si llegara a presentarse. Si nos derrotan, entonces nos retiraremos con nuestro padre…
> ¡Padre! Tenéis las armas y municiones que vuestro gran padre envió para sus hijos pieles rojas. Si tenéis idea de marcharos, entregádnoslas, y podréis marchar en paz. Nuestras vidas están en manos del Gran Espíritu. Estamos decididos a defender nuestras tierras, y si tal es su voluntad, deseamos dejar nuestros huesos en ellas. [6]

Y con esta afirmación, Tecumseh finalizó su discurso. «El efecto de sus palabras fue instantáneo –observó el alférez Richardson–. Apenas se apagaron sus últimas palabras, los caudillos, como un solo hombre, y blandiendo amenazadores sus *tomahawk*, vociferaron su aprobación». Procter, irritado, prometió dar una respuesta al «ultrajante» discurso en el plazo de dos días. Con esto el consejo concluyó. Tecumseh se marchó acompañado por Tenskwatawa. [7]

William Caldwell sénior, del Departamento Indio, le salió al paso. Caldwell, tal vez ignorante del hecho de que Tecumseh estaba separado de su mujer, prometió que si el jefe moría en la retirada su viuda recibiría una pensión anual de 700 dólares; la viuda del segundo jefe (el ottawa Naiwash) recibiría 600 al año; y las viudas de los otros jefes o guerreros que murieran –Tenskwatawa entraba en esta categoría subordinada– recibirían 500 dólares anuales. Para los hermanos shawnees, era una propuesta a tener en cuenta. [8]

Antes de regresar a Sandwich, Procter encargó al coronel Warburton y a Matthew Elliott la misión de ganarse a Tecumseh y aplacar las disensiones indias. No obstante, la situación seguía sin mejorar el 18 de septiembre, el día que Procter regresó. Por el contrario, los indios estaban decididos a cortar el gran cinturón *wampum*, partirles el cráneo a Elliott y a Caldwell y entregarse al pillaje y a la violencia indiscriminada. Era evidente que mientras Tecumseh siguiera siendo hostil, un nuevo consejo sería inútil. En consecuencia, Procter pidió a Tecumseh una reunión en privado.

Un oficial desplegó un mapa de la región sobre una mesa; Elliott haría de intérprete. El general Procter explicó con detalle la situación táctica a Tecumseh. Los buques estadounidenses podrían entrar en el río Detroit y cercenar las comunicaciones entre Amherstburg y los indios del lado de Míchigan, o remontar el río Támesis, interceptar suministros, y cortar la línea de retirada. Procter aseguró a Tecumseh que, si los indios venían con ellos, los británicos no se retirarían más allá del río Támesis. Juntos, «mezclarían sus huesos» y rechazarían a los estadounidenses, en caso de que estos fueran lo bastante necios como para perseguirles. El espíritu de Tecumseh se hundía bajo el peso de sus sueños rotos, pero se aferró al hilo de esperanza que Procter le ofrecía. Solo pidió tiempo para consultar con Tenskwatawa y los jefes antes de aceptar. Si tenemos en cuenta lo que sabemos del carácter taimado de Camina en el Agua, el jefe wyandot debía estar complacido del dilema al que se enfrentaba Tecumseh: confiar en los británicos y tal vez obtener una victoria sobre suelo canadiense, o abandonar a los casacas rojas y enfrentarse solo a los estadounidenses.

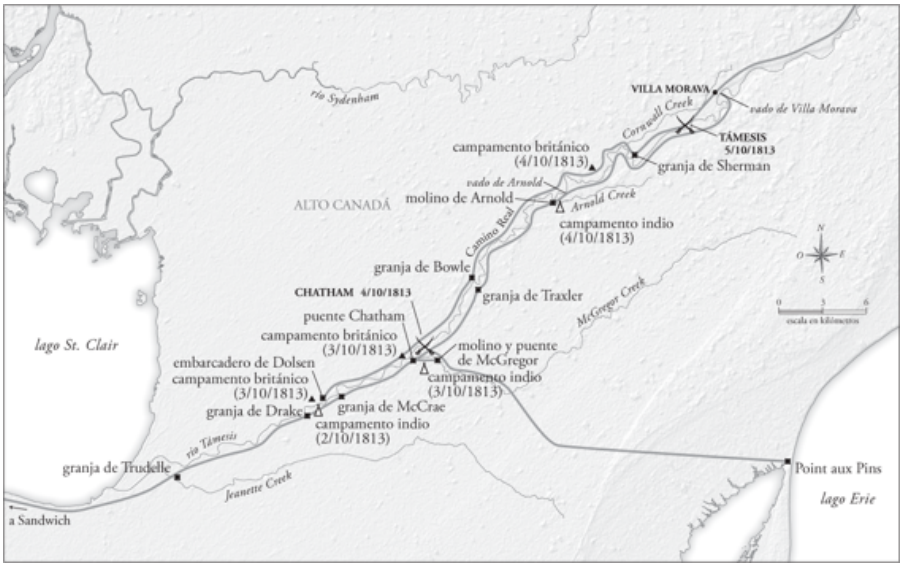
El jefe Naiwash, y también Tenskwatawa, dejaron la decisión en

manos de Tecumseh. Dos horas después de retirarse, este regresó con Procter. Tecumseh no solo había conseguido que los indios no se lanzasen a hundir cráneos británicos; ahora, juraba el ayuda de campo de Procter, los jefes «parecían exultantes» por las garantías británicas de librar una batalla defensiva.

Pero aún no estaba claro dónde se libraría esa batalla. Tecumseh entendía que Procter cavaría atrincheramientos y emplazaría artillería en la confluencia del río Támesis con el arroyo McGregor Creek, más arriba de un villorrio llamado Chatham. Elliott y Warburton tenían la misma impresión. Pero Billy Caldwell no podía recordar semejante promesa. El capitán Hall pensó que el destino era el desembarcadero de Dolsen, a unos ocho kilómetros de Chatham. Procter, quien nunca había examinado el terreno del curso del Támesis, asumió que los indios entendían que solo fortificaría la confluencia de los dos cursos si sus ingenieros reportaban que el lugar era defendible. [9]

El general Procter, sin darse cuenta del malentendido, y mucho menos de que iba a tener graves consecuencias, compartía el optimismo de su ayuda de campo respecto al ánimo indio. También habló con entusiasmo de la influencia de Tecumseh sobre los indios: «Bastó con persuadir al criterio de Tecumseh para que consintiera [la retirada] y este se lanzó a convencer a las tribus para que aceptasen una medida que ahora consideraba inevitable. Este era un ejemplo más de su talento e influencia que, a pesar de todos sus prejuicios y su natural afecto por la sede de sus moradas […] había llevado a una gran parte de su nación a cooperar con una medida a la que se oponían de la forma más violenta». [10]

Procter sobrestimó la influencia de Tecumseh. Main Poc, siempre independiente, se negó a moverse de su aldea del río Rouge. Seiscientos guerreros y sus familias, en su mayoría potawatomis, optaron por quedarse con Main Poc en un territorio familiar en lugar de adentrarse en las espesuras ignotas del Alto Canadá. Main Poc hizo planes para dos contingencias: si los estadounidenses invadían el territorio y vencían, entonces huiría a los confines boscosos del Territorio de Míchigan. Pero si se imponían los ingleses, atacaría a los estadounidenses en retirada y compartiría la gloria de la victoria. [11]



MAPA 12: LA RETIRADA AL RÍO TÁMESIS, OCTUBRE DE 1813

La defección de Main Poc no representaba más que un desconchado en el muro decrépito de la confederación de los hermanos shawnees. Más de la mitad de los ojibwas y ottawas también se negaron a seguir a Tecumseh; preferían pedir la paz cuando los estadounidenses llegasen a Detroit. Los miamis, los delawares de Munsee y unas pocas decenas de wyandot –con la excepción de Camina en el Agua, quien seguía con Tecumseh en espera de su oportunidad– se quedaron con intención de cambiar de bando. O, como dirían cuando recibieron a los estadounidenses, «tomar el mismo *tomahawk* y golpear a todos los que son enemigos de los Estados Unidos». [12]

Tecumseh era en parte culpable de la disolución. Su feroz discurso ante el consejo del 15 de septiembre había quebrantado de forma irreparable la confianza de los indios. Muchos de los que optaron por quedarse tenían intención de desertar al más mínimo contratiempo. La antigua máxima india de que cada hombre era su propio jefe volvía a revelarse cierta.

Si los indios estaban mirando cada vez más por sus propios intereses, Tecumseh también hacía lo propio. Tal vez pensó en Wabelegunequa, su última esposa legítima que, conforme a los usos indios, debía quedar bien provista en caso de que él muriera, y en su querida hermana Tecumpease, que ahora tenía más de cincuenta años de edad. Al igual que todas las mujeres shawnees, ella se encargaría de las tareas más duras del difícil viaje que les esperaba, desde desmantelar su aldea hasta la construcción de una nueva. Su marido

Wahsikegaboe estaría del lado de Tecumseh en cualquier futura lid contra los Cuchillos Largos, al igual que el hijo de Tecumseh, Paukeesa, de diecisiete años de edad, que su hermana había criado como si fuera suyo. Los constantes viajes y la noble misión de Tecumseh le habían dejado escaso tiempo para hacer de padre y tampoco le había dado ninguna muestra de verdadero afecto al joven. La tez inusualmente blanca de Paukeesa enojaba a Tecumseh de tal modo que este advirtió a sus seguidores shawnees que no debían elegirlo jefe en caso de que él, Tecumseh, cayera en la batalla. [13]

La cuenta atrás para la retirada prosiguió. El 22 de septiembre los británicos incendiaron el astillero de Amherstburg y hundieron en el río Detroit los últimos cañones pesados mientras los últimos indios cruzaban a la orilla canadiense. Al día siguiente, Procter vio partir en dirección este los carros que seguían el Camino del Rey por la orilla sur del lago St. Clair. Llevaban a las familias del ejército –entre ellas, su esposa y su hija mayor, enferma de gravedad– y a más de un centenar de soldados incapacitados. Mientras tanto, los ochocientos casacas rojas y los mil doscientos guerreros y sus familias caminaron hacia Sandwich, donde esperarían que los dragones canadienses destacados cerca de las ruinas humeantes de Fort Malden les informasen de la noticia de la invasión estadounidense.

Tecumseh y Elliott permanecieron en Amherstburg, conduciendo a indios rezagados hacia Sandwich. Los dos eran reacios a abandonar el lugar. Fort Malden había sido la roca en la que habían descansado los sueños de Tecumseh y Amherstburg era el hogar de Elliott. En la mañana del 27 de septiembre, vieron llegar catorce buques de guerra estadounidenses y un centenar de transportes que llevaban al ejército de Harrison hacia la riba canadiense. Los dos se quedaron incluso después de que se retirase la retaguardia canadiense. A las cuatro de la tarde, el general Harrison y casi cinco mil soldados estadounidenses invadieron Amherstburg. A regañadientes, Tecumseh y Elliott dieron la espalda a los invasores. [14]

En Sandwich, Tecumseh confió su profundo pesar a Jim Chaqueta Azul, el joven nieto de su mentor, el jefe Chaqueta Azul. «Ahora seguiremos a los británicos –susurró–, y estoy seguro de que nunca regresaremos». [15]

❖

Tecumseh y Elliott entraron en Sandwich la tarde del 28 de septiembre de 1813 bajo una intensa y cálida lluvia. No había tropas en la localidad, y pocos civiles se aventuraban a salir de sus casas. Siguieron kilómetro y medio hasta llegar a la elegante mansión de

ladrillo de François Baby, político y oficial de milicias canadiense, al que hallaron haciendo las maletas para unirse al ejército de Procter, que en aquel momento se suponía que estaba acampado unos dieciséis kilómetros al este. Tenskwatawa y los indios habían pasado ese mismo día por la residencia de Baby en dirección al mismo lugar. Pero Tecumseh no tenía interés en alcanzarles: era probable que hubiera rezagados a los que animar a seguir, y, antes de partir quería dar un último vistazo a los Cuchillos Largos. Baby tendría que retrasar su partida y dar alojamiento a dos huéspedes. Esa misma noche llegó un correo de Procter con un mensaje para Elliott. El general se disculpaba: en su ausencia, el ejército había vivaqueado dieciséis kilómetros más al este de lo que había planeado. Cuando Elliott comunicó la noticia a Tecumseh, el jefe reflexionó en voz alta: «No hay lugar para nosotros». [16]

El 29 de septiembre amaneció gris y cargado de negros presagios. Entre una bruma cada vez más espesa, Tecumseh pudo echar un vistazo a los Cuchillos Largos. Formaban una fuerza imponente. William Henry Harrison, tras dejar parte de su ejército como guarnición en Detroit, estaba al mando de 2700 kentuckianos y 130 regulares, además de 130 guerreros shawnees y wyandot bajo el mando directo de los jefes Pezuña Negra y Tarhe que realizaban tareas de exploración. También servían con Harrison veinte guerreros delaware. [17]

Tecumseh volvió grupas con su potro negro y partió por la senda embarrada del Camino del Rey en compañía de Elliott y Baby. Cayó una intensa lluvia que convirtió el sendero en una masa. Aquella noche, los tres hombres acamparon bajo los cielos plomizos en la embocadura del río Belle. Estaban solos: los casacas rojas habían vuelto a perderse. En lugar de esperar la llegada de los indios, el segundo al mando de Procter, el coronel Warburton, había hecho recorrer al ejército veinticinco tortuosos kilómetros hasta alcanzar la granja de Trudelle, unos cinco kilómetros más allá de la embocadura del río Támesis. Procter, al parecer ignorante del error, llegó al campamento con su carruaje y luego continuó remontando el río para examinar posibles posiciones defensivas. Warburton pasó el 30 de septiembre en el campamento para que los indios tuvieran tiempo de alcanzarles. Por fortuna para los británicos y los aliados indios, problemas de suministro habían detenido a Harrison en Sandwich, por lo que este no inició su persecución hasta el 2 de octubre.

Tecumseh pasó a caballo el 30 de septiembre. Cerca del río Ruscom, a escasa distancia del Támesis, encontró a Tenskwatawa y a los indios. Las mujeres reunían matorrales y ramas de árbol para erigir

wigwam para la noche. A sugerencia de François Baby, Tecumseh y Elliott hicieron que los indios continuasen avanzando para evitar que los Cuchillos Largos les alcanzaran. Los indios abandonaron sus refugios incompletos y se adentraron en la noche. Encontraron a los británicos en la granja Trudelle. A la mañana siguiente le llegó al coronel Warburton el falso rumor de que unos exploradores habían avistado buques estadounidenses cerca de la embocadura del Támesis. Los casacas rojas levantaron el campo bajo la incesante lluvia y, tras marchar once kilómetros a lo largo de la orilla sur, cruzaron el río en gabarras cerca de las rústicas granjas de Matthew y John Dolsen. Tecumseh les siguió, a pesar de su disgusto con la decisión de Warburton de abandonar el campamento de Trudelle sin dar batalla. Era una situación de impulsos opuestos. Warburton quería poner la máxima distancia posible entre sus hombres y sus perseguidores, mientras que Tecumseh deploraba cada kilómetro que le adentraba en los bosques canadienses. Aun así, todavía mantenía cierto optimismo. En conjunto, los aliados sumaban la respetable cifra de 1750 guerreros y soldados. Ocho kilómetros río arriba se hallaba Chatham, que Tecumseh creía que Procter había fortificado. Detrás de los reductos, británicos e indios tendrían una oportunidad sólida de rechazar a los Cuchillos Largos. **[18]**

Procter hizo una breve aparición en la mañana del 2 de octubre. Luego se marchó río abajo para observar en persona los buques estadounidenses de los que se rumoreaba, en un intento evidente de impresionar a los indios con su valor. Estos no solo no se sintieron impresionados, sino que los aliados nativos de Procter comenzaron a dudar de su competencia, e incluso de si estaba en su sano juicio. «¿Qué es lo que ha hecho que se vaya este hombre [Procter]?», preguntó Tecumseh a Elliott. El viejo se limitó a encogerse de hombros y dijo: «No sabemos a qué ha ido». Tenskwatawa consideró las peregrinaciones de Procter prueba de su locura. Dijo de él que «estaba pensando en quitarle las charreteras de los hombros, pues no era digno de portarlas». **[19]**

Procter regresó tras haber desmentido la improbable presencia de buques de guerra estadounidenses en el Támesis. Pero su permanencia en el campo fue breve. Al amanecer del 3 de octubre se marchó en su carruaje para examinar el potencial defensivo de la aldea de delawares moravos de Fairfield, conocida coloquialmente como Villa Morava [Moraviantown], o, como especularon con ironía algunos casacas rojas, iba a ver a su esposa e hijas, que se habían establecido allí, unos cuarenta kilómetros río arriba. Ni Tecumseh ni Warburton sabían nada de las intenciones del general. **[20]**

Momentos después de que se marchase el general, un dragón canadiense llegó al galope para informar que los estadounidenses se acercaban con rapidez. Precedido de indios aliados, un regimiento de fusileros montados de Kentucky comandado por el coronel Richard Mentor Johnson, avanzaba por el fangoso Camino del Rey, por la orilla sur del Támesis. Los 960 efectivos del regimiento vestían cazadoras rojas con vueltas negras y negros sombreros de copa ornados con plumas rojas y blancas. El métis Anthony Shane cabalgaba junto al coronel Johnson, al que servía de guía. Tras los infantes a caballo venían las cinco brigadas de infantería kentuckiana del general Isaac Shelby, con 1760 efectivos y un pequeño contingente de regulares. «Acordaos del Raisin» era el grito de guerra de los kentuckianos, que venían en busca de venganza.

El coronel Warburton formó línea de batalla frente a la granja Dolsen, en el lado norte del río, con los trescientos casacas rojas de que disponía y esperó ansioso el apoyo de Tecumseh. Su voz se escuchó proveniente de los densos bosques del otro lado del Támesis, «arengando a los indios de forma estentórea y violenta». Warburton se preguntó por el motivo de la ira de Tecumseh. Sus dudas se vieron respondidas cuando Matthew Elliott, lloroso, vino a verle. Tecumseh había llegado a Chatham y a la confluencia del Támesis con McGregor Creek. No había ninguna evidencia de las fortificaciones que Procter había prometido; tan solo tres o cuatro cañones desmontados y un millar de mosquetes en cajas permanecían sin vigilancia en una casa a unos ochocientos metros de distancia. La ira del shawnee no conoció límites. Tecumseh había confiado tanto en que Procter librase una batalla decisiva en Chatham que le había dicho a Elliott: «Aquí nos dejaremos los huesos el general Harrison o yo». Elliott, quien nunca había visto al jefe shawnee en semejante estado, ya no quería tratar con él. «Por Dios que no pienso sacrificarme» balbució el superintendente indio de cabellos plateados. Elliott recuperó la compostura lo suficiente y explicó a Warburton que Tecumseh esperaba que los británicos combatieran junto a los indios en la orilla sur. Pero Warburton se negó. Había enviado las barcas del ejército corriente arriba, por lo que no tenía forma de cruzar el Támesis. Tampoco tenía noticias de Procter. Elliott, tras reunir el poco coraje que le quedaba, arreó al caballo para comunicar a Tecumseh las malas noticias. [21]

La ira de Tecumseh y la aflicción de Elliott divirtieron inmensamente al jefe Camina en el Agua. Este había enviado un mensajero al general Harrison en el que le informaba de que tenía intención de rendir su gente tan pronto como pudiera escapar de

Tecumseh. Mientras, se divirtió a expensas de Elliott. Al angustiado anciano le aconsejó que fuera hacia la frontera del Niágara con su padre ausente, el general Procter. [22]

Mientras Camina en el Agua se distraía, el coronel Warburton estaba en un mar de dudas. Los estadounidenses no habían avanzado, pero Procter no había regresado. «El coronel Warburton no parecía saber qué hacer –recordó un oficial del estado mayor–, pues el general no había dejado ninguna instrucción». Tecumseh no tenía nada en contra del coronel, pero tenía buenas razones para despreciarle. La conducta del general era ciertamente como la de un animal gordo y asustado. Pero, con los estadounidenses cada vez más cerca, Tecumseh consideró que no le quedaba otra opción que seguirle.

Los subordinados del líder shawnee no pensaban lo mismo. En la tarde del 3 de octubre, Tecumseh y sus jefes de guerra se reunieron en los bosques empapados de la orilla sur del Támesis para un consejo, informal pero tenso, que marcó el ocaso de la confederación india. El jefe Naiwash apoyó a Tecumseh, pero la mitad de los jefes le abandonaron, junto con sus guerreros. Algunos tomaron atajos por los bosques en dirección oeste y se rindieron a los estadounidenses, mientras que otros retornaron a sus aldeas. Entre los que se escabulleron estaban sesenta y cinco guerreros wyandot del jefe Camina en el Agua, que se ocultaron en los bosques a la espera de la llamada de Harrison. El jefe había engañado a Tecumseh como a un necio. [23]

Los británicos estaban en pie antes del amanecer del 4 de octubre. Estaban hambrientos, calados hasta los huesos y malhumorados. Algunos querían fusilar a Procter, un sentimiento comprensible en opinión del coronel Warburton. Seguía sin recibir instrucciones del general, quien continuaba en Villa Morava. A las diez de la mañana Warburton se puso en marcha con su empapada columna. La lluvia amainó. Durante la noche se había formado escarcha, que había endurecido el camino. Esto hubiera debido permitirles marchar con rapidez, pero las mujeres y niños indios, enviados al otro lado del Támesis por los guerreros en balsas improvisadas, bloqueaban el sendero. Procter hizo una breve aparición con su carruaje para asegurar a Warburton que tenía intención de combatir en Villa Morava pero luego se retiró antes del anochecer a dormir en su lecho marital. A las ocho de la tarde, los casacas rojas, exhaustos y hambrientos, vivaquearon en la granja de Lemuel Sherman, a apenas ocho kilómetros de su destino. [24]

Aquel día los guerreros indios hicieron algo más que limitarse a marchar. Matthew Elliott animó a Tecumseh y a Naiwash a combatir en los brazos del Támesis. Aunque Procter había incumplido su promesa de defender Chatham, los jefes indios consideraban que al menos podrían ralentizar a los Cuchillos Largos.

La configuración del terreno era admirable para una acción de retaguardia. El rio Támesis fluía hacia el nordeste y el McGregor Creek entraba en el Támesis desde el sudeste, lo cual creaba una sección de tierra arbolada semejante a una península en la que los jefes situaron a sus guerreros. Ambos cursos fluviales bajaban crecidos a causa de las lluvias. Ninguno era vadeable. Dos puentes cruzaban el McGregor: Creek uno donde el Camino del Rey franqueaba el curso de agua cerca de la orilla este del Támesis, y el otro a unos pocos cientos de metros corriente arriba, cerca de un punto en el que había tres molinos y varios edificios rebosantes de grano propiedad de John McGregor. [25]

Tecumseh ordenó a los guerreros que se preparasen para la llegada de los Cuchillos Largos. Quemaron el pequeño puente superior y –en contra de las órdenes de Tecumseh–, también los molinos cargados de grano de McGregor. El puente inferior, empapado por la lluvia, se resistió a arder, por lo que los indios arrancaron las planchas y las arrojaron al arroyo. Un puñado de guerreros improvisó una balsa y cruzó el Támesis, ocupando una pequeña casa en la orilla norte desde donde hostigarían a los estadounidenses con fuego de flanco.

Los preparativos de Tecumseh eran correctos, pero una mujer canadiense desleal advirtió a Harrison de la emboscada. Este desplegó los jinetes kentuckianos de Johnson en línea de batalla bastante antes de llegar a McGregor Creek. Por espacio de tres kilómetros, los jinetes se abrieron camino entre un lodazal salpicado de troncos caídos y denso matorral hasta que una descarga de mosquetería les detuvo en la orilla del arroyo. El fuego indio, proveniente de una densa arboleda, era tan rápido y constante que Harrison creyó enfrentarse tanto a los soldados de Procter como a los guerreros de Tecumseh. El comandante estadounidense desplegó sus cinco brigadas de infantería kentuckianas en línea de batalla tras los fusileros desmontados de Johnson. Al ver que la «fogosa escaramuza» no lograba desalojar a los indios, Harrison hizo traer dos cañones para castigar la línea del bosque situado frente al puente inferior, desmantelado en parte. Un destacamento de fusileros desmontados, bajo la cobertura del fuego artillero, avanzó sobre la estructura desnuda del puente y, una vez en la orilla norte, descargó un fuego de gran intensidad. Otros rescataron tablones del arroyo y comenzaron a reconstruir el puente. La mosquetería se intensificó. Una bala le rozó el brazo a Tecumseh. La sangre fluía

cálida, pero no era una herida de importancia. Tecumseh se cubrió la piel rasgada con un pañuelo y continuó el combate. A medida que los estadounidenses aumentaban su presión, los pocos centenares de guerreros rompieron el contacto y se retiraron de forma gradual al amparo del bosque. Tecumseh les ordenó retirarse dieciséis kilómetros, hasta el Arnold Creek, la última barrera natural importante entre los Cuchillos Largos y Villa Morava.

La escaramuza había durado menos de una hora. Después de tantos años de choques verbales, Tecumseh y Harrison habían librado su primer combate armado. Costó las vidas de dos kentuckianos –seis o siete más resultaron heridos– y un número indeterminado pero pequeño de bajas indias. Tras la refriega desertaron un centenar de guerreros y los que se quedaron con Tecumseh estaban furiosos. Aquella tarde, un sauk se dirigió al jefe shawnee y a Matthew Elliott. Apuntó con su mosquete contra el afligido inglés: «Se me ocurre que debería dispararte. Hemos perdido a muchos de nuestros jóvenes retoños y [los británicos] huyen de nosotros». Elliott se dispuso a morir. Pero el guerrero bajó su arma y cabalgó lejos. [26]

Tecumseh y su reducida fuerza acamparon ante el molino de Arnold. Harrison vivaqueó a unos diez kilómetros al sudoeste. Tenskwatawa no había tomado parte en la acción, pero aquella noche la pasó con su hermano. También estaban con él su cuñado (esposo de Tecumpease) Wahsikegaboe y el hijo adolescente de Tecumseh, Paukeesa. Todos portaban mosquetes, dispuestos para el próximo choque con los Cuchillos Largos. Toda su vida Paukeesa había sido una decepción para su padre ausente, aunque no fuera culpa del muchacho; tal vez el joven podría causar una buena impresión a su padre al día siguiente. [27]

Otro adolescente que se había visto envuelto en esta guerra era Abraham Holmes, de dieciséis años. Este había pasado la tarde del 4 de octubre observando a los indios pasar junto a la granja de su familia, situada más allá de McGregor Creek. Deseoso de poder ver a Tecumseh, el 5 de octubre se levantó temprano y recorrió a toda prisa el camino que llevaba al molino de Arnold. Allí encontró refugios de maleza y espirales de humo de hogueras todavía con rescoldos, pero desiertas. Holmes se adentró en el bosque en busca del afamado jefe shawnee, mas solo encontró unos pocos guerreros dispersos.

Tecumseh había pasado una mala noche. La herida del brazo le dolía. Estuvo toda la noche acurrucado junto a una hoguera en compañía de Tenskwatawa, Billy Caldwell, Shabbona y unos pocos amigos de confianza. En ese momento, una premonición le sacudió con la fuerza de una bala de mosquete. La conversación se había

apagado. Todo estaba tranquilo. De repente, Tecumseh profirió un grito de sorpresa y, aferrándose el pecho, declaró que un Cuchillo Largo le había disparado. Sus amigos protestaron, pero Tecumseh estaba seguro de que la siguiente puesta de sol le hallaría muerto. Reclinando la cabeza con expresión de profunda tristeza, musitó: «La batalla [próxima] será la última en la que arranque cabelleras en este mundo». [28]

El joven Abraham Holmes encontró por fin a Tecumseh. Este se hallaba de pie frente al molino de madera de Christopher Arnold, cuya gran rueda de agua giraba perezosa bajo el sol matinal. Joe Johnston, vecino de Arnold, quien en otro tiempo había vivido entre los shawnees, hablaba animadamente con el jefe en shawnee. Johnston le explicaría más tarde su conversación a Holmes. Tecumseh sentía que sus guerreros hubieran quemado los molinos de McGregor, mas él no había autorizado ese pillaje. Y tampoco permitiría que ocurriera lo mismo en el molino de Christopher Arnold, el cual era capitán de la milicia de Canadá y había combatido junto a Tecumseh en Fort Meigs. El líder shawnee había dormido junto a su molino y se dedicaba a dar prisa a los últimos rezagados indios cuando Holmes le vio. Tras haber observado al gran shawnee cuyo nombre le podría un día a un hijo, Holmes regresó a su casa, donde se encontró al general Harrison y al coronel Johnson desayunando con su padre. En los alrededores de la granja los fusileros montados de Kentucky apacentaban sus caballos. Tan solo tres kilómetros separaban a Tecumseh de Harrison. [29]

Joe Johnston volvió a casa poco después de la marcha de Abraham Holmes. Pero Tecumseh se quedó un rato más para hablar con Christopher Arnold. Este, agradecido, le describió el terreno que había entre su casa y Villa Morava. Una vez concluida su conversación, Tecumseh y Arnold se separaron para observar la llegada de los estadounidenses. Tecumseh estableció su puesto bajo un gran árbol junto al camino, mientras que Arnold se encaramó al dique del molino. Arnold debía arrojar al aire una palada de tierra si les veía venir primero. Los minutos se arrastraban. Arnold, con la mirada fija en el bosque oscuro, avistó por fin varios jinetes de chaquetas negras que emergían de entre las sombras. Lanzó una palada al aire y miró a Tecumseh, quien galopó en dirección a un vado de grava que atravesaba el Támesis. [30]

A primera hora de la tarde, el joven David Sherman salió a recoger el ganado en los campos de la granja de su padre, Lemuel Sherman, situada en el Camino del Rey, a menos de ocho kilómetros de Villa

Morava. Los famélicos casacas rojas habían abatido varias cabezas de ganado de la familia pero se habían marchado a toda prisa antes de despiezarlas. Mientras David y sus hermanos reunían las bestias supervivientes, Tecumseh se detuvo a su lado. David Sherman nunca olvidaría la aparición de Tecumseh. El shawnee se había tiznado el rostro de pintura de guerra roja y negra. Llevaba calzones de piel de ciervo y una blusa de caza. De su nariz pendía un anillo, y de su cuello la medalla de plata del rey Jorge. Sangre seca manchaba el pañuelo que envolvía su brazo herido. Tecumseh llevaba dos pistolas y un *tomahawk*–pipa en su fajín de seda roja. Una solitaria pluma de avestruz se erguía del turbante con que se envolvía la cabeza. Tecumseh hizo algunas preguntas a los muchachos y luego les conminó a que recogieran su ganado y se marchasen: «Volved y quedaos en casa, pues pronto habrá un combate». [31]

El enfrentamiento tendría lugar antes de lo que esperaba Tecumseh. Este continuó por el execrable Camino del Rey y se encontró con los casacas rojas, cuyos uniformes escarlatas estaban desvaídos y mugrientos. Estos empuñaban sus fusiles de ánima lisa en una desordenada línea de batalla formada en un bosque abierto a menos de tres kilómetros de Villa Morava. Tecumseh estaba perplejo: ¿acaso Procter no había desplegado sus tropas en la aldea?

Tal había sido la intención del general. Este había dispuesto su artillería en un cerro abierto que se elevaba sobre el asentamiento y después se había adelantado a mediodía para apresurar la marcha de la infantería. Los indios también esperaban combatir en el cerro de Villa Morava y habían dejado a sus familias tres kilómetros río arriba. Se disponían a ocupar la altura cuando se informó a Naiwash y a los jefes de que el padre británico pretendía librar batalla en los densos bosques junto al río. Los guerreros partieron en busca de sus caprichosos aliados. [32]

El cambio de idea de Procter se debía a los reportes de los exploradores que le informaron de la rápida marcha de la infantería montada estadounidense. Ahora que el fango se había secado, Procter, no sin razón, temía que alcanzaran a sus soldados de a pie desperdigados por el camino. Los casacas rojas respiraron aliviados cuando a las 13:00 llegaron órdenes de detenerse. Agotados de marchar con el estómago vacío, preferían combatir y poner fin a todo aquello. Procter, ahora a lomos de caballo, y su estado mayor galoparon más allá de donde descansaba la infantería para echar un vistazo por sí mismos. Luego regresaron y reorganizaron a los hombres sesenta pasos más cerca del enemigo todavía invisible. Las tropas se quejaron de los vaivenes del general. Un teniente escuchó

murmurar a sus hombres que «estaban preparados y dispuestos a combatir por sus mochilas [y] deseaban encontrarse con el enemigo pero no les gustaba que les mareasen de aquella manera, sin hacer ni una cosa ni la otra». El teniente les hizo callar, pero escuchó a otros refunfuñar que estaban a punto de ser «destrozados y sacrificados». [33]

El joven alférez John Richardson consideró absurdo el despliegue. «Se ordenó a la tropa entrar en el corazón de un bosque espeso y casi impenetrable», en el cual apenas podían ver a veinte metros, y mucho menos «distinguir objetos tan similares a las cortezas y hojas de árboles y maleza como los uniformes de los estadounidenses». Por el contrario, «el rojo brillante de las tropas [británicas] formaban un punto de contraste en el que la mirada no podía evitar detenerse». [34]

Una vez Procter finalizó la línea, esta se extendía unos doscientos ochenta metros desde la orilla norte del Támesis hasta el borde de un cenagal largo y estrecho. El bosque del que se quejaba Richardson combinaba grandes hayas, arces y castaños con escaso sotobosque. El flanco derecho británico reposaba en un cenagal pequeño pero traicionero y fétido, de vegetación putrefacta y profundas pozas de lodo. Justo al norte del cenagal se extendía un lodazal enorme llamado pantano de Backmetack. Entre ambos fangales se extendía en dirección oeste una franja de terreno elevado cubierto de maleza que abarcaba la longitud del cenagal más pequeño, que se ensanchaba gradualmente desde los cien a los cuatrocientos metros.

Cuando Tecumseh llegó, los indios se estaban alineando tras árboles cubiertos de musgo, ramas retorcidas y troncos caídos a lo largo del extremo sur del pantano de Backmetack. Algunos guerreros estaban hundidos hasta las rodillas en el fango. Procter había establecido que el terreno entre el pantano y el río sería un campo de tiro que los estadounidenses tendrían que atravesar. Los indios, desde su posición en el margen del pantano de Backmetack, estaban bien situados para caer sobre el flanco estadounidense.

Tecumseh estaba de acuerdo con las disposiciones de Procter. Era un buen terreno para combatir a la usanza india. Así, cuando se situó en línea con el general y Elliott, su natural optimismo y predisposición para el combate apaciguaron su fúnebre premonición nocturna. Tan solo veía un problema en la excesiva densidad, según los cánones indios, de la línea británica. Al igual que el alférez Richardson, Tecumseh temía que sus capotes escarlata los convirtieran en blancos fáciles para los tiradores de Kentucky. A sugerencia del shawnee, Procter retiró a ochenta hombres de su línea de frente y formó una reserva a unos cien metros a retaguardia. Tecumseh también consideró que el solitario cañón británico, una pequeña pieza de seis

libras emplazada en el camino, era vulnerable a una carga de caballería, pero Procter no disponía de hombres para protegerlo.

Los casacas rojas, conscientes de su vulnerabilidad, buscaron refugio tras los árboles. Aparecieron brechas en la línea, y a veces un único tronco protegía a dos o tres soldados. Como opinó con alarma un oficial, Procter perdió «las ventajas del orden cerrado sin adquirir las del orden extenso, el más adecuado para semejante situación». Procter también debería haberse dado cuenta de que el orden abierto, aunque proporcionaba mayor seguridad contra el fuego de los tiradores, también invitaba a una carga montada. Procter podría haber reducido la amenaza si hubiera ordenado a los hombres construir reductos y abatís improvisados con los abundantes árboles caídos, pero no hizo nada en ese sentido. Y a Tecumseh tampoco se le ocurrió una precaución tan básica.

El líder shawnee irradiaba confianza, como atestiguaron todos los oficiales británicos que le vieron. Puede que su «buen ánimo» no fuera contagioso, pero el shawnee hizo todo lo que pudo para alentar a los británicos. Caminaba a lo largo del frente, animando a soldados y saludando a los amigos oficiales. El alférez Richardson le observó con admiración. Tecumseh, «pasó a lo largo de nuestra línea, complacido con [la forma] en que su izquierda estaba siendo apoyada y al parecer confiado en el triunfo. Vestía como era su costumbre de piel de ciervo, que revelaba de forma admirable su figura nervuda, y en su pañuelo, enrollado como un turbante sobre la frente, había colocado una bella pluma blanca de avestruz […] a su paso iba estrechando la mano a todos los oficiales, decía algo en shawnee adecuado a la ocasión, que se entendía lo suficiente gracias a los expresivos gestos con los que lo acompañaba, y luego se perdía de vista». Antes de dejar a Procter, Tecumseh dijo: «Padre, ordene a sus hombres que se mantengan firmes, y todo irá bien». Sabedor de que Procter carecía de la determinación del difunto general Brock, declaró: «¡Padre! ¡Ten un gran corazón!». [35]

❖

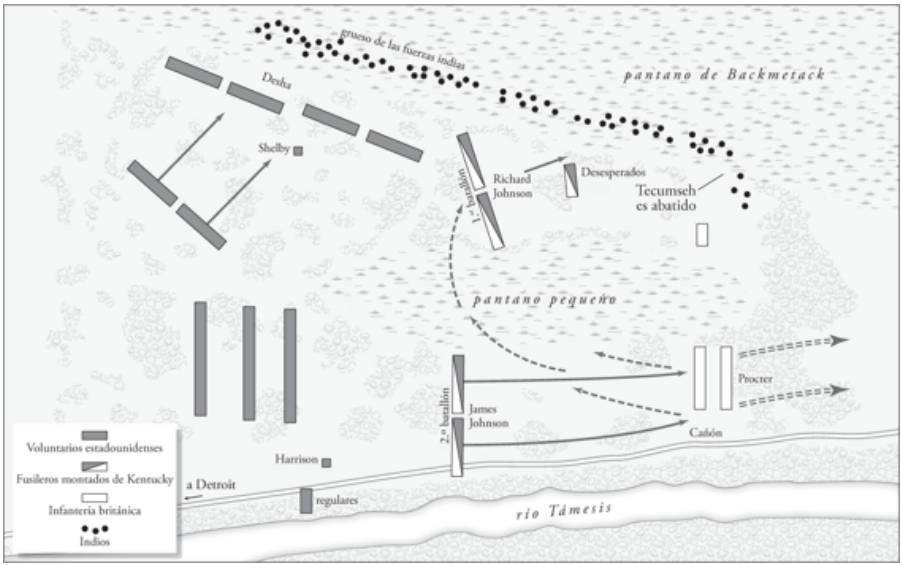
Tecumseh y Elliott volvieron grupas y se adentraron en los bosques, en dirección al pantano de Backmetack. Elliott continuó hasta el centro de la línea india para ayudar al jefe Naiwash, llevándose con él a Paukeesa, hijo de Tecumseh. Este desmontó en la izquierda, para así comunicarse mejor con los británicos. Le rodeaban los irreductibles: su devoto cuñado Wahsikegaboe, Shabbona, el robusto ottawa, el fiel Billy Caldwell, el francocanadiense François Baby, y un incondicional intérprete blanco llamado Andrew Clark. Los contingentes de los

shawnees y de los delawares de Munsee también formaban cerca de Tecumseh. En total, quinientos guerreros se agazapaban en el aire denso y húmedo del pantano de Backmetack. Por su parte, Tenskwatawa estaba lo más cerca de la línea de fuego que podía permitirse un santón. [36]

Pasaron tres horas. Tecumseh recorría el lodo y las charcas de la línea diciéndoles «sed bravos», «manteneos firmes» y «tirad bien». A las cuatro de la tarde, las notas agudas de las cornetas estadounidenses rasgaron el aire. Aunque la maleza y los árboles les cegaban, Tecumseh escuchó fuego de fusilería disperso, señal de la llegada de los tiradores estadounidenses frente a las líneas británicas. A la cabeza de los tiradores, saltando de árbol en árbol y apuntando con cuidado, venía su viejo enemigo Simon Kenton. Tecumseh, sabedor de la propensión del colono a tirar alto, les dijo a los que le rodeaban que los Cuchillos Largos, cuando vinieran contra los indios, dispararían alto. En ese momento, los guerreros deberían apuntar con todo cuidado y luego lanzarse a la carga con sus *tomahawks*. Los guerreros esperaron. [37]

Pronto, el repicar rítmico de pezuñas de caballo ahogó los estallidos esporádicos de los fusiles de los tiradores. El primer batallón de fusileros montados del coronel Richard M. Johnson, de cuatrocientos ochenta hombres, llegó entre los árboles formado en tres columnas. Pasaron a galope con facilidad entre las brechas de la línea británica, cortando y sajando con sables y *tomahawks*. La mayoría de los casacas rojas hizo un solo tiro antes de huir; unos pocos bravos resistieron lo suficiente para disparar un segundo tiro. La reserva no lo hizo mucho mejor. Rodeados y flanqueados por los kentuckianos, y con dieciocho hombres muertos, los británicos arrojaron las armas y levantaron los brazos. El cerco kentuckiano capturó a todos los británicos salvo un oficial y cincuenta hombres en una acción que duró menos de diez minutos. Procter no estaba presente en el desenlace. Tras hacer un efímero intento de reorganizar a sus hombres, escapó al galope con su escolta hacia Villa Morava. Con la salvedad del alférez Richardson y dos o tres docenas de hombres de su compañía que se habían sumado a la izquierda india y escapado a la embestida de los de Kentucky, Tecumseh y sus guerreros estaban solos. [38]

Tecumseh había escuchado las breves descargas británicas y los vítores de los kentuckianos, pero no se retiraría sin combatir. A todo lo largo de la línea india, los guerreros pintados se agazapaban en una extraña quietud, amartillando sus mosquetes, observando desde detrás de los árboles, escudriñando entre la maleza, esperando.



MAPA 13: BATALLA DEL TÁMESIS, 5 DE OCTUBRE DE 1813

Un centenar de kentuckianos desmontados avanzaron poco a poco hacia el pantano en orden abierto, disparando a ciegas hacia la maraña de maleza y árboles. Los indios les ignoraban, pues reservaban su primera descarga para la inevitable carga a caballo. Entonces, apareció un jinete solitario a lomos de un gran caballo negro zaíno. Este se dejó ver en una altura justo delante de Tecumseh. Era un carácter singular: un viejo que vestía diferente a cualquier otro miembro del ejército. Llevaba pantalones vaqueros y cazadora de Kentucky, con un tricornio con escarapela del estilo de la Guerra de la Revolución y un cinturón de *wampum* blanco colgado de su hombro izquierdo, en el que portaba su tahalí de pólvora y bolsa de balas. Era un blanco extraño y tentador.

Tecumseh y los que estaban a su lado apuntaron sus mosquetes y dispararon, acribillando por igual a caballo y jinete. De haber conocido Tecumseh la identidad del muerto, no cabe duda de que se hubiera sentido especialmente complacido de que fuera el primer Cuchillo Largo abatido por los indios. El muerto era William Whitley, al que algunos kentuckianos llamaban «coronel» en señal de respeto a su espíritu combativo, que bordeaba en lo demencial. Otros le consideraban repulsivo: «Un despiadado enemigo de los indios y un perturbado, que nunca debería haber sido llamado a filas». **[39]**

Diecinueve jinetes kentuckianos pasaron al galope junto a la figura retorcida de Whitley en dirección a la línea de Tecumseh. Los indios recargaron. Tecumseh gritó a los guerreros que tenía más cerca que tomasen las bridas de los caballos cuando entrasen en las líneas indias,

derribasen a los jinetes, y les rematasen con sus *tomahawk*. Pero los de Kentucky nunca se acercaron lo suficiente. El destacamento, denominado «desesperado», organizado –y encabezado– por el coronel Johnson, tenía la misión de librar del fuego indio a los cuatrocientos sesenta hombres restantes de su batallón. El coronel tuvo un gran éxito en su misión. Los caballos del grupo desesperado, al acercarse al pantano, se tornaron incontrolables a causa de la maraña de árboles y maleza. El coronel Johnson, alcanzado cinco veces, consiguió abatir a un guerrero que había salido de la maleza para hacerse con la cabellera de Whitley. Tan solo sobrevivieron incólumes dos miembros del grupo desesperado. Uno de ellos, Samuel Theobald, juez del regimiento, fue a parar al suelo después de que su caballo chocase contra un árbol. Theobald se levantó como pudo y se encontró al coronel Johnson a lomos de su caballo; Johnson estaba cubierto de sangre, y su caballo también. «He sido herido de gravedad, ¿a dónde debería ir?» tartamudeó Johnson. «Sígame –replicó Theobald. Johnson se derrumbó sobre la silla, desmayado por la pérdida de sangre. Theobald le dejó con el cirujano del regimiento. En los primeros minutos de pugna con los kentuckianos, Tecumseh llevaba ventaja. **[40]**

El general lanzó al segundo batallón de Johnson al grito de «carguen contra ellos, mis bravos kentuckianos». Era una orden vibrante, pero los del grupo desesperado habían demostrado lo insensato que era cargar a caballo en el pantano de Backmetack. El capitán James Coleman, quien asumió el mando después de que Johnson abandonase el campo, tomó la prudente medida de ordenar a sus hombres desmontar, y, como dijo agradecido un kentuckiano, «combatir a cubierto de árboles y troncos, a la usanza india». **[41]**

El combate se hizo más oscuro y desesperado. El aire húmedo del tremedal y las ramas de los árboles mantenían pegada a la tierra la nube creciente de humo blanco y azul de pólvora. Las líneas enfrentadas avanzaban y retrocedían a lo largo de grandes extensiones de bosque. El general James Desha, comandante de la división del flanco izquierdo, formada por soldados kentuckianos de a pie, vio sorprendido a ciento cincuenta hombres de Johnston retroceder hacia sus ordenadas filas con los indios de Naiwash persiguiéndoles. Desha cabalgó al frente y vociferó a los hombres de Johnson que hicieran frente a los indios, cosa que hicieron, para su sorpresa. **[42]**

Mientras, en el sector de Tecumseh se había llegado al combate cuerpo a cuerpo. El alférez Richardson fue testigo de la «cruel destreza y rapidez» con la que los indios empleaban el *tomahawk* y el cuchillo de cortar cabelleras. Cerca de él, tres indios delawares dispararon contra un fusilero de Kentucky. Sus balas dieron en el blanco.

«Aunque débil y tambaleante a causa de la pérdida de sangre, trató de escapar», recordó Richardson, que vio a los guerreros darle caza.

> El primero de sus perseguidores era un hombre alto y poderoso. Cuando llegó a quince pasos de su víctima, arrojó su *tomahawk* con tal fuerza y precisión que le abrió de inmediato el cráneo, dejándole exánime sobre la tierra. Dejó a un lado su rifle y sacó el cuchillo. Tras sacarle el hacha del cerebro, procedió a hacer una incisión circular por todo el cuero cabelludo. Hecho esto, sujetó el ensangrentado instrumento entre los dientes, y, apoyando las rodillas en la espalda de su víctima, le agarró la cabellera con las manos. La arrancó sin gran dificultad y la guardó, todavía sangrando, en su pecho. Luego, el guerrero se puso en pie, y tras limpiar el cuchillo en las ropas del infeliz, lo volvió a meter en la funda, mientras recogía las armas que había abandonado y se apresuraba a reunirse con sus camaradas. Todo esto en cosa de un minuto. [43]

Richardson había sido testigo de un pequeño triunfo; pero lo cierto es que la batalla estaba tornándose en contra de Tecumseh. Las bajas indias iban en aumento. Un guerrero potawatomi llamado Kichekemit cayó muerto junto al jefe shawnee. Acribillado por quince perdigonazos, el intérprete Andrew Clark se apoyó en un árbol. Colocó la manta en el suelo y esperó la muerte. Wahsikegaboe se derrumbó con media cabeza volada; Tecumpease había perdido a su marido a causa del sueño fúnebre de su hermano pequeño.

Agazapados tras un gran árbol caído, Tecumseh le confesó a Billy Caldwell. «Debemos irnos; vienen a por nosotros». Caldwell huyó. Esta fue la última vez que vio a Tecumseh. Tal vez Tecumseh no tenía intención de huir, pero quería que Caldwell se pusiera a salvo. De cualquier modo, lo cierto es que el jefe shawnee se puso en pie y avanzó al frente. [44]

Y entonces, en mitad de la caótica melé, un kentuckiano levantó su mosquete cargado con perdigones y balas. Apuntó a un indio tocado con un turbante coronado con una solitaria pluma de avestruz, y apretó el gatillo.

La bala de mosquete alcanzó a Tecumseh en el pecho y se alojó en el corazón. Su cuerpo fue perforado por dos o tres perdigones. El impacto tumbó de espaldas al jefe. Lo más probable es que estuviera muerto antes de tocar el suelo. [45]

La noticia de la caída de Tecumseh recorrió toda la línea india.

Cincuenta y cinco minutos después del primer disparo, los fusileros montados kentuckianos escucharon un aullido de otro mundo proveniente del pantano de Backmetack. Era el grito de retirada indio. «Proferían –aseveró un voluntario–, los más atronadores alaridos que jamás escuché de un ser humano, y eso puso fin al combate». Harrison prohibió perseguirles; se conformaba con consolidar su posición, contar los costes, y hacer recuento del botín. Había perdido al menos quince hombres muertos o heridos de muerte, todos en la acción contra los indios, que perdieron como mínimo un número de muertos similar. Harrison tenía más de cuatrocientos prisioneros británicos, además del solitario cañón emplazado en el Camino del Rey. No había disparado ni un solo tiro en toda la batalla. [46]

Los guerreros derrotados huyeron en la noche entre ciénagas y bosques. Nadie asumió el mando. La participación de Tenskwatawa consistió en llevarse del campo de batalla a algunos guerreros shawnees supervivientes. Billy Caldwell se encontró con Elliott y con el hijo de Tecumseh. Le comunicó a Paukeesa la muerte de su padre. El joven guerrero no replicó, pero Caldwell observó que las manos del joven shawnee temblaban mientras recargaba su mosquete. [47]

William Henry Harrison, antes de retirarse a dormir, redactó un resumen de la batalla del Támesis para el brigadier Duncan McArthur, al que había dejado en Detroit con una brigada para mantener a raya a Main Poc. En su misiva, Harrison se jactaba de haber destruido al ejército de Procter y de haber dado muerte a Tecumseh. Basaba esta afirmación de que Tecumseh había caído en rumores que corrían por el campo, mientras que los kentuckianos de Johnson –muy pocos de los cuales jamás habían visto al shawnee– debatían sobre si había sido el bueno de Whitley, su coronel, o un mero soldado raso quien había despachado al gran jefe. [48]

A la mañana siguiente, Harrison decidió que sería mejor examinar el cadáver de Tecumseh por sí mismo, pues, como insistió más tarde: «Me apostaría la cabeza de que ningún soldado estadounidense, salvo yo mismo, ha visto jamás a Tecumseh». Antes de partir, un oficial de su plana mayor le advirtió que tal vez no le gustase lo que iba a ver. El hombre tenía razón. «La situación era [como] me la habían descrito, y me sentí muy mortificado e irritado», dijo Harrison. Los buscadores de trofeos kentuckianos habían profanado los muertos indios. Varios demonios kentuckianos, seguramente sin saber de quién era el cadáver que desfiguraban, habían arrancado largas tiras de piel de la espalda de Tecumseh para fabricarse asentadores [*12] de cuchillas de afeitar.

Otro kentuckiano le había arrancado la cabellera y le había hundido el cráneo con un *tomahawk*. Otros le habían arrancado mechones de cabello hasta dejarle casi calvo. El cuerpo de Tecumseh estaba cubierto de sangre seca y su rostro estaba muy hinchado. Aun así, Harrison estaba seguro de haber visto antes al muerto, pero no sabía si era Tecumseh o un potawatomi que a menudo iba a su lado, por lo que no mencionó el fin de Tecumseh en su reporte oficial de la batalla. «No obstante, tenía la certeza moral –escribió más tarde–, de que había muerto». [49]

Samuel Theobald, del destacamento desesperado, conocía a alguien que podría reconocer a Tecumseh, si es que su cuerpo seguía siendo reconocible: Anthony Shane. Guiados por un hombre que acababa de ver el cuerpo, Theobald y Shane caminaron hasta el pantano de Backmetack. Theobald, «sintió no poca decepción» cuando Shane titubeó a la hora de identificar el cadáver mutilado. «Tiene la estatura de Tecumseh y se le parece algo» era todo lo que Shane podía afirmar con certeza.

Uno de los demonios del campo de batalla tuvo más éxito. Un jefe de compañía kentuckiano se encontró con Andrew Clark, quien seguía apoyado contra un árbol, con su vida pendiendo de un hilo. Sí, dijo Clark a duras penas, Tecumseh había muerto. Pero, mintió el intérprete moribundo, los guerreros indios se habían llevado el cuerpo. [50]

La reticencia de Harrison a confirmar la muerte de Tecumseh en su reporte oficial no impidió al público estadounidense conocer su desaparición. El comodoro Oliver H. Perry, el héroe del lago Erie, hizo de ayuda de campo voluntario de Harrison en la batalla del Támesis, y estaba con él cuando visitó el cadáver. A comienzos de noviembre, Perry le comentó a un corresponsal que «sin ninguna duda» el cuerpo era el de Tecumseh. A finales de mes los titulares de toda la prensa nacional proclamaron: «¡Muerte de Tecumseh!». La presunta prueba era una carta de Thomas Rowlands, mayor del ejército regular que había servido en la acción del Támesis y que afirmaba estar presente cuando Tecumseh cayó. Esto era imposible porque el regimiento estaba en el otro extremo del campo de batalla, pero la invención de Rowlands proporcionó vibrantes titulares: «Tecumseh ha muerto sin duda: le vi con mis propios ojos. Era la primera vez que veía al célebre jefe. Había algo tan majestuoso, digno, pero a la vez tan humilde en su porte, mientras yacía de espaldas sobre el terreno en el que, pocos minutos antes, había dirigido a sus hombres al combate, que mientras le contemplaba con admiración y pena, olvidé que era un salvaje […] tenía un semblante que jamás olvidaré […] los británicos dicen que

les obligó a combatir». [51]

El tributo de Rowlands a un noble adversario no fue el único que se publicó ese mes. El 6 de noviembre de 1813, un día después de la muerte de Tecumseh y antes de que la noticia hubiera ido más allá del cuartel general de McArthur en Detroit, el diario *Reporter* de Lexington, Kentucky, publicó íntegro el vibrante discurso del jefe shawnee: «Nuestras vidas están en manos del Gran Espíritu», el mismo que había dado en Amherstburg en presencia de Procter (una transcripción del discurso había sido encontrada entre unos papeles británicos capturados). Las familias de los voluntarios kentuckianos del ejército de Harrison pudieron leer las palabras exactas del espíritu noble que habían matado los suyos. [52]

CAPÍTULO 23

EL OCASO DEL PROFETA

TECUMSEH estaba muerto, de eso no cabía duda. «Con profunda consternación debo mencionar la muerte del jefe Tecumthée [*sic*] abatido de un disparo el día cinco», escribió el general Procter al general De Rottenburg dos días después de la batalla de Villa Morava. [1] Procter tenía amplios motivos para la preocupación. Su división derecha había dejado casi de existir. El recuento de efectivos tras el fiasco del Támesis registraba 12 muertos y 601 desaparecidos, perdidos durante o como consecuencia de la batalla, y tan solo 250 hombres disponibles. Procter fue sometido a consejo de guerra y condenado por dos cargos: no haber fortificado los brazos del Támesis cerca de Chatham y haber abandonado el campo de Villa Morava sin tratar de reorganizar sus hombres en apoyo de los indios, cargos que, de haber vivido Tecumseh, sin duda le habrían proporcionado cierto consuelo. Aunque la Corona rebajó la sentencia del tribunal a seis meses sin empleo y paga, su reputación quedó destruida. Nunca volvió a dirigir tropas en campaña. [2]

Sir George Prévost, pese a que sus muchos errores habían precipitado el desastre, supo al menos reconocer la contribución de los hermanos shawnees al final de la campaña. «Tecumseh, a la cabeza de 1200 guerreros indios, acompañó a nuestro pequeño ejército en su retirada de Sandwich» informó el gobernador general de los canadás a lord Henry Bathurst, ministro de Guerra y Colonias, «y el Profeta, así como su hermano Tecumseh, desempeñaron un muy esencial servicio para salvarnos de la aniquilación». [3]

Eran palabras cálidas, pero Tenskwatawa, a sus cuarenta años, fue quien tuvo que recoger los fragmentos de una confederación india que había sido destrozada de forma tan espectacular como el ejército de Procter. En las postrimerías de octubre de 1813, los desorganizados supervivientes indios se concentraron en la aldea de Dundas, en la orilla oeste del lago Ontario, a cientos de kilómetros de sus hogares. Sumaban 1062, dos tercios de los cuales eran mujeres y niños. Irían llegando más rezagados. No obstante, el 20 de octubre tan solo

figuraban en las listas del Departamento Indio 374 guerreros, de los 3500 que solo cuatro meses antes habían jurado lealtad a Tecumseh. De estos, tan solo diecisiete eran shawnees. El hábil jefe ottawa Naiwash continuó con Tenskwatawa. Pero el Profeta, desolado por la muerte de su hermano, era incapaz de mostrar ni una brizna del liderazgo de Tecumseh. Ni siquiera podía vestir o alimentar a sus seguidores. Aquella estación las cosechas fueron escasas en el Alto Canadá. El Departamento Indio compró carne de cerdo y harina pero carecía de fondos para aprovisionar a todos los refugiados o para vestir a más de un tercio de los indios. El país era rico en alces, ciervos y caza menor, mas los guerreros apenas tenían munición para cazar. Los indios pasaron un invierno de miseria en los fríos bosques de coníferas de la orilla extranjera del lago Ontario. Algunos hombres se vieron obligados a robar de las granjas locales para salvar a sus familias de la inanición. [4]

Al menos, los estadounidenses les dejaron en paz. Los milicianos de Kentucky fueron desmovilizados y el departamento de guerra transfirió a la mayor parte de los regulares de Harrison a la frontera decisiva, la del Niágara. Harrison, falto tanto de las tropas necesarias como de intención de penetrar en profundidad en el Alto Canadá, se dedicó a gobernar el territorio conquistado, el distrito de Amherstburg y a concluir tratados con los indios que acudían a Detroit a rendirse y a mendigar víveres para el invierno. Hacia finales de octubre, el recién nombrado gobernador del Territorio de Míchigan, Lewis Cass, proporcionaba raciones a 3419 antiguos miembros de la confederación de Tecumseh. [5]

Main Poc, quien había abandonado a Tecumseh cuando los británicos se marcharon de Amherstburg, firmó un armisticio y se desvaneció en los bosques del centro de Míchigan. Al cabo de un tiempo retornó al río Illinois, donde en marzo de 1816 el comerciante Thomas Forsyth encontró al antiguo azote de los asentamientos del oeste. Estaba alcoholizado, enfermo y casi sordo. «Creo –especuló Forsyth–, que si puede procurarse un poco más de alcohol, la gente blanca y también los indios se librarán de un personaje muy problemático». Unas pocas semanas después de la fría reflexión de Forsyth, Main Poc murió, un nombre más a sumar a los de Tecumseh y Cabeza Redonda en la lista de jefes fallecidos de la confederación india. [6]

A medida que transcurría el invierno de 1813-1814, los británicos fueron viendo la necesidad de tener un líder indio fuerte que reorganizase los restos de la confederación de Tecumseh y ayudase a los casacas rojas a repeler la probable ofensiva estadounidense de

primavera en la frontera del Niágara. En consecuencia, el gobernador general Prévost ordenó al nuevo comandante británico del Alto Canadá, el general George Drummond, que reuniera una delegación de notables nativos –un hombre por tribu– para que fuera a verle a Quebec. Prévost cometió el grave desaire de pasar por alto a Tenskwatawa y convocar al hijo adolescente de Tecumseh, Paukeesa. Prévost también invitó en persona a la viuda Tecumpease a que acompañase a los delegados.

Matthew Elliott no quería saber nada del asunto. No tenía objeciones a que participase Tecumpease; dependía de ella decidir si viajar era apropiado dada su obligación de guardar un año de luto por la muerte de su marido. Pero la inclusión de Paukeesa le parecía inaceptable y así se lo hizo saber a Drummond: «Es mi opinión que, por el momento presente, no sería adecuado que trate con el joven [Paukeesa]. Es muy joven, y esto podría contrariar a su nación. Ya tendrá tiempo para mostrar a su nación si esta quiere que sea su jefe». No obstante, una orden era una orden. Con lo que la delegación, escoltada en contra de su voluntad por Elliott, partió a mediados de febrero hacia Quebec. Los acompañaron veintiséis guerreros, a los que los británicos no se atrevieron a impedir que fueran. [7]

El grupo de Elliott, tras superar mal tiempo e intensas nevadas, alcanzó la capital canadiense un mes más tarde. Sir George les hizo una recepción regia en la gran sala del castillo viejo de Quebec, en cuyos muros resonaron los sones marciales de la banda de un regimiento. La majestuosidad del momento inquietó de tal manera al jefe Naiwash que este pidió posponer cualquier asunto serio hasta la mañana siguiente. Los indios pasaron a una habitación repleta de ricos manjares y bebidas espirituosas. Tras saciar sus feroces apetitos, los guerreros concluyeron la velada con una enérgica danza de calumet que hizo las delicias de los blancos presentes.

El 17 de marzo Naiwash dio un apasionado discurso a Prévost, cuyo contenido, aunque falto de elocuencia, honró de sobra la memoria de Tecumseh. El mensaje de Naiwash, una vez despojado de circunloquios, venía a decir que los indios habían soportado el peso de las batallas de Gran Bretaña contra los Cuchillos Largos en aras de recuperar sus «viejas líneas limítrofes» y esperaban que su Gran Padre les proporcionase las ropas y munición que necesitaban para proseguir el conflicto. Naiwash entregó dos presentes a sir George, un *wampum* negro y un cinturón de guerra color rojo sangre, y esperó su réplica.

Prévost se levantó con solemnidad y expresó su tristeza por la muerte del «gran guerrero» Tecumseh. Cuando sus palabras fueron traducidas, Tecumpease prorrumpió en llanto. Tras un prudente

intervalo, Prévost aseguró a los jefes que su Gran Padre el príncipe regente consideraba a los indios sus hijos y que tendría muy presentes sus intereses en un posible consejo de paz con los estadounidenses, «si bien debemos hacer grandes esfuerzos por preservar lo que tenemos y arrebatar al enemigo lo que nos pertenece». Prévost confiaba en el «indomable coraje» de los indios para ayudar a su Gran Padre a expulsar «de nuestras tierras» a los Cuchillos Largos el verano próximo. Con Napoleón cerca de su derrota final, el Gran Padre enviaría «más guerreros desde el otro lado de la Gran Agua que se unirán al ataque contra el enemigo y abrirán el gran camino hacia vuestro país». Para simbolizar la continuidad del pacto entre británicos e indios, Prévost devolvió el cinturón de guerra a Naiwash, quien se paseó por la sala, salmodiando su determinación de enfrentarse a su común enemigo. «Bajo las nubes estoy, con este cinturón iré; con esto, mi corazón es fuerte; tendré coraje de morir a manos del enemigo».

Una vez concluida la ceremonia, lady Prévost estrechó la mano de Tecumpease y le regaló un cesto de ornamentos de luto y otros presentes. Paukeesa se llevó una casaca de oficial, hebillas y pendientes. **[8]**

❖

En su gélido *wigwam* a orillas del lago Ontario, Tenskwatawa trazaba planes para recuperar su influencia, aun cuando tal cosa significase desgarrar los débiles jirones de la alianza india. Ahora que Tecumseh ya no podía poner coto a la tendencia a la grandiosidad de su hermano menor, al Profeta, su ego, le llevó por el mal camino. A comienzos de abril de 1814, Tenskwatawa y sus incondicionales anunciaron a los funcionarios locales del Departamento Indio que los shawnees refugiados le habían elegido caudillo de guerra, una idea ridícula dada su ineptitud marcial. Una semana más tarde, en una reunión con el general Phineas Riall, sucesor de Procter, Tenskwatawa se autoproclamó «jefe principal de todas las naciones del oeste». Riall aceptó sin más su pronunciamiento y le regaló un par de excelentes pistolas y una espada en nombre del príncipe regente de Inglaterra. Por su parte, Tenskwatawa «prometió la más cordial cooperación y dice que hasta los niños pequeños que puedan empuñar un arma estarán dispuestos a marchar de inmediato».

Entonces ocurrió algo inoportuno para los intereses tanto de británicos como de indios. Matthew Elliott, el único hombre blanco que podía señalar el sinsentido de todo aquello, cayó enfermo de gravedad. Los médicos, al ver que su naturaleza «está tan agotada que

ya no puede soportar la pugna de cuerpo y mente», abandonaron toda esperanza. Un amigo del Departamento Indio achacó su declive a los manejos del Profeta: tratar con los indios era demasiado para lo que la constitución de Elliott podía tolerar. Falleció el 7 de mayo de 1814. [9]

La actuación de Tenskwatawa en el funeral de Elliott fue escandalosa. Una vez sus deudos arrojaron los últimos puñados de tierra sobre el ataúd de quien había entregado su vida a la ingrata tarea de equilibrar los intereses de británicos e indios, el Profeta reunió a los asistentes indios y se dedicó a sermonear a los representantes del Departamento Indio. Acusó a William Claus, superintendente adjunto del Departamento Indio, de escatimarles provisiones durante el pasado invierno y exigió que el Departamento Indio hiciera venir a Dundas al capitán Thomas McKee –el alcohólico hijo del anciano Alexander McKee, coetáneo del difunto Matthew Elliott– porque los indios solo confiaban en él para «atender las necesidades de sus mujeres e hijos». Tenskwatawa también requirió un aumento inmediato de raciones, pues los niños «estaban pasando hambre». Y, en una asombrosa ruptura con los cimientos de su doctrina religiosa, el Profeta exigió que el departamento le entregase de inmediato cuatro barriles de ron. No hay evidencia de que Tenskwatawa hubiera recaído en la bebida, pero ya no objetaba a que sus guerreros se embriagasen. La petición fue denegada y Tenskwatawa, «muy ofendido» se marchó. «Me parece que tiene gran inclinación a causar problemas –le dijo a Claus un agente del Departamento Indio–. Me temo que le están forzando a ello». [10]

Esto no era ninguna novedad para Claus. El Departamento Indio experimentaba dificultades. John Norton, un extravagante escocés y mohawk adoptado que había logrado dominar a los iroqueses probritánicos del Alto Canadá, le había sacado a Prévost un despacho de capitán y el título de «líder de los indios del río Grand». El nombramiento incluía autoridad independiente para dispensar presentes, de los que Prévost le había concedido un generoso suministro. Norton, enfrentado a William Claus por el control de los indios británicos en la frontera del Niágara, abrió sus almacenes para atraer a sus asentamientos del río Grand a las tribus occidentales, que pasaban grandes penurias.

Tenskwatawa no tuvo ningún escrúpulo en sumarse al campo de Norton. Conocía y respetaba al escocés, quien había comandado un pequeño contingente iroqués en Tippecanoe. El santón shawnee estaba también irritado porque los británicos hubieran ignorado sus deseos, pues reemplazaron al difunto Elliott por el coronel William Caldwell, hacia el que sentía antipatía. Juntos, Norton y Tenskwatawa

convencieron a los refugiados shawnees, kickapoos y wyandot –581 personas en total–, para que se establecieran en el río Grand, unos cien kilómetros al oeste de la moderna Toronto. La reacción de condena del Departamento Indio no tardó en llegar. El coronel Caldwell (padre de Billy) acusó a Norton de «sumir en el libertinaje» al Profeta y de seducir a sus seguidores para satisfacer su propia ambición. Claus compartía la convicción de sus subordinados de que Tenskwatawa tenía «gran inclinación a causar problemas» y que se había convertido en el necio instrumento del plan de Norton de sembrar la discordia entre las tribus del oeste. [11]

La defección de Tenskwatawa mortificó al jefe Naiwash, quien contaba con la lealtad de 1332 indios (ottawas, ojibwas, delawares, sauk y foxes). «Vosotros sois blancos, y nosotros somos la gente piel roja, pero ahora ya no somos uno –dijo al coronel Caldwell–. Debemos expresar nuestro pesar por la partida de los shawnees. Nuestros hermanos mayores me han avergonzado». [12]

El cisma engendrado por Tenskwatawa no debió sorprender a ninguno de los que le conocían bien. Estaba claro que el santón shawnee había perdido el rumbo. Ya no profetizaba. Ni tampoco hablaba del resurgir nativista en el que había renacido tan solo una década antes. En los cálculos de Tenskwatawa, la unidad panindia por la que su hermano había entregado la vida era secundaria en relación a su supervivencia y la de sus fieles. Estaría dispuesto a transigir, aceptar, mendigar y acosar, cualquier cosa con tal de continuar. Él y su gente todavía podían hallar un hogar permanente lejos de los blancos. Pero, entre tanto, debían vivir.

Por otro lado, para los británicos era de primordial importancia saber si Tenskwatawa y sus guerreros iban a combatir. El 3 de julio de 1814 los estadounidenses cruzaron el río Niágara y dieron inicio a la esperada invasión de los confines orientales del Alto Canadá. Su objetivo inmediato era la captura de Fort George, en la confluencia del lago Ontario con el río Niágara. Superado por dos a uno, el general Riall asumió una posición de bloqueo bajo Fort George, en el río Chippewa, y esperó la llegada de sus aliados indios para equilibrar algo la correlación de fuerzas. El capitán Norton y un contingente iroqués se reunieron con Riall según lo planeado. El jefe Naiwash marchó con los británicos a la cabeza de un centenar de guerreros occidentales y la promesa de que vendrían más. Pero lo único que llegó de Tenskwatawa, en su primera prueba como jefe guerrero electo, fueron excusas y equívocos.

El 30 de junio, Tenskwatawa partió al fin desde el río Grand a la cabeza de ciento doce guerreros, pero regresó a su aldea al día

siguiente, bajo el argumento de que el general Riall no le había devuelto un *wampum* que le había enviado. Perplejo, el ayuda de campo del general pidió al coronel Caldwell que interviniera. «Si el que no retornase el *wampum* ha supuesto una ofensa, debe asegurar al Profeta que esto se debe únicamente a que el general no conoce con suficiente detalle los ritos y ceremonias habituales para tal ocasión –escribió–. [El general] espera que el Profeta confíe plenamente en la sinceridad de estas garantías y se convenza de volver de nuevo y le tome de la mano». Tenskwatawa, evidentemente aplacado, reemprendió la marcha al frente. [13]

Llegó tarde al primer choque armado. El 5 de julio los estadounidenses derrotaron a Riall en la batalla del río Chippewa. Aun así, Riall mantuvo la línea tras este río, y se disponía a retroceder y establecer una nueva posición en Lundy's Lane cuando Tenskwatawa llegó la tarde del 6 de julio. El capitán Norton, cuyos iroqueses habían tenido una actuación desastrosa en la batalla, vitorearon la llegada del Profeta, pero sufrieron «una gran decepción» porque a la tarde siguiente los guerreros de Tenskwatawa partieron a toda prisa. Estos habían escapado porque habían visto a los artilleros británicos arrojar al río un cañón inservible, cosa que Tenskwatawa imaginó una medida previa a la huída. Y lo que es aún peor, muchos de los guerreros del Profeta, junto con los de Naiwash y Norton que se quedaron con los británicos, se habían emborrachado como cubas en un gran almacén de ron que los casacas rojas habían abierto. [14]

La bacanal alcohólica del río Chippewa supuso el fin de cualquier participación india de importancia en la guerra por el Alto Canadá. Los indios ya ni siquiera podían cooperar entre ellos. Al Departamento Indio le costó grandes esfuerzos reunir siquiera a los jefes para hablar.

Naiwash, evocando la memoria de Tecumseh, pidió angustiado a Tenskwatawa y a otros líderes que se unieran, con unas palabras conmovedoras que resumían la situación lamentable de las tribus indias occidentales:

> Nosotros los indios que somos del occidente [*sic*] quizá el Señor de la Vida nos concedería más suerte si nos mantuviéramos más unidos que antes […] y podríamos retornar y volver a hollar nuestras tierras.
> Jefes y guerreros […] desde que mataron a nuestro gran jefe Tecumseh, no nos escuchamos los unos a los otros, no nos alzamos juntos, nos herimos entre nosotros, y es por culpa nuestra, no es culpa de nuestro Padre. Cuando vamos a la guerra no nos alzamos juntos, sino que vamos uno o dos, y el resto dice que irá mañana. [15]

Vibrantes palabras, pero el Profeta ya tenía preparada la réplica. Sus guerreros no podían combatir porque estaban descalzos: los suministros prometidos de mocasines no habían llegado. En su estado de miseria, los hombres se habían dispersado a cazar ciervos para obtener cuero con el que hacer calzado de reemplazo, y también para algo más urgente, alimentar a sus hambrientas esposas e hijos. Esto, según confesó un funcionario del Departamento Indio, era «una excusa [que] tenía algo de verdad». Tenskwatawa esperaba recibir ayuda de los iroqueses del río Grand, pero Norton estaba disgustado con el Profeta, quien ya no era bienvenido. Los shawnees pekowis y la mayoría de los kickapoos se negaron a seguir a Tenskwatawa y se quedaron en Dundas. Su sobrino Paukeesa no solo desertó, sino que también renunció a la jefatura de la aldea. William Claus aprovechó la disputa y amenazó con interrumpir todos los suministros a los shawnees kispokos si estos no renunciaban al Profeta y le ayudaban a repeler una expedición de jinetes Cuchillos Largos que estaba asolando el país. **[16]**

Tenskwatawa transigió. A mediados de noviembre acampó con Naiwash, pero, a cambio de su lealtad, el Profeta esperaba que los británicos cumplieran sus promesas. «Padre, escucha –exhortó al coronel Caldwell–. Cuando nuestro padre [general Procter] nos habló en Amherstburg nos dijo que si le seguíamos a la cabecera del lago [Erie] no nos faltaría nada; al hacer tal cosa, perdí a mi hermano, el gran soporte de vuestros hijos que ahora son muy pobres. Vuestros pechos son muy grandes y cargados de leche, y vuestros hijos están muy sedientos». **[17]**

Tenskwatawa decía la verdad, pero ya no tenía influencia alguna sobre los británicos debido a que la guerra de 1812 había finalizado de forma oficial el 24 de diciembre de 1814. Los británicos habían entablado negociaciones con los estadounidenses en Gante, Bélgica, convencidos de que la derrota de Napoleón les daba una ventaja diplomática. Los británicos, convencidos de que la posibilidad de que los regimientos veteranos de casacas rojas desembarcasen en las costas americanas intimidaría a los estadounidenses, exigieron, como condición *sine qua non* para la paz, la creación en el noroeste de un estado colchón indio basado en la línea del Tratado de Greenville de 1795. Con esto trataban de cumplir las promesas que la Corona había hecho a Tecumseh.

Los negociadores estadounidenses no aceptaron. Agotada tras dos décadas de guerra europea, Gran Bretaña cedió, y el Tratado de Gante se limitó a restaurar los derechos y territorios que los indios británicos habían ocupado antes de la guerra, sin garantía de su futura

inviolabilidad. El Padre británico había vuelto a abandonar a sus hijos indios.

❖

El 24 de abril de 1815, William Claus reunió a las tribus refugiadas en un gran consejo para «secar las lágrimas de los ojos» de Tenskwatawa, Tecumpease y otros indios que habían perdido seres queridos en el combate contra los Cuchillos Largos y para asegurarles que, a pesar de los abundantes rumores en sentido contrario, en Gante su Padre británico no había olvidado a sus hijos. Podrían regresar a sus territorios tribales *antebellum* siempre y cuando llegasen a un acuerdo con los estadounidenses (para Tenskwatawa, esto suponía aceptar el nocivo Tratado de Fort Wayne de 1809 que había precipitado la guerra con los estadounidenses) y siempre serían bienvenidos en Amherstburg, donde los británicos «continuarían tomándoles de la mano y tratándoles con toda la amabilidad y generosidad que un hijo obediente tiene derecho a esperar». Asimismo, la Corona compensaría a viudas y huérfanos de guerreros caídos por la causa británica. Tenskwatawa no dijo nada en el consejo. Tecumpease y la viuda de Tecumseh hicieron una marca en sendos recibos de cincuenta dólares, una fracción de lo que William Caldwell, apenas un año antes, había asegurado a los hermanos shawnees que la corona pagaría en subsidios a los supervivientes. La hipocresía británica no conocía límites. [18]

El éxodo inverso de los refugiados indios comenzó a finales de primavera. A mediados de junio, Tenskwatawa llegó con seiscientos seguidores a las afueras de Sandwich. La gente de Naiwash se estableció cerca y comenzó de inmediato a plantar maíz. La banda de Tenskwatawa, por su parte, se negó a cultivar la tierra; qué sentido tendría, adujo el Profeta, cuando estarían de vuelta al Territorio de Indiana antes de que el maíz madurase. Apenas habían llegado los shawnees a Sandwich, un puñado de guerreros cruzó furtivamente el Detroit y robó unos caballos. Tenskwatawa condenó el acto y ayudó a los británicos a restituir los animales a sus propietarios, pero el robo ahondó la desconfianza de los estadounidenses hacia el Profeta. [19]

La desconfianza era mutua. El Gobierno estadounidense, ansioso de concluir un tratado formal de paz con los indios británicos, convocó en agosto un gran consejo en Spring Wells, el pequeño asentamiento cercano a Detroit, el mismo lugar en el que Tecumseh había desembarcado tres años antes junto a Brock para desafiar a Hull. El hecho de que el comisionado jefe fuera William Henry Harrison ya era suficiente para hacer que Tenskwatawa actuase con cautela. Mas este

quedó aterrado cuando un guerrero ottawa le trajo noticias de Pezuña Negra –siempre dispuesto a hostigar a Tenskwatawa– de que el consejo no era más que una argucia para asesinar a los asistentes. «Ahora, hermano –advirtió Pezuña Negra a su crédulo rival–, os aconsejo que tengáis a mano vuestras mazas de guerra […] vais a ser atacados, pues, con la excusa de celebrar un consejo, [los estadounidenses] están enviando tropas».

El Departamento Indio británicos se puso del lado de Harrison. Alimentar a los refugiados indios era caro, y su presencia en el Alto Canadá había causado roces con los Estados Unidos. Es más, la buena relación del Profeta con John Norton le había hecho granjearse la enemistad del superintendente adjunto Claus. Deseoso de enviar de vuelta a su tierra al problemático shawnee, Claus consideró infundadas las quejas de Tenskwatawa de que los estadounidenses pretendían traicionarle en Spring Wells, pues «su carácter y conducta habituales hacen casi imposible confiar en nada de lo que pueda decir». Después de numerosos agasajos, los británicos convencieron a Tenskwatawa de que se reuniera con los comisionados. [20]

El consejo llevaba reunido dos semanas cuando el Profeta cruzó el río Detroit para hablar con Harrison. El jefe Naiwash había sucumbido a las zalamerías del general, al igual que los representantes de todas las tribus beligerantes con excepción de los shawnees de Tenskwatawa y el contingente kickapoo. Harrison reportó que el discurso del Profeta, pronunciado el 4 de septiembre, había sido pacífico, tanto «en tono como en asunto». Tenskwatawa profesó su deseo de restablecerse de forma pacífica en los Estados Unidos, pero también sazonó sus frases con un humor sarcástico que escapó a Harrison. Al hacer la paz con los estadounidenses, los británicos habían «quitado el *tomahawk* de las manos [a los indios] –dijo el Profeta–. Y ahora han venido a este lugar, y aquí también nos han quitado el *tomahawk* de las manos, de modo que ahora están tan privados de *tomahawk* que […] sus viejas apenas pueden cortar leña suficiente para encender fuego». Tenskwatawa, mientras estrechaba la mano a Harrison, se dirigió a él con toda intención como hermano, no como padre. «Comuníquele mis sentimientos al presidente –dijo Tenskwatawa a Harrison–, él es mi padre.

Desprecios aparte, Tenskwatawa no podía aceptar los términos del tratado de paz, que obligaban a su banda a vivir en Wapakoneta con la gente de Pezuña Negra. Aunque resulte sorprendente, todavía abrigaba la idea de reconstruir Villa del Profeta y reavivar el fuego de su propio consejo. Desconfiado y decepcionado, Tenskwatawa partió hacia la frontera británica y se llevó consigo a sus delegados shawnees

y a los kickapoos. Cinco días más tarde, todos los aliados de Tenskwatawa durante la guerra –wyandot, winnebagos, sauks, ottawas, miamis, potawatomis y delawares– firmaron el tratado. El aislamiento del Profeta respecto a los otros indios era ahora casi completo. [21]

A su regreso a Amherstburg, Tenskwatawa tuvo que soportar una gélida recepción de los británicos. El Profeta dio una peregrina explicación a su negativa a aceptar la paz. Tenskwatawa insistió en que Harrison, «artero y provocador», solo había dicho «mentiras, y era indigno de crédito». El asesinato no provocado de un guerrero kickapoo a manos de colonos estadounidenses reforzó su defensa, pero la paciencia y los recursos de los británicos tenían un límite. A medida que el otoño fue avanzando, el Profeta se convirtió en un imán de disidentes. Sauk y winnebagos rebeldes se unieron a su campamento; todos dependían de las provisiones británicas para sobrevivir. Tenskwatawa, que en otro tiempo había predicado la independencia india en tierras inviolables, se había convertido en un indigente que dependía de la caridad blanca en un país extranjero.

Los británicos, para empujar a Tenskwatawa a que abandonase Canadá, redujeron las raciones de los indios. Los responsables del Departamento Indio exhortaron al Profeta y a sus doscientos guerreros a que regresaran a los bosques y cazasen en lugar de vagar por Amherstburg pidiendo donativos, a pesar de que los británicos habían prometido aprovisionar a los indios. [22]

La parsimonia británica enfurecía a Tenskwatawa. La caza escaseaba y su gente pasaba hambre. En febrero de 1816 se dirigió a William Claus: «Ayer fue el día de raciones, y recibimos nuestra parte para diez días, que es tan pequeña que un hombre podría comerse en un día toda la parte asignada a una familia. Para mi familia, que suma nueve personas, la porción para diez días es en realidad una cantidad escasa para dos días». Esto no le conmovió en absoluto, por lo que Tenskwatawa regresó cinco días más tarde con las mujeres de su aldea para que Claus pudiera ver de primera mano su «lamentable» estado. «Las mujeres ven en mí a su jefe en lugar de a mi difunto hermano, y debo continuar su labor según los usos antiguos –declaró–. Y ahora me han puesto en el lugar de mi hermano Tecumseh, quien ya no está entre nosotros, y se espera que me escuchen como le escuchaban a él». Tenskwatawa le recordó a Claus las garantías británicas del pasado de que cuidarían de sus aliados indios. Con una vehemencia poco común en un líder indio que implora a su «padre» blanco, Tenskwatawa

continuó: «Lo que se prometió no se ha hecho aún. Ahora, Padre, espero que nuestras mujeres, niños y jóvenes obtengan satisfacción. Hemos sufrido mucho». [23]

Tenskwatawa había dejado de ser el místico con un mandato divino que contaba con la lealtad de miles de creyentes. Había fracasado con rotundidad en el fragmentado mundo indio que Tecumseh y él habían luchado por unir. Los británicos también le consideraban cada vez más una molestia. Un hombre de menor talla se habría echado atrás; al ser un alcohólico recuperado que vivía momentos duros, muy bien podría haber hallado consuelo solitario en la bebida. Pero Tenskwatawa seguía sobrio y miraba al futuro, defendiendo las necesidades terrenales de su reducida grey.

Dado que apelar al honor no conmovía a los británicos, Tenskwatawa recurrió al subterfugio: negociaría con Lewis Cass, gobernador del Territorio de Míchigan, un hogar en el territorio sin ocupar del sur de Detroit. Cass, antiguo general de la milicia de Ohio y ayuda de campo de Harrison en la batalla del Támesis, era nativo de Nueva Hampshire, tenía treinta y tres años y era un ardiente expansionista, aun cuando lamentase –y a veces exagerase– el desarraigo de los indios que vivían al norte del río Ohio. «He conversado con él con frecuencia sobre su situación y perspectivas y le he visto profundamente afectado por su condición desesperada y sumamente deseoso de mejorarla –le dijo al secretario de guerra–. Dudo que el ojo humano, en una inspección del mundo, pueda descubrir una raza de hombres más mísera y desesperada». Tanto el presidente Madison como su sucesor, James Monroe, confiaban en Cass en todo lo referente a las cuestiones indias. [24]

Tenskwatawa orquestó una convincente escenificación en presencia del gobernador. En abril de 1816 llevó a la antigua casa de consejo del Departamento Indio, que ahora servía de capitolio del Territorio de Míchigan, no solo a sus guerreros, sino también a las mujeres de su aldea para que Cass pudiera contemplar su pobreza. Presentándose como un jefe guerrero decidido a enterrar el hacha, la actuación de Tenskwatawa provocó emociones encontradas en los espectadores blancos. James Witherell, de Míchigan, reflexionó sobre el supuesto trato del Profeta con la divinidad: «en verdad todo su cuerpo podría estar lleno de luz, pues su ojo es de verdad único, pues ha perdido el ojo derecho». En lo que concierne a su aspecto externo, a Whitherell le pareció que Tenskwatawa «no estaba lejos de la cuarentena, de estatura media y gesto amargo y taciturno. Habla con fluidez y gran energía». El Profeta vestía de la forma que consideraba adecuada para un consejo de gran significancia. «Llevaba una faja

plateada, chaqueta corta marrón sobre un vestido de calicó, un broche de plata en cada brazo y dos anillos de plata en cada oreja con un mechón de crines de caballo pintadas en el brazo derecho y una gran gorguera de plata en su cuello. Grandes ornamentos pendían de sus orejas, y sobre su cabeza portaba un penacho de plumas pintadas». [25]

Pese a su escasa influencia, Tenskwatawa era demasiado orgulloso para resistirse a explicar sus agravios a Cass. «Queréis que vuelva con mis hermanos los shawnees. Ellos viven entre los blancos. Ellos cultivan sus campos. Yo no puedo hacer eso. No puedo vivir allí. Deseo elegir mis cazaderos y vivir de ellos. ¿Qué es lo que tenéis en mi contra? ¿Quién comenzó la guerra? ¿Acaso no vino a mi aldea el gobernador Harrison? Le di terreno en el que acampar. Es cierto que los winnebagos que estaban conmigo en Tippecanoe atacaron a vuestra gente. Me opuse, pero no pude impedirlo. Si hubiéramos ido a vosotros, entonces podríais acusarme, pero fuisteis vosotros los que vinisteis a mi aldea. Es por esto por lo que estáis furiosos conmigo».

Tenskwatawa, volviendo a su propósito principal, pidió a Cass que eligiera para él un lugar en el que asentarse donde pudiera «procurarme para siempre la caza que el Gran Espíritu de los cielos hizo para nuestro sustento». Preferiría el río Raisin, pero aceptaba el derecho de Cass a rechazarlo: «La tierra es vuestra; lo sé». Fuera cual fuese el lugar que el gobernador les concediera, este solo sería temporal. Tenskwatawa deseaba en realidad regresar a Indiana. «Mi ojo está puesto en el lugar donde se pone el sol. Es el lugar al que señalan mis viejos jefes, el Wabash. Es allí donde deseo ir con mis jóvenes, mis mujeres y mis niños, donde podremos cultivar maíz y cazar». Para concluir un discurso demasiado prolijo incluso para los indios, acostumbrados a pronunciamientos largos y redundantes, Tenskwatawa declaró su intención de regresar a Canadá «y esperar, con pena e inquietud, la respuesta del presidente». [26]

A su pesar, Cass admiraba a Tenskwatawa: «El Profeta ha reunido una banda de unos doscientos guerreros de diferentes naciones, que le han seguido en todas las vicisitudes con fidelidad inamovible». Pero no tenía intención de acceder a las peticiones de un hombre cuyo comportamiento juzgaba «indicativo de una decidida hostilidad hacia los Estados Unidos». Cass no solo denegó de forma perentoria la pretensión del Profeta de establecerse en el río Raisin, sino que comunicó a la administración Madison que la petición de Tenskwatawa sugería un pérfido plan británico para reconstruir una confederación de indios desafectos. El gobernador le dio un ultimátum a Tenskwatawa: disolver los restos de su alianza intertribal y llevar a sus shawnees a Wapakoneta o continuar de forma indefinida en el

exilio canadiense. El presidente Madison ratificó la negativa de Cass. [27]

Fue un duro golpe para Tenskwatawa. En su desesperación por congraciarse con los británicos, lo único que hizo el santón shawnee fue incrementar sus problemas con ambos bandos. En junio franqueó el río Detroit con varios guerreros, capturó a un supuesto desertor británico, lo arrojó atado y amordazado a una canoa, y lo llevó a Fort Malden. Por desgracia para Tenskwatawa, el soldado estaba en Míchigan de forma legal. El gobernador Cass, furioso, emitió orden de arrestar a Tenskwatawa por secuestro. El Profeta era ahora fugitivo de la justicia del territorio. [28]

La suerte de Tenskwatawa se hundía sin remedio: ya no podía poner un pie en Míchigan, pues se arriesgaba a ser recluido en una prisión de Detroit. Pero sus discípulos no tenían ese impedimento. En agosto, sesenta kickapoos partieron hacia el río Wabash. Dos meses más tarde, les siguieron varias docenas de guerreros shawnees y sauk y sus familias. Corrían rumores de que el Profeta tenía intención de regresar al Territorio de Indiana e «incitar a los indios a la hostilidad», lo cual llevó a los miamis y los potawatomis proestadounidenses a expulsar a los intrusos. La idea era absurda, y Cass lo sabía. Una vez finalizada la guerra de 1812 y con Tecumseh reducido a la condición de recuerdo heroico, los colonos abarrotaban los caminos que llevaban al oeste. La población del Territorio de Indiana se disparó hasta casi cien mil. En diciembre de 1816 se convirtió en estado. Tenskwatawa no sabía nada de todo esto. Lejos de plantearse un alzamiento en el Wabash, como había dicho Cass, pasó el invierno de 1816-1817 en las frígidas orillas del lago Erie malviviendo a costa de la generosidad británica. [29]

❖

Pasaron los años. El distrito occidental del Alto Canadá creció sin parar. En 1813 su población apenas llegaba a los cuarenta mil; hacia 1820, esa cifra se había multiplicado al menos por cuatro gracias a generosas concesiones de tierra a los colonos británicos. Chatham, un villorrio remoto de cincuenta habitantes en 1813, el año que Tecumseh pretendió resistir allí, se había convertido en una próspera comunidad que se expandía hacia los bosques del otro lado del río Támesis habitada por mil personas dedicadas al cultivo de granjas y al transporte. Y había mucho que transportar por el río: el distrito occidental era un exportador neto de trigo, y la producción se duplicaba cada año. [30]

Ya no quedaba apenas espacio para los 6121 indios –en su mayoría

ojibwas y potawatomis– que coexistían de forma precaria con los populosos y prósperos blancos. El desgaste, lento pero constante, había reducido el núcleo de seguidores de Tenskwatawa a 233 shawnees y 133 kickapoos, miamis, sauk y foxes, de los cuales 17 eran jefes y 121 guerreros. También seguían al Profeta shawnee 273 wyandot de Míchigan. [31]

Puede que Tenskwatawa estuviera cerca de la irrelevancia política, pero en los consejos de Amherstburg vociferaba tan alto como lo había hecho su hermano en los grandes días, cuando el control británico del Alto Canadá dependía de la fuerza y lealtad de Tecumseh y sus guerreros. Las exigencias altisonantes de Tecumseh a Procter ya no eran más que un lejano recuerdo y las palabras de Tenskwatawa ya no tenían un fondo amenazador. «Hemos sido tan importunados por la gente blanca que esperamos que vengan los representantes del rey para decirles cómo nos sentimos» les dijo a los representantes de la Corona en junio de 1820. Los funcionarios del Departamento Indio les estaban robando; los mejores bienes eran despilfarrados, y a los indios solo les daban lo peor. Nada cambió. El Gran Padre británico siguió sin escucharlos. El Profeta ya no era bienvenido. [32]

Por su parte, el gobernador Cass había comenzado a ver utilidad en acoger al enojoso shawnee. Durante 1820 creció en Ohio el sentimiento popular a favor de la expulsión de todos los indios de sus fronteras al oeste del Misisipi. En el punto de mira del estado estaba la aldea de Pezuña Negra, Wapakoneta, y los dos asentamientos shawnees adyacentes. El jefe octogenario había obtenido cierto grado de protección federal que molestaba al legislativo del estado. «Comienza a ser un asunto de gran importancia para las autoridades locales que esos indios sean deportados lo antes posible –comentó el agente indio shawnee John Johnston a Cass–. Se están convirtiendo en un completo freno para nuestras regulaciones y mejoras internas».

Tanto Johnson como Cass sostenían que a los indios les convenía emigrar pues los blancos –muchos de los cuales vivían del menudeo de *whisky* barato a los indios de la reserva– ponían en peligro su supervivencia. Estos asesinaban con impunidad a guerreros borrachos, robaban caballos y ganado, y saqueaban cazaderos. Cass informó a la administración Monroe de que los shawnees «deberían ser protegidos en todos sus justos derechos y guardados de su propia imprevisión, así como de la avaricia de los blancos». Eso sí, sus justos derechos no incluían la libertad de conservar sus casas. [33]

Si Pezuña Negra se obcecaba, Cass creía que podría hacer causa común con Tenskwatawa. El gobernador pensó que el atractivo de una nueva reserva en el oeste, rica en caza y buenas tierras de cultivo, y

alejada de los asentamientos estadounidenses y la tentación ruinosa del licor, podría interesar al Profeta. Con la esperanza de convertir a Tenskwatawa en el catalizador del traslado de los shawnees, en diciembre de 1824, Cass les invitó a venir a Detroit a él y a Paukeesa, que había regresado al *wigwam* de su tío.

Detroit había cambiado mucho desde la última visita de Tenskwatawa, ocho años antes. Ya no era un puesto avanzado de población escasa y aire francocanadiense en el confín de la frontera estadounidense. La población había alcanzado los dos mil habitantes, lo cual le convertía en la mayor comunidad estadounidense en la que jamás había puesto pie el Profeta shawnee. Pequeña Tortuga, Pezuña Negra y Main Poc habían visitado las ciudades populosas y concurridas de Baltimore y Filadelfia y Washington D. F., la ruidosa y joven capital. Habían visto de primera mano a algunos de los millones de blancos que abarrotaban la costa atlántica. Pero el poder latente de los estadounidenses había seguido siendo un misterio para los hermanos shawnees. Los Cuchillos Largos de su mundo habitaban una colmena de granjas solitarias, asentamientos diminutos y pequeñas localidades apenas más grandes que sus aldeas indias.

Y, ahora, Tenskwatawa estaba teniendo un primer atisbo de la expansión urbana estadounidense. Paseó por unas calles en las que se alzaban casi doscientas casas –algunas de ellas estructuras de ladrillo tan elegantes como cualquiera de las de la costa este– y casi ciento cincuenta negocios. El viejo fuerte por el que habían luchado su hermano y él había sido demolido y la tierra donada a la comunidad. Adornaban la ciudad tres «elegantes» almacenes de ladrillo y dos grandes y animados hoteles. Doscientos estudiantes se apiñaban en una estructura enjalbegada, de dos plantas y unos quince metros de longitud, que servía de sede de la Universidad de Michigania. Sin duda el zumbido debió ser ensordecedor para el santón shawnee. La muchedumbre abarrotaba las calles cubiertas de nieve pisoteada. Docenas de carteles, ininteligibles para Tenskwatawa, se mecían movidos por la brisa, o se veían pintados en las paredes de los edificios. Estos ofrecían los servicios de una docena de herreros, diez armeros, veintitrés canteros, veinticuatro tiendas de equipamiento, sesenta carpinteros, siete relojeros y cinco fabricantes de arreos, todos los atributos de la civilización que el Profeta había intentado repudiar sin éxito. Además, todavía había indios en Detroit, indios «amigos» que disfrutaban de privilegios que eran negados a la banda de Tenskwatawa. En su gran mayoría eran potawatomis y wyandot, que varaban sus canoas tumbadas en las orillas del río Detroit y vendían sus productos en el camino que salía de la ciudad. Cestas, palas de

canoa, colchones cosidos a mano, arcos y flechas, mocasines bordados, todos ellos se le ofertaban a los transeúntes para su venta o intercambio. Los indios se entremezclaban sin problemas con los estadounidenses. No había ni un soldado en más de ochocientos kilómetros a la redonda. No cabía duda de que los tiempos habían cambiado.

❖

Tenskwatawa y su sobrino se alojaron en la espaciosa mansión de ladrillo del gobernador Cass. Conforme a la tradición navideña, y también a su intención de ganarse al Profeta shawnee, Cass regaló a Tenskwatawa cien dólares, un excelente caballo, con silla y bridas, y muchos otros presentes. Durante su estancia en Detroit, Tenskwatawa posó para el primer retrato que se le conoce, pintado a la acuarela por el artista local Otto Lewis. Cass, el Profeta y Paukeesa pasaron largas horas en el estudio del jardín del gobernador, reflexionando sobre las glorias del pasado y las dificultades del presente. En un acalorado debate sobre quién mató a Tecumseh, Tenskwatawa dijo entre risas que, en aquel combate entre el humo, cualquiera podría decir que había sido él quien apretó el gatillo fatal. Cass se mostró de acuerdo.

Al ser presentado a Tenskwatawa, el ayudante del gobernador, Charles C. Trowbridge, encontró al shawnee «pequeño y delgado […] comedido, algo reservado y desconfiado, pero muy franco [en lo que respecta a] Tecumseh». Por mediación de un intérprete, Tenskwatawa le explicó la historia completa –perdida hace mucho tiempo– de su vida, así como la de su hermano. Tenskwatawa asumió de buen grado su nuevo papel de cronista de su pueblo, pues en posteriores visitas a Detroit reveló a Trowbridge un tesoro de información sobre la cultura shawnee. Pero lo de verdad importante para el gobernador fue que Tenskwatawa hizo suyo el plan de emigrar. Un hogar alejado de la influencia corruptora de los blancos, donde los indios pudieran vivir según la forma de vida tradicional que el Profeta había defendido, seducía tanto su vanidad como su genuina preocupación por el bienestar de los shawnees. A inicios del verano de 1825, Tenskwatawa y sus seguidores dieron la espalda a los británicos y viajaron a Wapakoneta. [34]

El gobernador Cass no veía ningún riesgo de que se arrepintiera de su nueva lealtad a los Estados Unidos: «Han dejado el Canadá y se han trasladado a la reserva shawnee de Ohio, curados de forma radical, si hemos de creer sus declaraciones, de su anglomanía. Sentimos menos temor de haber sido inducidos a error, pues el Profeta y el hijo [de Tecumseh] están aquí conmigo mientras redacto estas frases, y porque

nos han revelado, *motu proprio*, su historia y su situación presente». Al parecer también hablaban mal de los británicos a los extraños. Las críticas de Tenskwatawa a la Corona llegaron hasta Amherstburg, donde un furioso funcionario del Departamento Indio reportó a Claus que el Profeta «ha insultado a nuestro gobierno, diciéndole al gobernador Cass que los británicos le habían engañado a él y a todos los indios, y que les detestaba y que les veía como el polvo que pisan sus pies […] y que no fueron los estadounidenses, sino los británicos, quienes mataron a su hermano». El agente recomendó que Tenskwatawa «no recibiera subsidios de Su Majestad si alguna vez volvía a venir aquí». [35]

Tenskwatawa no tenía la menor intención de regresar al Canadá. En Wapakoneta fue un hábil defensor de la emigración. Tenskwatawa y Pezuña Negra discutieron con vigor al respecto, o al menos con todo el vigor que el jefe mekoche, de ochenta y cinco años, podía reunir contra su tenaz oponente, treinta años más joven. Tenskwatawa consiguió superar la profunda desconfianza de los mekoches hacia él y sus doctrinas, arrebatándole al viejo jefe a un centenar de miembros de la tribu. Entre los que se ganó estaba el joven jefe Tallo de Maíz, nieto del héroe mártir de los shawnees. Mientras Tenskwatawa reclutaba indios para emigrar, el gobierno federal creó una nueva reserva shawnee junto al río Kansas, al que los shawnees del oeste aceptaron trasladarse junto a sus hermanos de Ohio. Tenskwatawa y los demás shawnees de Ohio no sabían nada del lugar excepto lo que el agente Johnson les dijo: que no había hombres blancos en el territorio, la caza abundaba, y el suelo era fértil. Esto bastó.

El 30 de septiembre de 1826, Tenskwatawa, Paukeesa, Tallo de Maíz y otros 269 shawnees partieron hacia el oeste desde un campamento cercano a Wapakoneta en dirección a un país desconocido. Johnson entregó a los viajeros, que dejaban atrás sus cosechas de maíz, sus huertos y la mayor parte de sus posesiones, diez barriles de harina y puerco en salazón suficiente para cuarenta días. También les dotó de veinte caballos, cuarenta sillas y bridas, veintiún rifles, pólvora y plomo, y ropa para hombres, mujeres y niños. También contrató a dos subagentes que cobraban un estipendio diario para escoltarles hasta el río Misisipi, momento en el que pasarían a ser responsabilidad del superintendente de asuntos indios de San Luis, el afamado explorador William Clark. [36]

El viaje comenzó bajo malos auspicios. En lugar de llevar a los shawnees hacia el oeste, a través de las llanas praderas de Indiana septentrional, sus acompañantes les dirigieron al sudoeste, a través del valle del río White, escarpado y boscoso. Intensas lluvias empaparon a

los viajeros y la disentería les agotó. La falta de grano debilitó y dejó escuálidos a los caballos. Sus guías de la oficina india les abandonaron, con lo que los shawnees se vieron obligados a continuar solos y a verse obligados a vender sus ropas para obtener comida. Los emigrantes, angustiados y desilusionados, esperaban que la magia del Profeta resolviera sus cuitas, pero este no tenía nada que ofrecerles. Los mekoches se pelearon con kispokos y pekowis y estuvieron a punto de regresar. Pero entonces intervino el agente indio de Kaskakia, la antigua capital del territorio de Illinois. Esto proporcionó a los shawneess lo suficiente para que pudieran pasar un invierno miserable en chozas de corteza en las afueras de la ciudad, en las tierras bajas del Misisipi.

En las afueras de Kaskaskia, Tenskwatawa y los shawnees contemplaron una visión que debió dejarles maravillados. Ante su improvisada aldea pasaban enormes vapores que escupían humo y agitaban el agua, remontando y descendiendo el río Misisipi. Los vapores transportaban pasajeros y carga desde puertos lejanos y eran la savia vital del comercio fluvial. Los vapores, además de asombrar a los shawnees, provocaron el efecto práctico de recrudecer su invierno, pues los miembros de sus tripulaciones, hacha en mano, habían denudado de árboles las orillas de los ríos para obtener combustible.

Con la primavera la situación mejoró. Si en el pasado William Clark había sido un brillante explorador, ahora demostró ser un gobernador y superintendente indio capaz y comprensivo. Clark había explorado las tierras desconocidas del noroeste, pero no el viejo noroeste de tiempos de Tenskwatawa, sino las vastas extensiones entre el Misuri y el océano Pacífico. La república estadounidense se extendía hacia el oeste más rápido de lo que los shawnees podían imaginar.

Clark esperaba a los shawnees en San Luis, por lo que envió al agente indio Richard Graham a descubrir qué les había retenido. Tuvo lugar en Kaskaskia un consejo de dos días que fue dominado por Tenskwatawa y en el cual los shawnees enumeraron las promesas del gobierno y atribuyeron de forma acertada su infortunio a la mala planificación de John Johnston. Pero seguían teniendo fe en la munificencia del Gran Padre estadounidense. «Aquí podéis vernos ante vosotros, en estado de gran necesidad –concluyó Tenskwatawa su discurso–. Os pedimos que os apiadéis de nosotros». [37]

Graham y Clark les proveyeron de raciones y suministros. Tenskwatawa organizó una partida de exploración compuesta de shawnees del oeste y de Ohio para visitar la reserva prometida. Las vastas praderas de Kansas dejaron perplejos a los de Ohio, pero Tenskwatawa y sus compañeros consideraron que el suelo era tan

bueno como les habían prometido. Regresaron a Kaskaskia y llevaron a su gente a San Luis en agosto de 1827.

Aquí hallaron otra metrópolis de la frontera en rápido crecimiento, para asombro de Tenskwatawa. San Luis, la puerta del oeste, contaba con una población de más de seis mil habitantes, tres veces más que Detroit. La ciudad albergaba un verdadero carnaval de naciones. Francocanadienses y mestizos españoles se repartían el comercio de las praderas. Esclavos negros seguían a duras penas a sus amos estadounidenses. Delegaciones de tribus indias desconocidas para los shawnees visitaban San Luis desde el alto Misisipi y las grandes praderas para comerciar con pieles. Incontables vapores se alineaban en el gran muelle. En el complejo del arsenal de San Luis, compuesto por dos docenas de talleres de ladrillo y madera, los obreros civiles montaban armas y artillería en unas cantidades que los shawnees no podían ni imaginar.

William Clark alivió el choque cultural y las carencias materiales de los shawnees, pues les abrió tanto sus almacenes como la casa del consejo. Tenskwatawa trató de tomárselo todo con calma. Pese a los roces incipientes entre los emigrantes, trató de mantener una semblanza de unidad. Proclamó que estaban unidos y dispuestos a «tomar el camino e ir a donde se nos diga». Tenskwatawa demostró conservar una cierta habilidad negociadora, pues convenció a Clark de que aumentase su oferta de 750 dólares de sus fondos generales hasta los 1000 para que los emigrantes pudieran comprar suministros y aperos de labranza. Para convencerle, el Profeta dijo: «Estamos muy complacidos. Pretendíamos dejar aquí el dinero para que vosotros hagáis la compra por nosotros, pues la gente a la que le compramos podrían imponernos [otro precio]. Sabemos que tenéis mejor sentido que nosotros y podréis obtener los bienes a un precio más barato». [38]

En septiembre reemprendieron el viaje. Los shawnees siguieron la orilla sur del Misuri hasta la embocadura del Osage. Allí establecieron un confortable campamento de hibernada en un paraíso de caza muy alejado de los asentamientos estadounidenses más occidentales. En mayo de 1828, tras dieciocho meses de tortuoso viaje, Tenskwatawa y los shawnees llegaron a Kansas. [39]

Las tierras eran, sin duda, buenas y las provisiones del gobierno adecuadas. En octubre los shawnees habían recolectado su primera cosecha de maíz y erigido unos confortables *wigwam* de corteza. Un año más tarde, las reemplazaron con cabañas de troncos. El ganado, los puercos y los bueyes de tiro se hicieron comunes y muchas familias poseían arados, carretas y carros. Poco a poco, los asentamientos shawnees fueron haciéndose casi imposibles de distinguir de los de los

blancos de la frontera. [40]

La suerte de Tenskwatawa evolucionó en dirección contraria a la de la comunidad shawnee. Clark se negó a reconocerle como líder legítimo de los emigrantes, y los funcionarios federales entregaban raciones y anualidades por mediación del joven Tallo de Maíz y otros «jefes del gobierno». Luego vinieron misioneros cristianos, baptistas y metodistas, que traían en una mano la Biblia y en la otra «mejoras» terrenales tales como arados, molinos y bueyes. Estos incentivos fueron minando la tradicional aversión de los shawnees hacia el cristianismo. Los baptistas trajeron una imprenta y pronto se publicó un diario en lengua shawnee. En 1831, Pezuña Negra falleció en Wapakoneta y, a finales del año siguiente, sus últimos seguidores llegaron a la reserva de Kansas. Rodeados de antiguos enemigos tribales, excluido de las donaciones de San Luis, y perplejo ante el espectro de la asimilación de los shawnees, Tenskwatawa se retiró con su familia de nueve miembros (su hijo, cuatro esposas y cuatro niños) a una fuente natural situada en una pequeña quebrada boscosa cercana a la escuela de la misión shawnee. Allí, en la fuente de la pluma blanca proclamó la nueva Villa del Profeta, compuesta por cuatro cabañas solitarias habitadas por él y sus familiares. Entre estos no estaba Paukeesa, quien había vuelto a abandonar a su tío, esta vez para establecerse en Misuri con una banda propia de shawnees. Muy pocos venían a visitarle y Tenskwatawa rara vez se alejaba de su boscosa quebrada salvo para situarse en la puerta de la iglesia de la misión y sermonear a la congregación shawnee sobre los males del cristianismo. [41]

A sus cincuenta y nueve años, Tenskwatawa se había convertido en una curiosidad tribal, que estropeó su última oportunidad de demostrar sus antaño famosos poderes de sanación. Los amigos de un padre cristiano shawnee convencieron a este para que llamase a Tenskwatawa para que tratase a sus dos hijos enfermos. El Profeta accedió. Pero primero debía soñar. Así, después de un sueño en el que se comunicó con el Señor de la Vida, Tenskwatawa se apresuró a dirigirse a la cabaña de la familia para administrar el remedio que le había dictado la deidad. Tenskwatawa, al marcharse, les aseguró que este era infalible. Pero los niños murieron. Con los niños, los padres enterraron también su fe en el Profeta. [42]

En el otoño de 1832, Tenskwatawa recibió una invitación que avivó el alma del envejecido santón. Un joven retratista de Filadelfia llamado George Catlin le preguntaba si sería posible que el Profeta hiciera el viaje de cincuenta kilómetros que le separaba de Fort Leavenworth, un formidable puesto del ejército en Misuri, para posar.

Catlin se hallaba en la primera etapa de un peregrinaje de cuatro años por el oeste con pintura, pinceles y caballete, y pretendía «extender una mano a una nación moribunda [y] retratar con fidelidad su aspecto nativo y su historia, para salvarles así de caer en un rápido olvido, en beneficio de la posteridad».

Tenskwatawa adivinó el propósito de Catlin, pues trajo todas las galas de sus mejores días. Nueve años atrás, cuando posó para su retrato en Detroit, Tenskwatawa proyectó una imagen aculturada. Vestía ropas estadounidenses y minimizaba su indumentaria nativa. Pero Catlin resucitó al Profeta en toda su gloria. Tenskwatawa posó con el pecho desnudo y una piel de animal sobre los hombros. Envolvía su cabeza con un turbante de coloridas telas del tipo que gustaban a Tecumseh. Se atravesó el lóbulo de la oreja izquierda con dos pequeñas flechas y una pluma. Llevaba los mismos zarcillos, gorgueras y brazaletes que en su retrato anterior, pero les añadió las antiguas insignias de su cargo. En su diestra el Profeta blandía su «fuego mágico» una corta vara decorada con plumas y *wampum*. En la mano izquierda aferraba el sagrado collar de cuentas, el amuleto místico con el que los discípulos «estrechaban la mano al Profeta» cuando se convertían a su fe.

El retrato de Catlin mostraba más de lo que le hubiera gustado a Tenskwatawa. Se le veía barriga y sus carnes estaban caídas. Tenía ojeras. Al estudiar a su retratado, Catlin concluyó: «Ha sido un hombre muy astuto e influyente, pero las circunstancias le han destruido, como también han destruido a muchos otros grandes hombres antes que él, y ahora vive […] silencioso y melancólico en su tribu». Catlin conversó mucho con Tenskwatawa acerca de Tecumseh, «del cual habló con franqueza y al parecer con gran placer». Por el contrario, de su propia historia no decía nada. «Me dijo que los planes de Tecumseh eran integrar a todas las tribus indias en una gran confederación […] para unir sus fuerzas en un ejército que pudiera hacer frente y expulsar a la gente blanca, que avanzaban constantemente contra las tribus indias, expulsándoles de sus tierras […] y que Tecumseh era un gran general, y que la única cosa que derroto su gran plan fue su muerte prematura». [43]

❖

El doctor J. Andrew Chute de Westport, Misuri, trataba las necesidades, tanto físicas como espirituales, de los conversos de la reserva india. Chute, un «excelente caballero cristiano» y graduado por la facultad de medicina de Yale, también se complacía en asistir a los servicios de la iglesia india. Esto hizo que nadie se sorprendiera

cuando, en noviembre de 1835, un caballero relacionado con la misión baptista shawnee le pidió que visitase a un indio que estaba muy enfermo. La única cosa que hizo que Chute se lo pensara fue la identidad del paciente: era el famoso Profeta shawnee, quien rechazaba tanto el cristianismo como la medicina del hombre blanco. Pero, siendo un buen cristiano, Chute cruzó el río Kansas en compañía de un intérprete para atender a Tenskwatawa.

Chute siguió un tortuoso camino boscoso y descendió un cerro hasta entrar en un cuadrángulo de destartaladas cabañas «aisladas del mundo». Era la nueva Villa del Profeta. El intérprete señaló la morada del Profeta. Chute se agachó bajo un pórtico cubierto de corteza y entró. Un chucho mestizo medio muerto de hambre le recibió con un gruñido. La puerta abierta proyectaba una tenue luz en el sucio interior. Juntos a los muros había dos o tres plataformas cubiertas de mantas y pieles. Pendían del techo unas pocas mazorcas de maíz y algunas calabazas secas. Por el suelo sucio yacían tirados cazos de madera, bandejas, pipas y cuchillos. «Una esquina de la sala, cerca de un remedo de chimenea, contenía una plataforma de troncos partidos que se alzaba un pie [0,3 m] del suelo y estaba cubierta con una manta. Este era el lecho del Profeta».

Chute retrocedió un momento para contemplar «el espectáculo de un hombre cuya palabra había sido ley para numerosas tribus, y que ahora yacía en una tarima miserable, muriendo entre la pobreza y el abandono». Chute se acercó y Tenskwatawa reveló su identidad. Su cuerpo estaba devastado, su rostro hundido y macilento. Chute le preguntó sus síntomas. El shawnee frunció el ceño, pero los describió con detalle. Quería probar la medicina del hombre blanco, pero no ahora. Tenskwatawa estaba meditando –«en un estudio» como explicó el intérprete– y temía que los cuidados de Chute interrumpieran el hilo de sus pensamientos divinos. Tenskwatawa pidió a Chute que regresara en tres días.

Mientras volvía sobre sus pasos hacia Westport, Chute también meditó. ¿Por qué Tenskwatawa buscaba la ayuda de un médico blanco, pero luego lo rechazaba abruptamente? «Tal vez su espíritu se acobardó ante la llegada de la muerte, y el orgullo […] dejó paso al miedo, pero tras considerar su momento de debilidad, volvió a rechazar la ayuda que le ofrecía un miembro de una raza [que] detestaba de todo corazón».

Aun así, el doctor Chute regresó. «Volví puntual a su cabaña al cabo de tres días, pero era demasiado tarde. Ya no podía hablar y era evidente que la ayuda humana ya no podía hacer nada por él». Tenskwatawa murió ese mismo día. Chute no dejó constancia ni de la

causa de la muerte ni de la fecha exacta en la que el Profeta expiró. En opinión del doctor, Tenskwatawa no había sido más que un indio impío. [44]

APÉNDICE

EL MUNDO INDIO DE LOS HERMANOS SHAWNEES

Shawnees: los shawnees se componían de cinco grupos de ascendencia patrilineal denominados, con gran acierto, divisiones. Es posible que en el pasado hubieran sido tribus separadas que se unieron y formaron la tribu shawnee. Fuera cual fuese su origen, las divisiones tenían responsabilidades bien definidas que, en un pueblo disperso desde hacía mucho tiempo, eran más teóricas que reales. Incluso cuando la tribu se reunía, las divisiones seguían siendo semiautónomas. Las aldeas shawnees tomaban su nombre de la división dominante de la localidad y las divisiones a veces tenían relaciones separadas con otras tribus. Las divisiones reciben diversos nombres. A continuación, enumeraremos las cinco divisiones, su denominación más común, y sus prerrogativas tradicionales:

Chillicothes (chalahgawtha): una de las dos divisiones principales. Junto a los thawekila, dirigían los asuntos políticos. Por lo general proporcionaban los jefes tribales principales.

Thawekilas (thawegila): la segunda de las dos divisiones principales.

Mekoches (Maykujay): proporcionaban sanadores. Se cuidaban de la medicina y de la salud de la tribu.

Pekowis (peckuwe, pequa): se encargaban de cuestiones religiosas y rituales.

Kispokos (kispugo): responsables de los preparativos y del entrenamiento para la guerra. Proporcionaban caudillos guerreros.

Cheroquis: pueblo de los bosques del sudeste del grupo de lenguas iroquesas. Antes de contactar con los colonos ingleses, los cheroquis se concentraban en lo que hoy sería el sudoeste de Carolina del Norte, el oeste de Carolina del Sur, Tennessee oriental y Georgia nororiental.

Chickamaugas: grupo de cheroquis que se separó de la gran nación cheroqui durante la Revolución estadounidense y se estableció en el curso del río Tennessee cerca de la actual Chattanooga. Los chickamaugas fueron los últimos cheroquis que se sometieron a la autoridad estadounidense.

Chickasaws: pueblo de los bosques del sudeste del grupo de lenguas muskogean. El hogar ancestral de los chickasaws incluía el norte de Misisipi y parte de la actual Kentucky sudoccidental, Tennessee occidental y Alabama del noroeste.

Choctaws: pueblo de los bosques del sudeste del grupo de lenguas muskogean. El hogar ancestral de los choctaws incluía lo que hoy sería el sur de Misisipi y parte del sudoeste de Alabama.

Creek: eran la más grande de las naciones de los bosques del sudeste. Ocupaban la mayor parte de la moderna Alabama y Georgia occidental. Los creek eran, de forma predominante, un pueblo de habla muskogee pero también incluían restos de tribus aliadas que hablaban otras lenguas. Fueron los británicos quienes les dieron el nombre colectivo de creek, nombre que deriva de un grupo de muskogees que residían cerca de los primeros asentamientos blancos en Georgia. Los que vivían en el curso del río Chattahoochee pasaron a ser llamados creek de abajo; los otros fueron denominados creek de arriba, porque sus aldeas estaban más alejadas de la senda comercial británica que partía de la costa atlántica.

Delaware (Lenni Lenape): pueblo de habla algonquina que residía en un principio en la moderna Nueva Jersey, Pensilvania oriental y el curso inferior del valle del río Hudson. Al igual que los shawnees, en el siglo XVIII emigraron al territorio del Ohio. Los shawnees denominaban a los delawares sus «abuelos». Los idiomas shawnee y delaware eran lo bastante similares entre sí como para hablar de forma coloquial. Para cuestiones complejas o consejos formales eran necesarios los intérpretes.

Hurones (*vid.* también *wyandot*): los hurones, antigua confederación de habla iroquesa formada por varias tribus que se hacían llamar los wendat, tenían sus tierras ancestrales en el sur de Ontario. A mediados del siglo XVII, los hurones fueron diezmados por las epidemias y dispersados por los iroqueses.

Iroqueses o seis naciones: en ocasiones enemigos de los shawnees, los iroqueses pertenecían al grupo de lenguajes iroqueses y se hacían llamar los haudenosaunee. Los shawnees llamaban a los iroqueses sus «primos». La confederación iroquesa se extendía por el norte del estado de Nueva York y se componía de las tribus de los mohawk, oneidas, onandagas, cayugas, senecas y tuscaroras.

Kickapoos: pueblo de habla algonquina situada entre los ríos Wabash e Illinois, en lo que hoy sería el extremo occidental de Indiana y el centro de Illinois. Los shawnees les llamaban sus «hermanos mayores».

Menominis: pueblo de lengua algonquina cuyo hogar ancestral se hallaba a lo largo de Green Bay, en lo que hoy sería Wisconsin nororiental. La cultura menomini era muy similar a la de los ojiwbas; su lenguaje guardaba una estrecha afinidad con los de las tribus fox y kickapoo.

Miamis: pueblo de habla algonquina situado en el valle del río Wabash de Indiana. También afirmaban que su hogar ancestral era el valle del río Ohio. Los shawnees se referían a ellos como sus «hermanos pequeños». Las lenguas shawnee y miami eran lo bastante similares entre sí como para hablar de forma coloquial. Para cuestiones complejas o consejos formales eran necesarios los intérpretes.

Mingos: pequeña banda iroquesa compuesta principalmente de indios senecas y cayugas que se establecieron en el siglo XVIII en el territorio del Ohio y que establecieron una estrecha relación con los shawnees.

Munsees: subtribu o división de los delawares, a menudo denominados la tribu lobo de la nación delaware. Tenían reputación de ser el pueblo delaware más belicoso.

Nanticokes: pueblo de lengua algonquina que emigró de la bahía de Chesapeake y el sur de Delaware a mediados del siglo XVIII. Algunos acabaron por establecerse en Ohio cerca de los delawares y los shawnees.

Ojibwas (chippewas): pueblo de habla algonquina nativo de la región de los Grandes Lagos. La mayoría de sus aldeas se concentraba en Ontario y Míchigan. Junto a los potawatomis y los ottawas constituían la Confederación de los Tres Fuegos. Los shawnees no solían poder comunicarse con ninguna de las tribus de los Tres Fuegos sin ayuda de intérpretes. Los shawnees denominaban a los ojibwas sus «hermanos más pequeños».

Ottawas: pueblo de habla algonquina que residía principalmente en

Míchigan. Junto a los potawatomis y los ojibwas, constituían la Confederación de los Tres Fuegos. Los shawnees les llamaban «hermanos pequeños».

Piankeshaws: pueblo de habla algonquina, eran miembros de la nación miami pero vivían separados de los miamis en la actual Indiana central y meridional y en Illinois sudoriental. Los piankeshaws tenían un estrecho vínculo con los weas y, a veces, compartían las mismas aldeas.

Potawatomi: pueblo de lengua algonquina que ocupaba un amplio arco de tierra a orillas del lago Míchigan que iría desde lo que hoy es Míchigan del sur, pasando por Illinois del nordeste hasta alcanzar el este de Wisconsin. Los potawatomis eran considerados los «hermanos menores» de la Confederación de los Tres Fuegos (potawatomis, ojibwas y ottawas). Los shawnees les llamaban sus «hermanos más pequeños».

Sauk (Sacs) y foxes (meskwakis): los sauk y los foxes eran pueblos de lengua algonquina que se confederaron a inicios del siglo XVIII y residían en el curso alto del Misisipi en lo que hoy sería el noroeste de Illinois y el oeste de Wisconsin. Los shawnees llamaban a los sauk «hermanos más pequeños» y a los foxes sus «hermanos segundos».

Weas: pueblo de habla algonquina, los weas eran miembros de la nación miami, aunque vivían separados de estos. En el Tratado de Greenville (1795), los Estados Unidos trataron a los weas como una tribu independiente. Los weas habitaban buena parte de lo que hoy sería Indiana occidental y estaban estrechamente vinculados a los piankeshaws.

Winnebagos (Ho-chunk): pueblo de lengua siouan que habitaba buena parte de la actual Wisconsin central.

Wyandot: banda de hurones que emigraron al sur de Míchigan y al norte de Ohio después de que los iroqueses destruyeran la Confederación Hurón. Los shawnees les llamaban «hermanos mayores» o «tíos».

BIBLIOGRAFÍA

ABREVIATURAS

AC: Edward E. Ayer Collection
ASP-IA [United States]: *American State Papers: Indian Affairs*
BHC: Bentley Historical Collection
DC: Lyman C. Draper Collection
DCFF: Daniel Claus Family and Fonds
DPL: Detroit Public Library
DRIC: Cruikshank, E. A. (ed.), 1912: *Documents Relating to the Invasion of Canada and the Surrender of Detroit 1812*, Ottawa, Government Printing Bureau.
FMNHS: Fort Malden National Historic Site, Amherstburg, Canada
I: Indiana Historical Society (Indianapolis)
IU: Indiana University (Bloomington)
LC: Library of Congress (Washington D. C.)
LCSIB: Tupper, F. B., 1847: *The Life and Correspondence of Major-General Sir Isaac Brock, K. B.*, London, Simpkin, Marshall & Co.
MHS: Missouri Historical Society (St. Louis)
MLWHH: Esarey, L. (ed.), 1922: *Messages and Letters of William Henry Harrison*, 2 vols., Indianapolis, Indiana Historical Commission.
MPHC: Michigan Pioneer Historical Society, *Michigan Historical Collections*, Lansing, Wynkoop, Hallenbeck, Crawford, 1874-1916.
NA: National Archives and Records Administration (Washington D. C.)
NAC: National Archives of Canada (Toronto)
NL: Newberry Library (Chicago)
OHC: Ohio History Center (Columbus)
PCM: Court-Martial of Maj. Gen. Henry Procter
SBD: Wood, W. (ed.), 1923-1928: *Select British Documents of the Canadian War of 1812*, 3 vols., Toronto, Champlain Society.

TCHA: Tippecanoe County Historical Association (Indiana)
UM: University of Michigan (Ann Arbor)
WHS: Wisconsin Historical Society (Madison)
WRHS: Western Reserve Historical Society (Cleveland)

FUENTES PRIMARIAS

Butterfield, C. W., 1873: *An Historical Account of the Expedition against Sandusky Under Col. William Crawford in 1782*. Cincinnati, Robert Clarke & Co.

Butterfield, C. W., 1877: *The Washington-Crawford Letters: Being the Correspondence Between George Washington and William Crawford, from 1767 to 1781, Concerning Western Lands.* Cincinnati, Robert Clarke & Co.

Harvey, H., 1855: *History of the Shawnee Indians, from the Year 1681 to 1854 Inclusive*, Cincinnati, Ephraim Morgan & Sons.

Hatch, W. S., 1872: *A Chapter of the History of the War of 1812 in the Northwest*, Cincinnati, Miami.

Hazard, S., 1853: *Pennsylvania Archives. Selected and Arranged from Original Documents in the Offices of the Secretary of the Commonwealth, Conformably to Acts of the General Assembly, February 15, 1851, and March 1, 1852* (12 vols.), Philadelphia, Joseph Severns & Co.

James, W., 1818: *A Full and Correct Account of the Military Occurrences of the Late War between Great Britain and the United States of America*, 2 vols., London, autoeditado.

Jefferson, T., 1853: *Notes of the State of Virginia, a New Edition*, Richmond, J. W. Randolph.

McKenney, T. L. y Hall, J., 1836-1844: *History of the Indian Tribes of North America, with Biographical Sketches and Anecdotes of the Principal Chiefs*, 3 vols., Philadelphia, D. Rice.

Schoolcraft, H. R., 1839: *Algic Researches, Comprising Inquiries Respecting the Mental Characteristics of the North American Indians*, 2 vols., New York, Harper & Brothers.

FUENTES SECUNDARIAS

Adams, H., 1999: *The War of 1812*, New York, Cooper Square Press.

Alford, T. W., 1936 (reimpr. 1979): *Civilization and the Story of the Absentee Shawnees*, Norman, University of Oklahoma Press.

American State Papers, Documents, Legislative and Executive, of the Congress of the United States, 38 vols. Washington, D. C., Gales

& Seaton, 1832-1861.
An Historical Account of the Expedition against the Ohio Indians in the Year MDCCLXIV, under the Command of Henry Bouquet, Esq. Dublin, Eire, John Millikin, 1769.
Antal, S., 1997: *A Wampum Denied: Procter's War of 1812*, Ottawa, Carleton University Press.
A True History of the Massacre of Ninety-six Christian Indians at Gnadenhutten, Ohio, March 8, 1782. New Philadelphia, Lutheran Standard Office, 1844.
Badger, J., 1851: *A Memoir of Rev. Joseph Badger*, Hudson, Ohio, Sawyer, Ingersoll & Co.
Banta, R. E., 1949: *The Ohio*, New York, Rinehart & Co.
Beard, R., 1889: *The Battle of Tippecanoe. Lives of the Prophet and Tecumseh. The Campaign of 1888*, Chicago, Donohue and Henneberry.
Beckwith, H. W. (ed.), 1879: *The Fort-Wayne Manuscript: An Old Writing (Lately Found) Containing Indian Speeches and a Treatise on the Western Tribes*, Chicago, Fergus.
Beckwith, H. W., 1884: *The Illinois and Indiana Indians*, Chicago, Fergus.
[Halcón Negro]. *Autobiography of Ma-Ka-Tai-Me-She-Kia-Kiak, or Black Hawk*, Oquawka, Ill., J. B. Patterson, 1882 (reimpr. 1916).
Blackbird, A. J., 1887: *History of the Ottawa and Chippewa Indians of Michigan*, Ypsilanti, Mich., Job Printing House.
Blair, E. H. (ed.), 1912: *The Indian Tribes of the Upper Mississippi Valley and Region of the Great Lakes*, 2 vols., Cleveland, Arthur H. Clark Co.
Blanchard, R., 1881: *Discovery and Conquests of the North-West, with the History of Chicago*, Wheaton, Ill., R. Blanchard & Co.
Bottiger, P., 2016: *The Borderland of Fear: Vincennes, Prophetstown, and the Invasion of the Miami Homeland*, Lincoln, University of Nebraska Press.
Brice, W. A., 1868: *History of Fort Wayne*, Fort Wayne, D. W. Jones & Son.
Brown, R. C., 1883: *The History of Madison County, Ohio*, Chicago, W. H. Beers.
Brown, S. R., 1814: *Views of the Campaigns of the North-Western Army*, Troy, N. Y., Francis Adancourt.
Brunson, A., 1872: *A Western Pioneer: Or, Incidents of the Life and Times of Rev. Alfred Brunson*, 2 vols., Cincinnati, Hitchcock & Walden.

Brymner, D. (ed.), 1897: *Report on Canadian Archives 1896*, Ottawa, S. E. Dawson.
Burnham, R., 2000: *Great Comets*, Cambridge, United Kingdom, Cambridge University Press.
Burton, A., 1912: *Journal of Pontiac's Conspiracy*, Detroit, Michigan Society of the Colonial Wars.
Byfield, S., 1840 (reimpr. 1910): *A Narrative of a Light Company Soldier's Service in the Forty-First Regiment of Foot (1807-1814)*, Bradford, United Kingdom, John Bubb.
Calloway, C. G., 1986: *Crown and Calumet: British-Indian Relations, 1783-1815*, Norman, University of Oklahoma Press.
Calloway, C. G., 2007: *The Shawnees and the War for America*, New York, Penguin.
Calloway, C. G., 2015: *The Victory with No Name: The Native American Defeat of the First American Army*, Oxford, Oxford University Press.
Calloway, C. G., 2018: *The Indian World of George Washington*, New York, Oxford University Press.
Carter, C. E. (ed.), 1934-1975: *The Territorial Papers of the United States*, 28 vols., Washington D. C., Government Printing Office.
Carter, H. L., 1987: *The Life and Times of Little Turtle, First Sagamore of the Wabash*, Urbana, University of Illinois Press.
Casselman, A. C., 1902: *Richardson's War of 1812*, Toronto, Historical Publishing Co.
Catlin, G., 1844: *Letters and Notes on the Manner, Customs, and Conditions of the North American Indians*, 2 vols., New York, Wiley & Putnam.
Catlin, G. B., 1926: *The Story of Detroit*, Detroit, Detroit News.
Caughey, J. W., 1938: *McGillivray of the Creeks*, Norman, University of Oklahoma Press.
Cave, A. A., 2006: *Prophets of the Great Spirit: Native American Revitalization Movements in Eastern North America*, Lincoln, University of Nebraska Press.
Cayton, A. R. I., 1978: *Frontier Indiana*, Bloomington, Indiana University Press.
Claiborne, J. F. H., 1880: *Mississippi, as a Province, Territory and State*, 2 vols., Jackson, Miss., Power & Barksdale.
Clanin, D. E. (ed.), 1993: *The Papers of William Henry Harrison, 1800-1815*, Indianapolis, Indiana Historical Society [microfilm.]
Clarke, P. D., 1870: *Origin and Traditional History of the Wyandotts, and Sketches of Other Indian Tribes of North America. True*

Traditional Stories of Tecumseh and His League in the Years 1811 and 1812, Toronto, Hunter, Rose.

Cleaves, F., 1937: *Old Tippecanoe: William Henry Harrison and His Time*, New York, Charles Scribner's Sons.

Coffin, W. F., 1864: *1812: The War, and Its Moral: A Canadian Chronicle*, Montreal, John Lovell.

Collins, L. y Collins, R. H., 1878: *History of Kentucky*, 2 vols., Covington, Ky., Collins & Co.

Combs, L., 1855: *Narrative of the Life of General Leslie Combs*, Washington, D. C., J. T. & Lem Towers.

Combs, L., 1869: *Col. Wm. Dudley's Defeat Opposite Fort Meigs, May 5th, 1813. Official Reports from Captain Leslie Combs to General Green Clay*, Cincinnati, Spiller & Gates.

Coyne, J. H., 1909: *The Talbot Papers*, Ottawa, Transactions of the Royal Society of Canada.

Cruikshank, E. A., 1893: *The Battle of Lundy's Lane, 25th July 1814*, Welland, Ont., Tribune Office.

Cruikshank, E. A. (ed.), 1931: *The Correspondence of Lieut. Governor John Graves Simcoe*, 5 vols., Toronto, Ontario Historical Society.

Cruikshank, E. A., 1905: *The Documentary History of the Campaign upon the Niagara Frontier in the Year 1813*. Part 3, *August to October 1813*, Welland, Ontario, Tribune Office.

Dalliba, J., 1816: *A Narrative of the Battle of Brownstown*, New York, David Longworth.

Darnell, E., 1854: *A Journal Containing an Accurate and Interesting Account of the Hardships, Sufferings, Battles, Defeat, and Captivity of Those Heroic Kentucky Volunteers and Regulars Commanded by General Winchester in the Years, 1812-1813*, Philadelphia, Lippincott, Grambo & Co.

Dawson, M., 1824: *Historical Narrative of the Civil and Military Services of Major-General William H. Harrison*, Cincinnati, M. Dawson.

Defence of Major General Proctor [*sic*]*, Tried at Montreal by a General Court Martial, Upon Charges Affecting His Character as a Soldier*, Montreal, John Lovell, 1842.

Denny, E., 1859: *Military Journal of Major Ebenezer Denny, an Officer in the Revolutionary and Indian Wars*, Philadelphia, J. B. Lippincott & Co.

Doddridge, J., 1912: *Notes on the Settlement and Indian Wars*, Pittsburgh, s. l.

Douglas, R. A., 2001: *Uppermost Canada: The Western District and the*

Detroit Frontier, 1800-1850, Detroit, Wayne State University Press.
Dowd, G. E., 1992: *A Spirited Resistance: The North American Indian Struggle for Unity, 1745-1815*, Baltimore, Md., Johns Hopkins University Press.
Downes, R. C., 1977: *Council Fires on the Upper Ohio*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press.
Drake, B., 1856: *Life of Tecumseh and of his Brother the Prophet; with a Historical Sketch of the Shawanoe Indians*, Cincinnati, R. M. Rullison.
Drake, S. G., 1860: *The Aboriginal Races of North America*, Philadelphia, Charles Desilver.
Eckert, A. W., 1992: *A Sorrow in Our Heart: The Life of Tecumseh*, New York, Bantam.
Edgar, M., 1904: *The Makers of Canada, General Brock*, Toronto, Morang & Co.
Edgar, M., 1890: *Ten Years of Upper Canada in Peace and War, 1805-1815; being the Ridout Letters with Annotations*, Toronto, William Briggs.
Edmunds, R. D., 1978: *The Potawatomis: Keepers of the Fire*, Norman, University of Oklahoma Press.
Edmunds, R. D., 1983: *The Shawnee Prophet*, Lincoln, University of Nebraska Press.
Edmunds, R. D., 1984: *Tecumseh and the Quest for Indian Leadership*, New York, Harper Collins.
Edwards, J., 1989: *The Life and Diary of David Brainerd*, Michigan, Baker Publishing Group.
Edwards, N. W., 1870: *History of Illinois, from 1778 to 1833; and Life and Times of Ninian Edwards*, Springfield, Illinois State Journal Co.
Ellet, E. F., 1856: *Pioneer Women of the West*, New York, Charles Scribner.
Esarey, L. (ed.), 1922: *Messages and Letters of William Henry Harrison*, 2 vols., Indianapolis, Indiana Historical Commission.
Fairfield, G. M., 1900: *Journal of an American Prisoner at Fort Malden and Quebec in the War of 1812*, Quebec, Frank Carrel.
Faragher, J. M., 1992: *Daniel Boone: The Life and Legend of an American Pioneer*, New York, Henry Holt.
Farmer, S., 1884: *The History of Detroit and Michigan, or the Metropolis Illustrated*, Detroit, Silas Farmer & Co.
Finley, J. B., 1853: *Autobiography of Rev. James B. Finley, or, Pioneer Life in the West*, Cincinnati, Cranston & Curtis.

Flick, A. C., *et al.* (eds.), 1921-1965: *The Papers of Sir William Johnson* (14 vols.), Albany, State University of New York Press.
Forbes, J., 1814: *Report of the Trial of Brigadier General William Hull; Commanding the Northwestern Army of the United States*, New York, Eastburn, Kirk, & Co.
Galloway, W. A., 1934 (reimpr. 1990): *Old Chillicothe: Shawnee and Pioneer History*, Xenia, Ohio, Buckeye Press.
Gilbert, B., 1989: «*God Gave Us This Country»: Tekamthi and the First American Civil War*, New York, Athenaeum.
Gilpin, A. R., 1958: *The War of 1812 in the Old Northwest*, East Lansing, Michigan State University Press.
Gipson, L. H. (ed.), 1938: *The Moravian Indian Mission on White River, Diaries and Letters, May 5, 1799, to November 12, 1806*, Indianapolis, Indiana Historical Bureau.
Greene, E. B., 1932: *American Population before the Federal Census of 1790*, New York, Columbia University Press.
Gunn, R. L., 2015: *Ethnology and Empire: Languages, Literature, and the Making of North American Borderlands*, New York, New York University Press.
Halbert, H. S. y Ball, T. H., 1895: *The Creek War of 1813 and 1814*, Chicago, Donohue & Henneberry.
Hamilton, E. P. (ed.), 1990: *Adventures in the Wilderness: The American Journals of Antoine de Bougainville*, Norman, University of Oklahoma Press.
Hamilton, H., 1941: *Zachary Taylor: Soldier of the Republic*, Indianapolis, Bobbs-Merrill.
Hammon, N. O., 1999: *My Father, Daniel Boone: The Draper Interviews with Nathan Boone*, Lexington, University of Kentucky Press.
Hanna, C. A., 1911: *The Wilderness Trail*, 2 vols., New York, G. P. Putnam's Sons.
Heath, W., 2015: *William Wells and the Struggle for the Old Northwest*, Norman, University of Oklahoma Press.
Heckewelder, J., 1819: *An Account of the History, Manners, and Customs of the Indian Nations Who Once Inhabited Pennsylvania and the Neighbouring States*, Philadelphia, Abraham Small.
Heckewelder, J., 1820: *A Narrative of the Mission of the United Brethren among the Delaware and Mohegan Indians*, Philadelphia, M'Carty & Davis.
Hickey, D. R., 1990 (reimpr. 2012): *The War of 1812: A Forgotten Conflict*, Champaign, University of Illinois Press.
Hildreth, S. P., 1848: *Pioneer History: Being an Account of the First*

Examinations of the Ohio Valley, and the Early Settlement of the Northwest, Cincinnati, H. W. Derby & Co.

Hill, L. U., 1957: *John Johnston and the Indians in the Land of the Three Miamis*, Piqua, Ohio, Stoneman Press.

Hodgson, A., 1824: *Letters from North America*, 2 vols., London, Hurst, Robinson.

Hogeland, W., 2017: *Autumn of the Black Snake: The Creation of the U. S. Army and the Invasion That Opened the West*, New York, Farrar, Straus, & Giroux.

Hopkins, G. T. A., 1862: *Mission to the Indians, from the Indian Committee of Baltimore Yearly Meeting, to Fort Wayne, in 1804*, Philadelphia, T. Ellwood Zell.

Hopkins, T. M., 1866: *Reminiscences of Col. John Ketcham, of Monroe County Indiana, by his Pastor, Rev. T. M. Hopkins of Bloomington, Indiana*. Bloomington, Whitaker & Walker.

Horsman, R., 1964: *Mathew Elliott, British Indian Agent*, Detroit, Wayne State University Press.

Horsman, R., 1967 (reimpr. 1992): *Expansion and American Indian Policy 1783-1812*, East Lansing, Michigan State University Press.

Horsman, R., 1970: *The Frontier in the Formative Years, 1783-1815*, New York, Holt, Rinehart, & Winston.

Houck, L., 1909: *The Spanish Regime in Missouri*, 2 vols., Chicago, R. R. Donnelley & Sons.

Hover, J. C. (ed.), 1919: *Memoirs of the Miami Valley*, 3 vols., Chicago, Robert O. Law.

Howard, J. H., 1981: *Shawnee! The Ceremonialism of a Native American Tribe and Its Cultural Background*, Athens, Ohio University Press.

Howe, H., 1891: *Historical Collections of Ohio, and Encyclopedia of the State*, 3 vols., Columbus, Ohio, Henry Howe & Son.

Howland, E., 1930: *Life, Letters, and Papers of William Dunbar*, Jackson, Mississippi Historical Society Press.

Hudson, C., 1976: *The Southeastern Indians*, Knoxville, University of Tennessee Press.

Hulbert, A. B., 1906: *The Ohio River: A Course of Empire*, New York, Knickerbocker Press.

Hunter, J. D., 1824: *Memoirs of a Captivity Among the Indians of North America*, London, Longman, Hurst, Bees, Orme, Brown, & Greene.

Hurt, R. D., 1997: *The Ohio Frontier: Crucible of the Old Northwest, 1720-1830*, Bloomington, Indiana University Press.

Incidents of Border Life, Lancaster, Pa., G. Hills, 1841.
Jahns, P., 1962: *The Violent Years: Simon Kenton and the Ohio-Kentucky Frontier*, New York, Hastings House.
James, J. A. (ed.), 1912: *George Rogers Clark Papers, 1771-1781, Virginia Series*, Springfield, Illinois State Historical Library.
Johnston, J., 1915: *Recollections of Sixty Years*, s. l.
Jones, D. A., 1774: *A Journal of Two Visits Made to Some Nations of Indians on the West Side of the River Ohio in the Years 1772 and 1773*, Burlington, Vt., Isaac Collins.
[Jones, Peter.] *Journal of the Proceedings, Indian Treaty, Fort Wayne, September 30th, 1809*, Connersville, Ind., s. l., 1910.
Jortner, A., 2012: *The Gods of Prophetstown: The Battle of Tippecanoe and the Holy War for the American Frontier*, New York, Oxford University Press.
Josephy, A. M., 1993: *The Patriot Chiefs: A Chronicle of American Indian Resistance*, Penguin Books.
Keating, W. H., 1824: *Narrative of an Expedition to the Source of St. Peter's River*, 2 vols., Philadelphia, H. C. Carey & I. Lea.
Kenton, E., 1930: *Simon Kenton, His Life and Period 1755-1836*, New York, Doubleday, Doran & Co.
Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939: *Shawnese Traditions, C. C. Trowbridge's Account. Occasional Contributions from the Museum of Anthropology of the University of Michigan, N.º 9*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
Kinnan, M. L., 1795: *A True Narrative of the Sufferings of Mary Kinnan, who was Taken Prisoner by the Shawanee Nation of Indians*, Elizabethtown, N. J., Shepard Kollock.
Klinck, C. F. (ed.), 1961: *Tecumseh: Fact and Fiction in Early Records, a Book of Primary Source Materials*, Englewood Cliffs, N. J., Prentice-Hall.
Klinck, C. F. y Talman, J. J. (eds.), 1970: *The Journal of Major John Norton 1816*, Toronto, Champlain Society.
Knapp, H. S., 1872: *History of the Maumee Valley*, Toledo, Slade Mammoth.
Knapp, S. L., 1829: *Lectures on American Literature, with Remarks on Some Passages of American History*, New York, Elam Bliss.
Knopf, R. C. (ed.), 1959: *Document Transcriptions of the War of 1812 in the Northwest*, vol. VI: *Letters to the Secretary of War 1812, Relating to the War of 1812 in the Northwest*, Columbus, Ohio Historical Society.
Kuron, F. E., 2011: «*Thus Fell Tecumseh*», s. l., Kuron.
Lakomäki, S., 2014: *Gathering Together: The Shawnee People though*

Diaspora and Nationhood, 1600-1870, New Haven, Conn., Yale University Press.
Landmann, G. T., 1852: *Adventures and Recollections of Colonel Landmann*, 2 vols., London, Colburn.
Langguth, A. J., 2006: *Union 1812*, New York, Simon & Schuster.
Law, J., 1858: *The Colonial History of Vincennes under the French, British and American Governments*, Vincennes, Ind., Harvey, Mason & Co.
Laxer, J., 2012: *Tecumseh and Brock: The War of 1812*, Toronto, Anansi.
Lewis, V. A., 1909: *History of the Battle of Point Pleasant*, Charleston, W. V., Tribune.
Lincecum, G., 2004: *Pushmataha: A Choctaw Leader and His People*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.
Lindley, H. (ed.), 1944: *Captain Cushing in the War of 1812*, Columbus, Ohio State Archaeological and Historical Society.
Lomax, D. A. N., 1899: *A History of the Services of the 41st (the Welch) Regiment*, Davenport, U. K., Hiorns & Miller.
Lossing, B. J., 1869: *The Pictorial Field-Book of the War of 1812*, New York, Harper & Brothers.
Lossing, B. J. (ed.), 1872: *The American Historical Record, and Repertory of Notes and Queries*, 3 vols., Philadelphia, Chase & Town.
Lossing, B. J., 1875: *Hull's Surrender of Detroit*, Philadelphia, John E. Potter.
Loudon, A., 1808: *A Selection, of Some of the Most Interesting Narratives, of the Outrages, Committed by the Indians, in Their Wars, with the White People*, 2 vols., Carlisle, Pa., A. Loudon.
MacLean, J. P., 1907: *Shakers of Ohio: Fugitive Papers Concerning the Shakers of Ohio, with Unpublished Manuscripts*, Columbus, Ohio, F. J. Heer.
Manning, W. R. (ed.), 1940: *Diplomatic Correspondence of the United States: Canadian Relations, 1784-1860*, 2 vols., Washington D. C., Carnegie Endowment for International Peace.
Marszalek, J. F., 1992: *Sherman: A Soldier's Passion for Order*, New York, Free Press.
Martin, R. M., 1836: *History of Upper and Lower Canada*, London, John Mortimer.
Mason, P. P. (ed.), 1963: *After Tippecanoe: Some Aspects of the War of 1812*, East Lansing, Michigan State University Press.
Matson, N., 1878: *Memories of Saubena*, Chicago, D. B. Cooke.
McAfee, R. B., 1816 (reimpr. 1919): *History of the Late War in the*

Western Country, Lexington, Ky., Worsley & Smith.
McClung, J. A., 1872: *Sketches of Western Adventure*, Covington, Ky., Richard H. Collins.
McClure, D., 1899: *Diary of David McClure, Doctor of Divinity, 1748-1820*, New York, Knickerbocker Press.
McCoy, I., 1840: *History of Baptist Indian Missions*, New York, H. & S. Raynor.
McDonald, J., 1852: *Biographical Sketches of General Nathaniel Massie, General Duncan McArthur, Captain William Wells, and General Simon Kenton, who were Early Settlers in the Western Country*, Dayton, Ohio, D. Osborn & Son.
McNemar, R., 1846: *The Kentucky Revival; or, a Short History of the Late Extraordinary Outpouring of the Spirit of God in the Western States of America*, New York, Edward O. Jenkins.
McRae, S. (ed.), 1875-1896: *Calendar of Virginia State Papers and Other Manuscripts*, 11 vols., Richmond, A. R. Micou.
Metcalf, S. L., 1821: *A Collection of Some of the Most Interesting Narratives of Indian Warfare in the West, Containing an Account of the Adventures of Colonel Daniel Boone*, Lexington, Ky., William G. Hunt.
Michigan Pioneer and Historical Society Historical Collections, 40 vols., Lansing, Mich., [variditorsres], 1877-1929.
Minutes of Debates in Council on the Banks of the Ottawa River, November 1791, Philadelphia, William Young, 1792.
Monnette, J. W., 1846: *History of the Discovery and Settlement of the Valley of the Mississippi*, 2 vols., New York, Harper & Brothers.
Mooney, J., 1896: *The Ghost Dance Religion and the Sioux Outbreak of 1890. Fourteenth Annual Report of the Bureau of Ethnology to the Secretary of the Smithsonian Institution 1892-1893*, Part 2, Washington D. C., Government Printing Office.
Nelson, L. L., 1985: *Men of Patriotism, Courage, and Enterprise! Fort Meigs in the War of 1812*, Bowie, Md., Heritage Books.
Nelson, L. L. (ed.), 2002: *A History of Jonathan Alder: His Captivity and Life with the Indians*, Akron, Ohio, University of Akron Press.
Niles, W. O., 1840: *The Tippecanoe Text-Book, Compiled from Niles' Register and Other Authentic Sources*, Baltimore, Hogan & Thompson.
Noe, R., 2011: *The Shawnee Indians: An Annotated Bibliography*, Lanham, Md., Scarecrow Press.
Oberg, B. B. y Looney, J. J. (eds.), 2008: *The Papers of Thomas Jefferson. Digital Edition*, Charlottesville, University of Virginia

Press.
Ogg, F. A., 1921: *The Old Northwest: A Chronicle of the Ohio Valley and Beyond*, New Haven, Conn., Yale University Press.
O'Kenney, T. L., 1846: *Memoirs, Official and Personal; Sketches of Travels among the Northern and Indians*, 2 vols, New York, Paine & Burgess.
Oskison, J. M., 1938: *Tecumseh and His Times*, New York, G. P. Putnam's.
Owens, R. M., 2007: *Mr. Jefferson's Hammer: William Henry Harrison and the Origins of American Indian Policy*, Norman, University of Oklahoma Press.
Pickett, A. J., 1851: *History of Alabama, and Incidentally of Georgia and Mississippi*, 2 vols., Charleston, S. C., Walker & James.
Pouchot, P., 1866: *Memoir upon the Late War in North America between the French and English, 1755-1760*, 2 vols., Roxbury, Mass., W. E. Woodward.
Pound, M. B., 1951: *Benjamin Hawkins-Indian Agent*, Athens, University of Georgia Press.
Primm, J. N., 1998: *Lion of the Valley: St. Louis, Missouri, 1764-1980*, St. Louis, Missouri Historical Society Press.
[Procter, George]. *Tales of Chivalry and Romance*, Edinburgh, James Robertson, 1826.
[Procter, G. y Procter, H.]. *The Lucubrations of Humphrey Ravelin, Esq*., London, G. & W. B. Whitaker, 1823.
Prucha, F. P., 1984: *The Great Father: The United States Government and the American Indian*, Lincoln, University of Nebraska Press.
Quaife, M. M., 1913: *Chicago and the Old Northwest, 1673-1835*, Chicago, University of Chicago Press.
Quaife, M. M. (ed.), 1917: *The Indian Captivity of O. M. Spencer*, Chicago, Lakeside Press.
Quaife, M. M., 1931: *The John Askin Papers*, 2 vols., Detroit, Detroit Library Commission.
Quaife, M. M., 1940: *War on the Detroit: The Chronicles of Thomas Vercheres de Boucherville and the Capitulation of an Ohio Volunteer*, Chicago, Lakeside Press.
Ramsey, J. G. M., 1853: *Annals of Tennessee to the End of the Eighteenth Century*, Philadelphia, J. B. Lippincott.
Read, D. N., 1894: *Life and Times of Major-General Sir Isaac Brock, K. B*. Toronto, William Briggs.
Rohrbough, M. J., 2008: *Trans-Appalachian Frontier: People, Societies, and Institutions, 1775-1850*, Bloomington, Indiana University Press.

Ross, R. B. y Catlin, G. B., 1898: *Landmarks of Detroit: A History of the City*, Detroit, Evening News Association.

Rowland, D., 1917: *Official Letter Books of W. C. C. Claiborne, 1801-1816*, 11 vols., Jackson, Miss., State Department of Archives and History.

St.-Denis, G., 2005: *Tecumseh's Bones*, Montreal, McGill-Queen's University Press.

Sass, H. R., 1825: *Travels in the Central Portions of the Mississippi Valley*, New York, Collins & Hanna.

Sass, H. R., 1853-1856: *Information Respecting the History, Condition and Prospects of the Indian Tribes of the United States*, 5 vols., Philadelphia, Lippincott, Grambo.

Sass, H. R., 1940: *Hear Me, My Chiefs*, New York, William Morrow.

[Sewell, S.] *The Letters of Veritas, Re-Published from the Montreal Herald; Containing a Succinct Narrative of the Military Administration of Sir George Prévost*, Montreal, W. Gray, 1815.

Siberell, L. E., 1944: *Tecumseh: His Career, the Man, His Chillicothe Portrait*, Chillicothe, Ohio, Ross County Historical Society.

Skaggs, D. C., 2014: *William Henry Harrison and the Conquest of the Ohio Country: Frontier Fighting in the War of 1812*, Baltimore, Md., Johns Hopkins University Press.

Slocum, C. E., 1905: *History of the Maumee River Basin*, 3 vols., Indianapolis, Bowen & Slocum.

Smith, D., 1796: *A Short Description of the State of Tennessee, Lately Called the Territory of the United States, South of the Ohio River*, Philadelphia, Lang & Ustick.

Smith, J., 1799: *An Account of the Remarkable Occurrences in the Life and Travels of Col. James Smith during His Captivity with the Indians in the Years, 1755, '56, '57, '58, & '59*, Lexington, Ky., John Bradford.

Smith, J., 1812: *A Treatise, on the Mode and Manner of Indian War*, Paris, Ky., Joel R. Lyle.

Smith, W. H., 1882: *The Life and Public Services of Arthur St. Clair*, 2 vols., Cincinnati, Robert Clarke.

Spencer, T. E., 1914: *The Story of Old St. Louis*, Saint Louis.

Stockwell, M., 2014: *The Other Trail of Tears: The Removal of the Ohio Indians*, Yardley, Pa., Westholme.

Stoddard, A., 1812: *Sketches, Historical and Descriptive, of Louisiana*, Philadelphia, Mathew Carey.

Stott, G., 2012: *Greater Evils: The War of 1812 in Southwestern Ontario*, Milton, Ont., autoeditado.

Sugden, J., 1985: *Tecumseh's Last Stand*, Norman, University of

Oklahoma Press.
Sugden, J., 1997: *Tecumseh: A Life*, New York, Henry Holt.
Sugden, J., 2000: *Blue Jacket: Warrior of the Shawnees*, Lincoln, University of Nebraska Press.
Sullivan, J., 1921-1965: *The Papers of Sir William Johnson*, 14 vols., Albany, State of New York University Press.
Sword, W., 1985: *President Washington's Indian War: The Struggle for the Old Northwest, 1790-1795*, Norman, University of Oklahoma Press.
Tanner, J., 1830: *Narrative of the Captivity and Adventures of John Tanner, During Thirty Years Residence among the Indians in the Interior of North America*, New York, G. & C. &. H. Carvill.
Tanner, H. H. (ed.), 1987: *Atlas of Great Lakes Indian History,* Norman, University of Oklahoma Press.
Taylor, A., 2010: *The Civil War of 1812*, New York, Random House.
Thatcher, B. B., 1841: *Indian Biography, or, an Historical Account of Those Individuals Who Have Been Distinguished among the North American Natives*, 2 vols., New York, Harper & Brothers.
Thornbrough, G., 1950: *Journals of the General Assembly of Indian Territory 1805-1815*, Indianapolis, Indiana Historical Bureau.
Thornbrough, G., 1961: *Letter Book of the Indian Agency at Fort Wayne, 1809-1815*, Indianapolis, Indiana Historical Society.
Thornbrough, G., 1957: *Outpost on the Wabash, 1787-1791*, Indianapolis, Indiana Historical Society.
Thornbrough, G. (ed.), 1963: *The Correspondence of John Badollet and Albert Gallatin 1804-1836*, Indianapolis, Indiana Historical Society.
Thwaite, R. G., 1905: *Documentary History of Dunmore's War 1774*, Madison, Wisconsin Historical Society.
Trowbridge, C. C., 1938: *Meearmeear Traditions. Occasional Contributions from the Museum of Anthropology of the University of Michigan, N.º 9*, Ann Arbor, University of Michigan Press.
Tucker, G., 1956: *Tecumseh: Vision of Glory*, Indianapolis, Bobbs-Merrill.
Tupper, F. B., 1835: *Family Records: Containing Memoirs of Major-General Sir Isaac Brock, K. B.* Guernsey, United Kingdom, Stephen Barbet.
Tupper, F. B., 1847: *The Life and Correspondence of Major-General Sir Isaac Brock, K. B*. London, Simpkin, Marshall.
Turpie, D., 1903: *Sketches of My Own Times*, Indianapolis, Bobbs-Merrill.
Van Hoose, W. H., 1984: *Tecumseh, an Indian Moses*, Canton, Ohio,

Daring Books.
Volney, C. F., 1804: *A View of the Soil and Climate of the United States of America*, Philadelphia, J. Conrad.
Walker, A., 1816: *A Journal of Two Campaigns of the Fourth Regiment of U. S. Infantry, in the Michigan and Indiana Territories*, Keene, N. H., autoeditado.
Walker, M. R., 1998: *On to Oregon: The Diaries of Mary Walker and Myra Ells*, Lincoln, University of Nebraska Press.
Wallace, A. F. C., 1970: *The Death and Rebirth of the Seneca*, New York, Knopf.
Wallace, A. F. C., 2001: *Jefferson and the Indians: The Tragic Fate of the First Americans*, Cambridge, Mass., Harvard University Press.
Warren, S., 2005: *The Shawnees and Their Neighbors 1795-1870*, Urbana, University of Illinois Press.
Warren, S., 2014: *The Worlds the Shawnees Made: Migration and Violence in Early America*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
Washington, H. A., 1854: *The Writings of Thomas Jefferson*, 9 vols., Washington, D. C., Taylor & Maury.
Weir, H. T. III, 2016: *A Paradise of Blood: The Creek War of 1813-14*, Yardley, Pa., Westholme.
Wheeler-Voegelin, E., y Stout, D. B., 1974: *Indians of Illinois and Northwestern Indiana*, New York, Garland.
White, R., 1991: *The Middle Ground: Indians, Empires, and Republics in the Great Lakes Region, 1650-1815*, Cambridge, Cambridge University Press.
Williams, G. E., 2017: *Dunmore's War: The Last Conflict of America's Colonial Era*, Yardley, Pa., Westholme.
Williams, S., 1870: *Two Western Campaigns in the War of 1812*, Cincinnati, Robert Clarke.
Winkler, J. F., 2011: *Wabash 1791: St. Clair's Defeat*, New York, Osprey.
Winkler, J. F., 2013: *Fallen Timbers 1794: The U. S. Army's First Victory*, New York, Osprey.
Winkler, J. F., 2014: *Point Pleasant 1774: Prelude to the American Revolution*, New York, Osprey.
Winkler, J. F., 2015: *Tippecanoe 1811: The Prophet's Battle*, New York, Osprey.
Winkler, J. F., 2016: *The Thames 1813: The War of 1812 on the Northwest Frontier*, New York, Osprey.
Withers, A. S., 1895: *Chronicles of Border Warfare. A New Edition*

Edited and Annotated by Reuben Gold Thwaites, Cincinnati, Robert Clarke.
Woehrmann, P., 1971: *At the Headwaters of the Maumee: A History of the Forts of Fort Wayne*, Indianapolis, Indiana Historical Society.
Wood, G. S., 2009: *Empire of Liberty: A History of the Early Republic, 1789-1815*, New York, Oxford University Press.
Wood, W. (ed.), 1923-1928: *Select British Documents of the Canadian War of 1812*, 3 vols., Toronto, Champlain Society.
Woodward, T. S., 1859: *Woodward's Reminiscences of the Creek, or Muscogee Indians*. Montgomery, Barrett & Wimbish.
Wright, R. J. (ed.), 1977: *The John Hunt Memoirs*, Maumee, Ohio, Maumee Valley Historical Association.
Young, W. T., 1852: *Sketch of the Life and Public Services of General Lewis Cass*, Detroit, Markham & Elwood.
Zaslow, M. (ed.), 1964: *The Defended Border: Upper Canada and the War of 1812*, Toronto, Macmillan.

ARTÍCULOS, CONFERENCIAS Y ENSAYOS

93d Anniversary of the Battle of Fort Stephenson. Reinternment of Remains of Major Geo. Croghan, beneath the Monument Erected in His Honor on Fort Stephenson, Fremont, Ohio, Thursday, August 2, 1906. Columbus, Ohio State Archaeological and Historical Society, 1907.
«A Summary Account of the Means Used after the Treaty of Greenville in 1795, to Promote the Civilization of the Indians, in Some Parts of North America», *Belfast Monthly Magazine* 8, n.º 42 (31 de enero de 1812).
Allen, R. S., 1988: «His Majesty's Indian Allies: Native Peoples, the British Crown and the War of 1812», *Michigan Historical Review* 14, n.º 2 (otoño).
Altoff, G. T., 1988: «Oliver Hazard Perry and the Battle of Lake Erie», *Michigan Historical Review* 14, n.º 2 (otoño).
Andrews, E. D., 1972: «The Shaker Mission to the Shawnee Indians», *Winterthur Portfolio* 7.
Arnold, T. S., 1903: «Battle of the Thames and Death of Tecumseh», *The United Empire Loyalists' Association of Ontario: Annual Transactions for the Years Ending March 1901 and March 1902*, Toronto, Graham & Harrap.
Bacon, D., 1944: «An Unsuccessful Mission to the Shawanese, 1802», *Northwest Ohio Quarterly* 16, n.º 1 (enero).

Bald, F. C., 1948: «Colonel John Francis Hamtramck», *Indiana Magazine of History* 44, n.º 4 (diciembre).

Barbarities of the Enemy; Exposed in a Report of the Committee of the House of Representatives of the United States, Appointed to Enquire into the Spirit and Manner in which the War Has Been Waged by the Enemy, Troy, N. Y., Francis Adancourt, 1813.

Barce, E., 1917: «Tecumseh's Confederacy», *Indiana Magazine of History* 13, n.º 1 (marzo).

Barnard, S. K. y Schwartzman, G. M., 1998: «Tecumseh and the Creek Indian War of 1813-1814», *Georgia Historical Quarterly* 82, n.º 3 (otoño).

Barnes, L. (ed.), 1936a: «Journal of Isaac McCoy for the Exploring Expedition of 1828», *Kansas Historical Quarterly* 5, n.º 3 (agosto).

Barnes, L., 1936b: «Journal of Isaac McCoy for the Exploring Expedition of 1830», *Kansas Historical Quarterly* 5, n.º 4 (noviembre).

Barnhart, J. D., 1951: «Letters of William Henry Harrison to Thomas Worthington», *Indiana Magazine of History* 47, n.º 1 (marzo).

Barry, L. (ed.), 1948: «William Clark's Diary, May 1826-February 1831», *Kansas Historical Quarterly* 16 (febrero).

«Battle of Blue Licks», *Register of the Kentucky Historical Society* 47, n.º 160 (julio de 1949).

Beall, W. K., 1912: «Journal of William K. Beall, July-August 1812», *American Historical Review* 17, n.º 4 (julio).

Biddle, J. W., 1903: «Recollections of Green Bay in 1816-17», *Collections of the State Historical Society of Wisconsin* 1, Madison, By the society.

Billington, R. A., 1944: «The Fort Stanwix Treaty of 1768», *New York History*, vol. 25, n.º 2 (abril).

Bird, H., 1815: «The Adventures of Henry Bird», *Analectic Magazine* 6.

Bishop, L., 1907: «The Battle of Monguagon», *Collections of the Pioneer Society of the State of Michigan* 6.

Blount, W., 1896: «Letter on Indian Affairs», *American Historical Magazine* 2.

Bontrager, S., 2012: «"From a Nation of Drunkards, We Have Become a Sober People": The Wyandot Experience in the Ohio Valley during the Early Republic», *Journal of the Early Republic* 32, n.º 4 (invierno).

Bottiger, P., 2011: «Stabbed in the Back: Vincennes, Slavery, and the Indian "Threat"», *Indiana Magazine of History* 107 (junio).

Bottiger, P., 2013: «Prophetstown for Their Own Purposes: The French, Miamis, and Cultural Identities in the Wabash-Maumee Valley», *Journal of the Early Republic* 33, n.º 1 (primavera).

«Bowman's Campaign of 1779», *Ohio Archaeological and Historical Quarterly* 22, n.º 4 (octubre de 1913).

«Bowman's Expedition against Chillicothe, May-June 1779», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 19, 1910.

Brady, A. W., 1919-1920: «The Moravian Mission in Indiana», *Proceedings of the Mississippi Valley Historical Association* 10, pt. 2.

Brickell, J., 1842: «Narrative of John Brickell's Captivity among the Delaware Indians», *American Pioneer* 1, n.º 2 (febrero).

Brown, P. B., 1982: «The Fate of Crawford Volunteers Captured by Indians Following the Battle of Sandusky in 1782», *Western Pennsylvania Historical Magazine* 65, n.º 4 (octubre).

Brown, W. D., 1999: «Delayed Response: Col. John Bowman and the Kentucky Expedition of 1777», *Register of the Kentucky Historical Society* 97, n.º 2 (primavera).

Brunson, A., 1906: «Death of Tecumseh», *Collections of the State Historical Society of Wisconsin* 4.

Buff, R., 1995: «Tecumseh and Tenskwatawa: Myth, Historiography and Popular Memory», *Historical Reflections* 21, n.º 2 (Primavera).

Byrd, C. K., 1942: «The Northwest Indians and the British Preceding the War of 1812», *Indiana Magazine of History* 38, n.º 1 (marzo).

Callender, C., 1978: «Shawnee» en W. C. Sturtevant (ed.), *Handbook of North American Indians*, vol. 15, *Northeast*, Washington D. C., Smithsonian Institution, 1978.

Calloway, C. G., 1985: «Suspicion and Self-Interest: The British-Indian Alliance and the Peace of Paris», *Historian* 48, n.º 1 (noviembre).

Calloway, C. G., 1992: «"We Have Always Been the Frontier": The American Revolution in Shawnee Country», *American Indian Quarterly*, vol. 16, n.º 1 (invierno).

Campbell, J. V., 1884: «Biographical Sketch of Charles C. Trowbridge», *Pioneer Collections: Report of the Pioneer Society of the State of Michigan* 6.

Carlson, R. G. (ed.), 1977: «George P. Peters' Version of the Battle of Tippecanoe (November 7, 1811)», *Vermont History* 45, n.º 1 (Invierno).

Carr, J., 1852: «Early History of the South-West», *South-Western Monthly* 2, n.º 2.

Carter, M. L., 1989: «John Johnston and the Friends: A Midwestern Indian Agent's Relationship with Quakers in the Early 1800s», *Quaker History* 78, n.º 1 (primavera).

Carter-E. D., 1987: «The War of 1812 Along the Detroit Frontier: A Canadian Perspective», *Michigan Historical Review* 13, n.º 2 (otoño).

Cass, L., 1826: «Indians of North America», *North American Review* 22, n.º 50 (enero).

Cass, L., 1827: «Indian Treaties, and Laws and Regulations», *North American Review* 24, n.º 55 (abril).

Cass, L., 1832: «Indian Biography», *North American Review* 34, n.º 75 (abril).

Cass, L., 1834: «Discourse Delivered Before the Historical Society of Michigan», *Historic and Scientific Sketches of Michigan*, Detroit, Stephen Wells and George L. Whitney.

Cave, A. A., 1995: «The Failure of the Shawnee Prophet's Witch-Hunt», *Ethnohistory* 42, n.º 3 (verano).

Cave, A. A., 2002: «The Shawnee Prophet, Tecumseh, and Tippecanoe: A Case Study of Historical Myth-Making», *Journal of the Early Republic* 22, n.º 4 (Invierno).

Christian, T., 1874: «Campaign of 1813 on the Ohio River: Sortie at Fort Meigs, May 1813», *Western Reserve Historical Society Publication* 23.

Chute, J. A., 1837: «A Common Season Among the Weas», *Foreign Missionary Chronicle* 5, n.º 5 (mayo).

Clifton, J. A., 1978: «Merchant, Soldier, Broker, Chief: A Corrected Obituary of Captain Billy Caldwell», *Journal of the Illinois State Historical Society* 71, n.º 3 (agosto).

Connelly, T. L., 1964: «Indian Warfare on the Tennessee Frontier, 1776-1794: Strategy and Tactics», *East Tennessee Historical Society's Publications*, 36.

«Correspondence between Governor Isaac Shelby and Gen. William Henry Harrison», *Register of the Kentucky State Historical Society* 20, n.º 59 (mayo de 1922).

Coyne, J. H., 1907: «The Talbot Papers, Part I», *Proceedings and Transactions of the Royal Society of Canada,* 3rd ser., vol. 1*, Meeting of May 1907*, Ottawa, James Jope & Son.

Craig, N. B. (ed.), 1847a: «Lord Dunmore's War», *Olden Time*, vol. 2, n.º 1 (enero), 8-32.

Craig, N. B. (ed.), 1847b: «Trade and Prospect of Trade on the Ohio

and Mississippi, Seventy-Six Years Ago», *Olden Time*, vol. 2, n.º 1 (enero), 6-7.
Crawford, M. M., 1944: «Mrs. Lydia B. Bacon's Journal, 1811-1812», *Indiana Magazine of History* 40, n.º 4 (diciembre).
Cruikshank, E. A., 1908: «General Hull's Invasion of Canada in 1812», *Publications of the Royal Society of Canada,* 3rd ser. 1, sec. 2.
Cruikshank, E. A., 1910: «Harrison and Proctor [*sic*]: The River Raisin», *Transactions of the Royal Society of Canada,* 3rd ser. 4, sec. 2.
Curry, O., 1838: «The Doomed Wyandott [*sic*]», *Hesperian, or, Western Monthly Magazine* 1 (Mayo).
Curry, W. L., 1903: «The Wyandot Chief, Leather Lips», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 12.
«Daily Journal of Wayne's Campaign», *American Pioneer* 1, n.º 9 (septiembre de 1842).
Davidson, J., 1866: «Who Killed Tecumseh?», *Historical Magazine, and Notes and Queries* 10, n.º 7 (Julio).
Davis, K., 2002: «Remembering Fort Mims: Reinterpreting the Origins of the Creek War», *Journal of the Early Republic* 22 (Invierno).
«Documents Relating to the War of 1812: The Letter-Book of Gen. Sir Roger Hale Sheaffe», *Publications of the Buffalo Historical Society* 17 (1913).
Donalson, I., 1842: «Captivity of Israel Donalson», *American Pioneer* 1, n.º 12 (diciembre).
Dowd, G. E., 1992: «Thinking and Believing: Nativism and Unity in the Ages of Pontiac and Tecumseh», *American Indian Quarterly* 16, n.º 3 (verano).
Dowd, G. E., 2012: «Thinking Outside the Circle: Tecumseh's 1811 Mission», en K. E. Holland Braund (ed.), *Tohopeka: Rethinking the Creek War and the War of 1812*, Auburn, Ala., Pebble Hill.
Downes, R. C., 1934: «Dunmore's War: An Interpretation», *Mississippi Valley Historical Review* 21, n.º 3 (Diciembre).
Downing, F., 1820: «Narrow Escapes from Destruction by the Indians», *Western Review and Miscellaneous Magazine*, 2 (Febrero-julio).
Draper, L. C., 1842: «The Battle of Point Pleasant», *American Pioneer* 1, n.º 11 (Noviembre).
Dudley, T. P., 1870: «Battle and Massacre at Frenchtown, Michigan, January 1813», *Historical and Archaeological Tracts* 1.
Edmunds, R. D., 1983: «Tecumseh, The Shawnee Prophet, and

American History: A Reassessment», *Western Historical Quarterly* 14, n.º 3 (Julio).
Edmunds, R. D., 1985: «Main Poc, Potawatomi Wabeno», *American Indian Quarterly* 9, n.º 3 (verano).
Edmunds, R. D., 1987: «The Thin Red Line: Tecumseh, the Prophet and Shawnee Resistance», *Timeline* 4, n.º 6 (Diciembre).
Edmunds, R. D., 1990: «"Evil Men Who Add to Our Difficulties": Shawnees, Quakers, and William Wells, 1807-1808», *American Culture and Research Journal* 14, n.º 4.
Edmunds, R. D., 1993: «Heron Who Waits at the Speleawee-thepee: The Ohio River and the Shawnee World», *Register of the Kentucky Historical Society* 91, n.º 3 (Verano).
Edmunds, R. D., 1999: «"A Watchful Safeguard to Our Habitations": Black Hoof and the Loyal Shawnees», en F. E. Hoxie (ed.), *Native Americans and the Early Republic*, Charlottesville, University of Virginia Press.
Eid, L. V., 1988: «"Their Rules of War": The Validity of James Smith's Summary of Indian Woodland War», *Register of the Kentucky Historical Society* 86, n.º 1 (invierno).
Ermatinger, C. O., 1919: «The Retreat of Procter and Tecumseh», *Papers and Records of the Ontario Historical Society* 17.
Fear, J., 1983: «The "Civilization" of Thomas Wildcat Alford», *Revue française d'études américaines* 17 (Mayo).
«Fort Harmar, the First Permanent Settlement in Ohio», *American Pioneer* 1, n.º 1 (enero de 1842).
Franz, W., 2009: «"To Live by Depredations": Main Poc's Strategic Use of Violence», *Journal of the Illinois State Historical Society* 102, n.º 3/4 (Otoño-Invierno).
Fredericksen, J. C., 1985: «Kentucky at the Thames, 1813: A Rediscovered Narrative by William Greathouse», *Register of the Kentucky Historical Society* 83, n.º 2 (Primavera).
Friedrichs, M., 1994: «Tecumseh's Forty-one Names in the English Language: Some Remarks About Their Genesis», *Native American Studies* 8, n.º 2.
Galbreath, C. B., 1925: «Tecumseh and His Descendants», *Ohio Archeological and Historical Society Publications* 34.
Gatschet, A. S. y Hodge, F. W., 1895: «Tecumseh's Name», *American Anthropologist* 8, n.º 1 (enero).
Goodpasture, A. V., 1918: «Indian Wars and Warriors of the Old Southwest», *Tennessee Historical Magazine* 4, n.º 3 (Septiembre).
Green, J. A. (ed.), 1932: «Journal of Ensign William Schillinger, a

Soldier of the War of 1812», *Ohio Archaeological and Historical Quarterly* 41, n.º 1 (enero).
Grignon, A., 1856: «Seventy-five Years' Recollections of Wisconsin», *Collections of the Wisconsin State Historical Society* 3.
Gunderson, R. G., 1990: «Chief Tomah's Reply: A Pacific Footnote on the Folklore of Tecumseh», *Indiana Magazine of History* 86 (Septiembre).
Gunderson, R. G., 1993: «William Henry Harrison: Apprentice in Arms», *Northwest Ohio Quarterly* 65, n.º 1 (Invierno).
Halbert, H. S., 1872: «Tecumseh at Tukabatchi 1811», *Arrow Points* 4, n.º 3 (5 de marzo).
Halbert, H. S., 1898: «Some Inaccuracies in Claiborne's History in Regard to Tecumseh», *Publications of the Mississippi Historical Society* 1.
Hall, E. L., 1930: «Canadian Annexation Sentiment in Kentucky Prior to the War of 1812», *Register of the Kentucky State Historical Society* 28, n.º 85 (octubre).
Hamilton, R., 1947: «The Expedition of Major-General Samuel Hopkins up the Wabash, 1812: The Letters of Captain Robert Hamilton», *Indiana Magazine of History* 43, n.º 4 (diciembre)
Harrison, L. H., 1990: «Nat Crain and the Battle of the Thames», *Filson Club History Quarterly* 64, n.º 3 (julio).
Harrison, W. H., 1839: «A Discourse on the Aborigines of the Valley of the Ohio», *Transactions of the Historical and Philosophical Society of Ohio,* pt. 2, vol. 1.
Heath, W., 2010: «Re-evaluating the "Fort Wayne Manuscript": William Wells and the Manners and Customs of the Miami Nation», *Indiana Magazine of History* 106, n.º 2 (junio).
Hedges, J. P., 1912 «Early Recollections of John P. Hedges», *Indiana Quarterly Magazine of History* 8, n.º 4 (diciembre).
Hickling, W., 1877: «Sketches of Billy Caldwell and Shabonee», en J. Young Scammon, I. N. Arnold, *Addresses Delivered at the Annual Meeting, Chicago Historical Society, November 19, 1868*, Chicago, Fergus.
«Historical Sketch of the Siege of Fort Meigs», *Analectic Magazine* 13, Philadelphia, 1819.
Horsman, R., 1958: «British Indian Policy in the Northwest, 1807–1812», *Journal of American History* 45, n.º 1 (junio).
Horsman, R., 1961: «American Indian Policy in the Old Northwest, 1783-1812», *William and Mary Quarterly* 18, n.º 1 (enero).
Horsman, R., 1999: «The Indian Policy of an "Empire for Liberty"», en F. E. Hoxie (ed.), *Native Americans and the Early Republic*,

Charlottesville, University of Virginia Press.
Horsman, R., 2000: «William Henry Harrison: Virginia Gentleman in the Old Northwest», *Indiana Magazine of History* 96, n.º (junio).
Houchens, M. S., 1971: «The Great Revival of 1800», *Register of the Kentucky Historical Society* 69, n.º 3 (julio).
Howerton, E. H., 1955: «Logan, the Shawnee Indian Capital of West Virginia, 1760-1780», *West Virginia History* 16 (julio).
Hulbert, A. B. y Schwarze, W. N. (eds.), 1910: «David Zeisberger's History of the Northern American Indians», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 19.
Hutton, P. A., 1978: «William Wells: Frontier Scout and Indian Agent», *Indiana Magazine of History* 74, n.º 3 (septiembre).
Johnston, J., 1820: «Account of the Present State of the Indian Tribes Inhabiting Ohio», *Transactions and Collections of the American Antiquarian Society*.
Kanon, T., 2005: «"Scared from Their Sins for a Season": The Religious Ramifications of the New Madrid Earthquakes, 1811-1812», *Ohio Valley History* 5, n.º 2 (verano).
Kenny, J., 1913: «Journal of James Kenny, 1761-1763», *Pennsylvania Magazine of History and Biography*, vol. 37, n.º 2.
King, C. R., 1994-1995: «"Physician to Body and Soul", Jonathan Meeker-Kansas Missionary», *Kansas History* 17, n.º 4 (invierno).
Kingston, J. T., 1906: «Death of Tecumseh: Letter by the Hon. John T. Kingston, of Necedah», *Collections of the State Historical Society of Wisconsin* 4.
Klopfenstein, C. G., 1957: «Westward Ho: Removal of Ohio Shawnees, 1832-1833», *Bulletin of the Historical and Philosophical Society of Ohio* 15, n.º 1 (enero).
Knowles, N., 1940: «The Torture of Captives by the Indians of Eastern North America», *Proceedings of the American Philosophical Society* 82, n.º 2 (22 de marzo).
Lafferty, M. W., 1956: «Destruction of Ruddle's and Martin's Forts in the Revolutionary War», *Register of the Kentucky Historical Society* 54, n.º 189 (octubre).
Lakomäki, S., 2014: «"Our Line": The Shawnees, the United States, and Competing Borders on the Great Lakes Borderlands», *Journal of the Early Republic* 34, n.º 4 (invierno).
Lankford, G. E., 1990: «Losing the Past: Draper and the Ruddell Indian Captivity», *Arkansas Historical Quarterly* 49, n.º 3 (otoño).
Lincoln, B., 1836: «Journal of a Treaty Held in 1793, with the

Indian Tribes North-West of the Ohio, by Commissioners of the United States», *Collections of the Massachusetts Historical Society* 5, 3rd ser.

«Logan, the Mingo Chief», *American Pioneer* 1, n.º 1 (enero de 1842).

«Logan-the Mingo Chief, 1710-1780», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 20, 1911.

Lutz, J. J., 1905-1906: «The Methodist Missions among the Indian Tribes in Kansas. *Transactions of the Kansas State Historical Society* 9.

MacLean, J. P., 1903: «Shaker Mission to the Shawnee Indians», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 11.

MacLean, J. P., 1904: «The Kentucky Revival and Its Influence on the Miami Valley», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 12.

Mancall, P. C., 1995: «Men, Women, and Alcohol in Indian Villages in the Great Lakes Region in the Early Republic», *Journal of the Early Republic* 15, n.º 3 (otoño).

Matson, N., 1876: «Sketch of Shau-be-na, a Pottawattamie Chief», *Report and Collections of the State Historical Society of Wisconsin* 7.

McAfee, R. B., 1928: «The McAfee Papers: Book and Journal of Robt. B. McAfee's Mounted Company, in Col. Richard M. Johnson's Regiment», *Register of the Kentucky State Historical Society* 26, n.º 77 (mayo).

McAllister, J. T., 1902: «The Battle of Point Pleasant (Continued)», *Virginia Historical Magazine* 10, n.º 1 (julio).

McDermott, J. F., 1942: «Audubon's "Journey up the Mississippi"», *Journal of the Illinois State Historical Society* 35, n.º 2 (junio).

McDonald, J., 1836: «The Tragical Death of Wawillowa, a Chief of the Shawnee Tribe», *Western Christian Advocate* (22 de abril).

McFarland, R. W., 1904: «Simon Kenton», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 13.

McGowan, W., 1922: «The McGowan Murder at Hindostan», *Indiana Magazine of History* 18, n.º 2.

McHenry, F., 1812: «The Indian Prophet», *Halcyon Luminary and Theological Repository* 1, n.º 6 (junio).

[Meek, B.] «Tarhe-The Crane», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 20, 1911.

Miller, J., 1994: «The 1806 Purge among the Indiana Delaware: Sorcery, Gender, Boundaries, and Legitimacy», *Ethnohistory* 41, n.º 2 (primavera).

Mills, R. J., 2003: «"It Is the Cause of All Mischief Which the Indians

Suffer": Native Americans and Alcohol Abuse in the Old Northwest», *Ohio Valley History* 3, n.º 3 (otoño).
Miriani, R., 1990: «Against the Wind: The Shawnee at Wapakoneta», *Queen City Heritage* (primavera).
Mortimer, B., 1913: «The Ohio Frontier in 1812», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 22.
Mutterly, C., 1839: «Colonel David Williamson, and the Massacre of the Moravian Indians, 1782», *American Pioneer* 2, n.º 9 (septiembre).
Naylor, I., 1906: «The Battle of Tippecanoe, as Described by Judge Isaac Naylor, a Participant», *Indiana Magazine of History* 2, n.º 4 (diciembre).
Nelson, L. L., 2006: «Dudley's Defeat and the Relief of Fort Meigs During the War of 1812», *Register of the Kentucky Historical Society* 104, n.º 1 (invierno de 2006).
Nelson, L. L., 1992: «"Never Have They Done So Little": The Battle of Fort Recovery and the Collapse of the Miami Confederacy», *Northwest Ohio Quarterly* 64, n.º 2 (primavera).
«Ohio in the War of 1812», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 28, 1919.
Owens, R. M., 2002: «Jeffersonian Benevolence on the Ground: The Indian Land Cession Treaties of William Henry Harrison», *Journal of the Early Republic* 22, n.º 3 (otoño).
Padgett, J. A., 1953: «Joseph Desha, Letters and Papers», *Register of the Kentucky Historical Society* 51, n.º 177 (octubre).
Parish, J. C. (ed.), 1906: «The Robert Lucas Journal», *Iowa Journal of History and Politics* 4, n.º 3 (julio).
Peckham, H. H., 1948: «Recent Documentary Acquisitions to the Indiana Historical Library Relating to Fort Wayne», *Indiana Magazine of History* 44, n.º 4 (diciembre).
Pirtle, A., 1900: «The Battle of Tippecanoe, Read before the Filson Club, November 1, 1897», *Filson Club Publications,* n.º 15, Louisville, John P. Morton.
[Procter, G. and Procter, H.] «Campaigns in the Canadas», *Quarterly Review* 27 (abril-julio de 1822).
Quaife, M. M., 1918: «A Picture of the First United States Army: The Journal of Captain Samuel Newman», *Wisconsin Magazine of History* 2, n.º 1 (septiembre).
Quaife, M. M., 1926: «The Story of Brownstown», *Burton Historical Collection Leaflet* 4, n.º 5 (mayo).
Quaife, M. M. (ed.), 1931: «The Ohio Campaign of 1782», *Mississippi Valley Historical Review* 12, n.º 4 (marzo).

Radin, P., 1923: «The Winnebago Tribe», en *Thirty-seventh Annual Report of the Bureau of American Ethnology 1915-1916*, Washington D. C., Government Printing Office.

Randall, E. O., 1903: «The Dunmore War», *Ohio Archaeological Publications* 11.

Randall, E. O., 1906: «Tecumseh, the Shawnee Chief», *Ohio Archaeological Publications*, vol. 15, n.º 4, 418-497.

Rauch, S. J., 2012: «A Stain upon the Nation? A Review of the Detroit Campaign of 1812 in United States Military History», *Michigan Historical Review* 38, n.º 1 (primavera).

Richardson, J., 1826: «A Canadian Campaign, by a British Officer-N.º I», *New Monthly Magazine and Literary Journal* 19, n.º 72 (diciembre).

Richardson, J., 1827a: «A Canadian Campaign, by a British Officer-N.º II», *New Monthly Magazine and Literary Journal* 19, n.º 74 (febrero).

Richardson, J., 1827b: «A Canadian Campaign, by a British Officer-N.º III», *New Monthly Magazine and Literary Journal* 19, n.º 75 (marzo).

Ridout, T., 1929: «An Account of My Capture by the Shawanese Indians», *Western Pennsylvania Historical Magazine* 12, n.º 1 (enero).

Ross, M., 1968: «The New Madrid Earthquake», *Arkansas Historical Quarterly* 27, n.º 2 (verano).

Rugeley, T., 1989: «Savage and Statesman: Changing Historical Interpretations of Tecumseh», *Indiana Magazine of History* 85, n.º 4 (diciembre).

Salsich, N. E. (ed.), 1946: «The Siege of Fort Meigs Year 1813: An Eye-Witness Account by Colonel Alexander Bourne», *Northwest Ohio Quarterly*, vol. 17, n.º 4 (October); vol. 18, n.º 1 (enero).

Sarton, G., 1934: «Indian-Loving Catlin», *Isis* 22, n.º 1 (diciembre).

Schlup, E., 1905: «Tarhe-The Crane», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 14.

Shelby, J., 1852: «Letter of Dr. Shelby», *South-Western Monthly* 2, n.º 3 (septiembre).

Smelser, M., 1969: «Tecumseh, Harrison, and the War of 1812», *Indiana Magazine of History* 65, n.º 1 (primavera).

«Speech of Te-cum-seh», *Canadian Antiquarian and Numismatic Journal* 7, n.º 1 (julio de 1878).

Spencer, J., 1908: «The Shawnee Indians: Their Customs, Traditions and Folk-Lore», *Transactions of the Kansas State Historical Society* 10.

Stanley, G. F. G., 1964: «The Indians in the War of 1812», en M. Zaslow (ed.), *The Defended Border: Upper Canada and the War of 1812*, Toronto, Macmillan.

Stewart, A. P., 1883: «Recollections of Aura P. Stewart of St. Clair County», *Report of the Pioneer Society of the State of Michigan* 4.

Stocker, H. E., 1915-1917: «A History of the Moravian Mission Among the Indians on the White River in Indiana», *Transactions of the Moravian Historical Society* 10, pts. 1-4.

Sugden, J., 1986: «Early Pan-Indianism: Tecumseh's Tour of the Indian Country, 1811–1812», *American Indian Quarterly* 10, n.º 4 (otoño).

Sugden, J., 2000: «Tecumseh's Travels Revisited», *Indiana Magazine of History* 96, n.º (junio).

«T. S. Hinde's Letter, May 6, 1842», *American Pioneer* 1, n.º 9 (septiembre de 1842).

«T. S. Hinde's Letter, May 30, 1842», *American* Pioneer 1, n.º 11 (noviembre de 1842).

Talbert, C. G., 1953: «Kentucky Invades Ohio—1779», *Register of the Kentucky Historical Society* 51, n.º 176 (julio).

Talbert, C. G., 1955: «Kentucky Invades Ohio—1782», *Register of the Kentucky Historical Society* 53, n.º 185 (octubre).

Talbert, C. G., 1956: «Kentucky Invades Ohio—1786», *Register of the Kentucky Historical Society* 54, n.º 188 (julio).

Tanner, H. H., 1978: «The Glaze in 1792: A Composite Indian Community», *Ethnohistory* 25, n.º 1 (invierno).

Tanner, H. H., 1979: «Coocoochee: Mohawk Medicine Woman», *American Indian Culture and Research Journal* 3, n.º 3.

Thwaites, R. G. (ed.), 1888: «Letter Book of Thomas Forsyth, 1814–1818», *Collections of the State Historical Society of Wisconsin* 2.

Thwaites, R. G., 1912: «Cornstalk», *Ohio Archaeological and Historical Publications* 21.

Trimble, A., 1907: «Autobiography and Correspondence of Allen Trimble», *Old Northwest Genealogical Quarterly* 10.

Turney, H. D. (ed.), 1907: «Correspondence of Col. James Denny, of Circleville, Ohio, 1812-1815», *Old Northwest Genealogical Quarterly* 10, n.º 3 (julio).

Vandiver, W., 1954: «Pioneer Talladega», *Alabama Historical Quarterly* 16, n.º1 (primavera).

Voegelin, C. F., 1954: «Shawnee Laws: Perceptual Statement for the Language and for the Content», en H. Hoijer (ed.), *Language in Culture, Conference on the Interrelations of Language and Other Aspects of Culture*, Chicago, University of Chicago Press.

Voegelin, C. F. y Wheeler-Voegelin, E., 1935: «Shawnee Name Groups», *American Anthropologist* 37, n.º 4, pt. 1 (octubre-diciembre 1935).

Warren, S. A., 1994: «The Baptists, the Methodists, and the Shawnees», *Kansas History* 17, n.º 3 (otoño).

Warren, W. W., 1885: «History of the Ojibways, Based upon Traditions and Oral Statements», *Collections of the Minnesota Historical Society* 5.

[Washington, T.] «The Attack on Buchanan's Station», en E. L. Drake (ed.), *The Annals of the Army of Tennessee and Early Western History*, 1878, Nashville, A. D. Haynes.

Watson, O. K., 1932: «Moraviantown», *Ohio Historical Society Papers and Records* 28.

Watts, F. G., 1961: «Lieutenant Charles Larrabee's Account of the Battle of Tippecanoe, 1811», *Indiana Magazine of History* 57, n.º 3. (septiembre).

Weekes, W. M., 1964: «The War of 1812: Civil Authority and Martial Law in Upper Canada», en M. Zaslow (ed.), *The Defended Border: Upper Canada and the War of 1812*, Toronto, Macmillan of Canada.

Weight, D., 2010: «Begging for an Irremediable Evil: Slavery, Petitioning, and Territorial Advancement in the Indiana Territory, 1787-1807», *Journal of the Illinois State Historical Society* 103, n.º 3/4 (otoño-invierno).

Wentworth, J., 1881: *Early Chicago, Fort Dearborn. An Address*, Chicago, Fergus.

West, E., 2012: «Tecumseh's Last Stand», *American History* 47, n.º 5 (diciembre).

Wheeler-Voegelin, E., 1935: «Book Review: *Old Chillicothe*», *American Anthropologist* 37, n.º 4, pt. 1 (octubre-diciembre).

Wheeler-Voegelin, E., 1937: «Book Review: *Civilization*», *American Anthropologist* 39, n.º 3 (julio-septiembre).

Whicker, J. W., 1921: «Shabonee's Account of Tippecanoe», *Indiana Magazine of History* 17, n.º 4 (diciembre).

Whicker, J. W., 1922: «Tecumseh and Pushmataha», *Indiana Magazine of History* 18, n.º 4 (diciembre).

Whicker, J. W., 1925: «Zachariah Cicot», *Indiana Magazine of History* 21, n.º 1 (marzo).

Whittlesey, C., 1874: «White Men as Scalpers», *Western Reserve and Northern Ohio Historical Society*, 22 (agosto).

Whittley, T., 2000: «William Whitley, Pioneer and Indian Fighter», *North Irish Roots* 11, n.º 2.

Wickliffe, C. A., 1962: «Tecumseh and the Battle of the Thames», *Register of the Kentucky Historical Society* 60, n.º 1 (enero).
Willig, T. D., 1997: «Prophetstown on the Wabash: The Native Spiritual Defense of the Old Northwest», *Michigan Historical Review* 23, n.º 2 (otoño).
Wilson, S. M., 1934: «Shawnee Warriors at the Blue Licks», *Register of Kentucky State Historical Society* 32, n.º 99 (abril).
Witherell, B. F. H., 1904: «Reminiscences of the Northwest», *Collections of the State Historical Society of Wisconsin* 3.

MANUSCRITOS

Alabama Department of Archives and History, Montgomery
Declaración jurada de Samuel Moniac [Manac]

College of William and Mary, Swem Library, Williamsburg, Va.
David Ives Busnell, Jr., Papers

Detroit Public Library, Burton Historical Collection
Lewis Cass Papers
Orderly Book of Colonel John P. Boyd, 1811-1812
Benson J. Lossing Papers
Charles C. Trowbridge Papers
Benjamin F. Witherell Papers

Fort Malden National Historic Site, Amherstburg, Ontario
Battle of the Thames Information File
Fort Meigs Information File
Tecumseh Information File

Gilder Lehrman Institute of American History, New York
Henry Knox Papers

Historical Society of Pennsylvania, Philadelphia
Daniel Parker Papers

Indiana Historical Society, Indianapolis
Albert Gallatin Papers
Lewis Peckham Letter
Northwest Territory Collection

Indiana University, Eli Lilly Library, Bloomington
War of 1812 Manuscripts
Samuel Williams Papers

Library of Congress, Washington, D. C.
Lewis Bond Journal
William Henry Harrison Papers
Henry Onderdonk, Jr., «Life and Times of Tecumseh»
Isaac Shelby Papers
Thomas Diaries and Letter-books

Missouri Historical Society, St. Louis
Thomas Forsyth Papers

National Archives and Records Administration, Washington D. C.
Record Group 59: General Records of the Department of State:
«War of 1812 Papers of the Department of State, 1789-1815»:
Miscellaneous Intercepted Correspondence, 1789-1814 (Microcopy 588)
Record Group 75: Bureau of Indian Affairs, 1793-1999:
Letters Received by the Office of Indian Affairs (Microcopy 234)
Letters Sent by the Secretary of War Relating to Indian Affairs, 1800-1824 (Microcopy 15)
Letters Received by the Secretary of War Relating to Indian Affairs, 1800-1824 (Microcopy 271)
Records of the Michigan Superintendency (Microcopy 1)
Record Group 93: Revolutionary War Pension and Bounty Land Warrant Applications (Microcopy 804)
Record Group 107: Records of the Office of the Secretary of War:
Letters Received, 1800-1889 (Microcopy 221)
Letters Received, Unregistered Series (Microcopy 222)

National Archives of Canada, Toronto
Daniel Claus Family Fonds
Frederick Haldimand Papers
Henry Procter Court Martial Proceedings (MG13-WO71, vol. 243)
Record Group 8, C Series: British Military and Naval Records
Record Group 10: Indian Affairs Papers

Newberry Library, Chicago
Edward E. Ayer Collection:
Asa Lewis Letter
Erminie Wheeler-Voegelin Papers
Erminie Wheeler-Voegelin, «Noted Shawnee Leaders»
Mark R. Harrington, «Shawnee Indian Notes»

Ohio History Center, Columbus

John Johnston Papers
Return Jonathan Meigs Papers
James Miller Papers
Nathan Newsom, «A Short Summary of a Journey, Taken by Volunteers from Gallia County for the Purpose of Destroying Indians and the Invasion of Canada»
Samuel Williams Papers
Thomas Worthington Papers

Tippecanoe County Historical Association, Lafayette
George Winter Papers

University of Chicago Library
Durrett Miscellaneous Manuscripts and Codices:
Peter Trisler, Jr., Letters

University of Michigan, Bentley Historical Library, Ann Arbor
Charles C. Trowbridge Papers

University of Michigan, Clements Library, Ann Arbor
Lewis Cass Papers

Western Reserve Historical Society, Cleveland
A. T. Nye, «General Edward White Tupper»
War of 1812 Miscellaneous Collection

Wisconsin Historical Society, Madison
Lyman C. Draper Manuscript Collection:
Daniel Boone Papers (C)
Border Forays Papers (D)
George Rogers Clark Papers (J)
Daniel Drake Papers (O)
Lyman C. Draper's Notes (S)
Thomas Forsyth Papers (T)
Frontier War Papers (U)
Josiah Harmar Papers (W)
Thomas S. Hinde Papers (Y)
Simon Kenton Papers (BB)
Kentucky Papers (CC)
William Preston Papers (QQ)
Shepherd Papers (SS)
Tennessee Papers (XX)
Tecumseh Papers (YY)
Virginia Papers (ZZ)

PRENSA ESCRITA

Alexandria Gazette (Va.)
American Advocate (Hallowell, Me.)
American and Commercial Daily Advertiser (Baltimore, Md.)
American Mercury (Hartford, Conn.)
Army and Navy Chronicle
Boston Gazette
Canton Repository (Ohio)
Centinel of Freedom (Newark, N.J.)
Charleston City Gazette (S.C.)
Chicago Tribune
Christian Mirror (Portland, Me.)
Cincinnati Gazette
Columbian Gazette (Utica, N.Y.)
Columbus Ohio Monitor
Connecticut Journal (New Haven)
Dayton Republican
District of Columbia Courier
Federal Gazette (Baltimore, Md.)
Frankfurt Argus (Kentucky)
Fredonian (Chillicothe, Ohio)
General Advertiser (Philadelphia)
Georgia Gazette (Savannah)
Green-Mountain Farmer (Bennington, Vt.)
Highland County Weekly News (Hillsboro, Ohio)
Illinois State Journal (Springfield)
Kentucky Gazette (Lexington)
Liberty Hall (Cincinnati)
Liberty Star and Union Banner (Liberty, In.)
London Chronicle
London Free Press (Ontario)
Long-Island Star (Brooklyn)
Louisiana Gazette (St. Louis)
Missouri Gazette and Public Advertiser (St. Louis)
Montreal Gazette
National Intelligencer (Washington, D. C.)
New England Palladium (Boston)
New Hampshire Sentinel
New York American
New York Commercial Advertiser
New York Gazette

New York Herald
New York Literary World
New York Mercantile Advertiser
New York Spectator
Niles' Weekly Register (Baltimore)
Ohio Centinel (Dayton)
Orange County Patriot (Goshen, N. Y.)
Otsego Herald (Cooperstown, N. Y.)
Pennsylvania Gazette (Philadelphia)
Philadelphia Democratic Press
Philadelphia General Advertiser
Philadelphia Weekly Aurora
Phoenix Civilian (Cumberland, Md.)
Pittsburg Gazette
Pittsfield Sun (Mass.)
Poulson's American Daily Advertiser (Philadelphia)
Providence Gazette
Republican Star (Easton, Md.)
Richmond Enquirer
Savannah Republican
Scioto Gazette (Ohio)
Spirit of 'Seventy-Six (Washington D. C.)
Spooner's Vermont Journal (Windsor)
Springfield Republican (Ohio)
Staunton Eagle (Va.)
Telegraph and Daily Advertiser (Baltimore)
Topeka Weekly Capital
Trump of Fame (Warren, Ohio)
United States Gazette (Philadelphia)
Vermont Mirror (Middlebury)
Virginia Argus (Richmond)
War (Nueva York, N. Y.)
War Journal (Portsmouth)
Weekly Aurora (Philadelphia)
Weekly Register (Baltimore)
Western Spy (Cincinnati)
Western Spy and Hamilton Gazette (Cincinnati)
Western Sun (Vincennes)

TESIS DOCTORALES

Chalou, G. C., 1971: «The Red Pawns Go to War: British-American

Indian Relations, 1810–1815», Indiana University.
Goltz, H. C., 1973: «Tecumseh, the Prophet, and the Rise of the Northwest Indian Confederation», Western University.
Pate, J. P., 1969: «The Chickamauga: A Forgotten Segment of Indian Resistance on the Southern Frontier», Mississippi State University.
Schutz, N. W., 1975: «The Study of Shawnee Myth in an Ethnographic and Ethnohistorical Perspective», Indiana University.
Spencer, R. L., 1988: «The Gibraltar of the Maumee: Fort Meigs in the War of 1812», Ball State University.

RECURSOS EN INTERNET

Founders Online, National Archives, **http://founders.archives.gov**.

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES

Batalla de Point Pleasant: Lewis, V., 1904: *History of West Virginia*, New York, American Book Co.

Guerrero Shawnee: *Dispuesto para la batalla*, de Doug Hall, óleo sobre lienzo. Cortesía de Log Cabin, galería y estudio de arte de Doug Hall, Neosho, Missouri.

Guerrero shawnee junto a un árbol: *Un vistazo de cerca,* de Doug Hall, óleo sobre lienzo. Cortesía de Log Cabin, galería y estudio de arte de Doug Hall. Neosho, Missouri.

Aldea shawnee: *Reconstrucción de una aldea shawnee*. Fotografía, *ca.* 1860-1920. División de arte, impresión y fotografía Miriam e Ira D. Wallach de la Biblioteca Pública de Nueva York, n.º 92318.

Batea: *Century Magazine*, 1916.

El jefe casaca roja-shawnee Tecumseh (2012), de Doug Hall, óleo sobre lienzo. Cortesía de Log Cabin, galería y estudio de arte de Doug Hall. Neosho, Missouri.

Simon Kenton: grabado sobre acero del siglo XIX. Colección del autor.

Carga de dragones: *La carga de los dragones* (1895), de R. F. Zogbraum. Reproducido de un número de *Harper's New Monthly Magazine*, 1896.

William Henry Harrison, de Rembrandt Peale. Galería nacional del retrato. Smithsonian Institute. Donación del Sr. Herbert Lee Pratt Jr., n.º NPG.75.27.

Indio con su squaw, estampa, 1810. Biblioteca y Archivos del Canadá, C-014488.

Edward Tiffin, *Gobernadores del Territorio del Noroeste, ca.* 1923. Colección del autor.

Juzgado de Chillicothe: *American Pioneer*, enero de 1842.

Tenskwatawa: profeta, shawanés, hermano de Tecumsi (1829), de Charles Bird King, óleo sobre lienzo. Museo Gilcrease, Tulsa, Oklahoma, acc. n.º 01.1197.

Pezuña Negra: *Ca-Ta-He-Cas-Sa, Pezuña Negra, jefe principal de los*

Shawnees (*ca.* 1831), de Charles Bird King, óleo sobre lienzo. Reproducción litográfica publicada en McKenney, T. y Hall, J., 1836: *Indian Tribes of North America*, Philadelphia, E. C. Biddle.

Cinturones de *wampun* blanco: Sitio histórico nacional de Fort Malden. Parks, Canadá.

Tecumseh: estampa sin fecha, Biblioteca y Archivos del Canadá, acc. n.º 1997-481-5.

Fort Wayne: *El Viejo Fort Wayne*, de Carol M. Highsmigth. Fotografía, 2016. Archivo Carol M. Highsmith. División de estampas y fotografías del Congreso, LC-DIG-highsm-41291.

Grouseland: Tarjeta postal de época. Colección del autor.

Consejo de Vincennes: *El Consejo de Vincennes*. Estampa de 1851. División de arte, impresión y fotografía Miriam e Ira D. Wallach, Biblioteca Pública de Nueva York, n.º 808896.

Fort Harrison: *Fort Harrison en 1812* (1848). Litografía. División de estampas y fotografías de la Biblioteca del Congreso, LC-DIG-pga-07680.

Tippecanoe: *Batalla de Tippecanoe* (1859), de Alonzo Chappell, grabado sobre acero. Colección del autor.

William Hull: *El general William Hull* (1823), de Gilbert Stuart, óleo sobre lienzo. Galería Nacional del retrato, Smithsonian Institute, n.º NPG.84.177.

Henry Procter (*ca.* 1970), de John Forster, óleo sobre lienzo. Sitio histórico nacional de Fort Malden. Parks, Canadá.

Vivienda de Elliott: Ruinas de la antigua vivienda de Elliott. Tarjeta postal, 1910. Archivo digital del sudoeste de Ontario, Universidad de Windsor.

Isaac Brock: *Sir Isaac Brock*, de John W. L. Forster (*ca.* 1900), óleo sobre lienzo. Biblioteca y Archivos del Canadá, acc. n.º 1991-30-1.

Brock y Tecumseh: *Encuentro de Brock y Tecumseh*, de C. W. Jeffreys, dibujo a color. Extraído de Raymond, E. T., 1915: *Tecumseh: A Chronicle of the Last Leader of His People*, Toronto, Glasgow, Brook & Co.

Tecumseh: *Tecumseh*, de Keith Rocco (2018), óleo sobre tabla. Cortesía del estudio Traditions, Woodstock, Virginia.

Amherstburg: Vista de Amherstburg en 1813 (1813), de Catherine Margaret Reynolds, acuarela. Sitio histórico nacional de Fort Malden. Parks, Canadá.

Fort Meigs: *Fort Meigs, 1813* (1913), de S. H. Philips, ilustración. División de estampas y fotografías del Congreso, LC-

USZ62-22182.

Fusileros montados de Johnson: ¡*Acordaos del río Raisin!* (*ca. 1965),* de Ken Riley, estampa, National Guard Heritage series, Departamento de Impresión del Gobierno de los EE. UU., 1983.

Batalla del Támesis: *La batalla del Támesis*(1833), de William Emmons, litografía. División de estampas y fotografías del Congreso, LC-DIG-pga-03613.

Tecumseh en el Támesis: Jeffreys, C. W., 1945: *The Picture Gallery of Canadian History,* vol. 2, Toronto, Ryerson Press.

De la vida a la leyenda: tarjeta de visita, 1866. Colección del autor.

Delegación india: *Representación de indios de las tribus del Misisipi ante sir George Prévost, gobernador general de la Norteamérica británica* (1814), acuarela. Biblioteca y archivos del Canadá, acc. no. 1989-264-1.

Lewis Cass: grabado de T. B. Welch, 1833, colección del autor.

Tenskwatawa: *Tens-Qua-Ta-Wa, el que abre la puerta,* de J. O. Lewis (1824), óleo sobre lienzo. Reproducción litográfica extraída de McKenney, T. y Hall, J., 1836: *Indian Tribes of North America*, Philadelphia, E. C. Biddle, 1836. Copia cortesía de la biblioteca McCracken, centro Buffalo Bill del Oeste americano.

Tenskwatawa (*ca.* 1830-1833), de Henry Inman, óleo sobre lienzo. Galería Nacional del Retrato. Smithsonian Institute, NPG.82.71.

Tenskwatawa, estudio preliminar: *Ten-sqat-a-way [sic], la puerta abierta, «profeta shawnee»,* por George Catlin. Acuarela sobre papel,. Museo Gilcrease, Tulsa, Oklahoma, acc. no. 02.1570

Tenskwatawa, retrato formal: *Tens-squat-a-way, la puerta abierta, llamado el profeta* (*ca.* 1832), de George Catlin, óleo sobre lienzo. Museo Smithsonian Institute. Donación del Sr. Joseph Harrison, Jr., 1985.66.279.

Tenskwatawa e indios shawnee: *Shawano. 96. Lay-law-she-kaw (El que remonta el río), anciano y jefe de la tribu: los bordes de sus orejas han sido curiosamente separados y alargados. Kay-te-qua (águila hembra), hija del jefe; 98. Pah-te-coo-saw (puerta abierta),* de George Catlin. Dibujo de 1850 extraído de Catlin, G., 1850: *Souvenir of the North American Indians*, s. l. Colección digital de la biblioteca pública de Nueva York, n.º 466069, disponible en <**https://digitalcollections.nypl.org/items/510d47da-da5b-a3d9-e040-e00a18064a99**>.

Dispuesto para la batalla, de Doug Hall. Un guerrero shawnee de finales del XVIII.

Un vistazo de cerca, de Doug Hall. Otra estampa de un guerrero shawnee de finales del XVIII.

Batea navegando por el río Tennessee. El joven guerrero Tecumseh se curtió asaltando estas torpes embarcaciones de los colonos.

Reconstrucción de una aldea shawnee. Tecumseh y Lalawethika pasaron su infancia en *wigwam* como estos.

El jefe casaca roja shawnee Tecumseh, de Doug Hall. Representación de Tecumseh como joven caudillo guerrero.

Simon Kenton, duro y capaz, fue oficial de la milicia de Kentucky y hombre de la frontera. Se enfrentó al joven Tecumseh en sendas escaramuzas que pusieron a prueba el temple del incipiente caudillo guerrero shawnee.

William Henry Harrison, el eterno enemigo de los hermanos shawnees, retratado por Rembrandt Peale.

La carga de los dragones en Troncos Caídos. Tecumseh se mantuvo firme; Lalawethika huyó al instante.

Edward Tiffin, primer gobernador de Ohio. Prudente y paciente, este trabajó con el joven jefe Tecumseh para desactivar potenciales crisis entre colonos e indios.

El juzgado de Chillicothe, Territorio de Ohio, en 1801. Fue aquí donde, en agosto de 1806, Tecumseh dio un memorable discurso a una audiencia blanca cautivada.

Indios alcoholizados y harapientos, empobrecidos por la avaricia blanca y la venta de licor.

No existen pinturas de Tenskwatawa de joven; su primer retrato fue pintado en 1824. Esta imagen de Tenskwatawa corresponde a esa misma década.

Cinturones de *wampun* blanco propiedad de Tecumseh.

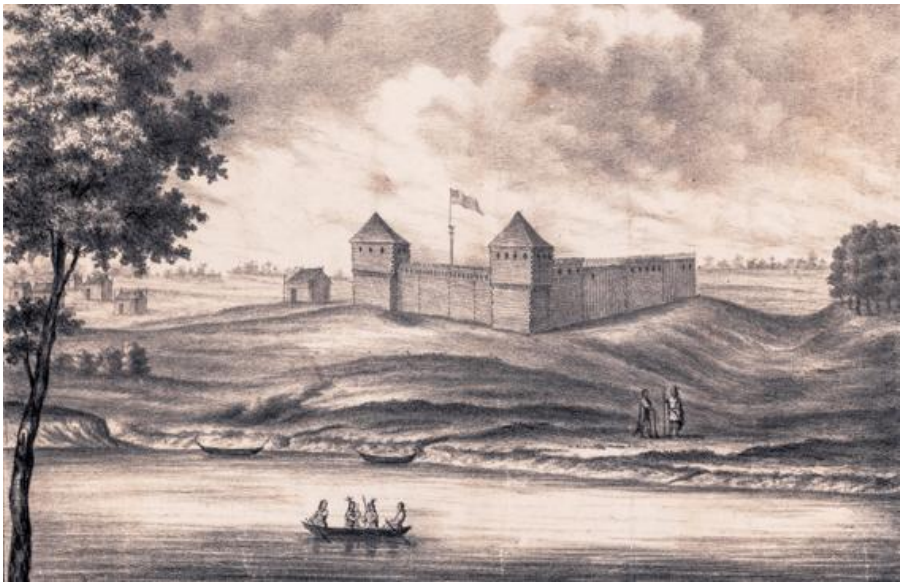
Las opiniones asimilacionistas del jefe Pezuña Negra ganaron muchos más seguidores entre los shawnees que las doctrinas tradicionalistas de Tecumseh y Tenskwatawa.

Tecumseh según un esbozo del natural hecho a escondidas por un comerciante francés. Este boceto fue la base de todos los retratos posteriores del jefe guerrero shawnee.

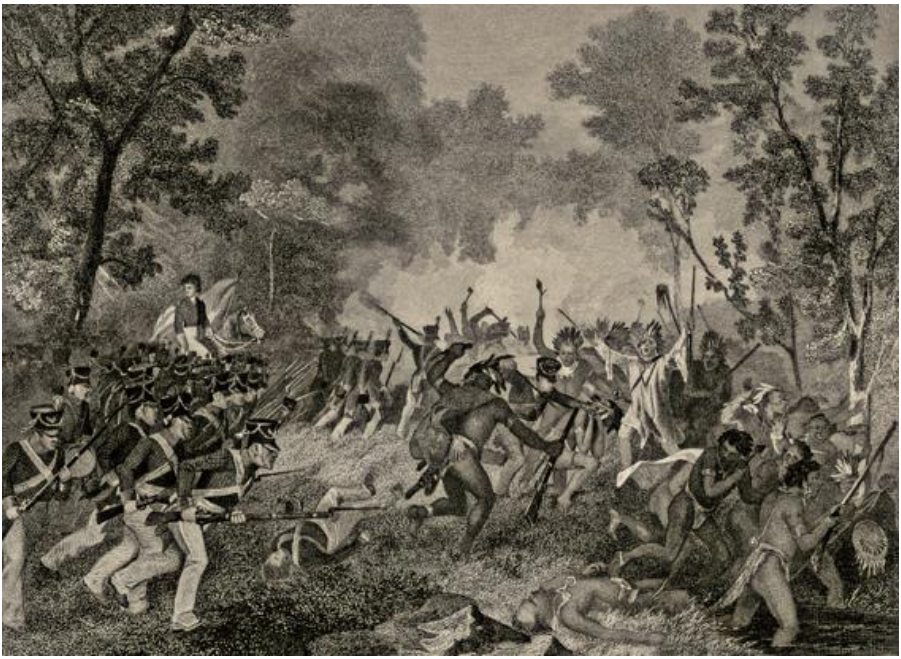
El viejo Fort Wayne. Reconstrucción fidedigna *in situ* del puesto militar y factoría india. En junio de 1812 Tecumseh se detuvo en Fort Wayne cuando se dirigía a visitar a las autoridades británicas del Alto Canadá.

Grouseland, la señorial residencia de William Henry Harrison en Vincennes, Territorio de Indiana. Harrison y Tecumseh celebraron en su sombra dos consejos cruciales.

Enfrentamiento de Tecumseh y Harrison en Vincennes, agosto de 1811, según una ilustración idealizada de la época.



Fort Harrison en 1812. El general William Henry Harrison construyó el fuerte que lleva su nombre a orillas del río Wabash en octubre de 1811, durante su marcha hacia Villa del Profeta. Indios comandados por Tenskwatawa atacaron el puesto sin éxito en septiembre de 1812.



La batalla de Tippecanoe. El contraataque estadounidense, según una ilustración idealizada de la época.

Hogar de Matthew Elliott, funcionario del Departamento Indio británico, en las afueras de Amherstburg, Alto Canadá. Cuando era aliado de los británicos, Tecumseh establecía su puesto de mando en el pequeño cobertizo de ladrillos de la derecha.

El general William Hull, caduco y timorato, comandó la expedición estadounidense para la defensa de Fort Detroit y la invasión del Alto Canadá.

El coronel (futuro general) Henry Procter, comandante británico del distrito militar de Amherstburg. Ferozmente criticado y con escaso apoyo, Tecumseh traducía su nombre como «animal gordo con el rabo entre las piernas».

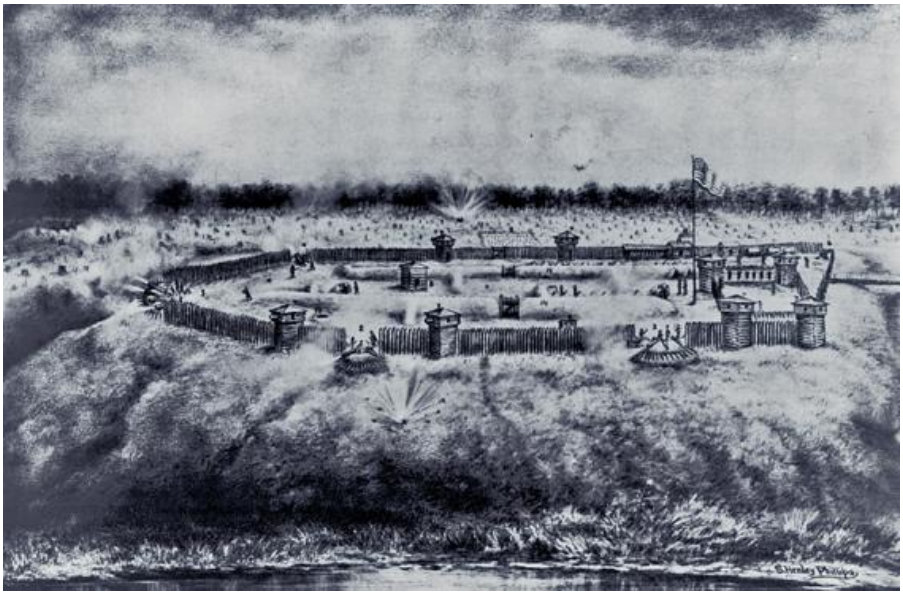
General sir Isaac Brock. Al tener noticia de la intención de Brock de atacar Fort Detroit, Tecumseh exclamó: «¡Esto es un hombre!».

Primer encuentro del general Brock con Tecumseh.

Tecumseh, según Keith Rocco. Retrato del jefe shawnee en el invierno de 1812 a 1813.

Vista de Amherstburg, 1813. Tecumseh es el segundo por la derecha, en primer plano. El general Henry Procter está en el centro, con capote de oficial británico.

«¡Acordaos del río Raisin!». Durante la batalla del Támesis, los fusileros montados de Kentucky del coronel Richard M. Johnson rompen la delgada línea británica a la izquierda de Tecumseh, sellando así el destino de los indios.



La batalla de Fort Meigs. Tecumseh se cansó de combatir a las «marmotas» estadounidenses, que se negaban a salir de sus fortificaciones y dar batalla como guerreros.

De la vida a la leyenda: tras casi cerca de veinte años de trabajos intermitentes, el escultor alemán Ferdinand Pettrich completó una estatua grandiosa de proporciones heroicas llamada *Tecumseh moribundo*. Se encuentra en el Smithsonian American Art Museum. La composición de la estatua es completamente imaginaria: cualquier coincidencia con el mortal líder shawnee es casual. En 1866 se advertía a los visitantes del museo que no tocasen la estatua (bajo el título de la escultura puede leerse: «Hands off», es decir, «no tocar»).

Fantasiosa ilustración de época que muestra al coronel Johnson dando muerte a Tecumseh.

Tecumseh en la batalla del Támesis. Se trata de una ilustración algo menos idealizada que habría sido aún más auténtica de haber retratado a los de Kentucky cargando a pie.

Parte de la delegación india que visitó al gobernador general Prévost Drummond en 1814. Se cree que la hermana de Tecumseh, Tecumpease, es la segunda mujer por la izquierda.

Lewis Cass. Durante su estancia en el cargo de gobernador del Territorio de Míchigan, colaboró con Tenskwatawa, durante el ocaso del Profeta, en el reasentamiento de shawnees al oeste del Misisipi.

Tenskwatawa, según el retrato de J. O. Lewis durante una visita a Detroit en 1824.

Tenskwatawa según George Catlin. Es posible que sea el retrato más fidedigno jamás pintado del santón shawnee.

Tenskwatawa (*ca*. 1830-1833), por Henry Inman, óleo sobre lienzo.

Retrato formal de Tenskwatawa, por George Catlin. El shawnee porta los símbolos sacros de sus lejanos días como profeta y visionario.

«Había algo majestuoso, digno, pero a la vez tan humilde, en su porte, mientras yacía de espaldas sobre el terreno en el que, pocos minutos antes, había dirigido a sus hombres al combate».

Thomas Rowlands, mayor del Ejército de los Estados Unidos, sobre Tecumseh.

Este libro se terminó de imprimir el día 5 de octubre de 2021, doscientos ocho años después de que una bala de mosquete atravesase el corazón de Tecumseh en la batalla del río Támesis.

Notas

[1] «American Indian Historian Alvin Josephy Jr. Dies», *Washington Post*, 18 de octubre de 2005. < <

[2] Josephy, A. M., 1993, 161-162, 173. < <

[3] *Publisher's Weekly*, 3 de febrero de 1992. < <

[4] Eckert, A. W., 1992, xvii. < <

[5] *Kirkus Reviews*, 15 de diciembre de 1991. < <

[1] «Speech of the Shawanese to Alex. McKee, 1774», en Hazard, S., 1853, vol. 4, 497-498; «Sketch of Cornstalk», 3D18, Border Forays Papers, y «Report of Lord Dunmore», 15J7, George Rogers Clark Papers, DC, WHS; Butterfield, C. W., 1877, 25. < <

[2] Downes, R. C., 1977, 159-174; «Logan, the Mingo Chief», 189; Jefferson, T., 1853, 252-253, 262-265; Arthur Campbell a William Preston, 12 de octubre de 1774, 3QQ118, Preston Papers, y Michael Cresap, hijo a Lyman C. Draper, 2SS5, Shepherd Papers, DC, WHS. <<

[3] Downes, R. C., 1977, 176; Williams, G. E., 2017, 237-266; relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY120, Tecumseh Papers, DC, WHS; *Western Sun*, 11 de enero de 1812. < <

[4] Randall, E. O.: «Dunmore War», 171. < <

[5] Winkler, J. F., 2014, 54; William Christian a William Preston, 15 de octubre de 1774, en Thwaite, R. G., 1905, 264. < <

[6] Lewis, V. A., 1909, 52; William Fleming a William Bowyer, s. f., 2ZZ7, Virginia Papers, William Ingles a William Preston, 14 de octubre de 1774, 3QQ121, y William Preston a Patrick Henry, 31 de octubre de 1774, 3QQ128, Preston Papers, DC, WHS. < <

[7] Draper, L. C., 1842, 382; William Christian a William Preston, 15 de octubre de 1774, en Thwaite, R. G., 1905, 264; *Pennsylvania Gazette*, 16 de noviembre de 1774. < <

[8] Williams, G. E., 2017, 281. < <

[9] Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY120-21, Tecumseh Papers, DC, WHS; Edmunds, R. D., 1984, 23; Schoolcraft, H. R., 1839, 138; Randall, E. O.: «Tecumseh, the Shawnee Chief», 429-430; Sugden, J., 1997, 19; Schutz, N. W.: «The Study of Shawnee Myth in an Ethnographic and Ethnohistorical Perspective», 436. < <

[1] Lakomäki, S., 2014, 24-26; McKenney, T. L., Hall, J., 1836-1844, vol. 1, 49-50; *Georgia Gazette,* 19 de julio de 1764; Weir, H. T. III, 2016, 16-17; William R. Ruddell a Lyman C. Draper, 16 de noviembre de 1884, 8YY86, Tecumseh Papers, DC, WHS; Erminie Wheeler-Voegelin, «Noted Shawnee Leaders», 1. < <

[2] Warren, S., 2014, 206-207. < <

[3] Hill, L. U., 1957, 1; Tanner, H. H. (ed.), 1987, 44-47; White, R., 1991, 223, 240-245, 255-256; Downes, R. C., 1977, 76-80; Pouchot, P., 1866, vol. 2, 261. < <

[4] Kenny, J., 1913, 172; Hanna, C. A., 1911, vol. 2, 367; White, R., 1991, 261, 341; Goltz, H. C., 1973, 23-24; Banta, R. E., 1949, 229; Downes, R. C., 1977, 114-116; Doddridge, J., 1912, 92-93. < <

[5] Dowd, G. E., 1992, 33; Burton, A., 1912, 28-29. < <

[6] Schoolcraft, H. R., 1839, 242-248; Dowd, G. E., 1992, 19, 27, 33-34; White, R., 1991, 279-283; Kenny, J., 1913, 171-172, 175; Loudon, A., 1888, vol. 1, 272-276. < <

[7] Burton, A., 1912, 29-40; Tanner, H. H. (ed.), 1987, 48-53; White, R., 1991, 313. < <

[8] White, R., 1991, 351-353; Flick, A. C, *et al.*, 1921-1965, vol. 12, 629. Para un soberbio análisis de la conferencia del tratado de Fuerte Stanwix, véase Billington, R. A., 1944. < <

[9] Calloway, C. G., 2007, 44-48. < <

[10] *Ibid.,* 48; Faragher, J. M., 1992, 77-81; Metcalf, S. L., 1821, 2-9.
< <

[11] Tanner, H. H. (ed.), 1987, 58-59, 66; *An Historical Account of the Expedition against the Ohio Indians,* 97-98; Greene, E. B., 1932, 205; Galloway, W. A., 1934, 54. < <

[12] Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY120, Tecumseh Papers, DC, WHS; *Cincinnati Liberty Hall,* 25 de diciembre de 1811; Ellet, E. F., 1856, 156. < <

[13] *Ibid.,* 157; entrevista a George W. Sevier, 30S297, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; Sugden, J., 1997, 19-20. < <

[14] Galloway, W. A., 1934, 54, 164; Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY120, Tecumseh Papers, DC, WHS. Thomas Wildcat Alford (1860-1938), bisnieto de Tecumseh, nació en Oklahoma. Mientras estudiaba en el Instituto Hampton se convirtió al cristianismo, con lo que renunció a su derecho a ser caudillo tribal. Vivió la mayor parte de su vida adulta a caballo entre dos culturas y, como observó la difunta etnóloga shawnee Erminie Wheeler-Voegelin, su conocimiento de la etnografía y de su propia herencia era algo limitado. En septiembre de 1928, Wildcat ayudó a las Hijas de la Revolución Americana a localizar el lugar de nacimiento de Tecumseh. Les dijo que este había tenido lugar en las afueras del «viejo Chillicothe», cerca de la actual Xenia, Ohio. El estado de Ohio ha erigido un hito en el punto designado por Alford. Wheeler-Voegelin, E., 1935, 536-537, y 1937, 536; véase también «Birthplace of Tecumseh», en <**https://www.hmdb.org/marker.asp?marker=14064**>. En realidad, Alford confundió la aldea de Chillicothe, cercana a Xenia, con una aldea shawnee anterior que se llamaba igual y estaba situada a unos ochenta kilómetros al sudeste del río Scioto. Fue allí donde nació Tecumseh. Los residentes de la primera Chillicothe –170 familias en total– no se trasladaron a la ubicación del Little Miami, cerca de Xenia, hasta después de la batalla de Point Pleasant, en 1774. Tanner, H. H. (ed.), 1987, 79, 81; Flick, A. C, *et al.*, 1921-1965, vol. 12, 1052. <<

[15] Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY120 y Stephen D. Ruddell a Lyman C. Draper, 6 de agosto de 1884, 8YY29, Tecumseh Papers, DC, WHS; Gatschet, A. S. y Hodge, F. W., 1895, 91-92. Un segundo filólogo explicó el significado del nombre de Tecumseh como sigue: «El que pasa por entre el espacio intermedio de un punto a otro […] el nombre especifica que su propietario pertenece al *gens* del gran Puma mágico, o meteoro, y de ahí las interpretaciones Puma al acecho o estrella fugaz». Galbreath, C. B., 1925, 148. < <

[16] Voegelin, C. F. y Wheeler-Voegelin, E., 1935, 622-625; Alford, T. W., 1936, 4; Mark R. Harrington, «Shawnee Indian Notes», 18-21, Erminie Wheeler-Voegelin Papers, AC, NL; Mooney, J., 1896, 682-683. En algunas ocasiones, la ceremonia de imposición de nombre se posponía hasta el sexto mes. Véase Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E., 1939, 26-27. < <

[17] Mark R. Harrington, «Shawnee Indian Notes», 29, Erminie Wheeler-Voegelin Papers, AC, NL; Alford, T. W., 1936, 21; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E., 1939, 29. < <

[18] Alford, T. W., 1936, 20-22, 46; Mark R. Harrington, «Shawnee Indian Notes», 30; Smith, J., 1799, 141. < <

[19] Wickliffe, C. A., 1962, 48; McKenney, T. L., Hall, J., 1836-1844, vol. 1, 50. Edmunds, R. D., 1984, 19, comete el error de considerar a Nehaaseemo una niña, equivocación que fue cometida primero en Tucker, G., 1956. Voegelin, C. F. y Wheeler-Voegelin, E., 1935, 618. En 1776, una segunda epidemia de viruela menos devastadora afectó a las aldeas shawnees. Howerton, E. H., 1955, 325. < <

[20] Afirmación de Anthony Shane, 12YY6-8, C. C. Trowbridge y Lyman C. Draper, 12 de julio de 1882, 5YY1, y Stephen D. Ruddell a Lyman C. Draper, 6 de agosto de 1884, 8YY29, Tecumseh Papers, DC, WHS; Erminie Wheeler-Voegelin, «Noted Shawnee Leaders», 1. < <

[21] Sugden, J., 2000, 21, 52; Gilbert, B., 1989, 71-72; Edmunds, R. D., 1983, 18-19; Galloway, W. A., 1934, 114. < <

[22] White, R., 1991, 201, 364-365; Calloway, C. G., 1992,42; «Conference with Kayaghshota [5-15 de enero de 1774]», Flick, A. C, *et al.*, 1921-1965, vol. 12, 1052. < <

[23] Craig, N. B. (ed.), 1847a, 6-7. < <

[24] Heckewelder, J., 1819, 130. < <

[25] Calloway, C. G., 1992,40-41; Thwaites, R. G., 1912, 253-261; Brown, W. D., 1999, 147. < <

[26] Galloway, W. A., 1934, 13-14, 61-62; Jones, D., 1774, 41. < <

[27] Hulbert y Schwarze, «Zeisberger's History,» 59–60. < <

[28] Alford, T. W., 1936, 23-25; afirmación de Anthony Shane, 12YY30, y John Ruddell a Lyman C. Draper, 5 de septiembre de 1884, 8YY40, ambos en los Tecumseh Papers, DC, WHS; J. Spencer, «Shawnee Indians», 391; Erminie Wheeler-Voegelin, «Noted Shawnee Leaders», 30. < <

[29] Heckewelder, J., 1819, 195-196; Jones, D., 1774, 38; Quaife, M. M. (ed.), 1917, 125-126; Ridout, T., 1929, 20; Alford, T. W., 1936, 38-40; Nelson, L. L. (ed.), 2002, 74-75, 79. < <

[30] Hulbert, A. B. y Schwarze, W. N. (eds.), 1910, 12-15; Jones, D., 1774, 53; Heckewelder, J., 1819, 202-207; Mark R. Harrington, «Shawnee Indian Notes», 41, 93-94. < <

[31] Quaife, M. M. (ed.), 1917, 88; Hulbert, A. B. y Schwarze, W. N. (eds.), 1910, 12-15; Mark R. Harrington, «Shawnee Indian Notes», 93. <<

[32] Schutz, N. W., 1925, 215-232, 481. < <

[1] Callender, C., 1978, 630; Tanner, H. H. (ed.), 1987, mapas 2, 3, y 9; Trowbridge, C. C., 1938, 8-9. < <

[2] White, R., 1991, 11, 35-49; Tanner, H. H. (ed.), *op. cit.*, 29-35, 169-173 y mapa 19. < <

[3] Gilbert, B., 1989, 43; Calloway, C. G., 2007, 2-12; Downes, R. C., 1977, 9, 17-23; Callender, C., *op. cit.*, 630-631. < <

[4] Hazard, S., 1853, vol. 4, 737-738. < <

[5] Callender, C., *op. cit.*, 631; Calloway, C. G., *op. cit.*, 13. < <

[6] Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, XIII-XIV; Galloway, W. A., 1934, 181; Callender, C., *op. cit.*, 623-624; Jones, D. A., 1774, 54; Calloway, C. G., *op. cit.*, 5; Voegelin, C. F. y Wheeler-Voegelin, E., 1935, 630. Existen múltiples transcripciones para cada división shawnee. Esto se debe en parte a la dificultad de trasladar al inglés palabras de un lenguaje que carece de ortografía. He optado por emplear las propuestas que aparecen en Galloway, W. A., *op. cit.*, pues son las más sencillas y tan precisas como cualquier otra. < <

[7] Voegelin, C. F. y Wheeler-Voegelin, E., *op. cit.*, 628; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.*, XVI-XVII; Gilbert, B., *op. cit.*, 9; Alford, T. W., 1936, 4; Mark R. Harrington, «Shawnee Indian Notes», 20, Erminie Wheeler-Voegelin Papers, AC, NL. < <

[8] Nelson, L. L. (ed.), 2002, 55; Spencer, J., 1908, 393-394; Jones, D. A., *op. cit.*, 52-53; Klinck, C. F. y Talman, J. J. (eds.), 1970, 188-189. <<

[9] Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.,* 3, 10; Downes, R. C., *op. cit.,* 4-5. < <

[10] Nelson, L. L. (ed.), *op. cit.*, 48; Smith, J., 1799, 13-17; Heckewelder, J., 1819, 221; Quaife, M. M. (ed.), 1917, 100-101. < <

[11] McClure, D., 1899, 87-88. < <

[12] Dowd, G. E., 1992, 15-16; Knowles, N., 1940, 151-152, 177-179; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.,* 21; Ridout, T., 1929, 24-25; Banta, R. E., 1949, 230-231; *London Chronicle,* 8 de septiembre de 1757; Loudon, A., 1808, vol. 1, 99-100. < <

[13] Hamilton, E. P. (ed.), 1990, 134; Jones, D. A., *op. cit.*, 55; Alford, T. W., *op. cit.*, 45; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.*, 11, 13. < <

[14] Voegelin, C. F., 36-37, 39-43; entrevista con John Johnston, 11YY11, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[15] Dowd, G. E., *op. cit.*, 3-7; Schutz, N. W., 1975, 215, 217-233, 499; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.,* 43. < <

[16] Downes, R. C., *op. cit.*, 7-8; Blair, E. H. (ed.), 1912, vol. 2, 187; White, R., *op. cit.,* 16, 21; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.,* 9; Heckewelder, J., *op. cit.,* 109-110. < <

[17] Hildreth, S. P., 1848, 484-486; Hulbert, A. B., 1906, 71-72,76; Quaife, M. M. (ed.), *op. cit.*, 80-83; Callender, C., *op. cit.*, 625; Tanner, H. H. (ed.), *op. cit.*, 5; Alford, T. W., *op. cit.*, 14-15. < <

[18] Harvey, H., 1855, 146-151; Callender, C., *op. cit.*, 624; Alford, T. W., *op. cit.*, 56-59; Nelson, L. L. (ed.), *op. cit.*, 71-73; Ridout, T., *op. cit.*, 20; Spencer, J., *op. cit.*, 392-393; Quaife, M. M. (ed.), *op. cit.*, 103-105; Mark R. Harrington, «Shawnee Indian Notes», 63. < <

[1] Faragher, J. M., 1992, 156-164; Hammon, N. O., 1999, 55-60; Thomas S. Hinde diary, 39YY225, Thomas S. Hinde Papers, DC, WHS; «Hinde's Letter, May 6, 1842», 326; «Hinde's Letter, May 30», 1842, 374; Metcalf, S. L., 1821, 20-21. < <

[2] Miriani, R., 1990,34; Schutz, N. W., 1975,371; Warren, S., 2014, 74–75; Calloway, C. G., 1992, 42; Alford, T. W., 1936, 201. < <

[3] Declaración de Anthony Shane, 12YY8, Tecumseh Papers, DC, WHS; Edmunds, R. D., 1983, 29-30; Sugden, J., 1997, 23. Gilbert, B., 1989, 101, afirma que el hecho de que Methoataske abandonase a sus hijos no tiene nada de inusual y que esto no tuvo ningún impacto emocional en ellos. Gilbert, sin presentar ninguna prueba, sostiene que «según la visión shawnee de las cosas, si Methoataske consideraba adecuado emigrar […] no había ninguna razón práctica por la que debiera sentirse culpable por ello, ni para que sus hijos pensasen que habían sido abandonados y rechazados cruelmente». Esta absurda idea ignora la vasta producción escrita de la época que demuestra que los shawnees amaban a sus hijos, ya fueran biológicos o adoptados, tanto como cualquier otro pueblo. Es evidente que Methoataske era la excepción a la regla. < <

[4] Greene, E. B., 1932, 192; Butterfield, C. W., 1873, 65-66; Lafferty, M. W., 1956, 300; «Bowman's Expedition against Chillicothe, May-June 1779», 449, 452, 454; Gilbert, B., *op. cit.*, 102-103; «Bowman's Campaign of 1779», 503-504; Talbert, C. G., 1953, 230-231. < <

[5] «Bowman's Campaign of 1779», 504-506; «Bowman's Expedition against Chillicothe, May-June 1779», 455-457; Talbert, C. G., *op. cit.*, 231-234; «Speech of the Delawares and Shawnees Assembled at the Upper Shawnee Village to Their Father Major DePeyster», 22 de agosto de 1780, H–1446, 383, Frederick Haldimand Papers, NAC. < <

[6] Calloway, C. G., *op. cit.*, 42-48. <<

[7] Erminie Wheeler-Voegelin Papers, «Noted Shawnee Leaders», 1; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, 29. < <

[8] «Alexander McKee a Arent S. DePeyster», 8 de julio de 1780, H-1446, 413-415, Frederick Haldimand Papers, NAC; Lafferty, M. W., *op. cit.*, 297-298; declaración de John Duncan, 29J25, George Rogers Clark Papers, relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY121, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[9] Lafferty, M. W., *op. cit.*, 297-299, 301, 303, 310-312, 320, 322, 325-326; *Kentucky Gazette,* 20 de octubre de 1826; Collins, L. y Collins, R. H., 1878, 327-328; entrevista a John Russell, 22S42–43, 58, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS. < <

[10] *Springfield Republican,* 17 de junio de 1880; White, R., 1991, 368; «Arent S. DePeyster al teniente coronel Boldon», 6 de agosto de 1780, H-1446, 445, Frederick Haldimand Papers, NAC; Randall, E. O., 1906, 427-428; Galloway, W. A., 1934, 77-78; Tanner, H. H., (ed.), 1987, 85; Sugden, J., 2000, 62-63. < <

[11] Randall, E. O., *op. cit.*, 434; Draper, «Notes on Tecumseh», 1YY10, Tecumseh Papers, DC, WHS; Drake, B., 1856, 68-69; Cass, L., 1832, 435; *Springfield Republican*, 12 de agosto de 1880. < <

[12] Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY122, y John Ruddell a Lyman C. Draper, 5 de septiembre de 1884, 8YY40, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; entrevista con Peter Navarre, 17S148, y entrevista con John Ruddell, 22S42-43, 58, ambos documentos en Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; Smelser, M., 1969, 33; Galloway, W. A., *op. cit.,* 122-123. < <

[1] Nelson, L. L. (ed.), 2002, 95; James Galloway a Benjamin Drake, 12 de enero de 1839, 8J256, George Rogers Clark Papers, y relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY122, Tecumseh Papers, ambos documentos en DC, WHS. < <

[2] Heckewelder, J., 1819, 245-246. < <

[3] Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, 21-22; Dowd, G. E., 1992, 10-11. < <

[4] Citado en Schutz, N. W., 1975, 254. < <

[5] Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.,* 22. < <

[6] Downing, F., 1820, 371-372. < <

[7] Harrison, W. H., 1839, 257; Smith, J., 1799, 11-12; Eid, L. V., 1988, 16; Heckewelder, J., *op. cit.*, 215-216; Knowles, N., 1940, 216; *Lewis Bond Journal*, 197, LC. < <

[8] Gipson, L. H. (ed.), 1938, 2-6; *A True History of the Massacre*…, 1-8; Mutterly, C., 1839, 425-431. < <

[9] Downes, R. C., 1977, 272-274; Brown, P. B., 1982, 324-331. < <

[10] Draper, «Notes on Tecumseh», 1YY10, Tecumseh Papers, DC, WHS; Faragher, J. M., 1992, 217-221; Metcalf, S. L., 1821, 28-31; «Battle of Blue Licks», 247-249. < <

[11] Entrevista a Thomas H. Waters, 18S201, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS. < <

[12] Talbert, C. G., 1955, 289-295; White, R., 1991, 403; Frederic Haldimand a Thomas Townsend, 23 de octubre de 1782, *MPHC,* 10: 663; Alexander McKee a Arent S. DePeyster, 15 de noviembre de 1782, H-1451: 1672-1673, y DePeyster a Frederick Haldimand, 21 de noviembre de 1782, H-1451: 1674-1676, ambos documentos en Frederick Haldimand Papers; Metcalf, S. L., *op. cit.*, 32. < <

[13] Citado en Calloway, C. G., 1992, 47. < <

[14] Calloway, C. G., 1985, 59. Respecto a la evolución de las políticas indias de británicos y americanos, *vid.* Horsman, R., 1967; Allen, R. S., 1988; y Calloway, C. G.: *op. cit.*, 1985. < <

[15] White, R., *op. cit.*, 418-419; Heckewelder, J., *op. cit.*, 104. < <

[16] Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1882, 1YY125-26, Tecumseh Papers, DC, WHS; Hulbert, A. B., 1906, 139; Thatcher, B. B., 1841, vol. 2, 186; Gilbert, B., 1989, 111. Sugden, J., 1997, 48-51, plantea que el ataque contra la batea tuvo lugar cinco años más tarde. Basa su suposición en unos relatos de la prensa de Kentucky que hablan de ataques de particular violencia que tuvieron lugar en la primavera de 1788, y en el relato de un inglés, Thomas Ridout, capturado aquel año en una batea emboscada por los shawnees. Pero Ridout nunca mencionó a Tecumseh en su relato, lo cual sin duda habría hecho, pues Ridout fue el agrimensor jefe del Canadá en la época de las victorias de Tecumseh en aquellos confines. Además, Ruddell insistió en que Tecumseh tenía quince años de edad cuando tuvo lugar el ataque a las bateas, lo cual lo situaría en 1783. Ridout, T., 1929, 3-11. < <

[17] Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.*, 29; John Ruddell a Lyman C. Draper, 5 de septiembre y 1 de noviembre de 1884, 8YY40, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[18] Entrevista a John Ruddell, 22S44-46, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; Sugden, J., 2000, 25-27. < <

[19] Calloway, C. G., 2015, 101; Quaife, M. M. (ed.), 1917, 89-90. < <

[20] El Tratado de Fort Finney también era conocido como el tratado de la boca del Little Miami. Hurt, R. D., 1997, 95-97; Sugden, J., *op. cit.*, 69-71; Denny, E., 1859, 73-76. < <

[21] Sugden, J., *op. cit.,* 72; White, R., *op. cit.*, 440; Talbert, C. G., 1956, 203-204. < <

[22] Entrevista a Henry Lee, 9BB60, Simon Kenton Papers, DC, WHS; Denny, E., *op. cit.*, 94; Nelson, L. L. (ed.), *op. cit.*, 77-78; Galloway, W. A., 1934, 91-92; Hurt, R. D., *op. cit.*, 99; Talbert, C. G., *op. cit.* < <

[23] Hurt, R. D., *op. cit.*, 98-100; Dowd, G. E., *op. cit.*, 95; «Speech of the United Indian Nations, at Their Confederate Council, 28th November and 18th December 1786», en *ASP-IA*, vol. 1, 8-9. < <

[24] Horsman, R., *op. cit.*, 40; White, R., *op. cit.*, 418. < <

[1] Tanner, H. H., 1987, 87, 92; Gilbert, B., 1989, 124; Denny, E., 1859, 105; Thornbrough, G., 1957, 120, 166. < <

[2] Sugden, J., 2000, 76-84, y 1997, 48-51; relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY123, Tecumseh Papers, DC, WHS; Ridout, T., 1929, 3-11; Drake, B., 1856, 69. < <

[3] Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, 28-29; «Memorandum of Conversation with Simon Kenton, February 13, 1833», 5BB109, Simon Kenton Papers, DC, WHS; entrevista a Joseph McCormick, 3YY109, relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY132, declaración de Anthony Shane, 12YY6, 31, y John Johnston a Benjamin Drake, 14 de noviembre de 1821, 11YY17, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; *Phoenix Civilian,* 22 de diciembre de 1838; Johnston, J., 1915, 12; Voegelin, C. F., 1954, 37. <<

[4] Sugden, J., 1997, 52-53; Gilbert, B., *op. cit.*, 125; declaración de Anthony Shane, 12YY6, y relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY126, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS. <<

[5] Thornbrough, G., *op. cit.*, 167; Tanner, H. H., *op. cit.*, 14-15; relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY126, y declaración de Anthony Shane, 12YY36, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Wickliffe, C. A., 1962, 48; Randall, E. O., 1906, 435; entrevista a William Walker, 11U74, Frontier War Papers, DC, WHS; Drake, B., *op. cit.*, 69. < <

[6] Houck, L., 1909, vol. 1, 316-318; *Louisiana Gazette,* 30 de junio de 1811; relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY126, Tecumseh Papers, DC, WHS; Sugden, J., *op. cit.*, 55-56. En los relatos de la época de sus actividades con los chickamaugas, Cheeseekau es llamado el guerrero shawnee. Un argumento convincente de que Cheeseekau y el guerrero shawnee eran el mismo hombre, argumento con el que estoy de acuerdo, en Sugden, J., *op. cit.*, 421, 22n. También comparto la conclusión de Sugden de que Tecumseh acompañó a su hermano mayor, lo cual era el comportamiento cultural correcto por su parte. La narración de las aventuras de Tecumseh en Tennessee se basa en esta premisa. < <

[7] Pate, J. P., 1969, ii-iv, 52-53, 70-81. < <

[8] Dowd, G. E., 1992, 47-48, 51, 92-94; Arent S. DePeyster a Allan MacLean, 5 de marzo de 1783, *MPHC*, 20, 96. < <

[9] Pate, J. P., *op. cit.*, 2, 8, 10-11, 20-21, 129-131, 159-164, 176; «Description of Five Cherokee Towns Lying Northwest of Chatanuga [*sic*] Mountain», en *ASP-IA*, 1, 264; Smith, D., 1796, 1-2; Goodpasture, A. V., 1918, 161; Connelly, T. L., 1964, 14. < <

[10] John Douty a Josiah Harmar, 2W201, Josiah Harmar Papers, DC, WHS; Smith, W. H., 1882, vol. 2, 148; *Providence Gazette,* 5 de junio de 1790; *Minutes of Debates*…, 1792, 11-12; «Statement of Causes of the Indian War», en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 2, 364; Henry Knox a Mr. Doughty, 16 de junio de 1790, Henry Knox Papers, Gilder Lehrman Institute. < <

[11] Caughey, J. W., 1938, 258-259; Sugden, J., *op. cit.*, 60. < <

[12] Entrevista a John Ruddell, 22S53-54, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS. < <

[13] Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY124 y declaración de Anthony Shane, 12YY31, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[14] Drake, B., *op. cit.*, 71; declaración de Anthony Shane, 12YY36, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[15] White, R., 1991, 448, 453-455; «Statement of Causes of the Indian War», en Carter, C. E. (ed.), *op. cit.*, vol. 2, 362-363; George Washington al senado, 25 de mayo de 1789, en *ASP-IA,* vol. 1, 5-7. <<

[16] «Arthur St. Clair al secretario de guerra, 28 de septiembre de 1788», en Carter, C. E. (ed.), *op. cit.*, vol. 2, 89. < <

[17] Whittlesey, C., 1874, 5-6. < <

[18] George Washington al senado, 25 de mayo de 1789, en *ASP-IA,* vol. 2, 7. < <

[19] Downes, R. C., 1977, 314; Thornbrough, G., *op. cit.*, 268-269; Goltz, H. C., 1973, 35. < <

[20] Horsman, R., 1967, 44; Calloway, C. G., 2015, 161. < <

[21] Quaife, M. M., 1918, 43; Denny, E., *op. cit.*, 153. < <

[22] Kinnan, M. L., 1795, 5-8; Hildreth, S. P., 1848, 300-304; Lyman C. Draper, «Notes on Tecumseh», 1YY10, y John Ruddell a Lyman C. Draper, 15 de noviembre de 1884, 8YY43, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Randall, E. O., *op. cit.*, 434. < <

[23] Declaración de Anthony Shane, 12YY36-37, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[24] Calloway, C. G., *op. cit.*, 85-92, 109-113; Quaife, M. M., *op. cit.*, 69, 71; Winkler, J. F., 2011, 49. < <

[25] Declaración de Anthony Shane, 12YY37-38, y relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY127, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Denny, E., *op. cit.*, 162-168; Winkler, J. F., *op. cit.*, 55, 83; Calloway, C. G., *op. cit.*, 127-128. < <

[26] Brickell, J., 1842, 50. < <

[27] Cass, L., 1832, 436; relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY124, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[28] James Galloway a Benjamin Drake, 12 de enero de 1839, George Rogers Clark Papers, DC, WHS. < <

[1] Horsman, R., 1967,44-45, y 1970, 41-43; Calloway, C. G., 2018, 328-340; «XIII. Population of the Northwest Territory, 31 January 1791», *Founders Online,* National Archives, disponible en <**https://founders.archives.gov/documents/Jefferson/01-18-02-0110-0026**>. < <

[2] Downes, R. C., 1977, 320; Hogeland, W., 2017, 183-184; Sugden, J., 2000, 129-133; «Indian Council at the Glaize», en Cruikshank, E. A. (ed.), 1931, vol. 1, 220. < <

[3] Drake, B., 1856, 71-72; declaración de Anthony Shane, 12YY25, 38-39, y John Ruddell a Lyman C. Draper, 15 de noviembre de 1884, 8YY43, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[4] Drake, B., *op. cit.*, 72; «Memorandum of Conversation with Simon Kenton, February 13, 1833», 5BB109, y «Muster Roll of Captain Simon Kenton's Company of Militia Ordered into Service to Repel the Invasion of the Indians, April 7, 1792», 6BB98, ambos documentos en los Simon Kenton Papers, DC, WHS. < <

[5] McFarland, R. W., 1904, 5-32; McClung, J. A., 1872, 199; Collins, L. y Collins, R. H., 1878, 572-573; Kenton, E., 1930, xxii-xxiii, 216-218; entrevista con Benjamin Whiteman, 5BB1, Simon Kenton Papers, DC, WHS; *Highland County Weekly News,* 13 de diciembre de 1866. < <

[6] Kenton, E., *op. cit.*, 219-220; entrevista a Benjamin Whiteman, 5BB1, y «Memorandum of Conversation with Simon Kenton, February 13, 1833», 5BB109, ambos documentos en Simon Kenton Papers, DC, WHS; Jahns, P., 1962, 237. El campamento de Tecumseh estaba en la confluencia del brazo oriental del río Little Miami y el arroyo de Dodson, a unos 3 kilómetros de la actual Lynchburg, Ohio. < <

[7] Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY129-31, y entrevista a John Ruddell, 8YY48, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; «Muster Roll of Captain Simon Kenton's Company of Militia Ordered into Service to Repel the Invasion of the Indians, April 7, 1792», 6BB98, Simon Kenton Papers, DC, WHS; Collins, L. y Collins, R. H., *op. cit.*, 574; Drake, B., *op. cit.*, 75; *Highland County Weekly News*, 13 de diciembre de 1866; Kenton, E., *op. cit.*, 222. < <

[8] William Blount a Henry Knox, 26 de septiembre de 1792, en *ASP-IA,* 1:290; Lyman C. Draper, «Notes on Tecumseh», 1YY14, Tecumseh Papers, DC, WHS; Connelly, T. L., 1964, 15; Goodpasture, A. V., 1918, 181, 185-186. < <

[9] *Philadelphia General Advertiser,* 4 de octubre de 1792; Goodpasture, A. V., 1918, 182-183; William Blount a Henry Knox, 11 de septiembre de 1792, y «Miro District casualties», en *ASP-IA,* vol. 1, 276, 330; Ramsey, J. G. M., 1853, 563. < <

[10] Declaración de Pájaro Rojo (Red Bird), 15 de septiembre de 1792, y William Blount a Henry Knox, 26 de septiembre de 1792, en *ASP-IA*, vol. 1, 282, 290-291. Cuando la guerra con los de Tennessee se hizo inevitable, Charley el Necio cambió de bando y puso al mando de John Watts un contingente de guerreros chickamauga durante la invasión del Tennessee central de septiembre de 1792. < <

[11] Narración de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2Y122, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[12] William Blount a Henry Knox, 26 de septiembre y 8 de noviembre de 1792, en *ASP-IA*, vol. 1, 290, 328. < <

[13] William Blount a Henry Knox, 26 de septiembre de 1792, en *ASP-IA*, vol. 1, 290. < <

[14] Goodpasture, A. V., *op. cit.*, 190-191; William Blount a Henry Knox, 10 de octubre de 1792, en *ASP-IA*, vol. 1, 294. < <

[15] Goodpasture, A. V., *op. cit.*, 192-193; Connelly, T. L., 1964, 15. < <

[16] William Blount a Henry Knox, 26 de septiembre de 1792, en *ASP-IA*, vo.. 1, 290; Connelly, T. L., *op. cit.*, 16. < <

[17] *Ibid.*, 16; narración de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY126-27, Tecumseh Papers, DC, WHS; Carr, J., 1852, 79. < <

[18] William Blount a Henry Knox, 10 de octubre de 1792, y «Account of the attack on Buchanan's Station», en *ASP-IA*, vol. 1, 294-295; James Robertson a William Blount, 7 de noviembre de 1792, 4XX14, y entrevista a John Buchanan Todd, 6XX64, ambos documentos en Tennessee Papers, DC, WHS; Lyman C. Draper, «Notes on Tecumseh», 1YY13, Tecumseh Papers, DC, WHS; Goodpasture, A. V., *op. cit.*, vol. 1, 194-195; [Washington, T] «The Attack on Buchanan's Station», 378, 381, 426; Sugden, J., 1997, 74-76; *Illinois State Journal*, 15 de marzo de 1834; Knapp, S. L., 1829, 211; *Philadelphia General Advertiser,* 29 de noviembre de 1792. < <

[19] William Blount a Henry Knox, 10 de octubre de 1792, en *ASP-IA*, vol. 1, 294. < <

[20] «The Indian Council at the Glaize», en Cruikshank, E. A. (ed.), 1931, vol. 1, 220, 227; Tanner, H. H., 1978, 15-17; Dowd, G. E., 1992, 103-104. Los puestos militares que Poste Rojo quería que los estadounidenses destruyeran eran Fort Hamilton y Fort Jefferson, construidos en 1791 al norte de Cincinnati. < <

[21] Tanner, H. H., *op. cit.*, 17-20; Quaife, M. M. (ed.), 1917, 90-92; Hutton, P. A., 1978, 184, 186. < <

[22] Tanner, H. H., *op. cit.*, 17; «Daily Journal of Wayne's Campaign», 316-317; Brickell, J., 1842, 52. < <

[23] Tanner, H. H., *op. cit.*, 21-23, y 1979, 23-33. < <

[24] *Kentucky Gazette,* 20 de abril de 1793, «Examination of two Shawanese warriors, taken prisoner on the Miami of the Lake on the 22d instant, June [1794]», en *ASP-IA*, vol. 1, 489. < <

[25] Kenton, E., *op. cit.*, 226-229; *Kentucky Gazette,* 20 de abril de 1793; narración de Stephen D. Ruddell, 22 de enero de 1822, 2YY131, Tecumseh Papers, DC, WHS; «Memorandum of Conversation with Simon Kenton, February 13, 1833», 5BB109, Simon Kenton Papers, DC, WHS; Collins, L. y Collins, R. H., *op. cit.*, 374-375; Drake, B., *op. cit.*, 76-79. Shane dijo que Tecumseh llevaba mujeres y niños. Ruddell no dijo que los llevase y parece altamente improbable. Declaración de Anthony Shane, 12YY40, Tecumseh Papers. < <

[26] Onderdonk, H. Jr., 8, LC. < <

[27] Pension Application of John Waggoner S7824, RG 93, M804, NA; Drake, S. G., 1860, 616; Onderdonk, H. Jr., 7, LC; Withers, A. S., 1895, 408-410; James Woods al gobernador de Virginia, 10 de mayo de 1793, en McRae, S. (ed.), 1875-1896, 366. < <

[28] Nelson, L. L. (ed.), 2002, 88; James Woods al gobernador de Virginia, 10 de mayo de 1793, en McRae, S. (ed.), *op. cit.*, 366. < <

[29] «Examination of two Shawanese warriors, taken prisoner on the Miami of the Lake on the 22d instant, June [1794]», en *ASP-IA*, vol. 1, 489; narración de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY131, Tecumseh Papers, DC, WHS; Drake, B., *op. cit.*, 79. < <

[30] Citado en Calloway, C. G., *op. cit.*, 416. <<

[31] *Ibid.*, 420-421; Downes, R. C., 1977, 323-324. < <

[32] Hogeland, W., 2017, 323-324; Nelson, L. L., 1992, 44-46. < <

[1] Hogeland, W., 2017, 326-327; «Extract of a Letter from Lieutenant Pilkington, July, 7, 1794», en Cruikshank, E. A. (ed.), 1931, vol. 5, 309; entrevista a John Johnston, 11Y11, Tecumseh Papers, DC, WHS. <<

[2] «Examination of Two Pattawattamies [*sic*], captured on the north side of the Miami of the Lake, on the 5th of June 1794», en *ASP-IA,* 1, 489-490; Matthew Elliott a Alexander McKee, 20 de junio de 1794, y «Diary of an Officer», en Cruikshank, E. A. (ed.), *op. cit.,* vol. 5, 90-91; Sugden, J., 2000, 159-164. < <

[3] «Diary of an Officer», en Cruikshank, E. A. (ed.), *op. cit.,* vol. 5, 91-92; Nelson, L. L. (ed.), 2002, 108-109; Sugden, J., *op. cit.*, 164; Carter, H. L., 1987, 130-131; Klinck, C. F. y Talman, J. J. (eds.), 1970, 181-183. < <

[4] Nelson, L. L. (ed.), *op. cit.*, 109, y 1992, 48-50; Alexander McKee a Joseph Chew, 7 de julio de 1794, en Cruikshank, E. A. (ed.), *op. cit.,* vol. 5, 310; Anthony Wayne a Henry Knox, 7 de julio de 1794, en *ASP-IA*, 1, 487-488. < <

[5] Nelson, L. L. (ed.), 2002, 109-110. < <

[6] «Diary of an Officer», y Alexander McKee a Joseph Chew, 7 de julio de 1794, en Cruikshank, E. A. (ed.), *op. cit.,* vol. 5, 94, 310; Sugden, J., *op. cit.*, 167-168. < <

[7] R. G. England a John Simcoe, 22 de julio de 1794, en Cruikshank, E. A. (ed.), *op. cit.,* vol. 5, 334; Carter, H. L., *op. cit.*, 131-132. < <

[8] Drake, S. G., 1860, 572; Carter, H. L., *op. cit.*, 134. < <

[9] Brickell, J., 1842, 52; Nelson, L. L. (ed.), *op. cit.*, 113. < <

[10] Winkler, J. F., 2013, 29, 69; Sword, W., 1985, 297-298; «Examination of a Shawnee Prisoner, August 11, 1794», en *ASP-IA*, 1, 494. < <

[11] Entrevista a John Ruddell, 22S54, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; John Ruddell a Lyman C. Draper, 5 de septiembre de 1884, 8YY40, Tecumseh Papers, DC, WHS; Drake, B., 1856, 81; Edmunds, R. D., 1983, 31; *Liberty Hall,* 25 de diciembre de 1811. < <

[12] Nelson, L. L. (ed.), *op. cit.*, 113-114; Carter, H. L., *op. cit.*, 135. < <

[13] John Ruddell a Lyman C. Draper, 5 de septiembre de 1884, 8YY40, y declaración de Anthony Shane, 12YY40, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Winkler, J. F., *op. cit.*, 69, 74; Sugden, J., *op. cit.*, 176-178; Anthony Wayne a Henry Knox, 28 de agosto de 1794, en *ASP-IA*, 1, 491. < <

[14] Declaración de Anthony Shane, 12YY41-42, Tecumseh Papers, DC, WHS; Drake, B., *op. cit.*, 81-82; Winkler, J. F., *op. cit.*, 75, 79. < <

[15] Sugden, J., 1997, 90; Nelson, L. L. (ed.), *op. cit.*, 115. < <

[16] Alexander McKee a Joseph Chew, 20 de septiembre de 1794, en *MPHC*, vol. 20, 372. < <

[17] Carter, H. L., *op. cit.*, 136; Sugden, J., 2000, 181; Brickell, J., *op. cit.*, 53. < <

[18] Lyman C. Draper, «Notes on Tecumseh», 1YY18, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[19] «Treaty of Greenville», en *ASP-IA*, 1, 561-563; Owens, R. M., 2002, 408-409; Dowd, G. E., 1992, 113-114. < <

[20] «Return of Numbers of Indians Present at Greenville», en *ASP-IA*, 1, 582; Heath, W., 2010, 219-228; Thomas Forsyth a William Clark, 23 de diciembre de 1812, 9T49, Thomas Forsyth Papers, DC, WHS. Un total de 1130 indios estuvieron presentes en el congreso de Greenville. Los delawares dominaban en número, con 381, seguidos de los potawatomis con 240, los wyandot con 180, los shawnees con 180, y los miamis con 73. < <

[21] Carter, H. L., *op. cit.*, 147; Bottiger, P., 2016, 38-41; Calloway, C. G., 2018, 443; «Treaty of Greenville», en *ASP-IA*, 1, 568, 583; Drake, B., *op. cit.*, 39-42; Sugden, J., *op. cit.*, 206-210; Warren, S., 2014, 15. <<

[22] Edmunds, R. D., 1993, 256. < <

[23] Declaración de Anthony Shane, 12YY43, y Lyman C. Draper, «Notes on Tecumseh», 1YY19, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Lankford, G. E., 1990, 217; *Boston Gazette,* 13 de julio de 1795. < <

[24] Drake, B., *op. cit.*, 43-44; declaración de Anthony Shane, 12YY44, Tecumseh Papers, DC, WHS; Warren, S., *op. cit.*, 24. < <

[25] Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY133, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[26] Cass, L., 1832, 435; Drake, B., *op. cit.*, 83, 84, 224; declaración de Anthony Shane, 12YY44, Tecumseh Papers, DC; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, 27. < <

[27] Declaración de Anthony Shane, 12YY44, Tecumseh Papers, DC, WHS; Hill, L. U., 1957, 24; Drake, B., *op. cit.*, 225. < <

[28] Declaración de Anthony Shane, 12YY32-33, y John Johnston a Benjamin Drake, 13 de noviembre de 1821, 11YY17, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Jones, D. A., 1774, 55-56; Heckewelder, J., 1819, 154. < <

[29] Brown, R. C., 1883, 286-287. < <

[30] Galloway, W. A., 1934, 121-123, 166-167; entrevista a Simon Kenton, 5BB10, Simon Kenton Papers, DC, WHS; Lyman C. Draper, «Notes on Tecumseh», 1YY20, Tecumseh Papers, DC, WHS; James Galloway a Benjamin Drake, 12 de enero de 1839, 8J245, George Rogers Clark Papers, DC, WHS. < <

[31] Sugden, J., 1997, 100-101. < <

[32] Entrevista a John Johnston, 11YY11, Tecumseh Papers, DC, WHS.
<<

[33] James Galloway a Benjamin Drake, 12 de enero de 1839, 8J245-46, George Rogers Clark Papers, DC, WHS; *Western Spy and Hamilton Gazette,* 27 de agosto de 1799. < <

[34] El gobernador de Míchigan, Lewis Cass, redactó las palabras críticas contra la capacidad disertadora de Tecumseh más de una década después de la muerte de este. Es más, Tenskwatawa estaba con Cass cuando este escribió la opinión en la que criticaba al Tecumseh orador. Tenskwatawa se había convertido en el informador de Cass sobre las tradiciones indias y la vida de Tecumseh, por lo que es razonable asumir que Cass estaba repitiendo las ideas de Lalawethika. *Vid.* Cass, L., 1826, 99. < <

[35] *Philadelphia Gazette*, 6 de septiembre de 1799. < <

[1] Gunderson, R. G., 1993, 3, 6, 8-15, 18-19; Skaggs, D. C., 2014, 5-7; «General Wayne's Orderly Book», en *MPHC*, vol. 34, 396-397, 461; Johnston, J., 1915, 28. < <

[2] Dawson, M., 1824, 3-4; Barnhart, J. D., 1951, 56-57, 59, 60, 65; William Henry Harrison a sus votantes, 14 de mayo de 1800, en *MLWHH*, vol. 1, 13-14; Cayton, A. R. I., 1978, 174-176; Horsman, R., 1970, 73. < <

[3] Dawson, M., *op. cit.*, 5; Greene, E. B., 1932, 190; MacLean, J. P., 1904, 242; Bottiger, P., 2016, 74, y 2011, 92; Ogg, F. A., 1921, 115-116; Hover, J. C. (ed.), 1919, 265-266; Bird, H., 1815, 122; William Henry Harrison a James Findlay, 15 de octubre de 1801, en *MLWHH*, vol. 1, 34-35; *Chicago Tribune,* 6 de marzo de 1886. < <

[4] C. C. Trowbridge a Lyman C. Draper, 12 de julio de 1882, 5YY1; John Ruddell a Lyman C. Draper, 5 de septiembre de 1884, 8YY40; y J. M. Finch a Lyman C. Draper, 8 de junio de 1890, 8YY18, todos los documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[5] Gipson, L. H. (ed.), 1938, 67, 96, 121-122, 156-157, 164-167, 184, 364; White, R., 1991, 497; Mills, R. J., 2003, 6-7. < <

[6] *New York American,* 17 de noviembre de 1826; Warren, S., 2005, 74-76. < <

[7] Carter, H. L., 1987, 159-162, 164; Hill, L. U., 1957, 17; «A Summary Account…», 16-17. < <

[8] Woehrmann, P., 1971, 84-85, 142-143. < <

[9] Cayton, A. R. I., *op. cit.*, 202-203; Hill, L. U., *op. cit.*, 24. < <

[10] Volney, C. F., 1804, 352-354. < <

[11] William Henry Harrison a Henry Dearborn, 13 de julio de 1801, en *MLWHH*, vol. 1, 24-29. < <

[12] Cayton, A. R. I., *op. cit.*, 200; White, R., *op. cit.*, 489-491; Lincoln, B., 1836, 152-153; Hulbert, A. B. y Schwarze, W. N. (eds.), 1910, 14. <<

[13] «Proclamation Forbidding Traders from Selling Liquor to Indians in and around Vincennes», 20 de julio de 1801, y William Henry Harrison a Henry Dearborn, 26 de febrero de 1802, en *MLWHH*, vol. 1, 31-32, 41; Henry Dearborn a William Henry Harrison, 23 de febrero de 1802, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 7, 49. < <

[14] John Johnston, «Tecumseh Notes», 11YY11, 18, Tecumseh Papers, DC, WHS; Johnston, J., *op. cit.*, 11; McKenney, T. L. y Hall, J., 1836-1844, 326-332; White, R., *op. cit.*, 494-495; Bacon, D., 1944, 34-36. < <

[15] Edmunds, R. D., 1990, 2-3; Miriani, R., 1990, 38; Lakomäki, S., 2014, 607-608. < <

[16] Wallace, A. F. C., 2001, 224-226; Owens, R. M., 2002, 405-406; Horsman, R., 1992, 47; Wood, G. S., 2009, 357. < <

[17] Citado en *Ibid.*, 358. <<

[18] Thomas Jefferson a William Henry Harrison, 27 de febrero de 1803, en *MLWHH*, vol. 1, 69-71. < <

[19] White, R., *op. cit.*, 496; Wallace, A. F. C., *op. cit.*, 227-234; Bottiger, P., 2016, 42; Owens, R. M., *op. cit.*, 414-425; William Henry Harrison a Henry Dearborn, 26 de agosto de 1805, en *MLWHH*, vol. 1, 163-164; Henry Dearborn a Thomas Jefferson, 12 de enero de 1805, en Carter, C. E. (ed.), *op. cit.*, vol. 7, 255-256. < <

[20] Declaración de Anthony Shane, 12YY34, Tecumseh Papers, DC, WHS; [Procter, G. y Procter, H.], 1823, 341; Schoolcraft, H. R., 1839; *Travels,* 139; Thatcher, B. B., 1841, vol. 2, 185. < <

[21] «Address of Thomas F. McGraw on the Anniversary of Clark's Attack on Piqua», recorte de prensa sin identificar, 8J8, George Rogers Clark Papers, DC, WHS; *Virginia Argus,* 8 y 22 de junio de 1803; Drake, B., 1856, 84-85. < <

[22] *Ibid.*, 21-22; Lakomäki, S., *op. cit.*, 610. < <

[1] Sugden, J., 1997, 110. < <

[2] Stocker, H. E., 1915-1917, 322-326. < <

[3] McKenney, T. L. y Hall, J., 1836-1844, vol. 1, 66. C. C. Trowbridge a Lyman C. Draper, 12 de julio de 1882, 5YY1; John Ruddell a Lyman C. Draper, 4 de septiembre de 1884, 8YY40; Charles Tucker a Lyman C. Draper, 26 de junio de 1887, 3YY112; J. M. Finch a Lyman C. Draper, 8 de junio de 1890, 8YY18; y, notas de John Conner, 7YY21, todos estos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Cass, L., 1826, 99; Thomas Forsyth a William Clark, 23 de diciembre de 1812, 9T50, Thomas Forsyth Papers, DC, WHS; Andrews, E. D., 1972, 222; Radin, P., 1923, 70-71. < <

[4] Edmunds, R. D., 1983, 32; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, 35-36; Wheeler-Voegelin, «Noted Shawnee Leaders», 15, Erminie Wheeler-Voegelin Papers, AC, NL. < <

[5] MacLean, J. P., 1903, 223; Law, J., 1858, 100; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 29-33; Eckert, A. W., 1992, 760n. < <

[6] Dowd, G. E., 1992, xvii-xviii, 23-39; Edwards, J., 1989, 233-334.
< <

[7] MacLean, J. P., *op. cit.*, 222-223; Quaife, M. M. (ed.), 1917, 126-127; Ogg, F. A., 1921, 126-128; McNemar, R., 1846, 20-28; White, R., 1991, 504; Stocker, H. E., *op. cit.*, 323. < <

[8] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 33; Cayton, A. R. I., 1978, 206; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.*, 24-25. < <

[9] Andrews, E. D., *op. cit.*, 122-123; MacLean, J. P., *op. cit.*, 223-224; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.*, 41; Stocker, H. E., *op. cit.*, 333; Mooney, J., 1896, 673, 678. < <

[10] Andrews, E. D., *op. cit.*, 123; Thatcher, B. B., 1841, vol. 2, 189; Cass, L., 1832, 446; J. M. Finch a Lyman C. Draper, 8 de junio de 1890, 8YY18, Tecumseh Papers, DC, WHS; Thomas Forsyth, «Sketch of Tecumseh», 8T54, Thomas Forsyth Papers, DC, WHS; Spencer, J., 1908, 387; Cayton, A. R. I., *op. cit.*, 206. < <

[11] Lankford, G. E., 1990, 217; Spencer, J., *op. cit.*, 387; John Ruddell a Lyman C. Draper, 15 de noviembre de 1884, 8YY40 y Stephen D. Ruddell a Lyman C. Draper, 6 de agosto de 1884, 8YY29, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; entrevista a John Ruddell, 22S46, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS. Anthony Shane afirmó que Tecumseh no creía en los sueños y profecías de su hermano, pero que las aceptaba por una cuestión política, de modo que utilizaba a Lalawethika «para reforzar sus designios». Declaración de Anthony Shane, 12YY47, Tecumseh Papers. Los comentarios de Shane, en verdad, suenan falsos, si se consideran las misiones que Tecumseh emprendió en nombre de su hermano, su profesión de fe y la relación entre ambos, que era más bien simbiótica. < <

[12] Andrews, E. D., *op. cit.*, 123; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.*, 41. < <

[13] Andrews, E. D., *op. cit.*, 118; Drake, B., 1856, 86; Bottiger, P., 2016, 53-55; Andrews, E. D., *op. cit.*, 123, 126; J. Spencer, J., *op. cit.*, 389-390. < <

[14] Mooney, J., *op. cit.*, 672; declaración de Anthony Shane, 12YY10, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[15] Declaración de Anthony Shane, 12YY4, Tecumseh Papers, DC, WHS; «Speech of Indian Chief [Le Maigouis] to Various Tribes», en *MPHC,* 40, 127-128. < <

[16] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 36-37; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.*, 45-46; Gipson, L. H. (ed.), 1938, 392; Mooney, J., *op. cit.*, 671. < <

[17] Declaración de Anthony Shane, 12YY10-12, Tecumseh Papers, DC, WHS; Thomas Forsyth a William Clark, 23 de diciembre de 1812 y 15 de enero de 1827, 9T50-54, Thomas Forsyth Papers, DC, WHS; Thomas Worthington y Duncan McArthur a Thomas Kirker, 22 de septiembre de 1807, 7BB49, Simon Kenton Papers, DC, WHS; Sass, H. R., 1940, 31-32; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), *op. cit.*, 41-42; Gipson, L. H. (ed.), 1938, 392; Mooney, J., *op. cit.*, 671-672; MacLean, J. P., *op. cit.*, 224; «Speech of Indian Chief [Le Maigouis] to Various Tribes», en *MPHC,* 40, 127-128; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 37-40; Schutz, N. W., 1975, 178-179; J. Tanner, J., 1830, 155-158. < <

[18] Dawson, M., 1824, 82; Gipson, L. H. (ed.), *op. cit.*, 402. < <

[19] Gipson, L. H. (ed.), 1938, 403. < <

[20] Brady, A. W., 1919-1920, 293; Thomas Moore a Edward Tiffin, 16 de febrero de 1806, 7BB22; declaración jurada de Charles McConnell, 16 de febrero de 1806, 7BB23; y, Tiffin a Moore, 19 de febrero de 1806, 7BB26, todos incluidos en Simon Kenton Papers, DC, WHS; Tiffin a Thomas Worthington, 20 de febrero y 20 de marzo de 1806, Thomas Worthington Papers, OHC; *Scioto Gazette,* 17 de abril de 1806. <<

[21] *Scioto Gazette*, 17 de abril de 1806. < <

[22] Miller, J., 1994, 248-253; Cave, A. A., 1995, 454; Stocker, H. E., *op. cit.*, 320. < <

[23] Brady, A. W., *op. cit.*, 293; Miller, J., *op. cit.*, 254; Gipson, L. H. (ed.), 1938, 407, 409, 411-413; Goltz, H. C., 1973, 75; Drake, B., *op. cit.*, 91. < <

[24] Miller, J., *op. cit.*, 258-259; Gipson, L. H. (ed.), 1938, 111. <<

[25] White, R., *op. cit.*, 499; Miller, J., *op. cit.*, 257; declaración de Anthony Shane, 12YY12-13, Tecumseh Papers, DC, WHS; Gipson, L. H. (ed.), 1938, 412. < <

[26] Declaración de Anthony Shane, 12YY13, Tecumseh Papers, DC, WHS; Gipson, L. H. (ed.), 1938, 415, 558; Miller, J., *op. cit.*, 254-255. <<

[27] White, R., *op. cit.*, 499; Gipson, L. H. (ed.), 1938, 559; declaración de Anthony Shane, 12YY14, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[28] Gipson, L. H. (ed.), 1938, 416-417, 420-422, 428-429, 433; declaración de Anthony Shane, 12YY16-18, Tecumseh Papers, DC, WHS; Thatcher, B. B., *op. cit.*, vol. 2, 198; Miller, J., *op. cit.*, 260-261; David Zeisberger a John Heckewelder, 10 de mayo de 1806, Northwest Territory Collection, IHS; Goltz, H. C., *op. cit.*, 79. < <

[1] Badger, J., 1851, 99-100, 114, 145; *Poulson's American Daily Advertiser,* 22 de octubre de 1806; [Meek, B.] «Tarhe-the Crane», 68-69. < <

[2] William Henry Harrison a los Delaware, comienzos de 1806, en *MLWHH*, vol. 1, 182-183. < <

[3] *Connecticut Journal*, 28 de agosto de 1806; Goltz, H. C., 1973, 73; Horsman, R., 1964, 168-169. < <

[4] Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, 37; *Connecticut Journal*, 28 de agosto de 1806; Badger, J., *op. cit.*, 146. < <

[5] Declaración de Anthony Shane, 12YY20, 30, Tecumseh Papers, DC, WHS; Edmunds, R. D., 1983, 48-49; Sugden, J., 2000, 238. < <

[6] *Connecticut Journal*, 28 de agosto de 1806; *Republican Star*, 2 de septiembre de 1806. < <

[7] Cass, L., 1834, 130; Sugden, J., *op. cit.*, 239-241; Edmunds, R. D., 1999, 168-169; Dawson, M., 1824, 84; *Otsego Herald,* 18 de septiembre de 1806. < <

[8] *Otsego Herald*, 18 de septiembre de 1806; Goltz, H. C., *op. cit.*, 78. <<

[9] Andrews, E. D., 1972, 120-126; MacLean, J. P., 1903, 220-226; McNemar, R., 1846, 123-129; *Liberty Hall*, 24 de octubre de 1810. <<

[10] Farmer, S., 1884, 373, 489-490; Ross, R. B. y Catlin, G. B., 1898, 277; consejo de sauks, ottawas, foxes y potawatomis celebrado en Amherstburg, 8 de junio de 1805, RG 10, vol. 26, 15578-15582, NAC; White, R., 1991, 512. < <

[11] William Wells a Henry Dearborn, 19 y 25 de abril de 1807, RG 107, M221, NA. < <

[12] Cass, L., *op. cit.*, 103-104. < <

[13] Radin, P., 1923, 71-72. < <

[14] «Speech of Indian Chief [Le Maigouis] to Various Tribes», en *MPHC*, vol. 40, 127-128; *Philadelphia Gazette,* 24 de enero de 1812. <<

[15] Heath, W., 2015, 312-313; Relato de Anthony Shane, 12YY47-51, Tecumseh Papers, DC, WHS; Carter, H. L., 1987, 187; Goltz, H. C., *op. cit.*, 83-84; Brice, W. A., 1868, 172; «Speech to the Shawnees Residing at Greenville, April 22», incluido en William Wells a Henry Dearborn, 25 de abril de 1807, RG 107, M221, NA. < <

[16] Relato de Anthony Shane, 12YY51-54, Tecumseh Papers, DC, WHS; Goltz, H. C., 1973, 84-85. < <

[17] Heath, W., *op. cit.*, 313-314. < <

[18] *Chillicothe Fredonian*, 28 de mayo de 1807; James Vance a Benjamin Drake, 2YY110-13, Tecumseh Papers, DC, WHS; entrevista a Benjamin Whiteman 1846, 9BB1, Simon Kenton Papers, DC, WHS. <<

[19] Sugden, J., 1997, 132-133. < <

[20] «Roundhead's Address to Benjamin Whiteman on Murder of Boyer», 3YY72-73, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[21] Entrevista a William Dugan, 8J87, George Rogers Clark Papers, DC, WHS; «Memorandum of Conversation with Simon Kenton, 13 de febrero de 1833», 5BB106-109, DC, WHS; entrevista a Benjamin Whiteman 1846, 9BB1, Simon Kenton Papers, DC, WHS; *Cincinnati Gazette,* 4 de noviembre de 1841. < <

[22] Pezuña Negra a Benjamin Whiteman, 15 de junio de 1807, 5U181, Frontier War Papers, DC, WHS; «Proceedings of a Council Held with the Indians at Springfield June 24 and 24 Concerning the Murder of John Boyer», 5U183, Frontier War Papers, DC, WHS; Heckewelder, J., 1819, 104. < <

[23] Kenton, E., 1930, 270-272; William Kirk a Henry Dearborn, 20 de julio de 1807, RG 107, M221, NA; «Proceedings of a Council Held with the Indians at Springfield June 24 and 24 Concerning the Murder of John Boyer», 5U183, Frontier War Papers, DC, WHS; relato de Richard Hunt, 24 de agosto de 1840, 3YY134, y Thomas Forsyth, «Sketch of Tecumseh», 8YY54, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Sugden, J., *op. cit.*, 133-134. < <

[1] Josiah Dunham a Henry Dearborn, 20 y 24 de mayo de 1807, Charles Reaume a Josiah Dunham, 4 de junio de 1807, y William Hull a Henry Dearborn, 18 y 22 de junio de 1807, todos los documentos en RG 107, M221, NA; «Speech of Indian Chief to Various Tribes», Josiah Dunham a William Hull, 22 de junio de 1807, y William Hull a Henry Dearborn, 25 de julio de 1807, en *MPHC*, vol. 40, 142-143, 159-160. <<

[2] William Wells al secretario de guerra, 4 de junio de 1807, RG 107, M221, M221, NA. < <

[3] Goltz, H. C., 1973, 76, 86-87; documento de Pezuña Negra con fecha 14 de agosto de 1807, 5U186-187, Frontier War Papers, DC, WHS. < <

[4] William Henry Harrison a los jefes shawnees, del profeta a Harrison, [agosto] 1807, y William Henry Harrison a Henry Dearborn, 11 de julio y 13 de agosto de 1807, en *MLWHH*, vol. 1, 223-224, 229, 249-251; notas de R. J. Conner, 19 de junio de 1891, 7YY21, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[5] William Wells a Henry Dearborn, 14 de julio de 1807, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 7, 465-466; William Wells a Henry Dearborn, 4 y 14 de agosto de 1807, y William Wells a William Henry Harrison, 20 de agosto de 1807, RG 107, M221, NA; William Wells a Thomas Kirker, 4 de agosto de 1807, 7BB37, Simon Kenton Papers, DC, WHS. <<

[6] William Wells a John Gerard, 22 de agosto de 1807, 7BB42, Simon Kenton Papers, DC, WHS. < <

[7] *Staunton Eagle*, 20 de noviembre de 1807; *Liberty Hall*, 24 de octubre de 1810. < <

[8] William Creighton a Thomas Kirker, 23 de agosto de 1807, Samuel Williams Papers, IU. < <

[9] Thomas Worthington a Thomas Jefferson, 5 de octubre de 1807, *Founders Online,* NA, disponible en <**http://founders.archives.gov/documents/Jefferson/99-01-02-6506**>; Thomas Worthington y Duncan McArthur a Thomas Kirker, 22 de septiembre de 1807, 7BB49, Simon Kenton Papers, DC, WHS; *National Intelligencer,* 7 de octubre de 1807. <<

[10] James T. Worthington a Benjamin Drake, 7 de abril de 1840, 5U180, Frontier War Papers, DC, WHS. < <

[11] Entrevista a John Johnston, 11YY11, Tecumseh Papers, DC, WHS; Galloway, W. A., 1934, 213; Sugden, J., 1997, 8; James T. Worthington a Benjamin Drake, 7 de abril de 1840, 5U180, Frontier War Papers, DC, WHS. < <

[12] Charles A. Stuart a Lyman C. Draper, 17 de febrero de 1846, 8CC59, Kentucky Papers, DC, WHS; *Fredonian*, 25 de septiembre de 1807. < <

[13] Drake, B., 1856, 97; Goltz, H. C., *op. cit.*, 93; Sugden, J., 2000, 248-250; McDonald, J., 1836, 1; *Fredonian*, 25 de septiembre de 1807; relato de Thomas S. Hinde, 16Y45-50, Thomas S. Hinde Papers, DC, WHS; Charles A. Stuart a Lyman Draper, 17 de febrero de 1846, Kentucky Papers, DC, WHS. < <

[14] *Fredonian*, 25 de septiembre de 1807; «General Orders from the Commander-in-chief, Ohio Militia, dated September 21, 1807», 7BB48, Simon Kenton Papers, DC, WHS; Thomas Kirker a Thomas Jefferson, 8 de octubre de 1807, *Founders Online,* NA, disponible en <**http://founders.archives.gov/documents/Jefferson/99-01-02-6528**>. <<

[15] Alford, T. W., 1936, 214; entrevista a John Johnston, 11YY11, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[16] John Johnston a Henry Dearborn, 31 de mayo de 1807, en Carter, M. L., 1989, 41; jefes shawnees al secretario de guerra [1807], Jefferson a los jefes shawnees, 19 de febrero de 1807, y Thomas Kirk a Henry Dearborn, 28 de mayo de 1807, todos los documentos en RG 107, M221, NA; Miriani, R., 1990, 41; Woehrmann, P., 1971, 123-127. <<

[17] William Hull a Henry Dearborn, 4 y 18 de noviembre de 1807, en *MPHC*, vol. 40, 213-214, 219; William Wells a Henry Dearborn, 21 de diciembre de 1807 y Speech of Five Medals to Benjamin F. Stickney, ambos documentos en RG 107, M221, NA; Wallace, A. F. C., 2001, 236. < <

[18] Charles Jouett a Henry Dearborn, 7 de diciembre de 1807 y William Wells a Henry Dearborn, 23 de enero de 1808, ambos documentos en RG 107, M221, NA; Finley, J. B., 1853, 440; Bontrager, S., 2012, 611. < <

[19] William Wells a Henry Dearborn, 7 de enero de 1808, RG 107, M221, NA; William Wells a Henry Dearborn, 20 de abril de 1808, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 7, 566. < <

[20] Thomas Forsyth, «Sketch of Tecumseh», 8YY54, y «Main Poque», 8YY50-52, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Edmunds, R. D., 1978, 153-166, y Edmunds, R. D., 1985, 259-262, 269. < <

[21] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 262-263; Blair, E. H. (ed.), 1912, vol. 2, 203; William Wells a Henry Dearborn, 7 de enero de 1808, RG 107, M221, NA; Whicker, J. W., 1925, 100-102. < <

[22] William Wells a Henry Dearborn, 5 y 21 de diciembre de 1807, y John Johnston a Henry Dearborn, 31 de diciembre de 1807, ambos documentos en RG 107, M221, NA. < <

[23] William Wells a Henry Dearborn, 20 de abril de 1808, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 7, 555-557. < <

[1] Relato de Anthony Shane, 12YY34, Tecumseh Papers, DC, WHS; Sugden, J., 2000, 311n1; Carter, H. L., 1987, 189; William Wells a Henry Dearborn, 20 de abril de 1808, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 7, 557-558; William Wells a Henry Dearborn, 5 de junio de 1808, RG 107, M221, NA. < <

[2] William Wells a Henry Dearborn, 22 y 23 de abril de 1808, en Carter, C. E. (ed.), *op. cit*, vol. 7, 557-560; Dawson, M., 1824, 106; Carter, H. L., *op. cit.*, 189; John Johnston a Samuel Drake, 14 de diciembre de 1831, 11YY18, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[3] Dawson, M., *op. cit.*, 106; William Henry Harrison a Henry Dearborn, 19 de mayo de 1808, en Clanin, D. E. (ed.), 1993, *William Henry Harrison Papers*, vol. 3, 156-157. < <

[4] Bottiger, P., 2016, 20; George Winter, «Tippecanoe Battle Ground, October 6, 1840», y «Prophet's Town and Tippecanoe Battle Ground 1840», ambos documentos en George Winter Papers, TCHA; Turpie, D., 1903, 171-172. < <

[5] Charles C. Trowbridge, «Kickarpoo [*sic*] Indians», Charles C. Trowbridge Papers, University of Michigan. < <

[6] Blair, E. H. (ed.), 1912, vol. 2, 278-279. < <

[7] Thomas Forsyth a William Clark,23 de diciembre de 1812, 9YY53-54, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[8] Calloway, C. G., 1986, 206; James Craig a Francis Gore, 28 de diciembre de 1807, en *MPHC*, vol. 25, 232-233; Byrd, C. K., 1942, 44; Horsman, R., 1964, 165. < <

[9] Horsman, R., *op. cit.*, 168; Edmunds, R. D., 1983, 70; *United States Gazette,* 12 de octubre de 1807; Francis Gore a James Craig, 7 de enero de 1808, en Brymner, D. (ed.), 1897, 37. < <

[10] William Claus a Francis Gore, 27 de febrero de 1808, en *MPHC*, vol. 23, 44; William Claus a Prideaux Selby, 3 de mayo de 1808, en *MPHC*, vol. 14, 49; Francis Gore a James Craig, 8 de abril y 27 de julio de 1808, RG 10, vol. 2, 842, 902-903, NAC; William Claus al Profeta, 18 de mayo de 1808, William Claus a James Gore, 22 de mayo de 1808, y diario de William Claus, 53-54 (entradas de los días 11, 13, 14 y 15 de junio de 1808), todos los documentos en DCFF, NAC; William Wells a Henry Dearborn, 5 de junio de 1808, RG 107, M221, NA; Horsman, R., *op. cit.*, 170; R. J. Conner a Lyman Draper, 19 de junio de 1891, 8YY21, Tecumseh Papers, DC, WSH. < <

[11] Elizabeth Tooker, «Wyandot», en Callender, C., 1978, vol. 15, 398, 402; Sugden, J., 1997, 290. < <

[12] Francis Gore a James Craig, 27 de julio de 1808, RG 10, vol. 2, 903, NAC; diario de William Claus, 57 (11 de julio de 1808), DCFF, y Matthew Elliott a William Halton, 19 de mayo de 1809, ambos documentos en RG 10, vol. 3, 990, NAC; Horsman, R., *op. cit.*, 171. <<

[13] Declaración de John Conner, 18 de junio de 1808 y William Wells a Henry Dearborn, 5 de junio de 1808, RG 107, M221, NA; R. J. Conner a Lyman C. Draper, 19 de junio de 1891, 8YY21, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[14] *Western Sun,* 2 de julio de 1808; «Message to the Prophet», 24 de junio de 1808, en Clanin, D. E. (ed.), *op. cit., William Henry Harrison Papers*, vol. 3, 176-180; William Henry Harrison a Henry Dearborn, 12 de julio de 1808, RG 107, M221, NA. < <

[15] El Profeta a William Henry Harrison, 1 de agosto de 1808, y William Henry Harrison a Henry Dearborn, 1 de septiembre de 1808, en *MLWHH*, vol. 1, 299-300, 302; Dawson, M., *op. cit.*, 107-108; Goltz, H. C., 1973, 129; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 74-75. < <

[16] Harrison al secretario de guerra, 9 de noviembre de 1808, Esarey, *MLWHH*, vol. 1, 321; Dowd, G. E., 1992, 120; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 75-76, y «Main Poc», 263; Warren, W. W., 1885, 321-322; Wells al secretario de guerra, 31 de marzo de 1809, RG 107, OSW/LR. < <

[17] Declaración de Anthony Shane, 12YY55-56, notas de R. J. Conner, 19 de junio de 1891, 7YY21, y R. J. Conner a Lyman Draper, 19 de junio de 1891, 8YY21, todos en Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[18] Pezuña Negra y otros a Thomas Jefferson, primavera de 1808; los ciudadanos de Ohio al Departamento de Guerra, 25 de septiembre de 1808; los jefes shawnee de Wapakoneta al presidente, 1 de diciembre de 1808; declaración de François Duchouquet, 4 de diciembre de 1808; y, los ciudadanos del condado de Champaign al presidente James Madison, 30 de enero de 1809, todos los documentos en RG 107, M221, NA. < <

[19] William Wells a William Eustis, 31 de marzo de 1809, y William Henry Harrison a William Eustis, 26 de abril de 1809, ambos documentos en RG 107, M221, NA; John Johnston al Profeta, 3 de mayo de 1809, en Thornbrough, G., 1961, 49. < <

[20] William Henry Harrison a William Eustis, 3 de mayo de 1809, en *MLWHH*, vol. 1, 344-345. < <

[21] Edmunds, R. D., 1985, 263-265. < <

[22] Edmunds, R. D., 1983, 77-78. < <

[23] Matthew Elliott a William Halton, 19 de mayo de 1809, RG 10, vol. 3, 990, NAC. < <

[24] *Missouri Gazette and Public Advertiser,* 5 de abril de 1809; Blair, E. H. (ed.), *op. cit.*, vol. 2, 184; Sugden, J.: «Tecumseh's Travels Revisited», 159-160; [Halcón Negro], *Autobiography*, 29; Keating, W. H., 1824, vol. 1, 230-231. < <

[25] Bottiger, P., *op. cit.*, 93-96. < <

[26] William Henry Harrison a William Eustis, 18, 26 y 29 de abril y 3 de mayo de 1809, en *MLWHH*, vol. 1, 340-345; John Johnston al Profeta, 3 de mayo de 1809, en Thornbrough, G., *op. cit.*, 49-51. < <

[27] John Johnston a William Eustis, 1 de julio de 1809, y William Henry Harrison a William Eustis, 16 de mayo de 1809, ambos documentos en RG 107, M221, NA; *Frankfurt Argus,* 7 de junio de 1809; *Western Sun,* 13 de mayo de 1809. < <

[28] William Hull a William Eustis, 16 de junio de 1809, RG 107, M221, NA. < <

[29] William Henry Harrison a William Eustis, 5 de julio de 1809, RG 107, M221, NA. < <

[1] Bottiger, P., 2016, 74; William Henry Harrison a William Eustis, 16 de mayo de 1809, y William Eustis a William Henry Harrison, 5 de junio de 1809, en *MLWHH*, vol. 1, 346, 348; William Eustis a William Henry Harrison, 15 de julio de 1809, en *ASP-IA*, vol. 1, 761. < <

[2] Owens, R. M., 2007, 199-206; Carter, H. L., 1987, 190-192; Dowd, G. E., 1992, 31-32; *National Intelligencer*, 30 de octubre de 1809; *Scioto Gazette,* 6 de noviembre de 1809; William Henry Harrison a William Eustis, 10 de diciembre de 1809, en *MLWHH*, vol. 1, 396; William Wells a William Eustis, 20 de diciembre de 1811, RG 107, M221, NA. <<

[3] Matthew Elliott a William Claus, 10 de junio de 1810, RG 10, vol. 27, 16099-100, NAC. < <

[4] Klinck, C. F. y Talman J. J. (eds.), 1970, 173. < <

[5] Edmunds, R. D., 1999, 172-173; Klinck, C. F. y Talman J. J. (eds.), *op. cit.*, 173-174; *Western Sun,* 11 de julio de 1810; John Johnston a William Henry Harrison, 24 de junio de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 430-431; John Johnston a William Eustis, 3 de julio de 1810, RG 107, M221, NA. < <

[6] Drake, B., 1856, 119-120; William Hull a William Eustis, 6 de julio de 1810, RG 107, M221, NA; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 173; Thatcher, B. B., 1841, vol. 2, 198-199; Nelson, L. L. (ed.), 2002, 101-102; Curry, O., 1838,45-46; Curry, W. L., 1903, 30-31; Schlup, E., 1905, 133. < <

[7] William Henry Harrison a William Eustis, 14 de junio de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 424. < <

[8] William Henry Harrison a John Johnston, 16 de junio de 1810, incluido en William Hull a William Eustis, 6 de julio de 1810, RG 107, M221, NA; Matthew Elliott a William Claus, 10 de junio de 1810, RG 10, vol. 27, 16100, NAC; Dawson, M., 1824, 138. < <

[9] William Henry Harrison a William Eustis, 14 de junio de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 433-434; William Henry Harrison a William Eustis, 26 de junio de 1810, RG 107, M221, NA; declaración jurada de Michel Brouillette, 30 de junio de 1810, Albert Gallatin Papers, IHS. < <

[10] Edmunds, R. D., 1985, 265, y 1978, 172-173; Thomas Forsyth, «Main Poc», 8YY57, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[11] Declaración jurada de Michel Brouillette, 30 de junio de 1810, Albert Gallatin Papers, IHS; Dawson, M., *op. cit.*, 142; *Western Sun,* 30 de junio de 1810. < <

[12] William Henry Harrison a William Eustis, 25 de abril y 14 de junio de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 417-419, 425-427; William Eustis a William Henry Harrison, 10 de mayo de 1810, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 8, 26. < <

[13] Thornbrough, G. (ed.), 1963, 111, 151-154, 163, 195; Certificate of James Johnson [June 1810], en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 8,27-29. < <

[14] William Henry Harrison a William Eustis, 1 y 4 de julio de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 439-440, 446-449n; Law, J., 1858, 101-102; Lossing, B. J., 1869, 191; Charles Tucker a Lyman C. Draper, s. f. y John Ruddell a Lyman C. Draper, 25 de julio de 1890, 3YY110-15, Tecumseh Papers, EC, MHS. < <

[15] William Henry Harrison a William Eustis, 1 de julio de 1810, y Harrison al Profeta, 19 de julio de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 447-48, 449n; William Hull a William Eustis, 20 de julio de 1810 y John Johnston a William Eustis, 25 de julio y 7 de agosto de 1810, ambos documentos en RG 107, M221, NA; Dawson, M., 1824, 154-155. < <

[16] William Henry Harrison a William Eustis, 1 de julio y 6 de agosto de 1810, en MLWHH, vol. 1, 454-456. < <

[1] William Henry Harrison a William Eustis, 6 de agosto de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 456; *Philadelphia Gazette,* 31 de agosto de 1810. < <

[2] William Henry Harrison a William Eustis, 25 de julio de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 450. < <

[3] Drake, B., 1856, 124-125; Dawson, M., 1824, 156; Augustus Hones a Lyman C. Draper, 3YY107, y entrevista a Joseph McCormick, 3YY109, Tecumseh Papers, DC, WHS; entrevista a John Ruddell, 22S52-53, y entrevista a James S. Whitaker, 18S139-40, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; William Henry Harrison a William Eustis, 28 de agosto de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 470; *Western Sun*, 25 de agosto de 1810. < <

[4] Dawson, M., *op. cit.*, 156; William Henry Harrison a William Eustis, 22 de agosto de 1810, en *MLWHH,* 1:160-161; Gunn, R. L., 2015, 101-107. < <

[5] Drake, B., *op. cit.,* 127. < <

[6] Dawson, M., *op. cit.*, 156-157; William Henry Harrison a William Eustis, 22 de agosto de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 167-168; entrevista a James S. Whitaker, 18S140, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; John Badollet a Albert Gallatin, 25 de septiembre de 1810, en Thornbrough, G. (ed.), 1963, 168. < <

[7] William Henry Harrison a William Eustis, 22 de agosto de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 169; comentarios de William Henry Harrison, 19S247, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS. < <

[8] Dawson, M., *op. cit.*, 159; Harrison, W. H., 1839, 257. < <

[9] Matson, N., 1876, 416, y 1878, 19; Biddle, J. W., 1903, 53-54. < <

[10] Sugden, J., 1985, 207-210. < <

[11] Edmunds, R. D., 1983, 94; William Henry Harrison a William Eustis, 17 de octubre de 1810, en *MLWHH*, vol. 2, 40. < <

[12] William Hull a John Johnston, 27 de septiembre de 1810, Thornbrough, G., 1961, 83-90; William Hull a William Eustis, 4 de octubre de 1810, RG 107, M221, NA; *Spirit of 'Seventy-Six*, 7 de diciembre de 1810; *American Mercury*, 27 de diciembre de 1810. < <

[13] Horsman, R., 1964, 179-180; Edmunds, R. D., 1983, 96-97. < <

[14] John Johnston a William Henry Harrison, 14 de octubre de 1810, y William Henry Harrison a William Eustis, 17 de octubre de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 176-179; «Fort Wayne Indian Agency», en Thornbrough, G., *op. cit.*, 91; Carter, H. L., 1987, 206-207. < <

[15] Edmunds, R. D., 1983, 97. < <

[16] «Speech of Tecumseh, the Shawnee Prophet's Brother, Delivered at Amherstburg, November 15 1810», RG 10, vol. 27, 16177-178, NAC; Goltz, H. C., 1973, 223; J. Witherell a Theophilus Harrington, 15 de noviembre de 1810, y David Botsford a Jane Consolino, 20 de agosto de 1960, Tecumseh Information File, FMNHS; Allen, R. S., 1988, 10; Horsman, R., *op. cit.*, 180. < <

[17] Grignon, A., 1856, 268; Drake, B., *op. cit.*, 131-132; William Henry Harrison a William Eustis, 24 de diciembre de 1810, en *MLWHH*, vol. 1, 498-499, 507-508; John Johnston a William Eustis, 8 de febrero de 1811, RG 107, M221, NA. <<

[18] Benjamin Hough a Thomas Worthington, 26 de enero de 1811, diarios y cartas de Thomas Worthington, LC. < <

[19] William Henry Harrison a William Eustis, 6 de junio de 1811, John Lalime a William Clark, 26 de mayo de 1811, y William Clark a William Eustis, 3 de julio de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 511-513; William Henry Harrison a Jared Mansfield, 15 de julio de 1811, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 8, 127; Edmunds, R. D., 1985, 265; William Irvine a William Eustis, 13 de mayo de 1811, en *ASP-IA*, vol. 1:¡, 800; William Clark a William Eustis, 24 de mayo de 1811, y «Ioway [*sic*] Chiefs' Speech (May 1811)», RG 107, M221, NA. < <

[20] Dawson, M., *op. cit.*, 178; John Johnston a William Eustis, 18 de agosto de 1811, RG 107, M221, NA; William Henry Harrison a William Eustis, 19 de junio de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 518-519. <<

[21] Dawson, M., *op. cit.*, 179-181; William Henry Harrison a William Eustis, 25 de junio y 10 de julio de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 524; *Western Sun*, 27 de julio de 1811. < <

[22] *Western Sun*, 27 de julio de 1811; William Henry Harrison a William Eustis, 19 de julio de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 533. < <

[23] William Henry Harrison a William Eustis, 6 de agosto de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 545; Dawson, M., *op. cit.*, 186; *Western Sun*, 3 de agosto de 1811; John Badollet a Albert Gallatin, 6 de agosto de 1811, en Thornbrough, G. (ed.), 1963, 185. < <

[24] Dawson, M., *op. cit.*, 184-185; Drake, B., *op. cit.*, 142-143; *Western Sun,* 18 de abril de 1812. < <

[25] John Badollet a Albert Gallatin, 6 de agosto de 1811, en Thornbrough, G. (ed.), *op. cit.,* 184-186; Wood, G. S., 2009, 362-363. <<

[26] William Henry Harrison a William Eustis, 7 y 13 de agosto de 1813, en *MLWHH*, vol. 1, 547-558; *Western Sun*, 3 de agosto de 1811. <<

[27] William Eustis a William Henry Harrison, 20 de julio de 1813, RG 75, M1, NA. < <

[1] Randall, E. O., 1906, 473; William Blount a William Eustis, 16 de septiembre de 1811, RG 107, M221, NA; H. S. Halbert, «Seekaboo and Tecumseh», 12YY4, relato de Anthony Shane, 12YY58, y declaración de Charley Hoentubbee, 5 de octubre de 1882, 4YY79, todo en Tecumseh Papers, DC, WHS; Halbert, H. S. y Ball, T. H., 1895, 40. <<

[2] Burnham, R., 2000, 53; Crawford, M. M., 1944, 380. < <

[3] Weir, H. T. III, 2016, 53. < <

[4] James Neelly a William Eustis, 29 de noviembre de 1811, RG 107, M221, NA; entrevista a W. G. Harris, 4YY60, Tecumseh Papers, DC, WHS; Halbert, H. S. y Ball, T. H., *op. cit.*, 40-41; Weir, H. T. III, *op. cit.*, 60; Sugden, J., 1986, 279-281; Hudson, C., 1976, 258-259. < <

[5] H. S. Halbert, «Tecumseh's Visit to the Choctaws», 4YY75, y declaración de Charley Hoentubbee, 5 de octubre de 1882, 4YY79, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Halbert, H. S. y Ball, T. H., *op. cit.*, 44-45; James Neelly a William Eustis, 29 de noviembre de 1811, RG 107, M221, NA; Whicker, J. W., 1922, 319-320; Sugden, J., *op. cit.*, 282-283. < <

[6] H. S. Halbert, «Tecumseh's Visit to the Choctaws», 4YY75, y declaración de Charley Hoentubbee, 5 de octubre de 1882, 4YY79, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Halbert, H. S., 1898, 162-163. < <

[7] Declaración de Charley Hoentubbee, 5 de octubre de 1882, 4YY79, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[8] Halbert, H. S. y Ball, T. H., *op. cit.*, 49-52; H. S. Halbert, «Tecumseh's Visit to the Choctaws», 4YY75 y declaración de Charley Hoentubbee, 5 de octubre de 1882, 4YY79, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Sugden, J., *op. cit.*, 283. < <

[9] Weir, H. T. III, *op. cit.*, 69; Davis, K., 2002, 620-628; H. S. Halbert, «Seekaboo and Tecumseh», 12YY4, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[10] H. S. Halbert, «Tecumseh's Visit to the Choctaws», 4YY75, Tecumseh Papers, DC, WHS; Halbert, H. S. y Ball, T. H., *op. cit.*, 52-54. <<

[11] *Savannah Republican*, 17 de octubre de 1811, y 5 de noviembre de 1811; Weir, H. T. III, *op. cit.*, 73-74; Woodward, T. S., 1859, 84; declaración jurada de Samuel Moniac [Manac], Alabama Department of Archives and History; Benjamin Hawkins a Wade Hampton, 21 de septiembre de 1811, RG 107, M221, NA; Sugden, J., *op. cit.*, 285; Monnette, J. W., 1846, vol. 2, 394-395; Vandiver, W., 1954, 47. < <

[12] Woodward, T. S., *op. cit.*, 95; respuesta de J. Meigs a William Eustis, 4 de diciembre de 1811, RG 107, M221, NA; W. A. Duncan a Lyman C. Draper, 12 de enero de 1882, 4YY71-72, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[13] J. T. Adair a Lyman C. Draper, mayo de 1882, 4YY31, entrevista al juez Law, 4YY73-74, y declaración de Anthony Shane, 12YY57, todos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Weir, H. T. III, *op. cit.*, 80-82; Sugden, J., 2000, 164. < <

[14] Dowd, G. E., 1992, 159-166. < <

[1] William Henry Harrison a William Eustis, 17 de septiembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 570-571; *New England Palladium*, 22 de octubre de 1811. < <

[2] *Alexandria Gazette*, 24 de septiembre de 1811; *Philadelphia Gazette*, 27 de septiembre de 1811; Hill, L. U., 1957, 50-53; Beckwith, H. W. (ed.), 1879, 65-78; John Johnston a William Eustis, 27 y 29 de agosto de 1811, RG 107, M221, NA. < <

[3] Ninian Edwards a William Eustis, 11 de agosto de 1811, en *ASP-IA*, 1, 801; William Henry Harrison a William Eustis, 13 de agosto de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 553. < <

[4] William Henry Harrison al secretario de guerra, 13 de agosto de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 554. < <

[5] William Henry Harrison al secretario de guerra, 25 de septiembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 589-590; John Badollet a Albert Gallatin, 15 de octubre de 1811, en Thornbrough, G. (ed.), 1963, 195-196; Edmunds, R. D., 1983, 105; Watts, F. G., 1961, 233. < <

[6] «Field Report of Harrison's Army», 12 de octubre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 598; Crawford, M. M., 1944, 380. < <

[7] Whicker, J. W., 1921, 357; *Liberty Hall*, 26 de septiembre de 1810; Matthew Elliott a Isaac Brock, 12 de enero de 1812, C Series, vol. 728, 62, NAC; John Johnston a William Eustis, 28 de noviembre de 1811, RG 107, M221, NA; William Henry Harrison a William Eustis, 28 de octubre de 1811, y diario de Adam Walker, 6 de noviembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 605, 700; *National Intelligencer*, 7 de diciembre de 1811; Thomas Forsyth a William Clark, 1 de noviembre de 1811, Thomas Forsyth Papers, MHS; *Liberty Hall*, 25 de diciembre de 1811. <<

[8] William Henry Harrison a William Eustis, 28 de octubre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 605; Eustis a Harrison, 18 de septiembre de 1811, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 8, 133-134; Winkler, J. F., 2015, 50-54. < <

[9] James Miller a Ruth Miller, 4 de noviembre de 1811, Benson J. Lossing Papers, BHC, DPL; William Henry Harrison a William Eustis, 13 de octubre de 1811, y diario de Adam Walker, 20 de octubre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 599, 699-700. < <

[10] William Henry Harrison a William Eustis, 13 de octubre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 599. < <

[11] Whicker, J. W., *op. cit.*, 354. < <

[12] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 107; William Henry Harrison a William Eustis, 28 de octubre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 605. < <

[13] William Henry Harrison a William Eustis, 26 de noviembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 649. < <

[14] Whicker, J. W., *op. cit.*, 355; Edmunds, R. D., 1978, 176; Drake, B., 1856, 221-222; *Liberty Hall*, 25 de diciembre de 1811; «Speech of the Indians on the Wabash in Reply to Message of Colonel M. Elliott», 8 de junio de 1812, en *DRIC*, 34; discurso de Tecumseh, en William Claus a Isaac Brock, 16 de junio de1812, en *MLWHH*, vol. 2, 63. < <

[15] Diario de Adam Walker, 6 de noviembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 700; Watts, F. G., *op. cit.*, 241; Edmunds, R. D., 1983, 109. < <

[16] «Speech from the Shawnee Chief Yealabahcah and the Prophet in a Council with Lewis Cass, 1816», Lewis Cass Papers, UM. < <

[17] William Henry Harrison a William Eustis, 18 de noviembre de 1811, y diario de Adam Walker, 6 de noviembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 620-621, 700-701; McAfee, R. B., 1816, 35; Matthew Elliott a Isaac Brock, 12 de enero de 1812, C Series, vol. 728, 62; Carlson, R. G. (ed.), 1977, 40; Schoolcraft, H. R., 1839, 144. < <

[18] «Speech from the Shawnee Chief Yealabahcah and the Prophet in a Council with Lewis Cass, 1816», Lewis Cass Papers, UM; John Lalime a Benjamin Howard, 4 de febrero de 1812, RG 107, M221, NA; Winkler, J. F., *op. cit.*, 62-63; Drake, B., *op. cit.*, 221-222; McAfee, R. B., *op. cit.*, 41. < <

[19] «Report of a Meeting Between P. B. Whiteman and the Shawnees», 4 de diciembre de 1811, 5YY8 y declaración de Anthony Shane, 12YY29, ambos documentos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Whicker, J. W., *op. cit.*, 356, 358, 359; *Liberty Hall*, 25 de diciembre de 1811; Smith, J., 1812, 22. < <

[20] Whicker, J. W., *op. cit.*, 358-359; declaración de Joseph Barron fechada en 1840, George Winter Papers, TCHA. < <

[21] Matthew Elliott a Isaac Brock, 12 de enero de 1812, C Series, vol. 728, 62; Winkler, J. W., *op. cit.*, 63; declaración de Joseph Barron fechada en 1840, George Winter Papers, TCHA. < <

[22] William Henry Harrison al secretario de guerra, 18 de noviembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 621-622; Watts, F. G., *op. cit.*, 242; Carlson, R. G. (ed.), *op. cit.*, 41. < <

[23] Whicker, J. W., *op. cit.*, 356-357. < <

[24] William Henry Harrison a William Claus, 18 de noviembre de 1811, y diario de Adam Walker, 7 de noviembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 622-623, 701; Carlson, R. G. (ed.), *op. cit.*, 42. < <

[25] Winkler, J. W., *op. cit.*, 68-69, 72-73; declaración de Joseph Barron fechada en 1840, George Winter Papers; Whicker, J. W., *op. cit.*, 357, 359; John Lalime a Benjamin Howard, 4 de febrero de 1812 y Thomas Forsyth a Benjamin Howard, 18 de febrero de 1812, RG 107, M221, NA; William Henry Harrison a William Eustis, 18 de noviembre de 1811, y diario de Adam Walker, ambos documentos en *MLWHH*, vol. 1, 623-625, 701; Watts, F. G., *op. cit.*, 243-245; Naylor, I., 1906, 168. < <

[26] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 113-114; *Liberty Hall*, 25 de diciembre de 1811; Dowd, G. E., 1992, 323. < <

[27] Watts, F. G., *op. cit.*, 245; James Miller a Ruth Miller, 10 de noviembre de 1811, OHC; *Liberty Hall*, 25 de diciembre de 1811; John Johnston a William Eustis, 28 de noviembre de 1811; John Lalime a Benjamin Howard, 4 de febrero de 1812; y, Thomas Forsyth a Benjamin Howard, 18 de febrero de 1812, RG 107, M221, NA; Matthew Elliott a Isaac Brock, 12 de enero de 1812, C Series, vol. 728, 62; William Henry Harrison a William Eustis, 8 y 18 de noviembre de 1811, en *MLWHH*, vol. 1, 606, 626; Radin, P., 1923, 72-73. < <

[1] *New York Spectator*, 19 de febrero de 1812; *Liberty Hall*, 12 de diciembre de 1811; Mortimer, B., 1913, 207; Kanon, T., 2005, 21-22, 25, 26; Ross, M., 1968, 87-88, 89-90; John R. Stokes a Thomas Worthington, 23 de febrero de 1812, diarios y cartas de Thomas Worthington, LC. < <

[2] Sugden, J., 1986, 290-292; Mortimer, B., 1913, 206; *Louisiana Gazette*, 30 de junio de 1811; William Clark a William Eustis, 22 de marzo de 1812, RG 107, M221, NA; Hunter, J. D., 1824, 42; *Missouri Gazette and Public Advertiser*, 21 de marzo y 9 de mayo de 1812. < <

[3] William Clark a William Eustis, 22 de enero de 1811, RG 107, M221, NA; *Louisiana Gazette*, 30 de junio de 1811; McDermott, J. F., 1942, 159-160. < <

[4] Hunter, J. D., *op. cit.*, 43-48; Sugden, J., *op. cit.*, 293-295. < <

[5] Ninian Edwards a William Eustis, 3 de marzo, 23 de marzo, 24 de abril de 1812, y William Clark a William Eustis, 12 de enero de 1812, ambos documentos en RG 107, M221, NA. < <

[6] Radin, P., 1923,73; los jefes wyandot al presidente, 5 de febrero de 1812, en *ASP-IA*, vol. 1, 795; William Henry Harrison a William Eustis, 7 de enero de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 5-6; William Wells a John Johnston, 3 de diciembre de 1811; Ninian Edwards a William Eustis, 3 de marzo de 1812; y, Robert Forsyth a James Rhea, 10 de marzo de 1812, todos en RG 107, M221, NA; Crawford, M. M., 1944, 384; *Liberty Hall*, 25 de diciembre de 1811; Dowd, G. E., 1992,324; Edmunds, R. D., 1978, 177; John Johnston a Daniel Drake, 3 de diciembre de 1811, 11YY15, Tecumseh Papers, DCWHS; John Johnston a William Eustis, 5 de diciembre de 1811, en Hill, L. U., *op. cit.*, 56; *Western Sun*, 28 de diciembre de 1811; Niles, W. O., 1840, 12. <<

[7] William Eustis a William Henry Harrison, 17 de enero de 1812, RG 75, M1, NA. < <

[8] *Liberty Hall*, 25 de diciembre de 1811 y 19 de febrero de 1812; Thomas Fish a Return J. Meigs, 14 de enero de 1812, y Benjamin F. Stickney a William Eustis, 7 de mayo de 1812, ambos documentos en RG 107, M221, NA; Matthew Elliott a Isaac Brock, 12 de enero de 1812, C Series, vol. 728, 62, NAC. < <

[9] Drake, B., 1856, 56; declaración de Anthony Shane, 12YY46-47, 58, Tecumseh Papers, DC, WHS; Pequeña Tortuga a William Henry Harrison, 25 de enero de 1812; William Claus a Isaac Brock, 16 de junio de 1812; y, William Wells a William Eustis, todos en Esarey, L. (ed.), 1922, vol. 2, 18, 27, 62; William Hull a William Eustis, 4 de marzo de 1812, RG 107, M221, NA; Dowd, G. E., *op. cit.*, 325-327. <<

[10] William Henry Harrison a William Eustis, 19 y 26 de febrero de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 25-26; William Henry Harrison a William Eustis, 4 de marzo de 1812, RG 107, M221, NA; «Prophet's Speech,» RG 10, vol. 32, 18831, NAC. < <

[11] *National Intelligencer*, 4 de abril de 1812; Crawford, M. M., 1944, 385-386. < <

[12] *National Intelligencer*, 3 de marzo de 1812; Maurice Blandon a William Wells, 12 de enero de 1812; Nicholas Boilvion a Benjamin Howard, 5 de enero de 1812; Nathan Heald a William Wells, 7 de febrero de 1812; Ninian Edwards a William Eustis, 25 de enero, 16 de febrero y 3 de marzo de 1812; y, Benjamin Howard a William Eustis, 13 de enero de 1812, todo en RG 107, M221, NA; Cruikshank, E. A., 1908, 218. < <

[13] William Wells a William Eustis, 10 de febrero de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 21-22; Robert Forsyth a James Rhea, 10 de marzo de 1812 y Thomas Forsyth a Benjamin Howard, 18 de febrero de 1812, ambos documentos en RG 107, M221, NA. < <

[14] William Wells a William Eustis, 1 de marzo de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 27; «Declaration of Melessello a Sac Indian to John Johnston at Fort Madison, July 3, 1812» en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 14, 578-579; John Johnston a Thomas Worthington, 23 de enero de 1812, Thomas Worthington Papers, OHC; Robert Forsyth a Ninian Edwards, 8 de junio de 1812, Thomas Forsyth Papers, MHS; James Neelly a William Eustis, 13 de mayo de 1812, RG 107, M221, NA; Cass, L., 1834, 105; *Missouri Gazette and Public Advertiser*, 21 de marzo de 1812; *New York Literary World*, 3 de mayo de 1857; Sugden, J., 1985, 272-273. < <

[15] John Shaw a James Rhea, 1 de marzo de 1812, RG 107, M221, NA; *National Intelligencer*, 29 de febrero de 1812; William Wells a William Eustis, 1 de marzo de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 27; Horsman, R., 1958, 63-64. < <

[16] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 179, y 1983, 124; *Western Sun*, 18 y 25 de abril de 1812; *New York Commercial Advertiser*, 19 de mayo de 1812; *Charleston City Gazette*, 15 de junio de 1812; *Frankfurt Argus*, 21 de mayo de 1812; William Henry Harrison a William Eustis, 14 de abril de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 31. < <

[17] John Badollet a Albert Gallatin, 29 de abril de 1812, en Thornbrough, G. (ed.), *op. cit.*, 226-227. < <

[18] *Western Sun*, 18 y 25 de abril de 1812; diario de Adam Walker, 11 de abril de 1812, y William Henry Harrison a William Eustis, 13 de mayo de 1812, en *MLWHH*, vol. 1, 708, vol. 2, 48-49; Edmund Munger a Return J. Meigs, Return Jonathan Meigs Papers, OHC; Thomas Forsyth a William Clark, Thomas Forsyth Papers, DC, WHS. <<

[19] William Claus a Isaac Brock, 16 de junio de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 61, 126; Benjamin Stickney a William Hull, 25 de mayo de 1812, en Thornbrough, G., 1961, 128-129; Reuben Atwater a William Eustis, 21 de enero de 1812, RG 107, M221, NA; Clarke, P. D., 1870, 87-88. < <

[20] «Speeches of Indians at Massassinway [*sic*],» 15 de mayo de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 50-53; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 122-123; Benjamin Stickney a William Henry Harrison, 18 de abril de 1812, RG 107, M221, NA. < <

[21] Tecumseh a Matthew Elliott, 8 de junio de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 60-61. < <

[22] William Claus a Isaac Brock, 16 de junio de 1812, y William Henry Harrison a William Eustis, 7 de julio de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 61-62, 66; Benjamin Stickney a William Hull, 25 de mayo y 20 de junio de 1812, en Thornbrough, G., *op. cit.*, 128-129, 141-142; Edmunds, R. D., 1978, 182. < <

[1] Hall, E. L., 1930, 372-380. < <

[2] Citado en Hickey, D. R., 1990, 26. < <

[3] «President Madison's War Message,» 1 de junio de 1812, disponible en <**https://edsitement.neh.gov/curriculum-unit/president-madisons-1812-war-message**>. < <

[4] Adams, H., 1999, 3; Brown, S. R., 1814, 154; «Memorial to Congress by the Citizens of the Michigan Territory [1812]», en *MPHC*, vol. 40, 348-349; Cruikshank, E. A., 1908, 212-214. < <

[5] William Hull a Charles Scott, 12 de mayo de 1812, War of 1812 Manuscripts, Lilly Library, IU; Johnston, J., 1915, 32-33; Trimble, A., 1907, 37. < <

[6] *Ibid.*, 37; Williams, S., 1870, 14-15; Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 220; *Muskingham Messenger*, 22 de julio de 1812; William Hull a E. Watson, 31 de mayo de 1812, War of 1812 Manuscripts, Lilly Library, IU; William Hull a William Eustis, 9 de junio de 1812, RG 107, M221, NA. <<

[7] *Western Sun*, 16 de junio de 1812; Sugden, J., *op. cit.*, 274; Benjamin Stickney a William Hull, 20 de junio de 1812, en Thornbrough, G., *op. cit.*, 141; Stephen Johnston a Lyman C. Draper, 23 de agosto de 1880, 11Y3, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[8] Benjamin Stickney a William Hull, 20 de junio de 1812 y Benjamin Stickney a John Johnston, 22 de junio de 1812, en Thornbrough, G., *op. cit.*, 141-146; William Wells a William Henry Harrison, 22 de julio de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 76-77; *American and Commercial Advertiser*, 30 de julio de 1812; John B. Glegg a Edward Baynes, 11 de noviembre de 1812, en *MPHC*, vol. 15, 181. < <

[9] Carter-Edwards, D., 1987, 25-27; Isaac Brock a George Prévost, 3 de diciembre de 1811, en *MPHC*, vol. 25, 290-291. < <

[10] George Prévost a Isaac Brock, 7 y 10 de julio de 1812, en *LCSIB*, 199, 201; Carter-Edwards, D., *op. cit.*, 28. < <

[11] Wood, G. S., 2009, 672-674; Adams, H., *op. cit.*, 2-4. < <

[12] Parish, J. C. (ed.), 1906, 357, 359-361; Benjamin Stickney a William Eustis, 7 de junio de 1812, en Thornbrough, G., *op. cit.*, 136. <<

[13] Witherell, B. F. H., 1904, 302; Beall, W. K., 1912, 793; Richardson, J., 1826, 543; Lewis Bond Journal, 183, LC; Douglas, R. A., 2001, 31. < <

[14] M. C. Dixon a R. H. Bruyeres, 8 de julio de 1812, en *DRIC*, 49; Clarke, P. D., 1870, 99; «Extract of a Letter from a Gentleman of Detroit to His Friend,» 7 de julio de 1812, RG 107, M221, NA; Thomas St. George a Isaac Brock, 8 de julio de 1812, en *DRIC*, 43-44, y Matthew Elliott a William Claus, 15 de julio de 1812, RG 10, vol. 28, 16393-16394, NAC; Forbes, J., 1814, 101, 146. < <

[15] Coffin, W. F., 1864, 199; William H. Merritt, «Journal,» en Wood, W. (ed.), 1923-1928, vol. 3, pt. 2, 549; Thomas St. George a Brock, 8 de julio de 1812, *DRIC*, 44-46; Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 234-235. <<

[16] Antal, S., 1997, 40; Benjamin Stickney a William Eustis, 19 de julio de 1812, RG 107, M221, NA; Cruikshank, E. A., 1908, 235. < <

[17] Declaración de Anthony Shane 12YY60-61, Tecumseh Papers, DC, WHS; 18S171, 23S173, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; Martin Hardin a Henry Clay, 2 de diciembre de 1812, Frontier War Papers, DC, WHS. < <

[18] Blanchard, R., 1881, 310. Lewis Cass presenta una explicación similar. Cass sirvió al mando de Hull y llegó a ser gobernador del Territorio de Míchigan. Durante su estancia en el cargo conoció bien a Tenskwatawa, quien proporcionó a Cass y a su secretario privado abundante información sobre su vida y creencias y la de su hermano. «Los argumentos empleados para inducir a los indios para unirse a la guerra contra los estadounidenses estaban bien calculados para producir el efecto deseado –escribió Cass–. Se les dijo que los estadounidenses, que eran intrusos en sus tierras, serían rechazados, que no darían la guerra por finalizada hasta que los estadounidenses fueran expulsados al otro lado de los montes Allegheny. Que cuando ocurriera esto, los indios recibirían posesión de sus antiguos cazaderos y serían emplazados bajo la protección del gobierno británico, que garantizaría su independencia». Cass, L., 1834, 105. < <

[19] William Wells a William Henry Harrison, 22 de julio de 1812, en *MLWHH*, vol. 2, 76-77. < <

[20] Thomas St. George a Isaac Brock, 15 de julio de 1812, en *DRIC*, 61-62; Matthew Elliott a William Claus, 26 de julio de 1812, RG 10, vol. 28:16395-95, NAC. < <

[21] Matthew Elliott a William Claus, 15 de julio de 1812, en *DRIC*, 62.
< <

[22] Procter, G. y Procter, H., 1823, 343; Fairchild, *Journal*, 11; Coffin, W. F., *op. cit.*, 200; Edmunds, R. D., 1985, 266; Quaife, M. M., 1940, 248. < <

[23] *Ibid.*, 251, 257-259; Parish, J. C. (ed.), *op. cit.*, 380-381, 390-392; *National Intelligencer*, 6 de agosto de 1812; Turney, H. D. (ed.), 1907, 289-290. < <

[24] Isaac Brock a George Prévost, 10 de noviembre de 1811, en *LCSIB*, 126; Lomax, D. A. N., 1899, 48-49; Catlin, G. B., 1926, 180; Antal, S., *op. cit.*, 68-69. < <

[25] Henry Procter a Isaac Brock, 26 de julio de 1812, en *MPHC*, vol. 15, 119-120; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 340, 342-343. < <

[26] Porter Hanks a William Hull, 4 de agosto de 1812, RG 107, M221, NA; Clarke, P. D., *op. cit.*, 88; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 335. <<

[27] Cass, L., 1827, 423; Cruikshank, E. A., 1908, 253; Clarke, P. D., *op. cit.*, 90-97. < <

[28] Henry Procter a Roger Sheaffe, 20 de noviembre de 1812, RG 59, War of 1812 Papers, NA; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 342-343. <<

[29] Henry Procter a Isaac Brock, 11 de agosto de 1812, en *SBD*, vol. 1, 455-456; William Hull al secretario de guerra, 29 de julio y 4 de agosto de 1812, RG 107, M221, NA; Cass, L., *op. cit.*, 424; Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 254, 257; Matthew Elliott a William Claus, 8 de agosto de 1812, RG 10, vol. 28, 16396, NAC. < <

[30] Quaife, M. M., 1926, 68-69; Dalliba, J., 1816, 10; Parish, J. C. (ed.), *op. cit.*, 395-399; «General Order, Sandwich», 7 de agosto de 1812, en *DRIC*, 125-126; Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 256-257; Antal, S., *op. cit.*, 87n. < <

[31] Casselman, A. C., 1902, 27-29; Quaife, M. M., 1940, 91; Richardson, J., *op. cit.*, 543. < <

[32] Hatch, W. S., 1872, 34, 36. < <

[33] William Hull a William Eustis, 7 de agosto de 1812, RG 107, M221, NA; Bishop, L., 1907, 466-467; Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 258-263; Quaife, M. M., *op. cit.*, 93-98; Dalliba, J., 1816, 18-25; Casselman, A. C., *op. cit.*, 33-46; Lewis Peckham a su padre, 8 de septiembre de 1812, Lewis Peckham Letter, IHS; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 266-267; Matthew Elliott a William Claus, 10 de agosto de 1812, RG 10, vol. 28, 16398, NAC; «Battle of Monguagon», 21S60, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; *American Advocate*, 17 de septiembre de 1812. < <

[34] Henry Procter a Isaac Brock, 11 de agosto de 1812, en *DRIC*, 136; Calvin Austin a Return J. Meigs, 11 de agosto de 1812, Return Jonathan Meigs Papers, OHC; William H. Merritt, «Journal», en *SBD* 3, pt. 2, 553; Samuel Williams a Eliza Williams, 12 y 14 de agosto de 1812, Samuel Williams Papers, OHC. < <

[35] Isaac Brock a George Prévost, *SBD*, vol. 1, 467. < <

[1] Cruikshank, E. A., 1908, 265-271; Read, D. N., 1894, 152; Laxer, J., 2012, 65-76; Hatch, W. S., 1872, 63; Casselman, A. C., 1902, 204. < <

[2] William Claus a Matthew Elliott, 11 de agosto de 1812, RG 10, vol. 28, NAC; *LCSIB*, 243-244. < <

[3] Isaac Brock a lord Liverpool, 29 de agosto de 1812, en *SBD*, vol. 1, 508. < <

[4] Edgar, M., 1904, 245-247; *LCSIB*, 244-245, 262; Coffin, W. F., 1864, 47. < <

[5] Isaac Brock a George Prévost, 28 de septiembre de 1812, RG 8, C Series, vol. 677, 94, NAC; Isaac Brock a lord Liverpool, 29 de agosto de 1812, en *SBD*, vol. 1, 508; Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 274-275. < <

[6] Isaac Brock a William Hull, 15 de agosto de 1813, en *SBD*, vol. 1, 461; John Askin a Charles Askin, 16 de septiembre de 1812, en Quaife, M. M., 1931, vol. 2, 731; Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 276, 282. <<

[7] Quaife, M. M., 1940, 107-108; Rauch, S. J., 2012, 148. < <

[8] Coffin, W. F., *op. cit.*, 47; Casselman, A. C., *op. cit.*, 51-54; William H. Merritt, «Journal», en *SBD*, 3, pt. 2, 545; Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 279-281; Byfield, S., 1910, 65; William Hull a William Eustis, 26 de agosto de 1812, RG 107, M221, NA. < <

[9] Antal, S., 1997, 97; diario de Charles Askin, 15-16 de agosto de 1812, en Quaife, M. M., *op. cit.*, vol. 2, 717; Parish, J. C. (ed.), 1906, 415; Hatch, W. S., *op. cit.*, 30-31; Witherell, B. F. H., 1904, 305-306. <<

[10] Diario de Charles Askin, 17-18 de agosto de 1812, en Quaife, M. M., *op. cit.*, vol. 2, 720; James, W., 1818, vol. 1, 290; Drake, B., 1856, 165. < <

[11] *Montreal Gazette*, 3 de septiembre de 1812; Brown, S. R., 1814, 155-156. < <

[12] Hatch, W. S., *op. cit.*, 114-115. < <

[13] Tupper, F. B., 1835, 25. < <

[14] Heath, W., 2015, 358-360; Edmunds, R. D., 1978, 185-186 y 1985, 267; *National Intelligencer*, 3 de noviembre de 1812. < <

[15] Diario de Charles Askin, 19 de agosto de 1812, en Quaife, M. M., *op. cit.*, vol. 2, 721-724; Peter Chambers a Henry Procter, 24 de agosto de 1812, RG 8, C Series, vol. 688A, 229-231, NAC; Drake, B., *op. cit.*, 226-227; Forbes, J., 1814, 33; Horsman, R., 1964, 196. < <

[16] Knapp, H. S., 1872, 204-205; Witherell, B. F. H., *op. cit.*, 315-316. <<

[17] Antal, S., *op. cit.*, 113; Lewis Bond a Henry Procter, 27 de diciembre de 1812, en *MPHC*, vol. 8, 637-638; *War*, 17 de octubre de 1812. < <

[18] Edward Dewar a Henry Procter, 28 de agosto de 1812, RG 8, C Series, vol. 688A, 222, NAC; Edward Baynes a Isaac Brock, 10 de septiembre de 1812, en *LCSIB*, 290; Stewart, A. P., 1883, 327; Horsman, R., *op. cit.*, 196-197; William Foster a William Eustis, 22 de septiembre de 1812, RG 107, M221, NA. < <

[19] Antal, S., *op. cit.*, 103; Adams, H., 1999, 23. < <

[1] Benjamin Stickney a William Eustis, 19 de julio de 1812, RG 107, M221, NA; *Federal Gazette,* 25 de agosto de 1812. < <

[2] Declaración de Mellessello, 2 de julio d e1812, y Ninian Edwards a William Eustis, 21 de julio de 1812, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 14, 578-579y vol. 16, 244. < <

[3] William Wells al secretario de guerra, 22 de julio de 1812, en *DRIC,* 79; Ninian Edwards al secretario de guerra, 21 de julio de 1812, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, vol. 16, 247. < <

[4] William Wells al secretario de guerra, 22 de julio de 1812, en *DRIC,* 79-80; *Federal Republican*, 10 de agosto de 1812; William Henry Harrison al secretario de guerra, 10 de agosto de 1812, RG 107, M221, NA. < <

[5] William Wells a William Henry Harrison y Ninian Edwards, 22 de julio de 1812, en *MLWHH,* vol. 2, 76-78; Ninian Edwards a William Eustis, 8 de agosto de 1812, RG 107, M221, NA; *Weekly Register*, 29 de agosto de 1812. < <

[6] Zachary Taylor a William Henry Harrison, 10 de septiembre de 1812, en *MLWHH,* vol. 2, 125, 126; Hamilton, H., 1941, 21, 40; Skaggs, D. C., 2014, 74. < <

[7] Beckwith, H. W., 1884, 133-135; Zachary Taylor a William Henry Harrison, 10 de septiembre de 1812, en *MLWHH,* vol. 2, 126-127; Hamilton, H., *op. cit.*, 42; *War,* 10 de octubre de 1812; Hopkins, T. M., 1866, 13; Edmunds, R. D., 1983, 130-131. < <

[8] Edmunds, R. D., 1978, 188-189; Isaac Brock a George Prévost, 18 de septiembre de 1812, en *SBD,* vol. 1, 592-594; Isaac Brock a George Prévost, 28 de septiembre de 1812, en *LCSIB,* 320. < <

[9] William Claus a John Johnston, 8 de octubre de 1812, DCFF, NAC; Henry Procter a Roger Sheaffe, 30 de octubre de 1812, RG 8, C Series, vol. 677, 163, NAC; *National Intelligencer,* 15 de octubre de 1812; S. C. Hugunin a Lyman C. Draper, 8YY56, Tecumseh Papers, DC, WHS; *Pittsfield Sun,* 8 de octubre de 1812; Benjamin Stickney a William Henry Harrison, 29 de septiembre de 1812, en Thornbrough, G., 1961, 174. < <

[10] Peckham, H. H., 1948, 416-417; Hedges, J. P., 1912, 171; Darnell, E., 1854, 17; Edmunds, R. D., 1985, 267; Byfield, S., 1910, 67; Adam Muir a Henry Procter, 30 de septiembre de 1812 y Henry Procter a Roger Sheaffe, 30 de octubre de 1812, en *MPHC,* vol. 15, 151-154, 174; Henry Procter a Isaac Brock, 3 de octubre de 1812, RG 8, C Series, vol. 677, 102, NAC. < <

[11] Sugden, J., 1985, 316-317; Edward W. Tupper a Return J. Meigs, 16 de febrero de 1813, Return Jonathan Meigs Papers, OHC; William Eustis a William Henry Harrison, 17 de septiembre de 1812 y Harrison a Isaac Shelby, septiembre de 1812, en *MLWHH,* vol. 2, 136-137; Skaggs, D. C., *op. cit.*, 109; Antal, S., 1997, 131; Isaac Brock a Henry Procter, s. f., en *LCIB*, 326-327. < <

[12] George Prévost a Earl Bathurst, 5 de octubre de 1812, en *MPHC,* vol. 25, 258-260. < <

[13] Cruikshank, E. A., 1910, 130-138; John Johnston a William Eustis, 14 de octubre de 1812, RG 107, M221, NA; William Henry Harrison a John Campbell, 25 de noviembre de 1812, en *MLWHH,* vol. 2, 231; Edward W. Tupper a Return J. Meigs, 26 de enero de 1813, Return Jonathan Meigs Papers, OHC; *Ohio Centinel*, 23 de diciembre de 1812. <<

[14] Samuel Hopkins a Isaac Shelby, 27 de noviembre de 1812, en *MLWHH,* vol. 2, 232-234; Matson, N., 1876, 418; *Poulson's American Daily Advertiser,* 21 de diciembre de 1812; Sugden, J., 1985, 318; declaración de Anthony Shane, 12YY4, Tecumseh Papers, DC, WHS. <<

[15] Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, 20-21. < <

[16] Cruikshank, E. A., *op. cit.*, 138-139; Matthew Elliott a William Claus, 28 de octubre de 1812 y Elliott a Thomas St. George, 11 de noviembre de 1812, en *MPHC,* vol. 15, 173, 182-183; Nye, A. T., «General Edward White Tupper», 4, WRHS; Edward W. Tupper a Return J. Meigs, 9 de noviembre de 1812, y Nathan Newsom, «Summary of a Journey», 33-37, ambos documentos en Return Jonathan Meigs Papers, OHC. < <

[17] Edward Munger a Return J. Meigs, 30 de diciembre de 1812, Return Jonathan Meigs Papers, OHC; Matson, N., *op. cit.*, 418; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 267; William Henry Harrison a William Eustis, 21 de diciembre de 1812, James Morrison a Henry Clay, 24 de diciembre de 1812 y Richard M. Johnson a William Henry Harrison, 26 de diciembre de 1812, todos en RG 107, M221, NA. < <

[18] Skaggs, D. C., *op. cit.*, 140-146; Procter, G. y Procter, H., 1822, 422 y 1823, 339; Henry Procter a Roger Sheaffe, 13 de enero de 1813, en *SBD,* vol. 2, 3; John Johnston a William Henry Harrison, 4 de febrero de 1813, William Henry Harrison Papers, LC. < <

[19] *Poulson's American Daily Advertiser,* 26 de febrero de 1813. < <

[20] Thomas Forsyth a William Clark, 23 de diciembre de 1812, 9T54, Thomas Forsyth Papers, DC, WHS; «Report of August LaRoche and Louis Chevalier, St. Louis», 4 de abril de 1813, RG 107, M221, NA. <<

[21] Procter, G., 1826, 78-79; Procter, G. y Procter, H., 1822, 422, y 1823, 339, 341-342; George Prévost a Earl Bathurst, 27 de febrero de 1813, en *MPHC,* vol. 25, 431; Henry Procter a Roger Sheaffe, 3 de abril de 1813, RG 8, C Series, vol. 678, 228, NAC. < <

[22] Spencer, R. L., 1988, i-ii, 98-99; John Armstrong a William Henry Harrison, 5 de marzo de 1813, en *War,* 15 de marzo de 1813; William Henry Harrison a James Monroe, 17 de marzo de 1813, en *MPHC,* vol. 15, 387; William Henry Harrison a John Armstrong, 21 de abril de 1813, RG 107, M221, NA. < <

[23] James Morrison a Duncan McArthur, 12 de abril de 1813 y William Henry Harrison a John Armstrong, 17 y 21 de abril de 1813, RG 107, M221, NA. < <

[24] Nelson, L. L., 2006, 20; Peter Chambers a Noah Freer, 13 de mayo de 1813 y Henry Procter a George Prévost, 14 de mayo de 1813, en *MPHC,* vol. 15, 290, 294; Lindley, H. (ed.), 1944, 102-103; Procter, G. y Procter, H., 1823, 343-344; McAfee, R. B., 1816, 281-282. < <

[25] Spencer, R. L., *op. cit.*, 101-102; Henry Procter a George Prévost, 14 de mayo de 1812, en *MPHC,* vol. 15, 294. < <

[26] Peter Chambers a Noah Freer, 13 de mayo de 1813, en *MPHC,* vol. 15, 290; Casselman, A. C., 1902, 148-149; Salsich, N. E. (ed.), 1946, 40-41; McAfee, R. B., *op. cit.*, 285; Lindley, H. (ed.), *op. cit.*, 103; Nelson, L. L., *op. cit.*, 24. < <

[27] *Ibid.*, 14, 25, 27-28; McAfee, R. B., *op. cit.*, 288-289; Joseph R. Underwood, «Col. Dudley's Defeat-May 5, 1813», 6YY23, Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[28] McAfee, R. B., *op. cit.*, 290-291; Klinck, C. F. y Talman, J. J. (eds.), 1970, 321; Nelson, L. L., *op. cit.*, 28. < <

[29] Joseph R. Underwood, «Col. Dudley's Defeat», 6YY23, Tecumseh Papers, DC, WHS; Isaac Shelby a Green Clay, 18 de junio de 1813, War of 1812 Miscellaneous Collection, WRHS; Asa Green a Green Clay, 9 de junio de 1813, AC, NL; Combs, L., 1869, 4-6; Christian, T., 1874, 5; Nelson, L. L., *op. cit.*, 32-34. < <

[30] G. Ewing a J. H. James, 2 de mayo de 1818, 2YY180, Tecumseh Papers, DC, WHS; Combs, L., *op. cit.*, 7-8; Christian, T., *op. cit.*, 5; Joseph R. Underwood, «Col. Dudley's Defeat», 6YY23, Tecumseh Papers, DC, WHS; Asa Green a Green Clay, 9 de junio de 1813; Byfield, S., *op. cit.*, 70; *Ohio Fredonian,* 27 de mayo de 1813; declaración de Pezuña Negra, *et al.*, 19 de mayo de 1813, incluido en John Wingate a William Henry Harrison, 10 de junio de 1813, William Henry Harrison Papers, LC. < <

[31] Joseph R. Underwood, «Col. Dudley's Defeat», 6YY23, Tecumseh Papers, DC, WHS; Christian, T., *op. cit.*, 6; Klinck, C. F. y Talman, J. J. (eds.), *op. cit.*, 321-322; Casselman, A. C., *op. cit.,* 153-154; entrevista a Billy Caldwell, 17S212, y entrevista a Samuel Stivers, 19S122, en Lyman C. Draper's Notes, DC, WRHS. < <

[32] Casselman, A. C., *op. cit.,* 154. < <

[33] Combs, L., *op. cit.*, 11; «Border History and Biography», 17S219-220, y entrevista a Joseph Markle, 19S248, en Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; Joseph R. Underwood, «Col. Dudley's Defeat», 6YY23; Leslie Combs a George McLaughlin, 18 de febrero de 1863, 6YY22; y, Leslie Combs a Lyman C. Draper, 6YY21, todos en Tecumseh Papers, DC, WHS; Samuel Finley a Thomas Worthington, 1 de junio de 1813, Thomas Worthington Papers, OHC. < <

[34] Entrevista a John Hunt, 21S65-66, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS; Nancy Wright a Lyman C. Draper, 18 de febrero de 1879, 6YY18 y Joseph R. Underwood, «Col. Dudley's Defeat», 6YY23, Tecumseh Papers, DC, WHS; Nelson, L. L., *op. cit.*, 39; *Ohio Fredonian,* 27 de mayo de 1813. < <

[35] Declaración de Pezuña Negra *et al.*, 19 de mayo de 1813, incluido en John Wingate a William Henry Harrison, 10 de junio de 1813, William Henry Harrison Papers, LC. < <

[36] Peter Chambers a Noah Freer, 13 de mayo de 1813 y Henry Procter a George Prévost, 14 de mayo de 1813, en *MPHC,* vol. 15, 291, 295-296; Edmunds, R. D., 1983, 135; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.,* 346. < <

[37] Antal, S., 1997, 230-231; Lomax, D. A. N., 1899, 73; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 346. < <

[1] Henry Procter a Robert McDouall, 14 de mayo de 1813, en *MPHC,* vol. 15, 297; Sugden, J., 1997, 355; Edmunds, R. D., 1983, 135. < <

[2] Henry Procter a Robert McDouall, 19 de junio de 1813; Henry Procter a John Sherbrooke, 15 de junio de 1813; Henry Procter a Robert McDouall, 28 de junio de 1813; y, Henry Procter a George Prévost, 13 de julio de 1813, todos en RG 8, C Series, vol. 679, 107, 110, 155, NAC; Antal, S., 1997, 236-246. < <

[3] Wright, R. J. (ed.), 1977, 25. < <

[4] Robert Dickson a Noah Freer, 23 de junio de 1813, en *MPHC,* vol. 15, 321-323; Henry Procter a George Prévost, 13 de julio de 1813, RG 8, C Series, vol. 679, 86, NAC; Henry Procter a Robert McDouall, 4 de julio de 1813, en *SBD*; Procter, G. y Procter, H., 1823, 348-349, y 1822, 426. < <

[5] Casselman, A. C., 1902, 177; Coffin, W. F., 1864, 210-211; Procter, G. y Procter, H., 1822, 426; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 135. < <

[6] Antal, S., *op. cit.*, 269n; *Philadelphia Democratic Press,* 10 de julio de 1813; Lossing, B. J., 1869, 496. < <

[7] *National Intelligencer,* 28 de agosto de 1813; Lindley, H. (ed.), 1944, 119-121; Casselman, A. C., *op. cit.*, 177; *Frankfurt Argus,* 9 de septiembre de 1813; entrevista a John Hunt, 21S67, Lyman C. Draper's Notes y William Gaines a Lyman C. Draper,4 de diciembre de 1881, 5YY147, ambos documentos en Tecumseh Papers, en DC, WHS; Casselman, A. C., *op. cit.*, 177; Lossing, B. J., *op. cit.,* 498. < <

[8] Lindley, H. (ed.), *op. cit.*, 121-122; William Gaines a Lyman C. Draper, 4 de diciembre de 1881, 5YY147, Tecumseh Papers, DC, WHS; Casselman, A. C., *op. cit.*, 178; *Frankfurt Argus,* 9 de septiembre de 1813; Henry Clay a William Henry Harrison, 26 de julio de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 499-500; *National Intelligencer,* 28 de agosto de 1813. <<

[9] William Henry Harrison a John Armstrong, 4 de agosto de 1813 y George Croghan a William Henry Harrison, 5 de agosto de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 512-514; Lossing, B. J., *op. cit.,* 501; Klinck, C. F. y Talman, J. J. (eds.), 1970, 340; Henry Procter a George Prévost, 9 de agosto de 1813, en *SBD,* vol. 2, 44; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 426-427. < <

[10] Lossing, B. J., *op. cit.*, 502-504; Halcón Negro, 1882, 36; George Croghan a William Henry Harrison, 5 de agosto de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 514-515; Lomax, D. A. N., 1899, 75-76; Casselman, A. C., *op. cit.*, 178-181; Edward Baynes a la oficina del ayudante general, 13 de septiembre de 1813, en *SBD,* vol. 2, 50; Byfield, S., 1910, 77-78. < <

[11] Halcón Negro, 1882, 36; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 427; Henry Procter a George Prévost, 9 de agosto de 1813, en *SBD,* vol. 2, 45. < <

[12] John Norris a A. S. Goodman, 7 de abril de 1869, War of 1812 Miscellaneous Collection, WRHS; Henry Procter a George Prévost, 9 de agosto de 1813, en *SBD,* vol. 2, 45. < <

[13] Drake, B., 1856, 186; Cass, L., 1827, 385-386; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 427-428; Antal, S., *op. cit.*, 282; Henry Procter a Edward Baynes, 19 de agosto de 1813; Henry Procter a Noah Freer, 6 de septiembre de 1813; y, Robert Barclay a James Yeo, 1 de septiembre de 1813, en *SBD,* vol. 2, 262-263, 267-268. < <

[14] Matthew Elliott a William Claus, 29 de agosto de 1813, RG 10, vol. 28, 16551, NAC; Cass, L., *op. cit.*, 385; Antal, S., *op. cit.*, 280-281. <<

[15] Drake, B., *op. cit.*, 186-187; testimonio de Billy Caldwell, en *PCM,* 161, NAC; *New York Gazette,* 24 de septiembre de 1813. < <

[16] Tanner, H. H. (ed.), 1987, 116-117. < <

[17] *National Intelligencer,* 1 de septiembre de 1813; testimonio de Billy Caldwell, en *PCM,* 158, NAC; William Henry Harrison al secretario de guerra, 8 de septiembre de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 537-538. < <

[18] Cass, L., *op. cit.*, 425-427; Thatcher, B. B., 1841, vol. 2, 217-219; testimonio de Billy Caldwell, en *PCM,* 158, y «August 23, 10:00 P. M. —Minutes of an Indian Council at Brownstown», RG 8, C Series, vol. 679, 279, NAC. < <

[19] Cass, L., *op. cit.*, 428; Finley, J. B., 1853, 441; Bontrager, S., 2012, 611; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 137. < <

[20] Henry Procter a Francis de Rottenburg, 23 de octubre de 1813, en *SBD,* vol. 2, 323; Sugden, J., *op. cit.,* 357. < <

[21] Drake, B., *op. cit.*, 187; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 429. < <

[22] «Description of Tecumseh as he appeared at a banquet given by the Honorable Jacque Baby, Sept. 1813», Tecumseh Information File, FMNHS. < <

[23] Altoff, G. T., 1988, 41; Henry Procter a Francis de Rottenburg, 12 de septiembre de 1813, RG 8, C Series, vol. 680, 71, NAC; Sugden, J., *op. cit.*, 356. < <

[24] Henry Procter a Francis de Rottenburg, 12 de septiembre de 1813, RG 8, C Series, vol. 680, 71; Antal, S., *op. cit.*, 288, 293. < <

[1] Coffin, W. F., 1864, 219-220; Lomax, D. A. N., 1899, 82-83. < <

[2] Henry Procter a Francis de Rottenburg, 12 de septiembre de 1813, RG 8, C Series, vol. 680, 74, NAC; *Defence of Proctor* [*sic*], 10; testimonios de Augustus Warburton, Billy Caldwell, William Jones, y John Hall, en *PCM,* 8-9, 156, 179, 236, NAC; Antal, S., 1997, 300-301. <<

[3] Testimonio de François Baby y testimonio de Billy y William Caldwell, en *PCM,* 151, 163-164, 175-176, NAC; Matthew Elliott a William Claus, 24 de octubre de 1813, RG 10, vol. 28, 16551, NAC; *Defence of Proctor* [*sic*], 10, 32. < <

[4] Testimonio de John Hall, en *PCM,* 237, NAC; Cass, L., 1826, 99; Procter, G. y Procter, H., 1823, 354. < <

[5] Richardson, J., 1826-1827, 252. < <

[6] Hickling, W., 1877, 30; Casselman, A. C., 1902, 205-207; *War,* 16 de noviembre de 1813; entrevista a Peter Navarre, 17S208, Lyman C. Draper's Notes, DC, WHS. < <

[7] Richardson, J., *op. cit.*, 252; testimonio de William Jones, *PCM,* 180-181; *Defence of Proctor* [*sic*], 10; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 354-355. < <

[8] «Speech of the Shawnee Prophet to Colonel [William] Caldwell, 20 de noviembre de 1814», RG 10, vol. 29, 17331, NAC. < <

[9] Testimonios de Augustus Warburton, Billy Caldwell, William Jones, y John Hall, en *PCM,* 20, 159, 181, 237-238, NAC; Matthew Elliott a William Claus, 24 de octubre de 1813, RG 10, vol. 28, 16551, NAC; *Defence of Proctor* [*sic*], 10-11; Antal, S., *op. cit.*, 304-305; Sugden, J., 1985, 66, 85. < <

[10] Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 356; Henry Procter a Thomas Talbot, 23 de septiembre de 1813, en Coyne, J. H., 1907, 193. < <

[11] Peter Trisler hijo a su padre, 8 de octubre de 1813, Durrett Manuscripts, Chicago History Museum; Edmunds, R. D., 1985, 268. <<

[12] William Henry Harrison a John Armstrong, 30 de septiembre de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 555; Matthew Elliott a William Claus, 24 de octubre de 1813, RG 10, vol. 28, 16552-16553, NAC; *Vermont Mirror*, 27 de octubre de 1813. < <

[13] Sugden, J., 1997, 362; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 342; declaración de Anthony Shane, 11YY8, Tecumseh Papers, DC, WHS. <<

[14] Testimonio de Augustus Warburton, *PCM,* 9, NAC; Sugden, J., *op. cit.*, 363; Antal, S., *op. cit.*, 307; Isaac Shelby a Susan Shelby, Isaac Shelby Papers, LC; William Henry Harrison a John Armstrong, 30 de septiembre de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 555; Matthew Elliott a William Claus, 24 de octubre de 1813, RG 10, vol. 28, 16553, NAC. <<

[15] Drake, B., 1856, 191. < <

[16] Testimonios de François Baby y Billy Caldwell, en *PCM,* 146, 150, 159, NAC. < <

[17] Winkler, J. F., 2016, 25; Edmunds, R. D., 1999, 192. La edad y los achaques de Pezuña Negra le obligaron a ceder el liderazgo activo de los shawnees proestadounidenses a los jóvenes jefes Serpiente Negra (Blacksnake) y Capitán Lewis. < <

[18] Testimonios de Augustus Warburton, François Baby, Allan McLean y John Hall, en *PCM,* 10, 146, 150, 221-222, 249; William Henry Harrison a John Armstrong, 9 de octubre de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 558; Henry Procter a Francis de Rottenburg, 23 de octubre de 1813, en *SBD,* vol. 2, 324; Diario de Thomas McRae, 30 de septiembre de 1813, en Cruikshank, E. A., 1905, vol. 3, 180; Antal, S., *op. cit.*, 318; Sugden, J., 1997, 364, y 1985, 75-77. < <

[19] Sugden, J., 1985, 77; testimonios de Billy Caldwell y John Hall, en *PCM,* 138, 245, NAC; Casselman, A. C., *op. cit.*, 226. < <

[20] Henry Procter a Francis de Rottenburg, 23 de octubre de 1813, en *SBD,* vol. 2, 324-325; testimonios de Augustus Warburton y William Evans, en *PCM,* 10, 50, NAC. < <

[21] Testimonios de Augustus Warburton, Peter Chambers, Thomas Coleman, Billy Caldwell y William Evans, en *PCM,* 11, 50, 83, 122, 138, 288, NAC; McAfee, R. B., 1816, 409, 416; Casselman, A. C., *op. cit.*, 231; William Henry Harrison a John Tipton, 2 de mayo de 1834, en *MLWHH,* vol. 2, 753. < <

[22] William Henry Harrison, 10 de octubre de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 573; testimonios de François Baby y Billy Caldwell, en *PCM,* 138, 147, 162, NAC. < <

[23] Casselman, A. C., *op. cit.*, 225, 231; testimonios de William Evans, Peter Chambers, y Billy Caldwell, en *PCM,* 51, 84, 160, NAC; Sugden, J., *op. cit.*, 86; Matthew Elliott a William Claus, 24 de octubre de 1813, RG 10, vol. 28, 16553, NAC. < <

[24] Testimonios de William Evans y Peter Chambers, en *PCM,* 50-51, 84, NAC; Casselman, A. C., *op. cit.*, 225, 231-232; Coffin, W. F., *op. cit.*, 225-226. < <

[25] Matthew Elliott a William Claus, 4 de octubre de 1813, RG 10, vol. 28, 16554; testimonio de Billy Caldwell, en *PCM,* 160, NAC; Stott, G., 2012, 53, 65. < <

[26] William Henry Harrison a John Armstrong, 9 de octubre de 1813, en *MLWHH,* vol. 2, 559-560; McAfee, R. B., *op. cit.*, 415-417; Sugden, J., *op. cit.*, 86-87, 239n; Stott, G., *op. cit.*, 65; *Columbian Gazette,* 30 de noviembre de 1813; testimonio de Billy Caldwell, en *PCM,* 163, NAC. <<

[27] Stott, G., *op. cit.*, 55; Edmunds, R. D., 1983, 141. < <

[28] David R. Botsford a Mrs. Teeter, 6 de enero de 1945, Tecumseh Information File, FMNHS; entrevista a Shabbona, 23S185, Lyman C. Draper's Notes y D. K. Foster a Lyman C. Draper, 30 de diciembre de 1884, 7YY20, todos en Tecumseh Papers, en DC, WHS. < <

[29] Tecumseh K. Holmes a Lyman C. Draper, 20 de abril de 1882, 7YY67, Tecumseh Papers, DC, WHS; Arnold, T. S., 1903, 30. < <

[30] Arnold, T. S., *op. cit.*, 33-34; Stott, G., *op. cit.*, 62, 93. < <

[31] Lossing, B. J., 1869, 560; Casselman, A. C., *op. cit.*, 232; Benjamin Drake memoranda, 1YY162 y William Gaines a Lyman C. Draper, 25 de noviembre de 1881, 5YY46, Tecumseh Papers, DC, WHS; Hedges, J. P., 1912, 172. < <

[32] Testimonio de Augustus Warburton, en *PCM,* 32-33, NAC; Richardson, J., 1827b, 253; *London Free Press,* 6 de noviembre de 1948; Sugden, J., *op. cit.*, 105-107; Matthew Elliott a William Claus, RG 10, vol. 28, 16555, NAC. < <

[33] Richard Bullock a Richard Friend, 6 de diciembre de 1813, en Casselman, A. C., *op. cit.*, 232; Lomax, D. A. N., *op. cit.,* 84; testimonio de Matthew Dixon, en *PCM,* 103, NAC. < <

[34] Richardson, J., 1827b, 253. < <

[35] Coffin, W. F., 1864, 227-228; Casselman, A. C., *op. cit.*, 208-209; testimonios de Augustus Warburton, Peter Chambers, François Baby, Billy Caldwell, Allan McLean y John Hall, en *PCM,* 13, 84, 149, 153, 154-155, 161, 227, 256, NAC; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 357. <<

[36] Testimonios de François Baby y Billy Caldwell, en *PCM,* 151, 161, NAC; Sugden, J., 1997, 370, 372; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 342; C. C. Trowbridge a Lyman C. Draper, 12 de julio de 1882, 5YY1, Tecumseh Papers, DC, WHS; Clifton, J. A., 1978, 196. < <

[37] Entrevista a Shabbona, 23S186, Lyman C. Draper's Notes y entrevista a Simon Kenton, 8J59-60, George Rogers Clark manuscript, todos en DC, WHS; Hatch, W. S., 1872, 156; Kenton, E., 1930, 285. <<

[38] Lomax, D. A. N., *op. cit.,* 85; Byfield, S., *op. cit.,* 80; Richard Bullock a Richard Friend, 6 de diciembre de 1813, en Casselman, A. C., *op. cit.*, 233; testimonios de William Evans y Peter Chambers, en *PCM,* 53, 85, 89, NAC; Procter, G. y Procter, H., *op. cit.*, 357. < <

[39] Brunson, A., 1872, 140-141, y 1906, 370-371; Fredericksen, J. C., 1985, 104; notas de R. J. Conner, 19 de junio de 1891, 7YY21, Tecumseh Papers, DC, WHS; Lossing, B. J. (ed.), 1872, vol. 1, 285. <<

[40] Wickliffe, C. A., 1962, 48-49; Thomas Forsyth a Ninian Edwards, 31 de marzo de 1816, en Thwaite, R. G. (ed.), 1888, 347; Peter Trisler a su padre, 8 de octubre de 1813, Durrett Manuscript, Chicago Historical Museum; Davidson, J., 1866, 205; Samuel Theobald a Benson Lossing, 16 de enero de 1861, 7YY36-37, Tecumseh Papers y Lyman C. Draper's Notes, 18S184-85, en DC, WHS; Drake, B., 1856, 62, 197. < <

[41] Diario de McAfee, 5 de octubre de 1813, en McAfee, R. B., 1928, 127-128. < <

[42] Joseph Desha a A. Mitchell, 5 de octubre de 1840, en Padgett, J. A., 1953, 302-303; Matthew Elliott a William Claus, RG 10, vol. 28, 16557, NAC. < <

[43] Richardson, J., 1827b, 254. < <

[44] S. C. Hugunin a Lyman C. Draper, 17 abril de 1874, 8YY56 y Samuel Theobald a Benson Lossing, 16 de enero de 1861, 7YY44, Tecumseh Papers, DC, WHS; Thomas Forsyth a Ninian Edwards, 31 de marzo de 1815, en Thwaites, R. G. (ed.), 1888, 346-347. < <

[45] Hedges, J. P., *op. cit.*, 172; Drake, B., 1856, 206; Peter Trisler a su padre, 8 de octubre de 1813, Durrett Manuscript, Chicago Historical Museum; notas de R. J. Conner, 19 de junio de 1891, 7YY21, Tecumseh Papers, DC, WHS; Woodward, T. S., 1859, 85. < <

[46] Winkler, J. F., *op. cit.,* 79; Sugden, J., 1985, 133; Chalou, G. C., 1971, 287; Wickliffe, C. A., *op. cit.*, 47; Byfield, S., *op. cit.*, 80. < <

[47] Edmunds, R. D., 1999, 163. < <

[48] Duncan McArthur a Thomas Worthington, 6 de octubre de 1813, Thomas Worthington Papers, OHC; diario de McAfee, 5 de octubre de 1813, en McAfee, R. B., 1928, 128; R. J. Conner a Lyman C. Draper, 19 de junio de 1891, 8YY21, Tecumseh Papers, DC, WHS; Fredericksen, J. C., 1985, 104; William Henry Harrison a John Tipton, 2 de mayo de 1834, en *MLWHH,* vol. 2, 749. < <

[49] William Henry Harrison a John Tipton, 2 de mayo de 1834, en *MLWHH,* vol. 2, 751-752; William Henry Harrison a John O'Fallon, 9 de abril de 1834, David Ives Busnell, Jr., Papers, College of William and Mary; Alfred Brunson a Lyman C. Draper, 26 de abril y 1 de mayo de 1882, 7YY30; Samuel Theobald a Lyman C. Draper, 16 de enero de 1861, 7YY38; y, William Gaines a Lyman C. Draper, 25 de noviembre de 1881, 5YY46-47, todos en Tecumseh Papers, DC, WHS. < <

[50] Samuel Theobald a Lyman C. Draper, 16 de enero de 1861, 7YY40, Tecumseh Papers, DC, WHS. Nadie sabe qué fue del cadáver de Tecumseh. Para una especulación sobre su posible destino, *vid.* St. Denis, G., 2005. < <

[51] *New York Commercial Advertiser,* 10 de noviembre de 1813; *War,* 16 de noviembre de 1813; *American and Commercial Daily Advertiser,* 19 de noviembre de 1813; *Columbian Gazette,* 30 de noviembre de 1813. < <

[52] *Lexington Reporter,* 6 de noviembre de 1813. < <

[1] Henry Procter a Francis de Rottenburg, 23 de octubre de 1813, en *SBD,* vol. 2, 327. < <

[2] Sugden, J., 1985, 183-186. < <

[3] George Prévost a Henry Bathurst, RG 8, C Series, vol. 1219, 127, NAC. < <

[4] Declaración de Charles Chaqueta Azul, Lyman C. Draper's Notes, 23S168-69, DC, WHS; «Return of the Western Indians who have arrived at Dundas, as near as can be ascertained, 20 October 1813», RG 10, vol. 28, 16549, NAC; William Claus a Edward McMahon, 4 de noviembre de 1813, RG 8, C Series, vol. 257, 176-177, NAC; Martin, R. M., 1836, 238-239; Cruikshank, E. A., 1893, 7. < <

[5] Skaggs, D. C., 2014, 218-222; Young, W. T., 1852, 88-89; *New York Mercantile Advertiser,* 8 de noviembre de 1813. < <

[6] Edmunds, R. D., 1985, 268. < <

[7] Noah Freer a George Drummond, 29 de enero de 1814, RG 8, C Series, vol. 1222, 27; Matthew Elliott a J. B. Glegg, 31 de enero de1814, RG 8, C Series, vol. 682, 101; y, George Drummond a Noah Freer, 5 de febrero de 1814, RG 8, C Series, vol. 257, 211-212, todos en NAC; George Drummond a Noah Freer, 16 de febrero de 1814, en *MPHC,* vol. 15, 492-493. < <

[8] *Quebec Gazette,* 24 de marzo de 1814. < <

[9] George Drummond a George Prévost, RG 8, C Series, vol. 683, 33, NAC; George Drummond a Henry Prévost, en *MPHC,* vol. 15, 534; Edmunds, R. D., 1983, 144-145; Horsman, R., 1964, 218-219. < <

[10] James Givins a William Claus, 11 de mayo de 1814, RG 10, vol. 28, 16862, NAC. < <

[11] Johnston, C. M. 1965, 101-104; William Claus a George Drummond, 22 de junio de 1814 y William Caldwell a William Claus, 22 de junio de 1813, en RG 10, vol. 28, 17028, 17037-17038, NAC. <<

[12] «Speech of Naiwash», RG 10, vol. 28, 16889-16890, NAC. < <

[13] Declaración de Charles Chaqueta Azul, Lyman C. Draper's Notes, 23S169, DC, WHS; Adams, H., 1999, 174-175; George Drummond a Henry Prévost, 10 de julio de 1814, en Cruikshank, E. A., 1905, vol. 1, 35-36; J. A. Clegg a William Caldwell, 1 de julio de 1814 a las 4 de la madrugada, y William Caldwell a William Claus, 2 de julio de 1814, en RG 10, vol. 29, 17082, 17083, NAC. < <

[14] Klinck; C. F. y Talman, J. J. (eds.), 1970, 352; Lossing, B. J., 1869, 811-812. < <

[15] «Speech of Naiwash», 6 de octubre de 1814, RG 10, vol. 29, 1751-1752, NAC. < <

[16] Matthew Elliott a William Claus, 14 de octubre de 1814, George Ironside a Duncan Cameron, 28 de octubre de 1814, y «General Return of the Western Indians, 1 November 1814», en RG 10, vol. 29, 17271-17272, 17316, 17328, NAC; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 147-150. <<

[17] «Speech of the Shawnee Prophet to Colonel Caldwell, November 20, 1814» y «Speech of the Shawnee Prophet, [Winter] 1814», en RG 10, vol. 29, 17381-17382, 17518-17520, NAC. < <

[18] Record of the Indian council at Burlington, April 24-27, 1815, RG 10, vol. 30, 17857-17866, NAC; Sugden, J., 1997, 386. < <

[19] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 152. < <

[20] «Speech of the Prophet, August 4, 1815»; William Caldwell a William Claus, 4 de agosto de 1815; William Claus a William Caldwell, 15 de agosto de 1815; y, George Ironside a William Caldwell, 26 de agosto de 1815, en RG 10, vol. 31, 18268-18269, 18273, 18309-18310, 18342, NAC. < <

[21] «Journal of the proceedings of the commissioners appointed to treat with the Northwest Indians at Detroit», en *ASP-IA,* vol. 2, 17-25; *Canton Repository*, 28 de septiembre de 1815. < <

[22] William James a Frederick Robinson, RG 8, C Series, vol. 258, 370-371, NAC; William James a Frederick Robinson, 15 de octubre de 1815; «Speech of the Shawnee Prophet Delivered in Council, November 8, 1815»; y, John Wilson a Duncan Cameron, 24 de diciembre de 1815, en RG 10, vol. 31, 18548-18550, 18742-18746, 18758-18759, NAC, y William Claus a Francis Gore, RG 10, vol. 4, 1927, NAC. < <

[23] Discursos del Profeta, 8, 13 y 20 de febrero de 1816, RG 10, vol. 32, 18828-18829, 18831-18833, NAC. < <

[24] Stockwell, M., 2014, 74. < <

[25] James Witherell a Amy Witherell, 20 de abril de 1816, Benjamin F. Witherell Papers, BHC, DPL; Farmer, S., 1884, 472-473. < <

[26] «Speech from the Shawnee Chief Yealabahcah and the Prophet in Council with Lewis Cass», Lewis Cass Papers, UM; James Witherell a Amy Witherell, 20 de abril de 1816, Benjamin F. Witherell Papers, BHC, DPL; *Christian Mirror*, 20 de octubre de 1836. < <

[27] Lewis Cass a William H. Crawford, 24 de abril de 1816, y Crawford a Cass, 22 de mayo de 1816, en Carter, C. E. (ed.), 1934-1975, 10, 629-630, 637; Gabriel Godfrey a William Caldwell, 5 de julio de 1815, RG 10, vol. 12, 10809, NAC. < <

[28] William Caldwell a Gabriel Godfrey, 1 de julio de 1816 y Gabriel Godfrey a William Caldwell, 5 de julio de 1816, en RG 10, vol. 12, 10809-10812, NAC. < <

[29] William Caldwell a William Claus, 2 de septiembre de 1816, RG 10, vol. 12, 10818, NAC; John Whistler a Lewis Cass, 2 de septiembre de 1816 y Lewis Stickney a Lewis Cass, 1 de diciembre de 1816, y 1 de enero de 1817, en RG 75, M1, NA. < <

[30] Martin, R. M., 1836, 233, 266, 320, 325. < <

[31] «Return of Indians, Amherstburg», 24 de junio de 1824, RG 10, vol. 42, 22527, NAC. < <

[32] «Indian Speeches, June 15, 1820», en *MPHC,* 13, 101-103; George Ironside a William Claus, 25 de julio de 1824, RG 10, vol. 42, 22507, NAC. < <

[33] John Johnston a Lewis Cass, 11 y 25 de enero de 1826, RG 75, M1, NA; Stockwell, M., *op. cit.*, 74; John Johnston a Lewis Cass, 30 de mayo de 1825, en *Niles' Weekly Register*, 25 de junio de 1825. < <

[34] George Ironside a William Claus, RG 10, vol. 42, 22708, NAC; Charles Trowbridge a Lyman C. Draper, 12 de diciembre de 1882, 5YY1, Tecumseh Papers, DC, WHS; Kinietz, V. y Wheeler-Voegelin, E. (eds.), 1939, ix-x, 1-59; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 165-168; Farmer, S., 1884, 373, 457, 480, 729, 731, 768-770. < <

[35] Cass, L., 1826, 98; «Extract of a Letter from George Ironside, Superintendent of Indians Affairs at the Post of Amherstburg and date December 1825 and Addressed to the Deputy Superintendent of Indians, Fort George», en *MPHC,* 23, 128-129. < <

[36] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 172-174; William Clark a James Barbour, 8 de marzo de 1827 y «Discurso del shawnee», 2 de abril de 1827, en RG 75, M234, NA. < <

[37] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 174-175; Pierre Menard a William Clark, 22 de febrero de 1827; «Discurso del Profeta shawnee, 3 de abril de 1827»; De los jefes shawnee al secretario de guerra, 3 de abril de 1827; y, Graham a William Clark, 4 de abril de 1827, todos en RG 75, M234, NA. < <

[38] Primm, J. N., 1998, 143, 147; Spencer, T. E., 1914, 110, 116-117; Barry, L. (ed.), 1948, 27-33. «Speech of the Prophet to General Clark, August 29 and 30, 1827» y William Clark al secretario de guerra, 23 de noviembre de 1827», todos en RG 75, M234, NA. < <

[39] Edmunds, R. D., *op. cit.*, 183. < <

[40] Barnes, L. (ed.), 1936a, 260; Lutz, J. J., 1905-1906, 164. < <

[41] Johnston, J., 1820, 274; Lutz, J. J., *op. cit.*, 164-165, 168, 169, 170; Warren, S. A., 1994, 150, 152, 155, 159. «Talk of a Deputation of Shawnees from White River to the President of the United States, July 20, 1832, and An Examination of the Shawnees Who Have Emigrated West of the Mississippi, April 8, 1830», en RG 75, M234, NA. < <

[42] «The Far West, Westport, September 15, 1836», *Christian Mirror*, 20 de octubre de 1836. < <

[43] Sarton, G., 1934, 78; Catlin, G., 1844, vol. 2, 117-18; Edmunds, R. D., *op. cit.*, 186-187. < <

[44] «The Far West, Westport, September 15, 1836», *Christian Mirror*, 20 de octubre de 1836. < <

[*1] N. del T.: La región del Tidewater, o llanura costera, es una región natural de Virginia oriental, en la costa atlántica. Fue en ella donde se establecieron las primeras colonias británicas a comienzos del siglo XVII. < <

[*2] N. del T.: Batea, en inglés *flatboat*, que quiere decir literalmente «barca plana». < <

[*3] N. del T.: Un *bateau* (pl. *bateaux*) es un término francés que se empleaba para definir una embarcación de escaso calado y fondo plano empleado en toda Norteamérica, en particular en el periodo colonial y en el comercio de pieles. < <

[*4] N. del T.: Bluegrass [lit. hierba azul] es el apodo con el que se conocía y se conoce a Kentucky (Bluegrass State). < <

[*5] N. del T.: Viejo Dominio (Old Dominion). Uno de los nombres que recibe el estado de Virginia. < <

[*6] N. del T.: La guerra francesa e india (French and Indian War) es el nombre que recibió la Guerra de los Siete años en las colonias norteamericanas. < <

[*7] N. del T.: Un cuarto (*quart*) equivale a 0,94 litros. < <

[*8] N. del T.: Alusión a Génesis, 28, 16: «Jacob despertó de su sueño y dijo: ¡Ciertamente el Señor está presente en este lugar, y yo no lo sabía!». < <

[*9] N. del T.: William Clark realizó una expedición exploratoria por encargo del presidente Jefferson justo después de la compra de Luisiana. Comandada por Meriwether Lewis y William Clark, la expedición se prolongó más de dos años, de mayo de 1804 a septiembre de 1806. < <

[*10] N. del T: Estado Hierba azul (Bluegrass) apodo con el que, todavía hoy, se conoce al estado de Kentucky. < <

[*11] N. del T.: Vara de nogal (*Hickory Switch*) utilizada para dar azotes. < <

[*12] N. del T.: Un asentador es un pedazo de cuero (en este caso de cuero humano) empleado para suavizar el corte de navajas de afeitar y otros instrumentos cortantes. < <

[§] Sass, *Hear Me, My Chiefs*, 31. < <